GABRIELA MISTRAL

EN VERSO Y PROSA

ANTOLOGÍA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ASOCIACIÓN DE
ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

EDICIÓN CONMEMORATIVA

GABRIELA MISTRAL

EN VERSO Y PROSA

ANTOLOGÍA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Apenas ofreció el Gobierno de Chile su hospitalidad al V Congreso Internacional de la Lengua Española —que antes habían brindado México en Zacatecas, España en Valladolid, la Argentina en Rosario y Colombia en Cartagena de Indias—, pensó la Asociación de Academias que, coincidiendo esa celebración con la del Bicentenario de la República de Chile y de otras repúblicas hispanoamericanas, el Congreso debía tener un marcado carácter americanista. De ahí el título de la convocatoria: «América en la lengua española».

Qué mejor para ello, en el orden de las ediciones conmemorativas, que hacer resonar en homenaje, con un timbre nuevo y amplificado, las voces de los hijos de Chile que el Premio Nobel reconoció como voces de América.

La primera, Gabriela Mistral. La mujer cuya escritura no traduce sino teje a contrapunto una vida llena de pasión trágica; de amores que no conocen fronteras; de experiencias vitales límite; de compromiso radical con su tierra matria y con el sueño de América; de compasión, en el sentido etimológico del término —sentimiento y vivencia compartida—, con los desheredados y oprimidos. Por eso, porque su voz literaria no solo traduce lo que ella vive, sino que forma parte de su propio vivir, ella se nos entrega en cada uno

de sus escritos con su compleja visión del mundo y su mestiza pasión americana. Pero es importante señalar que su figura literaria se enriquece con las máscaras imaginarias que incorpora en su escritura, al tiempo que su voz se multiplica en voces y ecos.

Esta edición conmemorativa reúne íntegros los cuatro libros de poesía que publicó en vida —*Desolación, Ternura, Tala* y *Lagar*— cuyos textos fueron modificados en ediciones sucesivas. A ellos se suman inéditos poéticos de obras programadas que no llegó a publicar en vida, tales como *Poema de Chile* y *Lagar II;* una selección de otros poemas inéditos y dispersos, en algunos casos recogidos en *Reino, Lagar II* y *Almácigo,* y otros que proceden del legado que recientemente ha adquirido el Gobierno de Chile y ahora se conserva en la Biblioteca Nacional. Ofrece también este volumen muestras variadas de su prosa, injustamente poco conocida y en la que nos regala páginas admirables.

Por encargo de la Academia Chilena, se ha responsabilizado de la selección y fijación de los textos el profesor Cedomil Goic, miembro de ella. Para facilitar diversas vías de acceso a la obra, las creaciones mistralianas van acompañadas de estudios y breves ensayos de académicos de distintos países.

Gonzalo Rojas (Academia Chilena) habla de la experiencia de lectura juvenil de Gabriela y del relieve de su oralidad, así como de la visión de las «materias», tan cercana a la de Neruda. Describe Carlos Germán Belli (Academia Peruana) el itinerario real de sus encuentros con lugares mistralianos. Analiza Adolfo Castañón (Academia Mexicana) la relación entre la estética de Gabriela y su realidad personal. Bruno Rosario Candelier (Director de la Academia Dominicana) reflexiona sobre la vertiente interior y mística de su poesía. Pedro Luis Barcia (Presidente de la Academia Argentina de Letras) trata sobre la prosa de Gabriela Mistral. Cierra esta serie de estudios Darío Villanueva (Real Academia Española), quien ve a la poeta como el broche de enlace entre el Modernismo

y la Vanguardia y se hace eco de la altísima valoración alcanzada por ella en la concesión del Premio Nobel.

Tras el conjunto de textos mistralianos se añaden seis estudios monográficos. Santiago Daydí-Tolson (Universidad de Texas) sobre la necesaria superación del autobiografismo; Grínor Rojo (Universidad de Chile) investiga el motivo de la niebla a lo largo de toda la obra; Ana María Cuneo (Universidad de Chile) escribe sobre *Desolación;* Mauricio Ostria (Universidad de Concepción) sobre *Ternura;* Adriana Valdés (Academia Chilena) sobre *Tala;* y Mario Rodríguez (Academia Chilena) sobre *Lagar* y la poesía inédita.

El volumen se completa con una «Bibliografía» esencial preparada por Cedomil Goic y el «Glosario» de voces e «Índice onomástico» también al cuidado de Cedomil Goic, en colaboración con un equipo de la Real Academia Española integrado por Carlos Domínguez y Abraham Madroñal.

A todos ellos manifiestan su gratitud la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española. Agradecimientos especiales merecen la Orden Franciscana por su generosa cesión de derechos de publicación, y el Gobierno de Chile, que nos abrió las puertas del valioso legado. Acceder a él significa entrar en el taller literario de Mistral y también, un poco, en su santuario privado. Porque, en efecto, junto a borradores de escritos en distintos estadios de redacción —de indudable interés para el conocimiento de la génesis de sus obras—, las cartas y otros escritos permiten una aproximación a lo más íntimo de una mujer de riquísima personalidad.

Gracias, en fin, a Eugenio Llona (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes), a Pedro Pablo Zegers (responsable del Archivo del Escritor, de la Biblioteca Nacional), así como a Alfredo Matus (Director de la Academia Chilena de la Lengua).

Gabriela Mistral

© Colección Archivo del Escritor. Biblioteca Nacional de Chile

GONZALO ROJAS

GABRIELA

No siempre el ensayo es un ensayo
sino una ventolera que no se deja escribir.

DE LA ANIMALA SOLA

¡Si sabremos Gabriela y yo de la maleza venenosa del chismerío y del rencor! Le dijeron de todo: mediocre, impostora, retardataria, decimonónica. Desde las infancias debió soportar la suficiencia y la mala fe. Borges le dijo no, Huidobro le dijo no, de Rokha casi no, ¿quién no le dijo no entre los letrados de la pedagogería del Mapocho y los vanguardistas vanguarderos del 38 que la negaron y la renegaron? Pero yo le digo sí, siempre le dije sí. Me cautivó desde los quince años ese tono tan suyo: rigor y desenfado, manejo abrupto del lenguaje que a lo mejor aprendió en el piedrerío de sus cerros, freno y desenfreno; las grandes sílabas del viento me

cautivaron, esa especie de asma, la espontaneidad inmediata, y hasta el mal gusto del gran léxico Elqui arriba.

DE LA VISIONARIA

De niño no la supe oír en su palabra desollada, por la vocinglería acaso, tan opuesta al natural de su sencillez, y esa reverencia didáctica exterior. Cualquiera hablaba de ella en esas aulas húmedas de los viejos liceos chilenos. Cualquiera la declamaba y la vaciaba. ¡Pobre Gabriela! ¡Lo que fueron para ella esos horrorosos libros de tapa dura, de Guzmán Maturana, irrisoria contribución al aura no tanto de su prestigio como de su descrédito entre los muchachos ásperos y limpios de corazón, como yo mismo; mamotretos de la pedagogería donde de veras no leímos sino que tuvimos-que-leer aquellos «Piececitos» a la fuerza, esas «Caperucitas» de las que Dios nos libre! ¡Y la declamación de los lunes de la Mistral, qué horror! Me cerré, literalmente me cerré, como sin duda les ocurrió a tantos otros. Pero ya al clarear la adolescencia —quince, dieciséis—, cuando por la oreja izquierda me entraba lo áureo de la clasicidad mientras por la derecha la modernidad irreverente de Apollinaire para acá, se me dio la gran síntesis en la punta de mi cabeza de muchacho. Cayó de golpe en mis manos por azar *Selva lírica* (1917), la antología cruel y antimodernista de Julio Molina Núñez y Osvaldo Segura Castro. Una de las figuras máximas allí era la Mistral y entré en sus grandes textos desgarrados. Estrecho de entendederas, paré la oreja en las disonancias y en la fiereza verbal más que en la melodía. Versos como: «el hierro que taladra tiene un gustoso frío / cuando abre, cual gavillas las carnes amorosas. / Y la Cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!) / se lleva con blandura, como un gajo de rosas», me zumbaban con un zumbido especial, tenso y

desmesurado. Aún recuerdo lo cortante y finísimo de líneas como aquella de «La maestra rural»: «... largamente abrevaba sus tigres el dolor», —unos tigres por cierto que nada tienen que ver con los tigres de Borges—; u otros acordes entrañables como «Cien veces la miraste, ninguna vez la viste». Pero nada acaso como el desparpajo de sus blasfemias, a lo Isaías. Voy hablando de *Desolación*, como se ve. Intensidad y patetismo, todo lo que quieran; desmesura, mal gusto. Pero una cosa sí: veracidad de sentimiento, desgarrón afectivo casi quevediano. Y no es que por esos días yo fuera un consentidor, un complaciente: muy por el contrario. Estaba de acuerdo con el Neruda de *Caballo verde* y su sentencia: «Quien huye del mal gusto, caerá en el hielo». Me conocía, ya entonces, con relativa información el arco mayor de la lírica hispana del Renacimiento y del Barroco: «Mi Manrique (personal), mi Góngora, mi Quevedo», como está escrito en la pauta nerudiana, aunque él no incluía a «mi Juan de Yepes». Hasta el posmodernismo me lo conocía ya: Eguren, Herrera y Reissig, López Velarde, incluso; ¡sin olvidar al mejor Rubén Darío que me mostró en *Los raros* (1896) a mi primer Lautréamont! Por eso mismo pude registrarla en su prodigio barroco y desigual, más allá de las dulzainas de un Nervo cursi en exceso (¿qué pudo fascinarla en él, salvo el culto del ocultismo y del esoterismo?); y más allá también de las piruetas precursoras de la vanguardia. No incluyo en esto último por cierto lo que ella misma llamó «la reforma poética de anchas consecuencias» de Vicente Huidobro, el inventor del creacionismo. Pero no fue solo la «veracidad» alabada por Keyserling, y opuesta a la otra cuerda suramericana de la «delicadeza» lo que dinamizara o tonificara en mí esta primera adhesión a la Mistral, sino otro estímulo: el riesgo de una plasmación verbal siempre al filo del estallido y esa suerte de pedregosidad en la expresión, tan ajena a la proporción áurea de Valéry cuyos textos «La joven Parca» y «El cementerio marino» ya

me había leído igualmente fascinado; lo que ahora me prueba que siempre funcionó en mi adolescencia la imantación y el reclamo de los dos polos: el volcán y el sosiego. Volvamos, pues, a la «visionaria» para insistir en que tal desborde impuro obedecía acaso a un insistente NO a las acechanzas del encantamiento verbalizante del modernismo, o del post. Veracidad, austeridad al fondo del gran *pathos*, eso me conmovía: «concupiscencia como espesa lava», aunque el adjetivo no pareciera muy feliz al crítico del lugar Raúl Silva Castro. Lo volcánico, y hasta lo frenético, pero a la vez el rigor. Por eso me dolía tanto que unos cuantos necios la compararan sin más con algunos versificadores pomposos y livianos.

Pero mi mocedad me exigía otras búsquedas más estrictas y temerarias y no transaba por entero con esa poética anterior a *Tala*. Más bien me quedaba con la prosa de sus «Recados» que iban apareciendo en periódicos o en revistas de nuestra América y que yo leía con avidez. Mi diálogo con ella entonces, en ese primerísimo plazo mío larvario, fue más bien pobre; y más bien —¿por qué no decirlo?— desdeñoso. Su ritmo abrupto y delicado no entró en mi respiro ni en mi memoria de loco. Pudo influir la exclusión que de su obra hicieran los dos jóvenes antólogos —jóvenes, ay, entonces— Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita en aquella *Antología de la poesía chilena nueva*, en 1935.

Recuerdo que, pese a mis limitaciones de muchacho, me indignó esa acusación que hicieron de ella en cuanto a vieja y retardataria. Como si desde ese enfoque equívoco alcanzara a ver a mis dieciocho años lo que le ocurriría a mi propio primer libro *La miseria del hombre*, en 1948. Porque justo cuando ese año 1948 Gabriela en persona celebraba *La miseria del hombre* en la edición más fea que se haya visto, los disparos llovieron sobre mí: del Este y del Oeste, y esa *Rezeption Geschichte* de mi primera salida de don Quijote fue para la risa: Teófilo Cid me acusó de expresionista

demodé, sin saber lo que era el expresionismo; Alone de «catastrófico», un señor Rossel de «hijo de Campoamor», Ricardo Latcham de «morbo nuevo», Silva Castro —el mismo detractor de la Mistral— de libertino y exhibicionista de mis vísceras, el profesor Elliott de vehemente y vociferante. ¿Qué será de esos críticos sagaces? ¿Dónde habrán anclado por fin? ¿En cuál de los cementerios? Me gustaría invitarlos a un buen trago. Total, no estaban tan equivocados.

Concentrémonos otra vez en lo nuestro. Por ahí anda todavía, si es que anda; o estará durmiendo polvoriento en algún anaquel de biblioteca de provincia, un artículo mío publicado en 1936 en la *Revista Letras*, del Liceo de Hombres de Concepción de Chile, con el nombre de «Los 30 años de Pablo Neruda», a propósito de la publicación de los dos volúmenes de *Residencia en la tierra* el año anterior, impresos por Cruz y Raya de Madrid. Allí sostuve el parentesco de las materias nerudianas y las materias mistralianas precursoras que venían apareciendo desde 1926 en textos en prosa; antes de los poemas cosmogónicos que después vieron la luz en la primera zona de *Tala*, de 1938, con el designio genérico de «Materias».

Reitero lo dicho: me gustaba la Mistral en sus claves mayores de *Tala* y de *Lagar* que, habiendo vivido en el plazo de las vanguardias, no se encandiló con las vanguardias sino más bien se quedó oyendo sin prisa la lengua oral de sus paisanos de América con arcaísmos y murmullos, como Teresa de Ávila, y así nos dijo el mundo entre adivina y desdeñosa. Mis compañeros del 38 se burlaban y, sin leerla, le decían vieja novecentista y retardataria; pese a que ese mismo año se estaba publicando en Buenos Aires *Tala*, una obra maestra. Hasta hoy hay letrados incapaces de entrar en la trama viva e imaginaria, que insisten en proscribirla y hasta negarla. Y es que no quieren distinguir en nuestra fundadora el oficio lateral de enseñar del oficio mayor de escribir y de apostarle

la palabra al mundo. Como yo todavía sigo enseñando y conozco el remo del galeote, siempre supe establecer el deslinde. Alguna vez en mis años mozos coincidí con la experiencia de silabear el mundo con los niños de nuestra América oscura y enseñé a leer a los míos lo mismo que Sarmiento y que Vallejo, lo mismo que la Mistral, en el momento justo en que lo dejé todo por hartazgo. Hartazgo de un Santiago-capital-de-no-sé-qué; de un surrealismo libresco, de una facultad de letras irrisoria en esos días para mí; del ruido y de la furia. Hartazgo en fin de la publicidad vergonzosa.

Me dieron ese trabajo en la Sierra de Domeyko y allí fundé mi dinastía en la ventolera de esas nieves. Por ahí o más abajo pudo haber entrado en 1535 Diego de Almagro, el primer hombre blanco, a nuestro Chile. En alguna medida lo aposté todo como él y lo perdí.

Los cicateros de Mandrágora me fueron a acusar ante Huidobro, ¿saben ustedes de qué? De tránsfuga de la poesía y buscador de tesoros en esos cerros. «Déjenlo —les dijo riendo—, Gonzalo es un loco que necesita cumbre».

Perdón por el desvío hacia la órbita personal pero la naturaleza misma del testimonio me lo exige. Cuando bajé de aquellos cerros no lo hice cantando como un converso más, sino como un poeta enriquecido por los tres estadios leídos en Zaratustra: el del camello, el del león y el del niño. Sigo inconcluso, como entonces y me sigo haciendo entre mi mora y mi demora. Solo que tal vez con mis noventa años en el seso, estoy viviendo un reverdecimiento en el mejor sentido, una reniñez, una espontaneidad que casi no me explico.

En 1948, sobre septiembre, llegó a mi casa del Cerro Alegre de Valparaíso esta carta de reconocimiento con su destello caligráfico: «Caro Gonzalo Rojas», ese «caro» tan suyo. Transido de su humor leo este solo párrafo por su sabor y lozanía: «Si no me le quedo en

el camino, yo cumpliré con usted. Aunque diario ya no tengo allá. Me echaron sin palabra de *El Mercurio.* No publicaban mis textos».

SOY MISTRALIANO, ¿Y QUÉ?

Alguna vez he dicho con desenfado: «Soy mistraliano, ¿y qué?». Y no lo hice por mero desafío. No es que a la vez no me sienta rokhiano y huidobriano en esto de la dialéctica de las influencias, pero ella se me ofrece con singular afinidad, desde el arcaísmo al murmullo, y de lo secreto al piedrerío.

Algo que aprecio mucho en esta adivina es ese coloquialismo tan suyo, que nunca llega al facilismo retórico y ramplón de las modas que envejecen; ese coloquialismo abrupto y fresco que nos trae la gracia oral de los paisanos de su Chile y de su América.

Otra estrella mayor en el firmamento del 38 es de Rokha, nuestro *padre violento,* quien puso la revista *Multitud* al servicio de los jóvenes. Me leí en 1933 *Los gemidos,* a diez años de publicado —1922 es la fecha exacta, como se sabe, año de *Trilce*— y esa lectura áspera me llevó a los *Cantos de Maldoror* que ya Darío me había descubierto en *Los raros.* Todo eso hacia los quince. Después seguí entrando en su visión tremenda celebrada por el Neruda adolescente en un artículo del 16 de diciembre de 1922 aparecido en *Claridad,* órgano oficial de Federación de Estudiantes de Chile. Hace un año volvió a estremecerme con sus memorias desollantes. Podrán enterrarlo o desenterrarlo, pero ahí sigue intacto y los jóvenes de hoy lo han hecho más suyo aunque la crítica oficial persiste en su rechazo. Lo cierto es que su germinación no termina.

Personalmente creo que, desaforado y todo, e informe, fue el primer demoledor del posmodernismo entre nosotros y el progenitor de esa ruralidad y esa elementalidad trascendida, con

cierto enfoque primordial y cosmogónico, desde sus versos iconoclastas de 1915; o —por lo menos— el gran adelantado en cuanto a registrar el trauma primario de lo natural, visión compartida y afinada, como se sabe, por la Mistral en la sección «Materias» de su libro *Tala,* y por el joven Neruda de *Residencia* (1925-1935) en sus célebres «Tres cantos materiales». Desigual y ciertamente enfático, de Rokha no alcanzó la plasmación como Neruda, pero él es nuestra levadura primigenia y, pedregoso como fue, mantuvo su fidelidad a la piedra de Chile. Su temple anarco lo llevó a toda clase de infortunios y fue el marginado de los marginados, pero libros como *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile, Elegía del Macho Anciano, Heroísmo sin alegría, U, Escritura de Raimundo Contreras,* son libros necesarios. Además, con décadas de anticipación, vaticinó la caída del Chile clásico y democrático en su libro *La república asesinada.* Me honro, pues, en nombrar aquí al más desconocido de nuestros «cosmogonautas».

No se puede hablar de todo, y ya es demasiado; por eso me eximo esta vez de volver sobre las figuras necesarias de Huidobro y Neruda, invitados permanentes de todos los congresos, igual que Vallejo o Borges. Demás insistir en que los volcanes son ellos y cada uno de nosotros no pasa de aprendiz; algunos con mayor arrebato de innovación que otros, como para salvar distancias pero —por lo menos en Chile— no alcanzamos a las alturas visionarias.

Uno que llegó lejos sin haber escrito versos fue Matta, nacido el año 1911 entre el plazo de Neruda y el nuestro, y acaso sea el más joven. No hay portento imaginario como el suyo, ni más lozanía. Ni más humor, ni más vivacidad; pije y roto de Chile hasta el fundamento. No pienso en su pintura mágica sino en su luz de ver y de decir. Me basta el registro de sus *Conversaciones* publicadas en Santiago en 1987.

De los desaparecidos estoy con Lihn y entre los visibles con Hahn, dos poetas cuya lectura airea. Eso no quiere decir que no me deslumbre Eduardo Anguita y su *Venus en el pudridero,* aunque lo hayan omitido los antólogos, de México a Caracas, o de allí a Buenos Aires. Miseria de las modas y salvación de él. Ni quiere decir que el otro poeta nacido en 1914, Nicanor Parra, no merezca a sus 95 años el mayor reconocimiento. Lo merece. «Soliloquio del individuo» es una pieza inolvidable y también «El hombre imaginario» que consuena en el mecanismo expresivo con «El texto invisible» de Enrique Gómez-Correa. En su conocida propuesta de 1958 «Poetas de la claridad» Parra dice textualmente: «En las conversaciones de Los Guindos (se refiere a nuestros diálogos entre el año 1947 y el año 1950) Gonzalo me entregó las llaves de la poesía negra, pero yo aticé en él el fuego de la poesía blanca». Es posible. En todo caso él y yo inauguramos otro ciclo en la poética y en la poesía de Chile. Naturalmente él hace su poesía como la hace él y yo como hago la mía. Alguna vez dije que los poetas son niños en crecimiento tenaz y eso también es cierto, siempre que la niñez empiece en Homero. Montaigne asegura —siguiendo en eso a Aristóteles— que Homero fue el primero y el último de los poetas. No sé. Desde luego un juicio así es el extremo de lo que afirma Harold Bloom en su tesis sobre la angustia de las influencias y la clave de la mala lectura de unos poetas sobre otros en el intento de esclarecer la genealogía de la imaginación. ¿Cómo leyó Rimbaud a su Baudelaire, «rey de los videntes» según le dijo? ¿Cómo hemos leído nosotros mismos a nuestro Darío, a nuestro Borges, a nuestro Vallejo? ¿Cómo nos leerán en los cuatro o cinco poemas que queden de nosotros si es que quedan? Difícil, todo difícil. Me permito cerrar con dos papeles exiguos, uno con mis «Saludos a Tzara», figura central de las vanguardias, quien me enseñó desde temprano aquello de que «en la escala de lo eterno todo es efímero: ¿para qué escribir?», y otro con mi «Ejercicio

respiratorio» en el rehallazgo de Homero. Leo entonces sin mayor comentario:

SALUDOS A TZARA

Tarde vine a saber que lo que no es aire
en poesía, ni rotación y traslación, son míseros libros
oliscos a inmortalidad, pura impostura
con *vernissage* y todo en la farsa
del agusanamiento general, llenos de hojas,
donde no hay una en que leer las estrellas, una
encinta del mundo, una tablilla fresca
ligeramente órfica.

Y ahora el otro, siempre sobre el oficio de decir lo indecible, pero desde otra visión:

EJERCICIO RESPIRATORIO

Azar
con balbuceo son las líneas de Ilión
en las que está escrito el mundo, con
balbuceo y tartamudeo y
asfixia, el oleaje
de las barcas exige ritmo, Homero
vio a Dios.

GABRIELA Y EL ORITO

Por eso me gustaba la Mistral en sus claves mayores de *Tala* y de *Lagar.* Poetas o no poetas todos fuimos recibiendo de su mano el beso caligráfico que no esperamos nunca. Es que uno no sabe. Está aquí mismo uno en Nueva York oyendo hablar de ella como cuando era niño, y no sabe. ¿Por qué la vi esa vez desde ángulo tan lento en el zumbido del Caupolicán hace ya cuarenta años, o esa otra en Valparaíso, la plaza desbordante, siempre en el vocerío con su abeja secreta para mí?

Preferible eso. Al que conoció bien fue a don Jacinto, mi abuelo de Vicuña, maestro como ella de primaria, con el latido de los Rojas al fondo, donde hasta el río Limarí y el Elqui son parientes. Con ese, sí, habló en la dignidad del valle sobre el oficio. De pastores y de hortelanos, según irían apareciendo en el monólogo; de herreros tejedores en la gran patria pequeña, de músicos.

Copio larga esta cita de los recados justo por el remate, porque ahí anda mucho del misterio de eso que ella pluralizó con el designio insistente de sus «infancias» o sus «niñeces»; «estabilidad esencial liberada de la gran muerte», como pensó por su cuenta Roger Caillois. Por esta pauta numinosa anduvieron siempre sus exégetas más exigentes, a la siga de su apetencia de absoluto, de su «anhelo religioso de eternidad», según Onís, entendido eso religioso como un mirar o admirar el mundo para ver y más ver.

Por mi parte, me crié oyendo hablar de ella pero no como de una diosa sino por paisana de mi gente: los Pizarro Pizarro, los Rojas Villalón, unos Álvarez por ahí y unos de la Rivera que la trataron en Tongoy o en Tamaya, en Paihuano, en Limarí, o en Cogotí o en Zorrilla. O, más arriba en lo castizo de La Serena; gente mía que debió emigrar por la costa difícil desde Coquimbo a Arauco —recién entrado el siglo— a bordo del *Guayacán*, dejando aquellos huertos bíblicos por lo abierto y tormentoso del océano.

Así, casi simultáneamente, empezarían a bajar hacia el sur en los días del centenario las dos vetas de mi parentela en un trasbordo

apresurado por mejorar de suerte con la manía ambulatoria de los chilenos. ¿Pero qué podrían con la lluvia y los ventarrones del golfo turbulento la trasparencia cálida del sol por la otra patria pequeña, áspera y estallante de Baldomero Lillo?

Piques de Millaneco y de la Amalia, de la Fortuna y Bocalebu, solo yo me sé el horror de esos chiflones insanos con sus pulperías y sus fichas, el luto por el muerto, la viudez de mi madre, y ese invierno, ese invierno que no paraba nunca. Pero el carbón tenía que subir hasta la fundición cuprífera de Tamaya y el negocio era ese, José Pedro Urdaneta y compañía, de Coquimbo hasta Lebu, de Lebu hasta Coquimbo, leguas de agua; de aquí para allá, de allá para acá. Está escrito que la loca geografía no va con lo sedentario y exige recomenzar todo en el ejercicio nada idílico de unas marchas forzadas, como lo dijo ella en su *Chile y la piedra*. Cierto es que la clave primordial de sus visiones es la patria inmediata de la infancia como si en ella se suspendiera el tiempo: «Errante y todo, soy una tradicionalista que sigue viviendo en el valle de Elqui de su infancia». Pero la cordillera viva que fue siempre Gabriela nos enseñó la piedra fundadora como nadie. Así se lo dijo una vez a Alfonso Reyes, el mexicano de la región más transparente. «Esto de haberse rozado en la infancia con las rocas es algo muy trascendental».

Así también —hallazgo y más hallazgo— viniera a entrar yo mismo en la materia *porfiada y ácida* de las piedras de 1942 sin más impulso que el tirón de mi pasión, harto ya del Santiago-capital-de-no-sé-qué, como le dije tantas veces.

CARLOS GERMÁN BELLI

TRECHOS DEL ITINERARIO MISTRALIANO

A la memoria de mi hija
Mariella Belli de Lancellotti

Gabriela Mistral, visitada y leída. Sí, en efecto, he llegado hasta su lugar natal y he repasado sus versos más extraños. En realidad, no aquilataba esta redonda experiencia, porque siempre he creído que es suficiente conocer al autor únicamente por su escritura, y que el visitar su mismísimo lugar de nacimiento era un hecho secundario. Sin embargo, sea como fuere, percibo ahora que mi itinerario mistraliano es completo, como si lo hubiera cumplido de pe a pa. Si además de la lectura, hay también el conocimiento de la patria chica del escritor admirado, que enhorabuena ocurra, pues tal cosa es algo especial para cualquier lector.

Son aproximaciones entre sí diferentes, aunque hoy creo que constituyen una indivisible relación literaria, más rotunda que la solitaria lectura en un gabinete de trabajo o en una biblioteca pública. Resulta que al libro, que es el receptáculo de los poemas, se unen entonces los lugares emblemáticos del autor. Dos eslabones que vinculan más al lector con este. Y no es frecuente que se

produzca tal cosa, pero así ha sido mi aproximación a la poetisa chilena, ya que antes solo pensaba en el propio acto de leer sus versos, y nada más que ello.

Pues bien, sin proponérmelo, mejor dicho, como algo llovido del cielo, un buen día primero me hallo en el valle de Elqui, lugar donde nació Gabriela, y posteriormente discurro también por la ciudad italiana de Rapallo, incluso delante de la casa en la que ella residió. Estos recorridos, sin duda inusuales, se van a completar con los decisivos tránsitos por las páginas de sus libros. El lector le estrecha la diestra con efusión al visitante, que en cierta manera han juntado la vida y la obra de la escritora objeto de su interés. Y ahora sí, no por casualidad sino deliberadamente elijo un puñado de versos para releerlos, los cuales todos son de tema escatológico, pero digámoslo directamente: relacionados con la ultratumba. He aquí, el extremo de los extremos: por un lado, dos puntos del mundo terrenal ante los ojos corporales, y, por otro, el mundo sobrenatural apenas vislumbrado por los ojos del espíritu.

Fue en septiembre de 1989 (por generosa recomendación de Pedro Lastra, fui designado miembro del jurado de un concurso en torno a Gabriela Mistral, conmemorando los primeros cien años de su nacimiento. Los otros miembros eran los escritores chilenos Roque Esteban Scarpa y Gastón von dem Bussche, así como la poetisa argentina Tamara Kamenszain. En dicha ocasión, en compañía de ellos, visité el valle de Elqui), cuando después de una justa en torno a Gabriela Mistral, los miembros del jurado tuvimos la oportunidad de visitar el valle de Elqui, legendario por haber nacido allí la poetisa cien años antes. (Falleció en las antípodas, en Nueva York, el año 1957). Su lugar natal está enclavado en el corazón de los Andes, aunque sospecho que el escenario no es tan recóndito ni tan elevado como el igualmente célebre Santiago de Chuco de nuestro Vallejo. Primero fuimos a Montegrande, una pequeña aldea donde quiso ser enterrada por haber sido feliz en ese

lugar; luego llegamos a Vicuña, que fue su cuna en realidad. Allí, en el remoto valle de Elqui, donde vivirá hasta adolescente, vio la primera luz, aprendió las primeras letras, escribió sus primeros versos y dictó sus primeras clases.

Gabriela era pues una maestra rural, y lo era por sus cuatro lados, pues también lo fue su padre y varios familiares más. Pero ello quedará eclipsado gracias a su vocación por la poesía, que le cambiará la vida enteramente. Es así que la sedentaria y tímida moradora andina pasará a ser una nómada cosmopolita, por añadidura elocuente según veremos más adelante. Porque al ganar unos Juegos Florales, alcanza nombradía en el ambiente literario chileno, la llaman entonces de México para apoyar allí la reforma educativa, y finalmente en 1945 obtiene el Premio Nobel, convirtiéndose en el primer escritor latinoamericano que recibía esta distinción universal. Forma parte del servicio diplomático chileno, y precisamente en Rapallo, donde ella ejerció las funciones de cónsul, una vez en que hice allí una corta visita pasé casualmente delante de la casa en que vivió, y en cuyo frontis hay una placa muy visible indicando a todas luces tal hecho. (Poco tiempo antes mi hija Mariella había pasado delante de la casa de Gabriela en Rapallo, y prácticamente este hecho fue como un poderoso imán que atrajo mis pasos. El azar nos condujo a ambos: ella no sabía nada sobre el particular y yo llegué allí sin conocer la dirección, y creo que hasta de modo inconsciente). En suma, antes, el valle de Elqui; después, Rapallo. En verdad, finalmente lo aquilato, tal como debe hacerlo todo lector mistraliano que se aprecie.

La entrevistaron muchas veces (la periodista y profesora Cecilia García Huidobro Mc A. es autora de la obra *Moneda dura. Gabriela Mistral por ella misma* (García Huidobro [2005]), que constituye una suerte de «diccionario mistraliano», según lo define, realizado a base de una selección de 31 entrevistas de 53

recopiladas. Este útil libro es como una autobiografía, tal como lo evidencia el propio título, y nada dejaba en el tintero, sobre todo literalmente hablaba con el corazón en la mano. Así solía referirse a sus ancestros quechuas, a sus preocupaciones sociales, a su repulsa del materialismo o paganismo contemporáneo, y más aún a cierta experiencia sobrenatural que la pinta de cuerpo entero. Entonces el enunciado de las ideas, el mero relato de la anécdota personal se convierte en la más entrañable de las confesiones, con respecto a algo literalmente excepcional. He aquí lo que la entrevistada cuenta: «Un día vi frente a mí a uno de mis muertos. Estaba ahí y yo no estaba dormida. Me apreté los puños, me restregué los ojos, me erguí de la cama; y ahí estaba eso. La tensión era imposible. No puedo resistir, dije. Y aquello estaba ahí. Mis muertos vinieron porque me vieron flaca de creencias». La interviú prosaica deja paso a la muerte, ni más ni menos, y a la par revela lo intenso de la religiosidad de Gabriela, y también permite al creyente acarrear a su propio reino interior la extraordinaria vivencia.

Queremos ahora completar nuestro itinerario mistraliano iniciado en dos parajes distantes y distintos, como alguien a la intemperie tal vez bajo el impulso del azar. Este par de visitas se empalmará con el acto de leer cuando repasamos un puñado de determinados poemas de tema escatológico, sin duda bajo la impresión de saber aquello experimentado por Gabriela al vislumbrar a uno de sus muertos amados, estando aún en el reino de los seres vivos. No es una composición aislada, aunque sí un buen número las que están ambientadas en el más allá, presentando unos difuntos entrañables y en circunstancias diversas. Constituye uno de sus temas preferidos y, por añadidura, presente desde cuando era joven. Por tal motivo hasta resulta fácil optar por los poemas, y elegir el de Eva enamorada, el del amor filial y el de la amistad.

Romelio Ureta se llamaba el enamorado de la joven Gabriela, quien se suicida no por ella, sino angustiado por unas deudas contraídas. Él le inspira los tres «Sonetos de la muerte» (Mistral [1922]), escritos en alejandrinos, con los que gana su primer lauro. Es la escritora posmodernista que el dolor la convierte —ojalá que no me equivoque— en una expresionista a ojos vistas, y, más aún, en una tremendista a carta cabal. Los victoriosos sonetos sobrepasan la convencional elegía, pues el hablante poético desde el verso inicial se sitúa en la ultratumba y allí entonces dialoga con el ser querido. En el primer soneto, es el descenso de Eva en lo insondable, para que ninguna mujer le dispute los huesos de su Adán; en el siguiente, se deja enterrar al lado de él, para así hablarle eternamente; y, en el texto final, le impetra al Señor para que lo salve de las manos del sino fatal, y se lo devuelva a ella. Creo que una secuela temática de los tres sonetos es la breve composición titulada «Los huesos de los muertos» (Mistral [1922]), donde el hablante poético proclama que la mortal osamenta resulta más poderosa que la carne de los vivos.

Enseguida, en «Lápida filial» (Mistral [1938]), Gabriela se ubica al pie del nicho de su madre, y no le habla directamente a ella, sino que lo hace de modo muy extraño como es a las diversas partes corporales de su progenitora difunta, con las cuales ha tenido una relación estrechísima. Así, de tal modo, sucesivamente le dirige la palabra a los pechos que la amamantaron, a los ojos que la miraban, al regazo que la calentó y a la mano que la tocaba. El objetivo es para rogar a Cristo que cada parte resucite y alcance la plenitud de las grandes madres universales.

El amigo no queda olvidado en esta perspectiva escatológica, y es el admirado colega con quien está vinculada únicamente a nivel epistolar. Tal es el caso de Amado Nervo, cuya muerte le inspira otro profundo tránsito por la ultratumba, aunque los dos nunca se hayan visto acá. Bastaba el ser colegas literarios y, sobre todo,

sentirse unidos por un análogo espíritu religioso. Mistral le habla a Nervo como si fueran hermanos de padre y madre, si bien en realidad huérfanos, que han ido solos por el mundo terrenal, como lo confiesa (el poema se llama «In memoriam», Mistral [1922]).

Porque no suelen ser frecuentes estos recorridos —a través de los parajes y los poemas emblemáticos de un autor—, por ello nos complace sobremanera el haber estado en el valle del Elqui y en Rapallo, y repasar las composiciones más raras de nuestra poetisa, lo cual, sin duda alguna, al más pintado lo deja de una pieza. Por un lado, llegar hasta allí merced a la casualidad, y, por otro, el leer ciertos textos de temas de veras inusuales, que todo resulta una experiencia literaria singular. Así, la conjunción del suelo y del cielo, que lo primero lo vivió Gabriela y lo segundo su estro lo imaginó con la fuerza del amor, el dolor y la fe más absoluta, alimentada desde niña cuando solía leer la Biblia, y como lo prueba más tarde el ser miembro de la Orden Tercera de San Francisco. Por cierto, hay otros lugares en su vida y muchos otros versos de temas diferentes en su obra, pero nos quedamos con lo que hemos visto y leído, puesto que es un privilegio el haber llegado a los Andes y al Mediterráneo; y también coronar el más allá, aunque sea mentalmente, bajo la guía de ella.

ADOLFO CASTAÑÓN

SEMEJANZAS DE GABRIELA EN VOCES DE MISTRAL

Cuando el 10 de diciembre de 1945 Gabriela Mistral recibió, en Estocolmo en el Palacio de los Conciertos, el Premio Nobel de Literatura de las manos descarnadas del rey Gustavo V de Suecia, en los ojos de la poeta chilena brillaba la emoción contenida y pasaban por su mente a galope tendido y en desorden voces e imágenes de su vida. Como se lo había dicho al escritor argentino Manuel Mujica Lainez, quien la acompañó a esa ceremonia y dejó un testimonio escrito del episodio, sabía que «lo que Suecia deseaba es que la alta recompensa recayera en América del Sur. Otros hubo que pudieran recibirla con tantos o más méritos que yo: Alfonso Reyes, Larreta, Rómulo Gallegos, Juana de Ibarbourou...» (Mujica Lainez [1986]: 120-125). Esa presea le venía literalmente del cielo: a los 56 años, después de una vida plena pero solitaria y errante, afanosa y en lucha tenaz por mantener su errancia y altiva independencia. Ese 10 de diciembre traía los rasgos de la cara algo hundidos, y la mirada verde de sus ojos clarísimos se había hecho un poco más vaga, como si se asomara lejos y adentro de sí misma. Era Gabriela Mistral el primer escritor sudamericano que recibía el

Nobel de Literatura, la cuarta mujer después de Selma Lagerlöf, Grazia Deledda y Pearl S. Buck. Al igual que Selma, Gabriela había empezado su carrera como maestra de escuela primaria y, al igual que ella, había conocido y enseñado en su país desde la infancia. Por eso no rechazó la invitación para ir a Gotenburgo a saludar la casa natal de la narradora sueca. Gabriela Mistral había recibido el premio con cierto temor por las consecuencias que este pudiera acarrear en su vida. Pero también había bajado la escalera con lentitud y dignidad, consciente de su metro ochenta, atenta a esa talla casi descomunal que en su adolescencia le había ayudado a imponerse cuando le tocó dar sus primeras clases. No había sido fácil. Ni siquiera le fue fácil nacer: su padre, Jerónimo Godoy, tuvo que llevar a su madre sentada a la inglesa en una mula hasta Vicuña, la ciudad más próxima, para que ahí la alumbrara.

Nació Lucila Godoy Alcayaga, la que luego se haría llamar Gabriela Mistral, el 7 de abril de 1889, el mismo año en que vendrían al mundo Henry Miller, Charlie Chaplin, Anna Akhmatova y Alfonso Reyes, el mismo año en que empezó a levantarse la Torre Eiffel y el mismo en que nació en Austria el siniestro precursor del genocidio generalizado cuyas iniciales son A. H.

Lucila llegó al mundo atravesada en el vientre de su madre, tan mal acomodada que la partera tuvo no pocos trabajos para extraerla viva de aquella nativa cavidad. Su padre, temeroso de que muriera apenas nacida, la bautizó de inmediato. Estaban esperando mellizos pero les nació aquella robusta criatura a la que él le compuso de inmediato una canción en que se lamentaba de su suerte y pedía para ella un destino venturoso. «Fue casi lo único que le dio», dice Alone. Era la hija de una ex viuda de 44 años, llamada Petronila Alcayaga y de Jerónimo Godoy Villanueva, un maestro de escuela lleno de proyectos, alegre, «aficionado a los famosos vinos regionales tanto como a las fiestas con amigos» —según lo evoca

el mismo crítico en sus «Recuerdos de infancia y juventud de Gabriela Mistral» (Alone [1957]: 79)—, hombre sabedor de músicas, canciones y latines, hombre inquieto como tantos otros de la región y de la época y que terminaría dejando la casa cuando la niña ni siquiera tendría cuatro años. Lucila pasó toda su infancia en la pequeña y casi de juguete ciudad de Montegrande, en el semibíblico y semitropical valle de Elqui. En su reino solitario la niña fue feliz persiguiendo aves, acechando reptiles, coleccionando semillas y guijarros, mirando piedras de colores a través del sol.

I

La tristeza vendría después, cuando su madre decide enviarla a proseguir sus estudios a Vicuña, atendiendo como lazarillo a una señora ciega, doña Adelaida Olivares, a quien la tímida Lucila debía guiar y ayudar en sus tareas de directora de una pequeña escuela. A la pequeña le tocaba distribuir entre las alumnas «esos cuadernillos con membretes de las escuelas fiscales», pero las muchachas impacientes tomaban mayor cantidad de la debida. Un día la joven repartidora se encontró con que tenía un faltante; se le pidieron explicaciones pero con su enfermiza timidez no supo darlas y «entonces la directora reunió a todo el colegio y solemnemente, delante de todos, la llamó ladrona y la expulsó». Lucila se desmayó de la impresión. Cuando acertó a salir de ahí, ya estaba oscuro, y un grupo de niñas armadas con piedras la aguardaba para perseguirla y lapidarla. No olvidaría nunca esa noche en que llegó a su casa aterrada sangrando. De esos años puede ser la fotografía en que aparece de pie una niña espigada y ojerosa, tímida y con los ojos medio velados por la tristeza. Entonces a su madre se le ocurre mandarla con su medio hermana —quince años mayor que ella—, Emelina Molina Alcayaga. Esta

joven sería la encargada de enseñarle las primeras letras. Su medio hermana fue su primera maestra, su hermana mayor y por así decir la madre de sus ideas y la nodriza de sus letras. Con ella aprendió a leer y a escribir, a cantar y a contar, aprendió a bailar y a hacer bailar, a jugar diversos juegos de mesa o al aire libre, a improvisar y repetir canciones de cuna, a llevar una casa. Emelina no solo le enseñaría; le enseñó a enseñar, ya que, gracias a ella, empezó a dar clases a los catorce años a niños de su edad y aun a muchachos mayores que no solo la respetaban por su tamaño de titán araucano —en carta a Alfonso Reyes habla de su cuerpo de «caupolicana» parecido al de Manuela Mota de Reyes, dice: «el cuerpo de Manuela Reyes es el alma mía» (Vargas Saavedra [1991]: 55)— sino por su dulzura y su fuerza de carácter. Más tarde, el poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra se referiría así a la semejanza aborigen de Gabriela:

> Hay que saltar desde Teresa de Jesús a nuestra época para encontrar otra poesía tan entrañablemente femenina —no suave, ni gravitada por el sexo— sino infinitamente más honda, serena o desesperada pero siempre dueña (o doña) de su lengua; una lengua tan nueva como añosa, y una dulzura terrible, esa dulzura materna de milenios que hermana el vientre y el mar. A Gabriela le decían: «La india». Y es la expresión más americana de la mujer: la mujer aborigen.

La abuela paterna, la «abuela loca», una severa puritana de origen argentino y de raíz hebrea será otra presencia decisiva en su formación. La «locura» de esa anciana consistía en que ella era la única señora que en el pueblo de La Serena tenía una Biblia, y se dedicaba a leerla a todas horas, en silencio y en voz alta, a solas o acompañada. La abuela sentaba a la niña en una silla, le deshacía los rizos y los moños del vestido y se ponía a leerle los Salmos. De ahí que Lucila pudiese decir más tarde que su primer amor, su

primer amante invisible fue el rey David. Empieza entonces a escribir primero para sí misma y muy pronto en los periódicos. Los primeros textos que de ella se guardan se remontan a 1902, cuando despunta doce o trece años. Se trata de un par de poemas: «A Lola» y «Los suspiros», versos de lectura algo floja pero no exentos de vehemencia y ánimo sublime. Pronto en 1905, cuando cuenta entre quince y dieciséis años empezará a colaborar en las revistas y diarios de la región. Nunca dejaría de frecuentar las páginas de los diarios, y el periodismo sería una cantera que le permitiría conocerse y darse a conocer, compartir ideas y lecturas, escribir y ser leída. En diciembre de 1914, a los veinticuatro años, la Sociedad Chilena de Escritores le concede a la flamante Gabriela Mistral (era la primera vez que usaba el seudónimo) el premio de los Juegos Florales por su obra *Los sonetos de la muerte* (la edición más completa de este enigmático libro es la de Satoko Tamura (Tamura [1998]). Se las arregla —y eso es ya característico— para no asistir oficialmente a la premiación pero presencia el acto escondida entre el público. A partir de entonces, el seudónimo recién acuñado recorrerá el mundo como santo y seña de un lirismo expresivo y adusto y de un pensamiento leal a su raíz de barro. Esa voz inventada evoca tanto el nombre del poeta italiano Gabrielle d'Annunzio como el de un viento mediterráneo, y el apellido del poeta provenzal moderno y Premio Nobel, Frédéric Mistral. Aquellos primitivos «sonetos de la muerte» se remontan a 1912, pero la autora los tocará y retocará durante años antes de incluirlos en *Desolación* (1923).

SONETO DE LA MUERTE

Mis manos campesinas arañaron la peña
para clavar una cruz donde mi sueño cabe,

hecho amor a un suicida por cuya mano suave
sentí rodar la sangre rota que se despeña.

Sangre de mis delirios y de mi voz que sueña
gritando por las noches como el vuelo de un ave
doliente a jaramago o a la remota nave
en donde van los seres que la muerte desdeña.

Mis manos de labriega domeñaron el frío
por Monte Grande arriba, bebiendo vino fuerte,
por Peralillo alegre, cogiendo luna amarga.

Pero mi voz de mujer lloró en el desafío
bestial e impenitente que le lanzó la muerte
sobre la carne herida como una eterna carga.

(*El Mercurio,* Antofagasta, 4.2.1912)

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

(Desolación, 1923, 2.ª ed.)

LA CONDENA

¡Oh fuente de turquesa pálida!
¡Oh rosal de violenta flor!
¡cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera, se alzaría
aquel que está caído en tierra!

(Desolación, 1923, 2.ª ed.)

Desde su nacimiento hasta su viaje a México en 1922 esos primeros años en Chile, la infancia en Montegrande, en Elqui, en La Serena, la adolescencia angustiada en Vicuña, la juventud curiosa en Concepción y en Punta Arenas y en otros sitios de su país fueron —y ella lo sabe— el espacio donde todo sucedió y sucedería: «Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas —le dijo alguna vez a Octavio Paz— es algo muy trascendental». El amor y el desamor, el amor-pasión, el descubrimiento de los

buenos y no tan buenos sentimientos, la revelación de la amistad y de la responsabilidad hacia la tierra, la voz de la generosidad, las voces ambiguas de la letra, la vanidad de los escritores, los nombres de las plantas y los de las espinas, los de las estrellas y los de las piedras, el timbre de las emociones, la música de las entrañas, el tartamudeo y el mutismo de las pasiones, el silencio. Esos primeros años de infancia despreocupada y ávida, de adolescencia atormentada y de juventud curiosa fueron el baño lustral en que se templaría su áspera voz dulce. Nunca dejaría de beber en la copa de barro de esos años de formación. La experiencia mexicana será decisiva para la poeta: México le recuerda Chile y algo más; a su vez los mexicanos también la recordarán. Dice Gabriela:

Hermanito, le escribo cerca del Pacífico, en una sierra del estado de Michoacán. Ando inspeccionando a los misioneros maestros de indígenas. Esto es pleno trópico, tierra de piñas, caña de azúcar, café, etc. Descanso en las huertas y el calor me adormece... (5 de abril de 1923).

Presidí el Congreso de Maestros misioneros (maestros de indios) i me cojió el corazón la obra, todo el corazón. Me resucitó el espíritu apostólico; me mudó el alma vulgar en que me iba encenagando. Caso me ofreció en una fiesta que enseñara en la Universidad. Ni allí ni en enseñanza secundaria; con ninguna dirección de pedagogos. No creo en la gran farsa pedagójica de todas partes, el mercantilismo disfrazado de ciencia i de retórica embustera (31 de diciembre de 1923).

Palma Guillén en el prólogo a *Lecturas para mujeres* (México, Porrúa, 1967), escribe:

La gente en los pueblos o en las ciudades acudía a oírla y la oía con verdadera religiosidad. Ella era muy intuitiva y se daba cuenta inmediatamente de su auditorio, así es que sabía encontrar siempre el tono justo para que cualquier tema se volviera interesante y asequible. Visitaba

mercados y talleres; hablaba con los maestros, con los obreros y sobre todo con las mujeres. Todo el mundo la quería. Cuando murió, de muchos de esos pueblos, recibí yo cartas de pésame de personas que, 35 años antes, la habían conocido y que me escribieron a mí porque no sabían si ella tenía aún familia.

De aquellos paisajes chilenos y mexicanos, le vienen las flechas que todavía muchos años después le atraviesan el cuerpo y le prestan a su continente ese aire a la vez digno y triste, tímido y altivo con que asoma su rostro en las fotografías tomadas aquel 10 de diciembre de 1945, cuando la sorprendieron dándole el Premio Nobel de Literatura, —«eso de Estocolmo», diría años después a la presea— asombrando de paso a los poetas y escritores de Chile que solo le concederían el Premio Nacional de Literatura varios años después, en 1951.

Por su brevedad e interés documental, transcribo a continuación el discurso de Gabriel Mistral al Premio Nobel de Literatura.

VOZ DE LOS POETAS DE MI RAZA

Gabriela Mistral

Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América íbera para honrarla en uno de los muchos trabajos de su cultura. El espíritu universalista de Alfredo Nobel estaría contento de incluir en el radio de su obra protectora de la vida cultural al hemisferio sur del continente americano tan poco y tan mal conocido.

Hija de la democracia chilena, me conmueve tener delante de mí a uno de los representantes de la tradición democrática de Suecia, cuya originalidad consiste en rejuvenecerse constantemente por las creaciones sociales más valerosas. La operación admirable de expurgar una tradición de materiales muertos, conservándole íntegro el núcleo de las viejas virtudes, la

aceptación del presente y la anticipación del futuro que se llama Suecia, son una honra europea y significan para el continente americano un ejemplo magistral.

Hija de un pueblo nuevo, saludo a Suecia en sus pioneros espirituales por quienes fue ayudada más de una vez. Hago memoria de sus hombres de ciencia, enriquecedores del cuerpo y del alma nacionales. Recuerdo la legión de profesores y maestros que muestran al extranjero sus escuelas sencillamente ejemplares y miro con leal amor hacia los otros miembros del pueblo sueco: campesinos, artesanos y obreros.

Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa. Ambas se alegran de haber sido invitadas al convivio de la vida nórdica, toda ella asistida por su folclore y su poesía milenarias.

Dios guarde intacta a la nación ejemplar su herencia y sus creaciones, su hazaña de conservar los imponderables del pasado y de cruzar el presente con la confianza de las razas marítimas, vencedoras de todo.

Mi Patria, representada aquí por nuestro culto ministro Fajardo, respeta y ama a Suecia y yo he sido invitada aquí con el fin de agradecer la gracia especial que le ha sido dispensada. Chile guardará la generosidad vuestra entre sus memorias más puras.

Este breve discurso, pronunciado en 1945, podría completarse con otras palabras: «Me gustaría que nuestra juventud pensara y repitiera —dijo Gabriela Mistral— la inscripción grabada en el dintel de la puerta de la Universidad sueca de Upsala: *Los pensamientos libres son buenos, pero los justos son mejores*».

II

Desolación (1922, 1923, 1926) fue su primer libro y el que marcó el rumbo de su vocación. Siguieron *Ternura* (1924, 1945), *Tala* (1938), *Lagar* (1954) y su canto póstumo *Poema de Chile* (edición

de Jaime Quezada de Mistral [1996a]). Cuando le dieron el Premio Nobel, en rigor solo había publicado dos libros —pues el segundo es un desprendimiento del primero—, como ha señalado el estudioso chileno Jaime Quezada (Mistral [1993]). Alfonso Reyes consigna en su inédito *Diario* (25 de enero de 1952) que «Gabriela Mistral ha dicho que ella practicó el budismo 20 años». Ciertamente, hay en la figura de Gabriela Mistral un aura mística, y ella aparece como una figura ambigua, secreta, pagana, inclemente, tierna y abrupta, perseguida en vida y aún póstumamente por su presunto lesbianismo (Fiol-Matta [2003]). Pero también se le representa como una madre de la patria, cuya silueta ostentan los billetes de 5.000 pesos expedidos por el Banco Central de Chile. Gabriela Mistral se dio a conocer con la publicación de un libro incandescente: *Desolación* —publicado por primera vez en Nueva York, gracias a la iniciativa de un grupo de amigos y admiradores encabezados por el español Federico de Onís—. En sus páginas el modernismo se liquida en arrebatado tartamudeo que ya anuncia la vanguardia. Historia secreta de una viudez acaso imaginaria pero vivida con intensidad inigualable. *Desolación* es un libro más que escrito, inscrito, esculpido en carne y hueso por la voz de una mujer fuerte, una varona hembruna que, como ave de presa, parecía alimentarse de carne cruda —la observación es de Rosario Castellanos (Rosario Castellanos, *Sobre Gabriela Mistral*, ensayo inédito, escrito hacia 1945, diario *Milenio*, 25 de mayo de 2005, p. 44)— sin por ello renunciar a la delicadeza, al tacto, con que su oído interior escucha las batallas de su propio cuerpo. Gabriela Mistral, dice Alfonso Reyes en su *Diario* en 1927: «Parece una gran montaña por cuyas faldas ruedan ventisqueros y aludes, y sigue quieta, entre los truenos debajo».

Hay en las planas de ese primer libro decisivo una espontánea fusión sensitiva, inteligente pero subrepticia de modos de hablar regionales y provincianos, ecos de la poesía simbolista de Francia y

de Bélgica, huellas de los libros bíblicos del Antiguo Testamento, ecos evangélicos y relentes de Rabindranath Tagore. Y todo eso para dar aliento y alimento coloquial y casual a la clave amorosa de la ausencia y del suicidio del amado. El tema mitológico de *La amante invisible* (Elémire Zolla, *La amante invisible*. *La erótica chamánica en las religiones, en la literatura y en la legitimación política*, traducción de Bárbara Piano, Caracas, Venezuela, Mandirla, 1988) cuya ubicuidad han señalado la etnología y la antropología contemporáneas cobra en las hondonadas en verso de Gabriela Mistral una realidad inquietante y perturbadora cuando se piensa en la instintiva disponibilidad con que esta especie de monja o de novicia laica de la poesía se abre a la experiencia incisiva y contundente de lo sagrado que la devora. Pero al mismo tiempo y en paralelo, Gabriela Mistral es una recadera, una autora de artículos y cartas, de mensajes e impresiones que va publicando en los periódicos como quien va afilando en público su espada antes de entregarse a los combates más secretos y entrañados del poema. Esta segunda Gabriela Mistral sabe que la tierra tiene actitud de mujer y que, junto a la severa llamada del decir poético, estremece el aire otra convocatoria: la de la guía espiritual, la de la maestra, la de la mujer que sabe —como lo dijo en su brevísimo discurso al recibir el Premio Nobel— que toda su dignidad le viene de la raza y de la palabra. Si la persona llamada Lucila Godoy tenía —como ella misma lo decía— dos ángeles de la guarda, uno era el del poema y otro el de la prosa y la lección, del discurso y de la doctrina crítica y humanitaria; y si Chile —según Eugenio d'Ors— vive bajo el patronazgo de un ángel de la guarda, a su vez Gabriela Mistral flota sobre la cultura de su país como una presencia «gnómica» que funde en sí los rasgos del poeta y del maestro, los del trovador y los del legislador. Pero de tal fusión —advierte D'Ors— puede resultar una suerte de riesgo y de confusión profética. Esa ebriedad profética que se le puede encontrar a la

prosista y doctrinaria Gabriela Mistral está por fortuna templada por la aridez de la *desolación* inaugural que da a su fibra una condición mineral (D'Ors [1947]: 975-976). De este doble registro Gabriela Mistral era consciente desde muy joven, por lo menos desde que tenía 23 años, cuando en 1912 y firmando como Lucila Godoy, le escribe a Rubén Darío una carta, entre conmovedora e imperativa, que el poeta debe haber leído con una sonrisa agradecida. Darío tenía programado viajar a Chile ese año pero no llegó a hacerlo, y Gabriela se dirige a él así:

YO, DEVOTA DE HOY...

República de Chile
Dirección:
Lucila Godoy,
Los Andes, Liceo de Niñas, Chile

Nuestro grande y nobilísimo poeta:

Soi una que le aguardaba al pie de los Andes para presentarle su devoción i la de sus niñas —discípulas— que charlan de Ud. familiarmente después de decir su «Cuento a Margarita» i su «Niña-rosa». Pero Ud. no vino i yo le mando en estas hojas extensas todo aquella cosa pura i fragante que es el querer de cien niñas a un poeta que les hace cuentos como nadie jamás lo hizo bajo el cielo!

Poeta: yo, que soi mujer i flaca por lo tanto, i que por ser maestra tengo algo de las abuelas —la chochez— he dado en la debilidad de querer hacer cuentos i estrofas para mis pequeñas. Y las hecho (sic); con rubores lo confieso a Ud. Yo sé que Ud. es tan grande como bueno.

Pretendo —¡pretender es!— que Ud. me lea lo que le remito, a saber, un cuento, original, mui mio, i unos versos, propios en absoluto.

Pretendo —¡pretender es!— que si Ud. sonríe con dulzura fraternal leyéndolos i halla por ahí núcleos de semillas que dicen algo, una

promesilla para el futuro, en «Elegancias» o en «Mundial», Ud. me las publique.

Yo, Rubén, soi una desconocida; yo no publico sino desde hace dos meses en nuestros «Sucesos»; yo, maestra, nunca pensé antes en hacer estas cosas que Ud., el mago de la Niña-Rosa, me ha tentado i empujado a que haga. ¡Es Ud. culpable de tantas cosas en el campo juvenil! ¡Si supiera, si supiera!

Rubén; si Ud. no encuentra en mi cuento i en mis estrofitas sino cosa hueca, hilachas volantes de cosa inútil i vulgar, escríbame solo esto en una hoja de papel: malo, malo. Y fírmela. ¡Yo, devota de hoy seguiré siéndolo tanto o más!

Una explicación: Uds. —Ud. y el Sr. Guido— dejaron en Chile como encargado de visar las colaboraciones al Sr. Malvenda. Perfectamente, pero yo no he podido vencer mi ingenuo (sic), i tanto santo deseo: escribir a Rubén i, directamente, recibir su rechazo.

Con emoción me despido de Ud. i le deseo primavera eterna en su campo de triunfos, en su corazón nobilísimo y en su vida, gloria de nuestra América latina.

Humildemente,

Lucila Godoy
Prof. de castellano del Liceo
de Niñas. Los Andes, 1912.

Bórquez-Solar —¿Ud. lo conoce?— me ha ofrecido prólogo para mis «cuentecillos» («Carta de Gabriela Mistral a Rubén Darío» reproducida por Faustino Sáenz en «Dossier de Gabriela Mistral» —Sáenz [2005]—. Previamente esta carta se había reproducido facsimilarmente y comentado por Luis Sáenz de Medrano —Sáenz de Medrano [1995]—).

Sobra decir que aquellos textos efectivamente serían publicados en la revista de Darío. Ambos ángeles, el de la poesía y el de la política —hay que tenerlo claro— se cuidaban entre sí y la

protegían a ella. La protegían desde que llegó a México, en 1923 invitada por José Vasconcelos («... Gabriela es mucho más inteligente de lo que cree el mismo José Vasconcelos», dice Alfonso Reyes en su *Diario*, en 1927) y aún antes, en 1920, cuando la descubrió Enrique González Martínez, quien por entonces representaba a México en Chile. A su vez, la joven poeta se expresará con entusiasmo sobre el escritor jalisciense en carta a Genaro Estrada y fuera de todo protocolo:

> Estamos muy contentos con el poeta que nos ha mandado su gobierno y que matará la leyenda única que circula en América Austral sobre México: Pancho Villa y la revolución permanente.

«La influencia de Gabriela —dijo el crítico franco-argentino Max Daireaux en su *Panorama de la littérature hispano-américaine* (Daireaux [1930])— es profunda; no es hablando con propiedad una influencia literaria, no se ejerce sobre los escritores sino sobre los hombres, es una influencia moral que actúa misteriosamente sobre las inteligencias y corazones y parece, a primera vista, inexplicable. La juventud inquieta o sencillamente pensante va hacia ella como hacia la Meca espiritual de América Latina [...] ella es socialista y es cristiana [...]. Su socialismo es más una manera de sentir que una manera de pensar [...]. Es cristiana, pero no según la Iglesia sino según Cristo; su misticismo es, por así decirlo, una poesía del dolor [...]. Esta mujer es un Sócrates cristiano que todavía no ha encontrado su Platón [...] y ella representa la mayor fuerza espiritual de América Latina» (pp. 169-174).

Lucila Godoy sabe que Gabriela Mistral es el nombre de dos personas por lo menos: la poeta y la maestra, la trovadora y la guía intelectual de una raza, entendida esta voz emblemática, en un sentido simbólico. La unión, la amistad de las dos Gabrielas

dejarían en México una honda huella, pero a su vez México dejaría impresa su marca en ambas. ¿Cuántos amigos y admiradores y lectores y seguidores no tiene Gabriela Mistral en México? Los ya mencionados José Vasconcelos y González Martínez pero sobre todo Alfonso Reyes, con quien la unirá una profunda amistad que se transparenta en la hermosa y jugosa correspondencia que intercambia (Vargas Saavedra [1991]) a lo largo de muchos años tanto como en los apuntes que él escribe sobre ella tanto en sus obras como en su *Diario* inédito. Hay que decir en favor de Gabriela que su mejor espada fue su veracidad. Gabriela Mistral es una de las pocas personas cercanas a José Vasconcelos que con amistad varonil le dice la verdad sobre su bipolaridad política y literaria (Vargas Saavedra [1991]: 51-52):

Pensado y vuelto a pensar, Vasconcelos:

> Yo no puedo callar más ni puedo tampoco morigerar en una pavesa menos, este descargo de sinceridad. Ud. me conoce y Ud. sabe que por ímpetu de decoro doy en palabras como quien da en saetazos, la verdad que otros pretenden poner pintarrajeada en un ataúd.
>
> Yo no podría ser fiel a México, fiel a Ud. y tampoco fiel a mí misma, si sumiese este borbollón de franqueza. De absoluta franqueza.
>
> Y voy al grano; que ya he puesto demasiada fronda.
>
> Convénzase, amigo mío, que no es usted pasta de general o almirante, ni siquiera de cabo ni grumete. Lo suyo es gobernar ideas. Dios le ha dado sesos para que conduzca con lucidez al mocerío, a los vejestorios, a toda criatura que sepa leer y *oír*.
>
> Ya se lo he dicho y lo he escrito: Ud., como maestro queda a la par con Sarmiento; Ud. cuajó, en sus años de ministerio, *siglos de cultura*. Siglos, amigo. Porque Europa se ha tomado Medioevos y Renacimientos para darle tuétano a su cultura.
>
> Lo que Ud. propulsó para beneficio de la indiada, no lo lograron ni las huestes ni las misiones del imperio español; no pudieron tamañamente ni la

espada ni el catecismo. En Ud. se restituye la pérdida de Las Casas y en Ud. no debiera cesar esa caridad de la cultura.

Desengáñese en cuanto a su capacidad de discernimiento. Es muy otra la faena de escoger entre informes que se codean sobre el escritorio y escoger entre ambiciosos que compiten por adularlo. Y Ud., como hombre, es indefenso al adulo. Se le rinde como la cobra al hábil flautista que... acaba por meterla en su canasta.

Acuérdese de las experiencias con T. G. y con P. S. (prefiero ni ensuciar la tinta con sus nombres completos).

Tengo la honra de no haberlo adulado jamás. Debiéndole, como le debo, los años de sosiego en México, mi gratitud no me venda los ojos para contemplarle en toda su reciedumbre de intelectual y en toda su fragilidad de seudo líder. En lo primero es un bronce insigne, en lo segundo, un embeleco. Y Ud. se menoscaba al consentirse el embeleco.

Mas debo decirle.

Dése cuenta de que un pretendiente a héroe, un candidato a prócer, no puede ostentar el más leve desliz en su vida personal, si es que quiere merecer nuestro *respeto*. Ud. ha hecho de su vida íntima un espectáculo banal.

Ud. viajó pavoneándose como un... lord Byron mexicano, pero sin tener la genuina vocación para los derroches sentimentales. No en vano se hace noble...

He escuchado, tanto del lado de los suyos como del opuesto, una crítica unánime, toda adversa, caldeada de irritación; y la he escuchado con los labios pegados por la falta de razones con las cuales silenciar ese torrente nítrico. ¿Cómo se las arregla Ud. para engruesar el tímpano y deambular sobre los bulevares como si paseara por la gruta de Cacahuamilpa?

Retírese a sus libros, como Quevedo, y no como él: que fuera obligado, a lanza. Refúgiese en la paz fértil, gobierne sus letras, conduzca su pluma y así alcanzará a poner a salvo lo que aún queda de su prestigio. Se lo agradecerán su madre y sus amigos todos.

Gabriela Mistral

Además, alrededor de Gabriela están Carlos Pellicer (quien coleccionaba sus recados y cartas), el abate González de Mendoza, los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, Andrés Henestrosa, Emma Godoy, el doctor Ignacio Chávez, Daniel y Emma Cosío Villegas, y su amiga de toda la vida Palma Guillén, para no hablar de los amigos de la letra y en la letra como era Rosario Castellanos que le escribe un texto admirativo y admirable (aunque poco conocido). La amistad con Palma Guillén es por lo menos significativa de que Gabriela Mistral conocía por adentro el mapa mexicano, hasta el punto de que a finales de 1948 y principios de 1949 le toca recibir una carta de Antonio Castro Leal solicitándole que apoye la candidatura de Enrique González Martínez al Premio Nobel, cuando era sabido de muchos que ella ya se había manifestado a favor de que Alfonso Reyes fuera distinguido con esa presea. De hecho, en la obra en prosa de la poeta constan varios apuntes sobre Alfonso Reyes y en la correspondencia Reyes-Mistral se recoge, entre otros papeles sobre Reyes, un perspicaz ensayo sobre la poliédrica figura del regiomontano que transcribo al final de esta semblanza como anexo. La trascendencia de México en la obra de Gabriela Mistral no se podría medir por el número de poemas que ella le dedica a este país, a sus escritos y asuntos; esa medida en realidad no daría justa cuenta de la íntima y profunda liga recíproca que hace de Gabriela Mistral una voluntaria de México, una hija adoptiva de este país, ciudadana de nuestra república literaria y cultural más allá del espacio y del tiempo. A su vez, las cuerdas de la lírica mexicana no pueden dejar de tomar en cuenta la calidad poética de Gabriela Mistral. No es casual que Alfonso Reyes y Octavio Paz, entre los escritores mexicanos que la admiraron, hayan dejado cada uno un testimonio de su magnetismo. Dice Reyes (Reyes [1989]: 142-143) en su «Himno a Gabriela»:

Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con su caricia las risueñas laderas; y por encima de las miserias naturales, depositaria y emisaria de la salud y el alimento —Ceres transmutada al orden del espíritu—, yo le ofrecería el sacrificio de la *pancarpia,* amasada con todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas.

Ya he dicho en todos los tonos y en varias ocasiones lo mucho que admiro las letras de Gabriela Mistral: su verso que, sin dejar nunca las excelencias técnicas y aun las agilidades ingeniosas, descubre una nueva dimensión en las honduras de la conciencia; su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado; y como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo que la enriquecieron los clásicos. La serenidad de Gabriela Mistral está hecha de terremotos interiores, y de aquí que sea más madura. Su bondad rebasa los límites de la filantropía personal —presa que se desborda—, y se vuelve cosa telúrica. Ya no es Gabriela quien nos aquieta, nos consuela o bendice: es un vasto soplo tonificante que anda entre los suelos y los cielos de América, cargado de esencias boscosas, rumores de pájaros y abejas, de talleres y campanarios.

Un día me explicó este misterio. Y en verdad lo es para remontarse hasta las cumbres del alma sin soltar el lastre de las realidades más inmediatas para, como los robustos eucaliptos, sorber entre la savia del tronco las piedras y los terrones del campo. ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón? Su inmensa poesía está tejida con todos los estambres que hilan el trabajo y la virtud de los hombres. Así creían los antiguos que Heracles había construido el ara de Dídima con la sangre, los huesos, la sustancia misma de las víctimas ofrecidas.

Y años después Octavio Paz (Paz [1991]), con mayor concentración pero en el mismo sentido (Premio Nobel 1990),

expresaría:

En Gabriela Mistral hay ecos inconfundibles de la Biblia, una voz que echo de menos en casi toda nuestra poesía moderna. Dije: *voz viril*, agrego ahora voz de varona, voz de Judith o de Esther, profunda y poderosa voz de montaña mujeril. La montaña es terrible porque es tiempo petrificado, inmensa forma quieta en cuyas entrañas duerme y sueña un mundo primordial...: agua y metales, piedra y fuego. Lejana e imponente, la montaña de pronto se vuelve maternal y se convertirá en cocina pacífica. La vemos por la ventana y cada anochecer le contamos nuestras penas y alegrías... Poesía hecha con las palabras de todos los días pero ungidas por el aceite de lo sobrenatural. Realismo transfigurado, vida diaria transformada en rito y oficio divino.

Obsérvese, de paso, la coincidencia que existe entre las percepciones de los dos poetas mexicanos sobre la condición telúrica y de montañesco macizo que suscita en ambos la silueta de la poeta chilena.

A la lección de sobriedad y elegancia desnuda que se desprende de la obra poética de Gabriela Mistral hay que añadir la hondura y fidelidad de su imaginación poética, tanto en el orden introspectivo como en el geográfico, el folclórico y popular. Se impone el parentesco con la figura y obra de Pablo Neruda, ese joven chileno que le enseña en 1920 sus primeros poemas cuando él tiene apenas 16 años y ella 31. De hecho Mistral y Neruda serán como las dos caras que ostenta la medalla literaria chilena, siempre juntos, siempre contrapuestos. Además de esa afinidad poderosa con la obra de Neftalí Reyes Basoalto a quien ella le sugiere leer a los novelistas rusos, la escritura de Gabriela tiene muchas otras inagotables cualidades propias. Subrayo al paso la compacta fluidez de su expresión en prosa y sobre todo la lentitud milenaria de su andadura en verso, la serenidad majestuosa de su dicción humilde y comprehensiva.

Escritura ensimismada y transparente, sencilla y abismal, la de esta poeta explícitamente telúrica y terrenal abarca en el arco de sus cuatro libros esenciales no solo un atlas íntimo y otro exterior, con sus abismos e infructuosidades, sino que concentra en la pulida e impecable factura de sus poemas un mestizaje, una hibridización sintáctica y léxica que presupone un arte poética, a la par arcaica y novísima donde diversas edades y tiempos de la lengua se funden en una suerte de diario cósmico más allá o más acá de las reducciones de la novela sentimental, donde lo cotidiano y lo sagrado se compaginan. Los poemas de Gabriela Mistral hay que leerlos precisamente como poemas, es decir, como objetos inexplicables y preciosos, siguiendo los consejos de Palma Guillén, su amiga mexicana de toda la vida: «Hay que intentar tomar la poesía en sí misma como se toma un pedazo de cuarzo para ver en él las líneas, las sombras y los colores. En ellos pueden estar el amor, el dolor causado por la muerte o por la pérdida de las cosas que eran nuestra dicha» (Guillén [1973]: IX).

Con Walt Whitman, César Vallejo, Pablo Neruda y Gonzalo Rojas, Gabriela Mistral pertenece a ese gran despertar o desperezamiento telúrico que en la narrativa se afilará en las obras de Miguel Ángel Asturias, Rómulo Gallegos, José María Arguedas, Augusto Roa Bastos o Juan Rulfo, y que da constancia viva de la fusión que se cumple en las letras de arcilla, barro y vidrio de las Américas escritas.

BRUNO ROSARIO CANDELIER

LA VETA MÍSTICA EN LA LÍRICA DE GABRIELA MISTRAL

Ninguna piedra en el camino
hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

(Gabriela Mistral, «Vergüenza»)

La creadora de la enjundiosa poesía que ha iluminado la conciencia espiritual de América desde el aliento entrañable del valle de Elqui, ha sido la inmensa lírica chilena Gabriela Mistral. Los principales biógrafos y estudiosos de esta figura cumbre de la literatura hispanoamericana han estimado que, aunque la ilustre poeta no era propiamente una mística, su poesía, su comportamiento y su visión de la vida reflejan una dimensión contemplativa y espiritual del mundo.

La mujer que nació en Vicuña en 1889, que recibió el nombre de Lucila Godoy Alcayaga y calzó su producción poética, epistolar y testimonial con el pseudónimo de Gabriela Mistral, es la educadora y poeta de Chile que llevó en sus alforjas mentales, desde su infancia hasta sus días finales en 1957, el aliento telúrico y cultural de su ambiente como fuente de su creación literaria, índice del amor a su patria y fragua de la impronta espiritual de su numen (Alone [1962], Goic [1982], Cárdenas [1963]).

La grandiosa veta creadora de la lírica de Gabriela Mistral fue el amor a Dios que destilan sus versos entrañables, sentimiento místico que confirma su sensibilidad trascendente, su identificación con el dolor y su compenetración con las cosas sencillas y humildes, que remarcaba el acento rural de sus orígenes y los rasgos visibles de su geografía natal. Autora de obras memorables, como *Desolación* (1923), *Ternura* (1924) y *Tala* (1938), textos que acreditaron la fama que el Premio Nobel acrecentó, signaban tres aspectos de su temperamento literario: primero, la coherencia conceptual en el uso de la palabra, señal de una clara conciencia verbal; segundo, la identificación con la chilenidad, reflejada en la mención afectuosa de su cordillera, sus mares y su tierra con sus ríos, plantas, labriegos y animales; y tercero, el vínculo de su sensibilidad espiritual y estética con el numen sagrado de lo viviente, mediante los efluvios trascendentes que su interior capturaba como un inequívoco indicio de su pasión por lo divino.

Gabriela Mistral se movía entre hondas apelaciones concitadas por la gracia de su caudalosa sensibilidad y el influjo de grandes paradigmas de la condición humana, como san Francisco de Asís y Rabindranath Tagore; grandes fuentes literarias, como la Biblia y los clásicos griegos y españoles; grandes incitaciones de la voluntad, como la doliente realidad social, el dolor humano y el anhelo de ascenso interior.

El ámbito donde la Mistral se sentía a gusto era en el reino impoluto de la realidad estética, espacio interior para la fruición de sus intuiciones profundas y usufructo de sus vivencias caudalosas con cuya sustancia articulaba el conjunto de sus creaciones poéticas. Al hablar de Gabriela como una mujer singular, uno de sus estudiosos escribe:

> ... No es fácil Gabriela a pesar de su apego a lo cotidiano, a sus cerros, sus frutos, sus bestiecitas que le nombraba su madre, la que le enseñó a nombrar lo básico que es lo profundo, la aldea que cantó como Tolstói, para ser universal, tan universal como esos novelistas de la lejana y ríspida Rusia, tan insondable y a veces implacable con sus gentes, sus *mujiks* y también sus nobles en decadencia, sus delirantes historias y su poderosa poesía, como la tierra de Elqui y sus dispersas aldeas y sus tan terrenos y a la vez místicos habitantes (Zegers [2008]: 4).

Tiene Gabriela Mistral una voz poética singular y exquisita, que da cuenta de su experiencia de vida con sus percepciones fecundas, su cortejo espiritual y su talante femenino, su cosmovisión cristiana y su hondo sentido de la belleza y el misterio. *Desolación,* heraldo inicial de su enorme prestigio, anuncia la vertiente luminosa de esta agraciada poeta, cuya obra *Los sonetos de la muerte,* con la que ganó los Juegos Florales de 1914, encauza el aire romántico de una sutil melancolía bajo el eco de lo divino:

> Este largo cansancio se hará mayor un día,
> y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
> arrastrando su masa por la rosada vía,
> por donde van los hombres, contentos de vivir...
>
> Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
> que otra dormida llega a la quieta ciudad.
> Esperaré que me hayan cubierto totalmente...

¡Y después hablaremos por una eternidad!

Solo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

La ilustre hija del valle de Elqui proyecta en su poesía la idiosincrasia chilena de la primera mitad del siglo xx. La vida y la obra de Gabriela Mistral revelan el amor que nuestra poeta sentía por su tierra, su historia y su gente. Y confirma el talante contemplativo de su sensibilidad espiritual y estética. A pesar de las adversidades de diversa índole, incluida una inicial baja autoestima que luego superó, su talento supo aprovechar infortunios del azar o del destino.

Gabriela Mistral era, en efecto, una iluminada que vivía en medio de los hombres. Educadora y poeta, cultivaba la palabra con vocación de orfebre, tallando las imágenes que su intuición forjaba, articulando a la metáfora o al símbolo un concepto afín a su vocación religiosa bajo la huella bíblica de lo eterno. Al valor literario de su creación, Gabriela le endosaba el valor interior de resonancia suprema. Con sus intuiciones poéticas, la creadora chilena parecía vivir en contacto con las fuerzas preternaturales de las cuales recibía, por su vinculación cósmica, los efluvios de la cantera del infinito.

Concitada por la gema de la contemplación de la belleza y prevalida de la formación intelectual, Gabriela Mistral enfocaba la dimensión interna y mística de lo viviente con el sentido espiritual al modo franciscano, herencia de su devoción por el santo de Asís. Y como consignó Cecilia Meireles, ella «se alimentaba de las

vivencias de su infancia, en un valle escondido, en una alta cordillera, entre grandes piedras, árboles y cielos; de su aprendizaje de la Naturaleza a los pies de un Universo puro...», para rematar con estas palabras: «... con un modo de mirar las cosas con espíritu de eternidad que tal vez era la marca de su sangre bíblica...» (Meireles [2008]: 5).

Nuestra poeta concebía la creación del mundo como la magna obra de Dios, que contemplaba extasiada y desde la cual acopiaba la lumbre de su inspiración. Tenía conciencia de sus dones y potencialidades, junto a la convicción de que estaba llamada a realizar una grandiosa obra mediante el cultivo de las letras. Escribió la poeta en *Lagar:* «Sosegó el aletazo, / se dobló, lacia, / y me cayó a la mano / su pavesa acabada...».

Con ese singular entusiasmo, vivía en comunión con la fuente primordial de la vida y cifraba en los altos valores del espíritu, junto a la belleza de la forma, el sentido de su creación poética. Para esta inmensa poeta chilena, la palabra encarnaba el aliento de lo divino mismo, instrumento que debía dominar como la herramienta que da forma a su interpretación del mundo y sustancia a las verdades profundas que su intuición captaba.

La ternura y la piedad, actitudes con que asumía su labor educativa y creadora, indicadores son de su alma pura y de su posición solidaria con quienes carecen del pan material y espiritual. El ejercicio creativo era para la poeta chilena una necesidad espiritual que nacía de sus entrañas y que se convirtió en fragua del sentido trascendente y cauce de su sensibilidad mística. Sobre ella escribió Marie-Lise Gazarian-Gautier: «De ella recibí la mayor lección de humildad ante la vida y ante la obra. Yo la veía en acción escribir, sonreír, defender, ser muy estricta con su propia obra, autoexigente. El poema tenía que ser lo más perfecto posible, en un ascenso místico hacia lo inefable, su mensaje de amor por aquellos que no tienen voz para defenderse, su entrega

incondicional por las grandes causas, su valentía por celebrar la paz en tiempos de guerra me encaminaron a lo largo de mi propia vida. Gabriela Mistral me hizo partícipe de su amor a Chile. Por ella, sin ser chilena, llegué a conocer la Cordillera, pliegue a pliegue, como si fuera mía. ¡Cuánto quería Gabriela Mistral a su patria! Pasó una vida entera cantando su belleza. *Poema de Chile* es el más hermoso testamento que deja a las nuevas generaciones del pueblo chileno» (Gazarian-Gautier [2008]: 7).

La vertiente emotiva es un rasgo dominante en la poética de Gabriela. El acento afectivo de su lírica es un sello de su creación. Ese aspecto cordial está asociado al dejo rural de sus vivencias primordiales, a la entonación patética de sus creaciones, al canturreo jubiloso de su expresividad y al aliento trascendente de su misticismo. Esa faceta marca una «poesía lírica inspirada en poderosas emociones», como consignó la Academia Sueca cuando le otorgó el Premio Nobel de Literatura en 1945 (Quezada [2008]: 9).

Gabriela Mistral pudo engarzar, a la elaboración estética del lenguaje, los recursos lingüísticos del quehacer poético para plasmar su visión lírica del mundo y su concepción mística de lo viviente. La poeta de Chile supo, como decía William Blake, «ver un mundo en un grano de arena», en virtud de la luz interior mediante la cual podía apreciar el fundamento profundo de las cosas con su aguda conciencia de lo divino. Su visión estética entrañaba una connotación mística derivada de su intuitiva conciencia de lo Absoluto. Veía en la belleza de lo viviente un signo de emanación de lo divino.

Fruto de su convicción espiritual y estética, su sensibilidad experimentaba el «dolorido sentir», al modo de Garcilaso de la Vega; de su corazón manaba el sentimiento de ternura fraterna, al modo del Poverello de Asís; y de su alma brotaba la vocación mística de deificación, al modo de san Juan de la Cruz.

Paralelamente, de su lenguaje nace una expresión armoniosa, enfática y dulce que plasma su visión amorosa del mundo mediante descripciones, retratos y prosopopeyas; de su palabra mana una manera elocuente y jubilosa que hace sensible la emoción estética de su lírica mediante la humanización de imágenes; y de su expresión fluye un decir diáfano y prístino mediante epítetos y comparaciones que canalizan la faceta primordial y primorosa de las cosas como signo sensible de lo divino mismo.

En sus poemas apreciamos elocuentes figuras literarias, como «la fiebre que está en tus piedras gimiendo»; «su leño amarillento y de venas ensangrentadas»; «un álamo plateado, el candor de rebaños y un río con gemido»; «tienen las barcas cabelleras de jarcias, pecho de velamen duro»; «camina pisando su jugarreta de sombra»; «y salta una llamarada que nos da a mitad del pecho», entre otras personificaciones impregnadas de datos sensoriales, belleza expresiva y sentido humanizador.

Podemos sintetizar las facetas de la lírica de Gabriela Mistral en los siguientes rasgos:

1. Expresión de una intensa emoción estética, honda y empática ante lo viviente. La veta creadora de esta genuina poeta se inspira en la cordial compenetración de una sensibilidad empática con la realidad natural y la realidad cultural hacia las que expresa un tono empático y una actitud de identificación afectiva y espiritual con lo existente:

Cuando su atmósfera de beatitud me rodeó, el mareo de la ciudad desapareció i la hora del Ensueño tocó en mi alma. Una música amada, música que había arrullado mis sueños de niña, llegando a mi cuna en una oleada adorante, sentí junto a mí. Era el canto del río que arrastraba bajo mis pies sus ondas azules.

¡El mismo río de mi valle inolvidable! Me pareció ver flotar en su corriente, las violetas i los juncos de mi aldea: ¡Los hermanos de mi vida!

(Manzano [2008]: 12).

2. Aliento amoroso del ágape entrañable con reiterada ternura consentida. Gabriela Mistral canta la emoción de sentirse parte del Universo y en tal virtud canta a la Creación y exalta el amor divino. El amor puro concitó la vena de su amena lira al conjuro del aire sutil de las ínsulas extrañas mediante el aliento incorpóreo, platónico y sublime para vivir, en la intimidad de su recámara sagrada, la dolencia divina con el rumor que alienta conjuros y pasiones a la luz de la ensoñación suprema:

> Tú no oprimas mis manos.
> Llegará el duradero
> tiempo de reposar con mucho polvo
> y sombra en los entretejidos dedos.
>
> Y dirías: «No puedo
> amarla, porque ya se desgranaron
> como mieses sus dedos».
>
> Tú no beses mi boca.
> Vendrá el instante lleno
> de luz menguada, en que estaré sin labios
> sobre un mojado suelo.
>
> Y dirías: «La amé, pero no puedo
> amarla más, ahora que no aspira
> el olor de retamas de mi beso».
>
> [...]
>
> No me toques, por tanto. Mentiría
> al decir que te entrego
> mi amor en estos brazos extendidos,

en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es solo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

3. Veta patética y sublime de percepciones sensoriales y repercusiones interiores. El dolor es, en esta creadora chilena, motivo de creatividad y entrega, fuente inspiradora de entusiasmo contagiante. Como creyente y como poeta, Gabriela supo articular la huella enalteciente de la condición humana al don con que la vida la adornó. Como cristiana, entendió que la angustia y el dolor, motivos son de catarsis purificadora para el sentido trascendente del sacrificio humano; y como poeta, aprendió que el infortunio y la nostalgia, nutrientes son de la vena inspiradora de la poesía mística, pues como dijera la poeta, «Como guarda el avaro su tesoro, / guardaba mi dolor».

4. Imbricación telúrica y cósmica con sentido estético, trascendente y simbólico. Experimentaba la poeta chilena el influjo inevitable de la tierra, la belleza del paisaje y el aire numénico del ambiente cultural. El aliento telúrico y el amor a la Naturaleza, que despertaron su sensibilidad estética y fraguaron su sentimiento cósmico, dieron pábulo a su creación de hondo aliento trascendente. En una semblanza sobre la poeta, Rolando Manzano

consignó: «La interrogación esencial, la búsqueda escatológica no está en su prosa, pero se hace matriz de su voz lírica. Me atrevería a decir que en la prosa denuncia, en el verso embellece y tiembla; en su lírica está su interrogación vital, en su prosa están las respuestas. Para trazar el sendero seguido por estas voces duales de Gabriela es necesario desplegar toda su producción en sentido autónomo y temporal, sin preocuparse en demasía por lo que le almacenaron en libros» (Manzano [2008]: 14).

En «Cima», la poeta empalma el nexo del cuerpo y el alma con la Naturaleza en una simbiosis de amorosa compenetración con la esencia de las cosas, pues como dijera Evelyn Underhill, allí donde el filósofo argumenta, el místico intuye (*La Mística*, Madrid, Trotta, 2006, p. 38):

> La hora de la tarde, la que pone
> su sangre en las montañas.
>
> Alguien en esta hora está sufriendo;
> una pierde, angustiada,
> en este atardecer el solo pecho
> contra el cual estrechaba.
>
> Hay algún corazón en donde moja
> la tarde aquella cima ensangrentada.
>
> El valle ya está en sombra
> y se llena de calma.
> Pero mira de lo hondo que se enciende
> de rojez la montaña.
>
> Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
> mi invariable canción atribulada.
> ¿Será yo la que baño
> la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

5. Confluencia expresiva, ardiente y jubilosa del talante contemplativo y místico. La vocación mística entraña la vivencia de la contemplación que establece un contacto con la energía espiritual del Universo. Ese vínculo entrañable despierta la conciencia de sentirse parte del Todo con el consecuente sentimiento de coparticipación y ternura con todo lo viviente, desde la valoración de la belleza con su sentido dentro. Ya dijo Platón que el sentimiento de la belleza conduce a Dios.

La inteligencia cósmica tiene reservado a cada uno la vía para sentir el mundo como expresión de lo divino. Y cada uno hallará, a su tiempo y manera, la luz para acoplar la encomienda que el destino le tiene asignado. Por esa convicción la poeta escribió:

Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miró, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,

amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto, ¡lo sé!, ¡no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluido al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,
mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡Ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada:
ahora, para mis pulsos,
y mis párpados baja.

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

La onda trascendente que alienta la lírica de Gabriela Mistral la subraya José Olivio Jiménez en este comentario: «Y le sostiene en todo momento una profunda religiosidad y una vocación por penetrar los enigmas que rodean la existencia, lo que da a su poesía una cierta calidad de inquietud y sugerencia que actúa benéficamente como contrapunto a la firmeza de su expresión poética. En esta se combinan armónicamente, sin perder la radical oposición implícita, muchos de los dualismos de su mundo espiritual: lo duro y áspero frente a la inocencia y la ternura, el

dolor y la sonrisa, la fuerza y la gracia, la claridad y el misterio. Al carácter original de su poesía contribuyen no solo sus motivos y la vibración trascendente con que son sentidos, sino su lenguaje, tan personal y americano a la vez, de lo cual tenía Gabriela clara conciencia» (Jiménez [1988]: 65-66).

En efecto, la vibración trascendente de la lírica de Gabriela Mistral se funda en la vertiente espiritual de su cosmovisión, mediante la cual asume la dimensión interna y mística de lo viviente; en la visión cristiana de su formación intelectual, que dota su obra de una religiosidad profunda; en la vocación contemplativa de su franciscanismo, que alienta la faceta humanizadora de su ternura luminosa; en la connotación deificante de su idiosincrasia espiritual, que conforma la hondura sutil de su sensibilidad estética; y, desde luego, en la dimensión contemplativa de su talante místico, que confiere a su lírica un hermoso aliento iluminado.

Cuando en Francia se publicó el primer libro de la poeta chilena, Paul Valéry escribió: «Gabriela Mistral expresa, de la manera más intensa y más simple, la emoción de la vida ante la vida que ella ha formado (parte). Hay no sé qué mística fisiológica en esta “Canción de la sangre” en que la maternidad en estado puro se exhala en términos líricos y realistas: la madre ve su propia sangre en el recién nacido que duerme “con su gusto de leche y sangre”» (Prólogo de Paul Valéry para la edición del primer libro de Gabriela Mistral en francés, Retamales [2008]: 40).

Ese sentimiento materno, que la poeta experimentó sin haber parido, es expresión de la vocación de ternura y piedad de una sensibilidad mística, presente en la poeta chilena. Por eso, en «La fervorosa», escribió la gran lírica de América: «En todos los lugares he encendido / con mi brazo y mi aliento el viejo fuego». El «viejo fuego» no es sino la ardorosa llama de lo divino mismo. En una de sus primeras producciones líricas, la iluminada maestra de Elqui consignó que en su interior bullía el aliento creador de una

onda sutil que la apelaba intensamente hacia las altas regiones de la pureza seráfica, apelación de la que ella se sentía indigna por la miserable condición humana que, alguna vez, experimentamos. El sentido de «El suplicio» es la inexorable saeta que atraviesa la conciencia de los elegidos cuando comprenden la elevada veta de la conciencia mística:

> Tengo ha veinte años en la carne hundido
> —y es caliente el puñal—
> un verso enorme, un verso con cimeras
> de pleamar.
>
> De albergarlo sumisa, las entrañas
> cansa su majestad.
> ¿Con esta pobre boca que ha mentido
> se ha de cantar?
>
> Las palabras caducas de los hombres
> no han el calor
> de sus lenguas de fuego, de su viva
> tremolación.
>
> Como un hijo, con cuajo de mi sangre
> se sustenta él,
> y un hijo no bebió más sangre en seno
> de una mujer.
>
> ¡Terrible don! ¡Socarradura larga
> que hace aullar!
> El que vino a clavarlo en mis entrañas
> ¡tenga piedad!

En «Tribulación» la poeta chilena encarna el dolor que toda criatura padece en vida y pide a Dios clemencia, no para evadir la

cruz que la tortura, sino para soportar con ascética disposición la carga que la agobia. Actitud encomiable y valiente de una mujer impregnada de entereza espiritual para hacer de la cantera de la vida la fragua de un ideal edificante, luminoso y pulcro:

> Tú viste que dormía al margen del sendero,
> la frente de paz llena;
> Tú viste que vinieron a quebrar los cristales
> de mi frente serena.
> Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
> a la visión terrible;
> ¡y sabes de qué modo maravilloso hacíase
> el prodigio indecible!
> Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
> confusas rastreando,
> Tú no esquives el rostro; Tú no apagues la lámpara...

El sentido religioso de Gabriela Mistral prohijó en su creación un vínculo profundo con la tierra, la lengua, el hombre y el Cosmos mediante un sentimiento de integración y coparticipación con los efluvios del paisaje, el habla de su pueblo, el talante de su gente y el aliento intangible de lo eterno. En «Canción del destierro» consignó la poeta:

> Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz del valle de Elqui; yo no tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos; yo sigo alimentándome cada vez que me libero del hotel odioso y de la pensión fea de las mismas cosas que me hicieron el paladar en el sentido teológico de la sal en el bautismo y hasta estoy segura de que se me han quedado casi puros mis gestos de allá: la manera de partir el pan, de comer las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado, de llevar la cabeza como las personas criadas con poco cielo encima y la emoción fuerte cuando me

reencuentro con el mar, que es la de aquellos que no lo han tenido y escucharon hablar de él siempre como de un prodigio. Por eso me sonrío con la boca y me río en pleno con mis adentros cuando leo u oigo la noticia de mi descastamiento (Mistral-Neruda [1999]: 51).

El aporte poético de la destacada lírica chilena, mediante una articulación estética de filiación modernista, neorrealista y mística, se cifra en estos atributos:

1. Canta en versos henchidos de lirismo trascendente la emoción de sentir y ponderar el sentido de la existencia humana en sintonía con el esplendor de la Creación, de la que se siente parte integrante en virtud del vínculo divino.
2. Plasma la esencia de una creación inspirada en la realidad de sus vivencias y pasiones, nutrida en la consubstanciación de los ideales, valores y principios humanizados, luminosos y trascendentes.
3. Establece una fecunda relación creadora, mediante el arte de la creación poética, entre la realidad estética, íntima y personal, con la realidad cultural, geográfica y humana y la realidad interior y mística.

Al ponderar la obra de Gabriela Mistral hemos de subrayar la cordial disposición de esta eminente creadora que hizo de la palabra poética la llama enardecida del más alto sentido de la vida a la luz de la belleza sutil y el aletazo imparable del misterio.

PEDRO LUIS BARCIA

LA PROSA DE GABRIELA MISTRAL

> *«Aquella criatura que escribió la mejor prosa hispanoamericana de este tiempo».*
>
> (Esther de Cáceres, *Mistral [1996]:* LXX)

Cuando se recorren las historias de la literatura hispanoamericana o los volúmenes colectivos de homenaje a Gabriela Mistral, o se repasa la bibliografía destinada a ella, sorprende el escuálido o ningún espacio que se concede a su prosa. La poesía de la notable chilena se devora el tratamiento de su producción, pues se ha impuesto su excluyente imagen de poeta, y ha ido arrinconando su prosa. La parte del león en estimación de la totalidad de la obra mistraliana se la lleva, sin disputa, la poesía.

Este panorama se mantiene, pese al esfuerzo ingente y sostenido de muchos investigadores, en su gran mayoría chilenos, que se han esforzado por rescatar y difundir esa prosa rica, varia y

caudalosísima, poniéndola sobre la mesa de la crítica para su consideración, y dándole, con ello, el sitio relevante que debe tener.

Ya el Modernismo puso de relieve que la revolución de la prosa que emprendiera tuvo una trascendencia más vasta y fructífera que la cumplida en el verso. La renovación de la prosa se proyectó sobre la narrativa —novela y cuento—, el poema en prosa, la prosa poética, sobre todos los géneros periodísticos —la crónica, el editorial, el comentario bibliográfico, la reseña de espectáculos, las columnas de opinión—, el ensayo, el teatro, etc.

Gabriela colaboró, desde 1904 y hasta su muerte en 1957, esto es, a lo largo de medio siglo, en publicaciones periódicas de diversa índole de Hispanoamérica y España, con algunas ocasionales contribuciones en revistas europeas o norteamericanas de proyección internacional. Ese vastísimo conjunto de prosa quedó disperso en más de cuatro decenas de diarios y revistas.

El 30 de agosto de 1904 publica su primera prosa, «La muerte del poeta», en *El Coquimbo.* A esta la siguieron otras en este y otros periódicos regionales: *Idea*, *La Voz de Elqui* y *La Reforma*. Entonces se dio en ella el despuntar de su «menester segundo», su apetencia de escritora, más allá de su vocación docente. Lo que ella llama «el oficio lateral», el *métier de côté*, es descubierto, en un momento de iluminación de su vida («el instante en el que uno sabe para siempre quién es», dijera Borges) y la escritura pasará a lo central de su vida: «Pero un buen día él saltó de mí misma, pues me puse a escribir prosa mala y hasta pésima saltando casi enseguida de ella a la poesía [...]. En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida» («El oficio lateral», *Mistral* [1962]: 9).

En precisas etapas de su vida, sus trabajos periodísticos fueron la base fundamental de su sustento pues fueron su soldada estable que le dio seguridad de sustento. Hay en ella prosa circunstancial («Toda poesía es circunstancial», dijo Goethe), pero se advierte

aquello que apuntaba su dilecto y bien cursado Bergson: «una carta puede iniciarse con un tejido de frases hechas y lugares comunes, pero despierta el espíritu y cobra su vuelo de altanería».

En vida, Gabriela solo recogió prosas suyas en dos ocasiones. La primera, a la hora de editarse *Desolación* (1922), incluyó en una sección poemas en prosa, cuentos y otras páginas, de los varios publicados hasta entonces. La segunda, un año después, al editar sus *Lecturas para mujeres* (*Mistral* [1923b]). No se trata de una antología, aclara, sino de una selección orientada a las niñas: «Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre» y «tal vez hayan contribuido los libros de lectura sin índole femenina, a esa especie de empañamiento de espíritu de familia que se va observando en las nuevas generaciones» (pp. 8-9). Las piezas están escogidas con triple criterio conjugado: intención moral —y, a veces, social—, belleza y amenidad. Procura evitar «la odiosa sequedad de muchos moralistas».

En su espigueo para *Lecturas*, recoge poesía y prosa de «nuestra América», pues ya ha adoptado la expresión del cubano José Martí, de quien incluye ocho piezas; de Rodó, nueve («Olvidamos al primer maestro de nuestra América, al noble José Enrique Rodó» (p. 15); los dos más representados. Le siguen: Amado Nervo, Pedro Prado, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Enrique González Martínez, con poemas en prosa y versos. España está presente con textos de Eugenio d'Ors, Gabriel Miró, Azorín, Juan Ramón Jiménez y Joan Maragall.

Hermanadas con esas piezas van las de la recopiladora: ocho poemas y trece textos prosados de su autoría. De entre ellos, dominan los de asuntos y motivos mexicanos, y los restantes son los textos breves en prosa provenientes de *Desolación.* Aunque se estime que la autoinclusión se justifica desde lo pedagógico, la

decisión revela una estimación de la propia obra en prosa, a la que considera capaz de codearse con los congéneres americanos y españoles. No está mal.

Gabriela no volverá en el resto de su vida a publicar prosas suyas agavilladas. Pero esto no significa que no se atareara en ello. Hay una expresa voluntad suya al respecto, que manifestará al periodista Armando Cegrí: «Sin embargo, antes de morir deseo y debo publicar un volumen de páginas escogidas, porque Dios sabe lo que se le ocurrirá publicar a los editores una vez que haya muerto». Incluso, se ha afirmado que dejó esta labor muy avanzada en manos de Doris Dana.

En vida de ella se publicaron, por mano ajena, tres folletos colectores de sus prosas, sobre asuntos bien delimitados: un conjunto escueto de artículos suyos sobre la Guerra del Chaco (1935); el manojo de «Croquis mexicanos», casi delineado por la autora en sus *Lecturas para mujeres*, completados con otras páginas, en *Gabriela Mistral en México* (1945) y el *Poema de las madres* (1950), publicación independiente, que tomó su materia de la sección «Prosas» de *Desolación.*

LA VALORACIÓN DE SU PROSA

La primera estimación sobre su prosa la encontramos en un párrafo temprano de Hernán Díaz Arrieta, Alone, en la reseña crítica a la segunda edición de *Desolación* (1923): «Inventará símbolos maravillosos, parábolas y cuentos llenos de un prestigio antiguo y dejará el verso, para ser más simple y tocará en prosa los lindes mismos de la perfección artística». No es poco para el haz de prosas breves de un primer libro. Luego, podemos recordar voces como la de Alfonso Reyes («Su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos,

a un tiempo artística y sencilla hace pensar en santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado; y como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo en que la enriquecieron los clásicos»), la del maestro Luis Alberto Sánchez, quien predicó, por años, que la prosa de la autora «era aquella obra menos conocida, era una verdadera joya»; de Guillermo de Torre («La prosa de Gabriela Mistral posee tan subidos o superiores quilates a los de su verso; inclusive, en ella se expresa de modo más rico y directo su acento tan personal, su habla propia»), de Enrique Anderson Imbert, Hernán Díaz Casanueva, y así parecidamente. Es memorable el homenaje de Víctor Andrés Belsunce, en el seno de la Asamblea de la ONU, al saberse la muerte de la escritora, manifestó: «Tan bella fue su prosa como su obra poética. Quizá pueda decirse de ella lo que se afirmó de Valéry: que si su poesía era de oro, su prosa fue de diamante».

Aisladas y desoídas, aquí y allá, algunas voces críticas sentaron sus hitos respecto de la atención que merecía la prosa mistraliana. Estimamos que debe prestarse atención a uno de los fundamentos por los que se le otorgó el Premio Nobel: «Ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano». Claro está que esto alude a su labor difundida y abundante prosada, y no a su lírica.

La poesía de Gabriela, sus cinco poemarios, se contienen en un solo tomo, no muy abultado. Los aportes últimos de la investigación van permitiendo redondear otro volumen casi más amplio que aquel, represador de textos inéditos, o inconclusos, cuyo valor de posición, como dicen los estructuralistas, lo sabremos a la luz del contraste total.

Frente a su producción en verso, la prosa se ha ido reuniendo en varios volúmenes. En un rápido balance de esta sostenida labor de recuperación de la obra prosada de Gabriela, en el medio siglo que

ha transcurrido desde su desaparición, se han editado nada menos que 27 volúmenes con exclusiva prosa mistraliana. Este caudal de aportes testimonia el gradual crecimiento de la validación de la prosa de Gabriela, en el reconocimiento de críticos e investigadores que han apostado por ella, poniendo a su servicio el esfuerzo de sus labores de rescate, selección, ordenamiento, que ha dado a conocer al mundo actual alrededor de 5000 páginas.

Capítulo aparte le corresponde a la prosa epistolar de Gabriela, cuyas ediciones ya alcanzan las dos decenas de epistolarios. Las inflexiones de su prosa epistolar se mueven por una amplia gama de matices, actitudes, espontaneidades y reservas. Desde las muy lineales a Labarca, con chismorreos de concursos literarios y críticas de colegas, escuetos comentarios sobre lecturas y ponderación de textos intercambiados; hasta las de pasión remontadas como las destinadas a Manuel Magallanes Moure; desde las muy calibradas, en expresiones y tono, al hipersensible Juan Ramón Jiménez, a las avasallantes y agresivas enderezadas a Victoria Ocampo, motivadas por un afecto hondo y una franqueza casi ilímite. Sus epístolas muestran cómo estaba plena y viva en cada carta que redactaba con su letra angular, filosa y rápida, con tachaduras y orlas marginales aclaraciones y escolios.

LAS ETAPAS DE LA PROSA Y LAS FORMAS CULTIVADAS

En forma tentativa, podríamos proponer una periodización y hablar de tres momentos en la prosa de Gabriela: 1. Desde los comienzos en 1904 a 1922, año de *Desolación* (prosa poética, poemas en prosa, cuentos, estampas, elogios, motivos, etc.); 2. Desde 1922, con su asentamiento en México, a 1934, la etapa del periodismo y el ensayismo con reflexiones e ideas en todos los campos de su interés, a partir de sus viajes por Europa e Hispanoamérica, y 3.

Desde 1934 a su muerte, en 1957, arranca con el lanzamiento de los recados en prosa, luego en verso, y una activa y madura producción de ensayos sobre temas axiales para la meditación hispanoamericana.

Estas divisiones en el campo vivo de la creación literaria son aproximativas, simples orientaciones en la vastedad de su prosa para tener alguna forma de abordaje, con cierto orden. Es más fácil, por cierto, declarar que todo es un *continuum,* y adiós. Estimamos que hay momentos de inflexión y ciertos hitos. Claro está que nadie suspende una forma expresiva en un punto y comienza con una nueva por la mañana siguiente. Hay empalmes, solapamientos y bisagras.

Primera etapa (1904-1922). Como señalamos y ella confiesa, su iniciación se dio con la prosa poética, particularmente con poemas en prosa, la ardua especie conformada en el siglo XIX por Aloysius Bertrand. Una mala influencia, en este tipo de prosa lírica, fue su inicial lectura adhesiva, más que adherente, a Vargas Vila. Ella lo admitió, pero, hizo sus distingos respecto de lo que no advertía la crítica:

> A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre mis lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi *único* entrenador podrían nombrar también a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon en mis estantitos... Mucho más tarde, llegaría a mí el Rubén Darío, ídolo de mi generación, y poco después vendrían las mieles de vuestro Amado Nervo y la riqueza de Lugones que casi pesaba en la falda (Mistral [1962]: 7-8).

Confesará la razón por la que se dedicó a este tipo de composiciones, poemas en prosa:

> El pequeño poema en prosa, del que hemos usado y abusado tanto en nuestra América, por el gusto perezoso que tenemos de escribir corto y sin sujeción a ritmo, se muere antes que los otros géneros que hemos cultivado; es complacencia de un momento y olvido inmediatamente. Omar Khayyam, Gibrán, Tagore y Jules Renard nos deslizaron hacia él por la pendiente de la facilidad, y aunque sea cuatro veces prócer, el ejemplo nos ha resultado bastante dañino y aun calamitoso (Mistral [1957a]: 85).

No obstante, fue mejorando en su factura, porque, como dice el marqués de Santillana: «Al siniestro lo hace diestro / el amor por el oficio», y se ha demostrado que revisaba y corregía aquellos textos, con mano diurna y nocturna. Hay casos que exhiben hasta tres versiones de la misma pieza.

Para sus poemas en prosa halló motivación en páginas de Amado Nervo, como las de *El éxodo y las flores del camino* (1902), de Darío, de González Prada, de Lugones. Para las estampas más tardías, iniciales, modelo el Gabriel Miró de *El humo dormido* o *El ángel, el molino, el caracol del faro,* y el Azorín de las viñetas recortadas. Algo más tarde, aportó lo suyo Juan Ramón Jiménez.

Comienza, después de 1912, un viraje en estos poemas en prosa hacia lo moralizante, apoyada en textos de Nervo, especialmente, *Plenitud* (1918), devocionario lírico de este monje laico. Una segunda influencia asumida fue la de Rabindranath Tagore —con quien consonaba, además, por su vocación docente, y su Santiniketan—, de cuyo *Kamka* (1900), libro de apólogos, hubo tempranas versiones. Recordemos, además, sus glosas, tres en verso y tres en prosa de textos breves del poeta indio, estas últimas recogidas en *Desolación.* A ello, se le integró la lectura de los apólogos de Tolstói. De la mano de estos autores, fue dando cierta acentuación ética, nunca de moralina, a sus breves páginas prosadas.

De este período, 1912-1918, datan textos breves en prosa, de diversa índole. Hay un conjunto dominante de piezas que describen una realidad de la naturaleza, para luego, en una coda final, sugerir la proyección y lectura moral posible de esas imágenes. Es el caso de «La charca», «La raíz del rosal», «El picacho», «Limpia tu fuente», «El cardo», etc., que serán recogidas en los textos escolares de Manuel Guzmán Maturana (1917-1918).

Junto a estas piezas, de modalidad descriptiva, se apuntan otras narrativas, cuentos breves, como el tan mentado «La defensa de la belleza», que Darío publicó en Elegancias (1913), reelaborado en «Por qué las rosas tienen espinas», «Por qué las cañas son huecas», que son, con perdón del vocablo, relatos etiológicos.

La sección «Prosas» (pp. 215-337), de *Desolación* (3.ª ed.) recoge piezas de diversa tesitura: «La oración de la maestra», de flexión imprecatoria; poemas en prosa: «Poemas de las madres», «Poemas del éxtasis», «Poemas del hogar», de vibración más lírica; «Prosa escolar–Cuentos», con cinco piezas. Unas «Lecturas espirituales», de factura imitativa de las de Constancio C. Vigil en sus tomitos *Vida espiritual*, editados por entonces por Atlántida, en Buenos Aires. Incluye, además, dos haces de motivos: «Motivos del barro» y otros «Motivos de la pasión». Parece no haber reparado que del volumen de 300 páginas del primer poemario, más de un tercio son prosas. Esto da cabida de peso a lo prosado en cuanto a valor representativo en la obra de la autora. Se sabe, en los libros de versos posteriores, ya no tendrán espacio las prosas.

En esta primera etapa explorará otras «especies» prosadas breves, por llamarlas de alguna manera: el «motivo» y el «elogio». El «elogio» es, en sus comienzos, un discurso o escrito laudatorio, sobre personas u obras, originado en el humanismo renacentista. Con el tiempo, será una variedad de la oratoria, las más de las veces, fúnebre. Pero en el uso impuesto hacia principios del siglo xx, la especie se distancia de la retórica, en cuanto al tono, y se

aproxima a una celebración de cálida intimidad, al tiempo que deja de ser un discurso amplio, para ceñirse a una o pocas páginas; el tercer elemento del cambio es que su objeto, que ya no es una obra maestra o una persona, sino una realidad natural (el mar, la luna, la montaña), o cultural (un oficio, una obra de artesanía), o una virtud o excelencia del hombre (la serenidad, la paciencia), etc. Gabriela cultivó el elogio en verso («Elogio del libro», «Elogio de la canción», en su primer poemario) y muchos en prosa, que han sido reunidos por su afinidad de especie, tales como «Elogio de las materias», serie que comprende varias realidades: la harina, la sal, el agua, el fuego, el cristal; «Grandeza de los oficios», y aún de países o lugares, como Puerto Rico o el pueblo italiano.

Tal vez su modelo primero fueron los *Elogios,* de Joan Maragall. También nos parece oportuno recordar *El libro de los elogios* (1908), del poeta posmodernista argentino Enrique Banchs, que Gabriela conocía bien. En su segunda etapa, en Italia (1924) se afirmará en el estilo del «elogio» aplicado a los oficios, pues halló en ellos la materia ideal para señalar la concurrencia horaciana de lo dulce y lo útil, lo práctico y lo bello.

«Motivo» en el uso en la creación literaria de la época no alude a la mínima unidad estructural del discurso narrativo, como la manejan los folclorólogos, sino a una realidad contemplada que *mueve* a escribir sobre ella, pues dispara una idea poética con fuerza dinámica encauzada en prosa o verso que la comentan sentimentalmente.

Gabriela ensayó los motivos en su prosa juvenil: «Motivos del barro», y «Motivos de la pasión», hermosos conjuntos recogidos en *Desolación.* Pero en esta especie alcanzará su forma más lograda en el comienzo del segundo estadio de su evolución, con los «Motivos de san Francisco», iniciados en 1923, verdaderas joyas poéticas. El modelo de las *Florecillas* le acercó la materia y la modalidad sencilla de su tratamiento literario, con ese

despojamiento expresivo que las hace inimitables, y que se asemeja a las parábolas evangélicas. «Y para refrescar en musgos con rocío / la boca, requemada en las llamas dantescas, / busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas / ¡y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!».

Cuando Gabriela dice en el «Nocturno de la derrota»: «Yo no he sido tu santo Francisco / con su cuerpo en un arco de *amén*, / [...] escalera de limo por donde / ciervo y tórtola oíste otra vez». Estimamos que no es justa consigo misma, porque ella fue, sin saberlo, *servata distantia*, una nueva escalera de limo por donde Dios vio otra vez la chinchilla, la iguana, el maíz, la cordillera, el salitral y tantas otras realidades del mundo hispanoamericano que ella tomó en sus manos y las alzó en ofertorio.

Inauguró otra vía de prosa en esta etapa inicial, en forma muy larvada: el comentario de libros. Gabriela nunca ejerció la recensión organizada y profesional, digamos, de una obra literaria. Su abordaje fue asistemático y estableciendo «simpatías y diferencias», dijera Alfonso Reyes. De ninguna manera aspiró a apreciaciones objetivas. No estaban en su índole egotista. En carta a Benjamín Carrión (Carrión [1956]: 144), confiesa: «Muchos juicios he escrito y algunos me los han celebrado, pero yo sé bien que aquello no era crítica ni cosa parecida, sino pura sensación, una sensación casi física que me da a mí la lectura; eso, y no arquitectura intelectual de la obra leída. Yo tengo poca mente; tengo sentidos e imaginación que sobran al crítico». A declaración de parte... Y está bien que así fuera. Escudero apunta: «Gabriela está mejor en el elogio que en las líneas discrepantes» (Mistral [1957a]: 8). En esta actitud suya se revela como discípula fiel del Poverello, al que supo admirar y con cuyo hábito y cíngulo pidió descansar para siempre. Recuérdese la florecilla —recontada por Tolstói— en que Francisco y sus amigos tropiezan con un perro podrido y, en tanto los demás se retiran fastidiados y rechazando

aquel espectáculo repugnante, «el mínimo y dulce de Asís» comenta: «¡Qué hermosos dientes blancos tiene ese perro!».

No obstante, por un tiempo, hacia 1915, en correspondencia con Labarca, sostuvo *in cuore* un anhelo personal motivado en su entusiasmo por la lírica de Delmira Agustini: «Tengo un fanatismo por esta artista enorme y fatal [...]. Y mi verdad sobre la uruguaya *será dicha en un libro*» y «Proyecto escribir sobre ella un largo y cariñoso estudio. Nadie ha admirado más a la ardiente escritora entre los de su sexo». El proyecto acariciado nunca se concretó.

Sus futuras reseñas de libros, si bien, hallarán, encauce formal algo más modelado en el orden crítico, se mantendrán en el plano de las consideraciones a partir de sí y de sus adhesiones y rechazos estimativos. Modelo acabado de esta forma de tratamiento es el extenso y personalísimo sobre *Historia de una pasión argentina* (1937), de su admirado Eduardo Mallea (en *Argentina Libre*, Buenos Aires, 1938).

Es frecuente que en las recensiones ella se deslice a la confesión por consonancia: «Voy a hablar de mí a propósito de...». Los comentarios de libros serán más numerosos en la segunda etapa y en la tercera, particularmente, sobre autores chilenos.

La inclusión, en una sección propia, de sus poemas en prosa y textos de prosa poética, en *Desolación*, sellarán el final de una etapa.

Segunda etapa (1923-1934). En 1922, Gabriela sale de su país. Su pupila adquiere entonces posibilidades contrastivas nuevas, imposibles para quien está inmerso en un ambiente. «El pez no sabe lo que es el agua», dice el proverbio hitita. Es manifiesto que a ella le ocurrió lo que a tantos hispanoamericanos que salen de su patria: *vio su país*. Ahora estaba habilitada. «Si quieres describir tu provincia, haz un viaje a París», aconseja Rodenbach. Para ella, primero fue México y no la Ciudad Sol, que obnubila. Gracias a

ello, se afincó su estimación más honda de lo indígena, y profundizó sus «indianidades»; y luego, sí, se lanzó al mundo. Esta graduación fue muy positiva para su integración cultural. Vistos México y Europa, vio su Montegrande y su valle de Elqui, aquilató entonces esa imagen en sí y entonces, bien perfilada y recortada de otras realidades, la portó para siempre consigo, como la Biblia que es la patria portátil para los judíos. Ella se define, en carta a Juan Ramón Jiménez como «la chilena errante», variación, casi, de «la judía errante». Como los antiguos latinos llevó consigo sus penates elquinos y su puñado de tierra nortina nativa.

Frente al caleidoscopio del mundo, su ojo adiestrado a ver desde su centro medular, no se equivocaba. Al considerar en sus escritos las tierras que pateó, el ojo avizor, penetrativo, percibía con nitidez lo peculiar de cada país, europeo o hispanoamericano. Su condición de viajera, de vagabunda, el diálogo de las culturas, que se le hace vivo y sostenido. Se abre de «patiloca», como se autodefinía, la flexibiliza en la apreciación de otras culturas y modalidades. La esponja para el diálogo de las culturas, que se le hace vivo y sostenido. Se abre en la percepción de lo otro, y a la comprensión de lo diferente.

Estas son las excelencias que manifiestan sus escritos de viaje en esta segunda etapa de su prosa. El volumen *Gabriela anda por el mundo* (Mistral [1978d]) recoge las crónicas de sus viajes y caminadas por tierras de un lado y otro del Atlántico. Esas *crónicas de viaje* las aprendió a tejer con la lectura recurrente de las darianas.

También en esta etapa se inicia en una nueva forma de prosa: la *semblanza.* En México traza la de sor Juana, la del experimentador de la *Utopía*, de Moro, en México, Vasco de Quiroga; le seguirán la muy bien tajada de Papini, la de Selma Lagerlöf, la de Péguy, la de Romain Rolland, y tantas más.

Tercera etapa (1934-1957). En 1934, Gabriela «lanza» sus *recados* en prosa y, algo después, en verso. En periódicos y revistas, comienza con esta nueva criatura así bautizada y anunciada desde Madrid: «Recados quincenales». Mucho se ha hablado en torno a esta «forma literaria», y se han propuesto algunos modos vagos de caracterización. Estimamos que se ha exagerado la existencia como probada de una nueva forma periodística definida. Cuando pasamos a la búsqueda y verificación de notas comunes en las muchas piezas llamadas «recados», más nos convencemos de que la diversidad que asumen hace imprecisa su acotación definitiva. Luis de Arrigoitia, en su amplio trabajo, *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral* (Arrigoitia [1989]). Dice: «Lo que ha designado con el nombre de "recados" es la culminación de su prosa, y hacia ellos convergen todos los temas y formas que hemos examinado en esta obra» y «Es un género de amalgama [...] como la personalidad abigarrada de Gabriela» (pp. 281-283). No compartimos la contundencia de este juicio acerca de que los «recados» sean la culminación de su obra en prosa. A la luz de muchas otras prosas no recaderas, no estaríamos tan seguros. Sí, en cambio, aceptamos que ellos reciben, hospitalariamente «todos los temas, y algunos otros», como decía Voltaire, completando irónicamente el mote de Pico della Mirandola. Pero no que confluyan «todas las formas» (poema en prosa, apólogo, elogio, motivo, semblanza, etc., que fue ensayando a lo largo de la mitad de su vida). Sí hay algunas, como el ensayo breve, el comentario de una obra o la síntesis de la producción toda de un autor, la reflexión personal y hasta casi íntima sobre una cuestión. Pareciera más prudente atender a lo que dice la autora de su criatura, en una nota a sus «Recados», de *Tala* (1938).

> No doy por novedad tales caprichos o jugarretas: otros las han hecho y, con más pudor que yo, se las guardaron. Yo las dejo en los suburbios del libro,

fuora dei muri, como corresponde a su clase un poco plebeya o tercerona. Las incorporo por una razón atrabiliaria, es decir, por una loca razón, como son las razones de las mujeres: al cabo, estos Recados llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural en el que he vivido y en el que me voy a morir.

Lo primero que debemos aclarar es que lo precedente es nota a sus «recados» en verso contenidos en *Tala*. Es posible inducir algunos rasgos de la acotación citada y proyectarlos sobre la prosa. En las consideraciones previas de la nota a lo transcripto, Gabriela habla de las cartas, como vías de comunicación no siempre efectivas. El recado, pues, se presentaría como un mensaje que se da de palabra, oral más que escrito, y que generalmente se envía con alguien, el recadero, de oficio, o el recadista, ocasional. La autora remite a su destinatario, o destinatarios, el mensaje «escritoral» (como le llaman hoy al del chateo, con acertada designación que revela su carácter centáurico) confiando al diario su función de recadero o recadista.

Si reparamos en las acepciones y connotaciones que el vocablo constela en los diccionarios, veremos que se apuntan: «encargo o encomienda», que aludiría a la vía elegida; y «memoria o recuerdo de la estimación o cariño que se tiene a alguien». Esto apunta al afecto, a lo cordial y a la memoria desde el corazón «recordar», que se tiene hacia el destinatario.

A lo dicho, sumemos las notas de informalidad y espontaneidad que se apuntan en el comento mistraliano. Induzcamos otro rasgo sugerido: la oralidad espontánea de su lengua, y, a la vez, el dejo rural de dicha lengua, que supone pervivencia de arcaísmos, inflexiones peculiares, concurrencia de imágenes, y «el tono más mío», entrañable y de honda identidad, porque ha vivido con él y con él morirá.

La concurrencia de estos elementos en un mensaje hace que se lo vea como «plebeyo» o «tercerón», mestizo, incluso, indigno de codearse con la sangre azul que corre por la prosa de calidad, nacida de los libros. Pero la autora y madre, sabe que son hijos suyos y, afirma con Quevedo: «Toda sangre, señor, es colorada». Y allá van a los periódicos los «recados» aunque estén condenados a los arrabales y suburbios de la murada ciudad de la literatura. *Fuora dei muri*. Como en tantos planos, la posteridad ha ignorado los prejuicios de sangre y mestizaje, y les ha dado espacio librero: ha hecho libros con ellos, y se siguen haciendo en los días chilenos.

Ahora bien, ni tanto ni tan poco. Lo primero que cabe señalar es que muchas piezas en prosa de la autora, previas a 1934, y no bautizadas como «recados», ya exhibían todas las notas que acabamos de mencionar, es decir, que Gabriela que no inaugura en sus prosa dichos rasgos con el «nuevo género».

Tomemos un corpus de base para proponer algunas consideraciones: la clásica edición de Escudero, que él nomina *Recados contando a Chile* (Mistral [1957a]). El tomo incluye piezas de una década anterior a 1934; con ello ratifica en los hechos lo que apuntamos, sobre que las notas supuestamente diferenciales eran previas a ese año en la prosa gabrielina. Una segunda cuestión que podría plantearse: ¿únicamente deberán considerarse «recados» las piezas así nominadas? Otra: el factor brevedad textual ¿es o no caracterizador de lo recadero? Si de extensión se trata, comprobaremos que hay piezas de dos páginas «La literatura chilena. Algunos cuentistas» (1935), «Algo sobre González Vera» (1950), «Crónica del terremoto» (1939) y otras de diez: «Gabriela Mistral sigue hablando de Chile» (1939) o «Don Carlos Silva Vildósola» (1940). Si atendemos al tratamiento del asunto o materia, advertimos que no son para nada asimilables a una matriz común piezas como «Menos cóndor y más huemul» (1925), «Música araucana» (1932) —previas al «acto fundacional»

del recado— con «Recado sobre Pablo Neruda» (1936), y este, con «Recado sobre la chinchilla andina» (1945), etc. El nombre común, aplicado por el compilador, no unifica las piezas. Tampoco se aproximan con afinidad formal y aun de tono, las piezas que llevan, de propia mano de Gabriela, el nombre de «recado». En cambio, los poemas de *Tala* puestos bajo esa advocación sí tienen un aire de familia mucho más coparticipado, más aún, muy distintivo.

En la tercera etapa conviven en la prosa de Gabriela, diversidad de piezas diferentes en tono, extensión, temas, trascendencia, etc. Claro está que toda cordillera se mide por sus más altas cumbres, y en este tercer estadio hay escritos de evidente estatura.

LAS LECTURAS MODELADORAS

La frase de Valéry: «El león está hecho de cordero digerido» le viene a pelo a Gabriela lectora, presa del «vicio impune» desde muchacha. Su naturaleza espiritual le permitió asimilar, esto es, hacerlo similar así, cuanto devoraba con los ojos. «Yo soy un animal de rumia» se definió. Y este pasar la pastura de uno a otro espacio digestivo, le valió siempre que la hiciera materia propia. Lo que leía, lo que escuchaba, lo fijaba y lo «mistralizaba», como el león, «leoniza» cuanto come, y Borges «borgesiza» cuanto lee.

De la mucha materia lectora que cursó desde su niñez, buena y mala, intrascendente y perdurable, con total voracidad, fue eligiendo en aquel embrollo, por capacidad intuitiva de discriminación y natural consonancia con su hondón espiritual; y a lo elegido lo fue integrando en una curiosa reunión de tertulianos en su espíritu. Esa tertulia interior de voces varias era diversa pero complementaria. Esta reunión de difuntos vivos la acompañó toda su vida.

En sus páginas sobre Martí, escribió refiriéndose a los hispanoamericanos: «Tenemos que la imitación aparece en nosotros más que como un gesto como una naturaleza; nuestra piel toda poros es lo mejor y lo peor que nos ha tocado en suerte». Esa abierta porosidad puede resultar dañina para organismos débiles. Por eso, la verdad de la frase de Goethe sobre las influencias: «No hay buenas o malas influencias: hay buenas o malas naturalezas digestivas». Martí fue una; Darío, otra (se recuerda la paradójica e intencionada frase de Rubén: «¿A quién puedo imitar yo para ser original?»). Gabriela también gozó de buena capacidad digestiva lectora. La taciturna muchacha («Soy harto rica en silencio») casi ayuna de interlocutores en su valle y en sus pueblos de provincia, acertó, entre algunos extravíos, a sentarse a la mesa de los mejores, y aprendió de ellos.

La primera fuente que debe mentarse es la Biblia. Hagamos pie en su conversación en la Sociedad Hebraica de Buenos Aires, en 1938, «Mi experiencia con la Biblia» (en *Mistral* [1978e]: 39-46), pues ella resume cuanto es dable saber sobre su relación con el libro de los libros. Nos cuenta que su primer contacto con la materia bíblica fue con su manual escolar primario de Historia bíblica. Por él supo de las figuras de Abraham, Jacob, David y de Esther, Ruth y Judith. A esas figuras patriarcales y matriarcales las veía traspuestas en su ámbito rural cotidiano (y en la naturaleza misma: «mi Cordillera la Judith tremenda»). En su infancia elquina no hubo otras mitologías: Sansón fue su Hércules, Elías fue su Lohengrin. Y, «permeando la vida», la figura omnipotente de Jehová, el Dios Padre.

Pero la revelación para sí fue cuando pasó del librito escolar a la lectura de la Palabra misma: «De ella comería toda la vida». La lectura que, allá por 1898, su abuela Isabel le hacía oír, a veces, y leer en voz alta, otras, los Salmos, oralizaba la lírica judía de David, que pasaba de la angustia aullada, al júbilo exultante, de la

nota melancólica al aleluya celebrador. Todo oído por la muchacha, sentada en su escabel, al pie de la abuela. Esta escuela de *audiencia* echó en el ánimo de Gabriela las bases de su verso y de su prosa: «la hebra de versículos, que yo debía ahora repetir y echarme a cuestas de la memoria», y así se aquerenció en el salterio, que leería toda su vida.

Aquello fue a los diez años. «Entre los 23 y los 25 años, yo me releí la Biblia, muchas veces, pero bastante mediatizada con textos orientales, opuestos a ella por un espíritu místico que rebana lo terrestre». Se refiere, claro, al budismo, de cuyo aire helado que «me enfriaba la vida interna», se rescataba en su retorno a la vieja Biblia de tapas resobadas. «Yo no sabría decir cuánto le debo a ella, a mi Madre verbal, a la enderezadora de mi laciedad criolla y a la castigadora de mis renuncias budistas».

¿Qué le dio la Biblia a la prosa mistraliana? «Ahora me queda por decir lo formal, que es a la vez lo esencial del contagio de la Biblia sobre mí: pues en lo hebreo andan juntos y entrabados como carne y tendón, el fondo y la forma. Los Salmos [...] me habituaron a su manera de expresión que se avino conmigo como si fuese un habla familiar...». Gabriela destaca que existe «un acento bíblico general» que atraviesa todos los libros de ambos Testamentos. Ese es el que orea su poesía y su prosa. Él le da un *vibrato* lírico que transe toda su expresión escrita. «Había encontrado algo así como una paternidad para mi garganta».

Lo segundo que le aporta a su prosa es el sentido de la oralidad viva en el decir. No debe olvidarse que la mitad de la Biblia nace de la palabra oral y que esta oralidad supone una serie de recursos expresivos reiterados que constituyeron la base de la poética hebrea, que no solo se aplicaba a los mal llamados versículos, sino también al discurso en prosa, como el de Jesús. La misma estructura de los versículos en dos momentos —diástole y sístole, dijera Claudel, que aprendió de ellos y lo ejercitó en su poesía—

aparece en la prosa mistraliana con frecuencia, como alternancia de tensiones y distensiones, que generan una marcha dinámica en la prosa. En cambio, no adoptó en su prosa el juego —sostenido y necesario en la pura oralidad, y dilecto en los rabíes hebreos— de enumeraciones, paralelismos, simetrías, antítesis, reiteraciones, frecuentísimo en la expresión bíblica. Gabriela evitaba escribir con balanceo de hamaca, bien sea en lo sintáctico como en los juegos sinonímicos que aborrecía. Escasas piezas suyas muestran este recurso. Lo tercero que a su prosa le dejó la letra bíblica, es la actitud de despojo de la grosura innecesaria, sana reacción contra la tendencia hispanoamericana al floripondio. Lo cuarto, el eliminar el desabrimiento —palabra teresiana, recurrente en los escritos de Gabriela— y lo que llama «laciedad» de la expresión, con oportuno neologismo, frecuentísimo en su prosa y aplicado casi siempre al estilo, sino al espíritu, en su condición de «lacio», es decir, «marchito», «ajado» o bien «débil, sin vigor». No, por supuesto en la tercera acepción del Diccionario de la Real Academia Española: «Dicho del cabello: Que cae sin formar ondas ni rizos», lo que es negativo para Gabriela, y contrario a su concepción despojada de la expresión, reacia a «la peluquería estilística».

«De este lote de virtudes expresionales de la Biblia parece que las que más me hayan atraído sean la intensidad y cierto despojo que no solo aparta el adorno, sino que va en desuello puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adiposa, la Biblia me prestigió su condición de dardo verbal, su urgido canal de vena caliente. Ella me asqueó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso de bruces a beber sobre el manadero de la palabra viva, yo diría que me echó sobre un tema a aspirarle pecho a pecho el resuello vivo».

No estropearé con comentarios el denso pasaje que se vale por sí solo. Pasemos.

De la literatura española, tres son los autores a los que vuelve y de los que nutre en ellos su prosa madura: santa Teresa, Gracián y Unamuno.

Una primera presencia, y muy pesante en su prosa, fue la de santa Teresa de Jesús. En este terreno no hay que abusar del plutarquismo en las vidas paralelas. Gabriela leyó y releyó a lo largo de su vida los escritos de la abulense. Se le enredaron varios vocablos dilectos, que solía retraer en su prosa. De ella tomó ejemplo de la prosa coloquial, fluida y espontánea, pero en la chilena hay una carga de lo sensorio ausente en Teresa. Gabriela aproximó su figura a la santa, en sus artículos seriados «Castilla» (I y II, en *Mistral* [1978d]), donde imagina caminar por la meseta castellana y, en tanto conversan como maestra y discípula, la Fundadora y la Andariega, pone en boca de la mística algunos consejos sobre la escritura: «En cuanto vuelves y revuelves lo que vas a decir, se te pudre, como una fruta magullada; se te endurecen las palabras, hija, y es el que atajas a la gracia, que iba caminando a tu encuentro» (p. 210).

El caso de Gracián puede resultar sorpresivo. Pero se explica en la medida en que el ceñido aragonés es maestro en tocar médula en todo y desplazar la grasa y aun la carne en sus frases astringentes. Es estilo de puro hueso y tendón, como le placía decir a Gabriela, es el dique para la garrulería frecuente en cierta prosa hispanoamericana y española. En muchos sitios de sus ensayos pondera los quilates del decir escueto y preñado del conceptista. Su lectura la aprendió en Martí. Para dar una muestra de su dilección por el autor, traigamos a cuento un pasaje de una carta a Victoria Ocampo (Mistral-Ocampo [2006]: pp. 124-125), en el que le aconseja la lectura de Gracián, *ad feminam*, digamos:

> Hace años en Madrid, donde tuve la gracia de conocerte, te di o te mandé el mejorcito libro de Gracián, *El héroe. El discreto.* Estoy segura de que no lo

leíste. El hombre no era en su lengua un español, era un especie de florentino del tiempo de la *Vita Nova;* era un agudo y un refinado, y *fue maestro de franceses finos y de alemanes finos* (el subrayado es de la autora). Schopenhauer y Nietzsche después, lo quisieron. La lengua de Gracián —y la línea del entendimiento de Gracián. Estaban destinados a ti, *eran tu herencia*. *Tú ni la has mirado.* Y eso por algo muy feo que hay en ti —en mí lo hay en peor dosis— y es tu cerrazón de persona que ya optó, y se decidió, y se entregó. Tú regalaste tus potencias al francés y desde entonces te volviste impermeable a cuanto no sea él y el inglés. *De no tener el español, espántate, hay que tener el alemán.*

El tercer autor español es Unamuno, a quien trató, leyó y sobre el que escribió. De él toma la calificación de «conversacional» para la prosa a que aspira, voz que era un neologismo hacia 1925. Del vasco —otra razón de simpatía para ella— toma la actitud de escribir con toda la lengua y cierta postura antiacademicista que era urticante en don Miguel.

Un lugar inicial pero con fuerte impronta lo ocupa en la actitud frente a su prosa, Michel de Montaigne. Cuando de muchacha, alcanzó los tomos de los *Ensayos* en la biblioteca personal de don Bernardo Ossandon. De aquel recuerdo, escribe:

Parece que mi libro mayor de entonces haya sido un Montaigne, donde me hallé, por primera vez delante de Roma y de Francia. Me fascinó para siempre el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman «conversacional». ¡Qué lujo fue, en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordalés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucedidos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre. (Veinte años más tarde yo llegaría a Bordeaux y me había de detener en su sepultura y mascullarle más o menos, esta oración de gracias: «Gracias maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre») (Mistral [1962]: 7).

Ratifica con Montaigne la tesitura coloquial de la expresión prosada, ya estimada en otros escritores, y su adopción de ella como ideal. La prosa hablada, «conversacional», de Unamuno, ligera, «como se deslizaba la lana de tejer de mi madre», dice con acertadísima imagen. Pero del creador del ensayo toma algo más: *la actitud egotista* frente a cuanto ha de abordar en sus escritos. Hay personas que para hablar de sí necesitan hablar de otras cosas; y hay otras que para hablar de cualquier cosa necesitan hablar de sí. Gabriela habla *desde sí* y *de sí*, por su estimativa que nunca reniega de su subjetividad. Recordemos palabras suyas en una nota final a prosas incluidas en *Desolación:* «En esta obra egotista, empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la vida total» (3.ª ed., p. 241).

De los prosistas americanos, cabe mencionar que fue lectora, aprovechada para el propio aprendizaje de la prosa, de Domingo F. Sarmiento. Tuvo su lección «sarmentina», como lo decía con un adjetivo que ella plasmó, en lugar de nuestro «sarmientino». Cursó el *Facundo* más de una vez y, sin lugar a dudas, otras obras del sanjuanino, de larga y fructuosa querencia en Chile. Aprende de él el ejercicio de la vivacidad expresiva. Tuvieron en común la adopción en su prosa de la lengua oral provinciana, salpicada de lo que los críticos llaman «arcaísmos». «Es bueno nacer en un pueblo de óptimos abuelos verbales, como José Hernández y Sarmiento, que sigue comiendo de ellos porque no se han agotado ni su pastal y la viña de uno y de otro», dice a Martha A. Salotti, en «Recado para una maestra argentina». Sin duda, por su preocupación educativa, leyó las varias obras fundamentales de Sarmiento sobre el tema, de particular manera, *La educación popular.* Resulta curioso que no asentara su inevitable disconformidad —en ninguno de los sitios en que lo menciona en sus escritos— con la dicotomía arbitraria y antiindigenista del Sarmiento que plantea,

elogiosamente, la forma de conquista en Norteamérica, arrasadora del nativo, frente a la española en América del Sur, de humana base mestizadora.

Pero, se sabe, el mayor prosista de Hispanoamérica fue para Gabriela José Martí y, lo que nos importa aquí más: «el maestro americano más ostensible en mi obra». Gabriela le destinó varios escritos. El texto más interesante es el de una presentación que elaboraba, sobre una conferencia en Cuba de 1934, para un tomo de la colección «El pensamiento vivo de...», que publicaba por entonces la editorial Losada de Buenos Aires. Cada tomo constaba de una presentación y luego una rica selección de textos del autor tratado, coordinados en torno a diversos temas axiales de su pensamiento. Son muchas las razones de coincidencia cordial e intelectual con el cubano: su atención a la niñez, la fundación de *La Edad de Oro*, revista infantil, los poemas para su hijo, la defensa de la independencia americana y la prédica por la patria grande, la consideración de lo mestizo, «el hermanar, la vincha y la toga», el asociar en su personalidad la virilidad firme y la feminidad de su delicadeza, «el luchador sin odio», su preocupación social, su honestidad y compromisos políticos, su estilo de prosa, de inimitable baquía sintáctica. Bellamente dice Gabriela: «El tierno le viene del limo y del ambiente antillano donde la piel del toro español se suavizó hasta volverse una badana dulce».

Gabriela no escuchó de viva voz a Martí, y lo lamenta. Pero condena a quienes intencionadamente solo celebran la oratoria del notable hombre y pensador que fue, asociando la retórica oral al «tropicalismo». Para ella la tropicalidad en Martí fue positiva: es en él calidez, no fiebre, gobernada; es abundancia: de conceptos («hervía de ideas»), de vocabulario copioso, de metáforas («es la lengua espejeante de imágenes, el desatado lujo metafórico»), pero «Martí nos hace sentir el hueso del pensamiento bajo la floración».

«Guardó a España la verdadera lealtad que le debemos, la de la lengua», «comió del tuétano de buey de los clásicos», «fue el buen lector que pasa por los sesenta rodillos de la colección Rivadeneira sin volverse papilla y caldo». «Su originalidad está hecha de tono, de vocabulario y de sintaxis propios». «Calderón tiene un estilo, pero en santa Teresa hay un tono; en la francesa, Montaigne tiene más dejo galo que Racine».

Estimamos que el texto, diríamos, matriz de Martí a partir al cual Gabriela adhiere, como a una poética implícita de la prosa, en varios planos, es «Nuestra América» (1883). Desde el título, halló en él un lema que reiteró, como un lugar común, pero vivo; lo hemos registrado más de veinte veces en sus escritos. El posesivo «nuestra» está cargado de fraternidad, de hospitalidad, de identidad, de convivencia, de pertenencia, de contrastividad. «Nuestra América», mejor que otros textos del cubano ejemplifica la maestría en alternar un período amplio, y remontado, con frases apodícticas y cortantes, aprendidas en Gracián y en los franceses. «La frase del francés, corta y eficaz como una pincelada de yodo». Este procedimiento fue adoptado por Gabriela en su prosa. En cambio, ella rehuyó el uso oratorio de la anáfora frecuente en el maestro. Se da muy inusualmente en su prosa, por ejemplo. «Elogio de la madre». Gabriela abrevió el período copioso, en el que por veces incursionaba. Y, con el tiempo, fue simplificando en su prosa chilena los hipérbatos magistrales de Martí, en construcciones sintácticas menos urdidas con tejido de incidentales, más lejos del *crescendo* climático del orador. Ella desconfía del orador por lo que se arriesga al hacer concesiones a su público o buscar su asentimiento. Martí fue, para ella, el orador honrado en un gremio fraudulento. La discípula se curó en carne ajena. Sus discursos son breves y en su composición no buscan la tensión creciente, en alas de arrebato, «hacia la cima para hincar la pica del remate». Muy espaciadamente, buscó la elocuencia, por ejemplo en

su alocución «La palabra maldita». La pieza más apelativamente enfática suya es «El grito». Esto lo evitó la chilena en sus escritos. Lo que sí imitó cuando pudo es lo que ella define así en su maestro: «Suelta una alegoría que relampaguea, y sigue con una frase de buena mujer, cuando no de niño; hace una cláusula ciceroniana y la neutraliza con un decir de todos los días». Esto parece una autodefinición de la prosa mistraliana.

En el plano del léxico, coloca al cubano al lado de Juan Montalvo, «millonario de vocablos». Pero hace un distingo: la riqueza del ecuatoriano proviene de la gimnasia del diccionario («del librote tremendo»). «Martí, por el contrario, vivió las edades formativas —infancia y adolescencia— sumergido en un español casticísimo, hablado por la burguesía y en uno acidulado y pimentado que era y es hasta hoy el del pueblo cubano. Cuando salió al destierro, llevaba, seguro como las entrañas que no nos dejan, la lengua completa chupada en veinte años de su isla». A ello, sumémosle la Rivadeneira. El haberla cursado le dejó huellas. «Nadie pasea impunemente bajo la sombra de las palmeras», decía Heine. Cuanto más, por los folios de aquellos tomazos.

«Antes de Rubén Darío, Martí se había puesto a la invención de vocablos [...] en el uso del nicaragüense había tanta necesidad de fineza como alarde de cosmopolitismo o mucho ingenio. Martí crea sus pocos neologismos como un lingüista profesional, guardando todo respeto a la tradición en los derivados e inventa por necesidad verdadera, por el hambre de expresividad que había en él».

En este aspecto de su prosa, Gabriela es más martiana que dariana.

LA LENGUA DE SU PROSA

Sírvanos lo que ella observa en la prosa martiana, como una introducción a la propia poética de su prosa. Nos referiremos a la prosa a partir del momento en que la autora ha dado con su propia voz, después de los naturales tanteos en busca de su expresión, como diría Pedro Henríquez Ureña, y que podemos situar con posterioridad a la publicación de *Desolación*.

Gabriela nunca escribió una poética de la prosa. En este capitulillo queremos proponer, en primer lugar, rescatar lo que tenemos dicho más atrás sobre las lecturas modeladoras de su prosa y sus preferencias. En segundo lugar, inducir de algunos de sus apuntamientos y juicios sobre prosistas, modos operativos preferentes de su escritura. Y, en tercer lugar, ejemplificarlos brevemente con sus textos.

Ya hemos adelantado, a propósito de sus lecturas bíblicas y teresianas, su atención a la oralidad como modelo, la lengua coloquial de su tierra natal. Lo dice con insistencia: «Yo sigo hablando mi español con el canturreo del Valle de Elqui [...]. Por eso me sonrío con la boca, y me río en pleno con más adentros cuando leo u oigo la noticia de mi descastamiento» (Mistral [1978d]: 322), o: «Esta carta irá entera en lengua del valle de Elqui, palabrada, concreta y caliente», le escribe a Victoria Ocampo (Mistral-Ocampo [2006]: 95), o «Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa» (Mistral [1962]: 3). En «La aventura de la lengua», un ensayo de 1948, asienta:

> Algo quiero deciros sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna, que no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiese en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua

tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo.

Se registran en su prosa, por naturalidad, es cierto, pero también por dilección e intencionalidad, arcaísmos peninsulares. La mejor advertencia de su origen y uso, la da Gabriela en una nota al «Nocturno de la derrota».

No solo en la escritura, sino también en mi habla, dejo por complacencia mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la de que esté vivo y sea llano. Muchos, digo, y no todos los arcaísmos que me acuden y que sacrifico en obsequio de la persona antiarcaica que va a leer. En América esta persona resulta siempre ser una capitalina. El campo americano —y en el campo yo me crié— sigue hablando su lengua nueva veteada de ellos. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca.

También se acusan frecuentes neologismos. Por dar unos ejemplos de los muchos citables: «los paladares más regodiones», «los viajeros alharaquientos», «su preciosa querendonería», «una paganía congenital», «jardineo», «superiorísima», «sonrosadura», «tremolación», «caminada», «fraternización», «lengua alácrita», «conversaduría», «rezaduría», «afuerinos», «abeatonado», «chinería», «enjambración», «nodricería», «campesinería», «yo era una mujer de australidad, fría, lenta y opaca», etc. Frente a este señalamiento, que algunos han criticado, recordemos los criterios que ella destacó en el uso de Martí y lo que de sí dice, en una «Carta a mi biógrafo», citada por Mario Céspedes:

Alone precisa mi vicio de arcaísmo y neologismo. Al amigo fiel le contesto: la capital nuestra, el Santiago ayancado y descastado que tenemos, ignora

bastante la lengua que hablamos en el campo de Chile. En Puerto Rico me reencontré con mi español de Elqui, siglo XVI, y me dio gusto saber con prueba que hablo lo mío más legítimo y entrañable. En cuanto a los neologismos, muchos me he hecho, más aún me tengo que hacer. Cien millones de hombres que hablan el español en la América tienen derecho lleno y pleno a hacer palabras y a que las acepten a la larga los diez millones que lo hablan en la Península materna. De paso, le digo a Alone y a usted que suele llamarse vocablos nuevos los errores de imprenta, veinte a lo menos por artículo... Usted, mi desabridado amigo, hizo adjetivos por fantasía, y eso se hace por necesidad estricta y ceñida. Los retóricos de Chile han logrado cuajar una lengua nuestra empalada y desabrida. A veces peco contra esos patrones de la lengua de Chile sin pensar en ellos, alguna vez pensándolos: jugar es bueno con los ceñudos y los solemnes, y a mujeres y a niños nos place la diversión con la cólera ajena, mientras más ilustre, mejor.

Sabe acuñar expresiones propias («haciéndonos dolor», «siento en pueblo») algunas extrañas a nuestra sintaxis y a nuestros usos preposicionales, que hacen cortocircuito en la lectura que viene fluida. En ocasiones, es su intención producir ese efecto de choque en el lector. «En tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, el crujido de dientes bastante coléricos, el rechinar de la lija cobre el filo romo del idioma» (Mistral [1962]: 33).

Otros rasgos léxicos señalables son: el uso de americanismos («velorio», «aparta», «entretención», etc.) y de chilenismos, abundantes en su prosa. La frecuencia de diminutivos, afectivos los más, reales los menos, indica una proyección sentimental sobre lo que designa, una forma de afecto con que cubre las realidades que evoca. Las elipsis fuertes son sólitas en su prosa. El muy recurrente uso del dativo de interés, que vuelca sobre el objeto del discurso su atención y su alusión a que le toca de muy adentro: «los toronjiles, que yo no me conocía, me recibieron en frutos», «su isla apenas se

las conozco», «mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella», etc. Los usos verbales infrecuentes que subrayan acción: «sus gredas rojean al sol», «la laguna que doncellea», «el árbol populaba», «el campesino siempre anda duendeando», «sin rojear nunca como los demás frutos congestionados», etc.

Respecto del uso de «regionalismos» su postura es neta: «Yo entiendo los regionalismos como fenómenos colectivos de ternura por el suelo y por las costumbres, en el hábito doméstico, en la arquitectura a veces, hasta en el traje. Pero yo los detesto en el lenguaje» (Mistral [1957a]: 44) y reafirma su rechazo: «Deje ella —se refiere a Marta Brunet— esa forma de criollismo que es una autocondena a ser leída por un clan [...], esa horrible jerga chileno-rural».

Incluso, adelanta algunas observaciones sobre rasgos de «chilenidad» de la lengua de algunos compatriotas que quizá suponía en la propia. De Joaquín Edwards dice: «Creo yo que posee la chilenidad del temperamento que se niega al criollismo en la lengua». Y acerca de otros narradores: «Un desembarazo muy chileno que había en su escritura, tan vivaz como su charla» o «Una sobriedad muy chilena, no sé qué crudeza, qué modo de expresión directa y hasta qué brusquedad que *son nuestras*» (Mistral [1957a]: 48).

En ningún momento la afirmación reiterada de la base oral de su lengua y la pervivencia en ella de voces antiguas, o la chilenidad de su discurso prosado son en ella señales de separatismo respecto del gran legado español. Por el contrario, sobran los testimonios que ratifican su adhesión filial a la lengua española y aún, a lo que hoy llamamos panhispanismo. Recorto una pequeña antología textual:

> No desperdicie torpemente el campo que el destino le ha entregado en la lengua española, lengua en grande por sí misma y que tiene, además, el tercer rango mundial por la extensión que abarca (Mistral [1957a]: 45).

Los que siguen educándose, a Dios gracias, la cara vuelta hacia Europa, vienen a Francia, y por el prejuicio que se les ha metido de la invalidez de España en cualquier orden, y por su disgusto de sensuales hacia el mal viajar y el hotelito menesteroso de la ciudad pequeña, hasta estos se saltan la España de nuestra coordinación. De ida y regreso, dos veces dan la zancada de aquella que es nuestro oráculo de respuesta precisa, la única capaz de descifrarnos y decirnos lo que somos, de mostrarnos juntas nuestra excelencia y nuestra roña (Mistral [1957]: 137).

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dio Dios y el dolor que le da el Norte. La frase consuena con los sabidos versos darianos (Mistral [1962]: 49).

Digan lo que quieran de la falta de unidad de nuestra América, este viaje y estos viajes míos, pasando de un país al siguiente como de un barrio al otro barrio y llegando a ellos como a mi casa estando tan lejos la casa mía) no me dejan convencerme nunca de la extranjería que me cuentan empecinados; este poder llegar a veintiún países con el mismo «buenos días» y el mismo gesto de ciudadanía natural que me aceptan sin petición extrema (Mistral [1978d]: 41).

Cerramos estas consideraciones, con una defensa de la lengua española que hace frente a la «bigamia lingüística» de «Votoya», como apodaba a Victoria Ocampo:

No puedo entender que siendo la terrestre que eres no sepas, por oído y *tacto del oído* que el español es la lengua más plástica que ha hecho el hombre, precisamente para expresar la tierra, sacrificando a esta capacidad terrestre, la capacidad para decir lo angélico porque esto último es la falla del español. No sé si tú desprecias también la pintura española. Aunque Velázquez no te dé gusto, en su falta total de *bizarrerie* y de extravagancia, o de ingenio, Velázquez es alguien a quien hay que entender en este planeta antes de irse de él. Te hablo de él para decirte que la lengua española como

instrumento para entregar el mundo es como Velázquez y Goya juntos. Por lo tanto, si no te hubiesen estragado el paladar del alma a los tres años, si te hubieran dejado el instinto limpio, desnudo entero, *tú habrías ido derechito hacia la expresión española, por ser, aunque hoy te repugne la idea, tu lengua natural, el idioma de la más terrestre criatura de este Continente de sensuales superiores e inferiores.*
Es verdad que el español clásico apenas se ocupó de contar paisajes y plantas y animales. Digo el clásico cenital, porque en la época española que yo más quiero —es decir en el final del medioevo— y cuando lo renacentista solo despuntaba, en el momento de santa Teresa y de san Juan de la Cruz y los dos Luises, la lengua nuestra —*sí, la nuestra*— se dio una paseada por la tierra como para probarla. Y te mando en prueba esos trozos de Granada sobre menudencias terrestres, seleccionado por Salinas [...]. No se te puede perdonar que no hayas leído nunca el material que te mando. A lo mejor no has leído jamás a san Juan de la Cruz. ¡Qué barbaridad! (Mistral-Ocampo [2006]: 123-124).

Ayer por la poesía y hoy por la prosa, felizmente colectada difundida, Gabriela Mistral se consolida en la galería de lo que llamó Pedro Henríquez Ureña: Clásicos de América de la lengua española.

DARÍO VILLANUEVA

GABRIELA MISTRAL: EL SIGNIFICADO DE UN NOBEL

La biografía de Gabriela Mistral incluye algunos trances que la marcaron indeleblemente, al tiempo que contribuyeron también a la creación en torno a su figura de una cierta leyenda, de un aura romántica de la que incluso se haría eco el académico encargado de pronunciar la *laudatio* de la escritora chilena el 10 de diciembre de 1945 cuando le fue entregado el Premio Nobel de Literatura en la Konserthuset de Estocolmo.

Hjalmar Gullberg aludía, así, al suicidio en 1909 de Romelio Ureta Carvajal, que había sido novio de la, a la sazón, joven maestra en la escuela coquimbana de Cerrillos. La elegía que, bajo el título de *Los sonetos de la muerte,* le dedicara a su enamorado merecerá cinco años más tarde el primer premio de los Juegos Florales de Santiago, éxito que según el discurso del académico sueco provoca que «una banal tragedia cotidiana» pierda «su carácter privado» y haga entrar «en la literatura universal» a Lucía Godoy Alcayaga, convertida ya para siempre en Gabriela Mistral, «la reina espiritual de toda la América Latina». Condición que en el

momento de su muerte le confirmará Victoria Ocampo al recordarla como «la más representativa, la más importante de las mujeres de Hispanoamérica, en nuestra época».

En esa cadena de peripecias que acompañaron a nuestra Nobel no faltan algunas estrechamente vinculadas a lo que fue su vocación más genuina, y acabó erigiéndose en el emblema de su personalidad cabal: la docencia. Ella misma nos dejó el relato de dos de aquellos episodios en una *Autobiografía* manuscrita que la revista *Mapocho* recuperaba en 1998. Relata allí, en primer lugar, el «incidente tragicómico» por el que en 1900, siendo alumna de la escuela superior de niñas de Vicuña, su localidad natal, es acusada absurdamente de haber robado un contingente de papel para uso escolar cuya administración le había confiado la directora. Pero más relevante me parece, incluso, el segundo trance al que me referiré.

En 1905 Lucila Godoy, maestra adolescente y autodidacta, consigue el puesto de secretaria-inspectora en el Liceo de Niñas de La Serena, que regentaba una «extraordinaria mujer alemana» cuya crueldad y desequilibrio no le impide calificarla de «ser superior» que la trataba, sin embargo, como «una especie de sirvienta mantenida». La escritora registra cuatro admoniciones suyas que nunca olvidaría, una de las cuales, sobre todo, podría encerrar especial significado para nosotros a la hora de analizar el Premio Nobel que Gabriela Mistral recibiría cuatro decenios más tarde: «Una vez me llamó a su salón y yo me quedé embobada mirando dos grandes cuadros que eran grabados de Goethe y de Schiller. Ella me dijo más o menos esto. “Los escritores se dividen solo en estos dos tipos. Los de Goethe son los sensatos y los que llegan a grandes posiciones; los alocados se parecen a Schiller, sin que valgan nunca lo que él tampoco y como no lo alcanzan no llegan nunca a nada”».

Muchos años después, aupada a la cumbre de la poesía universal y puesto ya el pie en el estribo de la muerte, la Mistral cerrará su cuarto libro poético, *Lagar,* con un «Recado terrestre» dirigido en apóstrofe al «Padre Goethe, que estás sobre los cielos, / entre los Tronos y Dominaciones / y duermes y vigilas con los ojos / por la cascada de tu luz rasgados...». Pero la relación que pretendo subrayar ahora es la que nos lleva al fundamento último del premio que Alfred Nobel dejó instituido en su testamento de 1895 para que cada año se distinguiese a la «persona que hubiese producido en el campo de la literatura la obra más destacada en una dirección ideal».

Al margen de la interpretación que la Academia Sueca, depositaria de tal encomienda, les fuese dando, sucesivamente, a estas últimas palabras, lo cierto es que en la voluntad del testador alentaba una orientación universal para el conjunto de los Nobel que, en el caso del dedicado a la Literatura, bien se encargó de promover, con todas las limitaciones de su visión europea, el académico Carl David af Wirsén, quien marcó con su sello una primera etapa en cuanto a los criterios que regirían la concesión del premio. Hasta tal extremo ello es así que el Nobel literario viene a representar, desde su primera concesión en 1901, y con mayor intensidad si cabe en los últimos decenios, la institución que mantiene vivo, moderna y posmodernamente, el concepto feliz de una auténtica *Weltliteratur,* la «literatura universal» que el propio Goethe definía, en 1827, en el transcurso de sus conversaciones con Johann Peter Eckermann, como un «fenómeno que cada vez se va precisando más» como superación del «concepto de literatura nacional».

A este respecto, empeños como el del Nobel adquieren una relevancia extraordinaria desde una perspectiva institucional, desde la consideración no idealista de la literatura como un sistema de acciones desarrolladas en el seno de la sociedad, proceso en el que,

junto a la creación propiamente dicha y a la inexcusable respuesta de los lectores, resultan fundamentales la mediación y el posprocesado o recreación de los mensajes literarios. De tal modo, las obras, más allá de sus valores inmanentes, gozarán de mayor o menor trascendencia en función del arropamiento y proyección ecuménica que instituciones como la que nos legó clarividentemente Alfred Nobel son capaces de otorgarle a la Literatura.

Cabe, pues, preguntarse, año a año acerca de cuál sea el significado del acuerdo que la Academia Sueca toma en cumplimiento de la voluntad de Alfred Nobel. Mandato que se objetivó en los Estatutos de la Fundación sancionados por el rey de Suecia en 1900 y desarrollados en reglamentos especiales establecidos ad hoc por las distintas corporaciones a las que les fue confiado cada uno de los cinco premios iniciales. Siempre sobre el razonable supuesto que el académico Lars Gyllensten explicitaba en el diario *Göteborgs-Posten*, el 24 de junio de 1984, para salir al paso de alguna de las innúmeras (e inevitables) críticas que las últimas concesiones habían suscitado: el Nobel, sea de Literatura o de cualquier otra materia, no es un premio al mejor del mundo en cada una de las especialidades, simplemente porque alguien así no existe.

Constituye, sin duda, un apasionante ejercicio hermenéutico el investigar sin anteojeras el sentido exacto que cada Premio Nobel pueda tener en ese marco institucional de la literatura como un sistema de acciones y repercusiones propias de la sociedad de la comunicación a lo largo de todo el siglo pasado y el primer decenio del presente. Pioneros en esta sugestiva línea de investigación fueron los responsables de una revista que se ocupa desde 1926 del reto de la *Weltliteratur.* Me refiero a *Books Abroad*, que desde 1977 pasó a denominarse, más cerca todavía de Goethe, *World Literature Today.* En sus páginas, amén de artículos sueltos, a propósito de esa

interpretación de los Premios Nobel de Literatura han aparecido las ponencias de sendos simposios, el primero de los cuales tuvo lugar en 1967 y el segundo veinte años después. Pero la institución ha cumplido ya un siglo de vida, de entrega anual de tan señalado reconocimiento a escritores de todo el mundo sin otras interrupciones que las provocadas por las dos guerras mundiales en 1914 y entre 1940 y 1943.

Tan amplio tracto, así como la prescripción del embargo durante media centuria de toda la documentación referente a candidaturas y dictámenes manejada por el Comité del Nobel y la Academia Sueca, ha justificado la revitalización de las pesquisas sobre este asunto en los últimos tiempos. Y así, en 2001 se editaba en Estocolmo un repertorio documental titulado *Nobelpriset i Litteratur: nomineringar och utlåtanden 1901-1950*, y ese mismo año el académico y presidente hasta 2005 del citado comité, Kjell Espmark, publicaba en su lengua una obra de sumo interés que ya ha sido traducida al español con el título de *El Premio Nobel de Literatura. Cien años con la misión* (Barcelona, Nórdica Libros, 2008).

Gozamos, en consecuencia, de la regalía de la información necesaria para realizar hoy por hoy la *lectura* —por así decirlo— de aquel Nobel concedido en 1945 a Gabriela Mistral, primera escritora hispanoamericana y primer poeta de nuestra lengua que lo recibía en el año en que, después del lapso de cuatro impuesto por la guerra, se reanudaba la secuencia del premio. Pero más allá de lo apuntado, que no es poco, el significado de su distinción es mucho más rico en términos de la historia interna —puramente literaria, pero también relacionada con la política cultural— de esta institución.

Cuando todavía estaban vivos los ecos de su entrega, el diplomático chileno Alejandro Gumucio publicaba un opúsculo titulado precisamente *Gabriela Mistral y el Premio Nobel*

(Gumucio [1946]), que sin pretender el empaque académico de otras obras igualmente inmediatas como, por caso, *Gabriela Mistral: su vida y su obra* (Saavedra Molina [1946]) de Julio Saavedra Molina o, sobre todo, *Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile: ensayo de crítica subjetiva* (Iglesias [1950]) de Augusto Iglesias, aborda una primera aproximación hermenéutica a aquel gran éxito para las letras hispanas logrado merecidamente por la poeta del valle de Elqui.

Amén de una breve y precisa reseña biográfica, Gumucio comenta los tres volúmenes de poesía publicados por Gabriela Mistral hasta el momento, todos ellos fuera de Chile: *Desolación* (Nueva York, 1922), *Ternura: canciones de niños* (Madrid, 1924) y *Tala* (Buenos Aires, 1938), y reseña las reacciones que el premio había suscitado entre críticos españoles y latinoamericanos como Francisco de Cossío, Melchor Fernández Almagro, Luz Machado de Arnao o Luis Enrique Délano. Este último, compatriota de la escritora, destaca que «solo dos libros [en realidad eran tres] han bastado para dar un relieve y una categoría universales a su poesía, que es difícil de traducir a lenguas extranjeras, a causa de sus asperezas, de la singularidad del lenguaje y de su apasionado acento».

El propio Gumucio se ocupa asimismo, sucintamente, de los trámites previos que cuajaron eficazmente en el Nobel de nuestra escritora: la propuesta de la candidatura por parte de las organizaciones literarias chilenas, la mayoría de las Academias Sudamericanas de Literatura «y también la Española», así como el trabajo de traducción de su poesía promovido por el académico sueco profesor Dahl. En realidad, sabemos que el proceso se había desencadenado ya en 1939 por iniciativa de la escritora ecuatoriana Adela Velasco, que se vio arropada en su campaña por el apoyo discreto pero eficaz que le dio el presidente chileno Pedro Aguirre Cerda. Gabriela dejó testimonio fehaciente en carta al ministro de

Chile en Francia, Gabriel González Videla, de cuán poco creía en la viabilidad de su postulación, de lo difícil que era difundir en Europa poesía mediante traducciones e incluso se negó a aceptar que Paul Valéry prologase una antología suya en francés que se preparaba en 1940 con el aval estratégico de la república chilena. Mediando la interrupción bélica, precisamente el autor de *Le cimetière marin* será junto a la Mistral el candidato in péctore para el premio de 1945, del que quedará descartado por su fallecimiento en julio de ese mismo año.

En todo caso, será determinante el papel desempeñado en esta historia por Hjalmar Gullberg, incorporado no hacía mucho a la Academia Sueca como uno más de los «innovadores» llamados a sustanciar una nueva etapa liderada por Anders Österling, que fue Secretario de la corporación desde 1941. Gullberg se ocupó personalmente de la difusión en Suecia de la obra de Gabriela Mistral y reivindicaba una atención hacia la poesía lírica que el Nobel había descuidado prácticamente desde el premio de Yeats, concedido en 1923.

En su hermoso discurso de presentación de la galardonada en el acto de entrega del premio, Gullberg subraya alguno de los mensajes, los más obvios, que aquella concesión del Nobel de Literatura encerraba. Aparte de recoger determinados aspectos de lo que no tiene empacho en calificar como la «leyenda» de una poeta conocida ampliamente por los sudamericanos a partir de sus primeros «poemas de amor dedicados a un muerto», subraya que desde su condición de maestra, compartida con la primera mujer Premio Nobel, la sueca Selma Lagerlöff, había llegado a convertirse en cantora de «la misericordia y la maternidad», de «los alimentos primordiales de la vida humana». Y concluía que con ella se presentaba la mejor ocasión de rendir homenaje «a la rica literatura iberoamericana».

En su discurso de aceptación, Gabriela Mistral comienza recogiendo esta última referencia. Como «uno de los muchos trabajadores» de la cultura de «la lejana América ibera», «tan poco y tan mal conocida», agradece la distinción, que atribuye al «espíritu universalista de Alfredo Nobel». Hay que recordar que el eurocentrismo que se le achacaba por aquel entonces, y con razón, a las decisiones de la Academia Sueca solo había tenido una excepción para con Asia —Tagore, en 1913—, y tres hacia los Estados Unidos en los años treinta, con Sinclair Lewis, O'Neill y Pearl S. Buck (Australia se demorará hasta Patrick White en 1973, y África hasta los premios de Wole Soyinka en 1986 y Naguib Mahfuz dos años después. Asia reaparecerá con Yasunari Kawabata en 1968). La premiada no olvida, finalmente, una significativa referencia a la «legión de profesores y maestros» que educaban admirablemente al pueblo sueco, y asume el privilegio de encarnar en aquella tribuna «la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa».

En cuanto a lo primero, Gabriela Mistral encumbra desde la palestra del Nobel una escuela poética genuinamente hispánica —nuestro Modernismo— que revitalizó sobremanera la expresividad lírica del español después del acartonamiento prosaísta en que incurrió el posromanticismo. Ella representaba la herencia viva de Rubén Darío, al que Gabriela Mistral, desde su primer contacto con él hacia 1908, definía como «ídolo de mi generación, el primer poeta de habla castellana», y del que había obtenido cinco años más tarde, antes de su éxito en los Juegos Florales de Santiago, el espaldarazo de la publicación de sus primeros textos en la revista *Elegancias* que el nicaragüense dirigía desde París. Rubén moriría poco después, y Amado Nervo, otro poeta profundamente admirado por Gabriela Mistral, lo hará en 1919.

Hubiesen podido ser Nobel de Literatura cualquiera de los dos, Nervo o Rubén —no así Martí, «el maestro americano más

ostensible de mi obra» para la chilena, muerto durante la Guerra de la Independencia en 1895—, pero en aquella primera etapa del premio la Academia Sueca todavía no se había dignado mirar hacia la otra ribera de la mar océana, como tampoco su interpretación de la voluntad de Alfred Nobel dejaba el más mínimo resquicio para la poesía vanguardista. Kjell Espmark revela a este respecto la absoluta falta de comprensión hacia la estética del creacionismo cubista que revelan los dictámenes que rechazan, en 1926, la candidatura de otro poeta chileno, Vicente Huidobro.

El propio Espmark, con toda la objetividad que le posibilita el acceso directo a la documentación de la Academia a la que pertenece, identifica los criterios que a lo largo de más de un siglo esta corporación ha ido aplicando para tomar las decisiones correspondientes al Premio Nobel de Literatura en aplicación de las escuetas indicaciones testamentarias de Alfred Nobel. Y así, comenta la interpretación que Wirsén consiguió imponer desde un principio a costa de aquella sibilina referencia a la «dirección ideal» en que debería reconocerse la obra de los galardonados. En la práctica, ello significó el predominio de la estética idealista alemana, desde Kant y Goethe hasta Schelling y Hegel, codificada por F. T. Vischer y difundida en Suecia por Christopher Jacob Boström, a quien Wirsén admiraba. Esta interpretación restrictiva de «lo ideal» redunda en un conservadurismo artístico que relega a las tinieblas exteriores del premio, en su primera década, a un Strindberg, un Ibsen, un Tolstói o un Zola, y se suaviza un tanto en el segundo decenio gracias al rejuvenecimiento de la Academia en la línea de una cierta «política de neutralidad literaria», no por ello menos conservadora.

Con los años veinte se impone una nueva concepción, más generosa, del precepto testamentario, según la cual aquella «orientación ideal» que Nobel postulaba se interpreta como «gran humanidad cordial» mientras que la visión clasicista de la literatura

se mantenía viva a través de la exigencia del «gran estilo» que Novalis encarnaba en la pluma de Goethe. El decenio siguiente propugna, por su parte, que los premiados sean adalides en la transmisión de los valores humanistas a un público lo más amplio posible, que sean «autores universalmente accesibles» y gratificantes para el «lector normal». Es el momento de gloria para escritores de *best sellers* como Lewis, Galsworthy o Pearl S. Buck, que desplazan por completo a la literatura vanguardista, y con especial saña a la poesía. De tal modo que, con las únicas excepciones de Thomas Mann en 1929 y de Luigi Pirandello en 1934, los grandes nombres del movimiento no ya exclusivamente hispánico sino europeo y norteamericano del también llamado *Modernism* irrumpen en el Olimpo del Nobel más tardíamente, justo a partir de 1946, y por este orden consecutivo: Hermann Hesse, André Gide, T. S. Eliot, William Faulkner, Bertrand Russell. En 1956 lo será Juan Ramón Jiménez, un poeta que había bebido también en el Modernismo de Rubén, pero que desde su estética había abierto cauces nuevos para la lírica hispánica de vanguardia, reconocida en 1977 en la persona de Vicente Aleixandre, una de las grandes voces poéticas de la generación española del 27, y seis años antes con el Nobel de Pablo Neruda, al que Gabriela Mistral conociera en Temuco hacia 1920, introdujera en la lectura de los novelistas rusos y publicara por primera vez fuera de Chile en su antología de 1923 *Lecturas para mujeres*, profusamente editada en México.

Kjell Espmark pondera convenientemente el significado que el galardón de Gabriela Mistral tuvo en 1945, el año de la muerte de Paul Valéry y del final de una guerra que había interrumpido sus concesiones: «que por primera vez se rompe la limitación europea y norteamericana desde el premio a Tagore en 1913». Pero su relevancia en la historia de esta institución sustentadora del concepto goethiano de la *Weltliteratur* es mucho mayor, porque fue

precisamente a una poeta de la lengua española a quien cupo poner colofón a los primeros cincuenta años del Nobel con una obra intensa y representativa de los valores literarios más reconocidos hasta entonces por la Academia Sueca. La declaración oficial de su otorgamiento alude literalmente a que su lírica «inspirada por poderosas emociones, ha hecho de su nombre símbolo de las aspiraciones *idealistas* de todo el mundo latinoamericano», y subrayo *idealistas* por lo que ello tiene de referencia al propio testamento del fundador. Pero en un primer informe del comité rubricado en 1940 por Per Hallström se destacan otros dos criterios que hemos comentado ya: el contenido humanista y la fuerza del estilo; el «vigoroso y apasionado idioma, comprimido casi hasta romperse, que fluye en la poetisa», y «la autenticidad y pureza del sentimiento» capaz de hacer ver a sus numerosos seguidores «que es una gran personalidad la que tenemos frente a nosotros».

Personalidad la de Gabriela Mistral que desde su solar materno del valle de Elqui se había convertido en una incansable viajera trotamundos, peregrina de la renovación educativa en México y Centroamérica, promotora intelectual en múltiples actividades avaladas por la Sociedad de Naciones y otras organizaciones similares, diplomática al servicio de su país en Europa, Brasil y los Estados Unidos. En pocos escritores mejor que en ella se cumplía el ideal universalista que alentaba la herencia de Alfred Nobel. Pero el significado de su Premio de 1945, en los términos exclusivos de la *Weltliteratur,* no es otro que el de servir como brillante broche de enlace entre el Modernismo hispánico y el *Modernism* internacional inmediatamente posterior.

GABRIELA MISTRAL

DESOLACION
POEMAS

INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS
EN LOS ESTADOS UNIDOS

La primera edición de *Desolación* (p. CXIII) aparece en Nueva York (1922) publicada por el Instituto de Las Españas a iniciativa de su director Federico de Onís. Se trata de una edición en rústica impresa en tinta sepia y lleva en el frontispicio un dibujo de Mistral de autor desconocido. Hasta esta publicación las poesías de Gabriela Mistral, muy poco conocida por entonces, solo habían visto la luz en periódicos y revistas. En esta primera obra, la poeta recoge, a instancias de la editorial, sus poemas publicados e inéditos, rompiendo el propio deseo de no coleccionar sus poesías.

CEDOMIL GOIC

NOTA EXPLICATIVA DE LA EDICIÓN

Los libros de poemas de Gabriela Mistral —*Desolación, Ternura, Tala* y *Lagar*— dieron lugar en vida de la autora a cambios sustanciales en la ordenación de poemas dentro de una sección, en el número de los mismos y la disposición de secciones, de modo que en bastantes casos poemas y secciones se desprenden de un libro para trasladarse a otro, o anticipan libros que la poeta no llegó a publicar mientras vivió. Esto acontece con *Desolación,* que reordena sus secciones de «Vida» y «Dolor», traslada poemas de una sección a otra y termina por ceder secciones enteras a *Ternura* y por eliminar la sección de prosa poética de las ediciones iniciales. *Ternura* absorbe en sus diferentes ediciones secciones enteras y poemas de *Desolación, Tala* y *Lagar,* transformándose por completo de una edición a otra. Por ese mismo fenómeno, *Tala,* varía sustancialmente su texto de la edición 1938 a la de 1945 y anticipa poemas de proyectos inéditos nunca editados en vida de la autora. *Lagar,* en menor medida, cede un poema a *Ternura.* Carecemos de una edición crítica de la poesía de Gabriela Mistral, proyecto que se hace absolutamente necesario y que es una tarea desafiante por su complejidad y dimensiones debido a la existencia

de múltiples manuscritos, variantes, modificaciones de poemas, estrofas, versos, palabras y grafías. Gabriela Mistral dejó en su legado un número gigantesco de poemas dispersos e inéditos en borrador, con múltiples versiones sin forma final de un mismo proyecto.

La poesía recoge en esta edición los poemas publicados por la escritora en sus cuatro libros —*Desolación*, *Ternura*, *Tala* y *Lagar* — y una selección de los poemas inéditos y dispersos del *Poema de Chile* y del Legado de Gabriela Mistral.

Los textos de los libros publicados se ciñen a la edición de las *Poesías completas* de Mistral [1966], edición corregida de la edición de Mistral [1958] que presentaba «por primera vez en su integridad, en los textos establecidos con carácter definitivo por la propia autora poco antes de su muerte, incluyendo varios poemas no publicados en las ediciones anteriores de sus libros *Desolación*, *Ternura*, *Tala* y *Lagar.* También es inédita y definitiva la ordenación de la obra, realizada por Margaret Bates en estrecha colaboración con la poetisa» (Mistral [1938]: XI). Se reitera esta declaración en la citada edición (Mistral [1966]: XI) autorizada por la heredera de Gabriela Mistral, Doris Dana.

Restituimos aquí los títulos a cada uno de los cuatro libros, omitidos en las ediciones de *Poesías completas*, y conservamos en la edición de cada uno de los tres primeros libros los textos metapoéticos de la autora que acompañaron variadamente sus ediciones.

Nuestra edición de *Desolación* sigue los textos de la edición de *Poesías completas*, preparada por Margaret Bates y corregida en la edición de Mistral [1966]. A ella agregamos el texto de «Voto» que en las primeras ediciones del libro cerraba el volumen.

Ternura sigue la edición de *Poesías completas* (Mistral [1966]) que incluye el poema «Canción del maizal» trasladado de *Lagar*

(Mistral [1954b]), y agregamos al final las notas de la autora a la edición de *Ternura* (Mistral [1945]), «Colofón con cara de excusa».

Tala sigue la edición de *Poesías completas* (Mistral [1966]) conservando las notas finales de «Excusa de unas Notas» y «Razón de este libro», con exclusión de las secciones «Tierra de Chile» y «Trozos del Poema de Chile», que aparecen en Mistral [1958] y Mistral [1966], cuyos poemas se recogen en la selección de *Poemas de Chile* y fueron incorporados por Doris Dana en su edición de *Poema de Chile* (Mistral [1967a]).

Lagar sigue la edición de *Poesías completas* (Mistral [1966]), que reproduce con modificaciones de estrofas poemas como «Noche de San Juan» y «El regreso», de la edición *princeps* de *Lagar* (Mistral [1954b]) y traslada «Canción del maizal» a *Ternura*.

Las poesías inéditas que recogemos corresponden a versiones diferentes de poemas con más de una versión en las compilaciones de poemas inéditos de *Poema de Chile* (Mistral [1967a]), y poemas pertenecientes al legado más reciente de Gabriela Mistral junto a los de *Reino* (Mistral [1983b]), *Lagar II* (Mistral [1991]) y *Almácigo* (Mistral [2008]).

«Salutación», poema leído en Madrid en 1925, con ocasión de la visita a España de la autora, se publicó en *Nubes blancas* (Mistral [1926b]) y en la antología *Poetisas de América*, de Monvel [1929]. Fue recogida también en *Orfeo* [1967], *Reino* (Mistral [1983b]), en versiones diferentes, que omiten tres grupos estróficos de la versión manuscrita.

«La palabra», es un manuscrito inédito existente en el Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile, poema publicado en *El Mercurio* (Santiago, 14 de noviembre de 1926: 3), y recogido por Jaime Quezada en Mistral [1993a: 309].

«Estampa de la Camarga» fue publicado por primera vez en *Poetisas de América* (Monvel [1929]) con el título «Entre el

Ródano y la Camarga», y recogido también en *Reino* (Mistral [1983b]).

«Fuentes de oro» fue recogido en *Reino* (Mistral [1983b]: 106-108), con cuatro partes numeradas en romanos.

«Ronda de la granada» es poema inédito sin antecedentes.

«Hace sesenta años» fue recogido por Esther de Cáceres, en su «Introducción» a *Poesías completas* (Mistral [1966]). También lo recoge *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991 y 1993c: 323]).

«Montañas» se recoge en *Poesías completas* (Mistral [1966]), *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991]).

«Balada de mi nombre» puede leerse en *Poesías completas* (Mistral [1966]), *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991]).

«Electra en la niebla» se recoge en *Orfeo* (Mistral [1967]: 118-120), *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991]).

«Memoria» fue recogido en otra versión en *Lagar II* (Mistral [1991]), con el título de «La remembranza».

«Despedida de viajero» se recoge en *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991]).

«Ella quiso ser nube» es poema inédito procedente del Legado.

«Golondrinas del yodo» se publicó en *La Nación* (Buenos Aires, diciembre de 1943) y fue recogido en *Lagar II* (Mistral [1991 y 1993c: 314]).

«¿A qué?» se recoge en la «Introducción» de *Poesías completas* (Mistral [1966]), se registra en el *Index* (Mistral [1982]), y se recoge en *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991]).

«Acción de gracias» se recoge en la «Introducción» de *Poesías completas* (Mistral [1966]), *Reino* (Mistral [1983b]) y *Lagar II* (Mistral [1991]) con variantes.

«La catedral» se registra en *Index* (Mistral [1982]), en versión diferente a la de *Almácigo* (Mistral [2008]).

La Prosa reproduce la sección de prosa de *Desolación*, correspondiente a la segunda edición del libro, Mistral [1926a], la más completa de las tres primeras ediciones de la obra, que incluye el primer recado «A Mimí Aguglia».

A ella se agrega una selección de *Motivos de san Francisco* recogidos en compilaciones de Díaz-Cormatches (Mistral [1965]), *Antología Mayor* (Mistral [1992b, vol. IV]) y Jaime Quezada (Mistral [2005b]).

Súmanse, finalmente, los recados: «Pasión de leer», recogido en *Antología Mayor* (Mistral [1992b, vol. IV]: 92-94); «Mi experiencia con la Biblia» publicado originalmente en *El Mercurio* (Santiago, 22 de marzo de 1931) y reproducido en la *Revista de la Sociedad Hebraica Argentina* (Buenos Aires, 1 de mayo, 1938: 3-4; 15 de mayo, 1938: 6-7, y 1 de junio de 1938: 6-7) fue después recogido por Luis Vargas Saavedra en *Prosa religiosa* (Mistral [1978e]: 39-46), en *Antología Mayor* (Mistral [1992b, vol. IV]: 284-290) y Mistral [1998b]: 75-84. «Cómo escribo», conferencia que Gabriela Mistral pronunció en Montevideo, en 1938, en presencia de Alfonsina Storni y Juana de Ibarbouru, fue publicado en *El Sur* (Concepción, 7 de abril, 1968) y recogida en *Páginas en prosa* (Mistral [1962: 1-3]) y *Antología Mayor* (Mistral [1992b, vol. IV]: 553-554). «La aventura de la lengua», fue publicado en *La Nación* (Buenos Aires, 9 de marzo, 1947) y en *Repertorio Americano* (Costa Rica, 30 de junio 1949), se trata de un discurso leído en la Universidad de California, el 15 de septiembre de 1946 y el 17 de diciembre de ese mismo año. Fue recogido en *Páginas en prosa* (Mistral [1962: 74-79]), y *Pasiones del vivir* (Mistral [1992a]). «Fiesta de la lengua española», aparece en varias copias mecanográficas existentes en el Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile. «El lenguaje en Puerto Rico», conversación con Berta Singerman en el Teatro Municipal de San Juan, aparece,

igualmente, en varias copias mecanográficas existentes en el Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.

«Alfonso Reyes, maestro», artículo fechado en 1933, fue recogido en *Páginas de Alfonso Reyes*, Monterrey: Universidad de Nueva León, 1955, y reproducido en Vargas Saavedra [1991: 92-94].

EN VERSO Y PROSA

ANTOLOGÍA

POESÍA

DESOLACIÓN • TERNURA • TALA • LAGAR

DESOLACIÓN

VIDA

EL PENSADOR DE RODIN

A Laura Rodig

Con el mentón caído sobre la mano ruda,
el Pensador se acuerda que es carne de la huesa,
carne fatal, delante del destino desnuda,
carne que odia la muerte, y tembló de belleza.

Y tembló de amor, toda su primavera ardiente,
y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
El «de morir tenemos» pasa sobre su frente,
en todo agudo bronce, cuando la noche empieza.

Y en la angustia, sus músculos se hienden, sufridores.
Los surcos de su carne se llenan de terrores.
Se hiende, como la hoja de otoño, al Señor fuerte

que le llama en los bronces... Y no hay árbol torcido
de sol en la llanura, ni león de flanco herido,
crispados como este hombre que medita en la muerte.

LA CRUZ DE BISTOLFI

Cruz que ninguno mira y que todos sentimos,
la invisible y la cierta como una ancha montaña:
dormimos sobre ti y sobre ti vivimos;
tus dos brazos nos mecen y tu sombra nos baña.

El amor nos fingió un lecho, pero era
solamente tu garfio vivo y tu leño desnudo.
Creímos que corríamos libres por las praderas
y nunca descendimos de tu apretado nudo.

De toda sangre humana fresco está tu madero,
y sobre ti yo aspiro las llagas de mi padre,
y en el clavo de ensueño que le llagó, me muero.

¡Mentira que hemos visto las noches y los días!
Estuvimos prendidos, como el hijo a la madre,
a ti, del primer llanto a la última agonía.

AL OÍDO DEL CRISTO

A Torres Rioseco

I

¡Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres

y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco
así, con sus ímpetus laxos y marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden,
por no disgregarse, mejor no se mueven.
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia de gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto; el que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja,
¡y como de fines de otoño, así, floja
e impura, la poma de su corazón!

III

¡Oh Cristo! El dolor les vuelva a hacer viva

l’alma que les diste y que se ha dormido,
que se la devuelva honda y sensitiva,
casa de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan
tal como se parten frutos y gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan,
llamas como argollas y como cuchillas!

¡Llanto, llanto de calientes raudales
renueve los ojos de turbios cristales
y los vuelva el viejo fuego del mirar!

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

AL PUEBLO HEBREO

MATANZAS DE POLONIA

Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece aún tu selva de clamores.

Nunca han dejado orearse tus heridas;
nunca han dejado que a sombrear te tiendas,
para estrujar y renovar tu venda,
más que ninguna rosa enrojecida.

Con tus gemidos se ha arrullado el mundo,
y juega con las hebras de tu llanto.
Los surcos de tu rostro, que amo tanto,
son cual llagas de sierra de profundos.

Temblando mecen su hijo las mujeres,
temblando siega el hombre su gavilla.
En tu soñar se hincó la pesadilla
y tu palabra es solo el ¡«miserere»!

Raza judía, y aun te resta pecho
y voz de miel, para alabar tus lares,
y decir el Cantar de los Cantares
con lengua, y labio, y corazón deshechos.

En tu mujer camina aún María.
Sobre tu rostro va el perfil de Cristo;
por las laderas de Sión le han visto
llamarte en vano, cuando muere el día...

Que tu dolor en Dimas le miraba
y Él dijo a Dimas la palabra inmensa
y para ungir sus pies busca la trenza
de Magdalena ¡y la halla ensangrentada!

¡Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece tu ancha selva de clamores!

VIERNES SANTO

El sol de abril aún es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;
pero hoy no llenes l’ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa

la mano y el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aun Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amaba negarlo tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aún padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño va como un hombre llorando
¡Jesús padece!

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

RUTH

A González Martínez

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla,

y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha cegado el camino...
Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino.

II

Booz miró a Ruth, y a los recolectores.
Dijo: «Dejad que recoja confiada»...
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor en alcores,
pero podía dormir a un infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fue sus ojos saciados bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que ella encontró la miraron temblando.
Pero en su sueño Booz fue su esposo...

III

Y aquella noche el patriarca en la era

viendo los astros que laten de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dio al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vio en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fue por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

LA MUJER FUERTE

Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días,
mujer de saya azul y de tostada frente,
que en mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía
vi abrir el surco negro en un abril ardiente.

Alzaba en la taberna, honda, la copa impura
el que te apegó un hijo al pecho de azucena,
y bajo ese recuerdo, que te era quemadura,
caía la simiente de tu mano, serena.

Segar te vi en enero los trigos de tu hijo,
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos,
agrandados al par de maravilla y llanto.

Y el lodo de tus pies todavía besara,

porque entre cien mundanas no he encontrado tu cara
¡y aun te sigo en los surcos la sombra con mi canto!

LA MUJER ESTÉRIL

La mujer que no mece a un hijo en el regazo,
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,
tiene una laxitud de mundo entre los brazos;
todo su corazón congoja inmensa baña.

El lirio le recuerda unas sienes de infante;
el Ángelus le pide otra boca con ruego;
e interroga la fuente de seno de diamante
por qué su labio quiebra el cristal en sosiego.

Y al contemplar sus ojos se acuerda de la azada;
piensa que en los de un hijo no mirará extasiada,
al vaciarse los ojos, los follajes de octubre.

Con doble temblor oye el viento en los cipreses.
¡Y una mendiga grávida, cuyo seno florece
cual la parva de enero, de vergüenza la cubre!

EL NIÑO SOLO

A Sara Hübner

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho;

el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho,
y una canción de cuna me subió, temblorosa...

Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!

CANTO DEL JUSTO

Pecho, el de mi Cristo
más que los ocasos,
más, ensangrentado:
¡desde que te he visto
mi sangre he secado!

Mano de mi Cristo,
que como otro párpado
tajeada llora:
¡desde que te he visto
la mía no implora!

Brazos de mi Cristo,
brazos extendidos
sin ningún rechazo:
¡desde que os he visto
existe mi abrazo!

Costado de Cristo,
otro labio abierto

regando la vida:
¡desde que te he visto
rasgué mis heridas!

Mirada de Cristo
por no ver su cuerpo,
al cielo elevada:
¡desde que te he visto
no miro mi vida
que va ensangrentada!

Cuerpo de mi Cristo,
te miro pendiente,
aún crucificado.
¡Yo cantaré cuando
te hayan desclavado!

¿Cuándo será? ¿Cuándo?
¡Dos mil años hace
que espero a tus plantas
y espero llorando!

EL SUPLICIO

Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal—
un verso enorme, un verso con cimeras
de pleamar.

De albergarlo sumisa, las entrañas
cansa su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?

Las palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.

Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él,
y un hijo no bebió más sangre en seno
de una mujer.

¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas
¡tenga piedad!

IN MEMORIAM

Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo, tienes losa sobre la frente,
baja en la nieve tu mortaja inmensamente
y la tremenda albura cayó sobre tu faz.

Me escribías: «Soy triste como los solitarios,
pero he vestido de sosiego mi temblor,
mi atroz angustia de la mortaja y el osario
y el ansia viva de Jesucristo, mi Señor».

¡Pensar que no hay colmena que entregue tu dulzura;
que entre las lenguas de odio eras lengua de paz;
que se va el canto mecedor de la amargura,
que habrá tribulación y no responderás!

De donde tú cantabas se me levantó el día.

Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
Aun era heroica y fuerte, porque aún te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.
¡Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más!

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha hecho.
¿Quién te juntó las manos? ¿Quién dio, rota la voz,
la oración de los muertos al borde de tu lecho?
¿Quién te alcanzó en los ojos el estupor de Dios?

Aún me quedan jornadas bajo los soles. ¿Cuándo
verte, dónde encontrarte y darte mi aflicción,
sobre la Cruz del Sur que me mira temblando,
o más allá, donde los vientos van callando,
y, por impuro, no alcanzará mi corazón?

Acuérdate de mí —lodo y ceniza triste—
cuando estés en tu reino de extasiado zafir.
A la sombra de Dios, grita lo que supiste:
que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste,
¡que toda carne con angustia pide morir!

FUTURO

El invierno rodará blanco,
sobre mi triste corazón.
Irritará la luz del día;
me llagaré en toda canción.

Fatigará la frente el gajo
de cabellos, lacio y sutil.
¡Y del olor de las violetas
de junio, se podrá morir!

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien.
No espigará entre mis rodillas
un niño rubio como mies.

Por hurgar en las sepulturas,
no veré ni el cielo ni el trigal.
De removerlas, la locura
en mi pecho se ha de acostar.

Y como se van confundiendo
los rasgos del que he de buscar,
cuando penetre en la Luz Ancha,
no he de encontrarlo nunca más.

A LA VIRGEN DE LA COLINA

A beber luz en la colina,
te pusieron por lirio abierto,
y te cae una mano fina
hacia el álamo de mi huerto.

Y he venido a vivir mis días
aquí, bajo de tus pies blancos.
A mi puerta desnuda y fría
echa sombra tu mismo manto.

Por las noches lava el rocío
tus mejillas como una flor.
¡Si una noche este pecho mío
me quisiera lavar tu amor!

Más espeso que el musgo oscuro
de las grutas, mis culpas son;

es más terco, te lo aseguro,
que tu peña, mi corazón.

¡Y qué esquiva para tus bienes
y qué amarga hasta cuando amé!
El que duerme, rotas las sienes,
era mi alma ¡y no lo salvé!

Pura, pura la Magdalena
que amó ingenua en la claridad.
Yo mi amor escondí en mis venas.
¡Para mí no ha de haber piedad!

¡Oh, creyendo haber dado tanto
ver que un vaso de hieles di!
El que vierto es tardío llanto.
Por no haber llorado, ¡ay de mí!

Madre mía, pero tú sabes:
más me hirieron de lo que herí.
En tu abierto manto no cabe
la salmuera que yo bebí;

en tus manos no me sacudo
las espinas que hay en mi sien.
¡Si a tu cuello mi pena anudo
te pudiera ahogar también!

¡Cuánta luz las mañanas traen!
Ya no gozo de su zafir.
Tus rodillas no más me atraen
como al niño que ha de dormir.

Y aunque siempre las sendas llaman
y recuerdan mi paso audaz,
tu regazo tan solo se ama

porque ya no se marcha más...

Ahora estoy dando verso y llanto
a la lumbre de tu mirar.
Me hace sombra tu mismo manto.
Si tú quieres, me he de limpiar.

Si me llamas subo el repecho
y a tu peña voy a caer.
Tú me guardas contra tu pecho.
(Los del valle no han de saber...).

La inquietud de la muerte ahora
turba mi alma al anochecer.
Miedo extraño en mis carnes mora.
¡Si tú callas, qué voy a hacer!

A JOSELÍN ROBLES
(EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

¡Pobre amigo, yo nunca supe
de tu semblante ni tu voz;
solo tus versos me contaron
que en tu lírico corazón
la paloma de los veinte años
tenía cuello gemidor!

(Algunos versos eran diáfanos
y daban timbre de cristal;
otros tenían como un modo
apacible de sollozar).

¿Y ahora? Ahora en todo viento
sobre el llano o sobre la mar,

bajo el malva de los crepúsculos
o la luna llena estival,
hinchas el dócil caramillo
—mucho más leve y musical—

¡sin el temblor incontenible
que yo tengo al balbucear
la invariable pregunta lívida
con que araño la oscuridad!

Tú, que ya sabes, tienes mansas
de Dios el habla y la canción;
yo muerdo un verso de locura
en cada tarde, muerto el sol.

Dulce poeta, que en las nubes
que ahora se rizan hacia el sur,
Dios me dibuje tu semblante
en dos sobrios toques de luz.

Y yo te escuche los acentos
en la espuma del surtidor,
para que sepa por el gesto
y te conozca por la voz,
¡si las lunas llenas no miran
escarlata tu corazón!

CREDO

Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado
¡inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido,
para subir de la piscina viva
como recién nacido.

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,
y en el que da la Vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor, y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentado.
Creo en mi corazón siempre vertido
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios terrible y fuerte.

MIS LIBROS

(LECTURA EN LA BIBLIOTECA MEXICANA GABRIELA MISTRAL)

¡Libros, callados libros de las estanterías,

vivos en su silencio, ardientes en su calma;
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

Mis manos en el día de afanes se rindieron;
pero al llegar la noche los buscaron, amantes
en el hueco del muro donde como semblantes
me miran confortándome aquellos que vivieron.

¡Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,
en donde se quedaron mis ojos largamente,
tienes sobre los Salmos las lavas ardientes
y en su río de fuego mi corazón enciendo!

Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino
y los erguiste recios en medio de los hombres,
y a mí me yergue de ímpetu solo el decir tu nombre;
porque yo de ti vengo he quebrado al Destino.

Después de ti, tan solo me traspasó los huesos
con su ancho alarido, el sumo Florentino.
A su voz todavía como un junco me inclino;
por su rojez de infierno fantástica atravieso.

Y para refrescar en musgos con rocío
la boca, requemada en las llamas dantescas,
busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas
¡y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!

Yo vi a Francisco, a Aquel fino como las rosas,
pasar por su campiña más leve que un aliento,
besando el lirio abierto y el pecho purulento,
por besar al Señor que duerme entre las cosas.

¡Poema de Mistral, olor a surco abierto
que huele en las mañanas, yo te aspiré embriagada!

Vi a Mireya exprimir la fruta ensangrentada
del amor y correr por el atroz desierto.

Te recuerdo también, deshecha de dulzuras,
verso de Amado Nervo, con pecho de paloma,
que me hiciste más suave la línea de la loma,
cuando yo te leía en mis mañanas puras.

Nobles libros antiguos, de hojas amarillentas,
sois labios no rendidos de endulzar a los tristes,
sois la vieja amargura que nuevo manto viste:
¡desde Job hasta Kempis la misma voz doliente!

Los que cual Cristo hicieron la Vía-Dolorosa,
apretaron el verso contra su roja herida,
y es lienzo de Verónica la estrofa dolorida;
¡todo libro es purpúreo como sangrienta rosa!

¡Os amo, os amo, bocas de los poetas idos,
que deshechas en polvo me seguís consolando,
y que al llegar la noche estáis conmigo hablando,
junto a la dulce lámpara, con dulzor de gemidos!

De la página abierta aparto la mirada
¡oh muertos!, y mi ensueño va tejiéndoos semblantes:
las pupilas febriles, los labios anhelantes
que lentos se deshacen en la tierra apretada.

GOTAS DE HIEL

No cantes; siempre queda
a tu lengua apegado
un canto: el que debió ser entregado.

No beses: siempre queda,
por maldición extraña,
el beso al que no alcanzan las entrañas.

Reza, reza que es dulce; pero sabe
que no acierta a decir tu lengua avara
el solo Padre Nuestro que salvara.

Y no llames la muerte por clemente,
pues en las carnes de blancura inmensa,
un jirón vivo quedará que siente
la piedra que te ahoga
y el gusano voraz que te destrenza.

EL DIOS TRISTE

Mirando la alameda, de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,
como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.

Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto
¡y lo conozco triste, lleno de desaliento!

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, el que cantara de locura embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.

Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza;
su mirada hacia mí como lágrima rueda

y esa mirada mustia me inclina la cabeza.

Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
«Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso, ¡inmenso!, pero te hallas herido».

TERESA PRATS DE SARRATEA

Y ella no está y por más que hay sol y primaveras
es la verdad que soy más pobre que mendiga.
Aunque en febrero espónjanse las parvas en las eras,
el sol es menos sol y menos luz la espiga.

Era la mansa, la silenciosa, la escondida,
y de la carne solo llevaba la apariencia;
pero cuando ella hablaba era honda la vida
y el saberla en el mundo limpiaba la existencia.

Tenía aquellos ojos enormes que turbaron
como dos brechas trágicas del infinito. Pienso
que arriba donde se abren de nada se asombraron:
todo lo habían visto, lo mínimo y lo inmenso.

Estaba más cansada que el que marchase treinta
siglos por una estepa que el sol tremendo inunda.
Era todas las fuentes y se hallaba sedienta;
era también la fuente y estaba moribunda.
Yo no pregunto ahora si es lámpara o ceniza.
Como la sé gloriosa la canto sollozando;
pero lloro por mí, mezquina e indecisa,
que me mancho si caigo y que vacilo si ando.
Su huesa aroma más que esta acre primavera;
su rostro es el sereno del que por fin ha visto.

Sé que limpiase mi alma si hacia mí lo volviera;
sé que si abre los ojos me entrega entero a Cristo.

LA SOMBRA INQUIETA

I

Flor, flor de la raza mía, Sombra Inquieta,
¡qué dulce y terrible tu evocación!
El perfil de éxtasis, llama la silueta,
las sienes de nardo, l'habla de canción.

Cabellera luenga de cálido manto,
pupilas de ruego, pecho vibrador;
ojos hondos para albergar más llanto;
pecho fino donde taladrar mejor.

Por suave, por alta, por bella, ¡precita!
fatal siete veces; fatal, ¡pobrecita!,
por la honda mirada y el hondo pensar.

¡Ay!, quien te condene, vea tu belleza,
mire el mundo amargo, mida tu tristeza,
¡y en rubor cubierto rompa a sollozar!

II

¡Cuánto río y fuente de cuenca colmada,
cuánta generosa y fresca merced
de aguas, para nuestra boca socarrada!
¡Y el alma, la huérfana, muriendo de sed!

Jadeante de sed, loca de infinito,
muerta de amargura la tuya en clamor,

dijo su ansia inmensa por plegaria y grito:
¡Agar desde el vasto yermo abrasador!

Y para abrevarte largo, largo, largo,
Cristo dio a tu cuerpo silencio y letargo,
y lo apegó a su ancho caño saciador...

El que en maldecir tu duda se apure,
que puesta la mano sobre el pecho jure:
«Mi fe no conoce zozobra, Señor».

III

Y ahora que su planta no quiebra la grama
de nuestros senderos, y en el caminar
notamos que falta, tremolante llama,
su forma, pintando de luz el solar,

cuantos la quisimos abajo, apeguemos
la boca a la tierra, y a su corazón,
vaso de cenizas dulces, musitemos
esta formidable interrogación:

¿Hay arriba tanta leche azul de lunas,
tanta luz gloriosa de blondos estíos,
tanta insigne y honda virtud de ablución

que limpien, que laven, que albeen las brunas
manos que sangraron con garfios y en ríos,
¡oh, Muerta!, la carne de tu corazón?[1]

ELOGIO DE LA CANCIÓN

(PRÓLOGO DE CANCIONES DEL MEXICANO TORRES BODET)

¡Boca temblorosa,
boca de canción:
boca, la de Teócrito
y de Salomón!

La mayor caricia
que recibe el mundo,
abrazo el más vivo,
beso el más profundo.

Es el beso ardiente
de una canción:
la de Anacreonte
o de Salomón.

Como el pino mana
su resina suave,
como va espesándose
el plumón del ave,

entre las entrañas
se hace la canción,
y un hombre la vierte
blanco de pasión.

Todo ha sido sorbo
para las canciones:
cielo, tierra, mares,
civilizaciones...

Cabe el mundo entero
en una canción:
se trenza hecha mirto
con el corazón.

Alabo las bocas
que dieron canción:
la de Omar Kayyam,
la de Salomón.

Hombre, carne ciega
el rostro levanta
a la maravilla
del hombre que canta.

Todo lo que tú amas
en tierra y en cielo,
está entre sus labios,
pálidos de anhelo.

Y cuando te pones
su canto a escuchar,
tus entrañas se hacen
vivas como el mar.

Vivió en el Anáhuac,
también en Sión:
es Netzahualcoyotl
como Salomón.

Aguijón de abeja
lleva la canción:
aunque va enmielada
punza de aflicción.

Reyes y mendigos
mecen sus rodillas:
mueve ella las almas
como las gavillas.

Amad al que trae
boca de canción:
el cantor es madre
de la Creación.

Se llamó Petrarca,
se llama Tagore:
numerosos nombres
del inmenso amor.

ENVÍO

México, te alabo
en esta garganta
porque hecha de limo
de tus ríos canta.

Paisaje de Anáhuac,
suave amor eterno,
en estas estrofas
te has hecho falerno.

Al que te ha cantado
digo bendición:
¡por Netzahualcoyotl
y por Salomón!

LA ESCUELA

LA MAESTRA RURAL

A Federico de Onís

La maestra era pura. «Los suaves hortelanos»,
decía, «de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz».

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
era ella la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para dar ambrosía de toda eternidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, como aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

LA ENCINA

A la maestra señorita Brígida Walker

I

Esta alma de mujer viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en flor.

Pasta de nardos suaves, pasta de robles fuertes,
le amasaron la carne rosa del corazón,
y aunque es altiva y recia, si miras bien adviertes
un temblor en sus hojas que es temblor de emoción.

Dos millares de alondras el gorjeo aprendieron
en ella, y hacia todos los vientos se esparcieron
para poblar los cielos de gloria. ¡Noble encina,

déjame que te bese en el tronco llagado,
que con la diestra en alto, tu macizo sagrado
largamente bendiga, como hechura divina!

II

El peso de los nidos ¡fuerte!, no te ha agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado,
que el ser ancha y espesa para saber cubrir.

La vida (un viento) pasa por tu vasto follaje
como un encantamiento, sin violencia, sin voz;

la vida tumultuosa golpea en tu cordaje
con el sereno ritmo que es el ritmo de Dios.

De tanto albergar nido, de tanto albergar canto,
de tanto hacer tu seno aromosa tibieza,
de tanto dar servicio, y tanto dar amor,

todo su leño heroico se ha vuelto, encina, santo.
Se te ha hecho en la fronda inmortal la belleza,
¡y pasará el otoño sin tocar tu verdor!

III

¡Encina, noble encina, yo te digo mi canto!
¡Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor!

DOLOR

EL ENCUENTRO

Le he encontrado en el sendero.
No turbó su ensueño el agua
ni se abrieron más las rosas;
abrió el asombro mi alma.
¡Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada,
y al mirarme se le ha vuelto
grave el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.
¡Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.
¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.

¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

Esta noche no ha velado
como yo junto a la lámpara;
como él ignora, no punza
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
¡porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas!

Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;
desde que lo vi cruzar,
mi Dios me vistió de llagas.
Mi madre en su lecho reza
por mí su oración confiada.
Pero ¡yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!

AMO AMOR

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehúsas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!

EL AMOR QUE CALLA

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro.

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

ÉXTASIS

Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miró, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto, ¡lo sé!, ¡no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluido al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,
mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso es que te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada:
ahora, para mis pulsos,
y mis párpados baja.

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

ÍNTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: «No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos».

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: «La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso».

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es solo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

DIOS LO QUIERE

I

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.
El mundo fue más hermoso
desde que me hiciste aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!

Pero te va a brotar víboras

la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho
¡y la puerta de mi casa
quiebra la mano al mendigo
y avienta a la atribulada!

II

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un ciervo,
te sigo por las montañas...

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas;
que, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

III

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

IV

Si te vas, hasta en los musgos
del camino rompes mi alma;
te muerden la sed y el hambre
en todo monte o llanada
y en cualquier país las tardes
con sangre serán mis llagas.
Y destilo de tu lengua
aunque a otra mujer llamaras,
y me clavo como un dejo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes,
¡por mí solamente clamas!

V

Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡Hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

DESVELADA

Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes,
y te pregunto, pálida, a cada hora:
«¿Estás conmigo aún? ¡Ay, no te alejes!».

Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo
y pregunto entre sueños: «¿No te has ido?».

VERGÜENZA

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

BALADA

Él pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Él va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

Él besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

Él irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
(Dios quiere callar).
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

TRIBULACIÓN

En esta hora, amarga como un sorbo de mares,
Tú sostenme, Señor.
¡Todo se me ha llenado de sombras el camino

y el grito de pavor!
Amor iba en el viento como abeja de fuego,
y en el agua ardía.
Me socarró la boca, me acibaró la trova,
y me aventó los días.

Tú viste que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena;
Tú viste que vinieron a quebrar los cristales
de mi frente serena.
Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible;
¡y sabes de qué modo maravilloso hacíase
el prodigio indecible!
Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la lámpara,
¡Tú no sigas callando!
Tú no cierres la tienda, que crece la fatiga
y aumenta la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos veía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
solo los tuyos quedan. Pero; ¡ay!, se van llenando
de un cuajo de neveras...

NOCTURNO

Padre Nuestro que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.

¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir!

Caminando, vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados,
por no ver más enero ni abril.

Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir...
¡Has herido la nube de otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di.
Y en mi noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Ángel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.

Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre Nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

1

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

2

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Solo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

3

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: «Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor».

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O Tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?
¿No tiene acre el olor, sombría la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y responde, Señor: Cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las largas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O van gritando sobre tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,

¡no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra.
¡Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra!

LA ESPERA INÚTIL

Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz ¡y tú no viniste!

El sol fue desmenuzando
su ardida y muerta amapola;
flecos de niebla temblaron
sobre el campo. ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
crujió el blanqueado brazo.
Tuve miedo y te llamé:
«¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!».
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;

de tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano;
¡de tus ojos dilatados
del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
búho con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

LA OBSESIÓN

Me toca en el relente;
se sangra en los ocasos;
me busca con el rayo
de luna por los antros.

Como a Tomás el Cristo,

me hunde la mano pálida,
porque no olvide, dentro
de su herida mojada.

Le he dicho que deseo
morir, y él no lo quiere,
por palparme en los vientos,
por cubrirme en las nieves.

Por moverse en mis sueños,
como a flor de semblante,
por llamarme en el verde
pañuelo de los árboles.

¿Si he cambiado de cielo?
Fui al mar y a la montaña,
y caminó a mi vera
y hospedó en mis posadas.

¡Que tú, amortajadora descuidada,
no cerraste sus párpados,
ni ajustaste sus brazos en la caja!

COPLAS

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas;
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

¡Ojos apretados
de calientes lágrimas!,
¡boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!

Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
¡de palpar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos!

¡Carne de miseria,
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo,
al impuro pezón de la Vida!

CERAS ETERNAS

¡Ah! ¡Nunca más conocerá tu boca
la vergüenza del beso que chorreaba
concupiscencia como espesa lava!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes,
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.

¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos

el mundo horrible que en mis días puso
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!...

Por el sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
¡ya, ¡Dios mío!, seguros!

¡Ah! Nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, en sus vidrios dibujado.

¡Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternales
y duras, de la muerte!
¡Bendito toque sabio,
con que apretaron ojos, con que apegaron brazos,
con que juntaron labios!

¡Duras ceras benditas,
ya no hay brasa de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os derritan!

VOLVERLO A VER

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,

ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo una luna plácida o en un cárdeno horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

EL SURTIDOR

Soy cual el surtidor abandonado
que muerto sigue oyendo su rumor.
En sus labios de piedra se ha quedado
tal como en mis entrañas el fragor.

Y creo que el destino no ha venido
su tremenda palabra a desgajar;
que nada está segado ni perdido,
que si extiendo mis brazos te he de hallar.

Soy como el surtidor enmudecido.
Ya otro en el parque erige su canción;
pero como de sed ha enloquecido,
¡sueña que el canto está en su corazón!

Sueña que erige hacia el azul gorjeantes
rizos de espuma. ¡Y se apagó su voz!
Sueña que el agua colma de diamantes
vivos su pecho. ¡Y lo ha vaciado Dios!

LA CONDENA

¡Oh fuente de turquesa pálida!
¡Oh rosal de violenta flor!
¡Cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.
¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera, se alzaría
aquel que está caído en tierra!

EL VASO

Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla,
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas;
y la pared del vaso te será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.

No quiero espolvorearlas en vaso de oro ardiente,
ni en la ánfora pagana que carnal línea ensaya:
solo un vaso de arcilla te ciña simplemente,
humildemente, como un pliegue de mi saya.

En una tarde de estas recogeré la arcilla
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas,
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo.

El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano,
¡y mi mirada inmensa será tu único manto!

EL RUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca.

Cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojo torvo si te pido por este!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fue cruel? Olvidas, Señor, que le quería,

y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

POEMA DEL HIJO

A Alfonsina Storni

I

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando a él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida, la miramos
con los labios convulsos y los ojos de ruego,
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;
mirándome, yo odiaba, por toscas, mis rodillas;
mi corazón confuso, temblaba al don inmenso;
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y no temí a la muerte, disgregadora impura;
los ojos de él libraran los tuyos de la nada,
y a la mañana espléndida o a la luz insegura
yo hubiera caminado bajo de esa mirada...

II

Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,
como la lluvia eterna de los polos, gotea
la amargura con lágrimas lentas, salobre y fría.

Mientras arde la llama del pino, sosegada,
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

Y con tu corazón, el fruto de veneno,
y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
que solo por ser tuyo me hubiese abandonado.

Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes
lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
si fui triste en las landas y en las tierras clementes,
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante
del rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
«¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?».

Siento el amargo goce de que duermas abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera

mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
escuchase a través de la muerte, y me hincara,
deshechas las rodillas, retorcida la boca,
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.

Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
en la carne inocente me hirieran los malvados,
y por la eternidad mis venas exprimieran
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
¡La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en miserere!

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
conmigo entran los míos a la noche que dura.

Y como si pagara la deuda de una raza,
taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fervientes
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme

y mi mano tantee la sábana ligera.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y solo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos!, recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero.

COPLAS

A la azul llama del pino
que acompaña mi destierro,
busco esta noche tu rostro,
palpo mi alma y no lo encuentro.

¿Cómo eras cuando sonreías?
¿Cómo eras cuando me amabas?
¿Cómo miraban tus ojos
cuando aún tenían alma?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan solo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
. . . . . .

Para que tenga mi madre
sobre su mesa un pan rubio,
vendí mis días lo mismo
que el labriego que abre el surco.
Pero en las noches, cansada,
al dormirme sonreía,
porque bajabas al sueño
hasta rozar mis mejillas.

¡Si Dios quisiera entregárteme
por un instante tan solo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
. . . . . .

En mi tierra, los caminos
mi corazón ayudaran:
tal vez te pintan las tardes
o te guarda un cristal de aguas.

Pero nada te conoce
aquí, en esta tierra extraña:
no te han cubierto las nieves
ni te han visto las mañanas.

Quiero, al resplandor del pino,
tener y besar tu cara,
y hallarla limpia de tierra,
y con amor y con lágrimas.

Araño en la ruin memoria;
me desgarro y no te encuentro,
¡y nunca fui más mendiga
que ahora sin tu recuerdo!

No tengo un palmo de tierra,
no tengo un árbol florido...
Pero tener tu semblante
era cual tenerte un hijo.

Era como una fragancia
exhalando de mis huesos.
¡Qué noche, mientras dormía,
qué noche, me la bebieron!

¿Qué día me la robaron,
mientras por sembrar mi trigo,
la dejé como brazada
de salvias junto al camino?

¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan solo!
¡Si de mirarme tan pobre
me devolviera tu rostro!
. . . . . .

Tal vez lo que yo he perdido
no es tu imagen, es mi alma,
mi alma en la que yo cavé
tu rostro como una llaga.

Cuando la vida me hiera,
¿adónde buscar tu cara,
si ahora ya tienes polvo
hasta dentro de mi alma?

LOS HUESOS DE LOS MUERTOS

Los huesos de los muertos
hielo sutil saben espolvorear
sobre las bocas de los que quisieron.
¡Y estas no pueden nunca más besar!

Los huesos de los muertos
en paletadas echan su blancor
sobre la llama intensa de la vida.
¡Le matan todo ardor!
Los huesos de los muertos
pueden más que la carne de los vivos.

¡Aun desgajados hacen eslabones
fuertes, donde nos tienen sumisos y cautivos!

CANCIONES EN EL MAR

I

EL BARCO MISERICORDIOSO

Llévame, mar, sobre ti, dulcemente,
porque voy dolorida.
¡Ay!, barco, no te tiemblen los costados,
que llevas a una herida.

Buscando voy en tu oleaje vivo
dulzura de rodillas.
Mírame, mar, y sabe lo que llevas,
mirando a mis mejillas.

Entre la carga de los rojos frutos,
entre tus jarcias vívidas
y los viajeros llenos de esperanza,
llevas mi carne lívida.

Más allá volarás con solo frutos,
y velas desceñidas.
Pero entre tanto, mar, sobre este puente
mecerás a la herida.

II

CANCIÓN DE LOS QUE BUSCAN OLVIDAR

Al costado de la barca
mi corazón he apegado,

al costado de la barca,
de espumas ribeteado.
Lávalo, mar, con sal eterna;
lávalo, mar; lávalo mar;
que la Tierra es para la lucha
y tú eres para consolar.

En la proa poderosa
mi corazón he clavado.
Mírate barca, que llevas
el vértice ensangrentado.

Lávalo, mar, con sal tremenda,
lávalo, mar; lávalo, mar.
O me lo rompes en la proa
que no lo quiero más llevar.

Sobre la nave toda puse
mi vida como derramada.
Múdala, mar, en los cien días,
que ella será tu desposada.

Múdala, mar, con tus cien vientos.
Lávala, mar; lávala, mar;
que otros te piden oro y perlas,
¡y yo te pido el olvidar!

III

CANCIÓN DEL HOMBRE DE PROA

El hombre sentado a la proa,
el hombre con faz de ansiedad,
¡qué ardiente navega hacia el Norte:
sus ojos se agrandan de afán!

Los rostros que yo amo, los míos,
quedaron atrás,
y mi alma los teje, los borda
encima del mar.

El hombre que piensa en la proa
padece de ansiar.
¡Qué lento que avanza su barco
y vuela fugaz!

Y mi alma quisiera la marcha
tremenda quebrar,
¡que todos los rostros que amo
se quedan atrás!

Al hombre que sufre en la proa,
el viento del mar
le anticipa los besos que espera,
y arde de ansiedad.

Pero el viento del Norte,
¡qué beso pondría en mi faz,
si los rostros que amo
quedaron atrás!

El viajero de proa me dice:
«¿Qué vas a buscar
si en la tierra no espera la dicha?».
¡No sé contestar!

Me llamaba en mis costas inmensas
la lengua del mar,
y en mitad de la mar voy llorando,
caída la faz.

SERENIDAD

Y después de tener perdida
lo mismo que un pomar la vida,
—hecho ceniza, sin cuajar—
me han dado esta montaña mágica,

y un río y unas tardes trágicas
como Cristo, con que sangrar.

Los niños cubren mis rodillas;
mirándoles a las mejillas;
ahora no rompo a sollozar,
que en mi sueño más deleitoso
yo doy el pecho a un hijo hermoso
sin dudar...

Estoy como el que fuera dueño
de toda tierra y todo ensueño
y toda miel;
¡y en estas dos manos mendigas
no he oprimido ni las amigas
sienes de él!

De sol a sol voy por las rutas,
y en el regazo olor a frutas
se me acomoda el recental:
¡tanto trascienden mis abiertas
entrañas a grutas, y a huertas,
y a cuenco tibio de panal!

Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el aguaniña:
¡todo el azul, todo el candor!
Porque en sus hierbas me apaciento

mi Dios me guarda de sus vientos
como a los linos en la flor.

Vendrá la nieve cualquier día;
me entregaré a su joya fría,
(fuera otra cosa rebelión).
Y en un silencio de amor sumo,
oprimiendo su duro grumo
me irá vaciando el corazón.

PALABRAS SERENAS

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.
Abren violetas divinas, y el viento,
desprende al valle un aliento de miel.

Ahora no solo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.
La sed es larga, la cuesta es aviesa;
pero en un lirio se enreda el mirar.

Grávidos van nuestros ojos de llanto
y un arroyuelo nos hace sonreír;
por una alondra que erige su canto
nos olvidamos que es duro morir.

No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabóse el hervir.

Aún me apacienta el mirar de mi madre.
¡Siento que Dios me va haciendo dormir!

NATURALEZA

A don Juan Contardi

PAISAJES DE LA PATAGONIA

I

DESOLACIÓN

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.
La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido
si más lejos que ella solo fueron los muertos?
¡Tan solo ellos contemplan un mar callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto
vienen de tierras donde no están los que son míos;

sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me desciende, vencida:
hablan extrañas lenguas y no la conmovida
lengua que en tierra de oro mi vieja madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no cuento los instantes,
porque la noche larga ahora tan solo empieza.

Miro el llano extasiado y recojo su duelo,
que vine para ver los paisajes mortales.
La nieve es el semblante que asoma a mis cristales:
¡siempre será su albura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran mirada
de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa;
siempre, como el Destino que ni mengua ni pasa,
descenderá a cubrirme, terrible y extasiada.

II

ÁRBOL MUERTO

A Alberto Guillén

En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.

De su bosque el que ardió solo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!

Los que amó, y que ceñían
a su torno en septiembre una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana...

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, porque mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¡Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

III

TRES ÁRBOLES

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol del ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños
¡y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto!

Uno, torcido, tiende

su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo.

EL ESPINO

El espino prende a una roca
su enloquecida contorsión,
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol.

La encina es bella como Júpiter,
y es un Narciso el mirto en flor.
A él lo hicieron como a Vulcano,
el horrible Dios forjador.

A él lo hicieron sin el encaje
del claro álamo temblador,
porque el alma del caminante
ni le conozca la aflicción.

De las greñas le nacen flores.
(Así el verso le nació a Job).
Y como el salmo del leproso,
es de agudo su intenso olor.

Pero aunque llene el aire ardiente

de las siestas su exhalación,
no ha sentido en su greña oscura
temblarle un nido turbador...

Me ha contado que me conoce,
que en una noche de dolor
en su espeso millón de espinas
magullaron mi corazón.

Le he abrazado como una hermana,
cual si Agar abrazara a Job,
en un nudo que no es ternura,
porque es más: ¡desesperación!

A LAS NUBES

Nubes vaporosas,
nubes como tul,
llevad l'alma mía
por el cielo azul.

¡Lejos de la casa
que me ve sufrir,
lejos de estos muros
que me ven morir!

Nubes pasajeras,
llevadme hacia el mar,
a escuchar el canto
de la pleamar
y entre la guirnalda
de olas a cantar.

Nubes, flores, rostros,

dibujadme a aquel
que ya va borrándose
por el tiempo infiel.
Mi alma se pudre
sin el rostro de él.

Nubes que pasáis,
nubes, detened
sobre el pecho mío
la fresca merced.
¡Abiertos están
mis labios de sed!

OTOÑO

A esta alameda muriente
he traído mi cansancio,
y estoy ya no sé qué tiempo
tendida bajo los álamos,
que van cubriendo mi pecho
de su oro divino y tardo.

Sin un ímpetu la tarde
se apagó tras de los álamos.
Por mi corazón mendigo
ella no se ha ensangrentado.
Y el amor al que tendí,
para salvarme, los brazos,
se está muriendo en mi alma
como arrebol desflocado.

Y no llevaba más que este
manojito atribulado
de ternura, entre mis carnes

como un infante, temblando.
¡Ahora se me va perdiendo
como un agua entre los álamos;
pero es otoño, y no agito,
para salvarlo, mis brazos!

En mis sienes la hojarasca
exhala un perfume manso.
Tal vez morir solo sea
ir con asombro marchando
entre un rumor de hojas secas
y por un parque extasiado.

Aunque vaya a llegar la noche
y estoy sola, y ha blanqueado
el suelo un azahar de escarcha,
para regresar no me alzo,
ni hago lecho, entre las hojas,
ni acierto a dar, sollozando,
un inmenso Padre Nuestro
por mi inmenso desamparo.

LA MONTAÑA DE NOCHE

Haremos fuegos sobre la montaña.
La noche que desciende, leñadores,
no echará al cielo ni su crencha de astros.
¡Haremos treinta fuegos brilladores!

Que la tarde quebró un vaso de sangre
sobre el ocaso, y es señal artera.
El espanto se sienta entre nosotros
si no hacéis corro en torno de la hoguera.

Semeja este fragor de cataratas
un incansable galopar de potros
por la montaña, y otro fragor sube
de los medrosos pechos de nosotros.

Dicen que los pinares en la noche
dejan su éxtasis negro, y a una extraña,
sigilosa señal, su muchedumbre
se mueve, tarda, sobre la montaña.

La esmaltadura de la nieve adquiere
en la tiniebla un arabesco avieso:
sobre el osario inmenso de la noche,
finge un bordado lívido de huesos.

E invisible avalancha de neveras
desciende, sin llegar, al valle inerme,
mientras vampiros de arrugadas alas
rozan el rostro del pastor que duerme.

Dicen que en las cimeras apretadas
de la próxima sierra hay alimañas
que el valle no conoce y que en la sombra,
como greñas, desprende la montaña.

Me va ganando el corazón el frío
de la cumbre cercana. Pienso: «Acaso
los muertos que dejaron por impuras
las ciudades, eligen el regazo

recóndito de los desfiladeros
de tajo azul, que ningún alba baña,
¡y al espesar la noche sus betunes
como una mar invadan la montaña».

Tronchad los leños tercos y fragantes,

salvias y pinos chisporroteadores,
y apretad bien el corro en torno al fuego,
¡que hace frío y angustia, leñadores!

CIMA

La hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

BALADA DE LA ESTRELLA

—Estrella, estoy triste.

Tú dime si otra
como mi alma viste.
—Hay otra más triste.

—Estoy sola, estrella.
Di a mi alma si existe
otra como ella.
—Sí, dice la estrella.

—Contempla mi llanto.
Dime si otra lleva
de lágrimas manto.
—En otra hay más llanto.

—Di quién es la triste,
di quién es la sola,
si la conociste.

—Soy yo, la que encanto,
soy yo la que tengo
mi luz hecha llanto.

LA LLUVIA LENTA

Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
    desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
¡y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
    cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la Tierra yacente
y transida.

Llueve..., y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la Tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la Muerte?

PINARES

El pinar al viento
vasto y negro ondula,
y mece mi pena
con canción de cuna.

Pinos calmos, graves
como un pensamiento,

dormidme la pena,
dormidme el recuerdo.

Dormidme el recuerdo,
asesino pálido,
pinos que pensáis
con pensar humano.

El viento los pinos
suavemente ondula.
¡Duérmete, recuerdo,
duérmete, amargura!

La montaña tiene
el pinar vestida
como un amor grande
que cubrió una vida.

Nada le ha dejado
sin poseerle, ¡nada!
¡Como un amor ávido
que ha invadido un alma!

La montaña tiene
tierra sonrosada;
el pinar le puso
su negrura trágica.

(Así era el alma
alcor sonrosado;
así el amor púsole
su brocado trágico).

El viento reposa
y el pinar se calla,
cual se calla un hombre

asomado a su alma.

Medita en silencio,
enorme y oscuro,
como un ser que sabe
del dolor del mundo.

Pinar, tengo miedo
de pensar contigo;
miedo de acordarme,
pinar, de que vivo.

¡Ay!, tú no te calles,
procura que duerma;
no te calles como
un hombre que piensa.

EL IXTLAZIHUATL

El Ixtlazihuatl mi mañana vierte;
se alza mi casa bajo su mirada,
que aquí a sus pies me reclinó la suerte
y en su luz hablo como alucinada.

Te doy mi amor, montaña mexicana;
como una virgen tú eres deleitosa;
sube de ti hecha gracia la mañana,
pétalo a pétalo abre como rosa.

El Ixtlazihuatl con su curva humana
endulza el cielo, el paisaje afina.
Toda dulzura de su dorso mana;
el valle en ella tierno se reclina.

Está tendida en la ebriedad del cielo
con laxitud de ensueño y de reposo,
tiene en un pico un ímpetu de anhelo
hacia el azul supremo que es su esposo.

Y los vapores que alza de sus lomas
tejen su sueño que es maravilloso:
cual la doncella y como la paloma
su pecho es casto, pero se halla ansioso.

Mas tú la andina, la de greña oscura,
mi Cordillera, la Judith tremenda,
hiciste mi alma cual la zarpa dura
y la empapaste en tu sangrienta venda.

Y yo te llevo cual tu criatura,
te llevo aquí en mi corazón tajeado,
que me crié en tus pechos de amargura,
¡y derramé mi vida en tus costados!

CANCIONES DE SOLVEIG

I

La tierra es dulce cual humano labio,
como era dulce cuando te tenía,
y toda está ceñida de caminos...
Eterno amor, te espero todavía.

Miro correr las aguas de los años,
miro pasar las aguas del Destino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra está ceñida de caminos...

Palpita aún el corazón que heriste:
vive de ti como de un viejo vino.
Hundo mis ojos en el horizonte:
la tierra está ceñida de caminos...

Si me muriera, Él que me vio en tus brazos,
Dios que miró mi hora de alegría,
me preguntara dónde te quedaste,
me preguntara, ¡y qué respondería!

Suena la azada en lo hondo de este valle
donde rendida el corazón reclino.
Antiguo amor, te espero todavía:
la tierra está ceñida de caminos...

II

Los pinos, los pinos
sombrean la cuesta:
¿en qué pecho el que amo
ahora se recuesta?

Los corderos bajan
a la fuente pía:
¿en qué labio bebe
el que en mí bebía?

El viento los anchos
abetos enlaza:
llorando como hijo
por mi pecho pasa.

Sentada a la puerta
treinta años ya espero.
¡Cuánta nieve, cuánta

cae a los senderos!

III

La nube negra va cerrando el cielo
y un viento humano hace gemir los pinos;
la nube negra ya cubrió la tierra;
¡cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

La noche ciega se echa sobre el llano,
¡ay!, sin piedad para los peregrinos.
La noche ciega anegará mis ojos:
¡cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

La nieve muda está bajando en copos:
espesa, espesa sus tremendos linos,
y ya apagó los fuegos de pastores:
¡cómo vendrá Peer Gynt por los caminos!

VOTO

Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también.

En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como a la hondonada sombría y por laderas más clementes subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón; cantaré como lo quiso un misericordioso, para «consolar a los hombres». A los treinta años, cuando escribí el «Decálogo del Artista», dije este Voto.

Dios y la Vida me dejen cumplirlo en los días que me quedan por los caminos...

G. M.

TERNURA

CANCIONES DE CUNA

MECIENDO

El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

LA TIERRA Y LA MUJER

A Amira de la Rosa

Mientras tiene luz el mundo
y despierto está mi niño,
por encima de su cara,

todo es un hacerse guiños.

Guiños le hace la alameda
con sus dedos amarillos,
y tras de ella vienen nubes
en piruetas de cabritos...

La cigarra, al mediodía,
con el frote le hace guiño,
y la maña de la brisa
guiña con su pañalito.

Al venir la noche hace
guiño socarrón el grillo,
y en saliendo las estrellas,
me le harán sus santos guiños...

Yo le digo a la otra Madre,
a la llena de caminos:
«¡Haz que duerma tu pequeño
para que se duerma el mío!».

Y la muy consentidora,
la rayada de caminos,
me contesta: «¡Duerme al tuyo
para que se duerma el mío!».

HALLAZGO

Me encontré este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
en unas espigas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
buscando los pámpanos
topé su mejilla...

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
la helada en las viñas...

ROCÍO

Esta era una rosa
que abaja el rocío:
este era mi pecho
con el hijo mío.

Junta sus hojitas
para sostenerlo
y esquiva los vientos
por no desprenderlo.

Porque él ha bajado
desde el cielo inmenso
será que ella tiene
su aliento suspenso.

De dicha se queda
callada, callada:
no hay rosa entre rosas
tan maravillada.

Esta era una rosa
que abaja el rocío:

este era mi pecho
con el hijo mío.

CORDERITO

Corderito mío,
suavidad callada:
mi pecho es tu gruta
de musgo afelpada.

Carnecita blanca,
tajada de luna:
le he olvidado todo
por hacerme cuna.

Me olvidé del mundo
y de mí no siento
más que el pecho vivo
con que te sustento.

Yo sé de mí solo
que en mí te recuestas.
Tu fiesta, hijo mío,
apagó las fiestas.

ENCANTAMIENTO

Este niño es un encanto
parecido al fino viento:
si dormido lo amamanto,
que me bebe yo no siento.

Es más travieso que el río

y más suave que la loma:
es mejor el hijo mío
que este mundo al que se asoma.

Es más rico, más, mi niño
que la tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño
como el grano de mi trigo;
menos pesa que su sueño;
no se ve y está conmigo.

SUAVIDADES

Cuando yo te estoy cantando,
en la Tierra acaba el mal:
todo es dulce por tus sienes:
la barranca, el espinar.

Cuando yo te estoy cantando,
se me acaba la crueldad;
suaves son, como tus párpados,
¡la leona y el chacal!

YO NO TENGO SOLEDAD

Es la noche desamparo
de las sierras hasta el mar.
Pero yo, la que te mece,
¡yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo
si la luna cae al mar.
Pero yo, la que te estrecha,
¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo
y la carne triste va.
Pero yo, la que te oprime,
¡yo no tengo soledad!

APEGADO A MÍ

Velloncito de mi carne,
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmete apegado a mí!

La perdiz duerme en el trébol
escuchándome latir:
no te turben mis alientos,
¡duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,
no te sueltes de mi pecho:
¡duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido
ahora tiemblo de dormir.
No resbales de mi brazo:
¡duérmete apegado a mí!

LA NOCHE

Por que duermas, hijo mío,
el ocaso no arde más:
no hay más brillo que el rocío,
más blancura que mi faz.

Por que duermas, hijo mío,
el camino enmudeció:
nadie gime sino el río;
nada existe sino yo.

Se anegó de niebla el llano.
Se encogió el suspiro azul.
Se ha posado como mano
sobre el mundo la quietud.

Yo no solo fui meciendo
a mi niño en mi cantar:
a la Tierra iba durmiendo
al vaivén del acunar...

ME TUVISTE

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
y fuiste feliz.
Todo bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,

duérmete sonriendo,
que es la Tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí.
Estrechaste al mundo:
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
el que va meciendo.

DORMIDA

Meciendo, mi carne,
meciendo a mi hijo,
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.

El mundo, de brazos
de mujer molido,
se me va volviendo
vaho blanquecino.

El bulto del mundo,
por vigas y vidrios,
entra hasta mi cuarto,
cubre madre y niño.

Son todos los cerros
y todos los ríos,
todo lo creado,

todo lo nacido...

Yo mezo, yo mezo
y veo perdido
cuerpo que me dieron,
lleno de sentidos.

Ahora no veo
ni cuna ni niño,
y el mundo me tengo
por desvanecido...

¡Grito a Quien me ha dado
el mundo y el hijo,
y despierto entonces
de mi propio grito!

CON TAL QUE DUERMAS

La rosa colorada
cogida ayer;
el fuego y la canela
que llaman clavel;

el pan horneado
de anís con miel,
y el pez de la redoma
que la hace arder:

todito tuyo
hijito de mujer,
con tal que quieras
dormirte de una vez.

La rosa, digo:
digo el clavel.
La fruta, digo,
y digo que la miel;

y el pez de luces
y más y más también,
¡con tal que duermas
hasta el amanecer!

ARRORRÓ ELQUINO

A Isolina Barraza de Estay

En la falda yo me tengo
una cosa de pasmar:
niña de algodón en rama,
copo de desbaratar,
cabellitos de vilanos
y bracitos sin cuajar.

Vienen gentes de Paihuano
y el «mismísimo» Coguaz
por llevarse novedades
en su lengua lenguaraz.

Y no tiene todavía
la que llegan a buscar
ni bautismo que le valga
ni su nombre de vocear.

Tanta gente y caballada
en el patio y el corral
por un bulto con un llanto,

y una faja, y un pañal.

Elquinada novedosa,
resonando de metal;
que se sienten en redondo
como en era de trillar;

que la miren embobados,
—ojos vienen y ojos van—
y le pongan en hileras
pasas, queso, uvate, sal.

Y después que la respiren
y la toquen como al pan,
que se vuelvan y nos dejen
en «compaña» y soledad,

con las lunas de milagro,
con los cerros de metal,
con las luces, y las sombras,
y las nieblas de soñar.

Me la tengo todavía
siete años de encañar.
¡Madre mía, me la tengo
de tornearla y rematar!

¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!,
¡viejo torno de girar!
¡Siete años todavía
gira, gira y girarás!

DOS CANCIONES DEL ZODÍACO

I

CANCIÓN DE VIRGO

Un niño tuve al pecho
como una codorniz.
Me adormecí una noche;
no supe más de mí.
Resbaló de mi brazo;
rodó, lo perdí.

Era el niño de Virgo
y del cielo feliz.
Ahora será el hijo
de Luz o Abigail.

Tenía siete cielos;
ahora solo un país.
Servía al Dios eterno,
ahora a un Kadí.

Sed y hambres no sabía
su boca de jazmín;
ni sabía su muerte.
¡Ahora sí, ahora sí!

Lo busco caminando
del cenit al nadir,
y no duermo y me pesa
la noche en que dormí.

Me dieron a los Géminis;
yo no los recibí.
Pregunto, y ando, y peno
por ver mi hijo venir.

Ay, vuelva, suba y llegue
derechamente aquí,
o me arrojo del cielo
y lo recobro al fin.

2

CANCIÓN DE TAURUS

El toro carga al niño,
al hombre y la mujer,
y el Toro carga el mundo
con tal que se lo den.

Búscame por el cielo
y me verás pacer.

Ahora no soy rojo
como cuando era res.
Subí de un salto al cielo
y aquí me puse a arder.

A veces soy lechoso,
a veces color miel.

Arden igual que llamas
mis cuernos y mi piel.
Y arde también mi ruta
hasta el amanecer.

No duermo ni me apago
para no ser infiel.

Estuve ya en el Arca,

y en Persia, y en Belén.
Ahora ya no puedo
morir ni envejecer.

Duérmete así lamido
por el Toro de Seth.

Dormido irás creciendo;
creciendo harás la Ley
y escogerás ser Cristo
o escogerás ser Rey.

Hijito de Dios Padre
en brazos de mujer.

CANCIÓN QUECHUA[2]

Donde fue Tihuantisuyo,
nacían los indios.
Llegábamos a la puna
con danzas, con himnos.

Silbaban quenas, ardían
dos mil fuegos vivos.
Cantaban Coyas de oro
y Amautas benditos.

Bajaste ciego de soles,
volando dormido,
para hallar viudos los aires
de llama y de indio.

Y donde eran maizales
ver subir el trigo

y en lugar de las vicuñas
topar los novillos.

¡Regresa a tu Pachacámac,
En Vano Venido,
Indio loco, Indio que nace,
pájaro perdido!

LA MADRE TRISTE

Duerme, duerme, dueño mío,
sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo.

Duerme, duerme y en la noche
seas tú menos rumor
que la hoja de la hierba,
que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía,
mi zozobra, mi temblor.
En ti ciérrense mis ojos:
¡duerma en ti mi corazón!

CANCIÓN AMARGA

¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

Este verde campo es tuyo.
¿De quién más podría ser?
Las oleadas de alfalfas

para ti se han de mecer.

Este valle es todo tuyo.
¿De quién más podría ser?
Para que los disfrutemos
los pomares se hacen miel.

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!).

El cordero está espesando
el vellón que he de tejer,
y son tuyas las majadas.
¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo
que en la ubre ha de correr,
y el manojo de las mieses,
¿de quién más podrían ser?

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!).

¡Sí! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

EL ESTABLO

Al llegar la medianoche

y al romper en llanto el Niño,
las cien bestias despertaron
y el establo se hizo vivo.

Y se fueron acercando,
y alargaron hasta el Niño
los cien cuellos anhelantes
como un bosque sacudido.

Bajó un buey su aliento al rostro
y se lo exhaló sin ruido,
y sus ojos fueron tiernos
como llenos de rocío.

Una oveja lo frotaba,
contra su vellón suavísimo,
y las manos le lamían,
en cuclillas, dos cabritos...

Las paredes del establo
se cubrieron sin sentirlo
de faisanes, y de ocas,
y de gallos, y de mirlos.

Los faisanes descendieron
y pasaban sobre el Niño
la gran cola de colores;
y las ocas de anchos picos,

arreglábanle las pajas;
y el enjambre de los mirlos
era un velo palpitante
sobre del recién nacido...

Y la Virgen, entre cuernos
y resuellos blanquecinos,

trastocada iba y venía
sin poder coger al Niño.

Y José llegaba riendo
a acudir a la sin tino.
Y era como bosque al viento
el establo conmovido...

SEMILLA

A Paula Alegría

I

Duerme, hijito, como semilla
en el momento de sembrar,
en los días de encañadura
o en los meses de ceguedad.

Duerme, huesito de cereza,
y bocadito de chañar,
color quemado, fruto ardido
de la mejilla de Simbad.

Duerme lo mismo que la fábula
que hace reír y hace llorar.
Por menudo y friolera,
como que estás y que no estás...

II

Cuerpecito que me espejea
de cosas grandes que vendrán,
con el pecho lleno de luna

partido en tierras por arar;

con el brazo dado a los remos
de quebracho y de guayacán,
y la flecha para la Sierra
en donde cazan el faisán.

Duerme, heredero de aventuras
que se vinieron por el mar,
ahijado de antiguos viajes
de Colón y de Gengis Kan;

heredero de adoraciones,
que al hombre queman y al copal,
y figura de Jesucristo
cuando repartes Pez y Pan.

NIÑO RICO

A Arévalo Martínez

Yo no despierto a mi dormido
la Noche Buena de Belén,
porque sueña con la Etiopía
desde su loma del Petén...

Me quedo sola y no despierto
al que está viendo lo que ve:
las palomas, las codornices,
el agua-rosa, el río-miel;

el amate cobija-pueblo,
la palmera mata-la-sed,
el pez-arcángel del Caribe

y su quetzal maya-quiché.

Yo no despierto a mi dormido
para dormírmelo otra vez,
arrebatarle maravilla
y no saberla devolver...
El sueño mío que rompieron,
no lo supe dormir después,
y cuando lloro todavía
lloro mi Noche de Belén.

NIÑO CHIQUITO

A Fernanda de Castro

Absurdo de la noche,
burlador mío,
si-es no-es de este mundo,
niño dormido.

Aliento angosto y ancho
que oigo y no miro
almeja de la noche
que llamo hijo.

Filo de lindo vuelo,
filo de silbo,
filo de larga estrella,
niño dormido.

A cada hora que duermes,
más ligerito.
Pasada medianoche,
ya apenas niño.

Espesa losa, vigas
pesadas, lino
áspero, canto duro,
sobre mi hijo.

Aire insensato, estrellas
hirvientes, río
terco, porfiado búho,
sobre mi hijo.

En la noche tan grande,
tan poco niño,
tan poca prueba y seña,
tan poco signo.

Vergüenza tanta noche
y tanto río,
y «tanta madre tuya»,
niño dormido...

Achicarse la Tierra
con sus caminos,
aguzarse la esfera
tocando un niño.

¡Mudársete la noche
en lo divino,
yo en urna de tu sueño,
hijo dormido!

SUEÑO GRANDE

A Adela Formoso de Obregón

A niño tan dormido
no me le recordéis.
Dormía así en mi entraña
con mucha dejadez.

Yo lo saqué del sueño
de todo su querer,
y ahora se me ha vuelto
a dormir otra vez.

La frente está parada
y las sienes también.
Los pies son dos almejas
y los costados pez.

Rocío tendrá el sueño,
que es húmeda su sien.
Música tendrá el sueño
que le da su vaivén.

Resuello se le oye
en agua de correr;
pestañas se le mueven
en hojas de maitén.

Les digo que lo dejen
con tanto y tanto bien,
hasta que se despierte
de solo su querer...

El sueño se lo ayudan
el techo y el dintel,
la Tierra que es Cibeles,
la madre que es mujer.

A ver si yo le aprendo
dormir que ya olvidé
y se lo aprende tanta
despierta cosa infiel.

Y no vamos durmiendo
como de su merced,
de sobras de ese sueño,
hasta el amanecer...

LA OLA DEL SUEÑO

A Queta Regules

La marea del sueño
comienza a llegar
desde el Santo Polo
y el último mar.

Derechamente viene,
a silbo y señal;
subiendo el mundo viene
en blanco animal.

Ha pasado Taitao,
Niebla y Chañaral,
a tu puerta y tu cuna
llega a acabar...

Sube del viejo Polo,
eterna y mortal.
Viene del mar Antártico
y vuelve a bajar.

La ola encopetada
se quiebra en el umbral.
Nos busca, nos halla
y cae si hablar.

En cuanto ya te cubra
dejas de ronronear;
y en llegándome al pecho,
yo dejo de cantar.

Donde la casa estuvo,
está ella no más.
Donde tú mismo estabas,
ahora ya no estás.

Está la ola del sueño,
espumajeo y sal,
y la Tierra inocente,
sin bien y sin mal.

La marea del sueño
comienza a llegar
desde el Santo Polo
y el último mar.

CANCIÓN DE LA SANGRE

Duerme, mi sangre única
que así te doblaste,
vida mía, que se mece
en rama de sangre.

Musgo de los sueños míos
en que te cuajaste,

duerme así, con tus sabores
de leche y de sangre.

Hijo mío, todavía
sin piñas ni agaves,
y volteando en mi pecho
granadas de sangre.

Sin sangre tuya, latiendo
de la que tomaste,
durmiendo así, tan completo
de leche y de sangre.

Cristal dando unos trasluces
y luces, de sangre;
fanal que alumbra y me alumbra
con mi propia sangre.

Mi semillón soterrado
que te levantaste;
estandarte en que se para
y cae mi sangre;

camina, se aleja y vuelve
a recuperarme.
Juega con la duna, echa
sombra y es mi sangre.

¡En la noche, si me pierde,
lo trae mi sangre!
¡Y en la noche, si lo pierdo,
lo hallo por su sangre!

CANCIÓN DE PESCADORAS

Niñita de pescadores
que con viento y olas puedes,
duerme pintada de conchas,
garabateada de redes.

Duerme encima de la duna
que te alza y que te crece,
oyendo la mar-nodriza
que a más loca mejor mece.

La red me llena la falda
y no me deja tenerte,
porque si rompo los nudos
será que rompo tu suerte...

Duérmete mejor que lo hacen
las que en la cuna se mecen,
la boca llena de sal
y el sueño lleno de peces.

Dos peces en las rodillas,
uno plateado en la frente,
y en el pecho, bate y bate,
otro pez incandescente...

ARRULLO PATAGÓN

A doña Graciela de Menéndez

Nacieron esta noche
por las quebradas
liebre rojiza,
vizcacha parda.

Manar se oyen dos leches
que no manaban,
y en el aire se mueven
colas y espaldas.

¡Ay, quién saliese,
ay, quién acarreara
en brazo y brazo
la liebre, la vizcacha!

Pero es la noche
ciega y apretujada
y me pierdo por cuevas
y por aguadas.

Me quedo oyendo
las albricias que llaman:
sorpresas, miedos,
pelambres enrolladas;

sintiendo dos alientos
que no alentaban,
tanteando en agujeros
cosas trocadas.

Hasta que venga el día
que busca y halla
y quebrando los pastos
las cargue y traiga...

CANCIÓN DE LA MUERTE

La vieja Empadronadora,

la mañosa Muerte,
cuando vaya de camino,
mi niño no encuentre.

La que huele a los nacidos
y husmea su leche,
encuentre sales y harinas,
mi leche no encuentre.

La Contra-Madre del Mundo,
la Convida-gentes,
por las playas y las rutas
no halle al inocente.

El nombre de su bautismo
—la flor con que crece—,
lo olvide la memoriosa,
lo pierda la Muerte.

De vientos, de sal y arenas
se vuelva demente,
y trueque, la desvariada,
el Oeste y el Este.

Niño y madre los confunda
lo mismo que peces,
y en el día y en la hora
a mí sola encuentre.

MI CANCIÓN

Mi propia canción amante
que sin brazos acunaba
una noche entera esclava

¡cántenme!

La que bajaba cargando
por el Ródano o el Miño,
sueño de mujer o niño
¡cántenme!

La canción que yo prestaba
al despierto y al dormido
ahora que me han herido
¡cántenme!

La canción que yo cantaba
como una suelta vertiente
y que sin bulto salvaba
¡cántenme!

Para que ella me levante
con brazo de Arcángel fuerte
y me alce de mi muerte
¡cántenme!

La canción que repetía
rindiendo a noche y a muerte
ahora por que me liberte
¡cántenme!

NIÑO MEXICANO

Estoy en donde no estoy,
en el Anáhuac plateado,
y en su luz como no hay otra
peino un niño de mis manos.

En mis rodillas parece
flecha caída del arco,
y como flecha lo afilo
meciéndolo y canturreando.

En luz tan vieja y tan niña
siempre me parece hallazgo,
y lo mudo y lo volteo
con el refrán que le canto.

Me miran con vida eterna
sus ojos negri-azulados,
y como en costumbre eterna,
yo lo peino de mis manos.

Resinas de pino-ocote
van de su nuca a sus brazos,
y es pesado y es ligero
de ser la flecha sin arco...

Lo alimento con un ritmo,
y él me nutre de algún bálsamo
que es el bálsamo del maya
del que a mí me despojaron.

Yo juego con sus cabellos
y los abro y los repaso,
y en sus cabellos recobro
a los mayas dispersados.

Hace doce años dejé
a mi niño mexicano;
pero despierta o dormida
yo lo peino de mis manos...

¡Es una maternidad

que no me cansa el regazo,
y es un éxtasis que tengo
de la gran muerte librado!

BOTONCITO

Yo tenía un botoncito
aquí, junto al corazón.
Era blanco y pequeñito
como el grano del arroz.

De la luz lo defendía
en la hora del calor.
Yo tenía un botoncito
apegado al corazón.

Fue creciendo, fue creciendo
y mi sombra la pasó.
Fue tan alto como un árbol
y su frente como el sol.

Fue creciendo, fue creciendo
y el regazo me llenó;
y se fue por los caminos
como arroyo cantador...

Lo he perdido, y así canto
por mecerme mi dolor:
«¡Yo tenía un botoncito
apegado al corazón!».

LA CUNA

Carpintero, carpintero,
haz la cuna de mi infante.
Corta, corta los maderos,
que yo espero palpitante.

Carpintero, carpintero,
baja el pino del repecho,
y lo cortas en la rama
que es tan suave cual mi pecho.

Carpintero, carpintero,
fuiste, fuiste criatura.
Al recuerdo de tu madre,
labras cunas con dulzura.

Carpintero, carpintero,
mientras yo a mi niño arrullo,
que se duerma en esta noche
sonriendo el hijo tuyo...

ESTRELLITA

Estrellita sobre
mi pecho caída:
¡ay! de milagrosa
no pareces mía.

Me dormí una noche,
desperté con ella
que resplandecía
caída en mis trenzas.

Grité a mis hermanas,
que acudieron prestas:

¿No veis que en las sábanas
echa luz y tiembla?

Y saliendo al patio
clamé a las incrédulas:
¡Mirad que no es niña,
palpad que es estrella!

Llenaron mi casa
las comadres trémulas.
¡Y unas me la tocan
y otras me la besan!

Y días y días
ya duran las fiestas,
en torno a la cuna
donde arde mi estrella.

Este año no cae
la escarcha a las huertas,
no muere el ganado,
se cargan las cepas.

Me bendicen todas
y mi amor contesta:
¡Ay, dejad dormir
mi niñita estrella!

Luz, echa su cuerpo
y luz sus pupilas,
y la miro y lloro,
¡que es mía y es mía!

RONDAS

INVITACIÓN

¿Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se rezagaron
se ven por la cuesta subir.

Vinimos buscando y buscando
por viñas, majadas, pinar,
y todos se unieron cantando,
y el corro hace el valle blanquear...

¿EN DÓNDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos, mejor, en el bosque?
La voz y la voz a trenzar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita!
¡La iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

DAME LA MANO[3]

A Tasso de Silveira

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más.

Te llamas Rosa y yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, y nada más...

LA MARGARITA

A Marta Samatán

El cielo de diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una loca margarita
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina...

TIERRA CHILENA

Danzamos en tierra chilena,
más bella que Lía y Raquel;
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel...

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río, nuestro reír,

y besa los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir.

Es bella, y por ella queremos
sus pastos de rondas albear;
es libre y por libre deseamos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos
¡hoy solo queremos danzar!

RONDA DE LOS COLORES

Azul loco y verde loco
del lino en rama y en flor.
Mareando de oleadas
baila el lindo azuleador.

Cuando el azul se deshoja,
sigue el verde danzador:
verde-trébol, verde-oliva
y el gayo verde-limón.

¡Vaya hermosura!
¡Vaya el Color!

Rojo manso y rojo bravo
—rosa y clavel reventón—.
Cuando los verdes se rinden,
él salta como un campeón.

Bailan uno tras el otro,

no se sabe cuál mejor,
y los rojos bailan tanto
que se queman en su ardor.

¡Vaya locura!
¡Vaya el Color!

El amarillo se viene
grande y lleno de fervor
y le abren paso todos
como viendo a Agamenón.

A lo humano y lo divino
baila el santo resplandor:
aromas gajos dorados
y el azafrán volador.

¡Vaya delirio!
¡Vaya el Color!

Y por fin se van siguiendo
al pavo-real del sol,
que los recoge y los lleva
como un padre o un ladrón.

Mano a mano con nosotros
todos eran, ya no son:
¡El cuento del mundo muere
al morir el Contador!

RONDA DEL ARCO-IRIS

A Fryda Schultz de Mantovani

La mitad de la ronda
estaba y no está.
La ronda fue cortada
mitad a mitad.

Paren y esperen
a lo que ocurrirá.
¡La mitad de la ronda
se echó a volar!

¡Qué colores divinos
se vienen y se van!
¡Qué faldas en el viento,
qué lindo revolar!

Está de cerro a cerro
baila que bailarás.
Será jugada o trueque,
o que no vuelve más.

Mirando hacia lo alto
todas ahora están,
una mitad llorando,
riendo otra mitad.

¡Ay, mitad de la rueda,
ay, bajad y bajad!
O nos lleváis a todas
si acaso no bajáis.

LOS QUE NO DANZAN

Una niña que es inválida
dijo: «¿Cómo danzo yo?».

Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Luego dijo la quebrada:
«¿Cómo cantaría yo?».
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto:
«¿Cómo danzaría yo?».
Le dijimos: «Pon al viento
a volar tu corazón...».

Dijo Dios desde la altura:
«¿Cómo bajo del azul?».
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol.
A quien falte se le vuelve
de ceniza el corazón...

RONDA DE LA PAZ

A don Enrique Molina

Las madres, contando batallas,
sentadas están al umbral.
Los niños se fueron al campo
la piña de pino a cortar.

Se han puesto a jugar a los ecos
al pie de su cerro alemán.

Los niños de Francia responden
sin rostro en el viento del mar.

Refrán y palabra no entienden,
mas luego se van a encontrar,
y cuando a los ojos se miren
el verse será adivinar.

Ahora en el mundo el suspiro
y el soplo se alcanza a escuchar
y a cada refrán las dos rondas
ya van acercándose más.

Las madres, subiendo la ruta
de olores que lleva al pinar,
llegando a la rueda se vieron
cogidas del viento volar...

Los hombres salieron por ellas
y viendo la tierra girar
y oyendo cantar a los montes,
al ruedo del mundo se dan.

JESÚS

A la maestra Yandyra Pereyra

Haciendo la ronda
se nos fue la tarde.
El sol ha caído:
la montaña no arde.

Pero la ronda seguirá
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda
no lo oyó venir
y entrar en la ronda.

Ha abierto el corro, sin rumor,
y al centro está hecho resplandor.

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

Y giramos alrededor
y sin romper el resplandor...

Ya es silencio el corro,
ya ninguno canta:
se oye el corazón
en vez de garganta.

¡Y mirando Su rostro arder,
nos va a hallar el amanecer!

RONDA DE LA CEIBA ECUATORIANA

A la maestra Emma Ortiz

¡En el mundo está la luz
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la América!

¡Ea, ceiba, ea, ea!

Árbol-ceiba no ha nacido
y la damos por eterna,
indios quitos no la plantan
y los ríos no la riegan.

Tuerce y tuerce contra el cielo
veinte cobras verdaderas,
y al pasar por ella el viento
canta toda como Débora.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

No la alcanzan los ganados
ni le llega la saeta.
Miedo de ella tiene el hacha
y las llamas no la queman.

En sus gajos, de repente,
se arrebata y se ensangrienta
y después su santa leche
cae en cuajos y guedejas.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

A su sombra de giganta
bailan todas las doncellas,
y sus madres que están muertas
bajan a bailar con ellas.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

Damos una y otra mano
a las vivas y a las muertas,
y giramos y giramos

las mujeres y las ceibas...

¡En el mundo está la luz,
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la Tierra!

RONDA DE LOS METALES

A Martha A. Salotti

Del centro de la Tierra,
oyendo la señal,
los Lázaros metales
subimos a danzar.

Estábamos dormidos
y costó despertar
cuando el Señor y Dueño
llamó a su mineral.

¡Halá!, ¡halá!,
¡el Lázaro metal!

Veloz o lento bailan
los osos del metal:
el negro topa al rojo,
el blanco al azafrán.

¡Va —viene y va—
el Lázaro de metal!

El cobre es arrebato,

la plata es maternal,
los hierros son Pelayos;
el oro, Abderramán.

Baila con llamaradas
la gente mineral:
Van y vienen relámpagos
como en la tempestad.

La ronda asusta a ratos
del resplandor que da,
y silba la Anaconda
en plata y en timbal.

¡Halá!, ¡halá!,
¡el Lázaro metal!

En las pausas del baile
quedamos a escuchar
—niños recién nacidos—
el tumbo de la mar.

Vengan los otros Lázaros
hacia su libertad;
salten las bocaminas
y lleguen a danzar.

¡Ya sube, ya,
el Lázaro metal!

Cuando relumbre toda
la cancha del metal,
la Tierra vuelta llama
¡qué linda va a volar!

Y va a subir los cielos,

en paloma pascual,
como era cuando era
en flor la Eternidad.

¡Halalalá!,
¡el Lázaro metal!

RONDA DE SEGADORES

A Marcos F. Ayerza

Columpiamos el santo
perfil del pan,
voleando la espiga
de Canaán.

Los brazos segadores
se vienen y se van.
La tierra de Argentina
tiembla de pan.

A pan segado huele
el pecho del jayán,
a pan su padrenuestro,
su sangre a pan.

Alcanza a la cintura
el trigo capitán.
Los brazos segadores
los lame el pan.

El silbo de las hoces
es único refrán,
y el fuego de las hoces
no queman al pan.

Matamos a la muerte
que baja en gavilán,
braceando y cantando
la ola del pan.

TODO ES RONDA

Los astros son rondas de niños,
jugando la tierra a espiar...
Los trigos son talles de niñas
jugando a ondular..., a ondular...

Los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas
jugando la Tierra a abrazar...

EL CORRO LUMINOSO

A mi hermana

Corro de las niñas
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡oh Dios, yo soy dueña
de este resplandor!

En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!

En el llano verde,
al pie de los montes
que hería la voz,
¡el corro era un solo
divino temblor!

En la estepa inmensa,
en la estepa yerta
de desolación,
¡mi corro de niñas
ardiendo de amor!

En vano quisieron
quebrarme la estrofa
con tribulación:
¡el corro la canta
debajo de Dios!

RONDA ARGENTINA

La ronda de la Argentina
en el Trópico aparece
y bajando por los ríos
con sus mismos ríos crece.
Pasa, pasa los plantíos
y en helechos se atardece.
Caminamos con el día
seguimos cuando anochece.

Dejando Mesopotamia
como que desaparece,
porque el anillo se rompe
con la fuerza de las mieses.

Siete veces se nos rompe
y se junta siete veces.

En la Pampa va cruzando
la grosura de las reses
y la ronda blanca parte
negruras y bermejeces.
Y con el viento pampero
a más canta más se crece.

Llegando a la Patagonia,
de avestruces emblanquece,
y pescamos en las Islas
los que son últimos peces.
La ronda de la Argentina
que en el Trópico aparece.
Y la ronda da la vuelta
donde el mundo desfallece...

En el blanco mar Antártico
prueba el mar hasta las heces,
y en un giro da la vuelta
donde el mundo desfallece,
la ronda de la Argentina
que en el Trópico aparece.

DUERME, DUERME, NIÑO CRISTIANO

Duerme, duerme,
niño cristiano.
Pasó el día
como el vilano
ebrio de luz
y canto llano

y el adamita
no vivió en vano.

Duerme, duerme,
niño gitano,
que cruzaste
montaña y llano.
La dulce noche
no toma en vano
la *Conca d'oro*
entre sus manos.

Duerme oprimiendo
en mano y mano
tu Isla dorada,
niño italiano.
Duerme escuchando
rumor lejano
de ángel o arcángel,
niño cristiano.

Duerme celado
de los humanos
y recobrado
de lo arcano.

Sueña lo alto
y lo lejano.
Duerme lo mismo
que trigo en grano,
ciego y mecido
por lenta mano.
Duerme tu mar,
niño cristiano.

RONDA DE LOS AROMAS

Albahaca del cielo
malva de olor,
salvia dedos azules,
anís desvariador.

Bailan atarantados
a la luna o al sol,
volando cabezuelas,
talles y color.

Las zamarrea el viento,
las abre el calor,
las palmotea el río,
las aviva el tambor.

Cuando es que las mandaron
a ser matas de olor,
todas dirían «¡Sí!».
y gritarían «¡Yo!».

La menta va al casorio
del brazo del cedrón
y atrapa la vainilla
al clavito de olor.

Bailemos a los locos
y locas del olor.
Cinco semanas, cinco,
les dura el esplendor.
¡Y no mueren de muerte,
que se mueren de amor!

RONDA CUBANA

Caminando de Este a Oeste
con su arrastre de metales,
hacen la ronda de espadas
doce mil palmeras reales.

Se desparraman en grupos
como estrellas o animales;
y de nuevo se rehace
la ronda de palmas reales...

Entre cafés y algodones,
y entre los cañaverales,
avanza abriéndose paso
la ronda de palmas reales...

Saltan con una pernada
maniguas y platanales
y de noche van sonámbulas
andando, las palmas reales...

Cuando, de loca frenética,
suelta las cofias y chales,
se da a bailar con nosotros
la ronda de palmas reales...

Pero ahora, de ligeras,
no llevan cuerpos mortales,
y se pierde rumbo al cielo,
la ronda de palmas reales.

RONDA DEL FUEGO

A Gabriel Tomic

Flor eterna de cien hojas,
fucsia llena de denuedo,
flor en tierra no sembrada,
que mentamos *flor del fuego.*

Esta roja flor la dan
en la noche de San Juan.

Flor que corre como el gamo,
con la lengua sin jadeo,
flor que se abre con la noche,
repentina flor del fuego.

Esta flor es la que dan
en la noche de San Juan.

Flor en tierra no sembrada,
flor sin árbol, flor sin riego,
el tu amor está en la tierra
y el tu tallo está en los cielos.

Esta flor cortan y dan
en la noche de San Juan.

Flor que sueltan leñadores
contra bestia y contra miedo;
flor que mata los fantasmas,
¡voladora flor del fuego!

¡Esta roja flor la dan
en la noche de San Juan!

Yo te enciendo, tú me llevas;
yo te celo y te mantengo.

Cuánto amor que nos tuviste
¡flor caída, flor del fuego!

Esta flor cortan y dan
en la noche de San Juan.

LA DESVARIADORA

LA MADRE-NIÑA

A Carlos Préndez

Los que pasan
igual que ayer,
ven el patio
con el maitén[4];
miran la parra
moscatel
¡y a mi niño
no ven, no ven!

Tanto se apega
a la mujer,
aparragado
como el llantén[5],
sin grito y llanto
que hagan volver
a los arrieros
de Illapel.

Salgo al camino
de una vez,

loca perdida
de mujer,
y lo voceo
como agua o miel,
y lo voleo
como a la mies.
¡Y al aire vuela
mi laurel!

Bajan y suben
en tropel,
a ver redoma
con su pez
y medallita
de revés:
niña de trenzas
ya mujer.
Tiran pañales
para entender.
¡Y al hijo mío
al fin lo ven!

¡QUE NO CREZCA!

Que el niño mío
así se me queda.
No mamó mi leche
para que creciera.
Un niño no es el roble,
y no es la ceiba.
Los álamos, los pastos,
los otros, crezcan:
en malvavisco
mi niño, se queda.

Ya no le falta nada:
risa, maña, cejas,
aire y donaire.
Sobra que crezca.

Si crece, lo ven todos
y le hacen señas.
O me lo envalentonan
mujeres necias
o tantos mocetones
que a casa llegan;
¡que mi niño no mire
monstruos de leguas!

Los cinco veranos
que tiene tenga.
Así como está
baila y galanea.
En talla de una vara
caben sus fiestas,
todas sus Pascuas
y Noches-Buenas.

Mujeres locas
no griten y sepan:
nacen y no crecen
el Sol y las piedras,
nunca maduran
y quedan eternas.
En la majada
cabritos y ovejas,
maduran y se mueren:
¡malhayan ellas!

¡Dios mío, páralo!

¡Que ya no crezca!
Páralo y sálvalo:
¡mi hijo no se me muera!

ENCARGOS

A Amalia Castillo Ledón

Le he rogado al almud de trigo
guarde la harina sin agriura,
y a los vinos que, cuando beba,
no me le hagan sollamadura.
Y vino y trigo que me oían
se movieron como quien jura...

Grité en la peña al oso negro,
al que llamamos sin fortuna,
que, si sube despeñadero,
no me lo coma bestia alguna.
Y el oso negro prometía
con su lomo sin sol ni luna...

Tengo dicho a la oreja crespa
de la cicuta, que es impura,
que si la muerde, no lo mate,
aunque su flor esté madura.
Y la cicuta, comprendiendo,
se movía, jura que jura...

Y mandado le tengo al río,
que es agua mala, de conjura,
que le conozca y no le ahogue,
cuando le cruce embocadura.
Y en ademán de espuma viva,

el río malo me lo jura...

Ando en el trance de mostrarlo
a las cosas, una por una,
y las mujeres se me ríen
del sacar niño de la cuna,
aunque viven a lluvia y aire
la granada con la aceituna.

Cuando ya estamos de regreso
a la casa de nuez oscura,
yo me pongo a rezar el mundo,
como quien punza y lo apresura,
¡para que el mundo, como madre,
sea loco de mi locura
y tome en brazos y levante
al niñito de mi cintura!

MIEDO

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.
Se hunde volando en el cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche

a mi lado no se acuesta...
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

DEVUELTO

A la cara de mi hijo
que duerme, bajan
arenas de las dunas,
flor de la caña
y la espuma que vuela
de la cascada...

Y es sueño nada más
cuanto le baja;
sueño cae a su boca,
sueño a su espalda,
y me roban su cuerpo
junto con su alma.

Y así lo van cubriendo
con tanta maña,
que en la noche no tengo
hijo ni nada,
madre ciega de sombra,

madre robada.

Hasta que el sol bendito
al fin lo baña:
me lo devuelve en linda
fruta mondada
¡y me lo pone entero
sobre la falda!

LA NUEZ VANA

I

La nuez abolladita
con la que juegas,
caída del nogal
no vio la Tierra.

La recogí del pasto,
no supo quién yo era.
Tirada al cielo,
no lo vio la ciega.
Con ella cogida
yo bailé en la era
y no oyó, la sorda,
correr a las yeguas...

Tú no la voltees.
Su noche la duerma.
La partirás llegando
la primavera.
El mundo de Dios
de golpe le entregas
y le gritas su nombre

y el de la Tierra.

II

Pero él la partió
sin más espera
y vio caer el polvo
de la nuez huera;
se llenó la mano
de muerte negra,
y la lloró y lloró
la noche entera...

III

Vamos a sepultarla
bajo unas hierbas,
antes de que se venga
la primavera.
No sea que Dios vivo
en pasando la vea
y toque con sus manos
la muerte en la Tierra.

BENDICIONES[6]

A Carmen Valle

I

Bendita mi lengua sea
y mi pecho y mi respiro
y benditas mis potencias

para bendecir al hijo.

Benditos tus cinco siervos
que llaman cinco sentidos,
tu cabeza con bautismo
y tus hombros con rocío.

Benditos tus alimentos
en su imagen y en su signo
y en tu mano den las frutas
luz y trasluces divinos.

Bendito cojas el bulto
del timón o del martillo
o muelas metales, o hagas
el rostro de Jesucristo.

Bendito te huela el tigre
y te conozca bendito
y el zorro belfos helados
no te ronde los cortijos.

Bendita sea tu fuerza
cuando majes al destino,
y te aúpe en la derrota,
y devuelva lo perdido.

Bendito de Dios galopes;
el mar navegues bendito:
bendito vayas y vengas.
Nunca te traigan herido.

Bendito entre por las casas,
alzada de árbol florido,
y Raquel te sepa suyo,
y arribado sin caminos.

Bendito vayas de muerto
y como el pez de tres abismos,
repechando las cascadas
de Padre, de Hijo y Espíritu.

II

Bendita seas andando
por la tierra sembradía
que se vuelve con los surcos
para decirte bendita.

Los pájaros que te cruzan
como el Ángel de Tobías
le dejen caer su gracia
a la madre que camina.

Bendita te cante el viento
en las cañas y en las quilas
y la ráfaga zumbando,
quiebro a quiebro te bendiga.

Las bestias en torno tuyo
hagan una rueda viva
y por bendita te lleven
hasta la puerta sus crías.

Entre bendita al establo
a lavar las novillas:
belfos y alientos parados
te topen como neblinas.

Pan sollamado que partas
en su tajo te sonría:

enderezada en las palmas
se te embelese la miga.

El algodón, como el lino,
si lo tronchas, no te giman:
majados de los telares
miren a ti todavía.

Oigas el hacha del hijo
abriendo la selva viva,
y el pecho del hijo te oiga
como una concha escondida.

Con dos edades te vean
las gentes el mismo día;
el mozo te llame «madre»
y un viejo te miente «niña».
Cuando se venza tu carne,
te conozcan la fatiga;
te vean menguar la sombra,
te den por luna cumplida.

Baje entonces a tu seña
el Halcón de Halconería
¡y arrebatada te lleve
a espirales de alegría!

LA CAJITA DE OLINALÁ[7]

A Ema y Daniel Cossío

I

Cajita mía

de Olinalá,
palo-rosa,
jacarandá.

Cuando la abro
de golpe da
su olor de reina
de Sabá.

¡Ay, bocanada
tropical:
clavo, caoba
y el copal!

La pongo aquí,
la dejo allá;
por corredores
viene y va.
Hierve de grecas
como un país:
nopal, venado,
codorniz,

los volcanes
de gran cerviz
y el indio aéreo
como el maíz.

Así la pintan,
así, así,
dedos de indio
o colibrí;

y así la hace
de cabal
mano azteca,

mano quetzal.

II

Cuando la noche
va a llegar,
porque me guarde
de su mal,

me la pongo
de cabezal
donde otros ponen
su metal.

Lindos sueños
que hace soñar;
hace reír,
hace llorar...

Mano a mano
se pasa el mar,
sierras mellizas
campos de arar.

Se ve al Anáhuac
rebrillar,
la bestia-Ajusco
que va a saltar,

y por el rumbo
que lleva al mar,
a Quetzalcóatl
se va a alcanzar.

Ella es mi hálito,

yo, su andar;
ella, saber;
yo, desvariar.

Y paramos
como el maná
donde el camino
se sobra ya,

donde nos grita
un ¡halalá!
el mujerío
de Olinalá.

JUGARRETAS

LA PAJITA

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.
Pero no era una gavilla,
sino la flor tiesa de la maravilla[8].
Tampoco era la flor, sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.

¡Alléguense a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi fiesta verdadera!

LA MANCA

Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó a la arena,
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:

«Novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña.
¡La que esté manca lo venga a buscar!».

Que me den un barco para ir a traerlo,
y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada,
y que por soldada pido la ciudad:
Marsella con torres y plazas y barcos
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa con una niñita
a la que robó su dedito el mar,
y los balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar...

LA RATA

Una rata corrió a un venado
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar...

¡Pillen, pillen a los que se van!
¡Pillen a la rata, pillen al venado,
pillen a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata de la delantera
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordo mi vestido
y con el vestido me voy a casar.

Suban y pasen la llanada,
corran sin aliento, sigan sin parar,
vuelen por la novia, y por el cortejo,

y por la carroza y el velo nupcial.

EL PAPAGAYO

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y azafrán,
me dijo «fea» con su habla gangosa
y con su pico que es de Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea,
fea es mi madre parecida al sol,
fea la luz en que mira mi madre
y feo el viento en que pone su voz,
y fea el agua en que cae su cuerpo
y feo el mundo y el que lo crió...

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y tornasol,
me dijo «fea» porque no ha comido
y el pan con vino se lo llevo yo,
que ya me voy cansando de mirarlo
siempre colgado y siempre tornasol...

EL PAVO REAL

Que sopló el viento y se llevó las nubes
y que en las nubes iba un pavo real,
que el pavo real era para mi mano
y que la mano se me va a secar,
y que la mano le di esta mañana
al rey que vino para desposar.

¡Ay que el cielo, ay que el viento, y la nube

que se van con el pavo real!

CUENTA-MUNDO

LA CUENTA-MUNDO

Niño pequeño, aparecido,
que no viniste y que llegaste,
te contaré lo que tenemos
y tomarás de nuestra parte.

EL AIRE

Esto que pasa y que se queda,
esto es el Aire, esto es el Aire,
y sin boca que tú le veas
te toma y besa, padre amante.
¡Ay!, le rompemos sin romperle;
herido vuela sin quejarse,
y parece que a todos lleva
y a todos deja, por buenos, el Aire...

LA LUZ

Por los aires anda la Luz

que para verte, hijo, me vale.
Si no estuviese, todas las cosas
que te aman no te mirasen;
en la noche te buscarían,
todas gimiendo y sin hallarte.

Ella se cambia, ella se trueca
y nunca es cosa de saciarse.
Amar el mundo nos creemos,
pero amamos la Luz que cae.

La Bendita, cuando nacías,
tomó tu cuerpo para llevarte.
Cuando yo muera y que te deje,
¡síguela, hijo, como a tu madre!

EL AGUA

¡Niñito mío, qué susto tienes
con el Agua adonde te traje,
y todo el susto por el gozo
de la cascada que se reparte!
Cae y cae como mujer,
ciega en espuma de pañales.
Esta es el Agua, esta es el Agua,
santa que vino de pasaje.
Corriendo va con cuerpo bajo,
y con espumas de señales.
En momentos ella se acerca
y en momentos queda distante.
Y pasando se lleva el campo
y lleva al niño con su madre...

¡Beben del Agua dos orillas,

bebe la Sed de sorbos grandes,
beben ganados y yuntadas,
y no se acaba el Agua Amante!

EL ARCO IRIS

El puente del Arco Iris
se endereza y te hace señas,
el carro de siete colores
que las almas acarrea
y que las sube, una a una,
por las astas de la sierra...

Estaba sumido el puente
y asoma para que vuelvas.
Te da el lomo, te da la mano,
como los puentes de cuerda,
y tú le bates los brazos
igual que peces en fiesta...

¡Ay, no mires lo que miras,
porque de golpe te acuerdas
y cogiéndote del Arco
—sauce que no se quiebra—
te vas a ir por el verde,
el amarillo, el violeta...

Ya mamaste nuestra leche,
niño de María y Eva;
juegas con la verdolaga
delante de nuestras puertas;
entraste en casa de hombres
y pides pan en mi lengua.

¡Vuélvele la cara al puente;
deja que se rompa, deja,
que si subes me voy como loca,
y te sigo la Tierra entera!

MARIPOSAS

A don Eduardo Santos

Al Valle que llaman de Muzo[9],
que lo llamen Valle de Bodas.
Mariposas anchas y azules
vuelan, hijo, la tierra toda.
Azulea tendido el Valle,
en una siesta que está loca
de colinas y de palmeras
que van huyendo luminosas.
El Valle que te voy contando
como el cardo azul se deshoja,
y en mariposas aventadas
se despoja y no se despoja...

En tanto azul, apenas ven
naranjas y piñas las mozas,
y se abandonan, mareadas,
al columpio de mariposas.
Las yuntas pasan aventando
con el yugo, llamas redondas,
y las gentes al encontrarse
se ven ligeras y azulosas
y se abrazan alborotadas
de ser ellas y de ser otras...

El agrio sol, quémalo-todo,
quema suelos, no mariposas.
Salen los hombres a cazarlas,
cogen en redes la luz rota,
y de las redes azogadas
van sacando manos gloriosas.

Parece fábula que cuento
y que de ella arda mi boca;
pero el milagro se repite
donde al aire llaman Colombia.
Cuéntalo y cuéntalo, me embriago.
Veo azules, hijo, tus ropas,
azul mi aliento, azul mi falda,
y ya no veo más otra cosa...

ANIMALES

Las bestiecitas te rodean
y te balan olfateándote.
De otra tierra y otro reino
llegarían los animales
que parecen niños perdidos,
niños oscuros que cruzasen.
En sus copos de lana y crines,
o en sus careyes relumbrantes,
los cobrizos y los jaspeados
bajan el mundo a pinturearte.
¡Niño del Arca, jueguen contigo,
y hagan su ronda los animales!

FRUTA

En el pasto blanco de sol,
suelto la fruta derramada.

De los Brasiles viene el oro,
en prietos mimbres donde canta
de los Brasiles, niño mío,
mandan la siesta arracimada.
Extiendo el rollo de la gloria;
rueda el color con la fragancia.

Gateando sigues las frutas,
como niñas que se desbandan,
y son los nísperos fundidos
y las duras piñas tatuadas...

Y todo huele a los Brasiles
pecho del mundo que lo amamanta,
que, a no tener el agua atlántica,
rebosaría de su falda...

Tócalas, bésalas, voltéalas
y les aprendes todas sus caras.
Soñarás, hijo, que tu madre
tiene facciones abrasadas,
que es la noche canasto negro
y que es frutal la Vía Láctea...

LA PIÑA

Allega y no tengas miedo
de la piña con espadas...
Por vivir en el plantío
su madre la crió armada...

Suena el cuchillo cortando
la amazona degollada
que pierde todo el poder
en el manojo de dagas.

En el plato va cayendo
todo el ruedo de su falda,
falda de tafeta de oro,
cola de reina de Saba.

Cruje en tus dientes molida
la pobre reina mascada
y el jugo corre mis brazos
y la cuchilla de plata...

LA FRESA

La fresa desperdigada
en el tendal de las hojas,
huele antes de cogida;
antes de vista se sonroja...
La fresa, sin ave picada,
que el rocío del cielo moja.

No magulles a la tierra,
no aprietes a la olorosa.
Por el amor de ella abájate,
huélela y dale la boca.

MONTAÑA

Hijo mío, tú subirás
con el ganado a la Montaña.

Pero mientras yo te arrebato
y te llevo sobre mi espalda.

Apuñada y negra la vemos,
como mujer enfurruñada.
Vive sola de todo tiempo,
pero nos ama, la Montaña,
y hace señales de subir
tirando gestos con que llama...

Trepamos, hijo, los faldeos,
llenos de robles y de hayas.
Arremolina el viento hierbas
y balancea la Montaña,
y van los brazos de tu madre
abriendo moños que son zarzas...

Mirando al llano, que está ciego,
ya no vemos río ni casa.
Pero tu madre sabe subir,
perder la Tierra, y volver salva.

Pasan las nieblas en trapos rotos;
se borra el mundo cuando pasan.
Subimos tanto que ya no quieres
seguir y todo te sobresalta.
Pero del alto Pico del Toro,
nadie descienda a la llanada.

El sol, lo mismo que el faisán,
de una vez salta la Montaña,
y de una vez baña de oro
a la Tierra que era fantasma,
¡y le enseña gajo por gajo
en redonda fruta mondada!

ALONDRAS

Bajaron a mancha de trigo,
y al acercarnos, voló la banda,
y la alameda se quedó
del azoro como rasgada.

En matorrales parecen fuego;
cuando suben, plata lanzada,
y pasan antes de que pasen,
y te rebanan la alabanza.

Saben no más los pobres ojos
que pasó toda la bandada,
y gritando llaman «¡alondras!»
a lo que sube, se pierde y canta.

Y en este aire malherido
nos han dejado llenos de ansia,
con el asombro y el temblor
a mitad del cuerpo y el alma...

¡Alondras, hijo, nos cruzamos
las alondras, por la llanada!

TRIGO ARGENTINO

El pan está sobre el campo,
como grandes ropas, hijo,
azorado de abundancia,
de dichoso, sin sentido...

Parece el manto de David

o las velas de Carlos Quinto,
parece las Once Mil Vírgenes
que caminasen, hijo mío.

Nos atarantan, nos atajan,
nos enredan los tobillos
los locos perros dorados,
la traílla furiosa del trigo.

Nos dejamos envolver
por el ímpetu vencidos.
¡Todos los hombres del llano
en espigas han caído
batidos y rasguñados,
ciegos de crines y brillos!...

En cuanto la espiga dobla
su cogollo desfallecido;
en cuanto cuaja la harina,
calla-callando, hijo mío,
antes de que toque el suelo
y coma barro sombrío,
y vaya a ser magullado
el cuerpo de Jesucristo,
se levantan a segar
los brazos santafesinos.

El trigo mejor que ámbares
y que brazada de lino,
no ha de quedar en el surco,
lleno de noche y de olvido,
por ser la espalda doblada
del amor de Jesucristo.

En el llano, corta y corta,
lo están levantando en vilo;

en el carro de su suerte
ahora lo suben en vilo;
y nosotros lo alzaremos
así en el pan, así en vilo.

PINAR

Vamos cruzando ahora el bosque
y por tu cara pasan árboles,
y yo me paro y yo te ofrezco;
pero no pueden abajarse.
La noche tiende las criaturas,
menos los pinos que son constantes,
viejos heridos mana que mana
gomas santas, tarde a la tarde.
Si ellos pudieran te cogerían,
para llevarte de valle en valle,
y pasarías de brazo en brazo,
corriendo, hijo de padre en padre...

CARRO DEL CIELO

Echa atrás la cara, hijo,
y recibe las estrellas.
A la primera mirada,
todas te punzan y hielan,
y después el cielo mece
como cuna que balancean,
y tú te das perdidamente
como cosa que llevan y llevan...

Dios baja para tomarnos
en su vida polvareda;

cae en el cielo estrellado
como una cascada suelta.
Baja, baja en el Carro del Cielo;
va a llegar y nunca llega...

Él viene incesantemente
y a media marcha se refrena,
por amor y miedo de amor
de que nos rompe o que nos ciega.
Mientras viene somos felices
y lloramos cuando se aleja.

Y un día el carro no para,
ya desciende, ya se acerca,
y sientes que toca tu pecho
la rueda viva, la rueda fresca.
Entonces, sube sin miedo
de un solo salto a la rueda,
¡cantando y llorando del gozo
con que te toma y que te lleva!

FUEGO

Como la noche ya se vino
y con su raya va a borrarte,
vamos a casa por el camino
de los ganados y del Arcángel.
Ya encendieron en casa el Fuego
que en espinos montados arde.
Es el Fuego que mataría
y solo sabe solazarte.
Salta en aves rojas y azules;
puede irse y quiere quedarse.
En donde estabas, lo tenías.

Está en mi pecho sin quemarte,
y está en el canto que te canto.
¡Ámalo donde lo encontrases!
En la noche, el frío y la muerte,
bueno es el Fuego para adorarse,
¡y bendito para seguirlo,
hijo mío, de ser Arcángel!

LA CASA

La mesa, hijo, está tendida,
en blancura quieta de nata,
y en cuatro muros azulea,
dando relumbres, la cerámica.
Esta es la sal, este el aceite
y al centro el Pan que casi habla.
Oro más lindo que oro del Pan
no está ni en fruta ni en retama,
y da su olor de espiga y horno
una dicha que nunca sacia.
Lo partimos, hijito, juntos,
con dedos duros y palma blanda,
y tú lo miras asombrado
de tierra negra que da flor blanca.

Baja la mano de comer,
que tu madre también la baja.
Los trigos, hijo, son del aire,
y son del sol y de la azada;
pero este Pan «cara de Dios»[10]
no llega a mesas de las casas;
y si otros niños no lo tienen,
mejor, mi hijo, no lo tocaras,
y no tomarlo mejor sería

con mano y mano avergonzadas.

Hijo, el Hambre, cara de mueca,
en remolino gira las parvas,
y se buscan y no se encuentran
el Pan y el Hambre corcovada.
Para que lo halle, si ahora entra,
el Pan dejemos hasta mañana;
el fuego ardiendo marque la puerta,
que el indio quechua nunca cerraba,
¡y miremos comer al Hambre,
para dormir con cuerpo y alma!

LA TIERRA

Niño indio, si estás cansado,
tú te acuestas sobre la Tierra,
y lo mismo si estás alegre,
hijo mío, juega con ella...

Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la Tierra:
se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oyen mugir los animales;
se oye el hacha comer la selva.
Se oyen sonar telares indios.
Se oyen trillas, se oyen fiestas.

Donde el indio lo está llamando,
el tambor indio le contesta,
y tañe cerca y tañe lejos,

como el que huye y que regresa...

Todo lo toma, todo lo carga
el lomo santo de la Tierra:
lo que camina, lo que duerme,
lo que retoza y lo que pena;
y lleva vivos y lleva muertos
el tambor indio de la Tierra.

Cuando muera, no llores, hijo:
pecho a pecho ponte con ella,
y si sujetas los alientos
como que todo o nada fueras,
tú escucharás subir su brazo
que me tenía y que me entrega,
y la madre que estaba rota
tú la verás volver entera.

CASI ESCOLARES

PIECECITOS

A doña Isaura Dinator

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

MANITAS

Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
sois dueñas.

Manitas de los niños
que al granado se tienden,
por vosotros las frutas
se encienden.

Y los panales llenos
de su carga se ofenden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas, hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas,
piñón, caracolitos,

bendito quien os colme,
¡bendito!

Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelvan el mundo:
¡benditos!

ECHA LA SIMIENTE

El surco está abierto, y su suave hondor
en el sol parece una cuna ardiente.
¡Oh labriego!, tu obra es grata al Señor:
¡echa la simiente!

Nunca más el hambre, negro segador,
entre por tus puertas solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!

La vida conduces, duro sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
bruñido de siesta y de resplandor
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en los vientos Dios te bate la frente.
Hombre que voleas trigo volador:
¡prospere tu rubia simiente!

NUBES BLANCAS

Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones

que subieron del mar,
asomáis en mujeres los gestos preguntones
antes de remontar.

Se diría que el cielo o el tiempo consultaseis
con ingenuo temor,
o que, para avanzar un mandato esperaseis.
¿Es que tenéis pastor?

—Sí que tenemos un pastor:
el viento errante es él.
Y una vez los vellones nos trata con amor,
y con furia otra vez.

Y ya nos manda al Norte o ya nos manda al Sur.
Él manda y hay que ir...
Pero por las praderas del infinito azur,
él sabe conducir.

—Ovejas del vellón nevado,
¿tenéis dueño y señor?
Y si me confiara un día su ganado,
¿me tomaríais por pastor?

Claro es que la manada bella
su dueño tiene como allá.
Detrás del último aire y la última estrella,
pastor, dicen que está.

Párate en los pastales, no corras por tu daño,
Abel pastoreador.
¡Se mueren tus ovejas, te quedas sin rebaño,
Pastor loco, Pastor!

MIENTRAS BAJA LA NIEVE

Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.
Ha bajado la nieve, mejor que las estrellas.
¡Mirémosla caer!

Viene calla-callando, cae y cae a las puertas
y llama sin llamar.
Así llega la Virgen, y así llegan los sueños.
¡Mirémosla llegar!

Ella deshace el nido grande que está en los cielos
y ella lo hace volar.
Plumas caen al valle, plumas a la llanada,
plumas al olivar.

Tal vez rompió, cayendo y cayendo, el mensaje
de Dios Nuestro Señor.
Tal vez era su manto, tal vez era su imagen,
tal vez no más su amor.

PROMESA A LAS ESTRELLAS

Ojitos de las estrellas
abiertos en un oscuro
terciopelo: de lo alto,
¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno
cielo, decid: desde arriba,
¿me veis bueno?

Ojitos de las estrellas,
de pestañitas inquietas,
¿por qué sois azules, rojos
y violetas?

Ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora,
¿por qué os borra con sus rosas
la aurora?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tembláis allá arriba,
¿es de frío?

Ojitos de las estrellas,
fijo en una y otra os juro
que me habéis de mirar siempre,
siempre puro.

CARICIA

Madre, madre, tú me besas
pero yo te beso más,
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando escondes a tu hijito
ni se le oye respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,

y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en las *niñas* tienes
a tu hijo y nada más.

Los ojitos que me diste
me los tengo que gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

DULZURA

Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Es tuyo mi cuerpo
que juntaste en ramo;
deja revolverlo
sobre tu regazo.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
y en tus brazos locos
tenme suspendido.

Madrecita mía,
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos.

OBRERITO

Madre, cuando sea grande,
¡ay, qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el zonda[11] al herbazal.

O te acostaré en las parvas
o te cargaré hasta el mar
o te subiré las cuestas
o te dejaré al umbral.

¿Y qué casal ha de hacerte
tu niñito, tu titán,
y qué sombra tan amante
sus aleros van a dar?

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de cansar
con las frutas y las frutas
que son mil y que son más.

O mejor te haré tapices
con la juncia de trenzar;
o mejor tendré un molino
que te hable haciendo el pan.

Cuenta, cuenta las ventanas
y las puertas del casal;
cuenta, cuenta maravillas
si las puedes tú contar...

PLANTANDO EL ÁRBOL

A la Tierra despertamos
de su sueño de castor
y en los brazos le dejamos
el alerce danzador.

Cantemos mientras el tallo
toca el seno maternal.
Bautismo de luz da un rayo
y es el aire su pañal.

Nombre no pide y no quiere;
se lo dan con el nacer.
Con su nombre vive y muere,
y a otro lo pasa al caer.

Lo entregaremos ahora
a la buena Agua y a vos,
Sol que cría y Sol que dora
y a la Tierra hija de Dios.

El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre o mejor:
en la tempestad sereno,
y en la siesta amparador.

Yo lo dejo en pie. Ya es mío
y le juro protección
cuando el viento, cuando el frío,
cuando el hombre matador.[12]

PLEGARIA POR EL NIDO

¡Dulce Señor, por un hermano pido
indefenso y hermoso: por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dicen que es divino
y el ala cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
mansa tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
corto el rocío al alcanzarlo.

De su conchita desmañada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
la cabezuela de los lirios
y las pequeñas clavelinas,

guarda su forma con cariño
y caliéntelo tu pasión.
Tirita al viento como un niño
y se parece al corazón.

Doña Primavera
viste que es primor,
viste en limonero
y en naranjo en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravanas
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a toparlas
entre los jazmines?

¿Cómo va a encontrarlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las pardas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de exultación.

VERANO

Verano, verano rey,
del abrazo incandescente,
sé para los segadores,
¡dueño de hornos!, más clemente.

Abajados y doblados
sobre sus pobres espigas,
ya desfallecen. ¡Tú manda
un viento de alas amigas!

Verano, la tierra abrasa:
llama tu sol allá arriba;
llama tu granada abierta;
y el segador, llama viva.

Las vides están cansadas
del producir abundoso,

y el río corre en huida
de tu castigo ardoroso.

Mayoral rojo, verano,
el de los hornos ardientes,
no te sorbas la frescura
de las frutas y las fuentes...

¡Caporal, echa un pañuelo
de nube y nube tendidas,
sobre la vendimiadora,
de cara y manos ardidas!

EL ÁNGEL GUARDIÁN

Es verdad, no es un cuento;
hay un Ángel Guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.

Tiene cabellos suaves
que van en la venteada,
ojos dulces y graves

que te sosiegan con una mirada
y matan miedos dando claridad.
(No es un cuento, es verdad).

Él tiene cuerpo, manos y pies de alas
y las seis alas vuelan o resbalan,
las seis te llevan de su aire batido
y lo mismo te llevan de dormido.

Hace más dulce la pulpa madura

que entre tus labios golosos estruja;
rompe a la nuez su taimada envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Es quien te ayuda a que cortes las rosas,
que están sentadas en trampas de espinas,
el que te pasa las aguas mañosas
y el que te sube las cuestas más pinas.

Y aunque camine contigo apareado,
como la guinda y la guinda bermeja,
cuando su seña te pone el pecado
recoge tu alma y el cuerpo te deja.

Es verdad, no es un cuento:
hay un Ángel Guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.

A NOEL

¡Noel, el de la noche de prodigio,
Noel de barbas caudalosas,
Noel de las sorpresas delicadas
y las pisadas sigilosas!

Esta noche te dejo mi calzado
colgado en los balcones;
antes que hayas pasado por mi casa
no agotes los bolsones.

Noel, Noel, vas a encontrar mojadas
mis medias de rocío,
espiando con ojos picarones

tus barbazas de río...

Sacude el llanto y deja cada una
tiesa, dura y llenita,
con el anillo de la Cenicienta
y el lobo de Caperucita...

Y no olvides a Marta. También deja
su zapatito abierto.
Es mi vecina, y yo la cuido, desde
que su mamita ha muerto.

¡Noel, viejo Noel, de las manazas
rebosadas de dones,
de los ojitos pícaros y azules
y la barba en vellones!...

HIMNO DE LAS ESCUELAS «GABRIELA MISTRAL»

¡Oh Creador, bajo tu luz cantamos,
porque otra vez nos vuelves la esperanza!
¡Como los surcos de la tierra alzamos
la exhalación de nuestras alabanzas!

Gracias a Ti por el glorioso día
en el que van a erguirse las acciones;
por la alborada llena de alegría
que baja al valle y a los corazones.

Se alcen las manos, las que Tú tejiste,
frescas y vivas sobre las faenas.
Se alcen los brazos que con luz heriste
en un temblor dorado de colmenas.

Somos planteles de hijas, todavía;
haznos el alma recta y poderosa
para ser dignas en la hora y día
en que seremos el plantel de esposas.

Venos crear a tu honda semejanza
con voluntad insigne de hermosura;
trenzar, trenzar, alegres de confianza
el lino blanco con la lana pura.

Mira cortar el pan de las espigas;
poner los frutos en la clara mesa;
tejer la juncia que nos es amiga;
¡crear, crear, mirando a tu belleza!

¡Oh Creador de manos soberanas,
sube el futuro en la canción ansiosa,
que ahora somos el plantel de hermanas,
pero seremos el plantel de esposas!

HIMNO AL ÁRBOL

A don José Vasconcelos

Árbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en la pradera de la vida,
mi suave y cálida influencia
de criatura bendecida.

Árbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de brazos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del mundo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dio a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Árbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano, inmenso,
rama no hallaron para hogar.

Árbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
levantarás eternamente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
levante mi alma un invariado
y universal gesto de amor.

EL HIMNO COTIDIANO

A la señorita Virginia Trewhela

En este nuevo día
que me concedes, ¡oh Señor!,
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.

Dame Tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí.

Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió,
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que dé la suma de bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se manda dar:
suma de esencias a la flor
y de albas nubes a la mar.

Y que, por fin, mi siglo engreído
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido

de que soy barro y soy mortal.

Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía:
¡ame la prueba de mi cruz!

HABLANDO AL PADRE

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé,
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal:
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar

y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver,
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar
y el alcanzar,
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré

el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
Dé tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

ROMANCE DE NOCHEBUENA

Vamos a buscar
dónde nació el Niño:
nació en todo el mundo,
ciudades, caminos...

Tal vez caminando
lo hallemos dormido
en la era más alta
debajo del trigo...

O está en estas horas
llorando caidito
en la mancha espesa
de un montón de lirios.

A Belén nos vamos.
Jesús no ha querido
estar derramado
por campo y caminos.

Su madre es María,
pero ha consentido
que esta noche todos

le mezan al Niño.

Lo tiene Lucía,
lo mece Francisco
y mamá en el pecho
de Juana, suavísimo.

Vamos a buscarlo
por esos caminos:
¡todos en pastores
somos convertidos!

Gritando la nueva
los cerros subimos
¡y vivo parece
de gente el camino!

Jesús ha llegado
y todos dormimos
esta noche sobre
su pecho ceñidos.

CANCIÓN DEL MAIZAL

I

El maizal canta en el viento
verde, verde de esperanza.
Ha crecido en treinta días:
su rumor es alabanza.

Llega, llega al horizonte,
sobre la meseta afable,
y en el viento ríe entero

con su risa innumerable.

II

El maizal gime en el viento
para trojes ya maduro;
se quemaron sus cabellos
y se abrió su estuche duro.

Y su pobre manto seco
se le llena de gemidos:
el maizal gime en el viento
con su manto desceñido.

III

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
diez semanas en los tallos
bien prendidas que se mecen.

Tienen un vellito de oro
como de recién nacido
y unas hojas maternales
que les celan el rocío.

Y debajo de la vaina,
como niños escondidos,
con sus dos mil dientes de oro
ríen, ríen sin sentido...

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
en las cañas maternales
bien prendidas que se mecen.

Él descansa en cada troje
con silencio de dormido;
va sonando, va soñando
un maizal recién nacido.

CUENTOS

LA MADRE GRANADA
(PLATO DE CERÁMICA DE CHAPELLE-AUX-POTS)

Contaré una historia en mayólica
rojo-púrpura y rojo-encarnada,
en mayólica mía, la historia
de Madre Granada.

Madre Granada estaba vieja,
requemada como un panecillo;
mas la consolaba su real corona,
larga codicia del membrillo.

Su profunda casa tenía partida
por delgadas lacas
en naves donde andan los hijos
vestidos de rojo-escarlata.

Con pasión de rojeces, les puso
la misma casulla encarnada.
Ni nombre les dio ni los cuenta nunca,
para no cansarse, la Madre Granada.

Dejó abierta la puerta,

la Congestionada,
soltó el puño ceñido,
de sostener las mansiones, cansada.

Y se fueron los hijos
de la Empurpurada.
Quedóse durmiendo y vacía
la Madre Granada...

Iban como las hormigas,
estirándose en ovillos,
iguales, iguales, iguales,
río escarlata de monaguillos.

A la catedral solemne llegaron
y abriendo la gran puerta herrada,
entraron como langostinos
los hijos de Madre Granada.

En la catedral eran tantas naves
como cámaras en las granadas,
y los monaguillos iban y venían
en olas y olas encontradas...

Un cardenal rojo decía el oficio
con la espalda vuelta de los armadillos.
A una voz se inclinaba o se alzaba
el millón de los monaguillos.

Los miraban los rojos vitrales,
desde lo alto, con viva mirada,
como treinta faisanes de roja
pechuga asombrada.

Las campanas se echaron a vuelo;
despertaron todo el vallecillo.

Sonaban en rojo y granate,
como cuando se quema el castillo.

Al escándalo de los bronces,
fueron saliendo en desbandada
y en avenida bajaron la puerta
que parecía ensangrentada.

La ciudad se levanta tarde
y la pobre no sabe nada.
Van los hijos dejando las calles;
entran al campo a risotadas...

Llegan a su tronco, suben en silencio,
entran al estuche de Madre Granada,
y tan callados se quedan en ella
como la piedra de la Kaaba.

Madre Granada despertóse llena
de su millón rojo y sencillo;
se balanceó por estar segura;
pulsó su pesado bolsillo.

Y como iba contando y contando,
de incredulidad, la Madre Granada,
estallaron en risa los hijos
y ella se partió de la carcajada...

La granada partida en el huerto,
era toda una fiesta incendiada.
La cortamos, guardamos sus fueros
a la Coronada...

La sentamos en un plato blanco,
que asustó su rojez insensata.
Me ha contado su historia, que pongo

en rojo-escarlata...

EL PINO DE PIÑAS

El alto pino que no acaba
y que resuena como un río,
desde el cogollo a lo sombrío,
sus puñitos balanceaba.

Unos puñitos olorosos,
apretados de su secreto,
y al negro pino recoleto
tanta piña le daba gozo.

Bajo el pino que la cubría,
Madrecita Burla habitaba
y la vieja feliz criaba
enanito que no se veía.

Del tamaño de la lenteja,
y que nunca más le crecía
y en su bolsillo se dormía
ronroneando como abeja.

Cuando a la aldea iba la vieja,
de cascabel se lo ponía,
y lo guardaba, si llovía,
dentro del pliegue de su oreja...

O como rama con madroño,
con su vaivén de trotecito,
le cosquilleaba, el colgadito,
o se soltaba de su moño...

El enano miraba pinos
que se iban y se venían,
por saberse lo que cogían
en sus cien puñitos endrinos,

y una vez que la Madrecita
lo dejó por adormilado,
se subió al empingorotado
y se encontró cosa bendita.

Topando la piña primera,
entró sin doblar la cabeza,
y gritó, loco de sorpresa,
al encontrar iglesia entera.

Oyó una música lejana;
vio arder la cera muy contrita,
y con su mano de arañita,
tomó temblando agua cristiana.

Y a la pila de nuez de plata,
vino un obispo que era de oro,
y bautizó al enano moro
mojando su nuca de rata.

Se abrió una puerta pequeñita,
entró una niña más pequeña,
y se allegó como una seña
a saltos de catarinita[13].

Vio que a su pecho no llegaba
y de confusa estaba roja,
y se dobló como una hoja,
porque era que le saludaba.

En el altar, de gran tesoro,

el obispo tieso y atónito
bendijo los novios de acónito
y soltó música del coro...

La catedral dio un gran crujido
y se partió en castaña añeja,
y lanzó el pino su pareja
sin daño, como cae el nido.

La madre Burla dormitaba,
tendida al sol como una almeja,
y al despertar tocó en su ceja
una cosa que era doblada...

Y trepaditos a su oído
los dos le dieron testimonio
de bautizo y de matrimonio,
y ella lloró del sucedido.

Y con los años que vinieron
les nació un niño y una niña;
cada uno subió a una piña
en donde bautizados fueron.

Y cuenta boca contadora
que aumentó la enana raza
igual que cunde la mostaza
y que prende la zarzamora...

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo sufre de extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,

tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Sale al paso maese Lobo, de ojos diabólicos.
«Caperucita Roja, cuéntame adónde vas».

Caperucita es cándida como los lirios blancos.
«Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que se derrama en jugo.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive en la entrada de él».

Y ahora, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que le hacen olvidarse del viaje del Traidor...

El Lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña, ha anunciado el Traidor).

Ha tres días la bestia no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
... Se la comió riendo toda y pausadamente
y se puso en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo: «¿Quién va?».
La voz es ronca. «Pero la abuelita está enferma»,
la niña ingenua explica. «De parte de mamá».

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
Le tiemblan en las manos gajos de salvia en flor.
«Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho».
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
«¿Por qué tan largas?», dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazando a la niña:
«¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor».

El cuerpecito tierno le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
«Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?».
«Corazoncito mío, para mirarte bien...».
Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
«Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes?».
«Corazoncito, para devorarte mejor...».

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...

COLOFÓN CON CARA DE EXCUSA

Conté una vez en Lima el sentido que tendría el género de la canción de cuna *en cuanto a cosa que la madre se regala a sí misma y no al niño que nada puede entender*, a menos de «guagüetear» a grandullones de tres años...

Ahora tengo que divagar, a pedido de mi editor, sobre el nacimiento de estas canciones de cuna, porque cualquier vagido primero, hasta de bestezuela o de industria verbal, importa a las gentes...

La mujer es quien más canta en este mundo, pero ella aparece tan poco creadora en la historia de la música que casi la recorre de labios sellados. Me intrigó siempre nuestra esterilidad para producir ritmos y disciplinarlos en la canción, siendo que los criollos vivimos punzados de ritmos y los coge y compone hasta el niño. ¿Por qué las mujeres nos hemos atrevido con la poesía y no con la música? ¿Por qué hemos optado por la palabra, expresión más grave de consecuencias y cargada de lo conceptual, que no es reino nuestro?

Hurgando en esta aridez para la creación musical, caí sobre la isla de las canciones de cuna. Seguramente los «arrullos» primarios, los folclóricos, que son los únicos óptimos, salieron de pobrecitas mujeres ayunas de todo arte y ciencia melódicos. Las primeras Evas comenzaron por mecer a secas, con las rodillas o la cuna; luego se dieron cuenta de que el vaivén adormece más subrayado por el rumor; este rumor no iría más lejos que el run-run de los labios cerrados.

Pero pronto le vino a la madre un antojo de palabras enderezadas al niño y a sí misma. Porque las mujeres no podemos quedar mucho tiempo

pasivas, aunque se hable de nuestro sedentarismo, y menos callarnos por años. La madre buscó y encontró, pues, una manera de hablar consigo misma, meciendo al hijo, y además comadreando con él, y por añadidura con la noche, «que es cosa viva».

La canción de cuna sería un coloquio diurno y nocturno de la madre con su alma, con su hijo, y con la Gea visible de día y audible de noche.

Los que han velado enfermos, o pernoctado en el campo, y las que conocen la espera de marido o hermano, todos los que viven en vela, saben bien que la noche es persona plural y activa. «La noche es legión», como dice del Demonio el Evangelio. Tal vez nos engañamos creyendo que la luz multiplica las cosas y que la noche las unifica. La verdad sería que la tiniebla, fruto enorme y vago, se parte en gajos de rumores. Al agrandarlo todo, ella estira el ruido breve y engruesa el bulto pequeño, por lo cual vienen a ser muy ricas las tinieblas. La madre desvelada pasa, pues, a convivir este mundo subterráneo que la asusta con su falsa inmensidad y la fertiliza con su misterio numeroso.

La mujer no solo oye respirar al chiquito; siente también a la tierra matriarca que hierve de prole. Entonces se pone a dormir a su niño de carne, a los de la matriarca y a sí misma, pues el «arrorró» tumba al fin a la propia cantadora...

Esta madre, con su boca múltiple de diosa hindú, recuenta en la canción sus afanes del día; teje y desteje sueños para cuando el si-es-no-es vaya creciendo; ella dice bromas respecto del gandul; ella lo encarga en serio a Dios y en juego a los duendes; ella lo asusta con amenazas fraudulentas y lo sosiega antes de que se las crea. La letra de la canción va desde la zumbonería hasta el patético, hace un zig-zag de jugarreta y de angustia, de bromas y ansiedades. (Confieso que los «arrorrós» que más me gustan son los disparatados, porque aquí, mejor que en parte alguna la lógica ha de aventarse, y con cajas destempladas).

*

Poco o nada ha mudado el repertorio de las canciones de cuna en la América. Es bien probable que nunca las haya hecho el pueblo criollo sino que siga cantando hace cuatro siglos las prestadas de España, rumiando

pedazos de arrullos andaluces y castellanos, que son maravilla de gracia verbal. Nosotras tal vez hemos armado algunas frases sobre los alambres ancestrales o hemos zurcido con algunos motes criollos las telas originales.

Nuestras abuelas amamantaban, nuestra madre también, a Dios gracias; después sobrevino una caída de la maternidad corporal, tanto en la disminución de los hijos como en la rehúsa de muchas mujeres a criar, a ser la «higuera de leche» de los cuentos.

¿Quién va a hacer, pues, estas canciones? El aya, mujer de paga, repetirá las que sabe; el hijo de otra no la embriaga tanto como para que ella las invente por rebose de amor y menos aún por sobra de dicha. Y la canción de cuna es nada más que la segunda leche de la madre criadora. A la leche se asemeja ella en la hebra larga, en el sabor dulzón y en la tibieza de entraña. Por lo tanto, la mujer que no da el pecho y no siente el peso del niño en la falda, la que no hace dormir ni de día ni de noche, ¿cómo va a tararear una *berceuse?*, ¿cómo podría decir al niño cariños arrebatados revueltos con travesuras locas? La cantadora mejor será siempre la madre-fuente, la mujer que se deja beber casi dos años, tiempo bastante para que un acto se dore de hábito, se funda y suelte jugos de poesía.

Una colega española se burlaba alguna vez del empeño criollo en forzar la poesía popular, provocando un nacimiento por voluntad, o sea un aborto. La oía yo con interés: un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada. Pero, ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastados con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar posesión del sobrehaz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir de «pe a pa» lo que vino en las carabelas, lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el *conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el coloniaje verbal*.

*

Estas canciones están harto lejos de las folclóricas que colman mi gusto, y yo me lo sé como el vicio de mis cabellos y el desmaño de mis ropas.

Aquellos que siguen el trance y los percances de las lenguas coloniales, como siguen los careyes el de los tejidos parchados del cuerpo, solamente ellos pueden explicar cabalmente el fracaso de nuestra literatura infantil. Ellos están seguros como yo de que el folclore es, por excelencia, la literatura de los niños y de que los pueblos ayunos de él conquistarán el género muy tarde.

El poeta honrado sabe dónde falló y lo confiesa. Yo, además de saberlo, declaro que fuera de dos o tres afortunadas que están aquí, las demás son un *moulage* tieso, junto a la carne elástica de los populares.

Nacieron, las pobres, para convidar, mostrando sus pies inválidos, a que algún músico las echase a andar, y las hice mitad por regusto de los «arrullos» de mi infancia y mitad por servir la emoción de otras mujeres; el poeta es un desata-nudos y el amor sin palabras nudo es, y ahoga—.

En lo de hallar pies corredores, estas canciones de cuna no anduvieran malaventuranzas y hasta han tenido suerte loca. Mexicanos, chilenos y argentinos que pasan la docena, les prestaron su ayuda decisiva. Fueron ellas honradas de más, fueron hasta transfiguradas. En «nanas», en tonadas, en vidalitas, la música es cuerpo glorioso y la carne nada le añade; ellas no viven de la letra, su sangre como su alimento no arrancan de esta. Tiene un mayorazgo tal la música sobre la escritura que bien puede tratarla «con el pie». (Acaso por no haber sido despreciados los textos será que la música criolla corre cabalgando sobre unas letras tan bobas o cursis).

*

Me conozco, según decía, los defectos y los yerros de cada una de mis *meceduras orales,* y sin embargo, las di y las doy ahora todas, aunque sepa más y yo cargo aquí, a sabiendas, con las taras del mestizaje verbal... Pertenezco al grupo de los malaventurados que nacieron sin edad patriarcal y sin Edad Media; soy de los que llevan entrañas, rostro y expresión *conturbados e irregulares,* a causa del injerto; me cuento entre los hijos de esa cosa torcida que se llama una experiencia racial, mejor dicho, una *violencia racial.*

Sigo escribiendo «arrullos» con largas pausas; tal vez me moriré haciéndome dormir, vuelta madre de mí misma, como las viejas que

desvarían con los ojos fijos en sus rodillas vanas, o como el niño del poeta japonés que quería dormir su propia canción antes de dormirse él...

Pudieran no servir a nadie y las haría lo mismo. Tal vez a causa de que mi vida fue dura, bendije siempre el sueño y lo doy por la más ancha gracia divina. En el sueño he tenido mi casa más holgada y ligera, mi patria verdadera, mi planeta dulcísimo. No hay praderas tan espaciosas, tan deslizables y tan delicadas para mí como las suyas.

Algunos trechos de estas canciones —a veces uno o dos versos logrados — me dan la salida familiar hacia mi país furtivo, me abren la hendija o trampa de la escapada. El punto de la música por donde el niño se escabulle y deja a la madre burlada y cantando inútilmente, ese último peldaño me lo conozco muy bien: en tal o cual palabra, el niño y yo damos vuelta la espalda y nos escapamos dejando caer el mundo, como la capa estorbosa en el correr...

Quiero decir con esta divagación que no perdí el «arrullo» de los dos años: me duermo todavía sobre un vago soporte materno y con frecuencia paso de una frase rezagada de mi madre o mía, al gran regazo oscuro de la Madre Divina que desde la otra orilla me recoge como a un alga rota que fue batida el día entero y vuelve a ella.

*

Sobre las «Rondas» debería decir alguna cosa, y muchas más sobre las poesías infantiles escritas hace veinticinco años, a fin de ser perdonada de maestros y niños; pero voy cansando a quien lee en páginas *finales*...

Diré solamente que por aquellos años estaba en pañales el *género* infantil en toda la América nuestra: tanteos y más tanteos. El menester es tan arduo que seguimos tanteando todavía, porque, según acabo de decirlo, nacimos monstruosamente, como no nacen las razas: sin infancia, en plena pubertad y dando, desde el indio al europeo, el salto que descalabra y rompe los huesos.

En la poesía popular española, en la provenzal, en la italiana del medioevo, creo haber encontrado el material más genuinamente infantil de «Rondas» que yo conozca. El propio folclore adulto de esas mismas regiones está lleno de piezas válidas para los niños. Hurgando en eso cuanto

me era dable hurgar, supe yo, artesana ardiente pero fallida, que me faltaban en sentidos, y entraña, siete siglos de Edad Media criolla, de tránsito moroso y madurador, para ser capaz de dar una docena de «Arrullos» y de «Rondas» castizos, léase criollos.

El versolari o payador de los chiquitos, el chantre de su catedral enana y el ayo de sus gargantas no se hace, llega lentamente con ruta astronómica que nadie puede poner al galope. Seguimos teniendo en agraz muchas capacidades, aunque logremos por otro lado del espíritu algunas sazones repentinas, lo mismo que los frutos que muestran una cara empedernida y otra madura.

El Niño-Mesías que llegue trayendo la gracia del género infantil no quiere nacernos aún... Profetas y creyentes seguimos llamándolo, como las mujeres judías al Otro. Cada uno de los que ensayamos cree que nacerá precisamente de él; pero el Espíritu Santo no baja, y tal vez no haya nacido ni siquiera *santa Ana*, la abuela del bienaventurado.

*

Cuando leo mis poesías más o menos escolares, y más aún cuando las oigo en boca de niño, siento una vergüenza no literaria sino una quemazón real en la cara. Y me pongo, como los pecadores atribulados, a enmendar algo, siquiera algo: dureza del verso, presunción conceptual, pedagogía catequista, empalagosa parlería. Esta ingenuidad un poco grotesca de corregir unos versos que andan en boca de tantos, me durará hasta el fin.

Y es que respeto por encima de todas las criaturas, más allá de mi Homero o mi Shakespeare, mi Calderón o mi Rubén Darío, la memoria de los niños, de la cual mucho abusamos.

Que los maestros perdonen la barbaridad de mi hacer y rehacer. Al cabo soy dueña de mis culpas más que de mis buenas acciones: estas son discutibles y aquellas indudables. El habla es la segunda posesión nuestra, después del alma, y tal vez no tengamos ninguna otra posesión en este mundo. Rehaga, pues, a su antojo, el que ensaya y sabe que ensaya.

Continúo viviendo a la caza de la lengua infantil, la persigo desde mi destierro del idioma, que dura ya veinte años. Lejos del solar español, a mil leguas de él, continúo escudriñando en el misterio cristalino y profundo de

la expresión infantil, el cual se parece por la hondura al bloque de cuarzo magistral de Brasil, porque engaña vista y mano con su falsa superficialidad.

Mientras más oigo a los niños, más protesto en contra mía, con una conciencia apurada y hasta un poco febril... El amor balbuciente, el que tartamudea, suele ser el amor que más ama. A él se parece el pobre amor que yo he dado a los chiquitos.

GABRIELA MISTRAL
Petrópolis (Brasil), 1945

TALA[14]

A PALMA GUILLÉN,
y en ella, a la piedad de la mujer mexicana

MUERTE DE MI MADRE[15]

LA FUGA

Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tú misma vas haciendo
el camino de juegos y de expolios.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,
mas no podemos vernos en los ojos,
y no podemos trocarnos palabra,
cual la Eurídice y el Orfeo solos,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
ambas con pies y con acento rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo
galeoto a su padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos,
sin decir el secreto doloroso:

que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos a un Dios que es de nosotros.

Y otras veces ni estás cerro adelante,
ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
te has disuelto con niebla en las montañas
te has cedido al paisaje cardenoso.
Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,
y eres un paisaje de mil brazos,
nunca más lo que son los amorosos:
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,
como dicen que quedan los gloriosos,
delante de su Dios, en dos anillos
de luz o en dos medallones absortos,
ensartados en un rayo de gloria
o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,
o vas conmigo, y no te veo el rostro;
o vas en mí por terrible convenio;
sin responderme con tu cuerpo sordo,
siempre por el rosario de los cerros,
que cobran sangre para entregar gozo,
y hacen danzar en torno a cada uno,
¡hasta el momento de la sien ardiendo,
del cascabel de la antigua demencia
y de la trampa en el vórtice rojo!

LÁPIDA FILIAL

Apegada a la seca fisura
del nicho, déjame que te diga:
—Amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo ancho que calentó
con una hornaza que no se enfría;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía:
¡resucitad, resucitad,
si existe la hora, si es cierto el día,
para que Cristo os reconozca
y a otro país deis alegría,
para que pague ya mi Arcángel
formas y sangre y leche mía,
y que por fin os recupere
la vasta y santa sinfonía
de viejas madres: la Macabea,
Ana, Isabel, Raquel y Lía!

NOCTURNO DE LA CONSUMACIÓN

A Waldo Frank

Te olvidaste del rostro que hiciste
en un valle a una oscura mujer;
olvidaste entre todas tus formas
mi alzadura de lento ciprés;
cabras vivas, vicuñas doradas
te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida
las criaturas que te hacen tropel;
te han borrado mis hombros las dunas
y mi frente, algarrobo y maitén.
Cuantas cosas gloriosas hiciste
te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca
la canción por la sola merced;
como Tú me enseñaste este modo
de estirarte mi esponja con hiel,
yo me pongo a cantar tus olvidos,
por hincarte mi grito otra vez.
Yo te digo que me has olvidado
pan de tierra de la insipidez,
leño triste que sobra en tus haces,
pez sombrío que afrenta la red.
Yo te digo con otro[16] que «hay tiempo
de sembrar como de recoger».

No te cobro la inmensa promesa
de tu cielo en niveles de mies;
no te digo apetito de Arcángeles
ni Potencias que me hagan arder;
no te busco los prados de música
donde a tristes llevaste a pacer.

Hace tanto que masco tinieblas,
que la dicha no sé reaprender;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies;
tantos años que muerdo el desierto
que mi patria se llama la Sed.

La oración de Paloma zurita
ya no baja en mi pecho a beber;

la oración de colinas divinas[17],
se ha raído en la gran aridez,
y ahora tengo en la mano una nueva,
la más seca, ofrecida a mi Rey.

Dame Tú el acabar de la encina
en fogón que no deje la hez;
dame Tú el acabar del celaje
que su sol hizo y quiso perder;
dame el fin de la pobre medusa
que en la arena consuma su bien.

He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén;
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver,
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
¡rebanada de Jerusalem!

NOCTURNO DE LA DERROTA[18]

Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer,
una brasa violenta tendida
de la frente con rayo a los pies.
Bien le quise el tremendo destino,
pero no merecí su rojez.

Brasa breve he llevado en la mano,
llama corta ha lamido mi piel.
Yo no supe, abatida del rayo,
como el pino de gomas arder.

Viento tuyo no vino a ayudarme
y blanqueo antes de perecer.
Caridad no más ancha que rosa
me ha costado jadeo que ves.
Mi perdón es sombría jornada
en que miro diez soles caer;
mi esperanza es muñón de mí misma
que volteo y que ya es rigidez.

Yo no he sido tu santo Francisco
con su cuerpo en un arco de *amén*,
sostenido entre el cielo y la tierra
cual la cresta del amanecer,
escalera de limo por donde
ciervo y tórtola oíste otra vez.

Esta tierra de muchas criaturas
me ha llamado y me quiso tener;
me tocó cual la madre a su entraña;
me le di, por mujer y por fiel.
¡Me meció sobre el pecho de fuego,
me aventó como cobra su piel!

Yo no he sido tu fuerte, Vicente,
confesor de galera soez,
besador de la carne perdida,
con sus llantos siguiéndole en grey,
aunque le amo más fuerte que mi alma
y en su pecho he tenido sostén.

Mis sentidos malvados no curan
una llaga sin se estremecer;
mi piedad ha volteado la cara
cuando Lázaro ya es fetidez,
y mis manos vendaron tanteando,
incapaces de amar cuando ven.

Y ni alcanzo al segundo Francisco[19]
con su rostro en el atardecer,
tan sereno de haber escuchado
todo mal con su oreja de Abel,
¡corazón desde aquí columpiado
en los coros de Melquisedec!

Yo nací de una carne tajada
en el seco riñón de Israel,
Macabea que da Macabeos,
miel de avispa que pasa a hidromiel,
y he cantado cosiendo mis cerros
por cogerte en el grito los pies[20].

Te levanto pregón de vencida,
con vergüenza de hacer descender
tu semblante a este campo de muerte
y tu mano a mi gran desnudez.

Tú, que losa de tumba rompiste
como el brote que rompe su nuez,
ten piedad del que no resucita
ya contigo y se va a deshacer,
con el liquen quemado en sus sales,
con genciana quemada en su hiel,
con las cosas que a Cristo no tienen
y de Cristo no baña la ley.

¡Cielos morados, avergonzados
de mi derrota.
Capitán vivo y envilecido,
nuca pisada, ceño pisado
de mi derrota.
Cuerno cascado de ciervo noble
de mi derrota!

NOCTURNO DE LOS TEJEDORES VIEJOS

Se acabaron los días divinos
de la danza delante del mar,
y pasaron las siestas del viento
con aroma de polen y sal,
y las otras en trigos dormidas
con nidal de paloma torcaz.

Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal
disfrutados en mesa de pino,
que negamos, mejor, su verdad,
y decimos que siempre estuvieron
nuestras vidas lo mismo que están,
y vendemos la blanca memoria
que dejamos tendida al umbral.

Han llegado los días ceñidos
como el puño de Salmanazar.
Llueve tanta ceniza nutrida
que la carne es su propio sayal.
Retiraron los mazos de lino
y se escarda, sin nunca acabar,
un esparto que no es de los valles
porque es hebra de hilado metal...

Nos callamos las horas y el día
sin querer la faena nombrar,
cual se callan remeros muy pálidos
los tifones, y el boga, el caimán,
porque el nombre no nutra al Destino,
y sin nombre, se pueda matar.

Pero cuando la frente enderézase
de la prueba que no han de apurar,
al mirarnos, los ojos se truecan
la palabra en el iris leal,
y bajamos los ojos de nuevo,
como el jarro al brocal contumaz,
desolados de haber aprendido
con el nombre la cifra letal.

Los precitos contemplan la llama
que hace dalias y fucsias girar;
los forzados, como una cometa,
bajan y alzan su «nunca jamás».
Mas nosotros tan solo tenemos,
para juego de nuestro mirar,
grecas lentas que dan nuestras manos,
golondrinas—al muro de cal,
remos negros que siempre jadean
y que nunca rematan el mar.

Prodigiosas las dulces espaldas
que se olvidan de se enderezar,
que obedientes cargaron los linos
y obedientes la leña mortal,
porque nunca han sabido de dónde
fueron hechas y a qué volverán.

¡Pobre cuerpo que todo ha aprendido
de sus padres José e Isaac,
y fantásticas manos leales,
las que tejen sin ver ni contar,
ni medir paño y paño cumplido,
preguntando si basta o si es más!

Levantando la blanca cabeza

ensayamos tal vez preguntar
de qué ofensa callada ofendimos
a un demiurgo al que se ha de aplacar,
como leños de holgura que odiasen
el arder, sin saberse apagar.

Humildad de tejer esta túnica
para un dorso sin nombre ni faz,
y dolor el que escucha en la noche
toda carne de Cristo arribar,
recibir el telar que es de piedra
y la Casa que es de eternidad.

NOCTURNO DE JOSÉ ASUNCIÓN[21]

A Alfonso Reyes

Una noche como esta noche,
de Circe llena, esa sería
la noche de José Asunción,
cuando a acabarse se tendía;

emponzoñada por el sapo
que echa su humor en hierba fría,
y a la hierba llama al acedo
a revolcarse en acedía;

alumbrada por esa luna,
barragana de gran falsía,
que la locura hace de plata
como olivo o sabiduría;

gobernada por esta hora
en que al Cristo fuerte se olvida,

y en que su mano traicionada,
suelta el mundo que sostenía.

(Y el mundo, suelto de su mano,
como el pichón de la que cría,
hacia la hora duodécima
sin su fervor se nos enfría):

taladrada por la corneja
que en la rama seca fingía
la vertical del ahorcado
con su dentera de agonía;

arreada por el Maligno
que huele al ciervo por la herida,
y le ofrece en el humus negro
venda más negra todavía;

venda apretada de la noche
que, como a Antero,[22] cerraría,
con leve lana de la nada,
la boca de las elegías;

noche en que la divina hermana
con la montaña se dormía,
sin entender que los que aman
se han de dormir viniendo el día:

como esta noche que yo vivo
la de José Asunción sería.

NOCTURNO DEL DESCENDIMIENTO

A Victoria Ocampo

Cristo del campo, «Cristo de Calvario»[23]
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero al verte mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
Mi sangre aún es agua de regato;
la tuya se paró como agua en presa.
Yo tengo arrimo en hombro que me vale;
a ti los cuatro clavos ya te sueltan,
y el encuentro se vuelve un recogerte
la sangre como lengua que contesta,
pasar mis manos por mi pecho enjuto,
coger tus pies en peces que gotean.

Ahora ya no me acuerdo de nada,
de viaje, de fatiga, de dolencia.
El ímpetu del ruego que traía
se me sume en la boca pedigüeña,
de hallarme en este pobre anochecer
con tu bulto vencido en una cuesta
que cae y cae y cae sin parar
en un trance que nadie me dijera.
Desde tu vertical cae tu carne
en cáscara de fruta que golpean:
el pecho cae y caen las rodillas
y en cogollo abatido, la cabeza.

Acaba de llegar, Cristo, a mis brazos,
peso divino, dolor que me entregan,
ya que estoy sola en esta luz sesgada
y lo que veo no hay otro que vea
y lo que pasa tal vez cada noche
no hay nadie que lo atine o que lo sepa,
y esta caída, los que son tus hijos,
como no te la ven no la sujetan,
y tu pulpa de sangre no reciben,

¡de ser el cerro soledad entera
y de ser la luz poca y tan sesgada
en un cerro sin nombre de la Tierra!

Año de la Guerra Española

LOCAS LETANÍAS

¡Cristo, hijo de mujer,
carne que aquí amamantaron,
que se acuerda de una noche,
y de un vagido, y de un llanto:
recibe a la que dio leche
cantándome con tu salmo
y llévala con las otras,
espejos que se doblaron
y cañas que se partieron
en hijos sobre los llanos!

¡Piedra de cantos ardiendo,
a la mitad del espacio,
en los cielos todavía
con bulto crucificado;
y cuando busca a sus hijos,
piedra loca de relámpagos,
piedra que anda, piedra que vuela,
vagabunda hasta encontrarnos,
piedra de Cristo, sal a su encuentro
y cíñetela a tus cantos
y yo mire de los valles,
en señales, sus pies blancos!

¡Río vertical de gracia,

agua del absurdo santo,
parado y corriendo vivo,
en su presa y despeñado;
río que en cantares mientan
«cabritillo» y «ciervo blanco»:
a mi madre que te repecha,
como anguila, río trocado,
ayúdala a repecharte
y súbela por tus vados!

¡Jesucristo, carne amante,
juego de ecos, oído alto,
caracol vivo del cielo,
de sus aires torneado:
abájate a ella, siente
otra vez *que te tocaron;*
vuélvete a su voz que sube
por los aires extremados,
y si su voz no la lleva,
toma la niebla de su hálito!

¡Llévala a cielo de madres,
a tendal de sus regazos,
que va y que viene en un golfo
de brazos empavesado,
de las canciones de cuna
mecido como de tallos,
donde las madres arrullan
a sus hijos recobrados
o apresuran con su silbo
a los que gimiendo vamos!

¡Recibe a mi madre, Cristo,
dueño de ruta y de tránsito,
nombre que ella va diciendo,
sésamo que irá gritando,

abra nuestra de los cielos,
albatros no amortajado,
gozo que llaman los valles!
¡Resucitado, Resucitado!

ALUCINACIÓN

LA MEMORIA DIVINA

A Elsa Fano

Si me dais una estrella,
y me la abandonáis, desnuda ella
entre la mano, no sabré cerrarla
por defender mi nacida alegría.
Yo vengo de una tierra
donde no se perdía.

Si me encontráis la gruta
maravillosa, que como una fruta
tiene entraña purpúrea y dorada,
y hace inmensa de asombro la mirada,
no cerraré la gruta
ni a la serpiente ni a la luz del día,
que vengo de una tierra
donde no se perdía.

Si vasos me alargaseis,
de cinamomo y sándalo, capaces
de aromar las raíces de la tierra
y de parar al viento cuando yerra,

a cualquier playa los confiaría,
que vengo de un país
en que no se perdía.

Tuve la estrella viva en mi regazo,
y entera ardí como en tendido ocaso.
Tuve también la gruta en que pendía
el sol, y donde no acababa el día.
Y no supe guardarlos,
ni entendía que oprimirles era amarlos.
Dormí tranquila sobre su hermosura
y sin temblor bebía en su dulzura.

Y los perdí, sin grito de agonía,
que vengo de una tierra
en donde el alma eterna no perdía.

«LA LEY DEL TESORO»

I

Yo soy una que dormía
junto a su tesoro.
Él era un largo temblor
de ángeles en coro;
él era un montón de luces
o de ascuas de oro,
con su propia desnudez
vuelta su decoro,
viviendo expuesto y desnudo
por más que lo adoro.
Cosa así ¿quién la podría
cubrir con azoro?
Cosa así ¿quién taparía

con manto de moro,
por más que cubrirla fuese
«La Ley del tesoro»?

II

Me lo robaron en día
o en noche bien clara;
soplado me lo aventaron
los genios sin cara;
desapareció lo mismo
que como llegara:
tener daga, tener lazo,
por nada contara.

III

Me dejó revoloteando
en el mundo huero
la Ley ladina del dios
mitad aparcero.
Me oigo la cantilena
como el tero-tero[24],
o como sobre las tejas
refrán de aguacero:
«Guardarás bajo la mano
tu tesoro entero».

IV

Algún día ha de venir
el Dios verdadero
a su hija robada, mofa
de hombre pregonero.

Me soplará entre la boca
beso que le espero,
miaja o resina ardiendo
por la que me muero.

Se enderezará mi cuerpo,
venado ligero,
temblando recogerá
su don prisionero;
arderá desde ese día
al día postrero,
metal sin vela de dueño,
sin ¡ay! de minero.
¡Y no más me robarán
como al buhonero,
como al árbol del camino,
palma o bananero!

RIQUEZA

Tengo la dicha fiel
y la dicha perdida:
la una como rosa,
la otra como espina.
De lo que me robaron
no fui desposeída:
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida,
y estoy rica de púrpura
y de melancolía.
¡Ay, qué amada es la rosa
y qué amante la espina!
Como el doble contorno
de las frutas mellizas,

tengo la dicha fiel
y la dicha perdida...

GESTOS

LA COPA

Yo he llevado una copa
de una isla a otra isla sin despertar el agua.
Si la vertía, una sed traicionaba;
por una gota, el don era caduco;
perdida toda, el dueño lloraría.

No saludé las ciudades;
no dije elogio a su vuelo de torres,
no abrí los brazos en la gran Pirámide
ni fundé casa con corro de hijos.

Pero entregando la copa, yo dije
con el sol nuevo sobre mi garganta:
«Mis brazos ya son libres como nubes sin dueño
y mi cuello se mece en la colina,
de la invitación de los valles».

Mentira fue mi aleluya: miradme.
Yo tengo la vista caída a mis palmas;
camino lenta, sin diamante de agua;
callada voy, y no llevo tesoro,
y me tumba en el pecho y los pulsos
la sangre batida de angustia y de miedo.

LA MEDIANOCHE

Fina, la medianoche.
Oigo los nudos del rosal:
la savia empuja subiendo a la rosa.

Oigo
las rayas quemadas del tigre
real: no le dejan dormir.

Oigo
la estrofa de uno,
y le crece en la noche
como la duna.

Oigo
a mi madre dormida
con dos alientos.
(Duermo yo en ella,
de cinco años).

Oigo el Ródano
que baja y que me lleva como un padre
ciego de espuma ciega.

Y después nada oigo
sino que voy cayendo
en los muros de Arlés,
llenos de sol...

DOS ÁNGELES

No tengo solo un Ángel
con ala estremecida:
me mecen como al mar
mecen las dos orillas

el Ángel que da el gozo
y el que da la agonía,
el de alas tremolantes
y el de las alas fijas.

Yo sé, cuando amanece,
cuál va a regirme el día,
si el de color de llama
o el color de ceniza,
y me les doy como alga
a la ola, contrita.
Solo una vez volaron
con las alas unidas:
el día del amor,
el de la Epifanía.

¡Se juntaron en una
sus alas enemigas
y anudaron el nudo
de la muerte y la vida!

PARAÍSO

Lámina tendida de oro,
y en el dorado aplanamiento,
dos cuerpos como ovillos de oro.

Un cuerpo glorioso que oye
y un cuerpo glorioso que habla
en el prado en que no habla nada.

Un aliento que va al aliento
y una cara que tiembla de él,
en un prado en que nada tiembla.

Acordarse del triste tiempo
en que los dos tenían Tiempo
y de él vivían afligidos,

a la hora de clavo de oro
en que el Tiempo quedó al umbral
como los perros vagabundos...

LA CABALGATA[25]

A don Carlos Silva Vildósola

Pasa por nuestra Tierra
la vieja Cabalgata,
partiéndose la noche
en una pulpa clara
y cayendo los montes
en el pecho del alba.

Con el vuelo remado
de los petreles pasa,
o en un silencio como
de antorcha sofocada.
Pasa en un dardo blanco
la eterna Cabalgata...

Pasa, única y legión,
en cuchillada blanca,
sobre la noche experta
de carne desvelada.
Pasa si no la ven,
y si la esperan, pasa.

Se leen las Eneidas,
se cuentan Ramayanas,
se llora el Viracocha
y se remonta al Maya,
y madura la vida
mientras su río pasa.

Las ciudades se secan
como piel de alimaña
y el bosque se nos dobla
como avena majada,
si olvida su camino
la vieja Cabalgata...

A veces por el aire
o por la gran llanada,
a veces por el tuétano
de Ceres subterránea,
a veces solamente
por las crestas del alma,
pasa, en caliente silbo,
la santa Cabalgata...

Como una vena abierta
desde las solfataras,
como un repecho de humo,
como un despeño de aguas,
pasa, cuando la noche
se rompe en pulpas claras.

Oír, oír, oír,
la noche como valva,
con ijar de lebrel
o vista acornejada,
y temblar y ser fiel,
esperando hasta el alba.

La noche ahora es fina,
es estricta y delgada.
El cielo agudo punza
lo mismo que la daga
y aguija a los dormidos
la tensa Vía Láctea.

Se viene por la noche
como un comienzo de aria;
se allegan unas vivas
trabazones de alas.
Me da en la cara un alto
muro de marejada,
y saltan, como un hijo,
contentas, mis entrañas.

Soy vieja; amé los héroes
y nunca vi su cara;
por hambre de su carne
yo he comido en las fábulas.

Ahora despierto a un niño
y destapo su cara,
y lo saco desnudo
a la noche delgada,
y lo hondeo en el aire
mientras el río pasa,
porque lo tome y lleve
la vieja Cabalgata...

LA GRACIA

A Amado Alonso

Pájara Pinta
jaspeada,
iba loca
de pintureada,
por el aire
como llevada.

En esta misma
madrugada,
pasó el río
de una lanzada.
La mañanita
pura y rasada
quedó linda
de la venteada.

Los que no vieron
no saben nada;
duermen a sábana
pegada,
y yo me alcé
con lucerada;
medio era noche,
medio albada.
Me crujió el aire
a su pasada,
y ella cruzó
como rasgada,
por cara y hombro
mío azotada.

Pareció lirio
o pez-espada.
Subió los aires
hondeada,

de cielo abierto
devorada,
y en un momento
fue nonada.
Quedé temblando
en la quebrada.
¡Albricia mía[26]
arrebatada!

LA ROSA

La riqueza del centro de la rosa
es la riqueza de tu corazón.
Desátala como ella:
su ceñidura es toda tu aflicción.

Desátala en un canto
o en un tremendo amor.
No defiendas la rosa:
¡te quemaría con el resplandor!

HISTORIAS DE LOCA

LA MUERTE-NIÑA

A Gonzalo Zaldumbide

En esa cueva nos nació,
y como nadie pensaría,
nació desnuda y pequeñita
como el pobre pichón de cría.

¡Tan entero que estaba el mundo!,
¡tan fuerte que era al mediodía!,
¡tan armado como la piña,
cierto del Dios que sostenía!

Alguno nuestro la pensó
como se piensa villanía;
la Tierra se lo consintió
y aquella cueva se le abría.

De aquel hoyo salió de pronto,
con esa carne de elegía;
salió tanteando y gateando
y apenas se la distinguía.

Con una piedra se aplastaba,
con el puño se la exprimía.
Se balanceaba como un junco
y con el viento se caía...

Me puse yo sobre el camino
para gritar a quien me oía:
«¡Es una muerte de dos años
que bien se muere todavía!».

Recios rapaces la encontraron,
a hembras fuertes cruzó la vía;
la miraron Nemrod y Ulises,
pero ninguno comprendía...

Se envilecieron las mañanas,
torpe se hizo el mediodía;
cada sol aprendió su ocaso
y cada fuente su sequía.

La pradera aprendió el otoño
y la nieve su hipocresía,
la bestezuela su cansancio,
la carne de hombre su agonía.

Yo me entraba por casa y casa
y a todo hombre se lo decía:
«¡Es una muerte de siete años
que bien se muere todavía!».

Y dejé de gritar mi grito
cuando vi que se adormecían.
Ya tenían no sé qué dejo
y no sé qué melancolía...

Comenzamos a ser los reyes

que conocen postrimería
y la bestia o la criatura
que era la sierva nos hería.

Ahora el aliento se apartaba
y ahora la sangre se perdía,
y la canción de las mañanas
como cuerno se enronquecía.

La Muerte tenía treinta años;
ya nunca más se moriría,
y la segunda Tierra nuestra
iba abriendo su Epifanía.

Se lo cuento a los que han venido,
y se ríen con insanía:
«Yo soy de aquellas que bailaban
cuando la Muerte no nacía...».

LA FLOR DEL AIRE[27]

A Consuelo Saleva

Yo la encontré por mi destino,
de pie a mitad de la pradera,
gobernadora del que pase,
del que le hable y que la vea.

Y ella me dijo: «Sube al monte.
Yo nunca dejo la pradera,
y me cortas las flores blancas
como nieves, duras y tiernas».

Me subí a la ácida montaña,

busqué las flores donde albean,
entre las rocas existiendo
medio dormidas y despiertas.

Cuando bajé, con carga mía,
la hallé a mitad de la pradera,
y fui cubriéndola frenética,
con un torrente de azucenas.

Y sin mirarse la blancura,
ella me dijo: «Tú acarrea
ahora solo flores rojas.
Yo no puedo pasar la pradera».

Trepé las peñas con el venado,
y busqué flores de demencia,
las que rojean y parecen
que de rojez vivan y mueran.

Cuando bajé se las fui dando
con un temblor feliz de ofrenda,
y ella se puso como el agua
que en ciervo herido se ensangrienta.

Pero mirándome, sonámbula,
me dijo: «Sube y acarrea
las amarillas, las amarillas.
Yo nunca dejo la pradera».

Subí derecho a la montaña
y me busqué las flores densas,
color de sol y de azafranes,
recién nacidas y ya eternas.

Al encontrarla, como siempre,
a la mitad de la pradera,

segunda vez yo fui cubriéndola,
y la dejé como las eras.

Y todavía, loca de oro,
me dijo: «Súbete, mi sierva,
y cortarás las sin color,
ni azafranadas ni bermejas».
«Las que yo amo por recuerdo
de la Leonora y la Ligeia,
color del Sueño y de los sueños.
Yo soy Mujer de la pradera».

Me fui ganando la montaña,
ahora negra como Medea,
sin tajada de resplandores,
como una gruta vaga y cierta.

Ellas no estaban en las ramas,
ellas no abrían en las piedras
y las corté del aire dulce,
tijereteándolo ligera.

Me las corté como si fuese
la cortadora que está ciega.
Corté de un aire y de otro aire,
tomando el aire por mi selva...

Cuando bajé de la montaña
y fui buscándome a la reina,
ahora ella caminaba,
ya no era blanca ni violenta;

ella se iba, la sonámbula,
abandonando la pradera,
y yo siguiéndola y siguiéndola
por el pastal y la alameda,

cargada así de tantas flores,
con espaldas y mano aéreas,
siempre cortándolas del aire
y con los aires como siega...

Ella delante va sin cara;
ella delante va sin huella,
y yo la sigo todavía
entre los gajos de la niebla,
con estas flores sin color,
ni blanquecinas ni bermejas,
hasta mi entrega sobre el límite,
cuando mi Tiempo se disuelva...

LA SOMBRA[28]

En un metal de cipreses
y de cal espejeadora,
sobre mi sombra caída
bailo una danza de mofa.

Como plumón rebanado
o naranja que se monda,
he aventado y no recojo
el racimo de mi sombra.

La cobra negra seguíame,
incansable, por las lomas,
o en el patio sin balido,
en oveja querenciosa.

Cuando mi néctar bebía,
me arrebataba la copa;

y sobre el telar soltaba
su greña gitana o mora.

Cuando en el cerro yo hacía
fogata y cena dichosa,
a comer se me sentaba
en niña de manos rotas...

Besó a Jacob hecha Lía,
y él le creyó a la impostora,
y pensó que me abrazaba
en antojo de mi sombra.

Está muerta y todavía
juega, mañosa a mi copia,
y la gritan con mi nombre
los que la giran en ronda...

Veo de arriba su red
y el cardumen que desfonda;
y yo río, liberada
perdiendo al corro que llora,

siento un oreo divino
de espaldas que el aire toma
y de más en más me sube
una brazada briosa.

Llego por un mar trocado
en un despeño de sonda,
y arribo a mi derrotero
de las Divinas Personas.

En tres cuajos de cristales
o tres grandes velas solas,
me encontré y revoloteo,

en torno de las Gloriosas.

Cubren sin sombra los cielos,
como la piedra preciosa,
y yo sin mi sombra bailo
los cielos como mis bodas...

EL FANTASMA

En la dura noche cerrada
o en la húmeda mañana tierna,
sea invierno, sea verano,
esté dormida, esté despierta,

aquí estoy si acaso me ven,
y lo mismo si no me vieran,
queriendo que abra aquel umbral
y me conozca aquella puerta.

En un turno de mando y ruego,
y sin irme, porque volviera,
con mis sentidos que tantean
solo este leño de una puerta,

aquí me ven si es que ellos ven,
y aquí estoy aunque no supieran,
queriendo haber lo que yo había,
que como sangre me sustenta;

en país que no es mi país,
en ciudad que ninguno mienta,
junto a casa que no es mi casa,
pero siendo mía una puerta,

detrás la cual yo puse todo,
yo dejé todo como ciega,
sin traer llave que me conozca
y candado que me obedezca.

Aquí me estoy, y yo no supe
que volvería a esta puerta
sin brazo válido, sin mano dura
y sin la voz que mi voz era;

que guardianes no me verían
ni oiría su oreja sierva,
y sus ojos no entenderían
que soy íntegra y verdadera;

que anduve lejos y que vuelvo
y que yo soy, si hallé la senda,
me sé sus nombres con mi nombre
y entre puertas hallé la puerta,

¡por buscar lo que les dejé
que es mi ración sobre la tierra,
de mí respira y a mí salta,
como un regato, si me encuentra!

A menos que él también olvide
y que tampoco entienda y vea
mi marcha de alga lamentable
que se retuerce contra su puerta,

si sus ojos también son esos
que ven solo las formas ciertas,
que ven vides y ven olivos
y criaturas verdaderas;

y yo soy la rendida larva

desgajada de otra ribera,
que resbala país de hombres
con el silencio de la niebla;

¡que no raya su pobre llano,
y no lo arruga de su huella,
y que no deja testimonio
sobre el aljibe de una puerta,

que dormida dejó su carne,
como el árabe deja la tienda,
y por la noche, sin soslayo,
llegó a caer sobre su puerta!

MATERIAS

PAN

A Teresa y Enrique Díez-Canedo

Dejaron un pan en la mesa,
mitad quemado, mitad blanco,
pellizcado encima y abierto
en unos migajones de ampo.

Me parece nuevo o como no visto,
y otra cosa que él no me ha alimentado,
pero volteando su miga, sonámbula,
tacto y olor se me olvidaron.

Huele a mi madre cuando dio su leche,
huele a tres valles por donde he pasado:
a Aconcagua, a Pátzcuaro, a Elqui,
y a mis entrañas cuando yo canto.

Otros olores no hay en la estancia
y por eso él así me ha llamado;
y no hay nadie tampoco en la casa
sino este pan abierto en un plato,
que con su cuerpo me reconoce

y con el mío yo reconozco.

Se ha comido en todos los climas
el mismo pan en cien hermanos:
pan de Coquimbo, pan de Oaxaca,
pan de Santa Ana y de Santiago.

En mis infancias yo le sabía
forma de sol, de pez o de halo,
y sabía mi mano su miga
y el calor de pichón emplumado...

Después le olvidé, hasta este día
en que los dos nos encontramos,
yo con mi cuerpo de Sara vieja
y él con el suyo de cinco años.

Amigos muertos con que comíalo
en otros valles sientan el vaho
de un pan en septiembre molido
y en agosto en Castilla segado.

Es otro y es el que comimos
en tierras donde se acostaron.
Abro la miga y les doy su calor;
lo volteo y les pongo su hálito.

La mano tengo de él rebosada
y la mirada puesta en mi mano;
entrego un llanto arrepentido
por el olvido de tantos años,
y la cara se me envejece
o me renace en este hallazgo.

Como se halla vacía la casa,
estemos juntos los reencontrados,

sobre esta mesa sin carne y fruta,
los dos en este silencio humano,
hasta que seamos otra vez uno
y nuestro día haya acabado...

SAL

La sal cogida de la duna,
gaviota viva de ala fresca,
desde su cuenco de blancura,
me busca y vuelve su cabeza.

Yo voy y vengo por la casa
y parece que no la viera
y que tampoco ella me viese,
santa Lucía blanca y ciega.

Pero la santa de la sal,
que nos conforta y nos penetra,
con la mirada enjuta y blanca,
alancea, mira y gobierna
a la mujer de la congoja
y a lo tendido de la cena.

De la mesa viene a mi pecho;
va de mi cuarto a la despensa,
con ligereza de vilano
y brillos rotos de saeta.

La cojo como a criatura
y mis manos la espolvorean,
y resbalando con el gesto
de lo que cae y se sujeta
halla la blanca y desolada

duna de sal de mi cabeza.

Me salaba los lagrimales
y los caminos de mis venas,
y de pronto me perdería
como en juego de compañera,
pero en mis palmas, al regreso,
con mi sangre se reencuentra...

Mano a la mano nos tenemos
como Raquel, como Rebeca.
Yo volteo su cuerpo roto
y ella voltea mi guedeja,
y nos contamos las Antillas
y desvariamos las Provenzas.

Ambas éramos de las olas
y sus espejos de salmuera,
y del mar libre nos trajeron
a una casa profunda y quieta;
y el puñado de Sal y yo,
en beguinas o en prisioneras,
las dos llorando, las dos cautivas,
atravesamos por la puerta...

AGUA

Hay países que yo recuerdo
como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río,
de pastales, de vegas y aguas.
Aldea mía sobre el Ródano,
rendida en río y en cigarras;
Antilla en palmas verdinegras

que a medio mar está y me llama;
¡roca lígure de Portofino:
mar italiana, mar italiana!

Me han traído a país sin río,
tierras-Agar, tierras sin agua;
Saras blancas y Saras rojas,
donde pecaron otras razas,
de pecado rojo de atridas
que cuentan gredas tajeadas;
que no nacieron como un niño
con unas carnazones grasas,
cuando las oigo, sin un silbo,
cuando las cruzo, sin mirada.

Quiero volver a tierras niñas;
llévenme a un blando país de aguas.
En grandes pastos envejezca
y haga al río fábula y fábula.
Tenga una fuente por mi madre
y en la siesta salga a buscarla,
y en jarras baje de una peña
un agua dulce, aguda y áspera.

Me venza y pare los alientos
el agua acérrima y helada.
¡Rompa mi vaso y al beberla
me vuelva niñas las entrañas!

CASCADA EN SEQUEDAL

Ganas tengo de cantar,
sin razón de mi algarada;
ni vivo en la tierra

de donde es la palma,

ni la madre mía
entra por mi casa,
ni regreso a ella
gritando en la barca...

Ganas de cantar
partiendo tres ráfagas,
sin poder cantar
de lo alborotada;

por la luz devuelta
que anduvo trocada;
por sierras que paso
con su tribu de hayas,

y un ruido que suena,
no sé dónde, de aguas,
que me viene al pecho
y que es de cascada.

Cae donde cae
y ayer no rodaba;
cerca de mi cuerpo
se despeña y llama.

Me paro y escucho,
sin ir a buscarla:
¡agua, madre mía,
e hija mía, el agua!

¡Yo la quiero ver
y no puedo, de ansia,
y sigue cayendo,
l’agua palmoteada!

EL AIRE

A José M.ª Quiroga Pla

En el llano y la llanada
de salvia y menta salvaje,
encuentro como esperándome
el Aire.

Gira redondo, en un niño
desnudo y voltijeante,
y me toma y arrebata
por su madre.

Mis costados coge enteros,
por cosa de su donaire,
y mis ropas entregadas
por casales...

Silba en áspid de las ramas
o empina los matorrales;
o me para los alientos
como un Ángel.

Pasa y repasa en helechos
y pechugas inefables,
que son gaviotas y aletas
de Aire.

Lo tomo en una brazada;
cazo y pesco, palpitante,
ciega de plumas y anguilas

del Aire...

A lo que hiero no hiero,
o lo tomo sin lograrlo,
aventándome y cazando
en burlas de Aire...

Cuando camino de vuelta,
por encinas y pinares,
todavía me persigue
el Aire.

Entro en mi casa de piedra
con los cabellos jadeantes,
ebrios, ajenos y duros
del Aire.

En la almohada, revueltos,
no saben apaciguarse,
y es cosa, para dormirse,
de atarles...

Hasta que él allá se cansa
como un albatros gigante,
o una vela que rasgaron
parte a parte.

Al amanecer, me duermo
—cuando mis cabellos caen—
como la madre del hijo,
rota del Aire...

AMÉRICA

DOS HIMNOS[29]

A don Eduardo Santos

SOL DEL TRÓPICO

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y en el que viejos aimaráes
como el ámbar fueron quemados.
Faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco,
sol pintador y tatuador
de casta de hombres y de leopardo.
Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebrel de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos que nos busquen
en unos limos abrasados,

donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo.

Sol del Cuzco, blanco en la puna,
Sol de México canto dorado,
canto rodado sobre el Mayab[30],
maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido,
siempre herido, nunca cazado...

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni nos funde,
que no devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...

Raíz del cielo, curador
de los indios alanceados;
brazo santo cuando los salvas,
cuando los matas, amor santo.
Quetzalcóatl, padre de oficios
de la casta de ojo almendrado,
el moledor de los añiles,
el tejedor de algodón cándido;
los telares de indios enhebras
con colibríes alocados
y das las grecas pintureadas

al mujerío de Tacámbaro.
¡Pájaro Roc[31], plumón que empolla
dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto
según los dioses no llegaron,
tórtolas blancas en bandada,
maná que baja sin doblarnos.
No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuerpos los recogimos
en sacramento calcinado.

A tu llama fie a los míos,
en parva de ascuas acostados.
Sobre tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retamos,
azafranes contra el poniente,
medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años,
con Pirámide de tu nombre[32],
con pitahayas y con mangos,
con flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruapán,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,

en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,
pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,
comí sus frutos mercenarios;
en mesa dura y vaso sordo
bebí hidromieles que eran lánguidos;
recé oraciones mortecinas
y me canté los himnos bárbaros,
y dormí donde son dragones
rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores
formas y bultos en que me alzaron.
Riégame así con rojo riego;
dame el hervir vuelta tu caldo.
Emblanquéceme u oscuréceme
en tus lejías y tus cáusticos.

¡Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame habla, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
límpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos!

Hazme las sangres y las leches,
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados.
Y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron:
los coros mágicos, mecidos

sobre Palenque y Tihuanaco.

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos.
De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo;
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

CORDILLERA

¡Cordillera de los Andes,
Madre yacente y Madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta;
que en los metales y el amianto
nos aupaste las entrañas;
hallazgo de los primogénitos,
de Mama Ocllo y Manco Cápac,
tremendo amor y alzado cuerno
del hidromiel de la esperanza!

Jadeadora del Zodíaco,
sobre la esfera galopada;
corredora de meridianos,
piedra Mazzepa que no se cansa,

Atalanta que en la carrera
es el camino y es la marcha,
y nos lleva, pecho con pecho,
a lo madre y lo marejada,
a maná blanco y peán rojo
de nuestra bienaventuranza.

Caminas, madre, sin rodillas,
dura de ímpetu y confianza;
con tus siete pueblos caminas
en tus faldas acigüeñadas;
caminas la noche y el día,
desde mi Estrecho a Santa Marta,
y subes de las aguas últimas
la cornamenta del Aconcagua.
Pasas del valle de mis leches,
amoratando la higuerada;
cruzas el cíngulo de fuego
y los ríos Dióscuros lanzas[33];
pruebas Sargassos de salmuera
y desciendes alucinada...

Viboreas de las señales
del camino del Inca Huayna,
veteada de ingenierías
y tropeles de alpaca y llama,
de la hebra del indio atónito
y del ¡ay! de la quena mágica.
Donde son valles, son dulzuras;
donde repechas, das el ansia;
donde azurea el altiplano
es la anchura de la alabanza.

Extendida como una amante
y en los soles reverberada,
punzas al indio y al venado

con el jengibre y con la salvia;
en las carnes vivas te oyes
lento hormiguero, sorda vizcacha;
oyes al puma ayuntamiento
y a la nevera, despeñada,
y te escuchas el propio amor
en tumbo y tumbo de tu lava...
Bajan de ti, bajan cantando,
como de nupcias consumadas,
tumbadores de las caobas
y rompedor de araucarias.

Aleluya por el tenerte
para cosecha de las fábulas,
alto ciervo que vio san Jorge
de cornamenta aureolada
y el fantasma de Viracocha,
vaho de niebla y vaho de habla.
¡Por las noches nos acordamos
de bestia negra y plateada,
leona que era nuestra madre
y de pie nos amamantaba!

En los umbrales de mis casas,
tengo tu sombra amoratada.
Hago, sonámbula, mis rutas,
en seguimiento de tu espalda,
o devanándome en tu niebla,
o tanteando un flanco de arca;
y la tarde me cae al pecho
en una madre desollada.
¡Ancha pasión, por la pasión
de hombros de hijos jadeada!

¡Carne de piedra de la América,
halalí de piedras rodadas,

sueño de piedra que soñamos,
piedras del mundo pastoreadas;
enderezarse de las piedras
para juntarse con sus almas!
¡En el cerco del valle de Elqui,
bajo la luna de fantasma,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!

Vuelven los tiempos en sordo río
y se les oye la arribada
a la meseta de los Cuzcos
que es la peana de la gracia.
Silbaste el silbo subterráneo
a la gente color del ámbar;
te desatamos el mensaje
enrollado de salamandra;
y de tus tajos recogemos
nuestro destino a bocanada.

¡Anduvimos como los hijos
que perdieron signo y palabra,
como beduino o ismaelita,
como las peñas hondeadas,
vagabundos envilecidos,
gajos pisados de vid santa,
hasta el día de recobrarnos
como amantes que se encontraran!

Otra vez somos los que fuimos,
cinta de hombres, anillo que anda,
viejo tropel, larga costumbre
en derechura a la peana,
donde quedó la madre-augur
que desde cuatro siglos llama,
en toda noche de los Andes

y con el grito que es lanzada.

Otra vez suben nuestros coros
y el roto anillo de la danza,
por caminos que eran de chasquis[34]
y en pespunte de llamaradas.
Son otra vez adoratorios
jaloneando la montaña,
y la espiral en que columpian
mirra-copal, mirra-copaiba,
¡para tu gozo y nuestro gozo
balsámica y embalsamada!

Al fueguino sube al Caribe
por tus punas espejeadas;
a criaturas de salares
y de pinar lleva a las palmas.
Nos devuelves al Quetzalcóatl
acarreándonos al Maya,
y en las mesetas cansa-cielos,
donde es la luz transfigurada,
braceadora, ata a tus pueblos
como juncales de sabana.

¡Suelde el caldo de tus metales
los pueblos rotos de tus abras;
cose tus ríos vagabundos,
tus vertientes acainadas.
Puño de hielo, palma de fuego,
a hielo y fuego purifícanos!
¡Te llamemos en aleluya
y en letanía arrebatada:
¡Especie eterna y suspendida,
Alta-ciudad—Torres-doradas,
Pascual Arribo de tu gente,
Arca tendida de la Alianza!

EL MAÍZ

I

El maíz del Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento me huye,
jugando a que lo encuentre,
y que me cubre y me baña
el Quetzalcóatl[35] verde
de las colas trabadas
que lamen y que hieren.
Braceo en la oleada
como el que nade siempre;
a puñados recojo
las pechugas huyentes,
riendo risa india
que mofa y que consiente,
y voy ciega en marea
verde resplandeciente,
braceándole la vida,
braceándole la muerte.

II

El Anáhuac lo ensanchan
maizales que crecen.
La tierra, por divina,
parece que la vuelen.
En la luz solo existen

eternidades verdes,
remada de esplendores
que bajan y que ascienden.
Las Sierras Madres pasan
su pasión vehemente.
El indio que los cruza
como que no parece.
Maizal hasta donde
lo postrero emblanquece,
y México se acaba
donde el maíz se muere.

III

Por bocado de Xóchitl,
madre de las mujeres,
porque el umbral en hijos
y en danza reverbere,
se matan los mexitlis
como Tlálocs[36] que jueguen
y la piel del Anáhuac
de escamas resplandece.
Xóchitl va caminando
filos y filos verdes.
Su hombre halla tendido
en caña de la muerte.
La besa con el beso
que a la nada desciende
y le siembra la carne
en el Anáhuac leve,
en donde llama un cuerno
por el que todo vuelve...

IV

Mazorca del aire[37]
y mazorcal terrestre,
el tendal de los muertos
y el Quetzalcóatl verde,
se están como uno solo
mitad frío y ardiente,
y la mano en la mano,
se velan y se tienen.
Están en turno y pausa
que el Anáhuac comprende,
hasta que el silbo largo
por los maíces suene
mandan que las cañas
dancen y desperecen:
¡eternidad que va
y eternidad que viene!

V

Las mesas del maíz
quieren que yo me acuerde.
El corro está mirándome
fugaz y eternamente.
Los sentados son órganos[38];
las sentadas magueyes.
Delante de mi pecho
la mazorcada tienden.
De la voz y los modos
gracia tolteca llueve.
La casta come lento,
como el venado bebe.
Dorados son el hombre,
el bocado, el aceite,
y en sesgo de ave pasan
las jícaras alegres.

Otra vez me tuvieron
estos que aquí me tienen,
y el corro, de lo eterno,
parece que espejee...

VI

El santo maíz sube
en un ímpetu verde,
y dormido se llena
de tórtolas ardientes.
El secreto maíz
en vaina fresca hierve
y hierve de unos crótalos
y de unos hidromieles.
El dios que lo consuma,
es dios que lo enceguece;
le da forma de ofrenda
por dársela ferviente;
en voladores hálitos
su entrega se disuelve.
Y México se acaba
donde la milpa muere.

VII

El pecho del maíz
su fervor lo retiene.
El ojo del maíz
tiene el abismo breve.
El habla del maíz
en valva y valva envuelve.
Ley vieja del maíz,
caída no perece,
y el hombre del maíz

se juega, no se pierde.
Ahora es en Anáhuac
y ya fue en el Oriente:
¡eternidades van
y eternidades vienen!

VIII

Molinos rompe-cielos
mis ojos no los quieren.
El maizal no aman
y su harina no muelen:
no come grano santo
la hiperbórea gente.
Cuando mecen sus hijos
de otra mecida mecen,
en vez de los niveles
de balanceadas frentes.
A costas del maíz
mejor que no naveguen:
maíz de nuestra boca
lo coma quien lo rece.
El cuerno mexicano
de maizal se vierte
y así tiemblan los pulsos
en trance de cogerle
y así canta la sangre
con el arcángel verde,
porque el mágico Anáhuac
se ama perdidamente...

IX

Hace años que el maíz
no me canta en las sienes

ni corre por mis ojos...
su crinada serpiente.
Me faltan los maíces
y me sobran las mieses.
Y al sueño, en vez de Anáhuac,
le dejo que me suelte
su mazorca infinita
que me aplaca y me duerme.
Y grano rojo y negro[39]
y dorado y en cierne,
el sueño sin Anáhuac
me cuenta hasta mi muerte...

MAR CARIBE

A E. Ribera Chevremont

Isla de Puerto Rico,
isla de palmas,
apenas cuerpo, apenas,
como la santa,
apenas posadura
sobre las aguas;
del millar de palmeras
como más alta,
y en las dos mil colinas
como llamada.

Isla en amaneceres
de mí gozada,
sin cuerpo acongojado,
trémula de alma;
de sus constelaciones
amamantada,

en la siesta de fuego
punzada de hablas,
y otra vez en el alba,
adoncellada.

Isla en caña y cafés
apasionada;
tan dulce de decir
como una infancia;
bendita de cantar
como un ¡hosanna!,
sirena sin canción
sobre las aguas,
ofendida de mar
en marejada:
¡Cordelia de las olas,
Cordelia amarga!

Seas salvada como
la corza blanca
y como el llama nuevo
del Pachacámac[40],
y como el huevo de oro
de la nidada,
y como la Ifigenia,
viva en la llama.

Te salven los Arcángeles
de nuestra raza:
Miguel castigador,
Rafael que marcha,
y Gabriel que conduce
la hora colmada.

Antes que en mí se acaben
marcha y mirada;

antes de que mi carne
sea una fábula
y antes que mis rodillas
vuelen en ráfagas...

Día de la liberación de Filipinas

«TAMBORITO PANAMEÑO»[41]

A Méndez Pereira

Panameño, panameño,
panameño de mi vida,
yo quiero que tú me lleves
al tambor de la alegría[42].

De una parte mar de espejos,
de la otra, serranía,
y partiéndonos la noche
el tambor de la alegría.

Donde es bosque de quebracho,
panamá y especiería,
apuñala de pasión
el tambor de la alegría.

Emboscado silbador,
cebo de la hechicería,
guiño de la medianoche,
panameña idolatría...

Los muñones son caoba
y la piel venadería,
y más loco a cada tumbo

el tambor de la alegría.

Jadeante como pecho
que las sierras subiría.
¡Y la noche que se funde
el tambor de la alegría!

Vamos donde tú nos quieres,
que era donde nos querías,
embozado de las greñas,
tamborito de alegría.

Danza de la gente roja,
fiebre de panamería,
vamos como quien se acuerda
al tambor de la alegría.

Como el niño que en el sueño
a su madre encontraría,
vamos a la leche roja
del tambor de la alegría.

Mar pirata, mar fenicio,
nos robó a la paganía,
y nos roba al robador
el tambor de la alegría.

¡Vamos por ningún sendero,
que el sendero sobraría,
por el tumbo y el jadeo
del tambor de la alegría!

SAUDADE[43]

PAÍS DE LA AUSENCIA

A Ribeiro Couto

País de la ausencia,
extraño país,
más ligero que ángel
y seña sutil,
color de alga muerta,
color de neblí,
con edad de siempre,
sin edad feliz.

No echa granada,
no cría jazmín,
y no tiene cielos
ni mares de añil.
Nombre suyo, nombre,
nunca se lo oí,
y en país sin nombre
me voy a morir.

Ni puente ni barca
me trajo hasta aquí,
no me lo contaron
por isla o país.
Yo no lo buscaba
ni lo descubrí.

Parece una fábula

que yo me aprendí,
sueño de tomar
y de desasir.
Y es mi patria donde
vivir y morir.

Me nació de cosas
que no son país;
de patrias y patrias
que tuve y perdí;
de las criaturas
que yo vi morir;
de lo que era mío
y se fue de mí.

Perdí cordilleras
en donde dormí;
perdí huertos de oro
dulces de vivir;
perdí yo las islas
de caña y añil,
y las sombras de ellos
me las vi ceñir
y juntas y amantes
hacerse país.

Guedejas de nieblas
sin dorso y cerviz,
alientos dormidos
me los vi seguir,
y en años errantes
volverse país,
y en país sin nombre
me voy a morir.

LA EXTRANJERA

A Francis de Miomandre

«Habla con dejo de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.
En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.
Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella.
Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden solo bestezuelas.
Y va a morirse en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con solo su destino por almohada,
de una muerte callada y *extranjera»*.

BEBER[44]

Al doctor Pedro de Alba

Recuerdo gestos de criaturas
y son gestos de darme el agua.

En el valle de Río Blanco,
en donde nace el Aconcagua,
llegué a beber, salté a beber
en el fuete de una cascada,

que caía crinada y dura
y se rompía yerta y blanca.
Pegué mi boca al hervidero,
y me quemaba el agua santa,
y tres días sangró mi boca
de aquel sorbo del Aconcagua.

En el campo de Mitla, un día
de cigarras, de sol, de marcha,
me doblé a un pozo y vino un indio
a sostenerme sobre el agua,
y mi cabeza, como un fruto,
estaba dentro de sus palmas.
Bebía yo lo que bebía,
que era su cara con mi cara,
y en un relámpago yo supe
carne de Mitla ser mi casta.

En la isla de Puerto Rico,
a la siesta de azul colmada,
mi cuerpo quieto, las olas locas,
y como cien madres las palmas,
rompió una niña por donaire
junto a mi boca un coco de agua,
y yo bebí, como una hija,
agua de madre, agua de palma.
Y más dulzura no he bebido
con el cuerpo ni con el alma.

A la casa de mis niñeces
mi madre me llevaba el agua.
Entre un sorbo y el otro sorbo
la veía sobre la jarra.
La cabeza más se subía
y la jarra más se abajaba.
Todavía yo tengo el valle,

tengo mi sed y su mirada.
Será esto la eternidad
que aún estamos como estábamos.

Recuerdo gestos de criaturas
y son gestos de darme el agua.

TODAS ÍBAMOS A SER REINAS[45]

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.

En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán.

Lo decíamos embriagadas,
y lo tuvimos por verdad,
que seríamos todas reinas
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos, decíamos,
indudables como el Korán,
que por grandes y por cabales
alcanzarían hasta el mar.

Cuatro esposos desposarían,
por el tiempo de desposar,
y eran reyes y cantadores
como David, rey de Judá.

Y de ser grandes nuestros reinos,
ellos tendrían, sin faltar,
mares verdes, mares de algas,
y el ave loca del faisán.

Y de tener todos los frutos,
árbol de leche, árbol del pan,
el guayacán no cortaríamos
ni morderíamos metal.

Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;
pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán...

Rosalía besó marino
ya desposado con el mar,
y al besador, en las Guaitecas,
se lo comió la tempestad.

Soledad crió siete hermanos
y su sangre dejó en su pan,
y sus ojos quedaron negros
de no haber visto nunca el mar.

En las viñas de Montegrande,
con su puro seno candeal,
mece los hijos de otras reinas
y los suyos nunca-jamás.

Efigenia cruzó extranjero

en las rutas, y sin hablar,
le siguió, sin saberle nombre,
porque el hombre parece el mar.

Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.

En las nubes contó diez hijos
y en los salares su reinar,
en los ríos ha visto esposos
y su manto en la tempestad.

Pero en el valle de Elqui, donde
son cien montañas o son más,
cantan las otras que vinieron
y las que vienen cantarán:

«En la tierra seremos reinas,
y de verídico reinar,
y siendo grandes nuestros reinos,
llegaremos todas al mar».

COSAS

A Max Daireaux

Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo:

Yo toco un agua silenciosa,
parada en pastos friolentos,
que sin un viento tiritaba

en el huerto que era mi huerto.

La miro como la miraba;
me da un extraño pensamiento,
y juego, lenta, con esa agua
como con pez o con misterio.

Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.

Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fue una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo.

Viene un aroma roto en ráfagas;
soy muy dichosa si lo siento;
de tan delgado no es aroma,
siendo el olor de los almendros.

Me vuelve niños los sentidos;
le busco un nombre y no lo acierto,
y huelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro.

Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturía de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños nos tenemos.

Cuando sueño la Cordillera,
camino por desfiladeros,
y voy oyéndoles, sin tregua,
un silbo casi juramento.

Veo al remate del Pacífico
amoratado mi archipiélago,
y de una isla me ha quedado
un olor acre de alción muerto...

Un dorso, un dorso grave y dulce,
remata el sueño que yo sueño.
Es al final de mi camino
y me descanso cuando llego.

Es tronco muerto o es mi padre,
el vago dorso ceniciento.
Yo no pregunto, no lo turbo.
Me tiendo junto, callo y duermo.

Amo una piedra de Oaxaca
o Guatemala, a que me acerco,
roja y fija como mi cara
y cuya grieta da un aliento.

Al dormirme queda desnuda;
no sé por qué yo la volteo.
Y tal vez nunca la he tenido
y es mi sepulcro lo que veo...

LA OLA MUERTA

DÍA

Día, día del encontrarnos,
tiempo llamado Epifanía.
Día tan fuerte que llegó
color tuétano y ardentía,
sin frenesí sobre los pulsos
que eran tumulto y agonía,
tan tranquilo como las leches
de las vacadas con esquilas.

Día nuestro, por qué camino,
bulto sin pies, se allegaría,
que no supimos, que no velamos,
que cosa alguna lo decía,
que no silbamos a los cerros
y él sin pisada se venía.

Parecían todos iguales,
y de pronto maduró un Día.
Era lo mismo que los otros,
como son cañas y son olivas,
y a ninguno de sus hermanos,
como José, se parecía.

Le sonriamos entre los otros.
Tenga talla sobre los días,
como es el buey de grande alzada
y es el carro de las gavillas.

Lo bendigan las estaciones,
Nortes y Sures lo bendigan,
y su padre, el año, lo escoja
y lo haga mástil de la vida.

No es un río ni es un país,
ni es un metal: se llama un Día.
Entre los días de las grúas,
de las jarcias y de las trillas,
entre aparejos y faenas,
nadie lo nombra ni lo mira.

Lo bailemos y lo digamos
por galardón de Quien lo haría,
por gratitud de suelo y aire,
por su regato de agua viva,
antes que caiga como pavesa
y como cal que molerían
y se vuelquen hacia lo Eterno
sus especies de maravilla.

¡Lo cosamos en nuestra carne,
en el pecho y en las rodillas,
y nuestras manos lo repasen,
y nuestros ojos lo distingan,
y nos relumbre por la noche
y nos conforte por el día,
como el cáñamo de las velas
y las puntadas de las heridas!

ADIÓS

En costa lejana
y en mar de Pasión,
dijimos adioses
sin decir *adiós.*
Y no fue verdad
la alucinación.
Ni tú la creíste
ni la creo yo,
«y es cierto y no es cierto»
como en la canción.

Que yendo hacia el Sur
diciendo iba yo:
—Vamos hacia el mar
que devora al Sol.

Y yendo hacia el Norte
decía tu voz:
—Vamos a ver juntos
dónde se hace el Sol.

Ni por juego digas
o exageración
que nos separaron
tierra y mar, que son:
ella, sueño, y él,
alucinación.

No te digas solo
ni pida tu voz
albergue para uno
al albergador.

Echarás la sombra
que siempre se echó,
morderás la duna
con paso de dos...

¡Para que ninguno,
ni hombre ni dios,
nos llame partidos
como luna y sol;
para que ni roca
ni viento errador,
ni río con vado
ni árbol sombreador,
aprendan y digan
mentira o error
del Sur y del Norte,
del uno y del dos!

AUSENCIA

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban,
en lanzaderas, debajo tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.
Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuese, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
¡y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de mares solos!

¡Se nos va todo, se nos va todo!

MURO

Muro fácil y extraordinario,
muro sin peso y sin color:
un poco de aire en el aire.
Pasan los pájaros de un sesgo,
pasa el columpio de la luz,
pasa el filo de los inviernos
como el resuello del verano;
pasan las hojas en las ráfagas
y las sombras incorporadas.

¡Pero no pasan los alientos,
pero el brazo no va a los brazos
y el pecho al pecho nunca alcanza!

VIEJO LEÓN

Tus cabellos ya son
blancos también;
miedo, la dura voz,
la boca, «amén».

Tarde se averiguó,
tarde se ven
ojos sin resplandor,
sorda la sien.

Tanto se padeció
para aprender
apagado el fogón,
rancia la miel.

Mucho amor y dolor
para saber
canoso a mi león,
¡viejos sus pies!

ENFERMO

Vendrá del Dios alerta
que cuenta lo fallido.
Por diezmo no pagado,
rehén me fue cogido.
Por algún daño oscuro
así me han afligido.

Está dentro la noche
ligero y desvalido
como una corta fábula
su cuerpo de vencido.

Parece tan distante
como el que no ha venido,
el que me era cercano
como aliento y vestido.

Apenas late el pecho
tan fuerte de latido.
¡Y cae si yo suelto
su cuello y su sentido!
Me sobra el cuerpo vano
de madre recibido;
y me sobra el aliento
en vano retenido:
me sobran nombre y forma
junto al desposeído.

Afuera dura un día
de aire aborrecido.
Juega como los ebrios
el aire que lo ha herido.
Juega a diamante y hielo
con que cortó lo unido
y oigo su voz cascada
de destino perdido...

CRIATURAS

CANCIÓN DE LAS MUCHACHAS MUERTAS

Recuerdo de mi sobrina Graciela

¿Y las pobres muchachas muertas,
escamoteadas en abril,
las que asomáronse y hundiéronse
como en las olas el delfín?

¿Adónde fueron y se hallan,
encuclilladas por reír
o agazapadas esperando
voz de un amante que seguir?

¿Borrándose como dibujos
que Dios no quiso reteñir
o anegadas poquito a poco
como en sus fuentes un jardín?

A veces quieren en las aguas
ir componiendo su perfil,
y en las carnudas rosas-rosas
casi consiguen sonreír.

En los pastales acomodan
su talle y bulto de ceñir
y casi logran que una nube
les preste cuerpo por ardid;

casi se juntan las deshechas;
casi llegan al sol feliz;
casi reniegan su camino
recordando que eran de aquí;

casi deshacen su traición
y van llegando a su redil.
¡Y casi vemos en la tarde
el divino millón venir!

DESHECHA

Hay una congoja de algas
y una sordera de arenas,
un solapamiento de aguas
con un quebranto de hierbas.

Estamos bajo la noche
las criaturas completas:
los muros, blancos de fieles;
el pinar lleno de esencia,
una pobre fuente impávida
y un dintel de frente alerta.

Y mirándonos en ronda,
sentimos como vergüenza
de nuestras rodillas íntegras
y nuestras sienes sin mengua.

Cae el cuerpo de una madre
roto en hombros y en caderas;
cae en un lienzo vencido
y en unas tardas guedejas.

La oyen caer sus hijos
como la duna su arena;
en mil rayas soslayadas,
se va y se va por la puerta.

Y nadie para el estrago,
y están nuestras manos quietas,
mientras que bajan sus briznas
en un racimo de abejas.

Descienden abandonados
sus gestos que no sujeta,
y su brazo se relaja,
y su color no se acuerda.

¡Y pronto va a estar sin nombre
la madre que aquí se mienta,
y ya no le convendrán
perfil, ni casta, ni tierra!

Ayer no más era una
y se podía tenerla,
diciendo nombre verídico
a la madre verdadera.

De sien a pies, era única
como el compás o la estrella.
Ahora ya es el reparto
entre dos devanaderas
y el juego de «toma y daca»
entre Miguel y la Tierra.

Entre orillas que se ofrecen,
vacila como las ebrias
y después sube tomada
de otro aire y otra ribera.

Se oye un duelo de orillas
por la madre que era nuestra:
una orilla que la toma
y otra que aún la jadea.

¡Llega al tendal dolorido
de sus hijos en la aldea,
el trance de su conflicto
como de un río en el delta!

CONFESIÓN

I

Pende en la comisura de tu boca,
pende tu confesión, y yo la veo:
casi cae a mis manos.

Di tu confesión, hombre de pecado,
triste de pecado, sin paso alegre,
sin voz de álamos, lejano de los que amas,
por la culpa que no se rasga como el fruto.

Tu madre es menos vieja
que la que te oye, y tu niño es tan tierno
que lo quemas como un helecho si se la dices.

Yo soy vieja como las piedras para oírte,

profunda como el musgo de cuarenta años,
para oírte;
con el rostro sin asombro y sin cólera,
cargado de piedad desde hace muchas vidas,
para oírte.

Dame los años que tú quieras darme,
y han de ser menos de los que yo tengo,
porque otros ya, también sobre esta arena,
me entregaron las cosas que no se oyen en vano,
y la piedad envejece como el llanto
y engruesa el corazón como el viento a la duna.

Di la confesión para irme con ella
y dejarte puro.
No volverás a ver a la que miras
ni oirás más la voz que te contesta;
pero serás ligero como antes
al bajar las pendientes y al subir las colinas,
y besarás de nuevo sin zozobra
y jugarás con tu hijo en unas peñas de oro.

II

Ahora tú echa yemas y vive
días nuevos y que te ayude el mar con yodos.
No cantes más canciones que supiste
y no mientes los pueblos ni los valles
que conocías, ni sus criaturas.
¡Vuelve a ser el delfín y el buen petrel
loco de mar y el barco empavesado!

Pero siéntate un día
en otra duna, al sol, como me hallaste,
cuando tu hijo tenga ya treinta años,

y oye al otro que llega,
cargado como de alga el borde de la boca.
Pregúntale también con la cabeza baja,
y después no preguntes, sino escucha
tres días y tres noches.
¡Y recibe su culpa como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
sobre tus dos rodillas!

JUGADORES

Jugamos nuestra vida
y bien se nos perdió.
Era robusta y ancha
como montaña al sol.

Y se parece al bosque
raído, y al dragón
cortado, y al mar seco,
y a ruta sin veedor.

La jugamos por nuestra
como sangre y sudor,
y era para la dicha
y la Resurrección.

Otros jugaban dados,
otros colmado arcón;
nosotros los frenéticos,
jugamos lo mejor.

Fue más fuerte que vino
y que agua de turbión
ser en la mesa el dado

y ser el jugador.

Creímos en azares,
en el *sí* y en el *no*.
Jugábamos, jugando,
infierno y salvación.

No nos guarden la cara,
la marcha ni la voz;
ni nos hagan fantasma
ni nos vuelvan canción.

Ni nombre ni semblante
guarden del jugador.
¡Volveremos tan nuevos
como ciervo y alción!

Si otra vez asomamos,
si hay segunda ración,
traer, no traeremos
cuerpo de jugador.

LEÑADOR

Quedó sobre las hierbas
el leñador cansado,
dormido en el aroma
del pino de su hachazo.
Tienen sus pies majadas
las hierbas que pisaron.
Le canta el dorso de oro
y le sueñan las manos.
Veo su umbral de piedra,
su mujer y su campo.

Las cosas de su amor
caminan su costado;
las otras que no tuvo
le hacen como más casto,
y el soñoliento duerme
sin nombre, como un árbol.

El mediodía punza
lo mismo que venablo.
Con una rama fresca
la cara le repaso.
Se viene de él a mí
su día como un canto
y mi día le doy
como pino cortado.

Regresando, a la noche,
por lo ciego del llano,
oigo gritar mujeres
al hombre retardado;
y cae a mis espaldas
y tengo en cuatro dardos
nombre del que guardé
con mi sangre y mi hálito.

MUJERES CATALANAS

«Será que llama y llama vírgenes
la vieja mar epitalámica;
será que todas somos una
a quien llamaban Nausicaa».
«Que besamos mejor en dunas
que en los umbrales de las casas,
probando boca y dando boca

en almendras dulces y amargas».

«Podadoras de los olivos,
y moledoras de almendrada,
descendemos de Montserrat
por abrazar la marejada...».

GRACIAS EN EL MAR

A Margot Arce

Por si nunca más yo vuelvo
de la santa mar amarga
y no alcanza polvo tuyo
a la puerta de mi casa,
en el mar de los regresos,
con la sal en la garganta,
voy cantándote al perderme:
—¡Gracias, gracias!

Por si ahora hay más silencio
en la entraña de tu casa,
y se vuelve, anocheciendo,
la diorita sin mirada,
de la joven mar te mando,
en cien olas verdes y altas
Beatrices y Leonoras,
y Leonoras y Beatrices,
a cantar sobre tu costa:
—¡Gracias, gracias!

Por si pones al comer
plato mío, miel, naranjas;
por si cantas para mí,

con la roja fe insensata;
por si mis espaldas ves
en el claro de las palmas,
para ti dejo en el mar
¡gracias, gracias!

Por si roban tu alegría
como casa transportada;
por si secan en tu rostro
el maná que es de tu raza,
para que en un hijo tuyo
vuelvas, en segunda albada,
digo vuelta hacia el Oeste:
—¡Gracias, gracias!

Por si no hay después encuentros
en ninguna Vía Láctea,
ni país donde devuelva
tu piedad de blanco llama,
en el hoyo que es sin párpado
ni pupila, de la nada,
oigas tú mis dobles gritos,
y te alumbren como lámparas
y te sigan como canes:
—¡Gracias, gracias!

Para tallarte
gruta de plata
o hacerte el puño
de la granada,
en donde duermas
profunda y alta,
y de la muerte seas librada,
mitad del mar yo canto:
—¡Gracias, gracias!

Para mandarte
oro en la ráfaga,
y hacer metal
mi bocanada,
y crearte ángeles
de una palabra,
canto vuelta al Oeste:
—¡Gracias, gracias!

VIEJA

Ciento veinte años tiene, ciento veinte,
y está más arrugada que la Tierra.
Tantas arrugas lleva que no lleva otra cosa
sino alforzas y alforzas como la pobre estera.

Tantas arrugas hace como la duna al viento,
y se está al viento que la empolva y pliega;
tantas arrugas muestra que le contamos solo
sus escamas de pobre carpa eterna.

Se le olvidó la muerte inolvidable,
como un paisaje, un oficio, una lengua.
Y a la muerte también se le olvidó su cara,
porque se olvidan las caras sin cejas.

Arroz nuevo le llevan en las dulces mañanas;
fábulas de cuatro años al servirle le cuentan;
aliento de quince años al tocarla le ponen;
cabellos de veinte años al besarla le allegan.

Mas la misericordia que la salva es la mía.
Yo le regalaré mis horas muertas,
y aquí me quedaré por la semana,

pegada a su mejilla y a su oreja.

Diciéndole la muerte lo mismo que una patria;
dándosela en la mano como una tabaquera;
contándole la muerte como se cuenta a Ulises,
hasta que me la oiga y me la aprenda.

«La Muerte», le diré al alimentarla;
y «La Muerte», también, cuando la duerma;
«La Muerte», como el número y los números,
como una antífona y una secuencia.

Hasta que alargue su mano y la tome,
lúcida al fin en vez de soñolienta,
abra los ojos, la mire y la acepte
y despliegue la boca y se la beba.

Y que se doble lacia de obediencia
y llena de dulzura se disuelva,
con la ciudad fundada el año suyo
y el barco que lanzaron en su fiesta.

Y yo pueda sembrarla lealmente,
como se siembran maíz y lenteja,
donde a tiempo las otras se sembraron,
más dóciles, más prontas y más frescas.

El corazón aflojado soltando,
y la nuca poniendo en una arena,
las viejas que pudieron no morir:
Clara de Asís, Catalina y Teresa.

POETA[46]

A Antonio Aita

«En la luz del mundo
yo me he confundido.
Era pura danza
de peces benditos,
y jugué con todo
el azogue vivo.
Cuando la luz dejo,
quedan peces lívidos
y a la luz frenética
vuelvo enloquecido».

«En la red que llaman
la noche fui herido,
en nudos de Osas
y luceros vivos.
Yo le amaba el coso
de lanzas y brillos,
hasta que por red
me la he conocido
que pescaba presa
para los abismos».

«En mi propia carne
también me he afligido.
Debajo del pecho
me daba un vagido.
Y partí mi cuerpo
como un enemigo,
para recoger
entero el gemido».

«En límite y límite
que toqué fui herido.
Los tomé por pájaros

del mar, blanquecinos.
Puntos cardinales
son cuatro delirios...
Los anchos alciones
no traigo cautivos
y el morado vértigo
fue lo recogido».

«En los filos altos
del alma he vivido:
donde ella espejea
de luz y cuchillos,
en tremendo amor
y en salvaje ímpetu,
en grande esperanza
y en rasado hastío.
Y por las cimeras
del alma fui herido».

«Y ahora me llega
del mar de mi olvido
ademán y seña
de mi Jesucristo
que, como en la fábula,
el último vino,
y en redes ni cáñamos
ni lazos me ha herido».

«Y me doy entero
al Dueño divino
que me lleva como
un viento o un río,
y más que un abrazo
me lleva ceñido,
en una carrera
en que nos decimos

nada más que «¡Padre!»
y nada más que «¡Hijo!».

PALOMAS

En la azotea de mi siesta
y al mediodía que la agobia,
dan conchitas y dan arenas
las pisadas de las palomas...

La siesta blanca, la casa terca
y la enferma que abajo llora,
no oyen anises ni pespuntes
de estas pisadas de palomas.

Levanto el brazo con el trigo,
vieja madre consentidora,
y entonces canta y reverbera
mi cuerpo lleno de palomas.

Tres me sostengo todavía
y les oigo la lucha ronca,
hasta que vuelan aventadas
y me queda paloma sola...

No sé las voces que me llaman
ni la siesta que me sofoca:
¡epifanía de mi falda,
Paloma, Paloma!

RECADOS[47]

RECADO DE NACIMIENTO PARA CHILE

Mi amigo me escribe: «Nos nació una niña».
La carta esponjada me llega
de aquel vagido; y yo la abro y pongo
el vagido caliente en mi cara.

Les nació una niña con los ojos suyos,
que son tan bellos cuando tiene dicha,
y tal vez con el cuello de la madre
que es parecido a cuello de vicuña.

Les nació de sorpresa una noche
como se abre la hoja del plátano.
No tenía pañales cortados
la madre, y rasgó el lienzo al dar su grito.

Y la chiquita se quedó una hora
con su piel de suspiro,
como el niño Jesús en la noche,
lamida del Géminis, el León y el Cangrejo,
cubierta del Zodíaco de enero.

Se la pusieron a la madre al pecho

y ella se vio como recién nacida,
con una hora de vida y los ojos
pegados de cera...

Le decía al bultito los mismos primores
que María la de las vacas, y María la de las cabras
«Conejo cimarrón», «Suelta de talle»[48]...
Y la niña gritaba pidiéndole
volver donde estuvo sin cuatro estaciones...

Cuando abrió los ojos,
la besaron los monstruos arribados:
la tía Rosa, la *china* Juana,
dobladas como los grandes quillayes
sobre la perdiz de dos horas.

Y volvió a llorar despertando vecinos,
noticiando al barrio,
importante como la Armada británica,
sin querer aplacarse hasta que todos hubiesen sabido...
Le pusieron mi nombre,
para que coma salvajemente fruta,
quiebre las hierbas donde repose
y mire el mundo tan familiarmente
como si ella lo hubiese creado, y por gracia...

Mas añadieron en aquel conjuro
que no tenga nunca mi suelta imprudencia,
que no labre panales para osos
ni se ponga a azotar a los vientos...

Pienso ahora en las cosas pasadas,
en esa noche cuando ella nacía
allá en un claro de mi Cordillera.

Yo soñaba una higuera de Elqui

que manaba su leche en mi cara.
El paisaje era seco, las piedras
mucha sed, y la siesta, una rabia.

Me he despertado y me ha dicho mi sueño:
«Lindo suceso camina a tu casa».

Ahora les escribo los encargos:
No me le opriman el pecho con faja.
Llévenla al campo verde de Aconcagua,
pues quiero hallármela bajo un aromo
en desorden de lanas, y como encontrada.

Guárdenle la cerilla del cabello,
porque debo peinarla la primera
y lamérsela como vieja loba.
Mézanla sin canto, con el puro ritmo
de las viejas estrellas.

Ojalá que hable tarde y que crezca poco:
como la manzanilla está bien.
Que la parturienta la deje
bajo advocación de Marta o Teresa.
Marta hacía panes
para alimentar al Cristo hambreado
y Teresa gobernó sus monjas
como el viejo Fabre sus avispas bravas...

Yo creo volver para Pascua
en el tiempo de tunas[49] fundidas
y cuando en vitrales arden los lagartos.
Tengo mucho frío en Lyon
y me abrigo nombrando el sol de Vicuña.

Me la dejarán unas noches
a dormir conmigo.

Ya no tengo aquellas pesadillas duras
y vuelta el armiño, me duermo tres meses.

Dormiré con mi cara tocando
su oreja pequeña,
y así le echaré soplo de Sibila.
(Kipling cuenta de alguna pantera
que dormía olfateando un granito
de mirra pegado en su pata...)[50].

Con su oreja pequeña en mi cara,
para que, si me muero, me sienta,
pues estoy tan sola
que se asombra de que haya mujer así sola
el cielo burlón,

¡y se para en tropel el Zodíaco
a mirar si es verdad o si es fábula
esta mujer que está sola y dormida!

RECADO A LOLITA ARRIAGA, EN MÉXICO

Lolita Arriaga, de vejez divina,
Luisa Michel, sin humo y barricada,
maestra parecida a pan y aceite
que no saben su nombre y su hermosura,
pero que son «los gozos de la tierra».

Maestra en tiempo rojo de vikingos,
con escuela ambulante entre vivacs y rayos,
cargando la pollada de niños en la falda
y sorteando las líneas de fuego con las liebres.

Panadera en aldea sin pan, que tomó Villa

para que no llorasen los chiquitos, y en otra
aldea del azoro, partera a medianoche,
lavando al desnudito entre los silabarios;

o escapando en la noche del saqueo
y el pueblo ardiendo, vuelta salamandra,
con el recién nacido colgado de los dientes
y en el pecho terciadas las mujeres.

Providencia y perdón de tus violentos,
cuyas corvas azota Huitzilopochtli, el negro,
«porque todos son buenos, alanceados del diablo
que anda a zancadas a medianoche haciendo locos»...

Comadre de las cuatro preñadas estaciones,
que sabes mes de mangos, de mamey y de yucas,
mañas de raros árboles, trucos de injertos vírgenes;
floreal y frutal con la Cibeles madre.

Contadora de *casos* de iguanas y tortugas,
de bosques duros alanceados de faisanes,
de ponientes partidos por cuernos de venados
y del árbol que suda el sudor de la muerte,

vestida de tus fábulas como jaguar de rosas,
cortándolas de ti por darlas a los otros
y tejiéndome a mí el ovillo del sueño
con tu viejo relato innumerable.

Bondad abrahámica de Lola Arriaga,
maestra del Dios del cielo enseñando en Anáhuac,
sustento de milagro que me dura en los huesos
y que afirma mis piernas en las siete caídas.

Encuentro tuyo en la tierra de México,
conversación feliz en el patio con hierbas,

casa desahogada como tu corazón,
y escuela tuya y mía que es nuestro largo abrazo.

Madre mía sin sueño, velándome dormida
del odio suelto que llegaba hasta la puerta
como el tigrillo, se hallaba tus ojos,
y se alejaba con carrera rota...

Los cuentos que en la sierra a darme no alcanzaste
me los llevas a un ángulo del cielo.
¡En un rincón, sin volteadura de alas,
dos viejas blancas como la sal diciendo a México
con unos tiernos ojos como las tiernas aguas
y con la eternidad del bocado de oro
en nuestra lengua sin polvo del mundo!

RECADO PARA LAS ANTILLAS

I

La Isla celebra fiesta de la niña.
El Trópico es como Dios absoluto
y en esos soles se muere o se salva.

Anda el café como un alma vehemente
en venas anda de valle o montaña
y punza el sueño de niños oscuros:
hierve en el pan y sosiega en el agua.

De leño tiene su casa la niña
y llega el viento del mar a su cama;
llega en truhán con olor de plantíos
y entran en él toronjales y cañas.

La niña lee un poema de Blake
y de san Juan de la Cruz una estancia;
cuenta sus años y saltan los veinte
como polluelos que están en nidada...

Se los sabía y no los sabía;
en huevos de oro le colman la falda:
cuando pasea son veinte flamencos;
cuando conversa son veinte calandrias.

Ella se acuerda de Cuba y Castilla,
de adolescencias de ayer y de infancias.
Niña, jugó bajo un árbol del pan
y amó de amor en las Córdobas blancas.

Cantan sus muros de fábulas locas;
cuando se duerme, más alto le cantan;
toda canción que cantaron los hombres
ellos las tienen, las silban, las danzan;

van por los muros en aves o gnomos;
y si ella duerme a la cara le bajan
el Siboney y la india Guarina,
el mar Sargasso y el Barco Fantasma.

La negra sirve un café subterráneo,
denso en el vértigo, casto en la nata.
Entra partida de su delantal,
de risa grande y bandeja de plata.

Yo, que estoy lejos, la mando que llegue
tosca y divina como es una fábula,
y mientras bebe la niña su néctar,
la negra dice su ensalmo de magia.

Sale corriendo a encontrar sus amigas,

grita sus nombres de tierras cristianas.
Se llaman dulce, modoso o agudo:
Águeda, Juana, Clarisa, Esperanza.
Y entre ellas cruzan revoloteando
locas palomas pardi-jaspeadas.

Los mozos llegan a la hora de siesta;
son del color de la piña y el ámbar.
Cuando la miran la mientan «su sangre»,
cuando consiente, le dicen «la *Patria*».

En medio de ellos parece la piña,
dando su aroma y ceñida de espaldas.
En medio de ellas será *flambuayana*[51],
fuego que el viento tajea en mil llamas.

La aman diversa y nacida de ellos,
como los lagos se gozan sus garzas.
Y otra vez caen y vuelan en sesgo
palomas rojas y amoratadas.

II

Ahora duerme en cardumen de oro
del cielo tórrido, junto a las palmas,
adormecida en su Isla de fuego,
pura en su tierra y en su agua antillana.

Duerme su noche de aromas y duerme
sus mocedades que aún son infancias.
¡Duerme sus patrias que son las Antillas
y los destinos que están en su raza!

RECADO A RAFAELA ORTEGA, EN CASTILLA

Sabiduría de Rafaela Ortega,
hallazgo en la vía,
copa de plata ganada en mi viaje.
Se me rompe tu cara
en los cien países cruzados,
y voy a juntarla
y a colgarla en el muro de todas mis casas.

En una comisura la paciencia,
la piedad en la otra, y, al medio, la sonrisa;
gotas de aceite dorado que tiemblan,
las dos iguales como las cejas.

Grueso cuerpo sin manchas y ademanes dormidos,
algodones candeales que se van y se vienen.
Modo de hablar de madeja de lana,
tan suave, tanto, que engaña al rebelde,
porque es gobierno de cuando la toca,
imperceptible y ceñido gobierno.

Si me lo enseña, volteo este mundo,
mudo los cerros y tuerzo los ríos
y hago que dancen muchachos y viejos
sin que ellos sepan que danzan sonámbulos...

Caminar suave que el aire no parte,
para hospitales con caras volteadas
y con oídos que son inefables;
o para playas con siestas de niños
hundidos como pollada en la duna.
Ella es un ruedo de lienzos volando
sin que su viento le grite en la cofia
ni le rezongue la guija a los pies...

Vino después de su tiempo. Ha dejado

por cortesía pasar a los otros,
que se llamaban Quiroga y Las Casas.
No llegó a América a darnos oficios
—viejos oficios en tierra doncella—,
y yo por ella, perdí para siempre,
anchos telares cruzando mi cara,
el rollo de unos tapices vehementes
y el azureo muslín de una jarra.

Rojez de prisa, no se la miraron;
carrera de loca, no le conocieron.
Una reina perdió su reino,
por no galopar rompiendo los céspedes
y llegar a día y hora de repartos.

Su único pecado yo se lo conozco:
se quedó sola; reza y borda sola,
sin nube de amor sobre su cabeza
y sin arrayán de amor a su espalda,
pecado en tremenda tierra de Castilla,
donde las aldeas de soledad gritan
a cielo absoluto y tierra absoluta...

Sabiduría de Rafaela Ortega,
tarde llegó a sazonarme la lengua.
¡Igual que la oveja lame la sal gema
para un corazón que va al matadero,
yo la he conocido de paso a la muerte,
y la dejo aquí contada y bendita!

RECADO PARA LA «RESIDENCIA DE PEDRALBES», EN CATALUÑA

La casa blanca de cien puertas

brilla como ascua a mediodía.
Me la topé como a la Gracia,
me saltó al cuello como niña.
La patria no me preguntaron,
la cara no me la sabían.
Me señalaron con la mano
lecho tendido, mesa tendida,
y la fiebre me conocieron
en la cabeza de ceniza.

La palma entra por las ventanas,
el pinar viene de las colinas,
el mar llega de todas partes,
regalándole Epifanía.
La tierra es fuerte como Ulises,
el mar es fiel como Nausica.

Me miran blando las que miran;
blando hablan, recto caminan.
No pesa el techo a mis espaldas,
no cae el muro a las rodillas.
El umbral fresco como el agua
y cada sala como madrina;
la hora quieta, el muro fiel,
la loza blanca, la cama pía.
Y en silla dulce descansando
las Noemíes y las Marías.

De Cataluña es la aceituna
y el frenesí del malvasía;
de Mallorca son las naranjas;
de las Provenzas, el habla fina.
Unas manos que no se ven
traen el pan de gruesa miga
y esto pasa donde se acaba
Francia y es Francia todavía...

Los días son fieles y francos
y más prieta la noche fija.
Por los patios corre, en espejos
y en regatos, la mocería.
El silencio después se raya
de unos ángeles sin mejillas,
y en el lecho la medianoche,
como un guijarro, mi cuerpo afila.

Hacía años que no paraba,
y hacía más que no dormía.
Casas en valles y en mesetas
no se llamaron casas mías.
El sueño era como las fábulas,
la posada como el Escita;
mi sosiego la presa de agua
y mis gozos la dura mina.

Pulpa de sombra de la casa
tome mi máscara en carne viva.
La pasión mía me recuerden,
la espalda mía me la sigan.
Pene en los largos corredores
un caminar de cierva herida,
y la oración, que es la Verónica,
tenga mi faz cuando la digan.

¡Volteo el ámbito que dejo,
miento el techo que me tenía,
marco escalera, beso puerta
y doy la cara a mi agonía!

RECADO A VICTORIA OCAMPO, EN LA ARGENTINA

Victoria, la costa a que me trajiste,
tiene dulces los pastos y salobre el viento,
el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico.
Y tu casa, Victoria, tiene alhucemas,
y verídicos tiene hierro y maderas,
conversación, lealtad y muros.

Albañil, plomero, vidriero,
midieron sin compases, midieron mirándote,
midieron, midieron...
Y la casa, que es tu vaina,
medio es tu madre, medio tu hija...
Industria te hicieron de paz y sueño;
puertas dieron para tu antojo;
umbral tendieron a tus pies...

Yo no sé si es mejor fruta que pan
y es el vino mejor que la leche en tu mesa.
Tú decidiste ser «la terrestre»,
y te sirve la Tierra de la mano a la mano,
con espiga y horno, cepa y lagar.

La casa y el jardín cruzan los niños;
ellos parten tus ojos yendo y viniendo;
sus siete nombres llenan tu boca,
los siete donaires sueltan tu risa
y te enredas con ellos en hierbas locas
o te caes con ellos pasando médanos.

Gracias por el sueño que me dio tu casa,
que fue de vellón de lana merino;
por cada copo de tu árbol de ceibo,
por la mañana en que oí las torcazas;
por tu ocurrencia de «fuente de pájaros»[52],

por tanto verde en mis ojos heridos,
y bocanada de sal en mi aliento:
por tu paciencia para poetas
de los cuarenta puntos cardinales...

Te quiero porque eres vasca
y eres terca y apuntas lejos,
a lo que viene y aún no llega;
y porque te pareces a bultos naturales:
a maíz que rebosa la América
—rebosa mano, rebosa boca—,
y a la Pampa que es de su viento
y al alma hija del Dios tremendo...

Te digo adiós y aquí te dejo,
como te hallé, sentada en dunas.
Te encargo tierras de la América,
¡a ti tan ceiba y tan flamenca,
y tan andina y tan fluvial
y tan cascada cegadora
y tan relámpago de la Pampa!

Guarda libre a tu Argentina
el viento, el cielo y las trojes;
libre la Cartilla, libre el rezo,
libre el canto, libre el llanto,
el pericón y la milonga,
libre el lazo y el galope
¡y el dolor y la dicha libres!

Por la Ley vieja de la Tierra;
por lo que es, por lo que ha sido,
por tu sangre y por la mía,
¡por Martín Fierro y el gran Cuyano[53]
y por Nuestro Señor Jesucristo!

EXCUSA DE UNAS NOTAS

Alfonso Reyes creó entre nosotros el precedente de las notas del autor sobre su propio libro. Cargue él, sabio y bueno, con la responsabilidad de las que siguen.

Es justa y útil la novedad. Entre el derecho del crítico capaz —llamémosle monsieur Sage— y el que usa el eterno don Palurdo, para tratar de la pieza que cae a sus manos, cabe una lonja de derecho para que el autor diga alguna cosa. En especial el autor que es poeta y no puede dar sus razones *entre la materia alucinada que es la poesía. Monsieur Sage dirá que* sí *a la pretensión; don Palurdo dirá, naturalmente, que* no.

Una cauda de notas finales no da énfasis a un escrito, sea verso o prosa. Ayudar al lector no es protegerlo; sería, cuando más, saltarle al paso, como el duende, y acompañarle unos trechos de camino, desapareciendo en seguida...

DEDICATORIA

Tardo es mi pago de deudas. Pero en esta ausencia de doce años de mi México no tuve antes sosiego largo para juntar lo disperso y aventado. ¡La paz de los Portugales no se la tuvo antes!

MUERTE DE MI MADRE

Ella se me volvió una larga y sombría posada; se me hizo un país en que viví cinco o siete años, país amado a causa de la muerta, odioso a causa de la volteadura de mi alma en una larga crisis religiosa. No son ni buenos ni bellos los llamados «frutos del dolor», y a nadie se los deseo. De regreso de esta vida en la más prieta tiniebla, vuelvo a decir, como al final de *Desolación*, la alabanza de la alegría. El tremendo viaje acaba en la esperanza de las *Locas letanías* y cuenta su remate a quienes se cuidan de mi alma y poco saben de mí desde que vivo errante.

NOCTURNO DE LA CONSUMACIÓN

Cuantos trabajan con la expresión rimada, más aún, con la cabalmente rimada, saben que la rima, que escasea al comienzo, a poco andar se viene sobre nosotros en una lluvia cerrada, entrometiéndose dentro del verso mismo, de tal manera que, en los poemas largos, ella se vuelve lo natural y no lo perseguido... En este momento, rechazar una rima interna llega a parecer... rebeldía artificiosa. Ahí he dejado varias de esas rimas internas y espontáneas. Rabie con ellas el de oído retórico, que el niño o Juan Pueblo, criaturas poéticas cabales, aceptan con gusto la infracción.

NOCTURNO DE LA DERROTA

No solo en la escritura, sino también en mi habla, dejo por complacencia mucha expresión arcaica, sin poner más condición al

arcaísmo que la de que esté vivo y sea llano. Muchos, digo, y no todos los arcaísmos que me acuden y que sacrifico en obsequio de la persona antiarcaica que va a leer. En América esta persona resulta siempre ser una capitalina. El campo americano —y en el campo yo me crié— sigue hablando su lengua nueva veteada de ellos. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca.

ALBRICIAS

Albricia mía: En el juego de las *Albricias* que yo jugaba en mis niñeces del valle de Elqui, sea porque los chilenos nos evaporamos la *s* final, sea porque las albricias eran siempre cosa en singular —un objeto escondido que se buscaba— la palabra se volvía una especie de sustantivo colectivo. Tengo aún en el oído los gritos de las *buscadoras* y nunca más he dicho la preciosa palabra sino como la oí entonces a mis camaradas de juego.

La feliz criatura que inventó la expresión donosa y la soltó en el aire, vio el contenido de ella en pluralidad, como una especie de gajo de uvas o de puñado de algas, y en plural la dio, puesto que así *la veía*. El sentido de la palabra en la tierra mía es el de *suerte*, *hallazgo* o *regalo*. Yo corrí tras la *albricia* en mi valle de Elqui, gritándola y viéndola en unidad. Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas —adolescencia, juventud, madurez— pero no puedo mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia. Aquí quedan, pues, esas albricias en singular...

LA SOMBRA

Ya otras veces ha sido (para algún místico), el cuerpo la sombra y el alma, la «verdad verídica». Como aquí.

DOS HIMNOS

Después de la trompa épica, más elefantina que metálica, de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintanas y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor. Llegaron las flautas y los carrizos, ya no solo de maíz, sino de arroz y cebada... El tono menor fue el bien venido, y dejó sus primores, entre los que se cuentan nuestras canciones más íntimas y acaso las más puras. Pero ya vamos tocando al fondo mísero de la joyería y de la creación en acónitos. Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la Cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables.

Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América.

Lo mismo que cuando hice unas *Rondas* de niños y unas *Canciones de Cuna*, balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros y «con la estrella de la fortuna» a mitad de la frente. Puede que, como en el caso anterior, el que entendió la señal siga la ruta y alcance el logro. Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del asunto. Igual que otras veces, afronto el ridículo con la sonrisa de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arrope en el fuego...

El que discuta la necesidad de hacer de tarde en tarde el himno en tono mayor, sepa a lo menos que vamos sintiendo un empalago de lo mínimo y de lo blando, del «mucílago de linaza...».

Si nuestro Rubén, después de la *Marcha triunfal* (que es griega o romana) y del *Canto a Roosevelt*, que es ya americano, hubiese querido dejar los Parises y los Madriles y venir a perderse en la naturaleza americana por unos largos años —era el caso de perderse a las buenas—, ya no tendríamos estos temas en la cantera; estarían devastados y andarían entonando el alma del mocerío. Llega el escuadrón de mozos sin mucho gusto que digamos del «Aire Suave» o de la marquesa Eulalia. Tienen razón: el aire del mundo se ha vuelto un *puelche*[54] violento y el mar de jacintos se muda de pronto en el otro mar que los marinos llaman *acarnerado.*

SAUDADE

Suelo creer con Stefan George en un futuro préstamo de lengua a lengua latina. Por lo menos, en el de ciertas palabras, logro definitivo del genio de cada una de ellas, expresiones inconmovibles en su rango de palabras «verdaderas». Sin empacho encabezo una sección de este libro, rematado en el dulce suelo y el dulce aire portugueses, con esta palabra *saudade*. Ya sé que dan por equivalente de ella la castellana *soledades.* La sustitución vale para España; en América el sustantivo *soledad* no se aplica sino en su sentido inmediato, único que allá le conocemos.

BEBER

Falta la rima final, para algunos oídos. En el mío, desatento y basto, la palabra esdrújula no da rima precisa ni vaga. El salto del esdrújulo deja en el aire su cabriola como una trampa que engaña al amador del sonsonete. Este amador, persona colectiva que fue millón, disminuye a ojos vistas, y bien se puede servirlo a medias y también dejar de servirlo...

TODAS ÍBAMOS A SER REINAS

Esta imaginería tropical vivida en un valle caliente, aunque sea cordillerano, tenía su razón de ser. El hacendado don Adolfo Iribarren —Dios le dé bellas visiones en el cielo—, por una fantasía rara de hallar el hombre de sangre vasca, se había creado, en su casa de Montegrande, casi un parque medio botánico y zoológico. Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán y muchos árboles exóticos, entre ellos el flamboyán de Puerto Rico, que él llamaba por su nombre verdadero de «árbol de fuego» y que de veras ardía en el florecer, no menos que la hoguera.

No bautizan con Ifigenia, sino con Efigenia, en mis cerros de Elqui. A esto lo llaman disimilación los filólogos, y es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, quien avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído.

POETA

La poesía entrecomillada pertenece al orden que podría llamarse *La garganta prestada* como «Jugadores». A alguno que rehuía en la conversación su confesión o su anécdota, se le cedió filialmente la

garganta. Fue porque en la confidencia ajena corría la experiencia nuestra a grandes oleadas o fue sencillamente porque la confidencia patética iba a perderse como el vilano en el aire. Infiel es el aire al hombre que habla, y no quiere guardarle ni siquiera el hálito. Yo cumplo aquí, en vez del mal servidor...

RECADOS

Las cartas que van para muy lejos y que se escriben cada tres o cinco años suelen aventar lo demasiado temporal —la semana, el año— y lo demasiado menudo —el natalicio, el año nuevo, el cambio de casa—. Y cuando, además, se las escribe sobre el rescoldo de una poesía, sintiendo todavía en el aire el revoloteo de un ritmo solo a medias roto y algunas rimas de esas que llamé entremetidas, en tal caso, la carta se vuelve esta cosa juguetona, tirada aquí y allá por el verso y por la prosa que se la disputan.

Por otra parte, la persona nacional con quien se vivió (personas son siempre para mí los países), a cada rato se pone delante del destinatario y a trechos lo desplaza. Un paisaje de huertos o de caña o de cafetal, tapa de un golpe la cara del amigo al que sonreíamos; un cerro suele cubrir la casa que estábamos mirando y por cuya puerta la carta va a entrar llevando su manojo de noticias.

Me ha pasado esto muchas veces. No doy por novedad tales caprichos o jugarretas: otros las han hecho y, con más pudor que yo, se las guardaron. Yo las dejo en los suburbios del libro, *fuora dei muri,* como corresponde a su clase un poco plebeya o tercerona. Las incorporo por una razón atrabiliaria, es decir, por una loca razón, como son las razones de las mujeres: al cabo, estos Recados llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural en el que he vivido y en el que me voy a morir.

RAZÓN DE ESTE LIBRO

Alguna circunstancia me arranca siempre el libro que yo había dejado para las Calendas por dejadez criolla. La primera vez el maestro Onís y los profesores de español de Estados Unidos forzaron mi flojedad y publicaron *Desolación;* ahora entrego *Tala* por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo.

Tomen ellos el pobre libro de mano de su Gabriela, que es una mestiza de vasco, y se lave *Tala* de su miseria esencial por este ademán de servir, de ser únicamente el criado de mi amor hacia la sangre inocente de España, que va y viene por la Península y por Europa entera.

Es mi mayor asombro, podría decir también que mi más aguda vergüenza, ver a mi América Española cruzada de brazos delante de la tragedia de los niños vascos. En la anchura física y en la generosidad natural de nuestro Continente, había lugar de sobra para haberlos recibido a todos, evitándoles la estada en países de lengua imposible, en climas agrios y entre razas extrañas. El océano esta vez no ha servido para nuestra caridad, y nuestras playas, acogedoras de las más dudosas emigraciones, no han tenido un desembarcadero para los pies de los niños errantes de la desgraciada Vasconia. Los vascos y medio vascos de la América hemos aceptado el aventamiento de esas criaturas de nuestra sangre

y hemos leído, sin que el corazón se nos arrebate, en la prensa de cada mañana, los relatos desgarrantes del regateo que hacían algunos países para recibir los barcos de fugitivos o de huérfanos. Es la primera vez en mi vida en que yo no entiendo a mi raza y en que su actitud moral me deja en un verdadero estupor.

La grande argentina que se llama Victoria Ocampo y que no es la descastada que suele decirse, regala enteramente la impresión de este libro hecho en su editorial Sur. Dios se lo pague y los niños españoles conozcan su alto nombre.

En el caso de que la tragedia española continúe, yo confío en que mis compatriotas repetirán el gesto cristiano de Victoria Ocampo. Al cabo Chile es el país más vasco entre los de América.

La «Residencia de Pedralbes», a la cual dediqué el último poema de *Tala*, alberga un grupo numeroso de niños vascos y a mí me conmueve saber que ellos viven cobijados por un techo que también me dio amparo en un invierno duro. Es imposible en este momento rastrear desde la América las rutas y los campamentos de aquellas criaturas desmigadas en suelo europeo. Destino, pues, el producto de *Tala* a las instituciones catalanas que los han recogido dentro del territorio, de donde ojalá nunca hubiesen salido, a menos de venir a la América de su derecho natural. Dejo a cargo de Victoria Ocampo y de Palma Guillén la elección del asilo al cual se apliquen los pocos dineros recogidos.

Ruego que no despojen a los niños vascos las editoriales siguientes, que me han pirateado los derechos de autor de *Desolación* y de *Ternura*, e invoco para ello el nombre de los huérfanos españoles: la editorial catalana Bauzá y la editorial Claudio García, del Uruguay, son las autoras de aquella mala acción.

LAGAR

LOCAS MUJERES

LA OTRA

Una en mí maté:
yo no la amaba.

Era la flor llameando
del cactus de montaña;
era aridez y fuego;
nunca se refrescaba.

Piedra y cielo tenía
a pies y a espaldas
y no bajaba nunca
a buscar «ojos de agua».

Donde hacía su siesta,
las hierbas se enroscaban
de aliento de su boca
y brasa de su cara.

En rápidas resinas
se endurecía su habla,
por no caer en linda
presa soltada.

Doblarse no sabía
la planta de montaña,
y al costado de ella,
yo me doblaba...

La dejé que muriese,
robándole mi entraña.
Se acabó como el águila
que no es alimentada.

Sosegó el aletazo,
se dobló, lacia,
y me cayó a la mano
su pavesa acabada...

Por ella todavía
me gimen sus hermanas,
y las gredas de fuego
al pasar me desgarran.

Cruzando yo les digo:
—Buscad por las quebradas
y haced con las arcillas
otra águila abrasada.

Si no podéis, entonces,
¡ay!, olvidadla.
Yo la maté. ¡Vosotras
también matadla!

LA ABANDONADA

A Emma Godoy

Ahora voy a aprenderme
el país de la acedía,
y a desaprender tu amor
que era la sola lengua mía,
como río que olvidase
lecho, corriente y orillas.

¿Por qué trajiste tesoros
si el olvido no acarrearías?
Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida;
¡tanto, Dios mío, que me sobra
mi vida desde el primer día!

Denme ahora las palabras
que no me dio la nodriza.
Las balbucearé demente
de la sílaba a la sílaba:
palabra «expolio», palabra «nada»,
y palabra «postrimería»,
¡aunque se tuerzan en mi boca
como las víboras mordidas!

Me he sentado a mitad de la Tierra,
amor mío, a mitad de la vida,
a abrir mis venas y mi pecho,
a mondarme en granada viva,
y a romper la caoba roja
de mis huesos que te querían.

Estoy quemando lo que tuvimos:
los anchos muros, las altas vigas,
descuajando una por una
las doce puertas que abrías
y cegando a golpes de hacha

el aljibe de la alegría.

Voy a esparcir, voleada,
la cosecha ayer cogida,
a vaciar odres de vino
y a soltar aves cautivas;
a romper como mi cuerpo
los miembros de la «masía»
y a medir con brazos altos
la parva de las cenizas.

¡Cómo duele, cómo cuesta,
cómo eran las cosas divinas,
y no quieren morir, y se quejan muriendo,
y abren sus entrañas vívidas!
Los leños entienden y hablan,
el vino empinándose mira,
y la banda de pájaros sube
torpe y rota como neblina.

Venga el viento, arda mi casa
mejor que bosque de resinas;
caigan rojos y sesgados
el molino y la torre madrina.
¡Mi noche, apurada del fuego,
mi pobre noche no llegue al día!

LA ANSIOSA

Antes que él eche a andar, está quedado
el viento Norte, hay una luz enferma,
el camino blanquea en brazo muerto
y, sin gracia de amor, pesa la tierra.

Y cuando viene, lo sé por el aire
que me lo dice, alácrito y agudo;
y abre mi grito en la venteada un tubo
que la mima y le cela los cabellos,
y le guarda los ojos del pedrisco.

Vilano o junco ebrio parecía;
apenas era y ya no voltijea;
viene más puro que el disco lanzado,
más recto, más que el albatrós sediento,
y ahora ya la punta de mis brazos
afirman su cintura en la carrera...

Pero ya saben mi cuerpo y mi alma
que viene caminando por la raya
amoratada de mi largo grito,
sin enredarse en el fresno glorioso
ni relajarse en los bancos de arena.

¿Cómo no ha de llegar si me lo traen
los elementos a los que fui dada?
El agua me lo alumbra en los hondones,
el fuego me lo urge en el poniente
y el viento Norte aguija sus costados.

Mi grito vivo no se le relaja;
ciego y exacto lo alcanza en los riscos.
Avanza abriendo el matorral espeso
y al acercarse ya suelta su espalda,
libre lo deja y se apaga en mi puerta.

Y ya no hay voz cuando cae a mis brazos
porque toda ella quedó consumida,
y este silencio es más fuerte que el grito
si así nos deja con los rostros blancos.

LA BAILARINA

La bailarina ahora está danzando
la danza del perder cuanto tenía.
Deja caer todo lo que ella había,
padres y hermanos, huertos y campiñas,
el rumor de su río, los caminos,
el cuento de su hogar, su propio rostro
y su nombre, y los juegos de su infancia
como quien deja todo lo que tuvo
caer de cuello, de seno y de alma.

En el filo del día y el solsticio
baila riendo su cabal despojo.
Lo que avientan sus brazos es el mundo
que ama y detesta, que sonríe y mata,
la tierra puesta a vendimia de sangre
la noche de los hartos que ni duermen
y la dentera del que no ha posada.

Sin nombre, raza ni credo, desnuda
de todo y de sí misma, da su entrega,
hermosa y pura, de pies voladores.
Sacudida como árbol y en el centro
de la tornada, vuelta testimonio.

No está danzando el vuelo de albatroses
salpicados de sal y juegos de olas;
tampoco el alzamiento y la derrota
de los cañaverales fustigados.
Tampoco el viento agitador de velas,
ni la sonrisa de las altas hierbas.

El nombre no le den de su bautismo.

Se soltó de su casta y de su carne
sumió la canturía de su sangre
y la balada de su adolescencia.

Sin saberlo le echamos nuestras vidas
como una roja veste envenenada
y baila así mordida de serpientes
que alácritas y libres la repechan
y la dejan caer en estandarte
vencido o en guirnalda hecha pedazos.

Sonámbula, mudada en lo que odia,
sigue danzando sin saberse ajena
sus muecas aventando y recogiendo
jadeadora de nuestro jadeo,
cortando el aire que no la refresca
única y torbellino, vil y pura.
Somos nosotros su jadeado pecho,
su palidez exangüe, el loco grito
tirado hacia el poniente y el levante
la roja calentura de sus venas,
el olvido del Dios de sus infancias.

LA DESASIDA

En el sueño yo no tenía
padre ni madre, gozos ni duelos,
no era mío ni el tesoro
que he de velar hasta el alba,
edad ni nombre llevaba,
ni mi triunfo ni mi derrota.

Mi enemigo podía injuriarme
o negarme Pedro, mi amigo,

que de haber ido tan lejos
no me alcanzaban las flechas:
para la mujer dormida
lo mismo daba este mundo
que los otros no nacidos...

Donde estuve nada dolía:
estaciones, sol ni lunas,
no punzaban ni la sangre
ni el cardenillo del Tiempo;
ni los altos silos subían
ni rondaba el hambre los silos.
Y yo decía como ebria:
«¡Patria mía, Patria, la Patria!».

Pero un hilo tibio retuve,
—pobre mujer— en la boca,
vilano que iba y venía
por la nonada del soplo,
no más que un hilo de araña
o que un repunte de arenas.

Pude no volver y he vuelto.
De nuevo hay muro a mi espalda,
y he de oír y responder
y, voceando pregones,
ser otra vez buhonera.

Tengo mi cubo de piedra
y el puñado de herramientas.
Mi voluntad la recojo
como ropa abandonada,
desperezo mi costumbre
y otra vez retomo el mundo.

Pero me iré cualquier día

sin llantos y sin abrazos,
barca que parte de noche
sin que la sigan las otras,
la ojeen los faros rojos
ni se la oigan sus costas...

LA DESVELADA

En cuanto engruesa la noche
y lo erguido se recuesta,
y se endereza lo rendido,
le oigo subir las escaleras
Nada importa que no le oigan
y solamente yo lo sienta.
¡A qué había de escucharlo
el desvelo de otra sierva!

En un aliento mío sube
y yo padezco hasta que llega
—cascada loca que su destino
una vez baja y otras repecha
y loco espino calenturiento
castañeteando contra mi puerta—.

No me alzo, no abro los ojos,
y sigo su forma entera.
Un instante, como precitos,
bajo la noche tenemos tregua;
pero le oigo bajar de nuevo
como en una marea eterna.

Él va y viene toda la noche
dádiva absurda, dada y devuelta,
medusa en olas levantada

que ya se ve, que ya se acerca.
Desde mi lecho yo lo ayudo
con el aliento que me queda,
porque no busque tanteando
y se haga daño en las tinieblas.

Los peldaños de sordo leño
como cristales me resuenan.
Yo sé en cuáles se descansa,
y se interroga, y se contesta.
Oigo donde los leños fieles,
igual que mi alma, se le quejan,
y sé el paso maduro y último
que iba a llegar y nunca llega...

Mi casa padece su cuerpo
como llama que la retuesta.
Siento el calor que da su cara
—ladrillo ardiendo— contra mi puerta.
Pruebo una dicha que no sabía:
sufro de viva, muero de alerta,
¡y en este trance de agonía
se van mis fuerzas con sus fuerzas!

Al otro día repaso en vano
con mis mejillas y mi lengua,
rastreando la empuñadura
en el espejo de la escalera.
Y unas horas sosiega mi alma
hasta que cae la noche ciega.

El vagabundo que lo cruza
como fábula me lo cuenta.
Apenas él lleva su carne,
apenas es de tanto que era,
y la mirada de sus ojos

una vez hiela y otras quema.

No le interrogue quien lo cruce;
solo le digan que no vuelva,
que no repeche su memoria,
para que él duerma y que yo duerma.
Mate el nombre que como viento
en sus rutas turbillonea
¡y no vea la puerta mía,
recta y roja como una hoguera!

LA DICHOSA

A Paulita Brook

Nos tenemos por la gracia
de haberlo dejado todo;
ahora vivimos libres
del tiempo de ojos celosos;
y a la luz le parecemos
algodón del mismo copo.

El Universo trocamos
por un muro y un coloquio.
País tuvimos y gentes
y unos pesados tesoros,
y todo lo dio el amor
loco y ebrio de despojo.

Quiso el amor soledades
como el lobo silencioso.
Se vino a cavar su casa
en el valle más angosto
y la huella le seguimos

sin demandarle retorno...

Para ser cabal y justa
como es en la copa el sorbo,
y no robarle el instante,
y no malgastarle el soplo,
me perdí en la casa tuya
como la espada en el forro.

Nos sobran todas las cosas
que teníamos por gozos:
los labrantíos, las costas,
las anchas dunas de hinojos.
El asombro del amor
acabó con los asombros.

Nuestra dicha se parece
al panal que cela su oro;
pesa en el pecho la miel
de su peso capitoso,
y ligera voy, o grave,
y me sé y me desconozco.

Ya ni recuerdo cómo era
cuando viví con los otros.
Quemé toda mi memoria
como hogar menesteroso.
Los tejados de mi aldea
si vuelvo, no los conozco,
y el hermano de mis leches
no me conoce tampoco.

Y no quiero que me hallen
donde me escondí de todos;
antes hallen en el hielo
el rastro huido del oso.

El muro es negro de tiempo
el liquen del umbral, sordo,
y se cansa quien nos llame
por el nombre de nosotros.

Atravesaré de muerta
el patio de hongos morosos.
Él me cargará en sus brazos
en chopo talado y mondo.
Yo miraré todavía
el remate de sus hombros.
La aldea que no me vio
me verá cruzar sin rostro,
y solo me tendrá el polvo
volador, que no es esposo.

LA FERVOROSA

En todos los lugares he encendido
con mi brazo y mi aliento el viejo fuego;
en toda tierra me vieron velando
el faisán que cayó desde los cielos,
y tengo ciencia de hacer la nidada
de las brasas juntando sus polluelos.

Dulce es callando en tendido rescoldo,
tierno cuando en pajuelas lo comienzo.
Malicias sé para soplar sus chispas
hasta que él sube en alocados miembros.
Costó, sin viento, prenderlo, atizarlo:
era o el humo o el chisporroteo;
pero ya sube en cerrada columna
recta, viva, leal y en gran silencio.

No hay gacela que salte los torrentes
y el carrascal como mi loco ciervo;
en redes, peces de oro no brincaron
con rojez de cardumen tan violento.
He cantado y bailado en torno suyo
con reyes, versolaris y cabreros,
y cuando en sus pavesas él moría
yo le supe arrojar mi propio cuerpo.

Cruzarían los hombres con antorchas
mi aldea, cuando fue mi nacimiento
o mi madre se iría por las cuestas
encendiendo las matas por el cuello.
Espino, algarrobillo y zarza negra,
sobre mi único Valle están ardiendo,
soltando sus torcidas salamandras,
aventando fragancias cerro a cerro.

Mi vieja antorcha, mi jadeada antorcha
va despertando majadas y oteros;
a nadie ciega y va dejando atrás
la noche abierta a rasgones bermejos.
La gracia pido de matarla antes
de que ella mate el Arcángel que llevo.

(Yo no sé si lo llevo o si él me lleva;
pero sé que me llamo su alimento,
y me sé que le sirvo y no le falto
y no lo doy a los titiriteros).

Corro, echando a la hoguera cuanto es mío.
Porque todo lo di, ya nada llevo,
y caigo yo, pero él no me agoniza
y sé que hasta sin brazos lo sostengo.
O me lo salva alguno de los míos,
hostigando a la noche y su esperpento,

hasta el último hondón, para quemarla
en su cogollo más alto y señero.

Traje la llama desde la otra orilla,
de donde vine y adonde me vuelvo.
Allá nadie la atiza y ella crece
y va volando en albatrós bermejo.
He de volver a mi hornaza dejando
caer en su regazo el santo préstamo.

¡Padre, madre y hermana adelantados,
y mi Dios vivo que guarda a mis muertos:
corriendo voy por la canal abierta
de vuestra santa Maratón de fuego!

LA FUGITIVA

Árbol de fiesta, brazos anchos,
cascada suelta, frescor vivo
a mi espalda despeñados:
¿quién os dijo de pararme
y silabear mi nombre?

Bajo un árbol yo tan solo
lavaba mis pies de marchas
con mi sombra como ruta
y con el polvo por saya.

¡Qué hermoso que echas tus ramas
y que abajas tu cabeza,
sin entender que no tengo
diez años para aprenderme
tu verde cruz que es sin sangre
y el disco de tu peana!

Atísbame, pino-cedro,
con tus ojos verticales,
y no muevas ni descuajes
los pies de tu terrón vivo:
que no pueden tus pies nuevos
con rasgones de los cactus
y encías de las risqueras.

Y hay como un desasosiego,
como un siseo que corre
desde el hervor del Zodíaco
a las hierbas erizadas.
Viva está toda la noche
de negaciones y afirmaciones,
las del Ángel que te manda
y el mío que con él lucha;

y un azoro de mujer
llora a su cedro de Líbano
caído y cubierto de noche,
que va a marchar desde el alba
sin saber ruta ni polvo
y sin volver a ver más
su ronda de dos mil pinos.

¡Ay, árbol mío, insensato
entregado a la ventisca
a canícula y a bestia
al azar de la borrasca.
Pino errante sobre la Tierra!

LA GRANJERA

Para nadie planta la lila
o poda las azaleas
y carga el agua para nadie
en baldes que la espejean.

Vuelta a uno que no da sombra
y sobrepasa su cabeza,
estira un helecho mojado
y a darlo y a hurtárselo juega.

Abre las rejas sin que llamen,
sin que entre nadie, las cierra
y se cansa para el sueño
que la toma, la suelta y la deja.

Desvíen el agua de la vertiente
que la halla gateando ciega,
espolvoreen sal donde siembre,
entierren sus herramientas.

Háganla dormir, pónganla a dormir
como al armiño o la civeta.
Cuando duerma bajen su brazo
y avienten el sueño que sueña.

La muerte anda desvariada,
borracha camina la Tierra,
trueca rutas, tuerce dichas,
en la esfera tamborilea.

Viento y Arcángel de su nombre
trajeron hasta su puerta
la muerte de todos sus vivos
sin traer la muerte de ella.

Las fichas vivas de los hombres

en la carrera le tintinean.
¡Trocaría, perdería
la pobre muerte de la granjera!

LA HUMILLADA

Un pobre amor humillado
arde en la casa que miro.
En el espacio del mundo,
lleno de duros prodigios,
existe y pena este amor,
como ninguno ofendido.

Se cansa cuanto camina,
cuanto alienta, cuanto es vivo,
y no se rinde ese fuego,
de clavos altos y fijos.

Junto con los otros sueños,
el sueño suyo Dios hizo
y ella no quiere dormir
de aquel sueño recibido.

La pobre llama demente
violento arde y no cansino,
sin tener el viento Oeste
sin alcanzar el marino,
y arde quieta, arde parada
aunque sea torbellino.

Mejor que caiga su casa
para que ella haga camino
y que marche hasta rodar
en el pastal o los trigos.

Ella su casa la da
como se entrega un carrizo;
da su canción dolorida,
da su mesa y sus vestidos.

Pero ella no da su pecho
ni el brazo al fuego extendido,
ni la oración que le nace
como un hijo, con vagido,
ni el árbol de azufre y sangre
cada noche más crecido,
que ya la alcanza y la cubre
tomándola para él mismo!

LA QUE CAMINA

Aquel mismo arenal, ella camina
siempre hasta cuando ya duermen los otros;
y aunque para dormir caiga por tierra
ese mismo arenal sueña y camina.
La misma ruta, la que lleva al Este
es la que toma aunque la llama el Norte,
y aunque la luz del sol le da diez rutas
y se las sabe, camina la Única.
Al pie del mismo espino se detiene
y con el ademán mismo lo toma
y lo sujeta porque es su destino.

La misma arruga de la tierra ardiente
la conduce, la abrasa y la obedece
y cuando cae de soles rendida
la vuelve a alzar para seguir con ella.
Sea que ella la viva o que la muera

en el ciego arenal que todo pierde,
de cuanto tuvo dado por la suerte
esa sola palabra ha recogido
y de ella vive y de la misma muere.

Igual palabra, igual, es la que dice
y es todo lo que tuvo y lo que lleva
y por su sola sílaba de fuego
ella puede vivir hasta que quiera.
Otras palabras aprender no quiso
y la que lleva es su propio sustento
a más sola que va más la repite
pero no se la entienden sus caminos.

¿Cómo, si es tan pequeña, la alimenta?
¿Y cómo, si es tan breve, la sostiene,
y cómo, si es la misma, no la rinde,
y adónde va con ella hasta la muerte?
No le den soledad porque la mude,
ni palabra le den, que no responde.
Ninguna más le dieron, en naciendo,
y como es su gemela no la deja.

¿Por qué la madre no le dio sino esta?
¿Y por qué cuando queda silenciosa
muda no está, que sigue balbuceándola?
Se va quedando sola como un árbol
o como arroyo de nadie sabido
así marchando entre un fin y un comienzo
y como sin edad o como en sueño.
Aquellos que la amaron no la encuentran,
el que la vio la cuenta por fábula
y su lengua olvidó todos los nombres
y solo en su oración dice el del Único.

Yo que la cuento ignoro su camino

y su semblante de soles quemado,
no sé si la sombrean pino o cedro
ni en qué lengua ella mienta a los extraños.

Tanto quiso olvidar que ya ha olvidado.
Tanto quiso mudar que ya no es ella,
tantos bosques y ríos se ha cruzado
que al mar la llevan ya para perderla,
y cuando me la pienso, yo la tengo,
y le voy sin descanso recitando
la letanía de todos los nombres
que me aprendí, como ella vagabunda;
pero el Ángel oscuro nunca, nunca,
quiso que yo la cruce en los senderos.

Y tanto se la ignoran los caminos
que suelo comprender, con largo llanto,
que ya duerme del sueño fabuloso,
mar sin traición y monte sin repecho,
ni dicha ni dolor, no más olvido.

MARTA Y MARÍA

Al doctor Cruz Coke

Nacieron juntas, vivían juntas,
comían juntas Marta y María.
Cerraban las mismas puertas,
al mismo aljibe bebían,
el mismo soto las miraba,
y la misma luz las vestía.

Sonaban las lozas de Marta,
borbolleaban sus marmitas.

El gallinero hervía en tórtolas,
en gallos rojos y ave-frías,
y, saliendo y entrando, Marta
en plumazones se perdía.

Rasgaba el aire, gobernaba
alimentos y lencerías,
el lagar y las colmenas
y el minuto, la hora y el día...

Y a ella todo le voceaba
a grito herido por donde iba:
vajillas, puertas, cerrojos,
como a la oveja con esquila;
y a la otra se le callaban,
hilado llanto y Ave-Marías.

Mientras que en ángulo encalado,
sin alzar mano, aunque tejía,
María, en azul mayólica,
algo en el aire quieto hacía:
¿Qué era aquello que no se acababa,
ni era mudado ni le cundía?

Y un mediodía ojidorado,
cuando es que Marta rehacía
a diez manos la vieja Judea,
sin voz ni gesto *pasó* María.

Solo se hizo más dejada,
solo embebió sus mejillas,
y se quedó en santo y seña
de su espalda, en la cal fría,
un helecho tembloroso
una lenta estalactita,
y no más que un gran silencio

que rayo ni grito rompían.

Cuando Marta envejeció,
sosegaron horno y cocina;
la casa ganó su sueño,
quedó la escalera supina,
y en adormeciendo Marta,
y pasando de roja a salina,
fue a sentarse acurrucada
en el ángulo de María,
donde con pasmo y silencio
apenas su boca movía...

Hacia María pedía ir
y hacia ella se iba, se iba,
diciendo: «¡María!», solo eso,
y volviendo a decir: «¡María!».
Y con tanto fervor llamaba
que, sin saberlo, ella partía,
soltando la hebra del hálito
que su pecho no defendía.
Ya iba los aires subiendo,
ya «no era» y no lo sabía...

UNA MUJER

Donde estaba su casa sigue
como si no hubiera ardido.
Habla solo la lengua de su alma
con los que cruzan, ninguna.

Cuando dice «pino de Alepo»,
no dice árbol que dice un niño
y cuando dice «regato»

y «espejo de oro», dice lo mismo,

Cuando llega la noche cuenta
los tizones de su casa
o enderezada su frente
ve erguido su pino de Alepo.
(El día vive por su noche
y la noche por su milagro).

En cada árbol endereza
al que acostaron en tierra
y en el fuego de su pecho
lo calienta, lo enrolla, lo estrecha.

MUJER DE PRISIONERO

A Victoria Kent

Yo tengo en esa hoguera de ladrillos,
yo tengo al hombre mío prisionero.
Por corredores de filos amargos
y en esta luz sesgada de murciélago,
tanteando como el buzo por la gruta,
voy caminando hasta que me lo encuentro,
y hallo a mi cebra pintada de burla
en los anillos de su befa envuelto.

Me lo han dejado, como a barco roto,
con anclas de metal en los pies tiernos;
le han esquilado como a la vicuña
su gloria azafranada de cabellos.
Pero su Ángel-Custodio anda la celda
y si nunca lo ven es que están ciegos.
Entró con él al hoyo de cisterna;

tomó los grillos como obedeciendo;
se alzó a coger el vestido de cobra,
y se quedó sin el aire del cielo.

El Ángel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño;
le borra el mar de zarcos oleajes,
le sumerge una casa y un viñedo,
y le esconde mi ardor de carne en llamas,
y su esencia, y el nombre, que dieron.

En la celda, las olas de bochorno
y frío, de los dos, yo me las siento,
y trueque y turno que hacen y deshacen
de queja y queja los dos prisioneros
¡y su guardián nocturno ni ve ni oye
que dos espaldas son y dos lamentos!

Al rematar el pobre día nuestro,
hace el Ángel dormir al prisionero,
dando y lloviendo olvido imponderable
a puñados de noche y de silencio.
Y yo desde mi casa que lo gime
hasta la suya, que es dedal ardiendo,
como quien no conoce otro camino,
en lanzadera viva voy y vengo,
y al fin se abren los muros y me dejan
pasar el hierro, la brea, el cemento...

En lo oscuro, mi amor que come moho
y telarañas, cuando es que yo llego,
entero ríe a lo blanquidorado;
a mi piel, a mi fruta y a mi cesto.
El canasto de frutas a hurtadillas
destapo, y uva a uva se lo entrego;
la sidra se la doy pausadamente,

porque el sorbo no mate a mi sediento,
y al moverse le siguen —pajarillos
de perdición— sus grillos cenicientos.

Vuestro hermano vivía con vosotros
hasta el día de cielo y umbral negro;
pero es hermano vuestro, mientras sea
la sal aguda y el agraz acedo,
hermano con su cifra y sin su cifra,
y libre o tanteando en su agujero,
y es bueno, sí, que hablemos de él, sentados
o caminando, y en vela o durmiendo,
si lo hemos de contar como una fábula
cuando nos haga responder su Dueño.

Cuando rueda la nieve los tejados
o a sus espaldas cae el aguacero,
mi calor con su hielo se pelea
en el pecho de mi hombre friolento:
él ríe, ríe a mi nombre y mi rostro
y al cesto ardiendo con que lo festejo,
¡y puedo, calentando sus rodillas,
contar como David todos sus huesos!

Pero por más que le allegue mi hálito
y le funda su sangre pecho a pecho,
¡cómo con brazo arqueado de cuna
yo rompo cedro y pizarra de techos,
si en dos mil días los hombres sellaron
este panal cuya cera de infierno
más arde más, que aceites y resinas,
y que la pez, y arde mudo y sin tiempo!

UNA PIADOSA

Quiero ver al hombre del faro,
quiero ir a la peña del risco,
probar en su boca la ola,
ver en sus ojos el abismo.
Yo quiero alcanzar, si vive,
al viejo salobre y salino.

Dicen que solo mira al Este,
—emparedado que está vivo—
y quiero, cortando sus olas
que me mire en vez del abismo.

Todo se sabe de la noche
que ahora es mi lecho y camino:
sabe resacas, pulpos, esponjas,
sabe un grito que mata el sentido.

Está escupido de marea
su pecho fiel y con castigo,
está silbado de gaviotas
y tan albo como el herido
¡y de inmóvil, y mudo y ausente,
ya no parece ni nacido!

Pero voy a la torre del faro,
subiéndome ruta de filos
por el hombre que va a contarme
lo terrestre y lo divino,
y en brazo y brazo le llevo
jarro de leche, sorbo de vino...

Y él sigue escuchando mares
que no aman sino a sí mismos.
Pero tal vez ya nada escuche,
de haber parado en sal y olvido.

NATURALEZA

AMAPOLA DE CALIFORNIA

A Eda Ramelli

Llama de la California
que solo un palmo levantas
y en regreso de oro lames
las avenidas de hayas:
contra-amapola que llevas
color de miel derramada.

La nonada por prodigio,
unas semanas por dádiva,
y con lo poco que llevas,
igual que el alma, sobrada,
para rendir testimonio
y aupar acción de gracias.

En la palma apenas duras
y recoges, de tomada,
como unos labios sorbidos
tus cuatro palabras rápidas,
cuando te rompen lo erguido
y denso de la alabanza.

Californiana ardentía,
aguda como llamada,
con cuatro soplos de fuego
que das a la ruta pávida
a quien no sabes parar,
ni irte corriendo a su zaga.

Corre la ruta frenética
como la Furia lanzada,
y tú que quieres salvar
te quedas a sus espaldas,
ámbar nutriendo su arena,
sustancia californiana.

Entre altos naranjales
y pomares que se exhalan,
tú no le guiñas al hambre
ni a la sed: tan solo alabas
con las cuatro lenguas vivas
y la abrasada garganta.

Alabas rasgando el día,
más a la siesta mediada,
y al soslayo de la tarde,
ya con las vistas cegadas,
tus hijas, como los cinco
sentidos, dicen y alaban.

¿Qué eres allí donde *eres*
y estás alta y arrobada
y de donde te abajaste
acortando gozo y llama?
¡Qué íntegra estabas arriba
sin ruta y sin invernada!

¡Pobre gloria tuya y mía
(pobre tu alma, pobre mi alma)
arder sin atizadura
e igual que acicateadas,
en una orilla del mundo,
caídas de nuestra Llama!

HALLAZGO DEL PALMAR

Me hallé la mancha de palmeras.
Reina tan dulce no me sabía.
A la Minerva del pagano
o a la Virgen se parecían.
Les dieron el mayor cielo
—de verlas tan dignas sería—.
Les regalaron los veranos
y ramos de Epifanía;
y les dijeron que alimentasen
al Oriente y la raza mía.

Yo les gozaba, les gozaba
los cogollos de su alegría.
—Denme el agua fina, les dije,
y la miel de mi regalía
y la cuerda que dicen recia
y la cera que llaman pía,
(el agua de otro bautismo,
la miel para amargo día,
la cuerda de atar las fieras,
las ceras de mi agonía,
que me puedo morir de noche
y el alto cirio llega al día...).

Yo les hablaba como a madres

y el corazón se me fundía.
Yo me abrazaba a las cuelludas
y las cuelludas me cubrían.
Las palmeras en el calor
eran géiseres de agua viva;
se mecían sobre mi cuerpo
y con mi alma se mecían.

LA PIEDRA DE PARAHIBUNA

Entre hallazgos me encontré
la Piedra de Parahibuna.
La moja el primer rocío
y el sol primero la enjuga.
Ella retuesta los quiscos
y retuerce cacto y yuca.

Parece mi Cordillera
abajada, sierva y junta.
Parece Madre-Elefanta,
y el regazo que más dura
y la voz que más aúpa.
Parece el haz de una Gloria,
y el perdón de nuestras culpas,
y de lo ancha que es, la noche,
a ella no más arrebuja.

Buena para hacer la ofrenda
y alzar de lo alto su aleluya,
para encender una hoguera
u ofrecer desnudo un hijo
o morir dando el espíritu
de muerte aceptada y pura.

Niños blanquean sus faldas;
Rey que pasa la saluda;
la hebra de los indios muertos
hasta el alba se la rondan,
y mi desvelo la busca
y la halla, marchando ciego.

MUERTE DEL MAR

A Doris Dana

Se murió el Mar una noche,
de una orilla a la otra orilla;
se arrugó, se recogió,
como manto que retiran.

Igual que albatrós beodo
y que la alimaña huida,
hasta el último horizonte
con diez oleajes corría.

Y cuando el mundo robado
volvió a ver la luz del día,
él era un cuerno cascado
que al grito no respondía.

Los pescadores bajamos
a la costa envilecida,
arrugada y vuelta como
la vulpeja consumida.

El silencio era tan grande
que los pechos oprimía,
y la costa se sobraba

como la campana herida.

Donde él bramaba, hostigado
del Dios que lo combatía,
y replicaba a su Dios
con saltos de ciervo en ira,

y donde mozos y mozas
se daban bocas salinas
y en trenza de oro danzaban
solo el ruedo de la vida,

quedaron las madreperlas
y las caracolas lívidas
y las medusas vaciadas
de su amor y de sí mismas.

Quedaban dunas-fantasmas
más viudas que la ceniza,
mirando fijas la cuenca
de su cuerpo de alegrías.

Y la niebla, manoseando
plumazones consumidas,
y tanteando albatrós muerto,
rondaba como la Antígona.

Mirada huérfana echaban
acantilados y rías
al cancelado horizonte
que su amor no devolvía.

Y aunque el mar nunca fue nuestro
como cordera tundida,
las mujeres cada noche
por hijo se lo mecían.

Y aunque el sueño él volease
el pulpo y la pesadilla,
y al umbral de nuestras casas
los ahogados escupía,

de no oírle y de no verle
lentamente se moría,
y en nuestras mejillas áridas
sangre y ardor se sumían.

Con tal de verlo saltar
con su alzada de novilla,
jadeando y levantando
medusas y praderías,
con tal de que nos batiese
con sus pechugas salinas,
y nos subiesen las olas
aspadas de maravillas,

pagaríamos rescate
como las tribus vencidas
y daríamos las casas,
y los hijos y las hijas.

Nos jadean los alientos
como al ahogado en mina
y el himno y el peán mueren
sobre nuestras bocas mismas.

Pescadores de ojos fijos
le llamamos todavía,
y lloramos abrazados
a las barcas ofendidas.

Y meciéndolas meciéndolas,

tal como él se les mecía,
mascamos algas quemadas
vueltos a la lejanía,
o mordemos nuestras manos
igual que esclavos escitas.

Y cogidos de las manos,
cuando la noche es venida,
aullamos viejos y niños
como unas almas perdidas:

«¡Talassa, viejo Talassa,
verdes espaldas huidas,
si fuimos abandonados
llámanos a donde existas,

y si estás muerto, que sople
el viento color de Erinna
y nos tome y nos arroje
sobre otra costa bendita,
para contarle los golfos
y morir sobre sus islas».

OCOTILLO

Ocotillo de Arizona
sustentado en el desierto,
huesecillos requemados
crepitando y resistiendo,
tantos gestos aventados
y uno, y solo, y terco anhelo.

Por sus filos empolvados
sube un caldo de tormento.

En el viento va su lengua
como va el lebrel sediento,
y al remate está el descanso
del ansiar y del jadeo:
¡ocotillo refrescado
de su sangre, no del viento!

Rasa patria, raso polvo,
raso plexo del desierto;
duna y dunas enhebradas,
y hasta Dios, rasos los cielos,
todo arena voladora
y solo él permaneciendo;
toda hierba consumada
y no más su grito entero.

Dice «¡no!» la vieja arena
y el blanquear del castor muerto,
y el anillo de horizonte
dice «¡no!» a su prisionero,
y Dios dice «¡sí!» tan solo
por el ocotillo ardiendo.

¿A quién manda su palabra
que parece juramento?
¿A quién clama lo que pide
que será su refrigerio?
¿A quién llama todavía,
insistente como el eco?
Al nacer, ¿a quién llamó?
¿Y a quién mira y ve en muriendo?

Cuando para y cae rota
la borrasca, y no hay senderos,
voy andando, voy llegando
a su magullado cuerpo

y lo oscuro y lo ofendido
yo le enjugo y enderezo
—como a aquel que me troncharon—
con la esponja de mi cuerpo,
y mi palma lo repasa
en sus miembros que son fuego.

PALMAS DE CUBA

Isla Caribe y Siboney,
tallo de aire, peana de arena,
como tortuga palmoteada,
de conjunciones de palmeras,
clara en los turnos de la caña,
sombría en discos de la ceiba.

Palmas reales doncelleando
a medio cielo y a media tierra,
por el ciclón arrebatadas
y suspendidas y devueltas.

Corren del Este hacia el Oeste.
Por piadosas siempre regresan.
El cielo habla a Siboney
por el cuello de las palmeras
y contesta la Siboney
con avalancha de palmeras.

Si no las hallo quedo huérfana,
si no las gozo estoy aceda.
Duermo mi siesta azuleada
de un largo vuelo de cigüeñas,
y despierto si me despiertan
con su silbo de tantas flechas.

Los palmares de Siboney
me buscan, me toman, me llevan.
La palma columpia mi aliento;
de palmas llevo marcha lenta.
Tránsito y vuelo de palmeras
éxtasis lento de la Tierra.
Y en el sol acre, pasan, pasan,
y yo también pasé con ellas.
Y me llevan sus escuadrones
como es que lleva la marea
y me llevan ebria de viento
con las potencias como ebrias...

CEIBA SECA

En la llanura del Guayas
la ceiba se quedó muerta.
¿Cómo es que ella se moría,
y si murió, cómo reina?

Más noble está que de viva,
y más alta en su despojo,
y aún verídica sigue
librada de toda mengua.

El viento que pasa no sabe,
la mira y no entiende la Tierra,
y no acaba de morir
para que su cuerpo extiendan.

La larva y la sabandija
tardan en subir por ella
y la esperan en dos ríos

hormigas rubias y negras.

Murió sin hacha ni rayo
sin resuello de sequía,
murió de haber horizonte
raso de sus compañeras.

Llano y cielo no me ayudan
a acostarla en rojas gredas
con el rocío en su espalda
y el Zodíaco en sus guedejas.

Parada junto a mi Madre
antes que las hachas lleguen,
mascullando un santo salmo,
tengo que entregarla al Fuego,

al fuego rojo, al azul,
al amor llamado hoguera
que sube al Padre y la pone
sobre su Segunda Tierra.

ESPIGA URUGUAYA

Al filo del sol de enero
está granando la espiga;
ojos cerrados, dedos juntos
y la pestaña en neblina.

Tan violenta va granando
que bien se la escucharía
con que yo abaje mi mano
o le allegue mi mejilla.

Dura se hace en diez semanas
como el cobre de la mina,
la que volaba en un vaho
y en la luz no se veía.

Al granar impetuoso
no le teme, de ser niña;
pero a mí toda me azora
esta explosión de la espiga.

La muerte puede quebrarla
ahora, con seca encía
que desgranada ya vuela
libre de muerte, la espiga.

SONETOS DE LA PODA

1

PODA DE ROSAL

En el rosal, zarpado y poderoso
como Holofernes vegetal, entraron
mis pulsos del acero iluminados
a herir con seco golpe numeroso.

Yacen bajo el rosal sus dolorosos
miembros como algas de la marejada
y entra la luz en madre alborotada
por las ramas abiertas y dichosas.

Tiene, como Roldán, setenta heridas
el rosal mío y se las seca el viento,
pero quedan mis manos, del violento,
como por lengua de león lamidas...

Caen y restan en la maravilla
de un descanso perfecto abandonadas
y grito al ver las dos ensangrentadas
salamandras que tengo en las rodillas...

2

PODA DE ALMENDRO

Podo el menudo almendro contra el cielo
con una mano pura y acendrada,
como se palpa la mejilla amada
con el semblante alzado del anhelo.

Como creo la estrofa verdadera
en que dejo correr mi sangre viva,
pongo mi corazón a que reciba
la sangre inmensa de la primavera.

Mi pecho da al almendro su latido
y el tronco oye, en su médula escondido,
mi corazón como un cincel profundo.

Todos los que me amaban me han perdido,
y es mi pecho, en almendro sostenido,
la sola entrega que yo doy al mundo...

3

HIJO ÁRBOL

El árbol invernal se estampa sobre
el cielo azul, como el perfil de Erasmo
de Rotterdam, absorto por el pasmo
de su dureza y su enjutez de cobre.

Más noble así que si estuviera vivo
de frondazón sensual, con su severa
forma que aguarda a la ancha primavera
en su perfil de Erasmo pensativo.

Mas yo lo podo con amargo brío
por darle gesto como a un hijo mío
hasta que se me vuelva criatura.

Y al cielo que bosteza de su hastío
y al paisaje sin escalofrío
lo entrego como norma de amargura.

VERTIENTE

En el fondo de la huerta
mana una vertiente viva
ciega de largos cabellos
y sin espumas herida,
que de abajada no llama
y no se crece, de fina.

De la concha de mis manos
resbala, oscura y huida.
Por lo bajo que rebrota
se la bebe de rodillas,
y yo le llevo tan solo
las sedes que más se inclinan:
la sed de las pobres bestias,
la de los niños, la mía.

En la luz ella no estaba
y en la noche no se oía,

pero desde que la hallamos
la oímos hasta dormidas,
porque desde ella se viene
como punzada divina,
o como segunda sangre
que el pecho no se sabía.

Era ella quien mojaba
los ojos de las novillas.
En la oleada de alhucenas
ella iba y venía
y hablaba igual que mi habla
que los pastos calofría.

No vino a saltos de liebre
bajando la serranía.
Subió cortando carbunclos,
mordiendo las cales frías.
La vieja tierra nocturna
le rebanaba la huida;
pero llegó a su querencia
con más viaje que Tobías...

(Al que manó solo una
noche en el Huerto de olivas
no lo miraron los troncos
ni la noche enceguecida,
y no le oyeron la sangre,
de abajada que corría.

Pero nosotras que vimos
esta agua de la acedía
que nos amó sin sabernos
y caminó dos mil días;
¿cómo ahora la dejamos
en la noche desvalida?

¿Y cómo dormir lo mismo
que cuando ella no se oía?).

DESVARÍO

EL REPARTO

Si me ponen al costado
la ciega de nacimiento,
le diré, bajo, bajito,
con la voz llena de polvo:
—Hermana, toma mis ojos.

¿Ojos? ¿Para qué preciso
arriba y llena de lumbres?
En mi Patria he de llevar
todo el cuerpo hecho pupila,
espejo devolvedor
ancha pupila sin párpados.

Iré yo a campo traviesa
con los ojos en las manos
y las dos manos dichosas
deletreando lo no visto
nombrando lo adivinado.

Tome otra mis rodillas
si las suyas se quedaron
trabadas y empedernidas

por las nieves o la escarcha.
Otra tómeme los brazos
si es que se los rebanaron.
Y otras tomen mis sentidos
con su sed y con su hambre.

Acabe así, consumada
repartida como hogaza
y lanzada a sur o a norte
no seré nunca más una.

Será mi aligeramiento
como un apear de ramas
que me abajan y descargan
de mí misma, como de árbol.

¡Ah, respiro, ay dulce pago,
vertical descendimiento!

ENCARGO A BLANCA

A Blanca Subercaseaux

Yo no sé si podré venir.
A ver si te cumplo, hermana.

Llego, si vengo, en aire dulce
por no helarte la llanada
o en el filo de tu sueño
con amor, y sin palabra.

Empínate por si me cuesta
hallémonos a media marcha,
y me llevas un poco de tierra

por que recuerde mi Posada.

No temas si bulto no llevo
tampoco si llego mudada.
Y no llores si no te respondo
porque mi culpa fue la palabra.
Pero dame la tuya, la tuya,
que era como paloma posada.

GUERRA

CAÍDA DE EUROPA

A Roger Caillois

Ven, hermano, ven esta noche
a rezar con tu hermana que no tiene
hijo ni madre ni casta presente.
Es amargo rezar oyendo el eco
que un aire vano y un muro devuelven.
Ven, hermano o hermana, por los claros
del maizal antes que caiga el día
demente y ciego, sin saber que pena
la que nunca penó y acribillada
de fuegos y ahogada de humareda
arde la Vieja Madre que nos tuvo
dentro de su olivar y de su viña.

Solamente la Gea americana
vive su noche con olor de trébol,
tomillo y mejorana y escuchando
el rumor de castores y de martas
y la carrera azul de la chinchilla.
Tengo vergüenza de mi *Ave* rendida
que apenas si revuela por mis hombros

o sube y cae en gaviota alcanzada,
mientras la Madre en aflicción espera,
mirando fija un cielo de azabache
que juega a rebanarle la esperanza
y grita «No eres» a la Vieja Noche.

Somos los hijos que a su madre nombran,
sin saber a estas horas si es la misma
y con el mismo nombre nos responde,
o si mechados de metal y fuego
arden sus miembros llamados Sicilia,
Flandes, la Normandía y la Campania.

Para la compunción y la plegaria
bastan dos palmos de hierbas y de aire.
Hogaza, vino y fruta no acarreen
hasta en el día de leticia y danza
y locos brazos que columpien ramos.
En esta noche, ni mesa punteada
de falerno feliz ni de amapolas;
tampoco el sollozar; tampoco el sueño.

CAMPEÓN FINLANDÉS

Campeón finlandés, estás tendido
en la relumbre de tu último stadium,
rojo como el faisán en su vida y su muerte,
de heridas pespunteado y apurado
gárgola viva de tu propia sangre.

Has caído en las nieves de tu infancia,
en filos azulados y en espejos acérrimos
diciendo ¡no! hacia el Norte y el Este,
un ¡no! que aprieta los gajos de nieve,

endurece como diamantes los skíes
y para el tanque como un jabalí...
Nadador, pelotaris, corredor,
que te quemen el nombre y te llamen «Finlandia».
Benditos sean tu última pista,
el meridiano que tomó tu cuerpo
y el sol de medianoche, que te cedió el milagro.

Negaste al invasor el sorbo de tus lagos,
tus caminos y la hebra de tus renos,
el umbral de tu casa, el cubo de tu arena,
el arco-iris de las Vírgenes de Cristo,
la bautizada frente de tus niños.

Te miran tus quinientos lagos
que probaron tu cuerpo uno por uno.
Se empina, atarantada, por saberte, la morsa,
como cuando gritabas la Maratón ganada,
y dos renos te echan el humo del aliento
en dos pitones blancos que se hacen y deshacen...

Para que no te aúllen, te bailen ni te befen
esta noche los tártaros dementes,
cuyas botas humean de nieve y tropelía,
las mujeres te conducimos como a un hijo,
alzamos la nonada de tu cuerpo
y vamos a quemarte en tus pinos del Norte.

No lloran ni las madres ni los niños,
ni aun el hielo, en la Finlandia enjuta
como la Macabea, que da sudor de sangre
y da de mamar sangre, pero no llora llanto;
y nosotras tampoco lloramos, atizando
el ruedo y los cogollos de tu hoguera.

La hoguera es alta como el trance, y arde

sin humo y sin ceniza, toda en fucsias y en dalias,
mientras suena el infierno de los tanques,
la frontera de su metal, castañetea
y caen los aviones en sesgo de vergüenza...

Campeón finlandés, saltas ahora
más hermoso que en todos tus stadiums.
Subes y vas oreando tu sangre
con el rollo del viento que te enjuga.
¡Partes el cielo, ríes y lloras
al abrazar a Judas Macabeo!

HOSPITAL

Detrás del muro encalado
que no deja pasar el soplo
y me ciega de su blancura,
arden fiebres que nunca toco,
brazos perdidos caen manando,
ojos marinos miran, ansiosos.

En sus lechos penan los hombres,
metales blancos bajo su forro,
y cada uno dice lo mismo
que yo, en la vaina de su sollozo.

Uno se muere con su mensaje
en el desuello del fruto mondo,
y mi oído iba a escucharlo
toda la noche, rostro con rostro.

Hacia el cristal de mi desvelo,
adonde baja lo que ignoro,
caen dorsos que no sujeto,

rollos de partos que no recojo,
y vienen carnes estrujadas
de lagares que no conozco.

Juntos estamos, según las cañas,
oyéndonos como los chopos,
y más distantes que Gea y Sirio,
y el pobre coipo del faisán rojo.
Porque yo tengo y ellos tienen
muro yerto que vuelve el torso,
y no deja acudir los brazos,
ni se abre al amor deseoso.

El Celador costado blanco
nunca se parte en grietas de olmo,
y aunque me cele como un hijo
no me consiente ir a los otros:
espalda lisa que me guarda
sin volteadura y sin escorzo.

El Sordo quiere que vivamos
todos perdidos, juntos y solos,
sabiéndonos y en nuestra búsqueda,
en laberinto blanco y redondo,
hoy al igual de ayer, lo mismo
que en un cuento de hombre beodo,
aunque suban, del otro canto
de la noche, cuellos ansiosos,
y me nombren la Desvariada,
el que hace señas y el Niño loco.

LA HUELLA

Del hombre fugitivo

solo tengo la huella,
el peso de su cuerpo
y el viento que lo lleva.
Ni señales ni nombre,
ni el país ni la aldea;
solamente la concha
húmeda de su huella;
solamente esta sílaba
que recogió la arena
¡y la Tierra–Verónica
que me lo balbucea!

Solamente la angustia
que apura su carrera;
los pulsos que lo rompen,
el soplo que jadea,
el sudor que lo luce,
la encía con dentera
¡y el viento seco y duro
que el lomo le golpea!

Y el espinal que salta,
la marisma que vuela,
la mata que lo esconde,
y el sol que lo confiesa,
la duna que lo ayuda,
la otra que lo entrega,
¡y el pino que lo tumba,
y Dios que lo endereza!

¡Y su hija, la sangre,
que tras él lo vocea:
la huella, Dios mío,
la pintada huella:
el grito sin boca,
la huella, la huella!

Su señal la coman
las santas arenas.
Su huella tápenla
los perros de niebla.
Le tome de un salto
la noche que llega
su marca de hombre
dulce y tremenda.

Yo veo, yo cuento
las dos mil huellas.
¡Voy corriendo, corriendo
la vieja Tierra,
rompiendo con la mía
su pobre huella!
¡O me paro y la borran
mis locas trenzas,
o de bruces mi boca
lame la huella!

Pero la Tierra blanca
se vuelve eterna;
se alarga inacabable
igual que la cadena;
se estira en una cobra
que el Dios Santo no quiebra
¡y sigue hasta el término
del mundo la huella!

JUGARRETAS

AYUDADORES

A María Fernanda de Mélida

Mientras el niño se me duerme,
sin que lo sepa ni la tierra,
por ayudarme en acabarlo
sus cabellos hace la hierba,
sus deditos la palma-dátil
y las uñas la buena cera.
Los caracoles dan su oído
y la fresa roja su lengua,
y el arroyo le trae risas
y el monte le manda paciencias.

(Cosas dejé sin acabar
y estoy confusa y con vergüenza:
apenas sienes, apenas habla,
apenas bulto que le vean).

Los que acarrean van y vienen,
entran y salen por la puerta
trayendo orejitas de *cuye*
y unos dientes de concha-perla.

Tres Navidades y será otro,
de los tobillos a la cabeza:
será talludo, será recto
como los pinos de la cuesta.

Y yo iré entonces voceándolo
como una loca por los pueblos,
con un pregón que van a oírme
las praderías y los cerros.

CAJITA DE PASAS

A don Pedro Moral

El negro dejó a la puerta
la cajita claveteada
que me coge y me retiene
en sus clavillos las faldas.

Llena de marcas, aturdida,
como oveja que desembarcan,
trae nombre y trae cifra
su costilla ensalmuerada.

Más recta vino que el barco
por las olas insensatas,
entre dormida y despierta,
enjuta en el agua amarga,
y pasó por diez caletas
de ancla y grúas asustada...

Me la destapo con tientos,
y con miedo de azorarla;

volteo el forro de mentas
que las ciega y embalsama
y con un grito levanto
a las treinta sofocadas...
Van saliendo los sartales
de abejas y de cigarras
con sollamo de diez soles
y enjutas, pero enmieladas.

Cepa mía vendimiaron
Ana y Rosa al sol dobladas.
En sarmientos lagarteando,
donde yo corté, cortaban,
y toparon con mis dedos
de niña entre la maraña...

Los que llegan palpan todo
y se quedan sin la gracia:
ladera y viña no ven;
no cae el Valle a sus caras.
Ellos festejan racimos,
yo festejo resolanas,
gajos vivos de mi cuerpo
y la sangre mía arribada...

DOÑA VENENOS

Doña Venenos habita
a unos pasos de mi casa.
Ella quiere disfrutar
rutas, jardines y playas,
y todo ya se lo dimos,
pero no está apaciguada.

¿A qué vino de tan lejos
si viaja llevando su alma?
a los que nacen o mueren,
a los que arriban o zarpan,
y aunque son muchos sus días
¡no se cansa, no se cansa!

¿A qué vino de tan lejos
si viaja llevando su alma?
Pudo dejarla, sí, pudo,
en cactus abandonada,
y hacerse, cruzando mares,
otra de hieles *lavada*.

¿A qué vino a ser la misma
bajo el país de las palmas?
Me la dicen, me la traen
todos los días *contada*,
pero yo aún no la he visto
y me la tengo sin cara.
Cada día me conozco
árbol nuevo, bestia rara
y criaturas que llegan
a la puerta de mi casa.

¿Pero si no la vi nunca
cómo echo a la forastera?
Y si me la dejo entrar,
¿qué hace de mi paz ganada?,
¿qué de mi bien que es un árbol?

Todos me preguntan si
ya vino la malhadada
y luego me dicen que...
es peor si se retarda.

NACIMIENTO DE UNA CASA

Para Concha Romero James

Una casa va naciendo
en duna californiana
y va saltando del médano
en gaviota atolondrada.
El nacimiento lo agitan
carreras y bufonadas,
chorros silbados de arena,
risas que suelta la grava,
y ya van las vigas-madres
subiendo apelicanadas.

Puerta y puertas van llegando
reñidas con las ventanas,
unas a guardarlo todo,
otras a darlo, fiadas.
Los umbrales y dinteles
se casan en cuerpos y almas,
y unas piernas de pilares
bajan a paso de danza...

Yo no sé si es que la hacen
o de sí misma se alza;
más sé que su alumbramiento
la costa trae agitada
y van llegando mensajes
en flechas enarboladas...

El amor acudiría
si ya se funde la helada,
y por dar fe, luz y aire,

hasta tocarla se abajan,
aunque se vea tan solo
a medio alzar las espaldas...

Llegando están los trabajos
menudos, pardos y en banda,
cargando en gibados gnomos
teatinos, mimbres y lanas
que ojean buscando manos
todavía no arribadas...

Y baja en un sesgo el Ángel
Custodio de las moradas
volea la mano diestra,
jurándole su alianza
y se la entrega a la costa
en alta virgen dorada.

En torno al bendecidor
hierven cien cosas trocadas;
fiestas, bodas, nacimientos,
risas, bienaventuranzas,
y se echa una Muerte grande,
al umbral, atravesada...

OCHO PERRITOS

A Esteban Tomic

Los perrillos abrieron sus ojos
del treceavo al quinceavo día.
De golpe vieron el mundo,
con ansia, susto y alegría.
Vieron el vientre de la madre,

la puerta suya que es la mía,
el diluvio de la luz,
las azaleas floridas.

Vieron más: se vieron todos,
el rojo, el negro, el ceniza,
gateando y aupándose,
más vivos que las ardillas;
vieron los ojos de la madre
y mi grito rasgado, y mi risa.

Y yo querría nacer con ellos.
¿Por qué otra vez no sería?
Saltar de unos bananales
una mañana de maravilla,
en can, en coyota, en venada;
mirar con grandes pupilas,
correr, parar, correr, tumbarme
y gemir y saltar de alegría,
acribillada de sol y ladridos
hija de Dios, sierva oscura y divina.

LUTO

ANIVERSARIO

Todavía, Miguel, me valen,
como al que fue saqueado,
el voleo de tus voces,
las saetas de tus pasos
y unos cabellos quedados,
por lo que reste de tiempo
y albee de eternidades.

Todavía siento extrañeza
de no apartar tus naranjas
ni comer tu pan sobrado
y de abrir y de cerrar
por mano mía tu casa.

Me asombra el que, contra el logro
de Muerte y de matadores,
sigas quedado y erguido,
caña o junco no cascado
y que, llamado con voz
o con silencio, me acudas.

Todavía no me vuelven

marcha mía, cuerpo mío.
Todavía estoy contigo
parada y fija en tu trance,
detenidos como en puente,
sin decidirte tú a seguir,
y yo negada a devolverme.

Todavía somos el Tiempo,
pero probamos ya el sorbo
primero, y damos el paso
adelantado y medroso.
Y una luz llega anticipada
de La Mayor que da la mano,
y convida, y toma, y lleva.

Todavía como en esa
mañana de techo herido
y de muros humeantes,
seguimos, mano a la mano,
escarnecidos, robados,
y los dos rectos e íntegros.

Sin saber tú que vas yéndote,
sin saber yo que te sigo,
dueños ya de claridades
y de abras inefables
o resbalamos un campo
que no ataja con linderos
ni con el término aflige.

Y seguimos, y seguimos,
ni dormidos ni despiertos,
hacia la cita e ignorando
que ya somos arribados.
Y del silencio perfecto,
y de que la carne falta,

la llamada aún no se oye
ni el Llamador da su rostro.
¡Pero tal vez esto sea,
¡ay! amor mío, la dádiva
del Rostro eterno y sin gestos
y del reino sin contorno!

EL COSTADO DESNUDO

CARTA A INÉS MARÍA MUÑOZ MARÍN

Otra vez sobre la Tierra
llevo desnudo el costado,
el pobre palmo de carne
donde el morir es más rápido
y la sangre está asomada
como a los bordes del vaso.

Va el costado como un vidrio
de sien a pies alargado
o en el despojo sin voz
del racimo vendimiado,
y más desnudo que nunca,
igual que lo desollado.

Va expuesto al viento sin tino
que lo befa sobre el flanco,
y, si duermo, queda expuesto
a las malicias del lazo,
sin el aspa de ese pecho
y la torre de ese amparo.

Marchábamos sin palabra,
la mano dada a la mano,

y hablaban las sangres nuestras
en los pulsos acordados.
Ahora llevo sin habla
esa diestra, ese costado.

Ahora es el tantear
con pobres ojos de ocaso,
preguntando por mi senda
a las bestias y a los pájaros,
y el oír que la respuesta
le dan el pinar o el traro.

Otra vez la escarcha helada
más dura que el aletazo,
el rayo que va siguiéndome
de fuego envalentonado
y la noche que se cierra
en puño oscuro de tártaro.

Ya no más su vertical
como un paso adelantado
abriéndome con su mástil
los duros cielos de estaño
y conjugando en la marcha
el álamo con el álamo.

Voy solo llevando el vaho
o el hálito apareado,
sin perfil ni coyunturas
en que llega mi trocado,
niebla de mar o de sierra,
rasando dunas y pastos.

Aunque el naranjal me dé,
cuando cruzo, brazo y brazo,
y se allegue el Cirineo

o dé el niño un grito blanco,
¿quién consigue que no vea
con volverme, mi costado?

Cargo la memoria viva
en el tuétano envainado
y a cada noche yo empino
y vierto el profundo vaso,
siendo yo misma la Hebe
y siendo el vino que escancio.

Me acuerdo al amanecer
y cuando el mundo es soslayo,
y subiendo y descendiendo
los azules meridianos.
Y a cada día camino
lenta, lenta, por el diálogo
en que la memoria mana
a turnos con mi costado.

Cuando me volví memoria
y bajé a tiniebla y vaho,
arañando entre madréporas
y pulpos envenenados,
volví sin él, pero traje,
desde el Hades, como dádiva,
la anémona que es de fuego
de la verdad al costado.

Ahora que supe puedo
con lo que falta de tránsito:
apenas tres curvas, tres
blancas lejías de llanto
y se me va apresurando
el correr como el regato.

Han de ponernos en valle
limpio de celada y garfio,
claros, íntegros, fundidos
como en la estrella los radios,
en la blanca geometría
del dado junto del dado,
como fuimos en la luz,
el costado en el costado.

Van a descubrirse, juntos,
el sol y el Cristo velados,
y a fundírsenos enteros
en río de desagravio,
rasgando mi densa noche,
hebra a hebra y gajo a gajo,
y aplacando con respuestas
el grito de mi costado.

Hacia ese mediodía
y esa eternidad sin gasto,
camino con cada aliento,
sin la deuda del tardado,
en este segundo cuerpo
de yodo y sal devorado,
que va de Gea hasta Dios
rectamente como el dardo,
¡así ligero de ser
solo el filo de un costado!

LUTO

En solo una noche brotó de mi pecho,
subió, creció el árbol de luto,
empujó los huesos, abrió las carnes,

su cogollo llegó a mi cabeza.

Sobre hombros, sobre espaldas,
echó hojazones y ramas,
y en tres días estuve cubierta,
rica de él como de mi sangre.
¿Dónde me palpan ahora?
¿Qué brazo daré que no sea luto?

Igual que las humaredas
ya no soy llama ni brasas.
Soy esta espiral y esta liana
y este ruedo de humo denso.

Todavía los que llegan
me dicen mi nombre, me ven la cara;
pero yo que me ahogo me veo
árbol devorado y humoso,
cerrazón de noche, carbón consumado,
enebro denso, ciprés engañoso,
cierto a los ojos, huido en la mano.

En una pura noche se hizo mi luto
en el dédalo de mi cuerpo
y me cubrió este resuello
noche y humo que llaman luto
que me envuelve y que me ciega.

Mi último árbol no está en la tierra
no es de semilla ni de leño,
no se plantó, no tiene riesgos.
Soy yo misma mi ciprés
mi sombreadura y mi ruedo,
mi sudario sin costuras,
y mi sueño que camina
árbol de humo y con ojos abiertos.

En lo que dura una noche
cayó mi sol, se fue mi día,
y mi carne se hizo humareda
que corta un niño con la mano.

El color se escapó de mis ropas,
el blanco, el azul, se huyeron
y me encontré en la mañana
vuelta un pino de pavesas.

Ven andar un pino de humo,
me oyen hablar detrás de mi humo
y se cansarán de amarme,
de comer y de vivir,
bajo de triángulo oscuro
falaz y crucificado
que no cría más resinas
y raíces no tiene ni brotes.
Un solo color en las estaciones,
un solo costado de humo
y nunca un racimo de piñas
para hacer el fuego, la cena y la dicha.

MESA OFENDIDA

A Margaret Bates

A la mesa se han sentado,
sin señal, los forasteros,
válidos de casa huérfana
y patrona de ojos ciegos;
y al que es dueño de esta noche
y esta mesa no le tengo,

no le oigo, no le sirvo,
no le doy su mango ardiendo.

¿A qué pasaron, a qué
el umbral de roto espejo
que del animal nocturno
recogió el hedor y el peso,
cuando belfos y pelambres
los dice sus compañeros?

Mi soledad tengo a diestra
en un escarchado helecho,
y delante un pan ladeado
de dos bandas de silencio,
y mi balbuceo rueda,
como las algas, sin eco.

Nunca me he sentado a mesa
de mayor despojamiento:
la fruta es sin luz, los vasos
llegan a las manos hueros.
Tiene el pan de oro vergüenza
y el mamey un agrio ceño;
en torpe desmaño cumplen
loza, mantel, vino muerto,
y los muros dan la espalda
por no tocar lo protervo.
Y ellos del ama reciben
la respuesta de heno seco
y su mirada perdida
de pura ausencia y destierro.

Por el caído y por mí,
por habernos pecho a pecho,
era esta cita nocturna
en suelo y aire extranjeros,

nuestra y de ninguno más,
largo y sollozado encuentro.

Para que él me lo dijese
todo en río de silencio,
en un rodar y rodar
de cordillera en deshielo,
y todo lo recibiese
yo de su alma y de su cuerpo.

Mirándoles y sin verles,
esperó el liberamiento:
oír el último paso,
el tropel de los lobeznos
y ver que a purificar
la mansión llega su dueño.

LOS DOS

Cuando va acabando el día
María Madre sin marcha y senda,
llega trayéndolo consigo.
No hace ruta y siempre llega.

Van llegando, blanqui-azulados
de crepúsculo o de ausencia,
con los visos del eucalipto,
y sin paso como la niebla.

Madre María, hilos azules,
salvia en rama, cosa ligera,
nada dice, nada responde,
me lo adelanta y me lo entrega.

Se derriten las palabras,
se me deshacen como la arena
y en yéndose acuden otras
que saltarán, ¡Dios mío!, de ella.

Miguel y yo nos miramos
como era antes, *cuando la tierra,*
cuando la carne, cuando el Tiempo,
y la noche sin sus estrellas.

Ella azulada como los vidrios,
parecida al agua quieta,
dándole a mí, dándome a él,
calla, alienta y reverbera.

Ni se mueve ni se cansa,
brecha divina, rama entreabierta.

Con el corazón los llamo,
sin gesto, silbo, ni grito
y el venir es el doblarse
y ser los dos siendo que es ella.
Es mi día hora por hora
esperarles tras una puerta
segura de ellos como de mí,
ojos, oídos y alma ciertas.

El crepúsculo se me tarda
o se me apura sobre la tierra.
Maduro en fruta nunca vista
fija, alba, calenturienta.

NOCHE DE SAN JUAN

Está abriéndose la noche
como piña de sabino.
Saltan las treinta fogatas
en liebres y cabritillos.

Aquí había una casa vana
de vano leño y raso lino,
un vino sin bebedor
y una mujer sin destino.
¡Pero Juan me vio de lejos
y cruzó el Jordán contigo!

Mesa y mantel no tocados,
de intactos se hacen divinos.
Comida parece la fruta;
apurado parece el vino.
¡Nunca vimos alimentos
sin comensal consumidos!

El silencio, de no usado,
deja oír nuestros latidos,
y de huérfano el espacio,
nos deja así, cristalinos.
Y de boca ninguna llamados
seguimos rectos y embebecidos.
Nunca se entibió mi noche
de guayacán y de espino,
como de mirarte así,
yo libre y tú no cautivo.

Ya no hablas dándome el soplo,
mi abedul ensordecido,
y yo no digo ni pienso,
de bastarme lo que miro.

Así sería, mi amor,

cuando no éramos nacidos
y llameaba nuestra noche
de Casiopea y Sirio.
Cae en pavesas la memoria;
y comienza un futuro divino.

UNA PALABRA

Yo tengo una palabra en la garganta
y no la suelto, y no me libro de ella
aunque me empuje su empellón de sangre.
Si la soltase, quema el pasto vivo,
sangra al cordero, hace caer al pájaro.

Tengo que desprenderla de mi lengua,
hallar un agujero de castores
o sepultarla con cales y cales
porque no guarde como el alma el vuelo.

No quiero dar señales de que vivo
mientras que por mi sangre vaya y venga
y suba y baje por mi loco aliento.
Aunque mi padre Job la dijo, ardiendo
no quiero darle, no, mi pobre boca
porque no ruede y la hallen las mujeres
que van al río, y se enrede a sus trenzas
o al pobre matorral tuerza y abrase.

Yo quiero echarle violentas semillas
que en una noche la cubran y ahoguen
sin dejar de ella el cisco de una sílaba.
O rompérmela así, como a la víbora
que por mitad se parte con los dientes.

Y volver a mi casa, entrar, dormirme,
cortada de ella, rebanada de ella,
y despertar después de dos mil días
recién nacida de sueño y olvido.

¡Sin saber más que tuve una palabra
de yodo y piedra-alumbre entre los labios
ni saber acordarme de una noche,
de una morada en país extranjero,
de la celada y el rayo a la puerta
y de mi carne marchando sin su alma!

NOCTURNOS

MADRE MÍA

I

Mi madre era pequeñita
como la menta o la hierba;
apenas echaba sombra
sobre las cosas, apenas,
y la Tierra la quería
por sentírsela ligera
y porque le sonreía
en la dicha y en la pena.

Los niños se la querían,
los viejos y la hierba;
la luz que ama la gracia,
la busca y la corteja.

A causa de ella será
este amar lo que no se alza,
lo que sin rumor camina
y silenciosamente habla:
las hierbas aparragadas
y el espíritu del agua.

¿A quién se lo estoy contando
desde la Tierra extranjera?
A las mañanas la digo
para que se le parezcan:
y en mi ruta interminable
voy contándola a la Tierra.

Y cuando es que viene y llega
una voz que lejos canta,
perdidamente la sigo,
y camino sin hallarla.

¿Por qué la llevaron tan
lejos que no se la alcanza?
¿Y si me acudía siempre
por qué no responde y baja?

¿Quién lleva su forma ahora
para salir a encontrarla?
Tan lejos camina ella que
su aguda voz no me alcanza.
Mis días los apresuro
como quien oye llamada.

Esta noche que está llena
de ti, solo a ti entregada,
aunque estés sin tiempo tómala,
siéntela, óyela, alcánzala.
Del día que acaba queda
nada más que espera y ansia.

II

Algo viene de muy lejos,

algo acude, algo adelanta;
sin forma ni rumor viene
pero de llegar no acaba.
¿Y aunque viene así de recta
por qué camina y no alcanza?

Eres tú la que camina,
en lo leve y en lo cauta.
Llega, llega, llega al fin,
la más fiel y más amada.
¿Qué te falta donde moras?
¿Es tu río, es tu montaña?
¿O soy yo misma la que
sin entender se retarda?

No me retiene la Tierra
ni el Mar que como tú canta;
no me sujetan auroras
ni crepúsculos que fallan.

Estoy sola con la Noche,
la Osa Mayor, la Balanza,
por creer que en esta paz
puede viajar tu palabra
y romperla mi respiro
y mi grito ahuyentarla.

Vienes, madre, vienes, llegas,
también así, no llamada.
Acepta el volver a ver
y oír la noche olvidada
en la cual quedamos huérfanos
y sin rumbo y sin mirada.

Padece pedrusco, escarcha,
y espumas alborotadas.

Por amor a tu hija acepta
oír búho y marejada,
pero no hagas el retorno
sin llevarme a tu morada.

III

Así, allega, dame el rostro,
y una palabra siseada.
Y si no me llevas, dura
en esta noche. No partas,
que aunque tú no me respondas
todo esta noche es palabra:
rostro, siseo, silencio
y el hervir la Vía Láctea.

Así..., así... Más todavía.
Dura, que no ha amanecido.
Tampoco es noche cerrada.
Es adelgazarse el tiempo
y ser las dos igualadas
y volverse la quietud
tránsito lento a la Patria.

IV

Será esto, madre, di,
la Eternidad arribada,
el acabarse los días
y ser el siglo nonada,
y entre un vivir y un morir
no desear, de lo asombradas.
¿A qué más si nos tenemos
ni tardías ni mudadas?

¿Cómo esto fue, cómo vino,
cómo es que dura y no pasa?
No lo quiero demandar;
voy entendiendo, azorada,
con lloro y con balbuceo
y se funden las palabras
que me diste y que me dieron
en una sola y ferviente:
«¡Gracias, gracias, gracias, gracias!».

CANTO QUE AMABAS

Yo canto lo que tú amabas, vida mía,
por si te acercas y escuchas, vida mía,
por si te acuerdas del mundo que viviste,
al atardecer yo canto, sombra mía.

Yo no quiero enmudecer, vida mía,
¿Cómo sin mi grito fiel me hallarías?
¿Cuál señal, cuál me declara, vida mía?

Soy la misma que fue tuya, vida mía.
Ni lenta ni trascordada ni perdida.
Acude al anochecer, vida mía;
ven recordando un canto, vida mía,
si la canción reconoces de aprendida
y si mi nombre recuerdas todavía.

Te espero sin plazo y sin tiempo.
No temas noche, neblina ni aguacero.
Ven igual con sendero o sin sendero.
Llámame adonde tú eres, alma mía,
y marcha recto hacia mí, compañero.

OFICIOS

HERRAMIENTAS

A Ciro Alegría

En el valle de mis infancias
en los Anáhuac y en las Provenzas,
con gestos duros y brillos dulces,
me miraron las herramientas
porque sus muecas entendiese
y el cuchicheo les oyera.

En montones como los hombres
encuclillados que conversan,
sordas de lodo, sonando arenas,
amodorradas pero despiertas,
resbalan, caen y se enderezan
unas mirando y otras ciegas.

Revueltas con los aperos,
trabados los pies de hierbas
trascienden a naranjo herido
o al respiro de la menta.
Cuando mozas brillan de ardores
y rotas son madres muertas.

Pasando ranchos de noche
topé con la parva de ellas
y las azoró mi risa
como un eco de aguas sueltas.
Echadas de bruces, sueñan
sus frías espaldas negras
o echadas como mujeres
lucen a la luna llena.

Topándome en la mejilla
afilada, las horquetas,
y un rastrillo masticando
toda la pradera muerta
las unas bailan de mozas,
las otras sueñan de viejas,
torcidas, rectas, bruñidas,
enmudecido coro: herramientas.

Persigo mis pies errantes
ajetreados como ellas
y con la azada más pura,
por que descansen y duerman
voy persignando mi pecho
y el alma que lo gobierna.

Toque a toque la azada viva
me mira y recorre entera,
y le digo que me dé,
al caer, la última tierra;
y con ternura de hermana
yo la suelto, ella me deja:
azul tendal, adormecido,
hermosura callada: herramientas.

MANOS DE OBREROS

Duras manos parecidas
a moluscos o alimañas;
color de humus o sollamadas
con un sollamo de salamandra,
y tremendamente hermosas
se alcen frescas o caigan cansadas.

Amasa que amasa los barros,
tumba y tumba la piedra ácida
revueltas con nudos de cáñamo
o en algodones avergonzadas,
miradas ni vistas de nadie
solo de la Tierra mágica.

Parecidas a sus combos
o a sus picos, nunca a su alma;
a veces en ruedas locas,
como el lagarto rebanadas,
y después, Árbol-Adámico
viudo de sus ramas altas.

Las oigo correr telares;
en hornos las miro abrasadas.
El yunque las deja entreabiertas
y el chorro de trigo apuñadas.

Las he visto en bocaminas
y en canteras azuladas.
Remaron por mí en los barcos,
mordiendo las olas malas,
y mi huesa la harán justa
aunque no vieron mi espalda...

A cada verano tejen
linos frescos como el agua.
Después encardan y peinan
el algodón y la lana,
y en las ropas de los niños
y de los héroes, cantan.

Todas duermen de materias
y señales garabateadas.
Padre Zodíaco las toca
con el Toro y la Balanza.

¡Y cómo, dormidas, siguen
cavando o moliendo caña,
Jesucristo las toma y retiene
entre las suyas hasta el Alba!

RELIGIOSAS

ALMUERZO AL SOL

Bendícenos, el Padre,
el tendal del almuerzo.

Bendice el mediodía
blanco como el cordero
que a los dispersos trae
y va sentando en ruedo.

La gracia de la hora
dibuja el cerco
en mandando su rayo
preciso y recto
¡y se dora la tierra
de hombres y de alimentos!

Bendícenos la mesa
hija de siete huertos,
y de un trigal dorado
y un herbazal al viento.

Bendícenos la jarra
que abaja el cuello fresco,

la fruta embelesada,
la mazorca riendo,
y el café de ojo oscuro
que está empinado, viéndonos.

Las grecas de los cuerpos
bendígalas su Dueño;
ahora el brazo en alto,
ahora el pecho,
y la mano de siembras,
y la mano de riegos.

Si acaso somos dignos
de sentir, Padre Nuestro,
que pasas y repasas
la parva de alimentos.

Y si yantan en torno
boyadas y boyeros,
y ya bebió el cabrito
y el pájaro sediento.

Al mediodía, Padre,
en el azul acérrimo,
¡qué íntegro tu pecho,
y redondo tu reino!

EL REGRESO

Desnudos volvemos a nuestro Dueño,
manchados como el cordero
de matorrales, gredas, caminos,
y desnudos volveremos al abra
cuya luz nos muestra desnudos:

y la Patria del arribo
nos mira fija y asombrada.

Pero nunca fuimos soltados
del coro de las Potencias
y de las Dominaciones,
y nombre nunca tuvimos
pues los nombres son del Único.

Soñamos madres y hermanos,
rueda de noches y días
y jamás abandonamos
aquel día sin soslayo.
Creímos cantar, rendirnos
y después seguir el canto;
pero tan solo ha existido
este himno sin relajo.

Y nunca fuimos soldados,
ni maestros ni aprendices,
pues vagamente supimos
que jugábamos al tiempo
siendo hijos de lo Eterno.
Y nunca esta Patria dejamos,
y lo demás, sueños han sido,
juegos de niños en patio inmenso:
fiestas, luchas, amores, lutos.

Dormidos hicimos rutas
y a ninguna parte arribábamos,
y al Ángel Guardián rendimos
con partidas y regresos.

Y los Ángeles reían
nuestros dolores y nuestras dichas
y nuestras búsquedas y hallazgos

y nuestros pobres duelos y triunfos.

Caíamos y levantábamos,
cocida la cara de llanto,
y lo reído y lo llorado,
y las rutas y los senderos,
y las partidas y los regresos,
las hacían con nosotros,
el costado en el costado.

Y los oficios jadeados
nunca, nunca los aprendíamos:
el cantar, cuando era el canto,
en la garganta roto nacía.

De la jornada a la jornada
jugando a huerta, a ronda, o canto,
al oficio sin Maestro,
a la marcha sin camino,
y a los nombres sin las cosas
y a la partida sin el arribo
fuimos niños, fuimos niños,
inconstantes y desvariados.
Y baldíos regresamos,
¡tan rendidos y sin logro!,
balbuceando nombres de «patrias»
a las que nunca arribamos.

LÁMPARA DE CATEDRAL

A Jacques y Raïssa Maritain

La alta lámpara, la amante lámpara,
tantea el pozo de la nave

en unos buceos de ansia.
Quiere coger la tiniebla
y la tiniebla se adensa,
retrocede y se le hurta.

Parece el ave cazada
a la mitad de su vuelo
y a la que atrapó una llama
que no la quema ni suelta,
ni le consiente que vaya
sorteando las columnas,
rasando los capiteles.

Corazón de Catedral,
ni enclavado ni soltado,
grave o ligero de aceite,
brazo ganoso o vencido,
solo válido si alcanza
el flanco herido de Cristo,
el ángulo de su boca.

La sustenta un pardo aceite
que cuando ya va a acabarse,
para que ella al fin descanse,
alguien sube, alguien provee
y le devuelve todos sus ojos.

Vengo a ver cuando es de día
a la que no tiene día,
y de noche otra vez vengo
a la que no tiene noche.
¡Y cuando caigo a sus pies,
citas son, llantos, siseos,
su llamada de lo alto
mi fracaso en unas losas!

Caigo a sus pies y la pierdo,
y corriendo al otro ángulo
de la nave, por fin logro
sus sangrientos lagrimales.
Entonces, loca, la rondo,
y me da el pecho y me inunda
su lampo de aceite y sangre.

Vendría de hogar saqueado
y con las ropas ardiendo,
como yo, y ha rebanado
pies, y memoria, y regresos.
Tambaleando en humareda,
ebria de dolor y amor,
desollada danzaría
hasta que ya fue aupada.

Desde el hondón de la nave
oigo al Cristo prisionero,
que le dice: «Resta, dura».
«Ni te duelas ni te rindas,
y ningún relevo esperes».

Ni ella ni Él tienen sueño,
tampoco muerte ni Paraíso.

NOEL INDIO

A Gilda Pendola

Madre sin aguinaldo
ni grande ni menudo,
soñando a media noche,
doy mi niño desnudo.

En aire de los Andes
y en el rastrojo crudo,
mi único don voy dando
a mi niño desnudo.

No hay viento de la Puna
que silbe tan agudo,
como silba llamándote
el tu niño desnudo.

Mi Dios ve toda carne,
y a mi Señor ayudo
dándole en noche santa
a mi niño desnudo.

PINOS DE NAVIDAD

A la medianoche justa,
en llegando el Bienvenido,
los que se durmieron hombres
se van despertando pinos.

Los gigantes son nonada,
los fuertes son temblorcillo,
y la Tierra sube y sube
por los brazos de los pinos...

Los bultos de gladiadores,
de almirantes y caudillos
serían escamoteados,
que esta noche manda un Niño...

Pesaban los animales,

las montañas y los ríos;
pero ahora pesa el mundo
lo que la aguja del pino.

El aire no huele a fruto
a flor, ni a viento marino.
Huele a renuevo de un día,
al Dios-Chiquito, al Dios-Niño.

De ramos verdea el mundo
porque está bajando un Pino,
¡rompe el aire, da en la Tierra
y posa el pie a lo divino!

ESTRELLA DE NAVIDAD

La niña que va corriendo
atrapó y lleva una estrella.
Va que vuela y va doblando
matas y bestias que encuentra.

Ya se le queman las manos,
se cansa, trastabillea,
tropieza, cae de bruces,
y con ella se endereza...

No se le queman las manos,
ni se le rompe la estrella
aunque ardan desde la cara
brazos, pecho, cabellera.

Llamea hasta la cintura
la gritan y no la suelta,
manotea sancochada,

pero no suelta la estrella.

—Como que la va sembrando
que la zumba y la volea.
Como que se le deshace
y se queda sin estrella.

No fue que cayó, no fue.
Era que quedó sin ella
y es que ya corre sin cuerpo,
trocada y vuelta centella.

Como que el camino enciende
y que nos arden las trenzas
y todos la recibimos
porque arde toda la Tierra.

MEMORIA DE LA GRACIA

Al Rev. Gabriel Méndez Plancarte

I

Cincuenta años caminando
detrás de la Gracia
gracia de las dos Marías,
y de las dos Anas.

Cosa mejor que las albas,
y el golpe de ráfaga,
cayendo al pecho lo mismo
que niña azorada
y el instante diciendo ¡gracias!
y el asombro diciendo ¡gracias!

Me pasó por el costado
en niebla fugada;
en la piedra aguamarina
me echó la mirada.
La sospecho en rama sin
aire columpiada,
y sus iris hecho y deshecho
de las cataratas.

Conozco a la fugitiva
por aire y espaldas,
el volar de sus cabellos
y la seña rápida;
y el juego que va jugando
de niña trocada;
y con diez nombres la llamo
por si uno la alcanza.

Dura lo que el parpadeo
o el habla siseada.
Me la gano de camino,
la pierdo, arribada,
o me suelto de ella cuando
ya iba a ser salva,
y sigo por soledades
de Ismael sin patria.

En otra parte yo fui
de ella amamantada.
Rondas trenzaron conmigo
sus manos de agua.
O la seguía lo mismo
que oveja cebada,
o me caía en el sueño
como ave cazada...

La miraba de hito en hito
y ella me miraba.
No había hora futura
ni hora pasada
y a nudo de madre e hija
eso se igualaba.

II

Tal vez se rompió en el mundo
primero la Gracia
y ahora cuesta jadeo
y sangre ganarla.
Mas sin ella me reseco
de rostro y entrañas,
y me vuelvo la cal muerta,
la fruta pisada.

Pero a veces tres cruzamos
los campos llamándola,
desde que cae la noche
al rasgón del alba.
Nuestra carrera conturba
a las desveladas
y se llenan de memoria
las desmemoriadas.

Como quien suelta a una Isla
de noche, las barcas,
porque de ella no se olviden
en mesa ni almohada,
yo le nombro a las dormidas
la Madre olvidada.
Una noche hablan la lengua
que con ella hablaban;

pero en despertando vuelven
a ser trascordadas.

PROCESIÓN INDIA

Rosa de Lima, hija de Cristo
y Domingo el Misionero,
que sazonas a la América
con Sazón que da tu cuerpo:
vamos en tu procesión
con gran ruta y grandes sedes,
y con el nombre de «Siempre»,
y con el signo de «Lejos».

Y caminamos cargando
con fatiga y sin lamento
unas bayas que son veras
y unas frutas que son cuento:
el mamey, la granadilla,
la pitahaya, el higo denso.

Va la vieja procesión,
en anguila que es de fuego,
por los filos de los Andes
vivos, santos y tremendos,
llevando alpaca y vicuña
y callados llamas lentos,
para que tú nos bendigas
hijos, bestias y alimentos.

Polvo da la procesión
y ninguno marcha ciego,
pues el polvo se parece
a la niebla de tu aliento

y tu luz sobre los belfos
da zodíacos ardiendo.

De la sierra embalsamada
cosas puras te traemos:
y pasamos voleando
árbol-quina y árbol-cedro,
y las gomas con virtudes
y las hierbas con misterios.

Santa Rosa de la Puna
y del alto ventisquero:
te llevamos nuestras marchas
en collares que hace el tiempo;
las escarchas que da junio,
los rescoldos que da enero.
De las puertas arrancamos
a los mozos y a los viejos
y en la cobra de la sombra
te llevamos a los muertos.

Abre, Rosa, abre los brazos,
alza tus ojos y venos.
Llama aldeas y provincias;
haz en ellas el recuento
¡y se vean las regiones
extendidas en tu pecho!

El anillo de la marcha
nunca, Madre, romperemos
en el aire de la América
ni en el abra de lo Eterno.
Al dormir tu procesión
continúe en nuestro sueño
y al morirnos la sigamos
por los Andes de los Cielos.

PATRÓN DE TELARES

Patrón de tejedores,
telar redondo:
a los talleres llegas
como un «Dios loco».

Tocas tu brazo,
alzas el torso,
¡y el Tejedor no quiere
ningún reposo!

Pedales, lanzaderas,
corren ansiosos.
Los pulsos arden
como jarros en horno.

Algodones y lanas
lamen tu rostro,
y las devanadoras
apuran copos...

Dueño de los Telares,
brazo operoso:
no nos cansemos
como ruedas tornos;

¡no te faltemos
hasta el último soplo,
la sien desmoronada
y el telar roto!

VAGABUNDAJE

PUERTAS

Entre los gestos del mundo
recibí el que dan las puertas.
En la luz yo las he visto
o selladas o entreabiertas
y volviendo sus espaldas
del color de la vulpeja.
¿Por qué fue que las hicimos
para ser sus prisioneras?

Del gran fruto de la casa
son la cáscara avarienta.
El fuego amigo que gozan
a la ruta no lo prestan.
Canto que adentro cantamos
lo sofocan sus maderas
y a su dicha no convidan
como la granada abierta:
¡Sibilas llenas de polvo,
nunca mozas, nacidas viejas!

Parecen tristes moluscos
sin marea y sin arenas.

Parecen, en lo ceñudo,
la nube de la tormenta.
A las sayas verticales
de la Muerte se asemejan
y yo las abro y las paso
como la caña que tiembla.

«¡No!», dicen a las mañanas
aunque las bañen, las tiernas.
Dicen «¡No!» al viento marino
que en su frente palmotea
y al olor de pinos nuevos
que se viene por la Sierra.
Y lo mismo que Casandra,
no salvan aunque bien sepan:
porque mi duro destino
él también pasó mi puerta.

Cuando golpeo me turban
igual que la vez primera.
El seco dintel da luces
como la espada despierta
y los batientes se avivan
en escapadas gacelas.
Entro como quien levanta
paño de cara encubierta,
sin saber lo que me tiene
mi casa de angosta almendra
y pregunto si me aguarda
mi salvación o mi pérdida.

Ya quiero irme y dejar
el sobrehaz de la Tierra,
el horizonte que acaba
como un ciervo, de tristeza,
y las puertas de los hombres

selladas como cisternas.
Por no voltear en la mano
sus llaves de anguilas muertas
y no oírles más el crótalo
que me sigue la carrera.

Voy a cruzar sin gemido
la última vez por ellas
y a alejarme tan gloriosa
como la esclava liberta,
siguiendo el cardumen vivo
de mis muertos que me llevan.
No estarán allá rayados
por cubo y cubo de puertas
ni ofendidos por sus muros
como el herido en sus vendas.

Vendrán a mí sin embozo,
oreados de luz eterna.
Cantaremos a mitad
de los cielos y la tierra.
Con el canto apasionado
haremos caer las puertas
y saldrán de ellas los hombres
como niños que despiertan
al oír que se descuajan
y que van cayendo muertas.

ADIÓS

Adiós la tierra de dos años,
dorada como Epifanía
dulce de andar, dulce de ver,
y de tomar la vida mía.

De ti me voy, también me voy
aunque restar bien me creía.

Adiós la tierra de cinco años,
Provenza sin melancolía,
alegre del claro aceite,
de felibres y romerías,

aunque te quiero sol y viento
y como joya me bruñías
tu padre-río ya lo dejo
aunque su silbo ya fuese mío.

Liguria matrona y doncella
donde tan dulce se dormía,
donde tan dulce se marchaba,
y sin acidia se vivía:
también me voy, también de ti,
aunque fui tuya y eres mía.

DESPEDIDA

Ahora son los adioses
que por un golpe de viento
se allegan o parten;
así son todas las dichas.
Si Dios quiere vuelvo un día
de nuevo la cara,
y no regreso si los rostros
que busco me faltan.

Así somos, como son
cimbreando las palmas:
apenas las junta el gozo

y ya se separan.

Gracias del pan, de la sal
y de la pitahaya,
del lecho que olía a mentas
y la noche «hablada».
La garganta más no dice
por acuchillada;
no ven la puerta los ojos
cegados de lágrimas.

EMIGRADA JUDÍA

Voy más lejos que el viento Oeste
y el petrel de tempestad.
Paro, interrogo, camino
¡y no duermo por caminar!
Me rebanaron la Tierra,
solo me han dejado el mar.

Se quedaron en la aldea
casa, costumbre, y dios lar.
Pasan tilos, carrizales
y el Rin que me enseñó a hablar.
No llevo al pecho las mentas
cuyo color me haga llorar.
Tan sólo llevo mi aliento
y mi sangre y mi ansiedad.

Una soy a mis espaldas
otra volteada al mar:
mi nuca hierve de adioses,
y mi pecho de ansiedad.

Ya el torrente de mi aldea
no da mi nombre al rodar
y en mi tierra y aire me borro
como huella en arenal.

A cada trecho de ruta
voy perdiendo mi caudal:
una oleada de resinas,
una torre, un robledal.
Suelta mi mano sus gestos
de hacer sidra y el pan
¡y aventada mi memoria
llegaré desnuda al mar!

PATRIAS

A Emma y a Daniel Cosío Villegas

Hay dos puntos en la Tierra
Montegrande y el Mayab.
Como sus brocales arden
se les tiene que encontrar.

Hay dos estrellas caídas
a espinales y arenal;
no las contaron por muertas
en cada piedra de umbral.
El canto que les ardía
nunca dejó de llamar,
y a más andamos, más crecen
como el padre Aldebarán.

Hay dos puntos cardinales:
Montegrande y el Mayab.

Aunque los ciegue la noche
¿quién los puede aniquilar?
y los dos alciones vuelan
vuelo de flecha real.

Hay dos espaldas en duelo
que un calor secreto dan,
grandes cervices nocturnas
tercas de fidelidad.
Las dos volvieron el rostro
para no mirar a Cam,
pero en oyendo sus nombres
las dos vuelven por salvar.

No son mirajes de arenas;
son madres en soledad.
Dieron el flanco y la leche
y se oyeron renegar.
Pero por si regresásemos
nos dejaron en señal,
los pies blancos de la ceiba
y el rescoldo del faisán.

Vamos, al fin, caminando
¡Montegrande y el Mayab!
Cuesta repechar el valle
oyendo burlas del mar.
Pero a más andamos, menos,
se vuelve la vista atrás.
La memoria es un despeño
y es un grito el recobrar.

Piedras del viejo regazo,
jades que ya van a hablar,
leños al soltar la llama
en mi aldea y el Mayab:

solo estamos a dos marchas
y alientos de donde estáis.
Ya podéis secar el llanto
y salirnos a encontrar,
quemar las cañas del Tiempo
y seguir la Eternidad.

TIEMPO

AMANECER

Hincho mi corazón para que entre
como cascada ardiente el Universo.
El nuevo día llega y su llegada
me deja sin aliento.
Canto como la gruta que es colmada
canto mi día nuevo.

Por la gracia perdida y recobrada
humilde soy sin dar y recibiendo
hasta que la Gorgona de la noche
va, derrotada, huyendo.

MAÑANA

Es ella devuelta, es ella devuelta.
Cada mañana la misma y otra.
Que lo esperado ayer y siempre
ha de llegar esta mañana:

Mañanas de manos vacías,
que prometieron y defraudaron.

Mirar abrirse otra mañana
saltar como el ciervo del Este
despierta, feliz y nueva,
vívida, alácrita y rica de obras.

Alce el hermano la cabeza
caída al pecho y recíbala.
Sea digno de la que salta
y como alción se lanza y sube
alción dorado que baja cantando
¡Aleluya, aleluya, aleluya!

ATARDECER

Siento mi corazón en la dulzura
fundirse como ceras:
son un óleo tardo
y no un vino mis venas,
y siento que mi vida se va huyendo
callada y dulce como la gacela.

NOCHE

Las montañas se deshacen,
el ganado se ha perdido;
el sol regresa a su fragua:
todo el mundo se va huido.

Se va borrando la huerta,
la granja se ha sumergido
y mi cordillera sume
su cumbre y su grito vivo.

Las criaturas resbalan
de soslayo hacia el olvido,
y también los dos rodamos
hacia la noche, mi niño.

RECADO TERRESTRE

RECADO TERRESTRE

Padre Goethe, que estás sobre los cielos,
entre los Tronos y Dominaciones
y duermes y vigilas con los ojos
por la cascada de tu luz rasgados:
si te liberta el abrazo del Padre,
rompe la Ley y el cerco del Arcángel,
y aunque te den como piedra de escándalo,
abandona los coros de tu gozo,
bajando en ventisqueros derretido
o albatrós libre que llega devuelto.

Parece que te cruza, el Memorioso,
la vieja red de todas nuestras rutas
y que te acuden nombres sumergidos
para envolverte en su malla de fuego:
Tierra, Deméter, y Gea y Prakriti.
Tal vez tú nos recuerdes como a fábula
y, con el llanto de los trascordados,
llores recuperando al niño tierno
que mamó leches, chupó miel silvestre,
y quebró conchas y aprendió metales.

Tú nos has visto en horas de sol lacio
y el Orión y la Andrómeda disueltos
acurrucarnos bajo de tu cedro,
parecidos a renos atrapados
o a bisontes cogidos del espanto.

Somos, como en tu burla visionaria,
la gente de la boca retorcida
por lengua bífida, la casta ebria
del «sí» y el «no», la unidad y el divorcio,
aun con el Fraudulento mascullando
miembros tiznados de palabras tuyas.

Todavía vivimos en la gruta
la luz verde sesgada de dolo,
donde la Larva procrea sin sangre
y funden en Madrépora los pólipos.
Y hay todavía en grasas de murciélago
y en plumones morosos de lechuzas,
una noche que quiere eternizarse
para mascar su betún de tiniebla.

Procura distinguir tu prole lívida
medio Cordelia loca y medio Euménide.
Todo hallarás igual en esta gruta
nunca lavada de salmuera acérrima.
Y vas a hallar, Demiurgo, cuando marches,
bajo cubo de piedra, la bujeta
donde unos prueban mostaza de infierno
en bizca operación de medianoche.

Pero será por gracia de este día
que en el percal de los aires se hace
paro de viento, quiebro de marea.
Como que quieres permear la Tierra,
sajada en res, con tu río de vida,

y desalteras al calenturiento
y echas señales al apercibido.
Y vuela el aire un guiño de respuesta
un sí-es no-es de albricias, un vilano,
y no hay en lo que llega a nuestra carne
tacto ni sacudida que conturben,
sino un siseo de labio amoroso
más delgado que silbo: apenas habla.

EPÍLOGO

ÚLTIMO ÁRBOL

A Óscar Castro

Esta solitaria greca
que me dieron en naciendo:
lo que va de mi costado
a mi costado de fuego;

lo que corre de mi frente
a mis pies calenturientos;
esta Isla de mi sangre,
esta parvedad de reino,

yo lo devuelvo cumplido
y en brazada se lo entrego
al último de mis árboles,
a tamarindo o a cedro.

Por si en la segunda vida
no me dan lo que ya dieron
y me hace falta este cuajo
de frescor y de silencio,

y yo paso por el mundo
en sueño, carrera o vuelo,
en vez de umbrales de casas,
quiero árbol de paradero.

Le dejaré lo que tuve
de ceniza y firmamento,
mi flanco lleno de hablas
y mi flanco de silencio;

soledades que me di,
soledades que me dieron,
y el diezmo que pagué al rayo
de mi Dios dulce y tremendo;

mi juego de toma y daca
con las nubes y los vientos,
y lo que supe, temblando,
de manantiales secretos.

¡Ay, arrimo tembloroso
de mi Arcángel verdadero,
adelantado en las rutas
con el ramo y el ungüento!

Tal vez ya nació y me falta
gracia de reconocerlo,
o sea el árbol sin nombre
que cargué como a hijo ciego.

A veces cae a mis hombros
una humedad o un oreo
y veo en contorno mío
el cíngulo de su ruedo.

Pero tal vez su follaje

ya va arropando mi sueño
y estoy, de muerta, cantando
debajo de él, sin saberlo.

DEL POEMA DE CHILE AL LEGADO DE GABRIELA MISTRAL

HALLAZGO

Bajé por espacio y aires
y más aires, descendiendo,
sin llamado y con llamada
por la fuerza del deseo,
y a más que yo caminaba
era el descender más recto
y era mi gozo más vivo
y mi adivinar más cierto,
y arribo como la flecha
este mi segundo cuerpo
en el punto en que comienzan
Patria y Madre que me dieron.

¡Tan feliz que hace la marcha!
Me ataranta lo que veo,
lo que miro o adivino,
lo que busco y lo que encuentro;
pero como fui tan otra
y tan mudada regreso,
con temor ensayo rutas,
peñascales y repechos,
el nuevo y largo respiro,
los rumores y los ecos.

O fue loca mi partida
o es loco ahora el regreso;
pero ya los pies tocaron
bajíos, cuestas, senderos,

gracia tímida de hierbas
y unos céspedes tan tiernos
que no quisiera doblarlos
ni rematar este sueño
de ir sin forma caminando
la dulce parcela, el reino
que me tuvo sesenta años
y me habita como un eco.

Iba yo, cruza-cruzando
matorrales, peladeros,
topándome ojos de quiscos
y escuadrones de hormigueros
cuando saltaron de pronto,
de un entrevero de helechos,
tu cuello y tu cuerpecillo
en la luz, cual pino nuevo.

Son muy tristes, mi chiquito,
las rutas sin compañero:
parecen largo bostezo,
jugarretas de hombre ebrio.
Preguntadas no responden
al extraviado ni al ciego
y parecen la Canidia
que solo juega a perdernos.
Pero tú les sabes, sí,
malicias y culebreos...

Vamos caminando juntos
así, en hermanos de cuento,
tú echando sombra de niño,
yo apenas sombra de helecho...
(¡Qué bueno es en soledades
que aparezca un Ángel-ciervo!).
Vuélvete, pues, huemulillo,

y no te hagas compañero
de esta mujer que de loca
trueca y yerra los senderos,
porque todo lo ha olvidado,
menos un valle y un pueblo.
El valle lo mientan «Elqui»
y «Montegrande» mi dueño.

Naciste en el palmo último
de los Incas, Niño-Ciervo,
donde empezamos nosotros
y donde se acaban ellos;
y ahora que tú me guías
o soy yo la que te llevo
¡qué bien entender tú el alma
y yo acordarme del cuerpo!

Bien mereces que te lleve
por lo que tuve de reino.
Aunque lo dejé me tumba
en lo que llaman el pecho,
aunque ya no lleve nombre
ni dé sombra caminando,
no me oigan pasar las huertas
ni me adivinen los pueblos.

Cómo me habían de ver
los que duermen en sus cerros
el sueño maravilloso
que me han contado mis muertos.
Yo he de llegar a dormir
pronto de su sueño mismo
que está doblado de paz,
mucha paz y mucho olvido,
allá donde yo vivía,
donde río y monte hicieron

mi palabra y mi silencio
y Coyote ni Coyote
hielos ni hieles me dieron.

¿Qué año o qué día moriste
y por qué cruzas sonámbula
la casa, la huerta, el río,
sin saberte sepultada?
Ve más lejos, solo un poco
más, donde está tu morada,
al lugar adonde miras
y te retardas, quedada.
No respondas a los vivos
con voz rota y sin mirada.

Se murieron tus amigos,
te dejaron tus hermanas
y te mueres sin morir
de ti misma trascordada,
y sueles interrogarnos
sobre tu nombre y tu patria.

Llegas, llegas a nosotros
desde una estrella ignorada,
preguntando nuestros nombres,
nuestro oficio, nuestras casas.
Eres y no eres; callamos
y partes, sin dar, hermana,
tu patria y tu nombre nuevos,
tu Dios y tu ruta larga,
para alcanzar hasta ellos,
hermana perdida, Hermana.

−Mistral [1967a]

NOCHE DE METALES

Dormiremos esta noche
sueño de celestes dejos
sobre la tierra que fue
mía, del indio y del ciervo,
recordando y olvidando
a turnos de habla y silencio.

Pero todos los metales,
sonámbulos o hechiceros,
van alzándose y viniendo
a raudales de misterio
—hierro, cobre, plata, radium—
dueños de nosotros, dueños.

Son lameduras azules
que da la plata en los pechos,
son llamaradas de cobre
que nos trepan en silencio
y lanzadas con que punza
a las tres sangres, el hierro.

Por confortarnos los pies
vagabundos, y aprenderse
nuestros flancos y afirmarnos
los corazones sin peso,
los tres del miedo ganados,
los tres de noche indefensos.

Y la noche se va entera
en este combate incruento
de metales que se allegan
buscando, hallando, mordiendo
lo profundo de la esencia

y la nuez dura del sueño.

Al fin escapan huidos
en locos filibusteros
y seguimos la jornada
cargando nuestro secreto,
arcangélicos y rápidos
de haber degollado el miedo.

Liberados caminamos
como los raudales frescos,
sin acidia y sin cansancio,
ricos de origen y término,
por la nocturna merced
de los Andes Arcangélicos
que dentro de su granada
impávidos nos tuvieron.

Vamos cargando su amor
como un amianto en el pecho,
como la casta y el nombre,
como la llama en silencio
que no da chisporroteo
y según nuestros orígenes,
despeñados de lo Eterno.

−Mistral [1967a]

A VECES, MAMA, TE DIGO…

—A veces, mama, te digo,
que me das un miedo loco.
¿Qué es eso, di, que caminas
de otra laya que nosotros

y, de pronto, ni me oyes
y hablas lo mismo que el loco
mirando y sin responder
o respondiendo a los otros?
¿Con quién hablas, dime, cuando
yo me hago el que duerme... y oigo?
Será con los animales,
la hierba o el viento loco.

—Porque todos están vivos
y a lo vivo les respondo.
También contesto a lo mudo,
por ser mis parientes todos.

—Ja, ja, ja, mama, la mama,
calla o me lo cuentas todo.

—Me llamaban «cuatro añitos»
y ya tenía doce años.
Así me mentaban, pues
no hacía lo de mis años:
no cosía, no zurcía,
tenía los ojos vagos,
cuentos pedía, romances,
y no lavaba los platos...
¡Ay! y, sobre todo, a causa
de un hablar así, rimado.

—¿Y qué más, qué más hacías?
¡Ve contando, ve contando!

—Me tenía una familia
de árboles, otra de matas,
hablaba largo y tendido
con animales hallados.
Todavía hablo con ellos

cuando te vas escapado.

Pero ellos contestan solo
cuando no les haces daño.
No los hostigó mi santo
Francisco y les dijo hermanos.

−Mistral [1967a]

NOCHE ANDINA

La noche de nuestra Patria
de estrellas acribillada
en cedazo a lo divino
está colando las almas.
Hierve así del esplendor
como una Escritura Santa.
¿Por qué será que dormimos
cuando ella dice palabras
que el Día se desconoce
y que solo de ella bajan?

Tanto fervor tiene el cielo,
tanto ama, tanto regala,
que a veces yo quiero más
la noche que las mañanas.

—¿Qué dices, qué, mama mía,
que no quieres la mañana?

—¿Es que sabéis nuestros nombres
más que se los sabe el alma?
¿Qué miráis y qué veis, para
palpitar como azoradas?

O es que solo nos decía:
Olvidad vuestra jornada
para que olvidada se alce
la memoria trascordada.

Arde, palpita, conversa
la Madre Noche estrellada,
anula faenas, cuidos,
y borra ruta y jornada.
Era mentira que el Día
canta, cuenta, y sabe y ama.
Es la Noche la nodriza
que sabe, y que vela y canta,

la clara y profunda noche
de las manos alargadas.

Nos habla el tapiz de fuego
con urgidoras palabras.
Parece como que cantan,
de nuestro amor embriagadas.

Ay, perdimos en un tiempo
que la memoria nos guarda
por culpa que no sabemos
la lengua en que nos habla.
Las estrellas siguen dando
en densa leche dorada
sus pulsaciones ardientes,
su exigencia apasionada.
Juntad las señas dispersas
y que bajen en palabras.
Arded más por ayudarnos.
Ya casi sois llamaradas.
Ya parece que cantáis
una estrofa única y alta.

—No deis más, que somos solo
un niño, un cervato y este
atribulado fantasma.

—Mama, no sigas hablando,
me pones susto en el sueño.

−Mistral [1967a]

EL MAR

—Mentaste, Gabriela, el Mar
que no se aprende sin verlo
y esto de no saber de él
y oírmelo solo en cuento,
esto, mama, ya duraba
no sé contar cuánto tiempo.
Y así de golpe y porrazo,
él, en brujo marrullero,
cuando ya ni hablábamos de él,
apareció en loco suelto.

Y ahora va a ser el único:
ni viñas ni olor de pueblos,
ni huertas ni araucarias,
solo el gran aventurero.
Déjame, mama, tenderme,
para, para, que estoy viéndolo.
¡Qué cosa bruja, la mama!
y hace señas entendiendo.
Nada como ese yo he visto.
Para, mama, te lo ruego.
¿Por qué nada me dijiste

ni dices? Ay, dime, ¿es cuento?

—Nadie nos llamó de tierra
adentro: solo este llama.
—¡Qué de alboroto y de gritos
que haces volar las bandadas!
Calla, quédate, quedemos,
échate en la arena, mama.
Yo no te voy a estropear
la fiesta, pero oye y calla.

¡Ay, qué feo que era el polvo,
y la duna qué agraciada!

—Échate y calla, chiquito,
míralo sin dar palabra.
Óyele él habla bajito,
casi casi cuchicheo.

—Pero, ¿qué tiene, ay, qué tiene
que da gusto y que da miedo?
Dan ganas de palmotearlo
braceando de aguas adentro
y apenas abro mis brazos
me escupe la ola en el pecho.
Es porque el pícaro sabe
que yo nunca fui costero.
O es que los escupe a todos
y es Demonio. Dilo luego.

Ay, mama, no lo vi nunca
y, aunque me está dando miedo,
ahora de oírlo y verlo,
me dan ganas de quedarme
con él, nada más, con él,
ni con gentes ni con pueblos.

Ay, no te vayas ahora,
mama, que con él no puedo.
Antes que llegue, ya escupe
con sus huiros el soberbio.

—Primero, óyelo cantar
y no te cuentes el tiempo.
Déjalo así, que él se diga
y se diga como un cuento.

Él es tantas cosas que
ataranta a niño y viejo.
Hasta es la canción de cuna
mejor que a los niños duerme.
Pero yo no me la tuve,
tú tampoco, mi pequeño.
Míralo, óyelo y verás:
sigue contando su cuento.

−Mistral [1967a]

LA LUZ DEL VALLE CENTRAL

¿Qué tendrán las piedras pardas
y los pedriscos y el légamo
que al más cascado lo llevan
alácrito de ardimiento?
Es como que el Valle hace
de camino y de viajero
y nos lleva liberados
de jornada y de aceceo.

La luz viva travesea

a donaire y devaneo
y da mirada de amante
rica de descubrimientos.
Prendidos a lo que amamos
vistas ni aromas perdemos
y por la luz que tuvimos
de muertos seguimos viendo.

Hermana loca la Ruta,
Madre Luz y Padre el Viento,
y tu Norte aventurero
no me faltéis que voy sola
con un huemul y un pergenio.

Lleva un lindo trotecito
el ciervo en Abel contento
y el Valle se nos anima
de sus locos corcoveos.

Por fin la sonrisa sube
al indio en corto chispeo
y a los tres ya no les pesa
el mundo que recibieron.

La luz del Valle Central
es la que nos da ardimiento,
hace ver el maizal
en muchachada que danza
y las melgas de frijoles
son un baile de muchachas.

Ella muda el nisperal
en cargazón de luceros;
de la higuera hace matrona
inmóvil por regadora;
de cada piedra hace otra

que es Reina y camina...

SALTO DEL LAJA

Salto del Laja, viejo tumulto,
hervor de las flechas indias,
despeño de belfos vivos,
majador de tus orillas.

Avientas las rocas, rompes
tu tesoro, te avientas tú mismo,
y por vivir y por morir,
agua india, te precipitas.

Cae y de caer no acaba
la cegada maravilla,
cae el viejo fervor terrestre,
la tremenda Araucanía.

Juegas cuerpo y juegas alma;
caes entera, agua suicida;
caen contigo los tiempos,
caen gozos con agonías,
cae la mártir indiada,
y cae también mi vida.

Las bestias cubres de espumas;
ciega las liebres tu neblina,
y hieren cohetes blancos
mis brazos y mis rodillas.

Te oyen caer los que talan,
los que hacen pan o que caminan,
los que duermen no están muertos,

o dan su alma o cavan minas
o en los pastos y las lagunas
cazan el coipo y la chinchilla.

Cae el ancho amor vencido,
medio dolor, medio dicha,
en un ímpetu de madre
que a sus hijos encontraría.

Y te entiendo y no te entiendo,
Salto del Laja, vocería,
vaina de antiguos sollozos
y aleluya que cae rendida.

Salto del Laja, pecho blanco
y desgarrado, Agua Antígona,
mundo cayendo sin derrota,
Madre, cayendo sin mancilla.

Me voy con el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile;
doy vida y voluntad mías;
juego sangre, juego sentidos
y me entrego, ganada y perdida.

−«Salto del Laja», «Tierra de Chile», *Sur* 1938 /
El Mercurio, 15.5.1938 / Mistral [195ob] / Mistral [1954] /
Orfeo [1967] / Mistral [1993]

BÍO-BÍO

—Paremos que hay novedad.
¡Mira, mira el Bío-Bío!

—¡Ah! mama, párate, loca,
para, que nunca lo he visto.
¿Y para dónde es que va?
No para y habla bajito,
y no me asusta como el mar
y tiene nombre bonito.

—¡No te acerques tanto, no!
Échate aquí, loco mío,
y óyelo no más.
Podemos quedar con él
una semana si quieres,
si no me asustas así.

—¿Cómo dices que se llama?
Repite el nombre bonito.

—Bío-Bío, Bío-Bío,
qué dulce que lo llamaron
por quererle nuestros indios.

—Mama, ¿por qué no me dejas
aquí, por si habla conmigo?
Él casi habla. Si tú paras
y si me dejas contigo,
yo sabré lo que nos dice,
por si se me vuelve amigo.
¡Qué de malo va a pasarme,
mama! Corre tan tranquilo.

—No, no chiquito, él ahoga,
a veces gente y ganados.
Óyelo, sí, todo el día,
loquito mío, antojero.
Yo no quiero que me atajen

sin que vea el río lento
que cuchichea dos sílabas
como quien fía secreto.
Dice Bío-Bío, y dícelo
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra en mis tuétanos.

Poco lo tuve de viva;
ahora lo recupero
la eterna canción de cuna
abajada a balbuceo.
Agua mayor de nosotros,
red en que nos devolvemos,
nos bautizas como Juan,
y nos llevas sobre el pecho.

Lava y lava piedrecillas,
cabra herida, puma enfermo.
Así Dios «dice» y responde,
a puro estremecimiento,
con suspiro susurrado
que no le levanta el pecho.
Y así los tres le miramos,
quedados como sin tiempo,
hijos amantes que beben
el tu pasar sempiterno.
Y así te oímos los tres,
tirados en pastos crespos
y en arenillas que sumen
pies de niño y pies de ciervo.

No sabemos irnos, ¡no!
cogidos de tu silencio
de Ángel Rafael que pasa
y resta y dura asistiendo,

grave y dulce, dulce y grave,
porque es que bebe un sediento...
Dale de beber tu sorbo
al indio y le vas diciendo
el secreto de durar
así, quedándose y yéndose,
y en tu siseo prométele
desagravio, amor y huertos.

Ya mi ciervo te vadea,
a braceadas de foquero;
los ojos del niño buscan
el puente que mata el miedo,
y yo pasaré sin pies
y sin barcaza de remos,
porque más me vale, ¡sí!
el alma que valió el cuerpo.

Bío-Bío, espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño:
corres tierno, gris y blando
por tierra que es duro reino.
Tal vez estás, según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo...

—Dime tú que has visto cosas
¿hay otro más grande y lindo?

—No lo hay en tierra chilena,
pero hay unos que no he dicho,
hay más lejos unos lagos
que acompañan sin decirlo
y hacia ellos vamos llegando
y ya pronto llegaremos.

−Mistral [1958] / Mistral [1966] / Mistral [1967a]

SELVA AUSTRAL

Algo se asoma y gestea
y de vago pasa a cierto,
un largo manchón de noche
que nos manda llamamientos
y forra el pie de los Andes
o en hija los va subiendo...

Aunque taimada, la selva
va poco a poco entreabriéndose,
y en rasgando su ceguera,
ya por nuestra la daremos.

Caen copihues rosados
atarantándome al ciervo
y los blancos se descuelgan
con luz y estremecimiento.

Ella, con gestos que vuelan,
se va a sí misma creciendo;
se alza, bracea, se abaja,
echando, oblicuo, el ojeo;
abre apretadas aurículas
y otras hurta, con recelo,
y así va, la Marrullera,
llevándonos magia adentro.

Sobre un testuz y dos frentes
ahora palpita entero
un trocado cielo verde

de avellanos y canelos,
y la araucaria negra,
toda brazo o toda cuello.

Huele el ulmo, huele el pino,
y el humus huele tan denso
como fue el Segundo Día,
cuando el soplo y el fermento.
Por la merced de la siesta
todo, exhalándose, es nuestro,
y el huemul corre alocado,
o gira y se estruja en cedros,
reconociendo resinas
olvidadas de su cuerpo...

Está en cuclillas el niño,
juntando piñones secos,
y espía a la selva que
mira en madre, consintiendo...
Ella como que no entiende,
pero se llena de gestos,
como que es cerrada noche
y hierve de unos siseos,
y como que está cribando
la lunada y los luceros...

Cuando es que ya sosegamos
en hojarascas y légamos,
van subiendo, van subiendo
rozaduras, balbuceos,
mascaduras, frotecillos,
temblores calenturientos,
pizcas de nido, una baya,
la resina, el gajo muerto...
(Abuela silabeadora,
yo te entiendo, yo te entiendo...).

Deshace redes y nudos;
abaja, Abuela, el aliento;
pasa y repasa las caras,
cuélate de sueño adentro.
Yo me fui sin entenderte
y tal vez por eso vuelvo[55];
pero allá olvido a la Tierra
y en bajando olvido el Cielo...
Y así, voy, y vengo, y vivo
a puro desasosiego...

La tribu de tus pinares
gime con oscuro acento
y se revuelve y voltea,
mascullando y no diciendo.
Eres una y eres tantas
que te tomo y que te pierdo,
y guiñas y silbas, burla,
burlando, y hurtas el cuerpo,
carcajeadora que escapas
y mandas mofas de lejos...
Y no te mueves, que tienes
los pies cargados de sueño...

Se está volteando el indio
y queda, pecho con pecho,
con la tierra, oliendo el rastro
de la chilla y el culpeo.
Que te sosiegues los pulsos,
aunque sea el puma-abuelo.
Pasarían rumbo al agua,
secos y duros los belfos,
y en sellos vivos dejaron
prisa, peso y uñeteo.

El puma sería padre;
los zorrillos eran nuevos.
Ninguno de ellos va herido,
que van a galope abierto,
y beberemos nosotros
sobre el mismo sorbo de ellos...
Aliherido el puelche junta
la selva como en arreo
y con resollar de niño
se queda en platas durmiendo...

Vamos a dormir, si es dable,
tú, mi atarantado ciervo,
y mi bronce silencioso,
en mojaduras de helechos,
si es que el puelche maldadoso
no vuelve a darnos manteo...

Que esta noche no te corra
la manada por el sueño,
mira que quiero dormirme
como el coipo en su agujero,
con el sueño duro de esta
luma donde me recuesto.

¡Ay, qué de hablar a dos mudos
más ariscos que becerros,
qué disparate no haber
cuerpo y guardar su remedo!
¡A qué dejaron voz
si yo misma no la creo
y los dos que no la oyen
me bizquean con recelo!

Pero no, que el desvariado,
dormido sigue corriendo.

Algo masculla su boca
en jerga con que no acierto,
y el puelche ahora berrea
sobre los aventureros...

−Mistral [1958] / Mistral [1966]

VOLCÁN OSORNO

A don Rafael Larco Herrera

Volcán de Osorno, David
que te hondeas a ti mismo,
mayoral en llanada verde,
mayoral ancho de tu gentío.

Salto que ya va a saltar
y que se queda cautivo;
lumbre que al indio cegaba,
huemul de nieves albino.

Volcán del Sur, gracia nuestra,
no te tuve y serás mío,
no me tenías y era tuya,
en el valle donde he nacido.

Ahora caes a mis ojos,
ahora bañas mis sentidos
y juego a hacerte la ronda,
foca blanca, viejo pingüino...

Cuerpo que reluces, cuerpo
a nuestros ojos caído,
que en el agua de Llanquihue

comulgan, bebiendo, tus hijos.

Volcán Osorno, el fuego es bueno
y lo llevamos como tú mismo
el fuego de la tierra india,
al nacer, lo recibimos.

Guarda las viejas regiones,
salva a tu santo gentío,
vela indiada de leñadores,
guía chilotes que son marinos.

Guía a pastores con tu relumbre,
Volcán Osorno, viejo novillo,
¡levanta el cuello de tus mujeres,
empina gloria de tus niños!

¡Boyero blanco, tu yugo blanco,
dobla cebadas, provoca trigos!
Da a tu imagen la abundancia,
rebana el hambre con gemido.

¡Despeña las voluntades,
hazte carne, vuélvete vivo,
quémanos nuestras derrotas
y apresura lo que no vino!

Volcán Osorno, pregón de piedra,
peán que oímos y no oímos,
quema la vieja desventura,
¡mata a la muerte como Cristo!

LAGO LLANQUIHUE

Lago Llanquihue, agua india,
antiguo resplandor terrestre,
agua vieja y agua tierna,
bebida de vieja gente,
agua fija como el indio
y como él fría y ardiente
y en su pecho de marinero
tatuada de señales verdes.

Bebo en tu agua lo que he perdido:
bebo la indiada inocente,
tomo el cielo, tomo la tierra,
bebo la patria que me devuelves.

Cincuenta años esperamos,
tú con agua, yo con sedes.
Lago Llanquihue, mi capitán,
te llego antes de mi muerte,
con la boca me dieron,
agua mía para beberte.

Baja y suelta por mi pecho
el agua blanda, el agua fuerte,
entrabada de los helechos
y las quilas medio-serpientes.

Baja recta, agua querida,
baja entera en hebras fieles,
baja, lenta, baja rápida,
y me sacies y me entregues
el cielo mío, los limos míos
y la sangre de mi gente.

Bebo quieta lo que me das,
igual que bebe, curvado, el ciervo,
bebo pausada, regustándote,

bebo y solo sé que te bebo.

Perdón de tu frente rota,
perdón de tu surco abierto.
Como el niño y el huemul
porque te amo te requiebro.

Lago de Llanquihue, arcángel
que se me da prisionero,
gesto que mi antojo sirves,
abajadura del cielo,
doblada y caída, no hablo,
cegada de sorbo ciego,
y de ser tuya nada digo:
te bebo, te bebo, te bebo.

−«Lago Llanquihue», «Tierra de Chile», *Sur* 1938 /
Orfeo [1967] / Mistral [1983]

ISLAS AUSTRALES

En donde Chile cansado
por fin de rutas y espacio
quiere morir como todos,
gacela, coyote o ganso,
él empecinado aún
ojea acalenturado
la nidada de las islas
fuera de ley y de hallazgo;
pero se acabó su reino,
su voluntad y su mando,
y se queda en Puerto Montt,
como amante defraudado,
vencido el ojo de polvo,

una vez por fin exhausto.

¿Qué va a hacer el peregrino,
el trotamundos mirando
la danza de las cien islas
que ríen o están cantando?
Viene una aguda fragancia,
una incitación, de coro báquico de niñas
tiradas a la mar libre,
vírgenes pero embriagadas.
Yo no les sigo el canto,
maña, locura ni danza.
Todas ellas son hermanas,
pero por la niebla vaga
unas parecen figuras;
todas están bautizadas
y, como las Gracias, todas
son donosas y alocadas.

−Mistral [1967a]

CUATRO TIEMPOS DEL HUEMUL

I

Ciervo de los Andes, aire
de los aires consentido,
¿dónde mascarás la hierba
con belfos enternecidos?

En los Natales partías
trébol y avena floridos,
punteados de luz los cuernos
y las ancas de rocíos.

A la siesta, los gandules
no te gozaron dormido,
la oreja en hoja de chopo,
los párpados con batido.

El matrero, el perdulario
y el compra y vende prodigios
iban zumbando a tu zaga
viento, fogonazo y grito.

Los hálitos te volaban
adelantados como hijos
y te humeaban las corvas
como las del indio huido.

Prefirieron, los chalanes,
a tu vela y a tu cuido
ir arreando muladas
y carneros infinitos.

II

Resbalaste de los llanos
hacia los valles urgidos,
escapabas y volvías
como el Señor Jesucristo.

Cuando fue el atravesar
los límites indecisos,
se quejaron las aguadas
y los alerces benditos.

Hasta que no regresaste
en tu equinoccio sabido,

tragado de soledades
y peladeros andinos.

En nuestra luz se borraron
unos cuellos y belfillos,
y la Pampa se bebió
la saeta de tus ritmos.

III

¿Dónde husmeas en la niebla,
mirada de hembra y niño,
y por qué no vadeamos
ijar con ijar los ríos?

Estás sin lodos ni bestias
ni corazón pavorido,
en verdes postrimerías,
celado de Quien te hizo.

Remecidos los costados
del saberte manumiso
en trasluz de piñoneros
o entre quijadas de riscos.

Y en llegando día y hora,
bajas los Andes-zafiros,
a hilvanes deshilvanados
por los hielos derretidos.

Castañetea el faldeo
de cascos y cuernecillos;
después, ya todo ensordece
en avenas y carrizos.

Entonces la Pampa se abre
en miembros estremecidos,
da un alerta de ojos anchos
y echa un oscuro vagido.

IV

Todavía puedo verte,
mi ganado y mi perdido,
cuando lo recobro todo
y entre fantasmas me abrigo.

Me voy, forrada de noche,
paso el mar, llego a los trigos,
que en lo herido y lo postrado
me dicen tu calofrío.

Veo desde lejos, veo
la Pampa de tus arribos,
mayor que el entendimiento
y de diez oros, divina.

Rastreando voy tu pechada
que tumba, en blanco, el carrizo
y oliendo en polvo de espigas,
solo tu sangre que sigo.

Tanteo en los pajonales;
sorteo esteros subidos,
y en mimbres encuclillados,
doy con unos tactos tibios.

Bien que sabes, bien que llegas,
como el grito respondido
y me rebosas los brazos

de pelambres y latidos.

Me echas tu aliento azorado
en dos tiempos blanquecinos.
Con tus cascos traveseo;
cuello y orejas te atizo.

Patria y nombre te devuelvo,
para fundirte el olvido,
antes de hacerte dormir
con tu sueño y con el mío.

La Pampa va abriendo labios
oscuros y apercibidos,
y, con insomnio de amor,
habla a punzadas y a silbos.

Echada está como un dios
prieta de engendros distintos,
y se hace a la medianoche,
densa y dura de sentido.

Pesadamente voltea
el bulto y da un gran respiro.
El respiro le sorbemos
mujer y bestia contritos.

−Mistral [1950b] / Mistral [1958] /
Mistral [1966] / Mistral [1993]

REGRESO

Ya me voy porque me llama
un silbo que es de mi Dueño,

llama con una inefable
punzada de rayo recto:
dulce-agudo es el llamado
que al partir le conocemos.

Yo bajé para salvar
a mi niño atacameño
y por andarme la Gea
que me crió contra el pecho
y acordarme, volteándola,
su trinidad de elementos.
Sentí el aire, palpé el agua
y la Tierra. Y ya regreso.

El ciervo y el viento van
a llevarte como arrieros,
como flechas apuntadas,
rápido, íntegro, ileso,
indiecito de Atacama,
más sabe que el blanco ciego,
y hasta dormido te llevan
tus pies de quechua andariego,
el Espíritu del aire,
el del metal, el del viento,
la Tierra Mama, el pedrisco,
el duende de los viñedos,
la viuda de las cañadas
y la amistad de los muertos.

Te ayudé a saltar las zanjas
y a esquivar hondones hueros.

Ya me llama el que es mi Dueño.

−Mistral [1967]

SALUTACIÓN

Os traigo en voz cansada repecho de montaña
andina, la que deja quemadas las entrañas
y mexicana luz en el ojo agrandado
de maravilla sobre mi Anáhuac dorado.

Hombres que trabajáis con el verso y la prosa
cual trabaja el silencio en la profunda rosa
y mis mineros en el cobre apasionado,
tengo una gracia para estar a vuestro lado.

He enseñado a leer a gente americana,
amasando verdad en lengua castellana.
Dije mi Garcilaso y mi santa Teresa,
sacando de Castilla la norma de belleza.

Y he dicho al descastado que destiñe lo nuestro
que en español es más profundo el Padre Nuestro.
Pero eso fue faena fácil de criatura:
carrera de venado por la propia llanura.

No ha sido hazaña amar el habla de Castilla,
para que yo reciba siesta de maravilla
partiendo vuestro pan de miga generosa,
gozando vuestra fruta como la azteca diosa.

Ronda de amigos cíñeme en un cinturón fresco;
no tengo que contarles cuento miliunachesco,
sino este de mi América cual Gengis Kan lejano,
que cuando se despierta tiene la cotidiana
invitación del Norte, ¡y que se acuesta hispana!

Sigue hispana mi América, que mira indiferente

vaciarse los navíos sobre su continente,
porque en la carne derramada por sus villas
continuará cuajando inéditas Castillas;
hispana por su aliento puro de pestilencia
de feria, y porque es lenta, cargada de conciencia.

Yo traigo hacia vosotros los atentos sentidos,
el ojo mira, lento; el empinado oído
escucha, y, como nunca, son vivas las potencias
que van palpando a España, graves de reverencia.

Ya vi los olivares hondos de Valldemosa
poner meditación en la mar jubilosa,
y entendí que es la norma de vosotros la mía:
platearnos la dicha con la melancolía.

Y cruzando Castilla la miré tajeada
de sed como mi lengua; como la volteadura
de mis entrañas era su ancha desolladura.
Soy vuestra, y ardo dentro la España apasionada
como el diente en el rojo millón de la granada.

Os fue dada por Dios una virtud tremenda:
el ganar el botín y abandonar la tienda;
perder supieron solo España y Jesucristo,
y el mundo todavía no aprende lo que ha visto.

Sobre la tierra dura, yo os amo, perdedores,
que nos miráis con limpios ojos perdonadores
¡Qué dignas son las manos en desposeimiento!
¡Qué tranquilo costado sin épico erguimiento!

Serenos escucháis en la gruta ceñida
del corazón, caer la gota de la vida.
En esta hora espesa de los violentadores,
fétida de codicia, yo amo a los perdedores.

Palabra de mujer dijo de mi excelencia,
garganta vasca donde conozco mi ascendencia.
Yo alabo, respondiendo, la anchura de su casa
que tiene el buen calor de la profunda brasa,
la luz para gozar la cara de la amiga
y el gran silencio para que duerma la fatiga.

Su casa es la virtud del aceite precioso
potente por la esencia y el tacto bondadoso.
La dueña abrió la casa sin preguntarme nada:
¡como el aceite, que es la piedad, sea loada!

−Madrid, 1925

LA PALABRA

Desdeñarás tu habla que nunca te ha aplacado
no amarás como un hijo el canto que entregaste.
En cada uno de ellos, hombre, te traicionaste,
entregando un mensaje que no era el esperado.

Mejor expresa el alma del granado su fruta
de frenesí; mejor la pluma azafranada
del faisán rojo dice Persias desesperadas
y mejor dice el polvo la gran sed de la ruta.

Y mejor todavía la madreperla dura,
tornasolada como los ojos de Proteo,
y las medusas que mudan con su deseo
dicen al mar y a sus fieles criaturas.

Hiciste tu palabra con tu carne más roja
y te dolió arrancar la almendra ensangrentada,

como entregar la médula de tus huesos volteada
pero fuera de ti tu canción es tu mofa.

No tiembla como tiembla tu boca con jadeo
y no entrega la mísera tu entrechocar de dientes.
Se muere el canto como la salamandra ardiente
subiendo de tu entraña retorcida de anhelo.

ESTAMPA DE LA CAMARGA

Aquí, en un olivar de la Provenza,
saltó a mi ojo la anciana sentada,
vieja de la tarde que lame su cara,
vieja de la mano con que ha mondado
frutos y frutos,
vieja del olivar, que es viejo de un año.

Y yo le dije: «¿Es bueno envejecer?
Tú no tienes pena tendida en la boca.
Caen tus brazos como cansados de un abrazo largo
y el aceite te gana
la canción, que ni mueve tu cara.

¿Te llamaste María con las que son puras?
te llamaste Alejandra con las fuertes?
Sigues sentada, cantando,
no sé si de costumbre o de dulzura,
y yo ignoro si nombras cantando
lo que tuviste o lo que no alcanzaste.

¿Es bueno envejecer bajo un olivo?
Cantas indiferente, cantas
sin golpe de pasión ni látigo de gozo.
No sé si dices otro país o este país,

el Ródano que baja de pie como un rey
o el cuadro de tu sepultura
en que recortas el césped tú misma
con lo que te haces las palmas perfectas».

Y ella seguía cantando
entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.

Volvió la cara y me miró sin verme.
«Canto palabras, digo palabras,
porque he olvidado lo que he vivido.
No sé dónde estuve no sé lo que hice,
no sé quién me ha amado muy lejos,
no sé qué vuelo de faisanes rojos
se ha quedado en mis ojos parado,
y por qué estoy entre el Ródano con la Camarga».

Sigue mellando su cantilena
y no me mira, al igual que los muertos.

La ayudo y le nombro países;
me siento y le cuento sucesos;
junto y le entrego nombres de mujeres.
«Así no era...», dice su cuello
y cuando todos han pasado, dígole
el nombre mío. Me mira y grita:
«¡Así me llamaban!».

Y yo le hablo y, con los olivos, se va despertando:
despiertan la boca, el ceño, la rodilla.
La voluntad el cuello le endereza
y se le llenan de pueblos los ojos.

Después que sabe se queda cantando
lo mismo que antes, sin nombre en el canto
de país, de mar, ni de criatura.

Y suelta una a una las cosas
que yo le fui poniendo en el regazo:
semblantes, cerros y ríos...

Así cantará de nuevo treinta años,
hasta que olvide toda su memoria,
debajo el olivo con nudos de aceite
que le da una canción que de eterna
ni mueve su pecho ni mueve su cara.

−Mayo de 1927

FUENTES DE ORO

No era tampoco la fuente
piel de oro y fondo de oro,
vientre de oro y ceja de oro.

Y dijo que era la fuente,
dijo brillando, dijo cantando,
dijo estando sobre el camino
a cuatro pasos da sed
y a ningún paso de mi vista.

Dijo que era la verdadera fuente
a cada uno prometida
al hocico de la gacela
como a los belfos del zorrillo.

Y en la fábula de mi infancia,
era la misma, era la misma,
piel de oro y fondo de oro,
vientre de oro y ceja de oro.

Con tanto oro, que no vi más
cuerpo mío de viejo esparto,
cara mía de vieja lava
y mis ropas de algas rotas.

Sino el cenit lloviendo oro
y el oro rindiendo mis párpados
azogue de oro tiritando
en el légamo de mis entrañas
y mi cara bebiendo el oro
y las hebras rayando el pecho.

Yo sé que las fuentes de oro
siguen y cantan en otra parte
también por mí, también por mí,
hija de Dios y su heredera;
que son tanta como los hombres
las fuentes de oro, las fuentes de oro,
y yo tengo mi sorbo de oro
como el ciervo y como el zorrillo
y sé que la mía está lejos
en esta misma hora cantando:
«Soy la fuente de oro de aquella
suya desde la eternidad».

Mas antes de llegar a ella
yo me cansé de gran cansancio,
me relajé por el engaño,
tomé el odio de su color
y su color ya me es injuria.

Oro épico, oro brutal,
oro de las cosas eternas,
ofensor de mis ojos tristes
cuya defensa no más olvido.

Siguen las fuentes, siguen las fuentes,
muy combadas y muy divinas,
muy gayas y muy ofrecidas.

Pero la que iba ya no va
porque es raza de un solo engaño
y una sola loca jornada
y no más que de una derrota.
La última que era la mía
—vientre de oro y guiño de oro,
soñar de oro y tacto de oro—
que no me espere inútilmente
—estíos rápidos, inviernos lentos—
y sepa que quebré mis pies
y me arranqué también la boca.

Fiesta de fuentes, irrupción de
fuentes en toda la tierra.

Oigo las voces de aleluya,
la carrera como el reparto.

Fuentes de oro, todas son duras,
todas son soberbias y heladas,
no cabe el cuerpo adentro de ellas,
no mojan el pecho como las otras,
no reciben la luz, la tienen,
no agradecen a su guardián
y lo avergüenzan con su esplendor.

Dios no las hizo, que hace lo tierno,
lo mortal y lo jadeante
Dios no ha hecho nunca a las fuentes
porque solo ha hecho al sediento.

Fuentes de oro, cíngulo de oro,

guiño de oro y tumba de oro.

−Nueva York, enero de 1931

RONDA DE LA GRANADA

El granado de Colombia
con la flor y el fruto canta,
y la fruta es de metal
y la flor es boca santa.

¡Ah, la vieja
y la lozana,
ah, granada
colombiana!

En el sol de cada día
entreabre la garganta
y de Cali y de Patía
como madre se adelanta.

¡Ah, la loza,
la galana,
la granada
colombiana!

La granada dulce y fuerte
puño de hombre no quebranta,
y la lengua de su llama
a la muerte nos espanta.

¡Ah, su grito
como diana
ah, granada

colombiana!

¡La granada ya no es tallo,
la granada ya no es planta.
De la sangre de nosotros
la bendita, se levanta!

¡Ah, pechuga
de faisana,
ah, granada
colombiana!

−Playas, Ecuador, 25.9.1938

HACE SESENTA AÑOS

Largo cuento de mis años,
historia loca de mis días.
Si no lo digo no lo creen,
y contada sabe a mentira.

Ha sesenta años que en el Valle
«de leche y mieles» se nacía
y una montaña me miraba
y una madre me sonreía.

Ha sesenta años, Valle mío,
yo era un vagido que tenía
cabellos de aire, mirada de agua,
y ojos que rutas no sabían.

Son sesenta años huidos
y cuento mío se diría
que me dieron gesto y mirada

y un vagido que ni me oían.

Y me dieron los elementos,
las estaciones y los días.
Hace tanto que... no me acuerdo.
La madre sí se acordaría.

Hace tanto que no me acuerdo
y tan poco que bien podría...
Pero si ella me lo contase,
¡lo creería, lo creería!

MONTAÑAS

No hay fidelidad más grande
como el cuerpo de la América,
como la que dan los Andes
a tierra y gentes chilenas.

Parece marcha de hermanos
y manso diálogo eterno
en dichas y desventuras
o callado juramento.

Caminan mano a la mano
de dormidos, de despiertos,
con la mirada violeta
y callando su misterio.

La blanca, la amoratada,
cela al hijo que le dieron
y el Valle al atardecer
cuando es como un hombre atento
sube en trapos de neblina

a acurrucarse en sus miembros
y entonces ya nada habemos,
pero somos solo sueños.

BALADA DE MI NOMBRE

El nombre mío que he perdido,
¿dónde vive, dónde prospera?
Nombre de infancia, gota de leche,
rama de mirto tan ligera.

De no llevarme iba dichoso
o de llevar mi adolescencia
y con él ya no camino
por campos y por praderas.

Llanto mío no conoce
y no lo quemó mi salmuera;
cabellos blancos no me ha visto,
ni mi boca con acidia,
y no me habla si me encuentra.

Pero me cuentan que camina
por las quiebras de mi montaña
tarde a la tarde silencioso
y sin mi cuerpo y vuelto mi alma.

ELECTRA EN LA NIEBLA

En la niebla marina voy perdida,
yo, Electra, tanteando mis vestidos
y el rostro que en horas fui mudada.
Ahora solo soy la que ha matado.

Será tal vez a causa de la niebla
que así me nombro por reconocerme.

Quise ver muerto al que mató y lo he visto
o no fue él lo que vi, que fue la Muerte.
Ya no me importa lo que me importaba.
Ya ella no respira el mar Egeo.
Ya está más muda que piedra rodada.
Ya no hace el bien ni el mal. Está sin obras.
Ni me nombra ni me ama ni me odia.
Era mi madre, y yo era su leche,
nada más que su leche vuelta sangre.
Solo su leche y su perfil,
marchando o dormida.
Camino libre sin oír su grito,
que me devuelve y sin oír sus voces,
pero ella no camina, está tendida.
Y la vuelan en vano sus palabras,
sus ademanes, su nombre y su risa,
mientras que yo y Orestes caminamos
tierra de Hélade Ática, suya y de nosotros.
Y cuando Orestes sestee a mi lado
la mejilla sumida, el ojo oscuro,
veré que, como en mí, corren su cuerpo
las manos de ella que lo enmallotaron
y que la nombra con sus cuatro sílabas
que no se rompen y no se deshacen.
Porque se lo dijimos en el alba
y en el anochecer y el duro nombre
vive sin ella por más que esté muerta.
Y a cada vez que los dos nos miremos,
caerá su nombre como cae el fruto
resbalando en guiones de silencio.
Solo a Ifigenia y al amante amaba
por angostura de su pecho frío.
Y a mí y a Orestes nos dejó sin besos,

sin tejer nuestros dedos con los suyos.
Orestes, no te sé rumbo y camino.
Si esta noche estuvieras a mi lado,
oiría yo tu alma, tú la mía.

Esta niebla salada borra todo
lo que habla y endulza al pasajero:
rutas, puentes, pueblos, árboles.
No hay semblante que mire y reconozca
no más la niebla de mano insistente
que el rostro nos recorre y los costados.

A dónde vamos yendo, los huidos,
si el largo nombre recorre la boca
o cae y se retarda sobre el pecho
como el hálito de ella, y sus facciones,
que vuelan disueltas, acaso buscándome.

El habla, niña nos vuelve y resbala
por nuestros cuerpos, Orestes, mi hermano,
y los juegos pueriles, y tu acento.
Husmea mi camino y ven, Orestes.
Está la noche acribillada de ella,
abierta de ella, y viviente de ella.
Parece que no tiene palabra
ni otro viajero, ni otro santo y seña.
Pero en llegando el día, ha de dejarnos.
¿Por qué no duerme al lado del Egisto.
Será que pende siempre de su seno
la leche que nos dio será eso eterno
y será que esta sal que trae el viento
no es del aire marino, es de su leche?

Apresúrate, Orestes, ya que seremos
dos siempre, dos, como manos cogidas
o los pies corredores de la tórtola huida.

No dejes que yo marche en esta noche
rumbo al desierto y tanteando en la niebla.

Yo no quiero saber, pero quisiera
saberlo todo de tu boca misma,
cómo cayó, qué dijo dando del grito
y si te dio maldición o te bendijo.

Espérame en el cruce del camino
en donde hay piedras lajas y unas matas
de menta y de romero, que confortan.

Porque ella —tú la oyes— ella llama,
y siempre va a llamar, y es preferible
morir los dos sin que nadie nos vea
de puñal, Orestes, y morir de propia muerte.
—El Dios que te movió nos dé esta gracia.
—Y las tres gracias que a mí me movieron.
—Están como medidos los alientos.
—Donde los dos se rompan pararemos.
La niebla tiene pliegues de sudario
dulce en el palpo, en la boca salobre,
y volverás a ir al canto mío.
Siempre viviste lo que yo vivía
por otro atajo irás y al lado mío.
Tal vez la niebla es tu aliento y mis pasos
los tuyos son por desnudos y heridos.
Pero ¿por qué tan callado caminas
y vas a mi costado sin palabra?

El paso enfermo y el perfil humoso,
si por ser uno lo mismo quisimos
y cumplimos lo mismo y nos llamamos
Electra-Oreste, yo, tú, Oreste-Electra.
O yo soy niebla que corre sin verse
o tú niebla que corre sin saberse.

—Pare yo porque puedas detenerte
o yo me tumbe, para detenerte con mi cuerpo tu carrera,
tal vez todo fue sueño de nosotros
adentro de la niebla amoratada,
befa de la niebla que vuela sin sentido.
Pero marchar me rinde y necesito
romper la niebla o que me rompa ella.
Si alma los dos tuvimos, que nuestra alma
—siga marchando y que nos abandone.
—Ella es quien va pasando y no la niebla.
Era una sola en un solo palacio
y ahora es niebla-albatros, niebla-barco.
Y aunque mató y fue muerta ella camina
más ágil y ligera que en su cuerpo
así es que nos rendimos sin rendirla.
Orestes, hermano, te has dormido
caminando o de nada te acuerdas
que no respondes.

O yo nunca nací, solo
he soñado padre, madre, y un héroe,
una casa, la fuente Dircea y Ágora.
No es cuerpo el que llegó,
ni potencias.

MEMORIA

A Palma Guillén

Desde que me recuerdo en esa carne
y esta caña de sangre, yo te busco,
y camino arropada por la niebla
de una memoria que nunca me deja,
y que por densa acicatea y salva

pero que si se funde me derrumba,
y entonces valgo menos que el carrizo
y que la fofa larva pisoteada.

Cuando te olvido, ayuna de memoria,
de signo que me alcance hasta mi playa
salobre y de rendida marejada,
la niebla soy de las rodillas rotas
goteando las dunas que no aúpan
y soy aquel racimo desgajado
que sin vendimiador dura en el polvo
y como el niño que cortó la leche
maternal y la busca sin sentido.

Quiero acordarme más para entenderme,
coger como península suspensa
la vaga Patria de bruma amorosa
que me rasa los sueños de dormida
y que pierdo sin culpa al despertarme.

Créceme, no retires este vaho
bendito de memoria que me nutre,
este silbo delgado hecho y deshecho
de la orilla paterna que baja y llega.
Bate mi pesadez como de bestia
adormilada o de panal reseco.
Manda un silbo largo para oírte,
un relámpago corto, una nonada.

Me acuerdo, sí, cuando el día y la hora
benditos son y llenos de presagio;
cuando yo cuento en un torzal los nudos
que dicen el final del cautiverio
y el bulto de mi hogar apercibido
albea como banda de albatroses
y, acudidos, mis muertos ya me llevan

con ímpetu de río poderoso.
Digo: ¡Estoy pronta! Digo: ¡Voy, mi Padre!
y quiero que la red me aúpe rápida.
Y de pronto se rompe mi memoria
y otra vez caigo hacia la duna ciega.

Y otra vez el costado de la arena
terrestre y la salina innumerable,
el duro sol y el dogal de horizonte,
y mi pobre ventura arrebatada
como por tajo cruel o mofa oscura.

Memoria, más memoria sostenida,
nada más que acordarse con recuerdo
cabal, íntegro y vivo
y ya como el petrel subo sin sesgo
y rudo la peña como el gamo
que vuelve en sí con el costado en sangre.

−1.12.1950

DESPEDIDA DE VIAJERO

La misma ola vagabunda
que te lleva te devuelva.
La ruta no se te enrosque
al cuello como serpiente;
te cargue, te lleve, te deje.

Los que te crucen y miren
se alegren como de fiesta.
Pero que no te retengan
tras de muros y cerrojos
la falsa madre, el falso hijo.

Guarda el repunte del acento,
cela tu risa, cuida tu llanto.
El sol no te curta la frente;
la venteada no te enronquezca
y las ferias y los trueques
no te cierren la mano abierta.

Nadie te dijo de irte.
La tornada no te empuja.
El banco de peces hierve
llamando a sus pescadores.
En la mesa te tuvimos
como alto jarro de plata.
En el fogón escuchándote
te dijimos «pecho de horno».

Bajo palmera o tamarindo,
despierto o dormido, entero o roto,
Rafael Arcángel vaya a tu lado
y tu Isla de palmeras
raye tus ropas, bese tu cara.

Enderézate entonces, salta
como el delfín a las olas.
El rumbo Este como el tábano
te punce, te hostigue y te venza.

Vuelve, hijo, por nosotros
que somos piedras de umbrales
y no barqueros ni calafates
de que rompimos los remos
y que enterramos las barcas.

En la costa, curvados de noche,
te encenderemos fogatas,

si olvidaste la ensenada.
Que te pondrá en la arena
la marea que te lleva
como a alga o como a niño
y todos te gritaremos
por albricias, por albricias.

En corro, en anillo, en nudo,
riendo, llorando enseñaremos
al trascordado a hablar de nuevo
cuando te broten y rebroten
tus gestos en el semblante,
nuestros nombres en tu boca.

ELLA QUISO SER NUBE

Ella quiso ser nube y se lo dijo al viento
ella se subió a un árbol y no la aupó el cielo.
Llegó la noche y estaba cansada
cerró el ojo y la aupó el sueño.

La madre dice al cielo: Devuélvanme a mi niña.

—Ella eligió ser nube, dice el cielo.
La madre dice al viento: —Devuélvanme a mi niña.
—Ella eligió ser nube, dice el viento.

La madre subió a buscar a su hijita
y se ha sentado en un hueco del cielo.
Pasa una nube, en forma de gaviota.
Ella dice: —Esa no, porque no era gaviota.
Pasa una nube en forma de cangrejo.
Ella dice: —Esa no es, porque la mía es linda.
Pasa una nube en forma de bandeja.

Ella dice: —No es, porque ella tiene brazos.
Y a la que pasa en forma de palmera
—¡Ay que no es, porque esa va sin cara!

La madre se cansa de voltear las nubes
baja a la tierra y se duerme cansada.
Pero al otro día se vuelve a subir
y vienen nubes que parecen países.
Ella le dice: —¡Vosotras no!,
era pequeña, era pequeña.
Pasan muchas nubes que parecen carros.
Ella les dice: —Pasad calesas;
ella tenía dos pies de princesa.
Pasan nubes que parecen osos.
Ella les dice: —Pasad bailadores,
la mía tiene la piel de las flores.
El viento se cansa de darle las nubes
y ella de voltear nubes como lienzos.
La madre vuelve a bajar a la tierra
y se duerme cansada en su lecho.
Con el sol ella vuelve a levantarse.
El cielo la conoce y ahora la llama.
La madre sube a su silla del cielo,
viene una Nube-Halcón y le dice: —Mi madre.

Viene una Nube-Rey y le dice: —Mi Madre.
Llega una Nube-Barca y le dice: —Mi madre.
La madre las voltea como unos grandes lienzos.

Les toca orejas, plumón y velas.
Un día ella se queda en el cielo
y ya no baja más a la tierra.

GOLONDRINAS DEL YODO

Del desierto de Atacama,
moradas de amanecer,
las golondrinas del yodo
suben todas de una vez.

Vuelan espejos andinos,
ciegas de su ciega Fe,
una por cada hombre herido
y el otro que va a caer.

Vuelan dormidas tres mares
sin coger alga ni pez
y no paran en las Islas
ni por juegos ni por sed.

Oyen gritos de penínsulas
que no las hacen volver
y en duna africana posan
con su abrasada merced.

Entran por los hospitales
en bandada y en mudez,
abren las lonas embreadas
y van, mansas, a caer

en cofias, manos y vendas,
plegadas como el Amén.
Tanteando llegan a Lázaro
y hallan su pecho y sus pies.

Los soldados malheridos
en su capullo candiel
se alzan desde su resuello
de algodones, para ver
las golondrinas que cosen

y cosen sin escoger
piel australiana, brazos galeses:
carne acostada sobre Argel.

Ellas se hunden las llagas
sin volver a aparecer,
ellas no ven al que salvan
y el salvado no las ve,
golondrinas requemadas
de su amor como Raquel,
ocres al rasar la llaga,
sombrías al parecer.

En fantasmas acongojado
llego al campo del inglés.
Cuento soldados heridos,
las cuento a ellas también.
Yo las exprimo y las cargo
como el pescador la red,
y las sepulto en las dunas
a la luz de su rojez,
en un pespunte y una hebra
de yodo y de sangre fiel.

¿A QUÉ?

¿A qué? La casa y la huerta,
a qué la nueva mañana,
a qué el mar aunque me embriague,
aunque él hable y ella cante,
a qué el sueño y la vigilia,
y la puerta acostumbrada.

Quiero dormir sin soñar

a menos de que por gracia
en esta noche sin horas
sin Casiopea ni Sirio
vayan llegando devueltos
los míos a su morada.
¿Dónde están? ¿Fueron tan lejos
que ni el alma los alcanza?

Esta noche, esta que llega
rasa de fe y esperanza,
ciega noche no pedida,
sabida, ni adivinada.
¿Quién la llamó, quién la trajo,
quién la hizo desesperada
y profunda y capitosa
y quién la dobla y la manda?

¿Y si no viene hacia mí
como flecha destinada,
hacia quién es que ella iba
con lo absoluto de su alma,
así lenta, así transida,
así rasa de esperanza?

Ya me cubrió, ya me tiene
en contra-madre ganada.
Ya me anega los orígenes
y mi fe con mi esperanza.

¿Qué más busca, qué más quiere?
¿Hay más? ¿Por qué no descansa?
¿Es que el día fue arrasado
con su signo y con su gracia,
y se rindió de mirarnos
viles, del alba hasta el alba?

ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias, Señor, por el día que asoma
devuelto como el Padre y el Hijo.
Lo esperamos sumidos en la noche,
pero volvió como el que vuelve a amar
y regresó como el que mucho ama,
y con él van y van llegando
el bosque cantador y el mar arrebatado,
el rostro de la madre y el del hijo,
y los caminos borrosos de miedo.

Gracias, Señor, por la ruta que hicimos
cegados de la niebla maldadosa,
y por los ojos vivos del arroyo,
y por el canto ya devuelto de la alondra.
Gracias por cuanto regresa devuelto
al oído del hombre y de la bestia,
y por la risa de los pescadores
que van guiñando a la ola y la pesca
y a la mujer que en umbral espera
con el vaso de leche y con el beso.

Gracias te doy por el tordo vehemente
que canta y canta en la higuera escogida
el alba en cuanto sabe que es la primavera,
y al crepúsculo
allá en mi Valle que me ama y que espera
y adonde he de volver porque él es mío

y suya soy, y lo sueño y lo vivo
así despierta y lo mismo dormida.

LA CATEDRAL

Esta catedral la comenzaron nuestros abuelos
y nosotros no la terminamos.
¡Gracias a Dios por esta obra sin terminar
nunca se acabe, nunca se acabe!
Ya tiene todas las cosas: cogollos de campanas,
tiene torres redondas para burlar las nubes,
tiene la partidura sin dolor de las naves.
Hace mil años la comenzó la brava gente
¡qué vieja es hermanos la Patria tan niña!
La levantaron cerca y lejos del mar
y cerca y lejos de los Andes.
No es ni agua ni piedra siendo el agua y la piedra.
Es de materia pura y avienta la materia,
no va a morir. Nació pero es eterna.
Contentos moriremos de saber que se queda.
De nombre la llaman los hombres patria.
No sabemos el cómo la llaman los ángeles.
Bueno fue hacerla, bueno vivirla
y comprender que nace cada día.
Sale de sobras de ella nuestro cuerpo
y saltan de sus crestas nuestras almas.
A ella nos parecemos y no nos parecemos.
Ella de hermosa pasa a más hermosa;
ella, de viva, pasa a mayor vida
nosotros tenemos un jalón, un molde.
Hermanos, entended esto que cuento:
Ley de la catedral y yo no vivo en ella,
y tal vez tampoco yo vuelva muerta,
tiene la piedra, el leño, los tres metales
la hallamos con puertas llenas de ángeles,
lleva cien ventanales para los vientos.
Todo tiene la Patria y parece que todo necesita.
Igual que un niño al que todo le falta.

Vengan más dioritas, más granito y plata.
Acarreen en carros y en barcos. Acarreen.
Ya es buena para rezar y llorar y cantar
sirve a los vivos, recoge a los muertos.
Hay que amarla, hermanos, como si fuese íntegra
celebrarla, alabarla, adorarla.
Pero al subir el día, hay que salir de nuevo
a partir roca y a labrar maderos.
A la catedral hecha creamos y dudemos
no la oigamos hablar en las campanas,
cuando calla se la oye que ella pide llorando.
Así son todas, y esta como todas
por eso no se acaban las catedrales.

PROSA

LA ORACIÓN DE LA MAESTRA

A César Duayen

¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es *carne de mis carnes*. Alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda

presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame!, ¡sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos de costado a costado.

LOS CABELLOS DE LOS NIÑOS

Cabellos suaves, cabellos que son toda la suavidad del mundo, ¿qué seda gozaría yo si no os tuviera sobre el regazo? Dulce por ellos el día que pasa, dulce el sustento, solo por unas horas que ellos resbalan entre mis manos.

Ponedlos en mi mejilla; revolvedlos en mi regazo como las flores; dejadme trenzar con ellos, para suavizarlo, mi dolor; aumentar la luz con ellos, ahora que es moribunda.

Cuando ya sea con Dios, que no me dé el ala de un ángel para refrescar la magulladura de mi corazón; extienda sobre el azul las cabelleras de los niños que amé, y pasen ellas en el viento sobre mi rostro eternamente.

POEMAS DE LAS MADRES

A doña Luisa F. de García-Huidobro

ME HA BESADO

Me ha besado y ya soy otra: otra, por el latido que duplica el de mis venas y por el aliento que se percibe entre mi aliento. Mi vientre ya es noble como mi corazón...

Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquel que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre la hierba!

¿CÓMO SERÁ?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa, los palpé con delectación: querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida.

Miro las quiebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima:

que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquel que me besara.

SABIDURÍA

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como el racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, este era mi vino.

Para este yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro, con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, porque recoja de mi carne su ardor inextinguible.

LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente: creo

que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados.

LA HERMANA

Hoy he visto una mujer abriendo un curso. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura; la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

EL RUEGO

¡Pero no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si Él amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra como de promesa sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recoger el rocío de la noche, pongo yo mi pecho ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamo el Henchidor, y le pido el licor de la vida. Mi hijo llegará buscándolo con sed.

SENSITIVA

Ya no juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Soy como la rama con fruto.

Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín. Y un simple canto que viene en el viento o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de este a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente estará trenzado con mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Mi llanto y mi sonrisa comenzarán en tu rostro, hijo mío!

POR ÉL

Por él, por el que está adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no me dañéis, no me deis trabajos. Perdonádmelo todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido.

Me diréis los dolores de la casa, la pobreza y los afanes, cuando lo haya puesto en unos pañales.

En la frente, en el pecho, donde me toquéis está él y lanzaría un gemido respondiendo a la herida.

LA QUIETUD

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero para él anegarme de hermosura.

Digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. Quiero destilar como la fruta miel hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares.

La luz y los vientos coloreen y laven mi sangre. Para lavarla también yo no odio, no murmuro, ¡solamente amo!

Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas, y rostro, y mirada, y depurado corazón.

ROPITAS BLANCAS

Tejo los escarpines minúsculos, corto el pañal suave: todo quiero hacerlo por mis manos. Vendrá de mis entrañas, reconocerá mi perfume.

Suave vellón de la oveja: en este verano te cortaron para él. Lo esponjó la oveja ocho meses y lo emblanqueció la luna de enero. No tiene agujillas de cardo ni espinas de zarza. Así de suave ha sido el vellón de mis carnes, donde ha dormido.

¡Ropitas blancas! Él las mira por mis ojos y se sonríe, adivinándolas suavísimas...

IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos (con sus criaturas en los anchos brazos).

Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira, también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente que las breñas hacen todavía invisible. Ya soy como la quebrada; siento cantar mi hondura este pequeño arroyo y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

AL ESPOSO

Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir del fondo de mi ser como el lirio de las aguas. Déjame ser como un agua en reposo.

¡Ámame, ámame ahora un poco más! Yo, ¡tan pequeña!, te duplicaré por los caminos. Yo, ¡tan pobre!, te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo, ¡tan tierna!, me hendiré como un ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y me diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy solo un velo; todo mi cuerpo es un velo bajo el cual duerme un niño!

LA MANO

Vino mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y, por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabría con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía la onda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

CUÉNTAME, MADRE…

Madre, cuéntame todo lo que sabes por tus viejos dolores. Cuéntame cómo nace y cómo viene su cuerpecillo, entrabado con mis vísceras.

Dime si buscará solo mi pecho o si se lo debo ofrecer, incitándolo.

Dame tu ciencia de amor ahora, madre. Enséñame las nuevas caricias, delicadas, más delicadas que las del esposo.

¿Cómo limpiaré su cabecita, en los días sucesivos? ¿Y cómo lo liaré para no dañarlo?

Enséñame, madre, la canción de cuna con que me meciste. Esa lo hará dormir mejor que otras canciones.

EL AMANECER

Toda la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Y te llamo ahora Dulzura Infinita a Ti, Señor, para que lo desprendas blandamente.

¡Nazca ya, y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros!

LA SAGRADA LEY

Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: ¡yo solo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la Tierra con este hijo en los brazos, y me bendiga, pues estoy fecunda como las plantas.

POEMAS DE LA MADRE MÁS TRISTE

ARROJADA

Mi padre dijo que me echaría, gritó a mi madre que me arrojaría esta misma noche.

La noche es tibia; a la claridad de las estrellas, yo podría caminar hasta la aldea próxima; pero ¿y si nace en estas horas? Mis sollozos le han llamado tal vez; tal vez quiera salir por ver mi cara. Y tiritaría bajo el aire crudo, aunque yo lo cubriera.

¿PARA QUÉ VINISTE?

¿Para qué viniste? Nadie te amará aunque eres hermoso, hijo mío. Aunque sonríes graciosamente, como los demás niños, como el menor de mis hermanitos, no te besaré sino yo, hijo mío. Y aunque tus manitas se agiten buscando juguetes, no tendrás para tus juegos sino mi seno y la hebra de mis lágrimas, hijo mío.

¿Para qué viniste, si el que te trajo te odió al sentirte en mi vientre?

¡Pero no! ¡Para mí viniste; para mí que estaba sola, hasta cuando me oprimía él entre sus brazos, hijo mío!

NOTA.— Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su *rancho*. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura.

Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer.

Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando: Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, es una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, *esto*?».

Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa.

Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció, por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro.

En esta obra egotista, empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la Vida total. ¿Había de eliminarlas?

¡No! Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. ¡Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo!

MOTIVOS DEL BARRO

A Eduardo Barrios

I.—EL POLVO SAGRADO

Tengo ojos, tengo mirada: los ojos, de los tuyos que quebró la muerte, y te miro con todas ellas. No soy ciego como me llamas.
Y amo; tampoco soy muerto. Tengo los amores y las pasiones de tus gentes derramadas en mí como rescoldo tremendo. El anhelo de sus labios me hace gemir.

II.—EL POLVO DE LA MADRE

¿Por qué me buscabas mirando hacia la noche estrellada? Aquí estoy, recógeme con tu mano... Guárdame, llévame. No quiero que me huellen los rebaños ni que corran los lagartos sobre mis rodillas. Recógeme en tu mano y llévame contigo. Yo te llevé así. ¿Por qué tú no me llevarías?

Con una mano cortas las flores y ciñes a las mujeres, y con la otra oprimes contra tu pecho a tu madre.

Recógeme y amasa conmigo una ancha copa, para las rosas de esta primavera. Ya he sido copa, y guardé un ramo de rosas: te llevé

a ti. Yo conozco la noble curva de una copa porque fui el vientre de tu madre.

Volé en polvo fino de la sepultura y fui espesando sobre tu campo, todo para mirarte, ¡oh hijo labrador! ¿Por qué pasas rompiéndome? En este amanecer, cuando atravesaste el campo, la alondra que voló cantando subió del ímpetu desesperado de mi corazón.

III.—TIERRA DE AMANTES

Alfarero, ¿sentiste el barro cantar entre tus dedos? Cuando le acabaste de verter el agua, gritó entre ellos. ¡Es su tierra y la tierra de mis huesos que por fin se juntaron!

Con cada átomo de mi cuerpo lo he besado, con cada átomo lo he ceñido. ¡Mil nupcias para nuestros dos cuerpos! ¡Para mezclarnos bien nos deshicieron! ¡Como las abejas en el enjambre, es el ruido de nuestro fermento de amor!

Y ahora, si haces una Tanagra con nosotros, ponnos todo en la frente o todo en el seno. No nos vayas a separar distribuyéndonos en las sienes o en los brazos. Ponnos, mejor, en la curva sagrada de la cintura, donde jugaremos a perseguirnos, sin encontrarnos fin.

¡Ah, alfarero! Tú que nos mueles distraído, cantando, no sabes que en la palma de tu mano se juntaron, por fin, las tierras de dos amantes que jamás se reunieron sobre el mundo.

IV.—A LOS NIÑOS

Después de muchos años, cuando yo sea un montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra de mis huesos. Si me recoge un albañil, me pondrá en un ladrillo, y quedaré clavada para

siempre en un muro, y yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel, enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si soy ladrillo de una escuela, padeceré también de no poder cantar con vosotros, en los amaneceres.

Mejor quiero ser el polvo con que jugáis en los caminos del campo. Oprimidme: he sido vuestra; deshacedme, porque os hice; pisadme, porque no os di toda la verdad y toda la belleza. O, simplemente, cantad y corred sobre mí, para besaros los pies amados...

Decid, cuando me tengáis en las manos, un verso hermoso y crepitaré de placer entre vuestros dedos. Me empinaré para miraros, buscando entre vosotros los ojos, los cabellos de los que enseñé.

¡Y cuando hagáis conmigo cualquier imagen, rompedlas a cada instante, que a cada instante me rompieron los niños de amor y de dolor!

V.—LA ENEMIGA

Soñé que ya era la tierra, que era un metro de tierra oscura a la orilla de un camino. Cuando pasaban, al atardecer, los carros cargados de heno, el aroma que dejaban en el aire me estremecía al recordarme el campo en que nací; cuando pasaban los segadores enlazados, evocaba también; al llorar los bronces crepusculares, el alma mía recordaba a Dios bajo su polvo ciego.

Junto a mí, el suelo formaba un montoncillo de arcilla roja, con un contorno como de pecho de mujer y yo, pensando en que también pudiera tener alma, le pregunté:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy —dijo—, tu Enemiga, aquella que así, sencillamente, terriblemente, llamabas tú: la Enemiga.

Yo le contesté:

—Yo odiaba cuando aún era carne, carne con juventud, carne con soberbia. Pero ahora soy polvo ennegrecido y amo hasta el cardo que sobre mí crece y las ruedas de las carretas que pasan magullándome.

—Yo tampoco odio ya —dijo ella—, y soy roja como una herida porque he padecido, y me pusieron junto a ti porque pedí amarte.

—Yo te quisiera más próxima —respondí—, sobre mis brazos, los que nunca te estrecharon.

—Yo te quisiera —respondió— sobre mi corazón, en el lugar de mi corazón que tuvo la quemadura de tu odio.

Pasó un alfarero, una tarde, y, sentándose a descansar, acarició ambas tierras dulcemente...

—Son suaves —dijo—; son igualmente suaves, aunque una sea oscura y la otra sangrienta. Las llevaré y haré con ellas un vaso.

Nos mezcló el alfarero como no se mezcla nada en la luz: más que dos brisas, más que dos aguas. Y ningún ácido, ninguna química de los hombres hubiera podido separarnos.

Cuando nos puso en un horno ardiente alcanzamos el color más luminoso que se ha mostrado al sol: era una rosa viviente...

Cuando el alfarero lo sacó del horno, ardiente, pensó que aquello era una flor: como Dios, ¡él había alcanzado a hacer una flor!

Y el vaso dulcificaba el agua hasta tal punto que el hombre que lo compró gustaba de verterle los zumos más amargos: el ajenjo, la cicuta, para recogerlos melificados. Y si el alma misma de Caín se hubiera podido sumergir en el vaso, hubiera ascendido de él, pura.

VI.—LAS ÁNFORAS

Ya hallaste por el río la greda roja y la greda negra; ya amasas las ánforas, con los ojos ardientes.

Alfarero, haz la de todos los hombres, que cada uno la precisa semejante al propio corazón.

Haz el ánfora del campesino, fuerte el asa, esponjado el contorno como la mejilla del hijo. No turbará por la gracia, será el Ánfora de la Salud.

Haz el ánfora del sensual; hazla ardiente como la carne que ama; pero, para purificar su instinto, dale delgado labio.

Haz el ánfora del triste; hazla sencilla como una lágrima, sin un pliegue, sin una franja coloreada, porque el dueño no le mirará la hermosura. Y amásala con el lodo de las hojas secas, para que halle al beber el olor de los otoños, que es el perfume mismo de su corazón.

Haz el ánfora de los miserables, tosca, cual un puño, desgarrada de dar, y sangrienta, como la granada. Será el Ánfora de la Protesta.

Y haz el ánfora de Leopardo, el ánfora de los torturados que ningún amor supo colmar. Hazles el vaso en que miren su propio corazón, para que se odien más. No echarán en ella ni el vino ni el agua, que será el Ánfora de la Desolación. Y su seno vaciado inquietará más que si estuviera colmada de sangre.

VII.—VASOS

—Todos somos vasos —me dijo el alfarero. Y como yo sonriera, añadió: —Tú eres un vaso vaciado. Te volcó un grande amor y ya no te vuelves a colmar más. No eres humilde, y rehúsas bajar como otros vasos a las cisternas, a llenarte de agua impura. Tampoco te abres para alimentarte de las pequeñas ternuras, como algunas de mis ánforas que reciben las lentas gotas que les vierte la noche y viven de esa breve frescura. Y no estás roja, sino blanca de sed, porque el sumo ardor tiene esa tremenda blancura.

VIII.—LA LIMITACIÓN

—Los vasos sufren de ser vasos —agregó—. Sufren de contener en toda su vida nada más que cien lágrimas y apenas un sollozo intenso. En las manos del Destino tiemblan, y no creen que vacilan así porque son vasos. Cuando miran al mar, que es ánfora inmensa, los vasos padecen. Odian su pequeña pared, su pequeño pie de copas, que apenas se levanta del polvo para recibir un poco la luz del día.

Cuando los hombres se abrazan, en la hora del amor, no ven que se ciñen con un solo brazo extendido: ¡lo mismo que un ánfora!

Miden desde su quietud meditativa el contorno de todas las cosas, y su brevedad no la conocen, de verse engrandecidos en la sombra.

Del dedo de Dios que los contorneó, aún conservan un vago perfume derramado en sus paredes, y suelen preguntar en qué jardín de aromas fueron amasados.

IX.—LA SED

—Todos los vasos tienen sed —siguió diciéndome el alfarero—; «esos» como los míos, de arcilla perecedera. Así los hicieron, abiertos, para que pudieran recibir el rocío del cielo, y también para que huyera presto su néctar.

Y cuando están colmados tampoco son dichosos, porque todos odian el líquido que hay en su seno. El vaso de falerno aborrece su áspero olor de lagares; el de óleo perfumado odia su espesura y envidia el vaso de agua clara.

Y los vasos con sangre viven desesperados del grumo que se cuaja en sus paredes y que no pueden ir a lavar en los arroyos.

Para pintar el ansia de los hombres haz de ellos solamente el rostro con los labios entreabiertos de sed, o haz sencillamente un vaso, que también es una boca con sed.

POEMAS DEL ÉXTASIS

I.—ESTOY LLORANDO

Me has dicho que me amas, y estoy llorando. Me has dicho que pasarás conmigo entre tus brazos por los valles del mundo.

Me has apuñaleado con la dicha no esperada. Pudiste dármela gota a gota, como el agua al enfermo, ¡y me pusiste a beber en el torrente!

Caída en tierra, estaré llorando hasta que el alma comprenda. Han escuchado mis sentidos, mi rostro, mi corazón: mi alma no acaba de comprender.

Muerta la tarde divina, volveré vacilando hacia mi casa, apoyándome en los troncos del camino... Es la senda que hice esta mañana, y no la voy a reconocer. Miraré con asombro el cielo, el valle, los techos de la aldea, y les preguntaré su nombre, porque he olvidado toda la vida.

Mañana me sentaré en el lecho y pediré que me llamen, para oír mi nombre y creer. Y volveré a estallar en llanto. ¡Me has apuñaleado con la dicha!

II.—DIOS

Háblame ahora de Dios, y te he de comprender.

Dios es este reposo de tu larga mirada en mi mirada, este comprenderse sin el ruido intruso de las palabras. Dios es esta entrega ardiente y pura y esta confianza inefable.

Está, como nosotros, amando el alba, al mediodía y a la noche, y le parece, como a los dos, que comienza a amar...

No necesita otra canción que su amor mismo, y la canta desde el suspiro al sollozo. Y vuelve otra vez al suspiro...

Es esta perfección de la rosa madura, antes de que caiga el primer pétalo.

Y es esta certidumbre divina de que la muerte es mentira.

Sí, ahora comprendo a Dios.

III.—EL MUNDO

—No se aman —dijeron— porque no se buscan. No se han besado, porque ella va todavía pura. ¡No saben que nos entregamos en una sola mirada!

Tu faena está lejos de la mía y mi asiento no está a tus pies. Y, sin embargo, haciendo mi labor, siento como si te entretejiera con la red de la lana, y tú estás sintiendo allá lejos que mi mirar baja sobre tu cabeza inclinada. ¡Y se rompe de dulzura tu corazón!

Muerto el día, nos encontramos por unos instantes; pero la herida del amor nos sustentará hasta el otro atardecer.

¡Ellos que se revuelcan en la voluptuosidad sin lograr unirse, no saben que por una mirada somos esposos!

IV.—HABLABAN DE TI...

Me hablaron de ti ensangrentándote con palabras numerosas. ¿Por qué se fatigará inútilmente la lengua de los hombres? Cerré los ojos y te miré en mi corazón. Y eras puro, como la escarcha que amanece dormida en los cristales.

Me hablaron de ti alabándote con palabras numerosas. ¿Para qué se fatigará inútilmente la generosidad de los hombres?... Guardé silencio, y la alabanza subió de mis entrañas, luminosa como suben los vapores del mar.

Callaron otro día tu nombre y dijeron otros en la glorificación ardiente. Los nombres extraños caían sobre mí malogrados. Y tu nombre que nadie pronunciaba, estaba presente como la primavera, que cubría el valle aunque nadie estuviera cantándola.

V.—ESPERÁNDOTE

Te espero en el campo. Va cayendo el sol. Sobre el llano baja la noche, y tú vienes caminando a mi encuentro, naturalmente, como cae la noche. ¡Apresúrate, que quiero ver el crepúsculo sobre tu cara!

¡Qué lento te acercas! Parece que te hundieras en la tierra pesada. Si te detuvieses en este momento, se pararían mis pulsos de angustia y quedaría blanca y yerta.

Vienes cantando como las vertientes bajan al valle. Ya te escucho...

¡Apresúrate! El día que se va quiere morir sobre nuestros rostros unidos.

VI.—ESCÓNDEME

Escóndeme, que el mundo no me adivine. Escóndeme como el tronco su resina, y que yo te perfume en la sombra, como la gota de goma, y que te suavice con ella, y los demás no sepan de dónde viene tu dulzura...

Soy fea sin ti, como las cosas desarraigadas de su sitio: como las raíces abandonadas sobre el suelo.

¿Por qué no soy pequeña, como la almendra en el hueso cerrado?

Hazme una gota de tu sangre, y subiré a tu mejilla, y estaré en ella como la pinta vivísima en la hoja de la vida. Vuélveme tu suspiro, y subiré y bajaré de tu pecho, me enredaré en tu corazón, saldré al aire para volver a entrar. Y estaré en este juego toda la vida...

VII.—LA FLOR DE CUATRO PÉTALOS

Mi alma fue un tiempo un gran árbol en que se enrojecía un millón de frutos. Entonces el solo mirarme daba plenitud; oír cantar bajo mis ramas cien aves era una tremenda embriaguez.

Después fue un arbusto, un arbusto retorcido de sobrio ramaje, pero todavía capaz de manar goma perfumada.

Ahora es solo una flor, una pequeña flor de cuatro pétalos. Uno se llama Belleza, y otro Amor, y están próximos; otro se llama Dolor y el último Misericordia. Así, uno a uno, fueron abriéndose, y la flor no tendrá ninguno más.

Tienen los pétalos en la base una gota de sangre, porque la belleza me fue dolorosa, porque fue mi amor pura tribulación y mi misericordia nació también de una herida.

Tú que supiste de mí cuando era un gran árbol y que llegas buscándome tan tarde, en la hora crepuscular, tal vez pases sin reconocerme. Yo desde el polvo te miraré en silencio y sabré por tu rostro si eres capaz de saciarte con una simple flor, tan breve como

una lágrima. Si te veo en los ojos la ambición, te dejaré pasar hacia las otras, que son ahora grandes árboles.

Porque el que hoy puedo consentir junto a mí en el polvo, ha de ser tan humilde que se conforme con este breve resplandor, y ha de tener tan muerta la ambición que pueda quedar para la eternidad con la mejilla sobre mi tierra, olvidada del mundo, ¡con sus labios sobre mí!

VIII.—LA SOMBRA

Sal por el campo al atardecer y déjame tus huellas sobre la yerba, que yo voy tras ti. Sigue por el sendero acostumbrado, llega a las alamedas de oro, sigue por las alamedas de oro hasta la sierra amoratada. Y camina entregándote a las cosas, palpando los troncos, para que me devuelvan, cuando yo pase, tu caricia. Mírate en las fuentes y guárdenme las fuentes un instante el reflejo de tu cara, hasta que yo pase. Porque a ti yo no podré verte más en la Tierra de los hombres.

IX.—SI VIENE LA MUERTE

Si te ves herido no temas llamarme. Llámame desde donde te halles, aunque sea el lecho de la vergüenza. Y yo iré, aun cuando estén erizados de espinos los llanos hasta tu puerta.

No quiero que ninguno, ni Dios, te acomode la almohada bajo la cabeza.

Estoy guardando mi cuerpo para resguardar de la lluvia y las nieves tu sepultura. Mi mano quedará sobre tus ojos para que no miren la noche tremenda.

EL ARTE

A María Enriqueta

I.—LA BELLEZA

Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas.

A ti, hombre basto, solo te turba un vientre de mujer, el montón de carne de la mujer. Nosotros vamos turbados, nosotros recibimos la lanzada de toda belleza del mundo, porque la noche estrellada nos fue amor tan agudo como un amor de carne.

Una canción es una respuesta que damos a la hermosura del mundo. Y la damos con un temblor incontenible. Y la damos con un temblor incontenible, como el tuyo delante de un seno desnudo.

Y de devolver en sangre esta caricia de la Belleza, y de responder el llamamiento innumerable de ella, vamos más flagelados que tú.

II.—EL CANTO

Una mujer está cantando en el valle. La sombra que llega la borra; pero su canción la yergue sobre el campo.

Su corazón está hendido, como su vaso que se trizó esta tarde en las guijas del arroyo. Mas ella canta; por la escondida llaga se

aguza pasando la hebra del canto. En una modulación la voz se moja de sangre.

En el campo ya callan por la muerte cotidiana las demás voces, y se apagó hace un instante el canto del pájaro más rezagado. Y su corazón sin muerte, su corazón vivo de dolor, ardiente de dolor, recoge las voces que callan en su voz.

¿Canta para un esposo que la mira calladamente en el atardecer, o para un niño al que su canto endulza? ¿O cantará para su propio corazón, más desvalido que un niño solo al anochecer?

La noche que viene se materniza por esa canción que sale a su encuentro; las estrellas se van abriendo con humana dulzura: el cielo estrellado se humaniza y entiende el dolor de la Tierra.

El canto puro como un agua con luz, limpia el llano, lava el día en el que los hombres se odiaron. De la garganta de la mujer que sigue cantando se exhala y sube el día, ennoblecido, hacia las estrellas.

III.—EL ENSUEÑO

Dios me dijo: —Lo único que te he dejado es una lámpara para tu noche. Las otras se apresuraron, y se han ido con el amor y el placer. Te he dejado la lámpara del Ensueño y tú vivirás a su manso resplandor.

No abrasará tu corazón, como abrasará el amor a las que con él partieron, ni se te quebrará en la mano, como el vaso del placer a las otras. Tiene una lumbre que apacigua.

Si enseñas a los hijos de los hombres, enseñarás a su claridad, y tu lección tendrá una dulzura desconocida. Si hilas, si tejes la lana o el lino, el copo se engrandecerá por ella de una ancha aureola.

Cuando hables, tus palabras bajarán con más suavidad de la que tienen las palabras que se piensan en la luz brutal del día.

El aceite que la sustente manará de tu propio corazón, y a veces lo llevarás doloroso, como el fruto en el que se apresura la miel o el óleo, con la magulladura. ¡No importa!

A tus ojos saldrá su resplandor tranquilo y los que llevan los ojos ardientes de vino o de pasión, se dirán: —¿Qué llama lleva esta que no la afiebra ni la consume?

No te amarán, creyéndote desvalida; hasta creerán que tienen el deber de serte piadosos. Pero, en verdad, tú serás la misericordia cuando con tu mirada, viviendo entre ellos, sosiegues su corazón.

A la luz de esta lámpara leerás tú los poemas ardientes que ha entregado la pasión de los hombres, y serán para ti más hondos. Oirás la música de los violines, y si miras los rostros de los que escuchan, sabrás que tú padeces y gozas mejor. Cuando el sacerdote, ebrio de su fe, vaya a hablarte, hallará en tus ojos una ebriedad suave y durable de Dios, y te dirá: —Tú le tienes siempre; en cambio, yo solo ardo de Él en los momentos de éxtasis.

Y en las grandes catástrofes humanas, cuando los hombres pierden su oro, o su esposa, o su amante, que son sus lámparas, solo entonces vendrán a saber que la única rica eras tú, porque con las manos vacías, con el regazo baldío, en tu casa desolada, tendrás el rostro bañado del fulgor de tu lámpara. ¡Y sentirán vergüenza de haberte ofrecido su dicha!

IV.—DECÁLOGO DEL ARTISTA

I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.
II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmará creando a su semejanza.
III. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.

IV. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.
V. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ellas, porque la Belleza es virgen y la que está en las ferias no es Ella.
VI. Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a ti el primero.
VII. Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres.
VIII. Darás tu obra como un hijo, poniendo en ella tu sangre de mil días.
IX. No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista.
X. De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño.

COMENTARIOS A POEMAS DE RABINDRANATH TAGORE

«Sé que también amaré la muerte»

No creo, no, en que he de perderme tras la muerte.

¿Para qué me habrías henchido tú, si habría de ser vaciada como las cañas? ¿Para qué derramarías la luz cada mañana sobre mis sienes y mi corazón, si no fueras a recogerme como se recoge el racimo melificado, cuando ya media el otoño?

Ni fría ni desamorada me parece, como a los otros, la muerte. Paréceme más bien un ardor que desgaja las carnes, para despeñarnos el alma.

Duro, acre, sumo, el abrazo de la muerte. Es tu amor, es tu terrible amor, ¡oh, Dios! ¡Así deja rotos los huesos, y desmadejada la lengua!

«Yo me jacté entre los hombres de que te conocía...»

Como tienen tus hombres un delirio de afirmaciones acerca de tus atributos, yo te pinté al hablar de Ti con la precisión del que pinta los pétalos de la azucena. Por amor, por exageración de amor,

describí lo que no veré nunca. Vinieron a mí tus hombres a interrogarme; vinieron porque te hallan continuamente en mis cantos, derramado como un aroma. Yo, viéndoles más ansia que la del sediento al preguntar por el río, les hablé de Ti, sin haberte gozado todavía.

Tú, mi Señor, me lo perdonarás. Fue el anhelo de ellos, fue el mío también de mirarte neto como las hojas de la azucena. A través del desierto, es el ansia de los beduinos las que traza el espejismo en la lejanía... Estando en silencio para oírte, el latir de mis arterias me pareció la palpitación de tus alas sobre mi cabeza, y la di a los hombres como tuya. Pero Tú que comprendes te sonríes con una sonrisa llena de dulzura y de tristeza a la par.

Sí. Es lo mismo que cuando aguardamos con los ojos ardientes, mirando hacia el camino. El viajero no viene, pero el ardor de nuestros ojos lo dibuja a cada instante en los más pálido del horizonte...

Sé que los otros me ultrajarán porque he mentido; pero Tú, solamente sonreirás con tristeza. Lo sabes bien: la espera enloquece y el silencio crea ruidos en torno de los oídos febriles.

«Arranca esa florecilla. Temo que se marchite, y se deshoje, y se caiga, y se confunda con el polvo»

Verdad es que aún no estoy en sazón, que mis lágrimas no alcanzarían a colmar el cuenco de tus manos. Pero no importa, mi Dueño: en un día de angustias puedo madurar por completo.

Tan pequeña me veo que temo no ser advertida y quedar olvidada como la espiga en que no reparó, pensando, el segador. Por esto quiero suplir con el canto mi pequeñez, solo por hacerte volver el rostro si me dejas perdida, mi Segador.

Verdad es también que no haré falta para tus harinas celestiales; verdad es que en tu pan no pondré un sabor nuevo. Mas, de vivir atenta a tus movimientos, te conozco tantas ternuras. Yo te he visto, yendo de mañana por el campo, recoger evaporada la gotita de rocío que tirita en la cabezuela florida de una hierba y sorberla con menos ruido que el de un beso. Te he visto asimismo dejar disimuladas en el enredo de las zarzamoras las hebras para el nido del tordo. Y he sonreído de dicha, diciéndome: —Así me recogerá, como a la gotita trémula, antes de que me vuelva fango; así como al pájaro se cuidará de albergarme después de la última hora.

¡Recógeme, pues, recógeme pronto! No tengo raíces clavadas en esta tierra de los hombres. Con un simple movimiento de tus labios, me sorbes; y con una imperceptible inclinación, me recoges.

LECTURAS ESPIRITUALES

A don Constancio Vigil

I.—LO FEO

El enigma de la fealdad tú no lo has descifrado. Tú no sabes por qué el Señor consiente por los campos la culebra. Él la consiente, Él la deja atravesar sobre los musgos.

En lo feo, la materia está llorando; yo le he escuchado su gemido. Mírale el dolor. Ama los escarabajos por dolorosos, porque no tienen, como la rosa, una expresión de dicha. Ámalos porque son un anhelo engañado de hermosura, un deseo no oído de perfección. Son como algunos de tus días, malogrados y miserables a pesar de ti mismo. Ámalos, porque no recuerdan a Dios.

Ten piedad de ellos que buscan con una tremenda ansia la belleza. La araña ventruda, en su tela leve, sueña con la idealidad, y el escarabajo deja el rocío sobre su lomo negro para que le finja resplandor.

II.—LA VENDA

Toda belleza de la Tierra puede ser venda para tu herida. Dios la ha extendido delante de ti; así, como un lienzo coloreado te ha extendido sus campos de primavera.

Son ternura de la tierra, palabras suyas de amor, las florecillas blancas y el guijarro de color. Toda la belleza es misericordia de Dios.

El que te alarga la espina en una mano te ofrece en la otra un motivo para la sonrisa. No digas que es un juego cruel. Tú no sabes (en la química de Dios) por qué es necesaria el agua de las lágrimas.

Siente así como venda el cielo. Es una ancha venda que baja hasta tocar la magulladura de tu corazón.

El que te ha herido, se ha ido dejándote hebras para la venda por todo el camino...

Y cada mañana, al abrir tus balcones, siente como una venda maravillosa y anticipada para la pena del día, el alba que sube por las montañas...

III.—A UN SEMBRADOR

Siembra sin mirar la tierra donde cae el grano; estás perdido si consultas el rostro de los demás. Tu mirada invitándoles a responder, les parecerá invitación a alabarte, y aunque estén de acuerdo con tu verdad, te negarán por orgullo la respuesta. Di tu palabra, y sigue tranquilo, sin volver el rostro. Cuando vean que te has alejado, recogerán tu simiente; tal vez la besen y la lleven a su corazón.

No pongas tu efigie reteñida sobre tu doctrina. Le enajenará el amor de los egoístas, y los egoístas son el mundo.

Habla a tus hermanos en la penumbra de la tarde, para que se borre tu rostro, y vela tu voz hasta que se confunda con cualquier

otra voz. Hazte olvidar, hazte olvidar... Harás como la rama que no conserva la huella de los frutos que ha dejado caer.

Hasta los hombres más prácticos, los que se dicen menos interesados en los sueños, saben el valor infinito de un sueño, y recelan de engrandecer al que lo soñó.

Harás como el padre que perdona al enemigo si lo sorprendió besando a su hijo. Déjate besar en tu sueño maravilloso de redención. Míralo en silencio y sonríe...

Bástete la sagrada alegría de entregar el pensamiento; bástete el solitario y divino saboreo de su dulzura infinita. Es un misterio al que asisten Dios y tu alma. ¿No te conformas con ese inmenso testigo? Él supo, Él ya ha visto, Él no olvidará.

También Dios tiene ese recatado silencio, porque Él es el Pudoroso. Ha derramado sus criaturas y la belleza de las cosas por valles y colinas, calladamente, con menos rumor del que tiene la hierba al crecer. Vienen los amantes de las cosas, las miran, las palpan y se están embriagados, con la mejilla sobre ellas. ¡Y no lo nombran nunca! Él calla, calla siempre y sonríe.

IV.—EL HARPA DE DIOS

El que llamó David el «Primer Músico», tiene como él un arpa; es un arpa cuyas cuerdas son las entrañas de los hombres. No hay un solo momento de silencio sobre el arpa ni de paz para la mano del Tañedor ardiente.

De sol a sol Dios desprende a sus seres melodías.

Las entrañas del sensual dan un empañado sonido; las del justo son un temblor de cristal, y las del doloroso, como los vientos sobre el mar, tienen una riqueza de inflexiones desde el sollozo al alarido. La mano del Tañedor se tarda sobre ellas.

Cuando canta el alma de Caín, se trizan los cielos como un vaso; cuando canta Booz, la dulzura hace recordar las altas parvas; cuando canta Job, se conmueven las estrellas como una carne humana. Y Job escucha el río de su dolor vuelto hermosura...

El Músico oye las almas que hizo, con desaliento o con ardor.

Y nunca calla el arpa; y nunca se cansa el Tañedor ni los cielos que escuchan.

El hombre que abre la tierra, sudoroso, ignora que el Señor al que a veces niega, está pulsando sus entrañas; la madre que entrega el hijo ignora también que en ese momento su cuerda se ensangrienta. Solo el místico lo supo, y de oír esta arpa rasgó sus heridas para cantar infinitamente en los campos del cielo.

V.—LA ILUSIÓN

¡Nada te han robado! La tierra se extiende, verde, en un ancho brazo en torno tuyo, y el cielo existe sobre tu frente. Echas de menos un hombre que camina por el paisaje. Hay un árbol, en el camino, un álamo fino y tembloroso. Haz con él su silueta. Se ha detenido a descansar; te está mirando.

¡No te han robado! Una nube pasa sobre tu rostro, larga, suave, viva. Cierra los ojos. La nube es en torno de tu cuello un abrazo que no te oprime ni te turba. Ahora una lágrima te resbala por el rostro. Es su beso tranquilo.

¡Nada te han robado!

MOTIVOS DE LA PASIÓN

I.—LOS OLIVOS

Cuando el tumulto se alejó, desapareció en la noche, los olivos hablaron:

—Nosotros le vimos penetrar en el Huerto.

—Yo recogí una rama para no rozarlo.

—Yo la incliné para que me tocara.

—¡Todos le miramos, con una sola y estremecida mirada!

—Cuando habló a los discípulos, yo, el más próximo, conocí toda la dulzura de la voz humana.

—Nosotros enlazamos apretándolos los follajes, cuando bajaba el Ángel con el cáliz, para que no lo bebiera.

—Y cuando lo apuró, la amargura de su labio traspasó los follajes y subió hasta lo alto de las copas. ¡Ningún ave nos quebrará más la hoja amarga, ahora más amarga que el laurel!

—En su sudor de sangre bebieron nuestras raíces. ¡Todas han bebido!

—Yo dejé caer una hoja sobre el rostro de Pedro, que dormía. Apenas se estremeció. Desde entonces sé, ¡oh hermanos!, que los hombres no aman, que hasta cuando quieren amar no aman bien.

—Cuando le besó Judas, veló Él la luna, por que nosotros, ¡árboles!, no viéramos el beso de un hombre.

—Pero mi rama lo vio, y está quemada sobre mi tronco con vergüenza.

—¡Ninguno de nosotros hubiera querido tener alma en ese instante!

—Nunca le vimos antes; solo los lirios de las colinas lo miraron pasar. ¿Por qué no sombreó ninguna siesta junto a nosotros?

—Si le hubiéramos visto alguna vez, ahora también quisiéramos morir.

—¿Dónde ha ido? ¿Dónde está a estas horas?

—Un soldado dijo que lo crucificarían mañana sobre el monte.

—Tal vez nos mire en su agonía, cuando ya se doble su cabeza; tal vez busque el valle donde amó y en esa mirada nos abarque.

—Quizás lleve muchas heridas; acaso se halle a estas horas como uno de nosotros vestido de heridas.

—Mañana le bajarán al valle para sepultarle.

—¡Que descienda todo el aceite de nuestros frutos, que las raíces lleven un río de aceite bajo la tierra, hasta sus heridas!

—Amanece. ¡Han emblanquecido todos nuestros follajes!

II.—EL BESO

La noche del Huerto, Judas durmió unos momentos y soñó, soñó con Jesús, porque solo se sueña con los que se ama o con los que se mata.

Y Jesús le dijo:

—¿Por qué me besaste? Pudiste señalarme clavándome con tu espada. Mi sangre estaba pronta, como una copa; mi corazón no rehusaba morir. Yo esperaba que asomara tu rostro entre las ramas.

¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo porque tú lo has hecho, y todo lo que se besa por amor en la tierra, rehusarán la caricia ensombrecida. ¿Cómo podré borrar tu beso de la luz, para que no se empañen los lirios de esta primavera? ¡He aquí que has pecado contra la confianza del mundo!

¿Por qué me besaste? Ya los que mataron con cuchillas se lavaron: ya son puros.

¿Cómo vivirás ahora? Porque el árbol muda la corteza con llagas; pero tú, para dar otro beso, no tendrás otros labios, y si besases a tu madre encanecerá a tu contacto, como blanquearon al comprender los olivos que te miraron.

Judas, Judas, ¿quién te enseñó ese beso?

—La prostituta — respondió ahogadamente, y sus miembros se anegaban en un sudor que era también de sangre, y mordía su boca para desprendérsela, como el árbol su corteza gangrenada.

Y sobre la calavera de Judas, los labios quedaron, perduraron sin caer, entreabiertos, prolongando el beso. Una piedra echó su madre sobre ellos para juntarlos; el gusano los mordió para desgranarlos; la lluvia los empapó en vano para podrirlos. ¡Besan, siguen besando aún bajo la tierra!

POEMAS DEL HOGAR

A Celmira Zúñiga

I.—LA LÁMPARA

¡Bendita sea mi lámpara! Tiene un mirar humanizado de pura suavidad, de pura dulcedumbre.

Arde en medio de mi cuarto. Su apagado reflejo no hace brillar mis lágrimas que corren por mi pecho...

Según el sueño que está en mi corazón, mudo su cabezuela. Para mi oración le doy una lumbre azul, y mi cuarto se hace como la hondura del valle, ahora que no elevo mi plegaria desde el fondo de los valles. Para la tristeza tiene un cristal violeta, y hace a las cosas padecer conmigo.

Más sabe ella de mi vida que los pechos en que he descansado Está viva de haber tocado tantas noches mi corazón; tiene el suave ardor de mi herida íntima que ya no abrasa, para durar se hizo suavísima...

Tal vez al caer la noche los muertos sin mirada vienen a buscarla en los ojos de las lámparas. ¿Quién será este muerto que está mirándome con tan callada dulzura?

Si fuese humana, se fatigaría antes de mi pena, o bien, enardecida de solicitud, querría aún estar conmigo cuando la

misericordia del sueño llega. Ella es, pues, la Perfecta.

Desde afuera no se adivina, y mis enemigos que pasan me creen sola. A todas mis posesiones, tan pequeñas como esta, voy dando una claridad imperceptible, para defenderlas de los *robadores de dichas.*

Basta lo que alumbra su halo de resplandor. Caben en él la cara de mi madre y el libro abierto. ¡Que me dejen solamente lo que baña esta lámpara; de todo lo demás pueden desposeerme!

Yo pido a Dios que en esta noche no falte a ningún triste una lámpara suave que amortigüe el brillo de sus lágrimas.

II.—EL BRASERO

¡Brasero, ilusión para el pobre: mirándote, tenemos las piedras preciosas!

Voy gozándote a lo largo de la noche los grados del ardor: primero es la brasa, desnuda; después una veladura de ceniza que te da el color de las rosas menos ardientes; y al acabar la noche, una blancura leve y suavísima que te amortaja.

Mientras ardías, se me iban encendiendo los sueños o los recuerdos, y con la lentitud de tu brasa, iban después velándose.

Eres la intimidad: sin ti existe la casa, pero no sentimos el *hogar*.

Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña pensé volver así mi corazón. E hice entorno mío el corro de los niños.

Las manos de los míos se juntan sobre tus brasas. Aunque la vida nos esparza, nos hemos de acordar de esta red de las manos tejida en torno tuyo.

Para gozarte mejor, te dejo descubierto; no consiento que cubran tu rescoldo maravilloso.

Te dieron una aureola de bronce, y ella te ennoblece, ensanchando el resplandor.

Mis abuelas quemaron en ti las buenas hierbas que ahuyentan a los espíritus malignos, y yo también, para que te acuerdes de ellas, suelo espolvorearte las hierbas fragantes.

Mirándote, viejo brasero del hogar, voy diciendo:

—¡Que todos los pobres te enciendan en esta noche, para que sus manos tristes se junten sobre ti con amor!

III.—EL CÁNTARO DE GREDA

¡Cántaro de greda, moreno como mi mejilla, tan fácil a mi sed! Mejor que tú es el labio de la fuente, abierto en la quebrada; pero está lejos y en esta noche no puedo ir hacia él.

Yo te colmo cada mañana lentamente. El agua canta primero al caer; cuando queda en silencio, una campesina que me amamantó cuando rendí el seno de mi madre.

¿Tú ves mis labios secos? Son labios que trajeron muchas sedes: la de Dios, la de la Belleza, la del Amor. Ninguna de estas cosas fue como tú, sencilla y dócil, y las tres siguen blanqueando mis labios.

¿Sientes mi ternura?

En el verano pongo debajo de ti una arenilla húmeda, para que no te tajee el calor, y una vez te cubrí una quebrajadura con barro fresco.

Fui torpe para muchas faenas, pero siempre he querido ser *la dulce dueña,* la que coge las cosas con dulzura por si entendieran.

Mañana cuando vaya al campo, cortaré las hierbas buenas para sumergirlas en tu agua.

¡Yo quiero que todos los pobres tengan, como yo, en esta fiesta, un cántaro para su boca con dolor!

A MIMÍ AGUGLIA

Mujer, bendito sea el alfarero que hizo tu cuerpo: te ensanchó los ojos como grutas marinas; te puso en los brazos las tremendas cuerdas de la pasión; te ahondó la garganta hasta las entrañas, para que pudieras entregar el grito mayor.

Bendito sea en ti el cuerpo humano, ¡Expresiva!, bendito de la planta a la frente: en la cabellera requemada como por el aliento del desierto; en la boca que la amargura afila; en tu cintura estremecida de llevar ceñido veinte años el silicio de cien garfios de la pasión; en tus pies, que empina el ansia o hace trepidar la alegría.

Bendito sea el verbo de los poetas en tu boca: benditos los que para ti calientan *hasta el blanco* los hierros de la palabra, porque tus labios son dignos de que ellos se despedazaran. Benditos sean los cuajarones de sangre de la tragedia cuando se derriten en tu lengua y los avientan tus manos. Dios guarde por ti a Gabriel d'Annunzio y a Dario Nicodemi.

Alabada sea la mujer que toma las multitudes en sus brazos extendidos y hace de ellas una pira, y les allega su llama.

Con los elementos intensos del mundo te amasaron y te irguieron en tu valle: con la brasa del sol romano, con las gredas más rojas.

Te pusieron un mediodía en una colina del Lacio, y subió en una ráfaga a ti todo el dolor derramado por los valles. Te hicieron el vértice de la pasión de tu raza. Quedaron por ti como desteñidas las

demás criaturas, pues les bebiste toda la sangre en la esponja de tu pecho, ¡ávida!

Te entiendan y se fundan de alabanza las cosas mismas cuando te oyen aullar de angustia; los semblantes de las cosas se vuelvan hacia ti, vivos como se volvieron para mirar a Orfeo, ¡animadora!

Te lleven sus cantos los hombres y las mujeres, y solo tú seas digna de dar los terciopelos de su plegaria, y te pidan la boca para su alarido.

¡Y quede tu voz resonando cincuenta años en las entrañas de los que te escucharon, como resonará en las mías para siempre!

PROSA ESCOLAR — CUENTOS

POR QUÉ LAS CAÑAS SON HUECAS

A don Max Salas Marchán

I

Al mundo de las plantas también llegó un día la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda y en poco tiempo más no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los jardincillos locos en la aventura de luchar por la igualdad.

Pero, ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No; la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación, fue el ideal. El maíz no pensó en hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de este y hacerla una almohada donde echar a dormir sus flores.

¡Vanidad, vanidad, vanidad! En vano algunas flores cuerdas — las violetas medrosas y los chatos nenúfares— hablaron de la *ley*

divina y de soberbia loca. Sus voces parecieron chochez.

Un poeta viejo con las barbas como Nilos, condenó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad.

II

¿Cómo lo consiguieron? Cuentan de extraños influjos. Los genios de la tierra soplaron bajo las plantas su vitalidad monstruosa, y fue así como se hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y de los arbustos subió una noche muchas decenas de metros, como obedeciendo a un llamado imperioso de los astros.

Al día siguiente, los campesinos se desmayaron —saliendo de sus ranchos— ante el trébol, alto como una catedral, y los trigales hechos selvas de oro.

Era para enloquecer. Los animales rugían perdidos en la oscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban encaramados sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de las semillas: ¡ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapiz de hierba!

Los pastores se detuvieron con sus ganados frente a los potreros; los vellones blancos se negaban a penetrar en esa cosa compacta y oscura, en la que desaparecerían.

Entretanto, las cañas victoriosas reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptos...

III

Dícese que un mes transcurrió así. Luego vino la decadencia.

Y fue de este modo. Las violetas, que gustan de la sombra, con las testas moradas a pleno sol, se secaron.

—No importa —apresuráronse a decir las cañas—; era una fruslería.

(Pero en el país de las almas se hizo duelo por ellas).

Los limoneros a esas alturas perdieron todas sus flores por las violencias del viento libre. ¡Adiós cosecha!

—¡No importa —rezaron de nuevo las cañas—, eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó, enroscándose los tallos como hilachas al fuego.

Las espigas se inclinaron, no ya con dulce laxitud; cayeron sobre el suelo en toda su extravagante longitud, como rieles inertes.

Las patatas por vigorizar en los tallos, dieron los tubérculos raquíticos: no eran más que pepitas de manzana...

Ya las cañas no reían; estaban graves.

Ninguna flor de arbusto ni de hierba se fecundó; los insectos no podían llegar a ellas, sin achicharrarse las alitas.

De más está decir que no hubo para los hombres ni pan ni fruto, ni forraje para las bestias; hubo hambre; hubo dolor en la tierra.

En tal estado de cosas, solo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.

Las cañas, por fin, cayeron las últimas, señalando el desastre total de la teoría niveladora, podridas las raíces por la humedad que la red de follaje no dejó secar.

Pudo verse entonces que, de macizas que eran antes de la empresa, se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la médula y eran ahora, como las marionetas y las figurillas de goma.

Nadie tuvo ante la evidencia argucias para defender la teoría, de la cual no se ha hablado más, en miles de años.

Natura —generosa siempre— reparó las averías en seis meses, haciendo renacer normales las plantas locas.

El poeta de las barbas como Nilos vino después de larga ausencia, y, regocijando, cantó la era nueva:

«Así bien, mis amadas. Bello todo como Dios lo hizo: el roble, roble, y la cebada, frágil».

La tierra fue nuevamente buena; engordó ganados y alimentó gentes.

Pero las cañas-caudillos quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...

POR QUÉ LAS ROSAS TIENEN ESPINAS

Ha pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número y por los sitios donde se las colocara.

Nadie creyera que las rosas, hoy princesas, hayan sido hechas para embellecer los caminos. Y fue así sin embargo.

Había andado Dios por la Tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al cielo se le oyó decir:

—¡Son muy desolados esos caminos de la pobre Tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre. Se quejaban las bestias en su ingrato lenguaje y los hombres blasfemaban. ¡Además, qué feos son con sus tapias terrosas y desmoronadas!

Y los caminos son sagrados, porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos, en el afán de la vida, henchido de esperanzas si mercader, con el alma extasiada, si peregrino.

Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos y visiones hermosas: sombra y motivos de alegría.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados; los álamos larguísimos, que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras, gala de las feas murallas.

Eran los rosales por aquel tiempo pomposos y abarcadores; el cultivo, y la reproducción repetida hasta lo infinito, han atrofiado la antigua exuberancia.

Y los mercaderes, y los peregrinos, sonrieron cuando los álamos, como un desfile de vírgenes, los miraron pasar, y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo los frescos sauces.

Su sonrisa fue felicidad al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas rojas, blancas y amarillas, que eran como una carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de alegría. Eleváronse de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de un extraño misticismo.

Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas confiadas a su amor.

La altura defendió a los álamos; las ramas lacias del sauce no tenían atractivo; en cambio, las rosas sí que lo tenían, olorosas como un frasco oriental e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados y con tres o cuatro rosas heridas.

Las rosas eran mujeres, y no callaron su martirio. La queja fue llevada al Señor. Así hablaron temblando de ira y más rojas que su hermana, la amapola:

—Ingratos son los hombres, Señor; no merecen tus gracias. De tus manos salimos hace poco tiempo, íntegras y bellas.

Quisimos ser gratas al hombre y para ello realizábamos prodigios: abríamos la corola ampliamente para dar más aroma; fatigábamos los tallos a fuerza de chuparles savia para estar fresquísimas.

Pasó un pastor. Nos inclinamos para ver los copos redondos que le seguían. Dijo el truhán:

«—¡Prodigio! La tapia se ha vestido de percal multicolor, ni más ni menos que una vieja alegre».

Y luego:

«—Para la Añuca y su muñeca».

Y sacó seis, de una sola guía, arrastrando la rama entera.

Pasó un viejo peregrino. Miraba de extraño modo: frente y ojos parecían dar luz.

Exclamó:

«—¡Alabado sea Dios en sus criaturas cándidas! ¡Señor, para ir glorificándote en ella!».

Y se llevó nuestra más bella hermana.

Pasó un pilluelo.

«—¡Qué comodidad! —dijo—. ¡Flores en el caminito mismo!».

Y se alejó con una brazada, cantando por el sendero.

Señor, la vida así no es posible. En días más, las tapias quedarán como antes: nosotras habremos desaparecido.

—¿Y qué queréis?

—¡Defensa! Los hombres escudan sus huertas con púas de espino y zarzas. Algo así puedes realizar en nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios, porque había querido hacer la belleza benévola, y repuso:

—¡Sea! Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo. Los hombres me harán poner en mis hechuras hostilidad y daño.

En los rosales se hincharon las cortezas y fueron formándose levantamientos agudos: las espinas.

Y el hombre, injusto siempre, ha dicho después que Dios va borrando la bondad de su creación.

LA RAÍZ DEL ROSAL

Bajo la tierra como sobre ella hay una vida, un conjunto de seres que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros, las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpitador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día, al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosal:

—Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fue dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y solo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos del obrero. También soy yo una obrera; trabajo para la prolongación de mi cuerpo que mira el sol. Es a ella a quien envío la leche que te debo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus plantas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitador ya más crecido salió a la luz, su primer cuidado fue buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y, ¡oh Dios!, lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire aromoso y lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fue meditando por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza!...

EL CARDO

A don Rafael Díaz

Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de fina púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca —agregó un jazmín menudo y fragante—, y ningún espíritu delicado deja de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo —añadió todavía la camelia fría e impasible—. Será un patán: yo he estado en el pecho de los hombres y las mujeres hermosas...

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, y mi dueño lo ha recordado al mirarme esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino, conoce a cuantos pasan, y a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad —contestó el lirio—. Sin duda, el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas y es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, ¡un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Solo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. Él la lleva algo inclinada; pero su manto es albo como tu copo y eres harto feliz de parecértele. ¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho —dijo.

—Es un color demasiado crudo —dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda, cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda —dijo la camelia—. Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cacto, el erizado cacto de las laderas.

—¿Y ama a Cristo? —prosiguió el lirio, turbado.

—¿Y cómo es su amor?

—Así ama Cristo —dijo el cardo echando a volar las plumillas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo —dijo el lirio—, querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino —respondió este—. Él va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: «Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante». Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Sarón, que Él cortó de niño por las colinas; ni la madreselva trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

LA CHARCA

Era una charca pequeña, toda pútrida. Cuando cayó en ella se hizo impuro: las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino y unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca ni ella supo de él en su vida.

Mas un buen día, como levantaran una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fue eso en un crepúsculo. Al día siguiente el primer rayo cayó sobre la copa del árbol y se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro y el agua negra como un betún, se aclaró: fue rosada, fue violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor al traspasarla la flecha luminosa; luego, un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.

Así la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. La fisonomía gloriosa de la charca se les antojaba una cosa insólita.

Y al descender el sol vieron una cosa más insólita aún. La caricia cálida fue durante todo el día absorbiendo el agua impura insensiblemente. Con el último rayo, subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol y el pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible y algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

*

Para las demás charcas de aquí abajo, ¿no hay obreros providenciales que quiten las grandes piedras?

MOTIVOS DE SAN FRANCISCO

LA MADRE

Hay que empezar como en el Evangelio del otro Pobrecillo por la alabanza tuya, madre de Francisco, María italiana.

Fuiste tú, madona Pica, la que cuajó en sus entrañas este grumo tan suave de carne que se llamó Francisco de Asís.

Venías de Provenza y bajaste al valle de la Umbría. En la mocedad te batieron sus robustos vientos y caminaste entre los olivares y las viñas muy bíblicas de tu país. Llevarías un cántaro al hombro como estas mujeres que yo miro bajar al lago, y a las cuales da el ánfora que roza la mejilla la forma de algunas flores de corola bipartida. Por el contraste de su rudeza con tu gracia, se posaron en ti los ojos de aquel rudísimo Pedro Bernardone.

Alabo tu seno hecho cenizas. Su yema pura hizo el contorno de la boca de Francisco, la delicada boca para las canciones. Tu leche de mujer bebedora de soles debió de ser magnífica. Lo sustentaste con exceso, y así tuvo él esa rica juventud, intensa como una púrpura.

Nosotros nos conformamos con besar arrodillados su polvo, pero tú, dichosa, le tuviste acostado en tu pecho miles de noches; tú le hiciste con tus harinas esos dientecillos finos y blancos que le daban una sonrisa feliz; tú le pusiste la rica sangre que en su

corazón se hizo tremenda caridad; muchas líneas de su cuerpo serían tuyas, y puede llamársete por esto «Copa de Dios»; tú le enseñaste a hablar, y de ti y no del Bernardone le vino ese dejo de dulzura que le reunía a los pájaros en torno, como si sus palabras fuesen alpistes y cañamones dorados.

Y tú le hiciste jugar; redondeabas el montoncito de arena rubia que él desbarataba y volvía a hacer. Así le enseñabas formas y formas y le hacías el ojo amador de la gracia. Su deseo de cantar fue cosa que le vino también de las canciones con las que seguramente le anegabas cuando le tenías entre tus rodillas, mujer dichosa, buena para dar en un hijo cantador una lengua de alegría al mundo triste.

Tú, cristiana, le deslizaste en los siete años dóciles de la infancia a tu Cristo, como una gota de miel imperceptible, por los oídos, y se lo hiciste tan familiar como el pliegue de tu cuello. Y su humildad, su embriaguez de humildades, ¿no le vendría de mirarte hacer tus trabajos de la casa, el lavado de tus pisos, el barrido de tu comedor, buena esposa de mercader, que nada de esto desdeñarías?

Yo te alabo tu falta de arrebatos, cuando te llevaron los hipócritas para irritarte la alarma de la mocedad tan ardiente de tu Francisco. Les oías con calma y sonreías solamente diciendo que en el tiempo se habría de volver un buen hijo del Señor.

Y vino el día, pero trayéndote, pobre madona Pica, otra tribulación no más. Porque tu Francisco dejó caer de sus manos, de repente, todos los regalos de la vida, hasta tu misma ternura, y se fue por los caminos a pordiosear.

Las comadres, asombradas, te llevaron el nuevo escándalo, sin alterar tu larga dulzura. Te damos gracias por esa fuentecita de alimentos que a escondidas del terrible Bernardone mandabas a tu loquillo a la cueva, y por aquella tu fina astucia para hacerlo escapar del encierro del mercader...

Te han agradecido los valles esas manos tan amantes que tú diste para regar su campo; los pájaros, la lengua con canción nueva que pusiste en el viento, y los pobres te agradecerán siempre al Vendador, todo él una vendilla para el mundo herido.

Ahora estás en el cielo al lado de María y cerca de la madre de san Julián el hospitalario, y sonreirás de una tierna sonrisa.

EL CUERPO

¿Cómo sería el cuerpo de san Francisco?

Dicen que de fino parecía que pudiera dispersarlo el viento. Echaba poca sombra: la sombra es como soberbia de las cosas esa del árbol que pinta el césped o esa, de mujer que pasa empañando un instantes la fuente. Apenas echaba sombra el Pobrecillo.

Era pequeñito. Como cruza un cabrilleo por el agua, cruzaba él por los caminos, y más se le sentía la presencia que se le veía la forma.

Ligeros los brazos, tanto que los costados no se los sentían caídos; la cabeza, como cabezuela de estambre dentro de la flor, tenía una mecedura llena de gracia; las piernas, leves por el pasar siempre sobre las hierbas sin doblarlas, y angosto el pecho aunque fuese tan ancho para el amor (el amor es esencia y no agua que requiere grandes vasos). Y la espalda... también era estrecha por humildad para que se pensase en una cruz pequeñita, menor que la Otra.

Tenía enjutos de arder los costados. La carne de su juventud se había ido junto con los pecados de ella.

Tal vez le crepitaba el cuerpecillo como crepitan de ardor los cactos áridos.

La felicidad humana es una cosa como de gravidez, y no la quiso; el dolor es otra espesura que rinde, y lo huía. Lo ingrávido

era ese gozo de las criaturas que quiso llevar siempre.

Solía sentir el mundo ligero como una corola. Y él, posado en sus bordes, no quería pesarle más que la abeja libadora.

¿Quién canta mejor en los valles cuando pasa el viento? Los gruesos oídos dicen que es el río que quiebra copas entre sus cascajos; otros dicen que es una mujer que adelgaza el grito en su garganta de carne.

Pero el que canta mejor es el carricillo vaciado, donde no hay entrañas en que la voz se enrede, y ese carricillo que se erguía en el valle eras tú, menudo Francisco, el que apenas rayaste el mundo como una sombrita delgada.

LOS CABELLOS

Los cabellos de san Francisco eran no más que un vientecillo en las sienes.

La madre cuaja al niño con todas sus emociones. Le endurece la armazoncilla del cuerpo con su tremenda voluntad de amor; le hace las carnes blandas con su ternura; los cabellos se los hace con ensueños. Cuando la madre de Francisco rezaba, iba jugando con el vello dorado de la cabecita. Así se le hacía la oración más delicada y ligera.

Cuando Francisco fue mozo y las mujeres le amaron, sus cabellos no las tentaban. No eran duros y quemados con esa ensortijadura italiana que se parece a la de las yerbas más tercas y que está llena de energía. No eran tampoco rojizos para cuajarle una llama en torno del cuello, haciendo como visible el sol rojo de las llanuras italianas. Eran de aquel dorado imperceptible del césped que se seca antes de madurar, y parecían el anuncio de aquella dulzura que ya venía subiéndole a su corazón.

LAS MANOS

¿Y sus manos?

Yo he solido encontrarlas en el reverso de una hoja que tiene vello ceniciento y afelpado.

El sayal del santo era seco y áspero; su barba era como el sayal; la mejilla, estaba un poco despellejada del sol de Asís; mas, como era áspero y gris su sayal, él tenía siempre la mano extendida hacia aquellas criaturas en que la remembranza divina se vuelve suavidad y gracia.

Se quedaban en las hierbas mucho tiempo; gozaban bien al lirio, de la base hasta la torcedura del pétalo; se dormían sobre los corderillos, por el deleite del tacto.

Pero siendo manos de varón de humildad que andaban metidas en las durezas de la vida y que no conocían óleos, siendo el dorso grueso, la palma era fina y sentidora. Al dar la mano esta palma sorprendería... Aun cuando cayeran en la hora del descanso, se le quedaban esponjadas como si estuvieran siempre guardando una flor o un copo de lana.

En las llagas de los leprosos aquellas manos eran menos que un vientecillo de livianas.

¡Cómo le cuesta a la naturaleza amansar tales manos para la misericordia!

Después de las de Jesús se demoró mil trescientos años en tejerlas. Con más facilidad hace la curva ancha de una frente para los pensamientos numerosos.

Cuando el dolor extiende ya como una red las vísceras padecedoras de los hombres, la tierra se pone otra vez a hacer estas manos.

Y yo suelo entre las multitudes buscarlas. Porque la hora, como red de pescador, gotea de sangre, y ya es tiempo de que vuelvan a

asomar aquellas manos a las puertas de nuestras pobres casas.

LA CONVALECENCIA

Tu vida nueva comienza en una convalecencia, Francisco. Una enfermedad muda tu alma y te hace caer el pasado como una corteza seca.

Yo recuerdo, leyendo esta noticia a la que tu biógrafo da poca importancia, que es fino estado de alma el del convaleciente, ¡y muy rico de ternura!

La sangre se ha desprendido de su grosura, y se parece más a una brisa que fuese por las venas. Está el alma fácil para el vuelo como las hojas de largo pecíolo que se mecen mejor en el aire. El alma es más aguda presencia y la carne se deja olvidar.

Los ojos, Francisco, se han ensanchado; la frente se pone como más espaciosa y más blanca. Somos tan delicados que oímos el caer de una rosa; estamos tan enternecidos que un perfume insignificante nos embriaga como un montón de espesas gardenias.

Con la fuerza se nos ha ido la crueldad, Francisco. No somos bruscos; reímos y lloramos con una finura muy exquisita en el extremo de los labios. Somos un poco angélicos, menos hombres y por eso muy dulces.

EL ELOGIO

Francisco, no querías alabar a los hombres porque es Uno solo el dueño de toda alabanza. A las cosas, sí, las alabanzas; ellas no se engríen. ¿Cuándo el lirio tiene un estremecimiento si se dice su blancura? Nosotros sí... el elogio nos hace un grato cosquilleo en los oídos; el pecho se nos hincha feamente.

Mucho alabamos en cambio nosotros, tanto que parecemos cambiadores de cuentas de colores, trocando alabanza por alabanza... Por eso andamos lentos en la perfección. Si el lirio a cada pétalo que echa esperase el elogio tardaría en echar el otro pétalo; si el agua cantarina aguardase que la oyesen se quedaría parada en la vertiente.

Cuando nos hacemos una mancha de impureza la ocultamos con un ademán rápido; pero en cuanto nos hace una puntita de virtud la levantamos, esperando la sonrisa del que pasa...

En vez del hambre nuestra de alabanza tú tenías un hambre de humillaciones que llegaba a parecer frenesí, mi Pobrecillo. Si un día te amanecía el alma luminosa como una pradera con rocío llamabas atribulado a un fraile menor y le pedías que te humillase diciéndote una letanía de miserias que eran mentira.

Tú, Francisco, por humildad también, no quisiste nunca pensar como los hermanos de tu fe que Dios hizo a las criaturas: corderos, vacas, venados, para el servicio y la gloria del hombre. Las criaturas nacieron para sí mismas, y por eso tú las llamabas hermanas. Nosotros decimos hasta en nuestras oraciones que las estrellas del cielo alumbran para nuestros pobres ojos de gusanillos.

Somos débiles, Francisco, como la caña que necesita del viento para oírse. Tú, el pequeño Francisco, eras fuerte porque no necesitabas al cantar oír tu canto rodando por los cerros en un collar de ecos.

LA VOZ

¡Cómo hablaría san Francisco! ¡Quién oyera sus palabras goteando como un fruto, de dulzura! ¡Quién las oyera cuando el aire está lleno de resonancias secas, como un cardo muerto! Esa voz de san Francisco hacía volverse el paisaje hacia él, como un semblante;

apresuraba de amor la savia en los árboles y hacía aflojar de dulzura su abullonado a la rosa.

Era un canto quedo, como el que tiene el agua cuando corre bajo la arenita menuda. Y cantaba Francisco sus canciones con ese acento amortiguado por la humildad. (Cantar es tener un estremecimiento más que una palabra en voz).

El hablar de san Francisco se deslizaba, invisible, por los oídos de los hombres. Y se hacía en sus entrañas como un puñado de flores suavísimas. No entendían los hombres aquella suavidad extraña que nacía en ellos. Ignoran que las palabras son como guirnaldas invisibles que se descuelgan hacia las entrañas.

Hasta era mayor que el de las manos ese milagro de la voz.

Francisco no tocaba a veces el pecho de los leprosos. Les hablaba con sus manos cogidas, y el aliento era el verdadero aceite que resbalaba, aliviando la llaga.

Y se hizo Francisco boca de canciones, para ser boca de suma bondad, boca perfecta. No quiso buscar al Señor con gemidos en la sombra, como Pascal. Lo buscó en el latido de sus canciones gozosas, semejantes al latido vivo de polvo dorado que hay en un rayo de sol.

—¿Cuál es la mayor dulzura que has alcanzado allá abajo? —solían preguntar los ángeles al Señor.

Y el Señor les respondía:

—No son los panales que se vencen: son los labios siempre muy henchidos de mi siervo Francisco cantador.

LOS OJOS

¿Y cómo serían los ojos de san Francisco? Estaban como la hondura de la flor, mojados siempre de ternura.

Habían recogido las suavidades que tienen algunos cielos; el fondo de ellos estaba mullido de amor. Le costaba cerrarlos sobre el campo cuando anochecía, después de haber besado el mundo con la mirada desde la primera mañana.

A veces no le dejaban caminar: se prendían en un remanso o en una rama florida, como el hijo al pecho materno. Le dolían de tiernos, le dolían de amor...

PASIÓN DE LEER

DAR UN APETITO

La faena en favor del libro que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro, pasar de allí al placer del mismo y rematar la empresa dejando un simple agrado promovido a pasión. Lo que no se hace pasión en la adolescencia se desmorona hacia la madurez relajada.

Volver la lectura cotidianidad, o según dice Alfonso Reyes: «cosa imposible de olvidar, como lavarse las manos». Dejar atrás el hábito de padres o abuelos que contaban los libros que habían leído por las catástrofes nacionales o los duelos de la familia. Hacer leer, como se come, todos los días, hasta que la lectura sea, como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer.

La primera lectura de los niños sea aquella que se aproxima lo más posible al relato oral, del que viene saliendo, es decir, a los cuentos de vieja y los sucedidos locales. Folclore, mucho folclore, todo el que se pueda, que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas de las mujeres al seco banco escolar, y cualquier alimento que se le allegue debe llevar color y olor de aquellas leches de anteayer. Estas leches folclóricas son esmirriadas en varias razas: en la española conservan una

abundancia y un ímpetu de aluvión. No es cosa de que los maestros las busquen penosamente: hechas cuenta o romance, corren de aldea a ciudad por el lomo peninsular; llegan a parecer el suelo y el aire españoles, y no hay más afán que cogerlas, como las codornices en la lluvia de Moisés, estirando la mano y metiendo en saco las mejores: casi no hay mejores ni peores; posee el folclore español una admirable parejura de calidad en que regodearse.

Yerran los maestros, que celando mucho la calidad de la lectura, la matan al imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo. Debemos condescender algo o mucho con el niño, aceptándole ciertas lecturas o bobas o laterales. He visto a chiquitos bostezar por unas Ilíadas en versión llamada infantil y que se despabilan en seguida por cualquier Julio Verne.

Aceptemos ladinamente el gusto zurdo del niño por la aventura mal escrita, que una vez hecho su «estómago de lector», la aventura sandia irá trepándose hacia Kipling y Jack London, y de estos a otros, hasta llegar a la *Divina comedia* (tremenda aventura por dentro del ánimo), al *Quijote* o al mundo de Calderón.

Dicen que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; también lo solemne anticipado puede empalagar de lo serio y por toda la vida. El fastidio lleva derecho a la repugnancia.

PASIÓN SUBIDA

Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amor; que el libro, al igual de una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en un hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal; que se sienta el amor propio de haber leído los libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para

nosotros por el gasto que hacemos de ella, como existen la de tejidos y alimentos, y que el escritor se vuelva criatura presente en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o industrial.

Entonces y no antes la lectura estará en su punto, como el almíbar, ni pedirá más, que fuese manía; ni aceptará menos, que sería flojedad.

Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los hueros de vida interna, o sea de los más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo.

Pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimientos o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva.

MUDANZA DEL GUSTO

El cine está habituando a los muchachos a un tipo de hazaña más rápida, más vertical. Bueno será que los novelistas morosos se den cuenta de este ritmo de la generación lectora que viene. El mismo cine les está retrotrayendo a la imaginación pura, tirada y reída por nuestros padres, que fueron educados en la calva Razón.

Ahora comienza, y también por el cine vilipendiado, el amor de la lectura manca de ciencias naturales. Es cuestión de aprovechar el suceso y sacarle el beneficio posible. Obreros he visto leyendo en una sala una *Historia del Cielo,* bien ilustrada, y sé que es corriente

su gusto de la aventura animal, en vidas de abejas, de elefantes y de bichos estupendos...

PACIENCIA

Por estos caminos de niñerías se puede llevar a cualquiera a la pasión de leer, hasta el lerdo y sordo, y sin más que alimentar esta avidez niña.

Lo único que importa es cuidar los comienzos: el no hastiar al recién llegado, el no producir el bostezo o el no desalentarle por la pieza ardua. Ciencia de editor, o de bibliotecario, o de maestro: astucia de la buena, manejo de persona difícil, habilidad de entrenador.

Queden para después las limpias del material, los cuidados acérrimos del repertorio, la organización de los temas, según la ideología A o B.

Este postergar es un cuidar, un racional acomodamiento del huésped, antes de contarle la heráldica de la casa de los libros.

«La lectura distrae». No siempre nos distrae, es decir, nos aparta y nos pone a la deriva, porque muchas veces nos hinca mejor en lo nuestro. Da el regusto de lo vivido y es rumia de lo personal que hacemos sobre la pieza ajena: egoístas no dejamos de ser nunca, y en la novela resobamos percance o bienaventuranza propios.

RELIGIOSO POÉTICO

Los programas de lectura escolar u obrera no dejen de mano la poesía, o se quedarán muy plebeyos. La poesía grande de cualquier escuela o tiempo. Si lo es, tendrá garra como la bestia prócer o echará red en nosotros a lo barca de pesca.

Menos que la poesía debemos desdeñar de tontos desdenes la lectura religiosa. Escrituras sacras, todas, una por una, y nuestra Biblia la primera valen, por el más ancho poema épico, en resuello heroico y en forzadura cenital a sacrificio. Contienen además ellas una fragua tal de fuego absoluto, que sale de allí, cuando se las maneja a las buenas, un metal humano duro de romperse en el trajín de vivir y muchas veces apto para rehacer las vidas del mundo, cuando ellas crujen de averiadas. Los libros que hicieron tal faena, sin etiqueta de criatura religiosa, llevaban por el revés la vieja marca de la mística despedida y que regresa siempre.

MI EXPERIENCIA CON LA BIBLIA

Mi primer contacto con la Biblia tuvo lugar en la escuela Primaria, la muy particular Escuela Primaria que yo tuve, mi propia casa, pues mi hermana era maestra en la aldea elquina de Montegrande. Y el encuentro fue en el texto curioso de *Historia Bíblica* que el Estado daba a los niños. Aquella Historia tenía tres cuartos de Antiguo Testamento, no llevaba añadido doctrinal y de este modo, mi libro se resolvió en un ancho desplegamiento de estampas, en un chorro de criaturas judías que me inundó la infancia.

Yo era más discípula del texto que de la clase, porque la distracción, aparte de mi lentitud mental, medio vasca, medio india, me hacían y me hacen aún la peor alumna de una enseñanza oral.

Con lo cual, mi holgura, mi festín del Antiguo Testamento tenía lugar, no en el banco escolar sino, a la salida de la clase, en un lugar increíble. Había una fantástica mata de viejo jazmín a la entrada del huerto. Dentro de ella, una gallina hacía su nidada y unos lagartos rojos, llamados allá liguanas, procreaban a su antojo; la mata era además escondedero de todos los juegos de albricias de las muchachas; adentro de ella guardaba yo los juguetes sucios que

eran de mi gusto: huesos de fruta, piedras de forma para mí sobrenatural, vidrios de colores y pájaros o culebras muertos; aquello venía a ser un revuelto basural y a la vez mi emporio de maravillas. Una vez cerrada la Escuela, cuando la bulla de las niñas todavía llegaba del camino, yo me metía en esa oscuridad de la mata de jazmín, me entraba al enredo de hojarasca seca que nadie podó nunca, y sacaba mi *Historia Bíblica* con un aire furtivo de salvajita que se escapó de una mesa a leer en un matorral. Con el cuerpo doblado en siete dobleces, con la cara encima del libro, yo leía la Historia Santa en mi escondrijo, de cinco a siete de la tarde, y parece que no leía más que eso, junto con Historia de Chile y Geografía del mundo. Cuentos, no los tuve en libros; esos me daba la boca jugosamente contadora de mi gente elquina.

Jacob, José, David, la madre de los Macabeos, Nabucodonosor, Salmanazar, Rebeca, Esther y Judith son criaturas que no se confundirían nunca en mí con los bultos literarios que vendrían después, que por ser auténticas personas no me dan en el paladar de la memoria el regusto de un Ulises o del retórico Cid, o de Mahoma, es decir, el sabor de papel impreso entintado. Tampoco se me juntarían mis héroes judíos con las fábulas literarias ni aun con otras leyendas sus hermanas. En mi alma de niñita no contó Hércules como Goliat ni la Bella del Monstruo como Raquel, ni más tarde Lohengrin se me hermanó con Elías. Hubo en mi seso una abeja enviciada en cáliz abierto de rosa de Sarón, es decir, en miel hebrea, y es que el patriarcalismo, siendo un clima humano, ha sido particularmente un clima de Sudamérica. Nada me costaba a mí, en el Valle cordillerano de Elqui, ver sentados o ver caminar, oír, comer y hablar a Abraham y a Jacob. Mis patriarcas se acomodaban perfectamente a las fincas del Valle; desde la flora a la luz, lo hebreo se aposentaba fácilmente allí, y se avenía con la índole de la nuestra, a la vez tierna y violenta, con el vigor de

nuestro temperamento rural y por sobre todo con la humanidad que respira y traspira la gente del viejo Chile.

Pero a mi chilenidad le faltaba una condición soberana del hebreo, la mayor y la mejor: el realismo sobrenaturalista, el Jehová o Dios Padre permeando la vida, desde la mesa hasta la vendimia, entreverándose con nuestros días, mota a mota, y siendo, en fin, el cielo de nuestro amparo. El chileno es racionalmente religioso; en su material de hombre no entra lo visionario ni lo turba mesianismo alguno; se nos trenza con el cantar a lo humano, el cantar a lo divino. Y como yo necesité de este alimento, parece que apenas tuve uso de razón, y con la urgencia de un hambre verídica, de un apetito casi corporal, yo me buscaría esta enjundia en la Biblia y de ella comería toda la vida.

Para comenzar, yo había volteado y cogido, arquetipos judíos en el texto escolar que conté. Pero me los había dado en una versión harto convencional, y con un sabor desabrido. Y lo bíblico, relato o canto, hay que tocarlo directamente, aunque sea en las traducciones; hasta magullado el espíritu de la lengua hebrea asoma en ellas aquí y allá, como los músculos de un prisionero entre el rollo de las cadenas. Toda traducción es una especie de cuerpo cautivo, es decir, mártir, pero es preferible siempre la traducción a un arreglo escolar de los relatos.

Mi contacto con la lírica judía, que había de ser la lírica de mi nutrimiento, lo hizo, cuando yo tenía diez años, mi abuela, doña Isabel Villanueva.

Yo no sé por qué razón, a la altura de esos años de 1898, una vieja católica, de catolicismo provincial, podía ser una chilena con Biblia, y no solo con Biblia leída, sino con texto sacro oral aprendido de memoria en lonjas larguísimas. Pero a aquella curiosa mujer la llamaban los sacerdotes de la ciudad de La Serena «la teóloga», y tenía una pasión casi maniática de esa cosa grande que es la Teología, desdeñada hoy por la gente banal de nuestras pobres

democracias. La frecuentación de la lectura religiosa, que era en ella cotidianidad, como el comer, había construida a esa vieja de 70 años, a la vez fuerte e inválida, de rostro tosco y delicado a un tiempo, chilena en los huesos y medio nórdica en la alta estatura, en color rojo y en ojos claros, la pasión de leer textos bíblicos había dado a esa abuela profundidad en el vivir y un fervor de zarzas ardiendo en el arenal de una raza nueva.

Mi madre me mandaba a ver a la vieja enferma, y doña Isabel me ponía a sus pies en un banquillo o escabel cuyo uso era solo este: allí se sentaba la niñita de trenzas a oír los salmos de David.

La nieta comenzaba a recibir aquel chorro caliente de poesía, de entrañas despeñadas por el dolor de un reyezuelo de Israel, que se ha vuelto el dolor de un rey del género humano. Yo oía la tirada de salmos que a unas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo, en locas aleluyas que no parecían saltar del mismo labio lleno de salmuera.

Mi abuela no tenía nada de escriba sentado ni de diaconesa pegada a su misa. La vieja diligentemente iba y venía de la salita a la cocina preparando su dieta de enferma. Y cuando volvía a sentarse, tampoco se quedaba en «mujer de manos rotas», como dice el refrán español. Ella vivía de bordar casullas y ornamentos de iglesia. Sus manos de gigantona se habían vuelto delicadas en las yemas de los dedos y en ademanes por el trabajo de veinte años, gracias al cual ella comía y con el que pagó la escuela de sus hijos mientras crecían; casi todas las casullas de las 14 iglesias de La Serena salían de la aguja de doña Isabel, que subía y bajaba con el ir y venir del cubo en la noria o de los telares indios, servidumbre eterna, esclavitud sin más alivio que el dominical.

Oyendo los salmos, no recibía sino un momento su vista sobre mí al soltar yo un disparate en la repetición, su manos me paraba de golpe, el bordado caía de la falda y sus ojos de azul fuerte se encontraban con los míos. Corregido el error, ella seguía bordando

y yo, entre uno y otro versículo, tocaba a hurtadillas la tela, que me gustaba sobar, por el tacto del hilo de oro duro en la seda blanda.

Yo entendía bastante los salmos bíblicos, en relación con mis diez años, pero no creo que entendiese más de la mitad. Un pedagogo francés, sabia gente que da sus clásicos a los niños desde los siete años, diría que lo de entender a medias no es cosa trágica, que lo importante es coger en la niñez el cabo de la cuerda noble y echarse al umbral de un clásico mientras llega el tiempo de entrar a vivir en su casa hidalga.

Entendía yo, en todo caso, algunas cosas de bulto, por ejemplo, que un hombre maravilloso, mi héroe David, gritaba a todo lo ancho del grito su amor de Dios, como si estuviese voceando sobre el rostro mismo de lo Divino. Yo entendía que ese hombre le entregaba a Jehová sus empresas de cada día, pero también sus mínimos cuidados de la hora. Yo sabía que el hombre David tomaba su licencia de Él, lo mismo que yo la de mi abuela, así para pelear como para alegrarse o tocar los instrumentos músicos.

Yo comprendía, con el mismo entender de hoy, que Aquel a Quién se estaba rindiendo cuentas, a Quién se pedía la fuerza para andar y para resolver, y para capitanear hombres, era el tremendo y suave Dios padre, el Dios de la nube rasgada, por donde Él veía vivir a su Israel. Yo entendía que la alabanza del Dios invisible, que siendo «enorme y delicado», pesa sin pesar sobre cada cosa, era una obligación de loor ligada al hecho de ser hombre, de decir palabra en vez de dar vagido animal, y que cantarlo era el oficio de aquel David que se llamaba Músico y que daba al Señor el nombre de Mayor.

Muchas cosas más entendía, pero las que cuento eran las mayores, y yo creo que ellas fundaban mi alma, me tejían, me calentaban los miembros primerizos de la víscera sobrenatural.

Después del recitado de mi abuela, bastante lento, derretido de fervor, porque nunca lo dijo mecánicamente, aunque se lo supiese

como la tabla de multiplicar, venía la parte menos agradable para mí, la angostura de su exigencia de abuela pedagoga. Doña Isabel volvía a comenzar la hebra de versículos, que yo debía ahora repetir y echarme a cuestas de la memoria. Mi memoria siempre fue mala, y sobre todo, incapaz de fidelidad, y yo repetía, saltando a cada rato palabras propias, de las que mi abuela medio se indignaba, medio se reía. Con su risa blanca en la cara roja, me gritaba de que yo podía trocar cosas en cualquier texto menos en esos, en sus salmos, en su salterio.

¿Por qué ella, en vez de darme puras oraciones de Manual de Piedad, según la costumbre de las viejas devotas de Coquimbo, le daba a su niñita boba, de aire distraído, lo menos infantil del mundo, según piensan los tontos de la pedagogía? ¿Por qué le echaba ese pasto tan duro de majar y tan salido de tiempo y de lugar, esa cadena de salmos penitenciales y de salmos cantos jubilares? Nunca yo me lo he podido comprender, y me lo dejo en misterio porque me echó al regazo de la infancia el misterio y no lo he tirado como tantos y hasta me he doblado los misterios que recogí entonces, por voluntad de guardar en mí la reverencia, el amor de índole reverencial, la adoración ciega, porque ciega es siempre, de lo Divino.

Mi abuela pasó por mi vida parece que solo para cumplir este menester de proveerme de Biblia, en un país sin Biblia popular, de ponerme esta narigada de sal no marítima, sino de sal gema que fortifica y quema a la vez, a mitad de la lengua. Ella no fue la abuela que viste a la nieta de pequeña, pues no asistió a mi primera infancia. Ella no ayudó a mi madre en ningún cuido material de su carne chiquita: ella no me cuidó ni sarampión, ni difteria; ella no me vio ser maestra de escuela ni llegaron nunca mis pobres versos a sus ojos rendidos de aguja y Biblia; ella no conoció mi cara adulta, aunque viviría casi 90 años.

Las únicas estampas que yo le guardo son estas de su cara bajada a mí y mi cuello subido a ella, en su porfía para hacer correr mi seso a mis tuétanos, los salmos de su pasión.

Y, sin embargo, a pesar de las pocas briznas de tiempo que ella me dio y del mal destino que nos había de separar, ella, mi Isabel Villanueva, vieja santa para quienes la convivieron, ella sería la criatura más penetrante que cruzó por mi vida chilena. Pasó de veras como un dardo de fuego, por la niñez mía, como el pájaro ardiendo del cuento balcánico, extraña e inolvidable, diferente de cuanta mujer yo conocí, criatura vulgar por la modestia y a la vez secreta como son todos los místicos. Su vida interna era oculta y solo por un momento, a causa de tal o cual signo que ella no alcanzaba a hurtar, se sabía de golpe que esa mujer del servir y el sonreír constantes, del coser y el bordar con ojos heridos, tenía mucha ciencia del alma y que la industria inefable que es la de pecho adentro, había conseguido logos de culto en esa alma.

El Dios Padre que ella me enseñó, la tenga en su cielo fuerte que no se ralea de vejez. Él le haya dado la dicha que aquí no probó ni en una dedada de miel cananea.

Tiempo después, entre los 15 y los 20 años, y sobra contarlo, porque es la aventura de cualquier sudamericano, les digo que anduve haciendo sesgueos estúpidos y dándome tumbos vergonzosos con lecturas ínfimas, del cinco al diez, con novela y verso que eran insensateces de hospicio.

Todo ese vagabundeo entre plebes verbales y escrituras, paupérrimas, toda esa larga distracción, no importaban mucho, nada es muy grave cuando la banalidad manosea algo en nuestros forros y no llegan a la semilla del ser, a hincarse allí por mondarla y tirarla al basurero. La Biblia había pasado por mí y su gran aliento recorría visible o invisiblemente mis huesos, atajada en el punto tal por la torpeza, estorbada más allá por la falta de medio concordante con ella; pero no se había ido de mí, como sale y se

pierde nuestro hálito, precisamente a causa de que su naturaleza es la de no irse, cuando se la absorbió en la infancia y su virtud es la de calar en el hombre y no cubrir solo de cierto yeso su periferia.

Entre los 23 y los 25 años, yo me releí la Biblia, muchas veces, pero bastante mediatizada con textos religiosos orientales, opuestos a ella por un espíritu místico que rebana lo terrestre. Devoraba yo el budismo a grandes sorbos; lo aspiraba con la misma avidez que el viento en mi montaña andina de esos años. Eso era para mí el budismo, un aire de filo helado, que a la vez me excitaba y me enfriaba la vida interna, pero al regresar, después de semanas de dieta budista a mi vieja Biblia de tapas resobadas, yo tenía que reconocer que en ella estaba, no más que en ella, el suelo seguro de mis pies de mujer.

Ella volvía a cubrir siempre con esa anchura que tiene de tapiz tremendo de voces los tratos y manejos infieles ensayados con lo Divino, ella, a la larga, ganaba esa pelea de textos orientales que se disputaban mi alma en una lucha absurda, como el de un petrel del aire con el puma de mi quebrada chilena.

Yo no sabría decir cuánto le debo a ella, a mi Madre verbal, a la enderezadora de mi laciedad criolla y a la castigadora de mis renuncias budistas.

El trato con ciertos libros, pero sobre todo con la Santa Biblia, es intimidad pura y no se puede escarmentarla sin que ella sufra en esta operación verbal lo que una extraña expuesta se dolería en el aire.

Ahora me queda por decir lo formal, que es a la vez lo esencial del contagio de la Biblia sobre mí; pues en lo hebreo andan juntos y entrabados como carne y tendón el fondo con la forma.

Los salmos de mi abuela, y después de ellos mi lectura larga y ancha de la Biblia total, que yo haría a los 20 años, me habituaron a su manera de expresión que se avino conmigo como si fuese un

habla familiar que los míos hubiesen perdido y que yo recuperé con saltos de gozo.

Yo sé muy bien que hay en la Biblia muchas líneas de expresión: hay el orden de la crónica, seco y túnico, hay las islas de lo idílico en la historia de José o en la de Ruth; hay el dramático de Job, tan diferente del patético de David; hay el orden clásico del Eclesiastés y los Proverbios, y, para no seguir, hay entre las fragosidades de Ezequiel y Jeremías las colinas medio doloridas, medio felices de Isaías, puente de cuerda echado ya sobre la orilla cristiana. La riqueza es una de las causas de la fascinación que irradia el Libro Santo y que lleva hacia él a fieles e infieles, a finos y a bastos. La variedad constante evita la fatiga de una Escritura, que pudo tener la pesadez mortal de las ostras de su género, de todas las demás; la Biblia llega a parecer una geografía continental, en la cual el caminador, siempre fresco, que la recorre, pasa, en turnos como de mano paterna a mano materna, de esta montaña a aquellos collados y de esos al otro vallecito de gracia. Siempre se anda por la Biblia cogido por el Israel innumerable que, con modo varonil o femenino, a grandes tajos de frenético amar, lucha, cree, duda, protesta y reprende, pero que no duerme nunca, que parece ser la criatura de una vigilia eterna.

Pero existe, en todo caso, un acento bíblico general; hay unos denominadores comunes que valen para aquella masa de documentos colectivos y piezas individuales: existe realmente un verbo hebreo que en el Santo Libro mantiene una columna vertebral, la unidad, o bien el aire de familia entre las figuras del largo fresco.

Para mí —y yo no vengo a decir sino la Biblia mía, en mí— la unanimidad del Santo Libro la dan estas cosas: el riscoso tono verídico; la expresión directa que el judío prefiere, en vertical de despeñadero andino, por el que la maldición o bendición caen a nosotros; una trama constante de violencia brutal y de unas

indecibles dulzuras; el realismo que, como el de los españoles, deja circular un airecillo lírico y constante, y sobre todo una intensidad extremada, que no se relaja, no se afloja, no se dobla nunca, verdadero misterio de la expresión esencial, dada en un ardor que escuece la boca. El hebreo de la Biblia, tal vez el hebreo de todo tiempo, es un hombre henchido y ceñido a la vez, que carga el verbo de electricidad de acción, es el que menos ha pecado contra el baldiísmo de la palabra, el que no cae en el desabrimiento y la laciedad de la expresión.

A los diez años, yo conocí esta vía de la palabra, desnuda y recta y la adopté en la medida de mis pobres medios, a puro tanteo, silabeando sus versículos recios, tartamudeando su excelencia y arrimándome a ella, a la vez con amor y miedo de amor.

Había encontrado algo así como una paternidad para mi garganta, como una tutoría cuando menos en mi amarga orfandad de una niña de aldea cordillerana, sin maestro, y sin migaja de consejo para los negocios de su alma muy ávida, mucho.

De este lote de virtudes expresionales de la Biblia parece que las que más me hayan atraído sean la intensidad y cierto despojo que no solo aparta el adorno, sino que va en desuello puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adiposa, la Biblia me prestigió su condición de dardo verbal, su urgido canal de vena caliente. Ella me asqueó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso de bruces a beber sobre el manadero de la palabra viva, yo diría que me echó sobre un tema a aspirarle pecho a pecho el resuello vivo.

La ciencia de decir en la Biblia, el comportamiento del judío con el verbo, aun considerada aparte del asunto religioso, es una enorme lección de probidad dada por Israel a los demás idiomas y a las otras razas. El acento de veracidad de la Escritura, de que hablan los críticos, es lo que en gran parte ha hecho la actualidad permanente de la Biblia, esa especie de marcha ininterrumpida del

Santo Libro a través de los tiempos más espesos de materia y más adversos a su orden sobrenatural.

Había en los antiguos tiempos, en ciertos cruceros geográficos del viejo mundo, unos lugares de convocación, sitios cruciales de cita donde se juntaban los diferentes, para hablar de algún negocio eterno o temporal.

Vosotros hebreos y nosotros cristianos poseemos, queramos o no confesarlo, un lugar de convocación, especie de alta y ancha meseta tibetana, en la cual encontrarnos, vernos al rostro, ensayar siquiera el cerco de la unidad rota; en el cual podemos, sin desatar entero el nudo de nuestro conflicto, ablandar el filo de la tensión y este país o este clima moral es, en la Biblia, vuestro Viejo Testamento que nos es común, común, común.

Ay, gozo fresco para nosotros y, anchura dulce, la de esta abra de reunión donde podemos, con los ojos puestos en los ojos, comer igual bocado de oro en nuestro Job, ciudadano del dolor, en el Jacob, abajador de la Tierra al cielo y en el David, que tañía, tañedor mejor que el salterio, el corazón del género humano.

Hay una alegría grande entre las mayores que fue pulverizada por el vanidoso siglo XIX, y es la de provocar masa y también multitud. Yo soy no poco tribal, o si queréis, medioeval, en todo caso, amiga de comunidad por serlo de comunión, y siento no sé qué euforia viviendo una hora de lo que llama la Iglesia, «la comunión de los santos». Parece que esta dicha solo podemos lograrla y disfrutarla si acudimos a esos puntos de convocación de que he dicho, como la Biblia, o las viejas leyendas universales.

Por eso he querido hablarles, como quien dice de la peana de la unidad nuestra, y os he traído esta conferencia vergonzante, sin sentir el bochorno de mi torpeza con tal de que, a lo largo de esta hora, nuestra sangre estuviese batiendo unánime sobre el mismo asunto inmenso e íntimo, terrenal y divino.

CÓMO ESCRIBO

En una tarde de enero de 1938, durante los Cursos Sudamericanos de Vacaciones que se celebraban en Montevideo, se reunieron en el patio de la Universidad, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral, para contar cómo escribían sus versos. Gabriela, luego de hacer el cumplido elogio de Alfonsina y de Juana, dijo las siguientes palabras:

Las mujeres no escribimos solemnemente como Buffon, que se ponía para el trance su chaqueta de mangas con encajes y se sentaba con toda solemnidad a su mesa de caoba.

Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí...

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me ha borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros. Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado, cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho, excepto los versos...

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.

Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa... He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llama don Miguel el vasco, la «lengua conversacional».

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aún así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar; siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona harto desordenada. El orden parece regalarme *espacio,* y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos.

La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma; pero la ajena mucho más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre; me defienden la infantilidad del carácter, me aniñan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.

La poesía es en mí, sencillamente, un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Es todo cuanto sé decir de mí y no me pongáis vosotros a averiguar más...

ALFONSO REYES, MAESTRO

CORREO CARIOCA

Ahora desde Río, y no desde Buenos Aires, nos vienen las hojitas o los folletos o los libros de Alfonso Reyes; nos vienen como siempre, con la dirección escrita a mano, por la cortesía exquisita que es la suya; y teniendo adentro, infaltablemente el recado suyo, comparable al de Martí en el clima de la efusión. El bulto es siempre, breve, en el orden de las resinas, a que aludíamos otra vez, escribiendo sobre él; pero tapas adentro, eso que nos llega es tan nutridor, que del cuadernillo de 20 páginas se va a vivir la semana, a veces el mes, con frecuencia el año.

El correo se hace, de más en más, americano; la escritura se vuelve de día en día más humana. Ya casi no hay en esas páginas de *La caída* hierba en rama de retórica ni pastel de divagación.

Es el tiempo del fruto, y del fruto en sazón, ciento por ciento; no se hacen a estas alturas de años corolas grasas sino hueso asemillado, y un trigo desnudo, sin guedeja.

Venían correos más tardos de Buenos Aires; la vida social del diplomático se lo devoraba, y tenía que ser así, porque él es un cumplidor acérrimo de sus misiones y los motes sobre la ociosidad diplomática valen para muchos, pero no han valido nunca para Alfonso Reyes. En Río debe haber menos recepciones y quedar

pausas más largas para escribir. Es una de las causas de su fertilidad de estos tres años.

Otra razón hay que decir y a mí me interesa aclararla, para mí.

CASTICISMO DEL TRÓPICO

El trópico es más castizo que nuestras tierras templadas; más americano Río que Buenos Aires, más Bogotá que Santiago; más México que Montevideo. Dicen que la causa del casticismo ralo y débil de la extremidad Sur está en la inmigración rebosada que ha recibido la punta del continente, y que la americanidad del trópico deriva de las dos zonas casi absolutas de español e indio con que la tierra caliente se ha quedado. La explicación no lo dice todo. «La naturaleza fuerte» de que habla Chocano, puede mucho sobre el hombre en el trópico, lo gobierna y lo maneja y no le consiente aventar la costumbre dictada de ella y no lo permitiría, ni «agringarse» ni italianizarse demasiado.

La tierra templada aparece más liberal o más débil, y esa lo tolera todo en mal nuestro a veces. Por algo, por una especie de... instinto geológico, el continente se hinchó hacia Ecuador, como para darnos más perímetro de sol y de las cosas que el sol se trae, y se angostó con parvedad o restricción hacia abajo... El continente sabía en cuál de sus aposentos climatéricos le nacería la gente más fiel...

Alfonso Reyes llega a Río de Janeiro y padece y goza la magia de lo regional, el tirón de lo castizo que no probaba desde los años de México. Meses más tarde, él, o sea el gongorino y el supereuropeo, se pone a escribir corridos y cuartetas populares, con una rapidez feliz que parece de dictado y con un sabor folclórico que llega a engañar a ratos de puro genuino.

EL FOLCLÓRICO

Los Alfonsos son todos ellos «primer agua»: el Alfonso sabio que escarmena a Góngora y le saca hasta la última pimienta novedosa y que trasvasa el *Poema del Cid* con manos dignas de la operación; el Alfonso clásico grecorromano que en meses de París hace una *Ifigenia* estupenda (de la cual todo está por decir) y que en una semana bonaerense escribe un discurso sobre Virgilio, que es la pieza prócer que de aquellas fiestas podemos mandar a Roma en contribución nuestra; y los demás Alfonsos que harían «cola» de numerosos...

Pero siendo este un platero que da buena plata siempre, haga cálices sacros o cofres mundanos, no queremos, ah, eso no, que se nos destiña el Alfonso mexicano, barro nuestro de Guadalajara o jícara michoacana, que contiene la decoración entera de la naturaleza y el hábito nuestros.

Aquí está, el que podía dejarse tentar; está en *Río de enero,* tan trópico, tan bajío y tan meseta, como si nos mandase esa escritura poética de México o de Cuba adentro o... de donde la mande.

El trópico americano tiene, a pesar de las alteraciones barométricas y étnicas de aquí y de allá, una grande unidad. Me tengo que aprender a las gentes —y de terrible aprendizaje— cuando paso de Antofagasta a Mollendo, pero ya de Panamá a San Juan, mucho menos.

Este libro de unas pocas composiciones largas es un complejo producto verbal. El «corrido» o romance de México que es cosa mestiza, anda por ahí; la copla española, lo mismo; y la canción mulata de Río o de Cuba otro tanto. *Río de enero* es la difícil y fácil pieza que somos los individuos de nuestra raza; ardua por tanta cosa vieja y nueva que hierve en nosotros, y fácil por nuestra soberana sencillez criolla. Habría aún que espolvorear sobre esos

componentes un poquitín de futurismo europeo y del más bueno. La donosura es grande —Reyes la tiene y la luce en prosa como en verso—; la malicia cuesta ubicarla en Andalucías o en Jaliscos; el ingenio es el mexicano, que tiene para dar y prestar, y la poesía, la corriente de arrastre de aquellos dones, es la suya, la linda poesía de Reyes con su chorro doble de inteligencia y de una emotividad que los años en vez de secarle le aumentan.

México no quiso largar nunca la cuerda folclórica; a lo largo de dos siglos de academicismo y de romanticismo, dos atolladeros nuestros de pedantería, México siguió haciendo corridos y canciones, manteniendo entera la veta de agua vital y vitalizadora. Muchas cosas suyas de hoy se han salvado gracias a esas fuentes guardadas intactas: el casticismo mexicano, en la costumbre, la pedagogía nacional, lista; las artes manuales, la legión de Diego Rivera, y hasta la reforma agraria, arrancan de allí, de la corriente subterránea u ostensible de la poesía popular.

Alfonso Reyes se mueve como pocos en su reino manejando el folclore, aunque le incorpore una cantidad de sulfatos de otros suelos.

Había por allí, en los poemas viejos, algunas pintas aisladas del género; pero no eran todavía esta ración en pleno.

Me acuerdo de un pintor dengoso, y no poco cursi, con el que yo desembarqué una vez en San Pablo del Brasil. Volvió al barco vociferando de ese paisaje de colores «para cargador»; insufriblemente espectacular. Europa le había dado la arterioesclerosis ocular y ya no se sufría lo cenital del trópico. Mentira grande y además tonta es aquello de que el paisaje tórrido es primario e infantil y que por ello no provoca ni a pintar ni a escribir. La desesperación que da viene de que lleno hasta rebalsar de cosas perfectas, desde su aire tónico hasta su listadura de palma, pasando por los alimentos que él solo da, desmoraliza a las gentes con el *tanto* como la tierra templada las excita con el *poco.*

Al pintor chirle el Trópico le hace el efecto que Homero al poetillo...

TORRIDISMO

El tórrido de Reyes no aparece abundante sino constreñido; reside más en la vainilla que en el plátano, y mejor en la mariposa que siendo de jeme, carga con una tonelada de azul, que en el árbol del pan.

El tórrido suyo se halla sobre todo en la peca de fuego con que le mira (al muy amoroso) la mulata brasilera y tal vez en cierta pulpa capitosa que es el habla y, no digamos la marcha, de ella. Un tórrido de geografía y carnes adentro. A veces yo me dudo el si la torridez de gesto y voz sea cosa del barómetro, porque en la meseta de la templanza, la de Anáhuac, la untadura cálida se ve y se toca y está puesta sobre unas sobriedades y unos equilibrios o romanos o franceses. La inteligencia se hace ella misma, cuando quiere, sus 100 grados emocionales y no siempre es la sangre subidora la que los produce y los despeña...

UBICACIÓN

Es lindo ver en libro nuevo el lugar donde el amigo vive, aprenderle las criaturas que ahora lo tocan, y saberle de veras el mar, el suelo, la casa, la mesa. Nunca había gozado yo más de este deleite del poder ubicar bien, al compañero ausente y reacomodarme en la pupila interior su nuevo modo de ser y de existir, como en este *Río de enero*.

Reyes poseía allá en Buenos Aires río grande, tanto que ya no es río y no da sino pocas emociones fluviales; estaba en cuanto a la

convivencia, en ese extraordinario puente de razas que es nuestra Argentina y que suele desconcertar la visión. Él vive hoy con sol desatentado o nubarrón tropical encima; pasea avenidas de palmas que de cabales han de parecerle a veces una teoría intelectual, que se mira hacia adentro; y ha recuperado a la gente morena, casi olvidada en París, y que nutre la vista al que nació entre ellas, una casta que nos produce el placer que da el pan resollamado, muy otro del que solo se dora.

En sus cartas y en sus recados cortitos, se ve que vive bien, que lo hacen dichoso, que trabaja y pasea y que lo vitaliza el haber vuelto a la matriz de la raza.

LA AVENTURA DE LA LENGUA

Vivo agradeciendo a ustedes, californianos, día a día, y pueblo a pueblo, el interés y el amor que vuestro Estado pone en la enseñanza del español.

Vengo de hacer una ruta zigzagueada de lenguas diversas y he visto la suerte del castellano a lo largo de esta cinta de mi viaje, tendida entre Brasil, Suecia, Inglaterra y Estados Unidos.

Los dos puntos en los cuales hallé nuestra lengua servido con vehemencia, fueron los más opuestos que darse pueda: Suecia y California. En los dos sitios probé una verdadera euforia al constatar que el castellano gana almas como quien siembra y cosecha a brazadas en ritmos alternos.

Sigue en el mundo la conquista de las tierras ajenas y la de los cuerpos ajenos: la vieja Conquista bruta ávida no se ha acabado. Es la empresa resabida de brazo y canción, de manotada y hierro, y sigue siendo odiosa, aunque se emboce de Derecho y de Bien. Prefiero a la eterna maniobra arrolladora de tierras y cuerpos, la empresa ganadora de almas que es la expansión de cualquier idioma. Esta acción pascual de compartir el espíritu ajeno, esta marcha silenciosa de un habla sobre territorios incógnitos, no significa invasión sino apropiación recta y feliz, y me alegra las potencias, hasta me las pone a danzar...

Comprender fue siempre goce. Si nos hace dichosos entender las funciones vitales en la planta y aprender las maniobras del instinto en los animales, ¿cómo no va a ser felicidad seguir el alma de una raza en su verbo?

La orden del día en nuestro pobre planeta es hoy precisamente el romper los sellos que guardan las arcas cerradas de ciertos pueblos y ver sus adentros y aprender en esa gruta oscura cuánto hay allí que dé una clave para tratar los jeroglíficos llamados China, o Indostán... o América del Sur.

Eso que llaman búsqueda del conocimiento y que es por excelencia la tarea del hombre, requiere instrumentos sutiles. El primero de ellos es el aprendizaje de idiomas. Ustedes adoptaron este oficio fino mucho antes de que la Segunda Guerra Mundial sacudiese a los adormilados e hiciese ver a los ciegos. Y ustedes van a ser en cinco años más quienes den testimonio recto y claro a los dirigentes de Estados Unidos sobre los países mal deletreados, mal averiguados que son los nuestros. Es categoría subida esta de traducir el espíritu de las razas. Pero es también trabajo muy bello, porque se trata de ver y tocar raíces y sacarlas a la luz.

El aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas, es busca, no de mesa ni de lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable.

Los sudamericanos no somos gentes de puertas atrancadas. Excepción hecha del indio puro, que es huidizo, en cuanto a criatura herida y traicionada, los demás, el mestizo y el blanco del Sur, somos de una índole fácil y fluvial. Nos gusta el extraño, por una curiosidad colombina de costas nuevas; viajamos bastante, somos «projimistas», es decir, cristianos que aman convivir. Somos dados al trueque o comercio de las almas, en el sentido que dio a esta palabra aduanera el francés Valéry.

Cuando ustedes, con nuestro idioma a flor de pecho, vayan a nuestros pueblos, allá les pagaremos las marchas forzadas de los cursos de español con la moneda de la cordialidad rápida y de la lealtad. Juntos hablaremos de nuestros problemas, juntos corregiremos los feos errores del pasado, como quien enmienda planas de cuaderno escolar...

En cuanto al volumen del idioma español, no es nada angosto ni leve; el alumno siente, como el bañista del río, que se ha metido en un torrente. La riqueza del castellano es realmente la de una catarata. Mucho creció la corriente por el vaciadero de las generaciones, y allí está ahora despeñado sobre un muchacho californiano que lo recibe, cegado del resplandor y aturdido de la música vertical.

Las demás aventuras se quedan chiquitas al lado de esta; son nonadas. Aquí es el trance de volverse niño y aventar el amor propio, aceptando el balbucear, el caer de bruces a cada rato y el oír las risotadas del corro y el reído ha de reír con la clase entera y no enojarse como los vanidosos. (En esto ayuda el buen humor americano, linda virtud).

A ustedes, californianos, no se les ocurre que van a perder la batalla. Como el niño, vais aprendiendo sin saber cuánto, y pudiendo, y alcanzando. Pocas cosas se parecen más a una infancia que el aprendizaje de lenguas y nada hay tan lindo como el trance de parar en seco la adultez, de hacer una pausa en ella y echar a correr por el espacio liso de la puerilidad, del deletreo y el pinino.

Y aquí también en lo del querer para alcanzar; lo de la bravura y el denuedo americanos. La lucha con la lengua arisca y repechada, vale por una batalla.

Porque cada lengua extraña es la Walkiria que está a unos pasos del que la codicia pero la muy linajuda vive rodeada de un cintajo de fuego que pone miedo, aunque no mate a nadie... El corajudo salta y su audacia lo salva.

Entre gestas del alma, la de adquirir lenguas contrastadas me parece maravillosa. Precisamente a causa de que por ella no corre la sangre; solo corre el gemidillo del esfuerzo, y no se oye chirrido de sables sino a lo más un crujidito de dientes apretados... Y el ganar resulta un negocio fantástico del alma y vale por la toma de un latifundio sin horizonte...

Aprender una lengua se parece también a cualquier desembarco, al azoro de Colón o de Vasco de Gama. Primero es el penetrar en luz y aire nuevos y recibir la avalancha de mil criaturas inéditas que se vienen encima de golpe, y nos apabullan con su muchedumbre. Vamos y venimos dentro de la lengua novedosa cayendo y levantando; nos parecemos al marinero mareado. Los sentidos pueden aquí y no pueden más allá. El sonido y el ritmo nuevos nos intrigan de un lado y del otro nos disgustan. Avanzamos en un zig-zag de simpatías y de antipatías. Lo antipático es lo diferente y nada más; la costumbre es una vieja remolona que detesta lo nuevo solo por ser forastero.

El americano joven está dotado de una linda flexibilidad para esta empresa y no carga las herrumbres reumáticas del americano colonial. Ustedes, en cuanto a pueblo futurista, me ponen mal gesto a los paisajes espirituales exóticos y les sonríen como a camaradas. Estas liberalidades, estas anchuras del ojo y del entendimiento, me parecen virtudes magníficas para el nuevo «pionerismo» que viene con las Naciones Unidas y que es preciso preparar. La misión universal de los Estados Unidos representa para cada uno de ustedes una obligación rotunda y urgente. Hay que volverse válido para esta nueva Caballería que son los cursos de lenguas extranjeras, y esta preparación es de inteligencia, de ética escolar y de arrojo juvenil.

En mis veinticuatro años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que recorría sino su tradición y su costumbre presentes, es decir, sus libros y su

vida al aire libre, o sea cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región. Lo que sé de Francia me vino de esos dos lados opuestos; lo que hizo mi pasión por Italia, fue eso mismo.

Léanse sus libros españoles y sudamericanos, como quien quiere salirnos al encuentro. Lo mejor y lo peor de nosotros allí está. Estas marcas digitales, llamadas lenguas, son más verídicas que las otras de los pasaportes, en cuanto a confesión de las razas.

Al revés de casi todas las aventuras, que son cosa resonante y gesticular, la odisea verbal solo se desarrolla en una sala de clases; ella comienza en una silenciosa y larguísima recepción y pasa después al turno dulce del preguntar y el responder. En el aula de lenguas todo se resuelve, de parte del maestro, en ir vaciando, con la fineza del pesador de diamantes, el emporio enorme del vocabulario, y de parte, del discípulo, todo consiste en un alerta casi divino de las facultades y en esa *fidelidad* a la cual llamamos vulgarmente «atención».

Pasados los primeros fosos y empalizadas filudas de la lectura extranjera, viene algo que llamaría la doctora de Ávila «unas grandes suavidades y maravillamientos». Porque una vez molida y tragada, con esófago pantagruélico, la res abierta del vocabulario, se inicia la excursión regustada y lenta por el reino ajeno, cuando la frontera está ya quemada, abierta, libre. Entonces van llegando los yantares, ya no gruesos ni agrios, sino delicadísimos; es el ala del faisán español: el arribo a los místicos, honra de la cristiandad universal, el reír con Lope y Quevedo y el aguzar el entendimiento con Gracián y Góngora.

Bien pagados quedarán ustedes de sus jadeos, lo mismo que los marineros de las carabelas, y ya bien hallados pasarán a la Antilla de las palmas, al Anáhuac del maíz y al Chile de la vid.

Algo quiero deciros sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna, que

no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiese en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del taraumara, sea del chilote, sea del indio amazónico. Además, ustedes no van a quedarse sin el «Martín Fierro» y sin los folclores español y criollo.

Otra manera no hay —estoy bien segura— de adentrarse en los pueblos sino la punción lograda con la aguja del idioma. Hablo de la lengua domada y rematada. Antes de llegar al hueso del verbo extraño, no se ha ganado cosa que valga; el fruto sigue colgado en su árbol... La faena es tocar fondo como el buzo y subir allí cargado del tesoro.

Aparte de la virtud política y cristiana que trae el aprendizaje de las lenguas latinas, estas avivan las facultades, inyectan ciertas clorofilas particularísimas nuevas, y acarrean minerales misteriosos que circularán por el organismo del alma, llevando consigo la fertilización de todo un Nilo moral.

La inundación oral y auditiva, el sumírsenos el habla propia por meses o años, pone a veces temor. Parece que cuanto era nuestro se nos va, y no es cierto. Aunque por momentos creamos que la lengua intrusa nos ocupa la casa propia no se ha movido. Solo ocurre que tendremos en adelante, como los ricos, dos casas de vivir tres o siete moradas, al igual de la Santa, por donde andar agradeciendo las anchuras que nos ceden Dios y la inteligencia, la cultura más la gracia.

FIESTA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Escribo estas palabras para los lectores de *Nuestra Raza* el martes 2 de octubre, día en que los diarios publican el discurso, que alguno llama testamento, de Unamuno y sintiese algún miedo de escribirlas si no tuviese ese documento cabezal.

La Fiesta de la Raza fue ideada y lanzada por gentes de la mejor intención y del más bello *élan* organizador, y como la idea es atrayente aunque sea superficial, ha arrastrado fácilmente a españoles y americanos. Pero la fiesta, como la estatua del sueño de Nabucodonosor, tiene los pies de barro, no en el sentido de cosa impura, sino en el de soporte deleznable.

Leí ayer que los marroquíes se preparan a celebrarla y un buen informador me cuenta que se trata de sociedades arábigo-africanas ciento por ciento y no de españoles de África.

En algunas colonias de la pampa argentina, mesas de niños italianos puros, cuando no rusos, alabarán, por condescendencia oficial, la raza española, que se merece la exaltación más superlativa por el tamaño de su gesta, pero que ellas sienten raza suya de modo muy vago y que a lo mejor no sienten tal sino en cuanto argentinos cosmopolitas infinitesimalmente. Las aldeas de México o del Perú, hasta las más hincadas montaña adentro, donde el rostro español no parece ni pareció nunca, también celebrarán la

Fiesta, con la convicción de que es nobilísima, aunque no tenga sentido directo para ellas.

Luego no se trata de una Fiesta de la Raza, sino de una de la Lengua. Esos argentino-itálicos y esos bereberes y esos indios nuestros no pueden celebrar otra cosa que la lengua, que es lo que de España les cayó en suerte, lo que le adoptaron y los que le sirven gozosamente.

¿Y por qué no llamar de una vez las cosas por su nombre, y aunque este segundo sea menos arrebatador, adoptarlo de una vez por todas?

Don Miguel de Unamuno lo ha dicho ayer, en su Castilla fundamental, y otros lo venimos diciendo hace mucho tiempo en nuestra América: raza no, idioma sí; o, a lo menos, la lengua en pleno, la raza a tercias.

El viajero español recorre mal su América. Le visita las ciudades, concentraciones de blancos y mestizos, y en algunos países, especies de campamentos de europeos expedicionarios, anegadas en un mar de poblaciones aborígenes. Él regresa a contar su América blanca y convence de ella, a los que allá no fueron ni irán.

En el Brasil, ese viajero libador de miel de urbes, conoció su Río de Janeiro, y no bajó en la Santos ítalo-germánica.

En Chile, por miedo de lluvias y de kilómetros, no echó una mirada sobre dos provincias australes donde el alemán hace horizonte.

En el Perú, tenían las aldeas indígenas a cinco horas de Lima, y en México se quedó sin la experiencia rotunda; a tres horas. Pero dejó que se las contaran y se evitó el ver y el tocar, que nunca había de ahorrarse.

La raza común está quebrantadísima en su hispanidad y de año en año el mal (si es mal) subirá en marejada con la inmigración, que en todas partes es considerable, pero en algunas inmensa. En

cincuenta años más, aquella América nuestra ya no será nombrada española por la sangre, sino por la lengua, como se llama Suiza francesa a una Suiza llena de filtraciones germánicas, pero que habla francés.

Y si el nombre de la festividad ya no será válido dentro de cincuenta años más, ¿por qué no haríamos desde ahora el trueque de su nombre y la ubicación precisa de su sentido, puesto que se trata de asunto trascendente, digno de ser considerado en una perspectiva tan dilatada?

Unamuno ha dicho magníficamente que el conquistador de la América, el de ayer como el de hoy, fue la lengua. La conquista del hombre americano por el español lo confirma, aunque España se dé poca cuenta de ello. La Argentina, tan acusada de traiciones al idioma, ha enseñado a hablar español a cuatro o seis millones de extranjeros y se le debe una especie de empresa profunda de hispanización de gentes.

El conquistador dejó en América la sangre que pudo, pero no es él quien hispanizó mejor, sino el misionero enseñador, el santo fraile vuelto maestro rural. El hecho de la exploración, el de la ocupación y el de la conquista de un continente, si se mira con ojo fino, tiene menos extensión y profundidad, a pesar de ser tan resonante, que el hecho heroico y callado de la siembra del castellano entre las masas indígenas.

Después de los misioneros, vienen como beneméritos los dirigentes americanos, blancos o mestizos, que han continuado en nuestros pueblos la alfabetización del indígena, y Vasconcelos, el mexicano, tal vez sea el mayor de estos hispanizadores por el alfabeto. El del maestro José Padín, funcionario de Estados Unidos en Puerto Rico, pero hombre leal de toda lealtad a su pueblo, que acaba de reivindicar para la Isla la enseñanza primaria en español, es otro nombre mayor que anotar en la plana de la Fiesta de la Hispanidad, o sea la de la lengua.

El santo y seña de la unidad del continente y el de su vínculo de cualquier tiempo con España no hay que atribuirlo a una «raza» homogénea ni siquiera aproximadamente homogénea, que no hay tal, en este laberinto de sangres anotadas: indígenas, italiana, alemana, judía, rusa, etc. La maravilla de la semejanza, el toque de gracia caído sobre esos veinte pueblos, y de donde parten todos los bienes actuales y venideros de la unidad, hay que adjudicarla a la lengua y ya es tiempo de que así sea considerado y de que sobre ello se tracen planes y se sueñen sueños que queramos para lo porvenir.

Fiesta de la Lengua, que ya Colombia, la sabia y la fiel, ha creado hace unos cuatro años. Esa Fiesta debe ser corroborada por gobiernos e instituciones, pero deberían perfilarla y concretarla escritores y maestros, jefes naturales de la empresa. Así se borraría en ella el gesto político y se definiría su índole de natividad espiritual pura.

EL LENGUAJE EN PUERTO RICO

Ya he conversado sobre Berta Singerman para Puerto Rico; ahora voy a conversarle a ella respecto de Puerto Rico, en cuanto a vieja amiga, que tiene cierta obligación de darle noticia de las cosas profundas de paso por una tierra, no puede ver, y que siendo ella asociada en el negocio de la lengua común, es preciso que conozca.

Esta isla pequeña, que casi cabría en el estuario de su Río de la Plata, es un punto eléctrico y fascinante para la raza nuestra, por la porción de responsabilidades, y mejor sería decir de destino, que le ha tocado, respecto de la lengua española. Nosotros, los del mar, viviendo la soberanía plena de la lengua, que es la forma más fuerte de la soberanía del alma, ignoramos fabulosamente la tragedia portorriqueña, y por ignorarla nos hemos desentendido de ella. Este es un pueblo, que está peleando la gesta doble de su independencia y de su idioma. Yo no me ocuparé de su lucha política, aun cuando colinde con la lingüística, y no lo haré por tres razones: primero, por respeto de la casa que hospeda y donde va a conocerse eso tan delicado y tan precioso que se llama convivencia humana; segundo, por la repugnancia congénita que hay en mi naturaleza en lo referente a la política, así se trate de la de mi propio país, y tercero, porque creo cada día más en que el derecho a manejar un problema político está constreñido al pueblo mismo y no a ningún extraño, así sea el que mejor lo ame.

La preciosa isla habla uno de los españoles más castizos y más bellos que usted conozca, y en el que se advierten por iguales partes un léxico del siglo XVII y las virtudes de melodía y de gracia de que hablé al referirme a la lengua criolla en general. España duró aquí en la isla, España impregnó este pueblo de ese aceite de tuétano puro que es una lengua vieja, España hispanizó a Puerto Rico en costumbres y en idioma, llegando con él a ese extremo de permeadura de la esponja marina en el que lo que ha absorbido pesa más que el absorbente. Sin apelar a una maña retórica, le digo, Berta, que la tradición de la lengua y de la costumbre aquí pesa, si también se pesasen estas materias invisibles, el doble que la geología de la isla, el doble que su bandeja de sílex y arcillas. España dejó a medio hacer algunas cosas materiales y, si se quiere, muchas cosas materiales; pero el alma colectiva e individual la redondeó cabalmente, por aquella voluntad muy suya de hacer a las naciones de adentro hacia fuera, que ha sido su pedagogía de pueblo místico.

Puerto Rico defiende su castellano con esa especie de ansia y de angustia con que se defiende la semilla del ser en el ataque, como defiende el gladiador el cuadrado de la nuca, del corazón o del tórax, donde sabe que el golpe es mortal. Esta disputa de caballerosos sajones y portorriqueños, en torno a la lengua que aquí debe prevalecer, es un espectáculo fascinante, y a los que están llenos de naturaleza espiritual les excita fuertemente y les agita las potencias lo mismo que el circo romano excita con su olor de cuerpo jadeante a aquellos otros latinos llenos de naturaleza corporal.

Este pueblo sabe, con una convicción vertical en la cual no se puede hacer un sesgo, que su lengua y su alma es su alma hecha visible, y que es la totalidad, y no una mera parte, de esa alma; sabe que si acepta abandonarla en préstamo o cederla en liberalidad atolondrada, la raza se agrietará primero para derrumbarse después.

Nuestros pueblos del sur son generalmente blandos o titubeadores en sus deseos, y yo no había visto hasta ahora a una masa latina mostrar una defensa más terca y más neta en un negocio vital. Estas gentes quieren hablar español, no porque el inglés sea la canal de una cultura inferior, pues es cosa nobilísima la cultura inglesa, sino porque el español es la lengua que está entrabada, cruzada, listada con su costumbre física e interior, con su oído y con su instinto.

Las madres portorriqueñas defienden el español porque entre las muchas cosas que comprende la maternidad está el deseo de la identidad o al menos de la semejanza, que la madre pide al hijo en las facciones del rostro y en las del espíritu. La madre desea que el hijo lleve sus ojos o su frente, o al menos, la marcha o el gesto suyo. El padre, menos ceñido al niño, pero también ambicioso de identidades, quiere otro tanto. Los dos están interesados en que el niño les traiga esas facciones de ellos en una segunda floración de su carne derrotada; pero a ambos les interesa más que la criatura les reproduzca el sabor del alma, su contenido emocional, su manera de pasión o de conducta. La lengua significa no solamente una consecuencia, sino también una causa de las ideas y los sentimientos. Léon Daudet está diciendo siempre que es más lo que la lengua nos trabaja a nosotros que lo que nosotros la trabajamos a ella, es decir, que el idioma es el mejor artesano de nosotros que el artefacto hecho por nosotros.

Puerto Rico conoce una experiencia que los sudamericanos no podemos sospechar; la generación actual puede quedar cortada de la futura por una lengua diferente, y a lo menos híbrida y cortada como por un tajo; existe el peligro de que se haga de pronto un abismo entre padres e hijos por el trueque del idioma, la aventura lamentable de que un espacio de diez años verifique una mudanza como de hemisferios opuestos dentro de una raza. El problema tiene otros aspectos pero no es este el caso de examinarlos todos, y los dejo para otra ocasión. El pueblo portorriqueño, que es tan

dulce como para que una que ha pulsado muchos pueblos lo crea el más suave que ha conocido, se encrespa y habla recio y duro. Tiene razón, tiene toda la razón de este mundo. El derecho a la lengua heredada es como el derecho al alma propia y para aquellos que nadan dudosos del alma, como el derecho a llevar el propio cuerpo, a admirar, a aprender los otros idiomas, pero a usar el suyo y solamente este, al igual da su cuerpo.

El riesgo no ha cuajado todavía en realidad. Nosotros, los sudamericanos, pésimamente informados, creemos que esta isla, entregada por España, hace treinta y tres años a la autoridad americana, habla ya el inglés desde las ciudades a las aldeas...

Es necesario que por la solidaridad del idioma que es la cresta de la solidaridad de una raza, nosotros, americanos del sur, participemos con el conocimiento, con la técnica, con el amor, en esta lucha de Puerto Rico por guardar nuestro idioma.

Cuando este pueblo dice: «Queremos la enseñanza primaria en español», afirman una realidad anímica diferente, dan testimonio de una sensibilidad que quieren conservar, declaran su alma fundada dentro de una modalidad de la que no quieren salir, porque les ha servido para ser hidalgos y para ser humanos de una rica humanidad. Aceptar la pérdida de la lengua sería tácitamente declarar que ella, por algún lado, les falló para la vida intelectual y la moral, que les hizo quiebra, que no les fue consecuente.

Usted sabe que no hay tal. La raza portorriqueña es de las mejores entre las plantadas en mi suelo americano: le he contado a usted sus virtudes que una llaneza extrema disimula engañando con que es solo sencilla, siendo experta. Hay aquí almas que pueden ser contadas entre las de mayor calidad en el continente y que podríamos convocar, porque nos servirían, para incorporarlas a las empresas espirituales del sur.

Pasa con este pueblo lo que con la vegetación herbácea de la pampa argentina, la menos enfática y que es por excelencia la

vegetación nutridora de hombres. Ella es llana, y de poca gesticulación de color y de forma, y así es poco enfática y alucinadora esta gente.

Esta raza salida de nuestra lengua, la defiende, pues, entre otras cosas porque ella le fue válida para formarse y le sigue siendo válida para vivir.

Berta, he querido darla esta emoción que usted, gran sorbedora de pasiones colectivas, desconocía: la de la lealtad desesperada de un pueblo a su idioma, al de usted, al mío, y que es, al fin de cuentas, una lealtad hacia nosotros que debe obligarnos. No nos damos cuenta en el sur de que hay un pueblo que vive en este momento, sin aparato y sin alarde, una gesta espiritual profunda de nuestra historia contemporánea y la de mayores consecuencias, con la que de acá ha de rematar Sandino en Nicaragua.

Puerto Rico tiene una literatura en la cual se ha cumplido la insularidad aunque no se cumple allá ni en Cuba ni en Santo Domingo. Los escritores de la isla viven olvidados de nosotros y siguen escribiendo sin espuela de elogio y sin ayuda de coordinación con el sur, en esa forma que usted estima del artesano que trabajaría sin demanda del mercado, sin que vea nunca cara de magnate comprador, pero tampoco cara de maestro aprobador y de compañero contento. Un tal artesano ha llegado a cierto clímax del heroico moral según el cual seguiría labrando y decorando para una ciudad vacía y también para una estrella muerta en la que nadie sino él tuviese cuerpo con manos de labrar y amasar ni ojos de recibir y disfrutar.

Acuérdese usted, divulgadora sagaz de los poetas de esta isla, y muestre a los mejores de ellos, no por simple benevolencia sino porque como usted lo sabe los excelentes de aquí valen otro tanto que los excelentes de cualquier parte. Acuérdese de ellos además como se acuerda uno de los amigos en tramos de avenidas de

aguas, cuyas ciudades puedan sumirse, anegando las formas y las masas que se reharán pero ya en otros órdenes.

Pudiese ser esto más tarde una literatura anegada y descuajada. Dios no lo quiera, pero pudiese pasar, si los tiempos modernos siguen cerrándose de intransigencia y de cemento sordo puesto en los oídos, y si ellos desatienden las autonomías espirituales, más urgentes que las políticas.

Para terminar, Berta amiga: seamos justas también cuando reclamamos o defendemos. Digamos que en varios de nuestros países no habríamos podido sostener esta conversación de crítica y de juicio estricto sin tener puestos los pies sobre el suelo firme que casi es de basalto: el de la libertad de palabra mantenida a pesar de todo, a todo trance en Puerto Rico, por los Estados Unidos gobernadores. Ambas la agradecemos a lo largo de esta conversación.

LAS VOCES DE GABRIELA MISTRAL

SANTIAGO DAYDÍ-TOLSON

NOMBRE Y RENOMBRE. LAS MÁSCARAS Y EL ESPEJO

No hay que olvidar que Gabriela Mistral es un pseudónimo, un nombre alternativo, una invención literaria. Designa a una persona en gran parte imaginaria. Equivale a una máscara y un disimulo, a otra, diferente a la que la inventa. Es además el nombre de una figura literaria de renombre, es decir, de una construcción socio-cultural. Nombre de persona real tal vez lo sea solo en parte, esa parte ilusoria que la fama ha vuelto admirable y objeto de los comidillos, las curiosidades biográficas, el anecdotario del cigarrillo y la mirada azul, el zapatón de suela y un regusto por lo que no se sabe de la intimidad personal de la autora y se lo inventa o supone. No es esta, la Gabriela Mistral de la biografía mitificadora, quien debiera importar ni la que interesa de veras, sino la que se nombra artífice de una obra poética, es decir, de un material estético trabajado como tal —su oficio es antes que nada el de escritora— sin afanes de muestreo personal ni menos aún de exhibicionismos. Ese autobiografismo que algunos confunden con el cantar lírico es en ella materia de lo literario.

Gabriela Mistral, como todo poeta de vuelo y consecuencia, es una ficción de máscaras diversas que la autora se prueba ante un espejo de equívoca luna. Lo que el lector puede ver o entrever en los textos líricos de Mistral no es el nítido reflejo de la que se mira, sino la máscara colorida, la de la voz en verso, la artificiosa, voz del arte, misteriosamente humana por lo sugerente de su vívida dramatización, por su figuración estética de lo inefable. Gesto lírico, es decir artístico, este de la poeta que se desdobla en un pseudónimo. En su nombrar en otra a la que se esconde y asoma, alude al carácter ficticio del decir poético y a las máscaras y voces que todo lírico asume al componer desde el disimulo de lo íntimo ese objeto artístico que es el poema, e incluso la obra entera, que se va dando como tal totalidad al paso que se la inventa y elabora en el propio descubrimiento. Esta ficción del yo poético de variados perfiles se cumple estupendamente en la obra lírica mistraliana a medida que la autora va acogiendo voces alternativas adecuadas a sus necesidades expresivas y a sus objetivos: niña, amante, madre, mujer, poeta, alma en pena.

Desde su inicial dispersión de textos sueltos en libros de lectura escolar, hasta la voluntariosa y compleja unidad no concluida de los últimos libros —los de publicación póstuma y, por lo mismo, no del todo suyos, salvo en lo esencial—, Gabriela Mistral fue adoptando diversas identidades líricas, proponiendo con ellas perspectivas personales en función de un efecto literario y en respuesta a un sentido de responsabilidad como poeta de creciente reconocimiento y fama. Su renombre la obliga y el pseudónimo adquiere figuración humana, se vuelve una persona de peculiar carácter que ella misma asume y conforma como propia.

En la más pura tradición lírica, la obra en verso de Gabriela Mistral tiene, por cierto, un marcado carácter personal, incluso ambivalentemente autobiográfico. El complejo yo poético mistraliano —esa profunda voz única que las máscaras modulan

diferentemente— está compuesto de una diversidad de perfiles distintivos que, de modo más o menos velado, reproducen en la figuración de personas líricas ficticias de evidente carácter metafórico o simbólico, algunos rasgos característicos de la persona real de la escritora. Aun así, este yo lírico constituye no tanto una representación de la persona real de la autora como la invención de la persona lírica de una Gabriela Mistral poeta de múltiples voces y un mismo timbre emotivo. Esta persona lírica se formula más bien como un ente ideal que trasciende su yo íntimo y propone un discurso poético autónomo.

Como todo buen discurso lírico, el de Gabriela Mistral se constituye en el proceso creativo de un sistema inclusivo de códigos y resonancias autorreferentes que tienden a configurar una identidad única, la que llega a verse, equivocadamente, como exactamente equivalente a la de la autora. Lo es solo en parte. La propia Mistral contribuye al equívoco en sus varias referencias a un anecdotario biográficamente comprobable. Pero incluso con esto, en desafío a toda lectura del poema como confesional y autobiográfico, la voluntad artística de autogenerarse como figura poética en la voz lírica, de crearse a sí misma como persona literaria, domina el discurso lírico de Mistral y confunde a mucho lector más curioso de lo que la intimidad de la autora de renombre guarda o esconde, que lo que el texto poético comunica como experiencia estética única e intransferible.

Lo primero que la poeta inventa en cada texto suyo es una voz distintiva, la máscara adecuada a la hablante del poema. En algunos casos esta identidad se extiende a otros textos concebidos como grupo, como sucede, por ejemplo, con la amante del suicida, la madre de las nanas, las locas mujeres o la Cuenta-Mundo. Para cada voz distintiva la escritora se reviste de la máscara, calza los coturnos del actor y, así elevada al plano de lo estético, de la representación literaria, declama. Recitar es un acto artificial como

pocos, un formalismo artístico que cumple un objetivo estético teatral y que, por su impactante efecto representativo tiende a confundir al que escucha. Conmovido por la expresividad del arte, quien lee un poema —quien en realidad lo escucha—, entiende como expresión espontánea lo que es voz trabajosamente figurada desde el arte y la técnica literaria. Como el actor, asume Gabriela Mistral un papel para el que adopta una apariencia e imposta una voz adecuada a esta. La autora hace hablar a otras desde la distancia de lo fingido.

Esta distancia lírica en la obra de Gabriela Mistral se ha ido perdiendo para el público en la lectura preferencial, no siempre ingenua, del poema como documento de la biografía. La figura de la autora, la mujer de pseudónimo de renombre, ha llegado a dominar la obra, desvirtuando en parte la condición principalmente estética, de esa figura, confundiéndola acaso en la sugerentemente emotiva interpretación anecdótica. Habría que preguntarse, entonces, si es posible todavía leer la obra poética de Gabriela Mistral desde una actitud puramente estética, ajena a toda preocupación por la persona de la escritora y sus peculiaridades de mujer e intelectual en una circunstancia cultural que hoy puede entenderse solo como interpretable.

Cierto es que desde un comienzo la lectura preferentemente estética de la poesía mistraliana se hizo prácticamente imposible. Su nueva voz lírica resonó demasiado convincente en un momento de lirismos intimistas. Se inaugura el error de lectura e interpretación con la insistencia en adjudicar a los espléndidos sonetos de la muerte un trágico motivo biográfico que la fuerza poética del texto prestigia y enaltece. Se dio así oportunidad al desarrollo exagerado de un sentimentalismo de dudoso gusto sensacionalista ignorante de la perspectiva estética. Lo impresionante de la anécdota del suicida por amor, para nada original y probablemente no cierta, ofusca la visión de lo poético

que la justifica. Lo principal en esos sonetos de la muerte, su auténtico valor no está en la discutible fuente biográfica sino en su logro formal, en el tratamiento innovador del motivo y en la creación de esa voz que los clama desde la impostación de la palabra poética declamada al eco del modernismo.

Creados al trasunto de ese gusto y gesto líricos del fin de siglo estos sonetos mistralianos se rebelan contra sus raíces estéticas de lo delicadamente trágico y declaran su voluntad de ruptura en búsqueda de otra manera de decir que corresponda a otra manera de mirar y entender. Parte del libro inicial, que agrupa un número considerable de textos de diversas voces no concebidos como un conjunto unitario, los sonetos del suicida dan cuenta de las capacidades expresivas y de la variedad de la palabra lírica en Mistral, quien propone diversas perspectivas emotivas sin postular una identidad necesariamente explicable desde la autobiografía. Lo mismo podrá decirse para el resto de sus colecciones, todas ellas ricas en plurales ecos expresivos consecuencia de un crear poético trascendente.

Desde la desolada voz del esteta de residuos modernistas que observa en el arte de Rodin y de Bistolfi la expresión del sentir humano universal, hasta la muy íntima queja de la amante despechada por la muerte, la conciencia artística del estar creando discursos afectados, artificios líricos, es evidente en los textos del primer libro y se hace procedimiento efectivo en los siguientes, donde las voces incluyen además otras variedades y modulaciones. Son explícitas las identificaciones de la hablante de cada poema como figuras distintivamente únicas. En momentos es la amada del suicida; en momentos, la mujer estéril; en momentos la despechada en su abandono o la esposa del prisionero, la hija que llora la muerte de su madre o la niña que canta en la ronda, tomada de las manos de otras como ella. Y en momentos no es más que la poeta misma, esa persona casi abstracta en su carácter tópico de artista,

cuyos rasgos se trazan distintivamente desde una tradición del entusiasmo —posesión divina—, la inspiración y lo visionario. Voz ancestral del espíritu imbuido de la palabra reveladora de emotiva sabiduría y del tormento de su misterio y su expresión.

No pocos son los textos líricos de Mistral cuya hablante ha de entenderse como la poeta. Están los poemas en los que quien habla lo hace desde la altura ideal de esa superioridad estética del artista inspirado que juzga a las «pobres gentes del siglo» como «muertas / de una laxitud, de un miedo, de un frío!». Son estas lo diametralmente opuesto a la poeta, ser de excepción, quien tiene «en la carne hundido» el puñal caliente de «un verso enorme, un verso con cimeras / de pleamar». El contraste es evidente por tradicional: por sus dones de tal, el poeta se diferencia esencialmente del resto de la gente. Es la poeta dotada de sus poderes superiores la que no puede confiar su voz al «hablar de los hombres, tan oscuro», a esas «palabras caducas de los hombres» que no tienen, como lo tienen en cambio sus versos, «el calor / de sus lenguas de fuego, de su viva / tremolación».

Así, desde la perspectiva superior de la tercera persona autorial que observa e interpreta el sentir humano, la poeta revela lo que la escultura —mudo clamor de la «carne de la huesa»— en su quietud medita «Con el mentón caído sobre la mano ruda»; susurra la íntima historia de la Ruth bíblica, narra el violento folclore de Caperucita Roja; o cuenta —Cuenta-Mundo— las bondades de la realidad, cuyos «materiales formidables» alaba con la «voz entera» del himno americano. Son todas estas, entre otras, diversas investiduras de la figura literaria del poeta innominado, el hablante lírico por antonomasia.

Antes que madre, Gabriela Mistral es, primero, poeta y como tal se ve a sí misma en varios de sus poemas. Es esta, la de poeta, su máscara principal, la predilecta también de los líricos de la modernidad, preocupados de su identidad de visionarios y de la

función trascendente de su arte de taumaturgias verbales. En este autoidentificarse como poeta Gabriela Mistral se muestra en su condición de lírica moderna, consciente de su vocación y atenta al significado de la misma y de su oficio.

Tratándose de la obra de una auténtica poeta no podría ser de otra manera. Está en sus inicios la sujeción, algo rebelde, a las exigencias del soneto alejandrino, el de sonoros ecos modernistas y está en adelante la variedad métrica y sus trastornos, las imágenes, símbolos, metáforas, toda la serie de recursos literarios para comprobar articulación artística, el esfuerzo creador de un efecto, la formulación de un observar y un sentir controlados, perfectamente bien manipulados estéticamente. La artista inventa desde una sinceridad relativa, adaptada a la creación poética y su función: la lectura ensimismada.

Mejor aún que la lectura, que puede cumplirse con cierta distancia estética, es la plegaria. La que se dice con voz propia, al unísono con la de la poeta, quien clama para que toda voz se encuentre y diga en la suya. Oración que, entendida desde el ritual religioso, tiene una función de súplica y le adscribe a la poeta el carácter redentor de mediadora entre el hombre y la providencia, entre el sufrido ser humano y las fuerzas superiores de la creación, la naturaleza y el arte. Son las plegarias y rogativas de Gabriela Mistral manifestación poética de una caridad profundamente sentida desde una concepción de la humanidad como doliente imperfección, cuya mejor imagen representativa es la del niño dormido, inerme criatura que en los brazos de la madre cuenta con su única protección y consuelo.

Regazo y canto, canto peticionario a las fuerzas secretas de la naturaleza, la enorme divinidad que lo abraza todo. En este orar se asienta la figura de la madre referida a Mistral no siempre en términos simbólicos. Como madre, la poeta acoge, protege e intercede precisamente porque es poeta, porque se sabe dignificada

con el doliente «suplicio» de su oficio superior. Es ella la que pide por el hijo indefenso, esa figura simbólica en su debilidad de toda la raza humana necesitada de apoyo y consuelo. La poeta intercede: su canto, su voz rimada en versos cada vez más duros de labrar, van a lo alto, al Dueño hacia el que ella misma asciende, anhelante, en su ascesis lírica.

Poeta es la madre o la nodriza que acuna al hijo porque cantan esa canción de cuna que le sube temblorosa desde el pecho en que el niño se recuesta. Poeta es también, en otro diapasón, quien dice en verso las jugarretas y la desvariadora y, ¿por qué no?, es también poeta la niña —o la maestra, dirá alguno— que teje rondas alrededor del mundo. Cada una de estas mujeres tiene su propia voz que canta y en el conjunto, en la suma de esos cantos distintivos, de ancestrales atributos, se conforma y define el timbre característico y peculiar, distintamente personal, de la escritora individual, de la persona del artista. Son todas sus voces ecos de una misma voz, vena profunda —íntima e ignota— del canto pluralizado y universal.

Varios son los poemas en los que la identificación de la hablante como poeta es más explícita. Más de alguno tiene como tema el difícil destino de ser poeta. En todos, las referencias a la condición de poeta apuntan al dolor que esta conlleva, al suplicio del cantar, a ese dar «verso y llanto» en el poema, a la llaga de toda canción; y no son pocas las veces en que las «gotas de hiel» se sienten en las palabras de «un verso de locura», la «locura embriagada» del pecho que canta. Desde sus primeras alusiones a la vocación poética, factor dominante de ese perfil imaginario de Mistral como poeta es la condición excepcional de la locura. Marchamo imborrable de poeta, la locura es característica de la pasión inspiradora.

En plena tradición visionaria, la demencia hace del poeta un ser superior al común de los mortales. Las referencias a esta locura poética, que se advierten desde muy al comienzo de la obra

mistraliana, pasan por una evolución que va desde la locura desesperada de la amante abandonada de los poemas juveniles, a la de la madre de las nanas apasionadas del temor a perder al hijo, para llegar finalmente a la locura religiosa de una entrega total, de marcados visos maternales y marianos, que tiene sugerentes puntos de contacto con una visión de lo que la mujer representa en el mundo y de lo que el poeta admite como su función y dictado.

Dentro de esta evolución, o variedad de la locura, de primordial importancia es la coincidencia de esta con la vocación poética, o mejor dicho, con la condición irrevocable de poeta que Mistral asume como un dolor avasallador. Es la condición no adoptada voluntariamente, ni querida siquiera, sino recibida como ese don tremendo que no puede obviarse. La Poesía, esa figura mítica de deidad pagana, Esfinge o Gorgona caprichosa, exigente, implacable, impone labores que el poeta debe saber superar en el acto demente del poetizar, esa exigente peregrinación y ascenso de la «ácida montaña» en busca de las «flores de la demencia», aquellas que le dan la exaltación de la palabra: el canto, la plegaria, la imprecación de la poeta que en el verso elabora, superándola, la lengua misteriosa de los hombres.

Desde antiguo la tradición lírica acepta la concepción del poeta como alguien poseído de una inspiración divina, hermana del delirio y la demencia. No del todo ajena a esta tradición, tan estupendamente recuperada para la modernidad por románticos, modernistas y vanguardistas, está la apropiación que Mistral hace, desde vertientes religioso-místicas, de la locura como manifestación de un estado espiritual diferente al de la normalidad de la gente y caracterizable como una sabiduría, una sensibilidad y una pureza espiritual exigentes. El que esta locura sea una condición innata de la poeta, una pasión inevitable y dominadora, la define en su condición esencial de don y destino irrenunciables.

Es precisamente en «las lunas de la locura» donde Mistral encuentra —embriagada de ese viento loco del que aprende «el grito rasgado», «el llanto» que le dicta su carácter trágico de poeta — las palabras que le permiten decir ese dolor que se intuye enorme por no ser solo el propio. La locura la define como poeta y le exige una voz, un canto que nadie más puede aprender, y que ella misma gana en la experiencia terrible de un sufrimiento esencial, mayor, por cierto, que el de la propia biografía. Poseída así de los dioses la escritora adquiere perfiles enormes de intercesora, de iluminada, de espíritu en perpetuo ascenso.

No ha de pensarse en la locura de la poeta como castigo o desvarío enajenante, sino todo lo contrario, como manifestación de una diferencia y como signo de una condición superior —o más pura, más ingenua— a la del común de la gente. En Mistral la realidad inmediata del mundo, de ese aspecto del mundo que la sociedad masculinizada desdeña por inútil, gana una especial condición que por su grandeza se traduce en la locura: locura del viento y del agua, locura de los animales mansos, de los niños, de los espíritus más puros. Y locura también de la mujer, de esas locas mujeres que vibran de pasión tremenda porque a diferencia de la naturaleza y sus seres impolutos, deben enfrentarse a la realidad que la humanidad impone.

La poeta loca presta entonces su voz, como mediadora que es, a quienes la demencia también marca con virtud desgarradora. Hablan por ella las mujeres locas, cuentan sus historias de enajenadas, todas ellas confundidas tras la máscara lírica que hace posible esa transmigración de espíritus que en el poema expresa en una voz, la de la enardecida persona de Gabriela Mistral, la voz de muchas, tantas como caben en la amplísima resonancia de unos versos que, leídos y sentidos como personalísimos, llevan el eco de la multitud. Son el llamado a la redención, la canción de cuna que

prefigura el sueño sin fin, la infancia definitiva del sueño de la inmortalidad.

El sentido que tenga la locura en Mistral depende de algunas valoraciones tradicionales del fenómeno, incluidas sus relaciones con la mística y a la poesía visionaria romántica y vanguardista y, en gran parte con la creencia popular que intuye en el poeta al loco. En su obra la locura no ha de entenderse como simbólica de otra realidad: es la realidad, la del estado de mente privilegiado por el abandono del espíritu a la pasión de lo absoluto, pasión total y consumidora. La locura de «la desvariadora» y de esas «locas mujeres» de extraordinario espíritu, tanto como la de la poeta, poseída de su entusiasmo lírico, como la de los seres de la naturaleza, son una misma cosa: pura fuerza espiritual, excentricidad de la visión de lo absoluto que apenas se deja decir en el verso mordido del esfuerzo expresivo. La locura es sabiduría, visión definitiva y embriagadora.

Combinada la imagen de la poeta poseída con las de la madre que arrulla enloquecida y las demás mujeres, locas también, que dicen su demencia en el monólogo ensimismado, se obtiene una experiencia lírica de tremenda fuerza y dramática presencia. Esta combinación de imágenes de hablantes diferentes identificados en la demencia corresponde en parte a la de la persona de Mistral, la insinúa. Que la escritora haya sufrido hacia el final de su vida algunos trastornos mentales por razones de salud y experiencias dolorosas no explica ni interpreta el impacto estético de investir de locura a la hablante poeta y a sus máscaras; a propósito, estas disfrazan de arte la visión patética que enciende su estupor en el espejo. Quien existe para siempre es la figuración poética de una mujer, poeta y madre de loco apasionamiento.

Al final de su vida, llegando a la obra poética completa, Gabriela Mistral se pone la máscara de muerta, de espíritu liberado del mundo y en peregrinación final hacia la divinidad. Adopta como

alma en pena los rasgos predominantes que la definen como persona literaria: madre que protege al niño, poeta que muestra y canta el mundo, mujer que intercede por el débil. Las identificaciones básicas de madre y poeta reconocibles en toda su poesía se dan finalmente relacionadas, a punto de confundirse en una sola figura, concepción de sí misma como mujer intelectual y poeta, perfil único de una Gabriela Mistral de renombre, retrato lírico simplificador o estilizado.

El pseudónimo Gabriela Mistral nombra una figura literaria distintiva, creación lírica de una voz de varios timbres. La correspondencia entre autora y voz lírica es en el caso del fantasma, su figuración última, total y representa la culminación de un largo proceso de autogeneración característico de la labor literaria de escritora. La línea divisoria entre símbolos y representación mimética de una realidad y entre una voz auténtica del yo y una máscara poética se hace casi invisible en su obra, pero no por ello no existe. Mistral evita la confesión; si habla con afirmativa identidad lo hace no en su poesía y mayormente para justificar sus acciones públicas, para afirmar su carácter de intelectual atenta a cuestiones de su tiempo. Si hay autobiografía en sus escritos, es sumaria y está dictada por la voluntad de crear esa figura pública de renombre, la que lleva el sobrenombre literario de Gabriela Mistral, la inventada.

GRÍNOR ROJO

MISTRAL Y LA NIEBLA

El motivo de la niebla es una constante en la escritura de Gabriela Mistral. Neblina y niebla o, mejor dicho, neblina que puede llegar a ser niebla, en otras palabras, que puede adensarse e incluso cerrarse sobre sus poemas y, como espero tener ocasión de demostrarlo en las páginas finales de este ensayo, sobre ella misma. Ya es neblina y niebla en la serie de los «Poemas de las madres», de la primera Desolación, de los que Mistral afirma que fueron escritos «con intención casi religiosa» porque «la santidad de la vida comienza en la maternidad». Poemas como se ve programadamente marianos, pero en los que cuando uno menos se lo espera saltan liebres extrañas. Por ejemplo, en la mitad del segundo, donde impostando la voz de una campesina encinta Mistral escribe: «Miro las quiebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también». ¿Quién habla en estas frases?, ¿la campesina encinta que es la que acarrea a un infante nonato en su vientre y se supone que dice el poema, o la poeta que se esconde detrás de ella?, ¿la que con toda seguridad será madre mañana o la que modela o fantasea que modela a una hija (no a un hijo, sino a una hija) que puede ser y no ser y cuya materia prima es la niebla?

Y más tarde, en el poema duodécimo de ese mismo conjunto, volviendo ahora la mirada hacia la imagen pagana de la Tierra, que a Mistral se le aparece con «la actitud de una mujer con un hijo en los brazos» [...]: «Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira, también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas». Me pregunto otra vez: ¿quién habla aquí?

Todo esto en los poemas en prosa de la primera *Desolación*, los mismos que desaparecen de las ediciones posteriores de ese libro. No desaparece el motivo, sin embargo, ni tampoco muchas de sus concomitancias. «Recado sobre la Cordillera», un artículo de 1940, es un magnífico ejemplo. Cualquiera haya sido su motivación inmediata, aquí se halla tan disminuida que deviene negligible. Pareciera ser una visita de Mistral a la montaña, en las proximidades de la ciudad de los Andes, durante el segundo de sus retornos a Chile, en 1938, pero no es seguro que así sea y tampoco importa demasiado porque ese es solo un pretexto. En cambio, el punto de vista rememorante se impone desde el comienzo y controla los tiempos verbales consistentemente. En el principio: «En la zona próxima del padrazo Aconcagua vi alguna vez...»; en el centro: «he visto un grupo de arrieros cordilleranos volver por el valle de río Blanco...»; y, sobre todo, al final: «el despeño del agua y la ronda de los ecos, me sorprendía primero, me habituaba pronto y luego me hacía dormir...». Mistral se retrotrae de este modo a la cordillera de los Andes de sus «niñeces», a esa que no era «monótona» ni, según le testimonia su recuerdo, tiene nada de «la eternidad que le adjudican los textos».

Para ella los Andes eran en aquel entonces, y siguen siendo todavía, un organismo vivo, una «gran bestia bicolor», un «ictiosaurio tendido y huesudo», un «mastodonte», una «criatura temperamental». Respondiendo a su llamado, en «Recado sobre la Cordillera» afloja la mano y la deja correr sobre la página con un

ímpetu lírico que no suele permitirse en las prosas de encargo. De ahí que si las grandes nevadas la obligan a privilegiar en este genuino poema una metáfora del más alto vuelo, la que conecta el misterio de la Transfiguración de Cristo con el momento en que la cordillera de los Andes se cubre de blanco enteramente, el desfile fantasmagórico de las nieblas pequeñas lo que le sugiere es un cruce por cierto que no es del todo inaudito entre el folclore popular de ultratumba, las historias de aparecidos, y las rondas de niñas (recuérdense, sin ir más lejos, los «velorios del angelito»). El «escándalo del viento», el «cielo nítido», el estruendo de las «avalanchas» y la musicalidad de las «cascadas» colaboran al fin en el conjuro de esa realidad llena de energía que es la de la gran madre andina. Esto es lo que Gabriela Mistral no «ve» tanto, durante su visita a los Andes, que pudiera no haber durado más de unas horas, como «recupera» desde el almacén de sus recuerdos, y que los otros, aquí «los turistas», no ven ni pueden ver:

> Poco después del deshielo, o al atardecer, tras una siesta calurosa de mucha evaporación, las faldas medias de la montaña se llenan de una guiñapería errante, o de una procesión de almas en pena, o de grandes hálitos que suben de las cuchillas y de las quebradas. Los que hablan de la montaña amojamada parece que nunca vieron este cortejo de las nieblas bailar desaforadamente sobre las faldas. Alucina la fantasmagoría de esos vapores a medio hacerse y deformarse. La claridad del día o la vaguedad del crepúsculo se llena de «larvas» como diría el amigo ocultista.

Si en el poema duodécimo de los «Poemas de las madres», la madre montaña y la madre poeta, la segunda fundida líricamente con la primera, jugaban ambas con un niño (o una niña) hecho/a de niebla sobre las «rodillas», aquí la montaña y ella reciben en sus «faldas» a las «almas en pena», las que «suben» desde las «cuchillas» de la tierra y bailan «desaforada» y

«alucinatoriamente». Estas últimas acabarán siendo unas «larvas», es decir, en el lenguaje de las ciencias ocultas, las organizaciones elementales del espíritu, el «alma animal» o Kama Rupa (estoy citando nada menos que el *Glosario teosófico* de H. P. Blavatsky), unos seres inferiores, formas informes equivalentes a aquellas que circulan sin orden ni concierto por el plano astral.

Quedan pues claras no solo las superposiciones sino también los desplazamientos: la falacia patética en que incurre Mistral por medio de su fusión lírica con la cordillera y el desplazamiento estratégico desde los trucos de la bruma cordillerana hacia su propia práctica fabuladora. En ambos casos, la niebla es el engarce que amarra. La niebla que por una parte puede contribuir con la materia prima para la fantasía del hijo sustituto (ese que es y no es: porque «pudiera ser eso también», es decir, estar hecho de niebla y nada más, en los «Poemas de las madres») y que por otra (o tal vez por lo mismo) se convierte ahora en unos vapores huidizos, «a medio hacerse y deformarse», vapores que bailan como bailan unas niñas pero unas niñas que son en realidad almas en pena.

En *Tala,* aunque de paso, el motivo hace su aparición en la primera de las piezas del libro, en «La fuga», un poema acerca del cual yo me explayé con algún detenimiento en *Dirán que está en la gloria...* (Rojo [1997]). El material ideológico de este poema es de cuño maternalista de nuevo, pero su tesitura es onírica y está sujeta por lo tanto a las distorsiones que son propias de ese tipo de discurso, que como es bien sabido Freud exploró con largueza, y que Breton y sus amigos convirtieron en sustancia poética. Gracias a ella, o por su intermedio, lo que se pone de manifiesto en él es la relación profunda, ajena al maternalismo consciente, de la poeta con su madre. Contra todas las perogrulladas sentimentales que han circulado, circulan y circularán sobre Mistral, el vínculo entre madre e hija adopta en «La fuga» la forma de una persecución amorosa, pero sobremanera difícil, cargada con una conflictividad

y unas frustraciones que son las de una sujeto-hija para la cual la sujeto-madre constituye un modelo buscado y negado a la vez. En este escenario, que como digo bien poco es lo que tiene que ver con el ideologema apacible de la maternidad, la segunda estrofa nos habla de un comportamiento materno que no es precisamente el del deseo preedípico:

> Mas, a trechos tú misma vas haciendo
> el camino de juegos y de expolios.

Puede argumentarse aquí la incidencia de un mecanismo de atribución del despego propio al otro (o a la otra), eso es cierto. Pero, cualquiera sea el caso, la función que la niebla desempeña en esta escena sería la misma: la de encubrir al objeto del deseo. La niebla no genera en esta oportunidad una forma que no existe, sino que «disuelve» a una que sí existe o existió. Borra de la visión de la hija huérfana a su madre muerta, la que (y quizás no solo por eso) huye «por el rosario de los cerros»:

> Y otras veces ni estás cerro adelante,
> ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
> te has disuelto con niebla en las montañas
> te has cedido al paisaje cardenoso.

Un poco después, también en *Tala,* en otro poema no menos significativo, «El fantasma», nos topamos con los versos siguientes:

> y yo soy la rendida larva
> desgajada de otra ribera,
> que resbala país de hombres
> con el silencio de la niebla...

Larva y niebla unidas también en esta oportunidad, como antes veíamos en el «Recado sobre la Cordillera». Pero ahora la «larva» es ella misma, es la mujer poeta que desde la «otra ribera» se halla de vuelta en la tierra del origen, como una forma informe que recorre este «país de hombres» rodeada por el silencio de la «niebla». Nuevamente, estamos ante la niebla que oculta, aunque ahora no el mundo a la viajera sino la viajera al mundo.

Hay más en *Tala,* y siempre en poemas cruciales. Por ejemplo, en «Cordillera», cuando en ese «himno largo y ancho», de «tono mayor», Mistral se detiene, se regala a sí misma un merecido descanso y, en vez de proseguir con su denuedo culturalista, cantándole con toda la voz a la Cordillera madre de los pueblos de América, así con mayúscula, se recoge y habla, con sordina, de la cordillera propia:

> En los umbrales de mis casas,
> tengo tu sombra amoratada.
> Hago, sonámbula, mis rutas,
> en seguimiento de tu espalda,
> o devanándome en tu niebla,
> o tanteando un flanco de arca;
> y la tarde me cae al pecho
> en una madre desollada.

Montaña, niebla, madre y ruta, cuatro entidades que son esenciales en la poesía mistraliana desde muy temprano en su escritura, pero que ahora se estrechan como nunca antes. Conforman juntas un todo de significación que será el depositario de lo más conmovedor de su legado. Me refiero al legado de una búsqueda «sonámbula» y «trascordada» (estos vocablos son suyos, se repiten una y otra vez en el *Poema de Chile,* en *Lagar* y en *Lagar II*, y definen un cierto modo de ser y estar en el mundo, el

«de esta mujer que de loca / trueca y yerra los senderos, / porque todo lo ha olvidado, / menos un valle y un pueblo») por una unidad que se le escapa sin que ella nada pueda hacer. Persecución que en apariencia tiene lugar en el espacio externo, pero que en verdad es un buceo hacia adentro, escoltado siempre o casi siempre por la «niebla» que lo obstaculiza y confunde. Y lo mismo ocurre en «Cuatro tiempos del huemul» y en «País de la ausencia». El común denominador, en todos estos casos, es la pérdida del objeto amado, que se desmaterializa y desdibuja entre los vapores de la niebla. En «País de la ausencia»:

> Perdí cordilleras
> en donde dormí;
> perdí huertos de oro
> dulces de vivir;
> perdí yo las islas
> de caña y añil,
> y las sombras de ellos
> me las vi ceñir
> y juntas y amantes
> hacerse país.
>
> Guedejas de nieblas
> sin dorso y cerviz,
> alientos dormidos
> me los vi seguir...

Los buenos conocedores de la obra de Mistral saben que el puente entre *Tala* y el *Poema de Chile*, más que «Selva austral» y «Bío-Bío», que son dos textos que pertenecen al *Poema de Chile* pero que por alguna razón que yo desconozco fueron incluidos en la tercera edición de *Tala*, la de 1958, es «El fantasma». Es en este poema donde Mistral despliega por primera vez, plena y

definitivamente, la idea que da forma a su gran obra inconclusa: la del regreso a la patria como una imposibilidad real y una posibilidad imaginaria, el regreso de una mujer a la que nadie ve, pero que está ahí y «resbala», de norte a sur, a lo largo de un «país de hombres». Mistral vuelve a Chile, pero lo hace como las almas en pena, habiendo muerto «sin morir» y porque «Aunque lo dejé me tumba / en lo que llaman el pecho...». Y, claro está, en su recorrido la acompaña la niebla. Anoto solo tres momentos. El primero pertenece a «Despertar»:

> Dormimos. Soñé la Tierra
> del Sur, soñé el Valle entero,
> el pastal, la viña crespa,
> y la gloria de los huertos.
> ¿Qué soñaste tú, mi Niño
> con cara tan placentera?
>
> Vamos a buscar chañares
> hasta que los encontremos,
> y los guillaves prendidos
> a unos quiscos del infierno.
> El que más coge convida
> a otros dos que no cogieron.
> Yo no me espino las manos
> de niebla que me nacieron.

La dinámica genotextual del *Poema de Chile* se nos muestra cabalmente en esta docena de versos: vida y muerte constituyen las transmutaciones en el *Poema de Chile* de la vigilia y el sueño. El «despertar» es de un sueño a otro sueño y por eso es que las manos de Mistral no se «espinan» porque son manos de niebla, y así no entran en contacto directo con los «chañares» de una vida/vigilia dolorosa y que ella no puede ni tiene por qué tolerar. Lo explica

claramente en varios de los cuadernos que después de su muerte quedaron al cuidado de la Biblioteca del Congreso estadounidense y que reordenó y aprovechó Jaime Quezada en el volumen *Bendita mi lengua sea* (Mistral [2005a]). Por ejemplo, en esta anotación que es de principios de los años cincuenta: «Escribo un largo poema sobre Chile, aunque mi valle de Elqui es mi único Chile por ser mi infancia. Se llama *Viaje imaginario.* Ya van 70 estrofas y sé que me falta allí mucho que añadir de orden descriptivo, pero no debo alargarlo sino solamente corregirlo y ratificar algunos datos de la tierra austral que tengo borrados en mí: *lo escribo como quien sustituye un viaje que iba a hacer*...».

El segundo momento que me interesa destacar en el *Poema de Chile* aparece en «La malva fina». Copio aquí solo las estrofas siete y ocho:

> Ibas conmigo, sí, ibas
> y yo solo te seguía.
> Será cierto que no eras
> como la gente decía.
> Ya no te veo, ya va
> tragándote la neblina,
> tal como se fue la mama.
> Devuélvete no me dejes.
>
> Nada quedó, niebla andina
> y unas mujeres que gritan:
> ¡Era cierto, sí, era cierto!
> Y me van llevando ahora
> y gritan que yo las siga.

Los relevos de este poema son tres, y no creo aventurado indicar que esbozan una cronología: es la poeta que se le pierde de vista al muchachito atacameño que marcha a su lado durante la travesía

que escenifica el *Poema de Chile,* tragada por la «neblina», pareja esa primera que no tarda en metamorfosearse en la que observábamos en «La fuga», o sea en la de la mujer madre que se esfuma de la vista de la mujer hija que corre en pos de ella, y asimismo recurriendo a la ayuda mañosa de la niebla. Pero los desplazamientos no se detienen ahí. La estrofa siguiente reemplaza a esa segunda pareja por una tercera, que tiene sus antecedentes en «Salto del Laja» y que componen la poeta, envuelta esta por su propia niebla, y unas «mujeres» que le gritan, que la buscan y la llevan, porque «camina» aunque «no es».

El tercer momento no es propiamente un momento sino un poema completo. Me refiero ahora a «Niebla», ubicado casi al final del volumen (lo reedita Luis Vargas Saavedra en *Almácigo,* con muy pocas diferencias) (Mistral [2008]), cuando la mujer fantasma ha llegado hasta el mar austral de Chile y lo encuentra cubierto de niebla. Esta reaparece con algunos de los rasgos que ya habíamos observado en los textos anteriores: «tramposa», «ladina», «lerda», pero sobre todo «escamoteadora», origen por eso del «llanto» de quienes se convierten en sus víctimas. Mistral declarara conocerle «las trampas» porque ha sido testigo de ellas en la montaña. Cito solo las estrofas uno a tres:

> La niebla ha ido adensándose
> en forro azul-ceniciento
> y cegando el mar nos hurta
> la nidada de archipiélagos:
> hembra tramposa y ladina
> que marcha con pasos lerdos.
>
> Difumina a Chiloé,
> llega hasta Tierra del Fuego
> y trueca en malabaristas
> lomos de niño y de ciervo,

y mi bulto escamotea
solo porque lloren ellos.

Yo las trampas le conozco
de redondear el cerco
y hacer la «gallina ciega»
con el pastor o el arriero.
Ella ahora está jugándonos
a su sempiterno juego
y urde ballenas y pulpos
de un vago mar hechicero.
Nos da por bien ahogados,
perdidos y prisioneros,
aunque estamos bajo de ella,
como Dios nos hizo: enteros.

La apoteosis de todo esto sobreviene en *Lagar* y sobre todo en *Lagar II*, el volumen que se publicó póstumamente, en 1991. Son estos dos libros, como más arriba lo señalé, el espacio de la última estación de esta mujer que, después del suicidio de su hijo Juan Miguel, en Petrópolis, en 1943, parece fuera de dudas que no logró recuperarse. No quiero abusar de la información biográfica, pero las anécdotas que conciernen a su estado de espíritu durante esos últimos años proliferan y por lo común atribuyen su desorientación a una arterioesclerosis precoz, como lo hacen quienes nos cuentan acerca de sus *gaffes* diplomáticas de 1954, cuando el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo la invitó a Chile y la hizo víctima de lo que Jaime Concha ha caracterizado correctamente como una *infame tournée*. Entonces, Gabriela hizo y dijo de todo: se salió del libreto, se le cayeron los papeles al suelo mientras profería sus discursos oficiales, improvisó y habló de una reforma agraria que solo existía en la inescrutable realidad de su deseo. En su última época, es como si la poeta no residiera ya en este mundo (mi propio

argumento es que el mundo en que ella habita es el del *Poema de Chile* y que aun ahí lo hace en calidad de «fantasma»). El sujeto Mistral, construido en la adolescencia con dificultades enormes y mantenido durante el transcurso de su primera edad adulta con algo más de entereza, se desintegra o poco menos durante los pasajes finales de su vida.

La niebla, como era de esperarse, no solo no la abandona en esta circunstancia extrema sino que acrecienta su poder. Está presente en poemas notables, como «El costado desnudo» y «Memoria de la gracia», en *Lagar,* y «La que aguarda», «La remembranza» y «Acción de gracias», en *Lagar II.* Pero, muy especialmente, también en este último libro, la hallamos en una de sus máximas creaciones. Me refiero a «Electra en la niebla», un texto largo, de ciento y pico de versos, durante los cuales Gabriela convierte la escena idílica de la familia occidental, cristiana y burguesa en el espectáculo trágico que los griegos mejor que nosotros sabían que podía y solía ser. Porque, como la de los griegos, esta Electra que camina por los versos de «Electra en la niebla» es una hija renegada, que ha abjurado del vínculo materno, que ha hecho pedazos el contrato respectivo y que a causa de eso se ha quedado sin su «Patria», próxima a la Antígona del poema homónimo de *Lagar II*, y a «La que camina», en el primer *Lagar.* Es, además, ni qué decirse tiene, una mujer cuyo cuerpo surca el territorio del destierro rasgando una «niebla» que nada sorprendentemente ahora proviene del mar:

> Esta niebla salada borra todo
> lo que habla y endulza al pasajero:
> rutas, puentes, pueblos, árboles.
> No hay semblante que mire y reconozca
> no más la niebla de mano insistente
> que el rostro nos recorre y los costados.

Así, de esta manera, es decir siendo la Electra del poema mistraliano muy capaz de «mirar» cuanto pasa a su lado, «rutas, puentes, pueblos, árboles», no puede sin embargo «reconocerlo». Y esto es algo que le ocurre después del crimen de la madre, que la ha dejado «libre», «sin oír su grito», pero también «perdida», monologando a solas con un Orestes que está y no está junto a ella y que ha sido, como el del mito clásico, el autor material del matricidio. Electra es Orestes y Orestes es Electra: «Electra-Oreste, yo, tú, Oreste-Electra», es lo que confiesa a propósito de esto el verso veintiuno, reproduciendo un intercambio y una (con)fusión de papeles genéricos que ha concitado la atención de algunos críticos con agenda propia, pero cuyos intertextos más antiguos pudieran rastrearse en Eurípides.

Los versos catorce a dieciséis nos devuelven, por otra parte, a la dialéctica de la más problemática (y, por lo mismo, una de las menos aplaudidas) de las canciones de cuna. Estoy pensando en la «Canción de la sangre» y en la transmutación que allí acontece y aquí se reitera, la de la hija hecha de leche y que se torna, debido a su rebeldía, en una hija hecha de sangre: «Era mi madre, y yo era su leche, / nada más que su leche vuelta sangre».

Entre tanto, en el entorno brumoso convergen los diversos matices que configuran un ambular «sin rumbo» de la Electra asesina, no muy diferente del «trascordado» y «sonambúlico» de la poeta durante el crepúsculo de su existencia, «caminando» siempre, como si fuese un espectro, en las proximidades del mar, oponiendo así el vigor masculino del mar a la quietud femenina de la tierra (lo que reaparece en varios de los textos de las postrimerías, dicho sea de paso), rodeada siempre por el velo de la confusión, necesitada a cada paso de salir de esa cárcel vaporosa, aunque también a sabiendas de la implausibilidad de su deseo. A partir del verso ciento dos, la niebla aprieta y penetra:

O yo soy niebla que corre sin verse
o tú niebla que corre sin saberse.
—Pare yo porque puedas detenerte
o yo me tumbe, para detenerte con mi cuerpo tu carrera,
tal vez todo fue sueño de nosotros
adentro de la niebla amoratada,
befa de la niebla que vuela sin sentido.
Pero marchar me rinde y necesito
romper la niebla o que me rompa ella.

Es el triunfo definitivo de la niebla o, lo que es lo mismo, la derrota de cualquier tentativa de evasión mistraliana del destierro, la desmemoria y el desconcierto. La niebla se ha cerrado sobre el poema y sobre su autora y por eso el verso en que concluye la secuencia que yo acabo de citar no necesita aclaración.

ANA MARÍA CUNEO

GABRIELA MISTRAL: POÉTICAMENTE HABITÓ LA TIERRA

Durante largo tiempo, la mayor parte de los estudios acerca de la obra de Gabriela Mistral fueron realizados desde una perspectiva biográfica, especialmente aquellos que tenían por objeto su libro Desolación. Enfrentada a la petición de escribir sobre dicho libro, me encuentro con que no solo prima la perspectiva biográfica, sino que también en la tradición crítica predominan los estudios sobre Desolación. Debo confesar que por diversas razones mi acercamiento no ha sido fácil. Muchas veces he afirmado que cada obra trae consigo el modo de aproximación que resultará más adecuado. Con Desolación, pese a lo difícil que es renunciar a las metodologías teóricas normalmente utilizadas, tuve que abandonar prejuicios como, por ejemplo, el concepto de lo ficticio para el arte y tomar el riesgoso camino de la poesía impura, de la imposibilidad de separar en forma estricta poesía y vida. En mi libro Para leer a Gabriela Mistral de 1998 (Cuneo [1998]), me detuve largamente en este tema a propósito de Lagar, pero ahora pienso que el fenómeno es ya evidente en Desolación. Reconozco que es un

camino peligroso cuyo resultado será probablemente un comento más que un estudio.

La unión de poesía y vida atrae naturalmente a la escritura la presencia de hechos perfectamente reconocibles que pierden su identidad al ser elaborados por la conciencia del creador y transmutados en hechos poéticos. La referencia a lo real es algo presente en toda la obra de Mistral, un rasgo que caracteriza su escritura y que marca la diferencia con muchas otras escrituras poéticas.

Tomemos como ejemplo los «Sonetos de la Muerte» con que Gabriela se consagra en los Juegos Florales de 1914 y preguntémonos. ¿Cuáles fueron los hechos ocurridos que cuajaron en dichos sonetos? Intentar contestar esta pregunta nos coloca en el lugar adecuado para observar lo que ocurre. Hasta el presente sabemos que Lucila conoció a Romelio Ureta en 1906 en La Serena, donde él trabajaba en ferrocarriles. Poco tiempo después se encontraron en una pensión en La Cantera donde ella era maestra. Nada más se sabe acerca de la naturaleza de su relación, excepto que ella le guardaba sitio en su mesa. En noviembre de 1909 Ureta se suicidó por motivos de dinero. Años más tarde gracias a la publicación de las cartas a Manuel Magallanes Moure, nos enteramos en una del 20 de mayo de 1915 de un apasionado encuentro de Ureta con su novia, encuentro ¿real o imaginario? del cual Lucila fue ignorado y mudo testigo. El episodio relatado habría ocurrido hacía seis años y ella lo recuerda con dolor y rabia. En una carta anterior, probablemente de diciembre de 1914, dice a Magallanes: «Ud. no me conoce y no sabe qué ser absolutista, salvajemente egoísta fui cuando quise. ¡Si pedí a gritos a Dios que hiciera morir al que la vida me había arrancado, para infamarlo en brazos de una mala mujer».

¿Cómo resonó este hecho en Gabriela? Pienso que estas cartas no dan mayores luces sobre lo ocurrido en su vida real, pero sí

permiten asomarse a su modo de imaginar y sentir. Como corresponden a los años de escritura de su libro *Desolación* creo que estas «cartas de poetas», sirven para iluminar el paso que va de lo real al poema. Así hay en ellas objetividades creadas a partir de sucesos reales o de situaciones imaginadas. Las cartas se constituyen en el lugar donde el futuro objeto poético se «macera», se «cocina» para que se produzca la transformación. La escritora está trabajando con el lenguaje para hacerlo capaz de expresar.

Según Dulce María Loynaz en el Prólogo a *Poesías completas* (Mistral [1958]) sin el suicidio nunca se habría escrito *Desolación.* Creo que la afirmación es excesiva, pero sí es cierto, que este despertó en la autora sentimientos latentes de soledad y desesperanza. El artista ha transformado un hecho concreto, particular en algo de resonancia universal.

Lo enunciado en un poema es el despliegue de lo que hay en el alma del hablante. Son los hechos vividos o imaginados lo que resuena y que se hace espectáculo para otros. La conciencia se hace escenario, y las figuras y lo que a ellas ocurre son ella misma, que se entrega (como dice Gabriela en el «Voto», que cierra *Desolación)* para aliviar el dolor de su alma. En mi libro de 1998 sobre la autora (Cuneo [1998]), yo afirmaba que todo lo que existe en los poemas está sustentado por la conciencia en cuanto registro y memoria de lo ocurrido. Hoy corrijo mi postulación y afirmo que no es solo la memoria de lo ocurrido, sino también de lo imaginado. Gracias a la imaginación creadora del artista surgirán nuevos sentidos.

En 1943, año en que se suicida Yin Yin, Mistral afirma: «Parece que ahora solo puedo escribir (en poesía) las cosas estrictamente vividas. El arte puro no [...] voy viviendo en dos planos de manera peligrosa». Los poemas no se refieren a lo ocurrido estrictamente, sino a la elaboración que realiza la mente y el sentir de la autora. Lo que encontramos es realidad y fantasmagoría. Mirar *Desolación*

desde esta perspectiva se torna extremadamente difícil, porque en esta etapa la autora todavía no tiene dominio total sobre los medios para expresar su experiencia.

Desolación es resultado de un proceso escritural que se inicia en 1904 y se prolonga hasta 1922. Consta que Pedro Prado, Manuel Guzmán Maturana y Armando Donoso quisieron publicar sus poemas, pero ella no se decidía a entregarlos. De hecho, ya en 1915, la autora tenía en mente un libro, *Suaves decires* del cual da noticia la revista *Sucesos* en 1915. No me cabe duda que algunos de los textos de ese libro forman parte de *Desolación*.

En febrero de 1921 Federico de Onís, profesor de literatura española de la Universidad de Columbia y director del departamento de Estudios Hispanistas de la Universidad de Puerto Rico, dio una conferencia sobre la creación poética de Mistral ante un público compuesto por profesores y estudiantes de español. Los poemas leídos despertaron gran interés. Pero no había libros que Onís pudiera recomendar. De allí nace la idea de que el Instituto publicara sus poemas en Nueva York.

Los *Suaves decires* pasan al olvido y ahora el nombre es *Desolación,* desolación por los paisajes desolados del sur de Chile y por recoger un pasado doloroso para la autora.

Desolación está dividido en siete secciones Vida, La Escuela, Infantiles, Dolor, Naturaleza, Prosa y Prosa Escolar-Cuentos. Ya los títulos ponen de manifiesto una cierta incoherencia en la estructura y en los contenidos. Yo he dicho en algunas ocasiones que los textos de *Desolación* le fueron sacados a tirones a Gabriela. Implícitamente delatan cierta premura en la organización de los contenidos del libro. Premura que nace de tener que cumplir el requerimiento del Instituto de las Españas. Entre las secciones Vida y Dolor, que aparecen temáticamente cercanas, se ubica La Escuela e Infantiles. Y en las Prosas que entregan reflexiones sobre tópicos diversos, la maternidad, el arte, la espiritualidad, el hogar, entre

otros. Llama la atención que entre ellas se intercalen las canciones de cuna, cuya forma de expresión tiene la apariencia de textos en prosa, pero que están escritas según las normas tradicionales, con ritmo, metro y medida. El silencio versal es reemplazado por guiones. Entre ellas hay algunos notables y logrados poemas. Así, por ejemplo, «Meciendo» en el cual los diversos actos se enuncian en gerundio, que es la forma adecuada para nombrar las acciones que se mantienen en el tiempo. La forma de expresión es semiotización del sentido y enuncia el superlativo acto de mecer ejercido por el Padre-Creador. Desde la perspectiva de lo dicho es respuesta al poema que lo antecede «Yo no tengo soledad», poema en que se enuncia lo que provoca el desamparo de la vida humana. Desamparo que en «Meciendo» será exorcizado por un «Dios Padre sus miles de mundos —mece sin ruido sintiendo su mano en la sombra— mezo a mi niño».

Volviendo a una matriz básica de *Desolación*, la presencia del dolor y la angustia pueden explicarse por la experiencia de «ser para la muerte», que todo ser humano comparte cuando se hace consciente de su precariedad. La autora, adelantándose a la expresión teórica del existencialismo, expresa dicha indigencia en su libro de 1922. Así en el inicio del libro, en «El pensador de Rodin» se dice que «el Pensador se acuerda que es carne de la huesa» y que «el de morir tenemos». Pero junto a este sentir hay poemas en que se despliega la esperanza de ser contenida por un Dios que es Padre, por un Dios que se hace un hombre que comparte las angustias y vive las nostalgias humanas. Un existencialismo cristiano cercano a lo que más tarde postularán Gabriel Marcel o Enrico Castelli.

Sin embargo, Gabriela retorna en su escritura, constantemente a los estados de desánimo, tristeza y desesperanza. Pienso que esto ocurre porque la experiencia de precariedad es en ella incrementada desde una psicología que surge como dañada desde la infancia.

Apoyan esta afirmación, algunas cartas escritas en los años que corresponden a la etapa de creación de los poemas que formarán parte de *Desolación.* Hay algunos hechos ocurridos en la infancia y otros en su vida adulta que construyen, a causa de su extrema sensibilidad, un temple de ánimo desolado. Algunos de ellos, muy citados por los estudiosos, otros menos conocidos por su condición de experiencia íntima. Pienso que estas heridas se manifiestan en su constante mala salud a la cual se refiere reiteradamente en sus cartas. Pese a ello vivió hasta los 68 años (en una época en que la gente moría más joven).

En Mistral hay también un cierto regodearse en el daño que le ha sido inferido, unido a una interpretación negativa de muchas situaciones. Así, por ejemplo, se va de México por la envidia que despierta en sus colegas, pero allí recibió distinciones muy poco corrientes desde su llegada. Escuelas con su nombre, homenajes, agradecimientos y el regalo, por la tarea realizada, de su primer viaje a Europa.

En *Desolación* alcanza a incluir dos poemas evidentemente escritos en México «El Ixtlazihuatl» y el «Himno de las Escuelas “Gabriela Mistral”». También debe destacarse que gracias a su estadía en dicho país ella descubre sus raíces étnicas, «carne de Mitla ser mi casta», descubrimiento que sustenta la escritura de su gran poesía americana.

Martin C. Taylor en su libro *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral* (Taylor [1975]) afirma con toda razón que las expresiones de hostilidad contra ella hay que valorarlas a la luz de la evidencia de que Chile no la abandonó. Ganó los Juegos Florales de 1914. Fue directora de liceos. Por un acta especial del Congreso de Chile recibió una pensión a los 36 años. Representó a Chile en la Sociedad de las Naciones y fue cónsul en numerosos países en el extranjero. Y, posteriormente, en el lugar en que ella quisiera

radicarse. Un cargo diplomático que armoniza maravillosamente con su amor por el vagabundaje.

Dado lo postulado en esta reflexión, pienso que para penetrar en poemas que no son químicamente puros, puede ser de gran ayuda conocer los contextos escriturales coetáneos. Así, por ejemplo en el caso de Gabriela, el conocimiento de sus cartas, actividad que ella practicaba profusamente y la revisión de los artículos periodísticos de la etapa de la escritura de *Desolación*. Estos aportarían el conocimiento de sus preocupaciones culturales, sus lecturas, sus inquietudes intelectuales. Cosas importantes en su formación de escritora, pero las relaciones epistolares permitirán asomarse, además, a la interioridad del sujeto emisor. En ellas hay innumerables indicios de situaciones personales que han sido conservadas en la memoria. No es el momento de realizar una observación de estos contextos, pero sí cabe dejar constancia de su importancia. Ya se ha dicho aquí que las cartas son el ejercicio, el caldo de cultivo de la escritura poética. Un modo de soltar la mano. Un lugar en que maduran las experiencias, sensaciones y vivencias. La palabra comunicadora de la carta; y, en el caso de las cartas a Manuel Magallanes, la palabra del amor creado por la pura imaginación, la palabra que quiere expresar al otro su sentir. Es la palabra que va instalando al sujeto en la libertad que posibilita la expresión de un vivir alucinado y que al mismo tiempo lo mantiene contactado a lo real. Pienso que estas cartas son enormemente iluminadoras, «cartas de poetas» como las califica Mistral, en las que la carta deja de ser un acto de simple comunicación y se transforma en un objeto de creación. En su contenido está la expresión del amor, el gozo de la naturaleza, el dolor, el olvido, la soledad, la angustia y el abandono. Matrices de sentido reiteradas en *Desolación*. Es en estas cartas de «poetas» que se puede vislumbrar una tragedia. Tragedia que se oculta bajo múltiples disfraces en los poemas y que se materializa en el hoy del sujeto,

en el rechazo que experimenta cuando se ve enfrentado a las expresiones del amor físico.

> Verdad es, Manuel, que tengo de la unión física de los seres imágenes brutales. Cuando hablemos tú justificarás esto que tú llamarás una aberración mía. Pero te creo capaz de borrarme del espíritu este concepto brutal, porque tú tienes, Manuel, un poder maravilloso para exaltar la belleza allí donde es pobre, y crearla donde no existe. A través de tu habla apasionada y magnífica, todas las zonas del amor, me parecen fragantes e iluminadas. Tu esfuerzo es capaz, creo, de matarme las imágenes innobles que me hacen del amor sensual cosa canalla y salvaje. Tú puedes hacerlo todo en mí, tú que has traído a mis aguas plácidas y heladas un ardiente bullir, una inquietud enorme y casi angustiosa a fuerza de ser intensa. Gracias por tu promesa de eliminar toda violencia, todo apresuramiento odioso en el curso de este amor. ¡Gracias! (Mistral [1978a], carta XVII).

Este texto tiene una nota que cita palabras de Laura Rodig en su artículo «Presencia de Gabriela Mistral» que dice: «A los siete años tiene un choque físico y moral que no es posible describir en pocas líneas». Laura Rodig, sin lugar a dudas por delicadeza, no ahonda en la confidencia que en alguna ocasión le habría hecho Gabriela Mistral.

A esta fuente de dolor es necesario agregar la angustia que significa haber vivido a tan corta edad y en esa época, un hecho tan difícil de compartir. Pienso que una experiencia de este tipo repliega al niño sobre sí y lo hace experimentar una enorme soledad. Se siente marcado por algo que lo hace distinto y en alguna medida culpable. Nunca se produjo la sanación de la herida infantil, y su daño no fue jamás completamente superado. La herida reaparece constantemente en la excesiva presencia del dolor, la angustia, la seguridad de no poder ser amada, en las reiteradas imágenes de muerte. En definitiva, en un prefigurar un destino siempre amenazante.

Otro acontecimiento al que estas cartas permiten acercarse es a los sentimientos que surgieron en ella a partir del suicidio de alguien que le había sido cercano y probablemente amado. Reaparece también en la lectura pesimista de las actitudes de los otros y en los rencores como su «yo nunca olvido», cuarenta años más tarde en Vicuña junto a la tumba de doña Adelaida Olivares, la maestra que la calificara de ladrona.

En el texto en prosa que cierra *Desolación* dice Gabriela:

> Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura, me lo perdonen también.
>
> En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como la hondonada sombría y por laderas más clementes subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón; cantaré como lo quiso un misericordioso, para «consolar a los hombres». A los treinta años, cuando escribí el «Decálogo del Artista», dije este Voto.
>
> Dios y la Vida me dejen cumplirlo en los días que me quedan por los caminos...

«Voto» es un texto en prosa que en primera instancia no pertenece al estatuto de la mímesis, es un documento inequívoco respecto de la concepción del poema como acto purificador que deja al hablante en situación de cantar otro tipo de palabras, unas palabras que nacerán después de ser iluminado por una ancha luz que viene de lo alto. Los poemas del libro *Desolación* cumplen la función de purificar el alma del dolor de la vida humana («la canción se ensangrentó para aliviarme»). El hablante de dichos poemas durante largo tiempo tuvo como lugar existencial una «hondonada sombría», un espacio en que no hay esperanza eficaz, en que la visión y nostalgia de lo trascendente no es capaz de vivificar la vida humana. Etapa de purgatorio tras la cual el hombre

podrá ascender por «laderas más clementes» a las «mesetas espirituales». En la analogía, es en este ámbito donde tiene cabida el oficio, el trabajo que acompaña a la tarea creadora, trabajo al cual la autora otorga una importancia fundamental. Las mesetas en el contexto de la obra de la Mistral son el ara, el altar amplio del sacrificio. Las mesetas andinas son la piedra santa a través de la cual se produce el contacto. Lugar adecuado para que se conceda el don. El don es «ancha luz» que «caerá, por fin, sobre mis días». El «Voto» se estructura como un ritual de sacrificio, es la expresión lingüística de un acto litúrgico. El hablante cantará «desde ellas (las mesetas) las palabras de la esperanza». Esto es claro anuncio de la existencia de otra forma de canto en una etapa posterior. Voto —la palabra que titula este escrito— significa promesa religiosa por medio de la cual un hombre se compromete a una forma de acción futura que consiste, en el texto que comento, en cantar las palabras de la esperanza, en ser un profeta que hable al hombre de su destino trascendente. Lo que será dicho, no es algo definitivo, ni una certidumbre, sino un esbozo intuido de un bien deseado, bien al cual no se aspira por cumplimiento personal en soledad, sino en la comunidad humana. No es algo que se obtiene como resultado de una acción propia, sino algo que se recibe. Lo que el hombre pone es la disponibilidad para que ello ocurra. Por lo tanto, no todo en *Desolación* es dolor, soledad y muerte. También están anunciadas, adelantándose al «Voto», las palabras de la esperanza. Están textualmente en poemas como «Palabras serenas» y «Elogio de la canción» de la sección «Vida»; y, en forma implícita pero evidente, en las rondas de niños y las canciones de cuna. La salvación del sujeto es algo que ocurre en un lugar especial «las mesetas espirituales». Mesetas, porque es una mujer que vivió en su infancia rodeada de cien montañas o más. Allí «una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días».

La búsqueda de lo Otro aparece en el período de *Desolación* a través de teosofía, budismo o cristianismo. Nunca vividos con una entrega total, nunca en forma absolutamente ortodoxa, porque ella confiesa no haber olvidado jamás a «mi Señor Jesucristo».

Apoyándose en las imágenes de un Dios que es Padre y en un Cristo que está sometido a la precariedad, al igual que cualquier ser humano, es posible expresar la tensión trascendente como un existencialismo cristiano. El destino humano no es la muerte o la nada, sino la recepción de un don de sentido que es algo dado, que es ancha luz, que como dice Heidegger en *Arte y poesía*, atravesando la espesura del bosque devela el ser del ente.

MAURICIO OSTRIA GONZÁLEZ

RELEYENDO *TERNURA*

A mi madre

Se ha convertido en un lugar común el considerar que la figura de Gabriela Mistral y su poesía han sufrido una lastimosa distorsión a causa de las erradas, incompletas, simplonas o prejuiciadas lecturas que se han hecho de sus textos y de su andar por el mundo. Tanto sus actitudes y opiniones, como sus poemas y prosas han devenido en el proceso cultural chileno en la construcción de un ícono desabrido, ya de la soltería solitaria y huérfana, ya de la maternidad frustrada o la abnegación de la maestra que sublima su angustia escribiendo poemas. A pesar de que en las últimas décadas se ha escrito un número considerable de excelentes estudios referidos a su obra, sigue prevaleciendo entre nosotros una imagen sesgada, fundada en lecturas escolares y en uno que otro poema de despechado amor, incongruentes con un Premio Nobel, del que todos nos jactamos.

En ese desolador panorama, producto de la ignorancia y la desidia intelectual, tal vez el libro peor leído de Gabriela Mistral sea Ternura. Es también el más descuidado por la crítica, salvo

notables excepciones. Su difusión parcial y temprana en libros para niños, su lectura casi exclusiva en recintos escolares lo dejaron ahí anclado en la escuela primaria, como el catecismo congelado en la infancia, que es inservible para la vida adulta. El marbete de libros para niños, poemas infantiles o versos escolares al que, de algún modo, contribuyó el subtítulo de la primera edición de 1924 (*Ternura: canciones de niños*), favoreció la lectura desaprensiva y poco atenta e impidió que el poemario fuera tomado en serio, o exactamente como lo que es: poesía sin adjetivos... Y esto no porque sea malo que los niños lean o reciten poemas (todo lo contrario), sino porque esas lecturas no crecieron ni se hicieron adultas, a la par que sus entonces pequeños lectores.

La propia Gabriela Mistral advirtió el sesgo con que habían sido interpretados los poemas de *Ternura*, y modificó el subtítulo en la segunda edición de 1945 («casi escolares»). Todavía más, ahora —según señala, por petición del editor— añade un «Colofón con cara de excusa», en el que explica con lucidez certera la naturaleza, función y sentido del poemario. Caracteriza a la canción de cuna como un género de poesía que representa «un coloquio diurno y nocturno de la madre con su alma, con su hijo y con la Gea». Y hablando de su sentido, comenta que se trata de poemas «que la madre se regala a sí misma y no al niño que nada puede entender». Por último, en cuanto a su función, precisa que «las hice mitad por regusto de los "arrullos" de mi infancia y mitad por servir la emoción de otras mujeres —el poeta es un desata-nudos y el amor sin palabras nudo es, y ahoga». Se trata, pues, que duda cabe, de una expresión de amor a los niños y de nostalgia por su propia niñez («no perdí el "arrullo" de los dos años: me duermo todavía sobre un vago soporte materno»). Pero, además, los poemas de *Ternura* (como toda poesía) constituyen una forma de expresión imaginaria a través de la que el poeta sueña y ensueña: «En el sueño he tenido mi casa más holgada y ligera, mi patria verdadera,

mi planeta dulcísimo. No hay praderas tan espaciosas, tan deslizables y tan delicadas para mí como las suyas». Y por eso: «Algunos trechos de estas canciones —a veces uno o dos versos logrados— me dan la salida familiar hacia mi país furtivo, me abren la hendija o trampa de la escapada [...], «en tal o cual palabra, el niño y yo damos vuelta la espalda y nos escapamos dejando caer el mundo, como la capa estorbosa en el correr...». Queda claro, pues, que se trata de textos para las madres (los pequeños no saben leer) y para todos quienes se identifican en el amor a los niños y que recuerdan su propia infancia como un espacio y tiempo dichosos.

Las reflexiones mistralianas concluyen advirtiendo acerca de la profundidad del lenguaje de los niños y de las dificultades que supone este género de poesía: «continúo escudriñando en el misterio cristalino y profundo de la expresión infantil, el cual se parece por la hondura al bloque de cuarzo magistral de Brasil, porque engaña vista y mano con su falsa superficialidad». En este sentido, el trabajo creativo, poético que lleva a cabo Gabriela Mistral, en procura de sugerir la lengua infantil no puede confundirse con las canciones y las rondas tradicionales y folclóricas: «Estas canciones están harto lejos de las folclóricas [...] el folclore es, por excelencia, la literatura de los niños». En cambio, los poemas de *Ternura* tienen múltiples destinatarios (no solo los niños, como queda dicho), y por eso, son susceptibles de plurales lecturas capaces de construir diversos sentidos.

La temática y el tipo de composición poética que configuran *Ternura* acompañan a la poeta desde el principio; existen manuscritos y publicaciones de versos y artículos a partir de 1912, algunos de los cuales pueden considerarse borradores o «ensayos» de los que se incorporarán al libro: por ejemplo, el borrador de «Dulzura» y los manuscritos de «Piececitos», «Himno al árbol» y «Caperucita Roja» datan de 1917. En carta a Eduardo Labarca de

1915, Gabriela Mistral anunciaba: «A mediados del presente año publicaré un volumen de versos escolares». Como lo recuerda Jaime Quezada, «El ángel guardián» fue el primer poema publicado en el extranjero, en 1913 (nada menos que en la revista *Elegancias*, que entonces dirigía Rubén Darío). Catorce canciones de cuna —curiosamente escritas en prosa— y veintisiete textos de la sección «Infantiles» de *Desolación* (1922), pasarán a formar parte de *Ternura*. Tal vez por esto, es que Jaime Concha estima que el libro es en gran medida «un desprendimiento» de *Desolación* (Concha [1987]). En la edición de 1945 se incluyen igualmente poemas publicados antes en *Tala* (1938); asimismo, en *Lagar* (1954) encontramos «Jugarretas» y «Rondas» y en *Poema de Chile* (1967), algunos textos que, por su estructura y sentido podrían pertenecer a *Ternura*. El propio diálogo de la hablante con el niño que vertebra aquel libro sintoniza perfectamente con los coloquios de este. Aun en la presentación de *Almácigo* (Mistral [2008]), poesías inéditas de Gabriela Mistral, Luis Vargas Saavedra advierte que existe material suficiente para formar un nuevo libro *(¿Ternura II?)* con «Rondas y Canciones de cuna». En suma, no hay duda de que este género de poesía gozó de la especial predilección de su autora y que ella lo ejercitó continuamente a lo largo de unos cuarenta años. No en vano confiesa en el aludido «Colofón»: «Sigo escribiendo “arrullos” con largas pausas; tal vez me moriré haciéndome dormir, vuelta madre de mí misma, como las viejas que desvarían con los ojos fijos en sus rodillas vanas». Con perspicacia matemática, Grínor Rojo sostiene que la suma de este tipo de textos constituye más del diez por ciento de la producción poética mistraliana. Y es que parece que la escritura de este género de poesía, estas «meceduras orales» practicada con tanta asiduidad producía a Gabriela Mistral un gozo espiritual extremo tal que conseguía sacarla de las fastidiosas tareas rutinarias y la purificaba de dolores y cuitas: «Cuando he escrito una ronda infantil, mi día

ha sido verdaderamente bañado de gracia, mi respiración como más rítmica y mi cara ha recuperado la risa perdida en trabajos desgraciados. Tal vez el esfuerzo fuese el mismo que se puso en escribir una composición de otro tema, pero algo, que insisto en llamar "sobrenatural", lavaba mis sentidos y refrescaba mi carne vieja». Es tan satisfactorio tal ejercicio poético que llega a ser el preferido de Mistral: «Les parecerá extraño, pero entre todos mis trabajos, el que prefiero es una pequeña canción de cuna que escribí con el título de "La pajita". Debe de ser porque yo siento un profundo afecto por esta clase de poesía» (entrevista de 1945).

Ternura es pues un proyecto continuo, un libro que se está escribiendo y reescribiendo, haciendo y rehaciendo, reordenando, corrigiendo siempre; más que un libro es un tipo de poesía que cumple una función muy especial en el conjunto de la escritura mistraliana. En trabajos anteriores, he caracterizado a esta escritura como la expresión de una conciencia escindida que aspira a la unidad; configurándose así una visión dolorosa, la huella de una lucha irregular, asimétrica entre polos o valores positivos y negativos, conflicto en que el principio de lo real (el sufrimiento, el despojo, la fragmentación, la ruptura, la separación, la muerte) tiende a imponerse sobre el principio del placer (el gozo, la posesión, la unidad, la fusión, el retorno, la vida). Se trata, en suma, de un dualismo agónico, donde se sufre la enemistad, la oposición de los principios en pugna y donde la posibilidad de complementación sintética es ilusoria, solo posible como fantasía, como sueño, como proyecto entre el mito y la utopía, finalmente, como escritura poética: «materia alucinada», llamó, precisamente, Gabriela Mistral al poema. Es, quizá, esta función conciliadora (salvadora) la que representa privilegiadamente el conjunto de los poemas de *Ternura*, ya a partir de su título. Este género de poesía que expresa y figura la delicadeza, la gracia, el juego, la fantasía, la pureza, la gratuidad, el animismo de la naturaleza, lo sobrenatural y

trascendente, la belleza inaugural, el amor necesitado de protección de hijo y madre, parece revincular a la hablante con los aspectos más amables de su existencia: su relación amorosa con los niños, el hacerse ella misma niña, ensimismada en la recuperación de su propia infancia. Al condensar todos estos contenidos en poemas que parecieran ser escritos solo para niños, Gabriela Mistral consigue comunicar su «amor balbuciente, el que tartamudea [...] el amor que más ama». Así lo comenta en carta a Eugenio Labarca: una poesía «más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas del corazón: más estremecida de soplo de alma».

Esto no quiere decir que *Ternura* esté exenta del dualismo agónico que caracteriza la escritura mistraliana, solo que el polo positivo es aquí, excepcionalmente, el dominador: «Cuando yo te estoy cantando, / en la Tierra acaba el mal» («Suavidades»); «¡Es una maternidad / que no me cansa el regazo, / y es un éxtasis que tengo / de la gran muerte librado!» («Niño mexicano»); *«Matamos a la muerte / que baja en gavilán, / braceando y cantando / la ola del pan»* («Ronda de segadores»); «Corro de las niñas / corro de mil niñas / a mi alrededor: / ¡oh Dios, yo soy dueña / de este resplandor! [...] ¡el corro era un solo / divino temblor! [...] ¡mi corro de niñas / ardiendo de amor!» («El corro luminoso»); «Doña Primavera / de aliento fecundo, / se ríe de todas / las penas del mundo...» («Doña Primavera»). Pero *Ternura* es un libro complejo y la agonía dualista que desgarra la escritura mistraliana no deja de estar presente. Recuérdense poemas como «Canción de Virgo», «Canción amarga», «Niño rico», «Canción de la sangre» (que Grínor Rojo estima como el más representativo del doble discurso de *Ternura)*, «Ronda de la paz» (que ha analizado con gran pertinencia Jaime Concha en Concha [1987]), «Ronda del arco iris»: «Mirando hacia lo alto / todas ahora están, / una mitad llorando, / riendo otra mitad»); «Ronda de la Ceiba ecuatoriana»:

«Damos una y otra mano / a las vivas y a las muertas, / y giramos y giramos / las mujeres y las ceibas...»); «Ronda del fuego»: «Flor en tierra no sembrada, / flor sin árbol, flor sin riego, / el tu amor está en la tierra / y el tu tallo está en los cielos»; «¡Que no crezca!»: «nacen y no crecen / el Sol y las piedras, / nunca maduran / y quedan eternas. / En la majada / cabritos y ovejas, / maduran y se mueren: / ¡malhayan ellas!»; «El aire»: «¡Ay!, le rompemos sin romperle; / herido vuela sin quejarse, / y parece que a todos lleva / y a todos deja, por buenos, el Aire...»); «Alondras»: «Y en este aire malherido / nos han dejado llenos de ansia, / con el asombro y el temblor / a mitad del cuerpo y el alma...»; «Nubes blancas»: «Y una vez los vellones nos trata con amor, / y con furia otra vez»; «Himno al árbol»: «Árbol hermano, que clavado / por garfios pardos en el suelo, / la clara frente has elevado / en una intensa sed de cielo»; «El Himno cotidiano»: «Ame mi gozo y mi agonía...»; etc.

La tensión que genera la presencia —explícita o tácita— de lo ominoso: la ruptura de la armonía por la conciencia dolorida de la escisión (observada desde distintas perspectivas por Bernardo Subercaseaux, Jaime Concha, Grínor Rojo, Ana María Cuneo) se expresa a través del miedo y la aprehensión de la hablante-madre y de la amenaza de invasión del espacio-tiempo propios de madres y niños por el mundo externo y el tiempo de la adultez y las consecuentes experiencias de perdida. Así, por ejemplo, en «Hallazgo»: «Me encontré este niño / cuando al campo iba [...]. / Y por eso temo, / al quedar dormida, / se evapore como / la helada en las viñas...»; o en «Apegado a mí»: «Yo que todo lo he perdido / ahora tiemblo de dormir. / No resbales de mi brazo: / ¡duérmete apegado a mí!»; o en «Canción de Virgo»: *«Un niño tuve al pecho / como una codorniz. / Me adormecí una noche; / no supe más de mí. / Resbaló de mi brazo; / rodó, lo perdí»*. O en «La madre triste»: «Duerma en ti la carne mía, / mi zozobra, mi temblor. / En ti

ciérrense mis ojos: / ¡duerma en ti mi corazón». También en «Me tuviste», «Canción amarga», «Botoncito», «Semilla», «Canción de la muerte», «Que no crezca», «Miedo», «Devuelto», «La nuez vana» y muchos otros textos.

Aunque no se puede negar (Grínor Rojo se ha explayado con profundidad y persuasión al respecto) la coexistencia de discursos contrapuestos (uno que expresa la dicha de la infancia a través de una semántica vital, y otro, el dolor de la adultez, mediante signos de muerte), parece que el dominio —en *Ternura*— de la ensoñación infantil y poética inclina la dialéctica nocional y discursiva en favor de la visión sanadora y salvífica («el hombre no tiene más cura que esta agua remansada y verde que es la Gea», sostiene Mistral en carta a Gabriel Méndez Placarte). Me parece ver en «Fuego», uno de los poemas más bellos del libro, el emblema de esa tendencia positiva: «Es el Fuego que mataría / y solo sabe solazarte. / Salta en aves rojas y azules; / puede irse y quiere quedarse. / En donde estabas, lo tenías. / Está en mi pecho sin quemarte, / y está en el canto que te canto». Es justamente el pecho de la madre hecho canto (poesía) el que asume la dinámica ígnea («aves rojas y azules»), neutralizando sus posibles efectos de dolor y muerte (puede irse y se queda; mataría pero solaza). Esto quiere decir, además, que el universo materno y por tanto femenino de *Ternura* atrae hacia sí y materniza las fuerzas masculinas (no solo convirtiendo al hombre en niño, sino haciendo que el viento, el río, las montañas, el fuego y hasta Dios asuman la función de mecer (propia de las madres) y de danzar (propia de las niñas, en el contexto del libro).

Las canciones de cuna y las rondas constituyen, quizá, las composiciones más representativas del libro (treinta y tantas canciones, y veinte rondas). Ambas están estrechamente vinculadas a la música y a la danza, a la poesía tradicional y popular, a la lengua oral y a una visión campesina del mundo. Pero entre ellas

hay claras diferencias: La mayoría de las canciones se configura como apóstrofes (se enfatiza la relación yo-tú); las rondas como enunciaciones (tercera persona); las canciones se organizan como coloquios de la madre con su hijo o soliloquios de la madre consigo misma; las rondas configuran una voz plural (un coro infantil) y un movimiento solidario. Las canciones son nocturnas: «... los que viven en vela, saben bien que la noche es persona plural y activa» («Colofón con cara de excusa»); las rondas, vespertinas: «la contemplación de una tarde —la hora pura por excelencia— limpia la pupila de las fealdades del día» («La tierra y los jardines»); las canciones tienden a la fusión total de madre e hijo (casi siempre varón) en una atmósfera de profunda simpatía con la tierra y el cielo, mas en la intimidad de un hogar celosamente acotado; las rondas, integran un grupo de niñas que bailan en espacios abiertos, naturales sin fundirse necesariamente con ellos; las canciones son meceduras que tienden al recogimiento, al susurro y al silencio y culminan en el sueño; las rondas son bulliciosas y alegres y, en tanto danzas, plenas de movimiento. Las otras composiciones («Jugarretas», himnos, plegarias, romances, «Cuentos», «Casi escolares» o las reunidas en las secciones «La desvariadora» y «Cuenta-Mundo» manifiestan una cierta heterogeneidad, tanto respecto de los sujetos hablantes y las actitudes líricas, como en relación a las formas versales y estróficas (se prefieren las cuartetas octosílabas asonantadas). Asimismo, son variadas las temáticas y los temples anímicos, que van desde la expresión lúdica y graciosa de las jugarretas hasta el patetismo de poemas como «Piececitos» o «Plegaria por el nido»; desde los inspirados cantos materiales («El Aire», «La Luz», «El Agua», «Fuego») hasta textos más bien pedagógicos. Sin embargo, todas estas composiciones sintonizan con el temple dominante en el poemario y algunas de ellas podrían sumarse a las canciones o rondas (casi todos las reunidas en «La desvariadora», varias de «Cuenta-Mundo» y «Casi escolares»).

Los poemas de *Ternura* se construyen con imágenes de infancia permanente, en el sentido explicado por Bachelard (Bachelard [1982]): imágenes de la soledad impregnadas de ensoñación, que hacen ver el mundo en sus primicias: «El mundo es muy bello en esas horas en que no pasa nada» y a la vez muy amado. En ese estado todos los arquetipos (el fuego, el aire, el agua, la luz, la tierra) se manifiestan en tanto «cosmos exaltado» y se vinculan raigalmente con el ser humano en una profunda y feliz comunión: el mundo exterior es un aspecto del ser interior: el cielo, la tierra, sobre todo la tierra («Era yo lo único mudo en medio de la tierra dichosa. Pero ella iba poco a poco entrando en mí, comunicándome su palpitación inmensa» (*La noche del trópico*) y todo lo que existe se maternaliza (o se hace niño) en el sentido mistraliano: vive por y para el niño que es ella misma: «Voy conociendo el sentido maternal de todo. La montaña que me mira también es mi madre»; «Árbol que no eres otra cosa / que dulce entraña de mujer, / pues cada rama mece airosa / en cada leve nido un ser» («Himno al árbol»); «El surco está abierto, y su suave hondor / en el sol parece una cuna ardiente» («Echa la simiente»); «Yo no solo fui meciendo / a mi niño en mi cantar: / a la Tierra iba durmiendo / al vaivén del acunar» («Noche»)... Se suscita así una percepción animista de la existencia, una gran conciencia en la que todo existe y se interrelaciona. Porque en la raíz de esa contemplación expresada en poesía hay una fuerza que permite aceptar la vida con todas sus contradicciones íntimas: «síntesis sentimental de los contrarios» (otra vez, Bachelard), en el instante imaginario, devenido en palabra. Como expresiones de la vida humana, las palabras evocan en sus diversas significaciones los aspectos luminosos y oscuros de la existencia. Esta doble naturaleza de las cosas se encuentra en forma de lucha entre dos tendencias contrarias que en la evocación de la infancia se anulan, se neutralizan a favor del goce de la plenitud recuperada o ensoñada. En *Ternura*, la poeta se hace

madre que deviene hijo, pero sobre todo hija que deviene madre. En el mundo ensoñado de sus poemas, ella vuelve a ser niña, pero al asumir las palabras, el canto de la madre recordada, se convierte también en su propia madre y en el canto de su madre: «En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo [...] no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti...»; «madre, yo he hecho las canciones de cuna tuyas y ninguna otra cosa más quisiera hacer» («Recuerdo de la madre ausente»).

ADRIANA VALDÉS

TALA: DIGO, ES UN DECIR

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae...
César Vallejo

No me muevo de aquí donde esta ella,
en su libro [...]
Escuchémosla hablar, roto el silencio
no atinaremos a llamarla ausente.
Enrique Lihn, «Elegía a Gabriela Mistral»,
La pieza oscura (1963)

Gabriela Mistral publicó Tala en 1938 para «tener algo que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos». Así lo dice en «Razón de este libro». Era un momento en que los ojos del mundo, y la escritura de los mayores poetas hispanoamericanos (Vallejo, que murió ese mismo año, y Neruda), estaban fijos en el drama que se desarrollaba en España. A ese drama se le deben poemarios tan decisivos como España, aparta de mí este cáliz y España en el corazón.

Como los niños, dispersados y «desmigados», también los poemas de Tala son «lo disperso y lo aventado», reunidos en el momento en que tuvo «el sosiego largo» que antes le faltó para juntarlos. «Versos de doce años», escribe a Victoria Ocampo en 1937. También dice haberlos «dejado para las Calendas, por dejadez criolla».

Una recopilación, entonces, más que el proyecto de un libro estructurado; y si bien su publicación fue motivada por «los niños españoles dispersados», no es, como los libros de Vallejo y de Neruda, un libro dedicado a los efectos de la Guerra Civil. Recoge distintos momentos. Lleva incluso, en palabras de la autora, «un pequeño rezago de *Desolación*». Solo eso: porque *Tala* hace, de Gabriela Mistral, una voz poética distinta a la percibida hasta entonces. Y con ello desorienta y defrauda a varios de sus entonces defensores en el ámbito chileno, del que ya ella había escapado en 1922 y más definitivamente en 1925.

Para introducir sin más el tema de este ensayo, *Tala* hace aparecer no solo «el rezago» a que ella se refiere, sino varias otras voces poéticas nuevas en su obra —un desfile de voces que se constituyen y se autodestruyen— lo que contradice las expectativas que entonces se tenían. Y no solo estas expectativas, hoy leídas por nosotros en el contexto de los prejuicios a veces cómicos del pasado. También las percepción generalizada, hasta hoy, de Gabriela Mistral como un ícono divinizado hasta el ridículo, en una «leyenda blanca» (Grínor Rojo) que risueñamente la poetisa llamaba «organdí». Esta ha conspirado en contra de una consideración más seria y problematizada de su escritura, que ella misma exige, hasta con aspereza; basta leer sus cartas a Victoria Ocampo, donde abomina del tono de los homenajes escolares que se le rinden en Chile.

La visión de esta Mistral más fiera, y también más precaria y más cambiante, se viene dando en nuestro país desde los años

ochenta, muchas veces con gran potencia crítica. Este ensayo, que retoma una reflexión mía de 1989, se ubica en esa corriente. Debe ser breve, y se centrará por lo tanto en la lectura directa del libro *Tala,* y de lo que me parece más polémico en él, desde una mirada actual. Tras esa lectura, «no atinaremos a llamarla ausente». O eso es, al menos, lo que me propongo.

> Te olvidaste del rostro que hiciste
> en un valle a una oscura mujer...

El «rezago de *Desolación*» que contiene este libro está sobre todo en la sección «Muerte de mi madre». La versificación se aparta poco de los ritmos del libro anterior, y es de las más regulares y rítmicas, en un sentido tradicional, que ofrece el libro. Se ubica en paisajes de montaña asimilables al valle de Elqui, lugar de residencia de la madre, aunque estos se hayan vuelto fantasmales, aunque sean ahora solo los paisajes del deseo y la memoria de la hija ausente, combatidos por el avance inexorable del tiempo y de la muerte.

El encuadre de estos «Nocturnos» no se aleja del todo de una *Desolación* que tiene, como fiel testigo del sufrimiento y como último juez, a un Dios personal, a veces el castigador Jehová, a veces el Cristo contaminado de compasión por lo humano. El espectáculo del dolor tiene algo esencial: un espectador. Y una escena estable, que es una escena rural, la del valle, donde se establece la red de relaciones sociales que fundamenta un sentido de pertenencia. Es más: «un rostro», hecho nada menos que por Dios.

Clamar al cielo, eso es lo que hace la voz de *Desolación,* y lo que de ella se prolonga, a modo de rezago, en *Tala.* La expresión no es inocente. Que Dios haya hecho un rostro a «una oscura mujer» no significa que responda a su clamor, que se haga cargo de

su desgracia: «Dios quiere callar», dice el poema «Balada», en *Desolación*: «Habrá cielos dulces. / (Dios quiere callar). / ¡Y él irá con otra / por la eternidad!». Dios se olvida del rostro que hizo; no se hace cargo de su dolor; no cumple «el pacto enorme», desaparece en cuanto interlocutor, testigo y gran responsable. («... y lo que veo no hay otro que me vea / y lo que pasa tal vez cada noche / no hay nadie que lo atine y que lo sepa...»). Como el amado infiel, el Dios personal ya no la ve: «cabras vivas, vicuñas doradas / te cubrieron la triste y la fiel». Y con eso, no existe ya más un Dios ante cuya mirada construirse un rostro; un Dios que constituye al sujeto a la manera del célebre espejo lacaniano, el que devuelve la propia imagen y permite, entonces, reconocerse como sujeto.

Apenas una pose queda frente a esa ausencia de Dios. Es la *pietà,* presente en *Desolación* («El Dios triste»), y también en *Tala.* El «Nocturno del descendimiento» retoma un movimiento de caída que se da en el poema anterior. El Cristo es ahora un «bulto vencido», «cae y cae y cae sin parar», y es preciso recogerlo, se está deshaciendo. La «oscura mujer» se ve a sí misma en la *pietà* para un Dios vencido por la muerte.

Es cierto que la sección de *Tala* que lleva por título «Muerte de mi madre» termina con las palabras «¡Resucitado, Resucitado!». Sin embargo, esas palabras van cargando el peso de todos los poemas de esa sección, el peso de «esta noche que yo vivo», el peso del «descendimiento» y de «Nocturno de la derrota», y son el final de un poema cuyo título las desautoriza: «Locas letanías». Resucitar no es ya una promesa del evangelio, resucitar es parte de un desvarío solitario, «desolados de haber aprendido / con el nombre la cifra letal». Un desvarío al que apelará constantemente este libro: los poemas que siguen se agrupan bajo el título «Alucinación». Prolongando este tono, «Desvarío», y «Locas mujeres» reaparecen como subtítulos de *Lagar;* y no es solo asunto de títulos: el talante, el ánimo de los poemas cargarán con este

sentido de no pertenencia, de abandono, sea cual sea ostensiblemente su referencia temática; sobre esto volveré algo más adelante.

No extraña entonces que Gabriela Mistral se hubiera referido a los años de la escritura de *Tala* como los de «una volteadura del alma», «una profunda crisis religiosa». Perder el Dios de la niñez y de la juventud, el Dios providencial, el creador de un «rostro» propio entre las criaturas del valle de Elqui, es una orfandad profunda. La religiosidad mistraliana, de *Tala* en adelante, es distinta, aunque sin duda intensa. (Escribiendo a Victoria Ocampo acerca de un encuentro entre Gabriela y Aldous Huxley, por entonces dedicado a ensayar en el campo de las experiencias de ampliación de la conciencia, dice Roger Caillois que «ella es mucho más mística que él»). Pero es una religiosidad ecléctica, sincrética, más deseo y búsqueda que hallazgo, o más bien hecha de hallazgos fragmentarios y largas sequedades, una combinación nada extraña en la experiencia de místicos de todas las tradiciones, no solo la cristiana.

A la pérdida de Dios se suma la pérdida del valle, del lugar de origen. Tentada estoy de decir que es una y la misma pérdida, o que ese Dios era inseparable del lugar; que la experiencia originaria era la de una pertenencia a una tierra, y a un orden de cosas, regidos por una providencia y una justicia («la gran mirada / de Dios sobre mí...») que se pierden al mismo tiempo que esa tierra. En adelante, la poesía de Gabriela Mistral no tendrá un cielo inequívoco al que clamar. («Yo, que tengo del cielo no una, sino muchas visiones contradictorias», escribirá en 1945). En adelante, esa poesía será algo mucho más duro. A esto corresponde el título del libro, *Tala*: a un despojo, al corte de los árboles. La tradición cristiana habla de «el árbol de la cruz». *Tala*, de «mi alzadura de lento ciprés». Señala con acierto M. Teresa Adriasola que a los innumerables árboles de *Desolación* sucede *Tala;* y Cecilia Vicuña, que Gabriela llega a su

mundo, «como nosotros a ella», «desbrozando, limpiando, por despojamiento y dolor».

LA RAÍZ DE LO INDOAMERICANO

Sin embargo, su primera errancia, sus viajes a México, serán para Gabriela Mistral la ocasión de los únicos poemas pletóricos que encontraremos en *Tala*. Y de los únicos poemas del libro en que se construye un gozoso «nosotros», agrupados bajo el título «América». Casi podría decirse que no corresponden al espíritu del título, *Tala*, más expresado en el verso «Cuerno cascado de ciervo noble / de mi derrota!» que en los que se refieren a Anáhuac, donde aparece otro cuerno, «por el que todo vuelve».

Tras el abandono y la «volteadura del alma», Gabriela deja aquí registrado su propio descubrimiento de una América distinta de la suya originaria, y de su intento de hacer de ella un lugar «otro» de origen, y de re-ligazón. En esta América redescubierta, el sol y la cordillera toman el lugar del Dios cristiano y de la madre de Dios; lo judeocristiano se ve sustituido explícitamente por lo indoamericano; no se comulga con «las mieses de las gentes hiperbóreas» sino con el maíz indígena. Habla de liberarse de «los torpes miedos», los «lodos» y «engaños» de su formación, de conquistar un espacio más fiero, misterioso y vivo.

Los «torpes miedos» reaparecen, sin embargo, en la nota a los dos himnos: «Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del asunto. Igual que otras veces, afronto el ridículo con la sonrisa de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arrope en el fuego...», dice, y, también, «... balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros...». (Años después, Pablo Neruda recogería —tácitamente— el desafío

mistraliano). Gabriela se atreve, sin embargo, a pesar de esa cómica reflexión sobre «los que vienen mejor dotados», a un «tono mayor», a «una voz entera», reconociendo en los «materiales formidables» que tiene por delante. De paso, se refiere irónicamente al «empalago de lo mínimo», con un talante que desmiente, una vez más, la «leyenda blanca», el «organdí» que ha terminado por sofocar en gran parte, y por muchos años, su imagen pública.

«Dos himnos», y más aún «El maíz», fueron posibles gracias al cariz de la cultura mexicana de esos años, a su orgullo por la raíz precolombina, a la voluntad épica de entender y crear la historia desde el origen mestizo. Este único «nosotros» de *Tala* tiene un tono mayor y una riqueza de imágenes que evoca a ratos el muralismo, y se basa en la pertenencia a una raza de hermanos, de «pueblos mágicos». Al sol se le pide, como antes al Dios cristiano, la mirada que constituye identidad: «Desnuda mírame y reconóceme, / si no me viste en cuarenta años, / con Pirámide de tu nombre, / con pitahayas y con mangos, / con flamencos de la aurora / y los lagartos tornasolados». A esta experiencia los poemas oponen «los cuarzos extranjeros», «sus frutos mercenarios» y sus «oraciones mortecinas», de las que el sol y la cordillera habrán de purificarla. No es esta, sin embargo, la tónica de *Tala,* aunque sea una voz muy potente y cautivadora para la mayor parte de la crítica que se ha ocupado del libro. Creo que hay, además, algo más inquietante; a eso quisiera referirme.

DA CODOS A TU MIEDO, NEXO Y ÉNFASIS

Me pesa la publicación de *Tala* el año mismo en que César Vallejo muere, en París. «Da codos a tu miedo, nexo y énfasis» es un verso

vallejiano que se cruza sorprendente e inesperadamente con lo que intento decir acerca de *Tala.* La voz de Vallejo es más radical todavía que la de la Mistral, qué duda cabe; pero en el poema en donde está ese verso («ya va a venir el día, ponte el cuerpo [...] ya va a venir el día, ponte el alma») se apunta a la dificultosa construcción de un sujeto que no está dado, que no proviene de un origen ni tiene organicidad; se apunta a una especie de reconstrucción ortopédica e imperativa de un sujeto en ruinas, constituido, desde la pérdida, solo por la voluntad y el miedo. La poesía estructura transitoriamente ese miedo, le «da codos», y lo articula mediante la fuerza verbal: «nexo y énfasis».

Digo —es un decir— que, en grado diferente, algo así sucede en *Tala*. La pérdida a la que me he referido («callada voy, y no llevo tesoro») se traduce en lo que retumba «en el pecho y y los pulsos»: «la sangre batida de angustia y de miedo». Perdido el primer rostro, y el lugar originario, la pérdida se hace una condición de vida: *saudade,* ausencia, extranjería, «de patrias y patrias / que tuve y perdí...». En palabras de su coetánea y amiga, la poeta brasileña Cecilia Meireles, «Gabriela no fue nunca para ser entendida con facilidad. Por las condiciones de su vida, se volvió criatura aparte, con otra geografía y otra historia; ella misma perdía constantemente las llaves de su mundo, y fabricaba otros mundos y otras llaves. Para perderlas. Ella perdía todo...».

Digo —es un decir— que hay en *Tala* un desfile de voces poéticas que se arman y se desarman; encuentran sus «codos, nexo y énfasis», para luego perderlos. (Hace veinte años, cuando no evitaba la manida palabra «identidad», titulé «Identidades tránsfugas» mi lectura de este libro). En este marco de lectura, el nexo y el énfasis indoamericano es solo el primero, y el más entusiasta y articulado, de los rostros de reemplazo que adopta la voz poética de Gabriela Mistral una vez asumido su éxodo del valle natal y del Dios de su infancia. Hay otros que aparecen en *Tala* y

reaparecerán en *Lagar:* rostros precarios, que se suceden unos a otros discontinuamente, que solo tienen asiento en la palabra, en la escritura (años más tarde, Enrique Lihn: «días de mi escritura, solar del extranjero»: la escritura como único terreno, único lugar, que le es dado al poeta; y un lugar que es «días», es decir, no-lugar, no fijeza, sino tiempo, transitoriedad). «No atinaremos a llamarla ausente», a la Gabriela Mistral de *Tala*, de experiencias poéticas sumamente exigentes y contemporáneas; no atinaremos sino a decir que sus poemas prevén, presienten y dan forma a experiencias de desplazamiento, de migración, que luego serían —hoy son— una constante de la vida humana y un cambio cultural de alcance insospechado.

LAS VOCES Y LAS FIGURAS SORPRENDENTES

Para soslayar la palabra «Dios» *(Dieu)*, con su pesada carga de «existencia», el seminario de Jacques Lacan propuso una de sus palabras inventadas: *dieur,* cuyo sonido está entre *Dieu* y *dire*, entre Dios y decir... Digo, es un decir, que en ese terreno intermedio se mueven los poemas de *Tala*. Son decires que van estructurando fragmentarias presencias, apariciones de figuras que toman la palabra en el libro, y que ceden el lugar a otras escenificaciones, siempre fragmentarias y pasajeras, del «yo», que se constituye ante diversos «otros». Son decires que van dejando huella de los diversos sistemas de poder ante los cuales (o contra los cuales) se van constituyendo diversas personas (máscaras) que toman la palabra en los poemas.

Además de la voz indoamericana, cuyo énfasis está en el «nosotros» de los incas y los mayas, en *Tala* hay otras voces. Contra la tradición patriarcal y cristiana, que implica la sumisión

femenina, el poema «Confesión» estructura y enfatiza una voz claramente de mujer, pero poderosamente sacerdotal. «Recado de nacimiento para Chile» es aún más complejo en su transgresión: es, dice, «un soplo de sibila». «Guárdenle la cerilla del cabello, / porque debo peinarla la primera / y lamérsela como vieja loba», dice también, ejerciendo los ritos de un poder del todo distinto, a medio camino entre el mundo humano y el animal, y también a medio camino entre el mundo humano y el sobrenatural. La Sibila es tránsfuga, llega a constituirse como sujeto mediante un proceso de desprendimiento que la vuelve salvaje, solitaria y sin miedo. Su mundo es el del soplo y el «conjuro», y del sueño premonitorio. Al llamarse «Sibila», se remonta a los griegos para encontrar el antecedente de la mujer con poderes extranaturales, pero la descripción hace pensar también en la *machi,* y remite sincréticamente al ancestro indígena. En un poema como «Vieja», es quien enseña a morir: «contándole la muerte como se cuenta a Ulises, / hasta que me la oiga y me la aprenda». Se aparta con ello de los papeles usuales de la mujer en la tradición literaria al uso entonces, y también de los adoptados en su poesía anterior. Ni madre ni amante, es más cerca de la sacerdotisa o de la hechicera donde ubica su voz; es en la vieja sabia donde encuentra una identidad de reemplazo.

Se puede hablar de una temprana nostalgia de la vejez en Gabriela Mistral, en una urgencia de escapar a la tiranía del «Amo amor» de poemas anteriores («ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea / la ceniza precoz de la muerte»). «Envejecida como si muriera» es un verso del poema «La extranjera»: vejez, experiencia de lo extraño y de lo ajeno, no pertenencia, conocimiento de la muerte, es el poder que va quedando a la mujer que habla en estos poemas. Poco tiene que ver con esto la «leyenda blanca» de Gabriela Mistral.

Entre las otras voces sorprendentes y transgresoras de este libro, es interesante destacar la locura como un modo de dejar de lado el llamado «buen sentido», o «sentido común» (que harto deben haberle pesado en su época), y de separarse de las convenciones de todo orden, incluso las literarias, que afectan a las mujeres. Para escapar de las reglas de esta constelación de poder, la sujeto mujer se disfraza: cuenta «historias de loca», tiene «alucinaciones». En algunas de las notas de *Tala*, «atrabiliaria», «loca» y «mujer» se transforman en una cadena de sinónimos. Se descalifica de antemano, y al hacerlo se libera de límites que no son los suyos.

Y, por último, son interesantísimos, desde un punto de vista actual, los momentos de fantasmalización y de desarticulación de quien habla en los poemas de *Tala*. Digo esto porque transforman este libro en un precursor de la experiencia de muchas personas desplazadas de sus territorios de origen, exiliadas por múltiples motivos, y que construyen una relación con patrias fantasmales («que mi patria se llama la Sed»). Un ejemplo contemporáneo de esta experiencia es, en Chile, el notable trabajo del cineasta Raúl Ruiz en *Días de campo* o en *Cofralandes*. «País de la ausencia / extraño país [...] sueño de tomar / y de desasir. / Y es mi patria donde / vivir y morir. / Me nació de cosas / que no son país; / de patrias y patrias / que tuve y perdí; / de las criaturas / que yo vi morir; / de lo que era mío / y se fue de mí». El poema que cito parcialmente es una de las cumbres de *Tala*, en su calidad poética, en su *insight* hasta profético, en su nula indulgencia consigo misma y con su situación —y modula el *leitmotiv* del despojo, de la pérdida, de la ausencia y el miedo, de la desarticulación del sujeto. «Y yo soy la rendida larva / desgajada de otra ribera...». En *Tala* abunda la figura sin rostro, «mi marcha de alga lamentable», «... sin la voz que mi voz era...». Es un libro que transparenta el duelo de cualquier identidad, una fantasmalización de lo que no llega a constituirse a los ojos de los demás. El puro miedo de Vallejo, del

que partimos, al que los poemas de *Tala* dan «codos, nexo y énfasis».

NO ATINAREMOS A LLAMARLA AUSENTE

Este breve ensayo, dedicado solo a *Tala*, se interesa particularmente en desmentir «leyendas blancas», en traspasar las nubes de «organdí», en «quedarse aquí donde está ella, en su libro». La elegía que le dedicó Enrique Lihn oponía esta presencia, en su libro, a la de los homenajes oficiales brindados a su cuerpo muerto. Es, en cierto sentido, lo que se ha querido hacer aquí: una la lectura del libro, en sus aspectos menos «homenajeables» oficialmente, un enfrentar sus zonas más duras y más interesantes, y más conflictivas, como sujeto cultural. Al hacerlo en poco espacio, debe omitir aspectos que también deberían destacarse, como los atisbos de un erotismo más maduro y desencantado, pero también más extático, como se muestra en el poema «Paraíso», o la poética implícita en «La flor del aire», por nombrar solo dos de los temas que darían para mucho comentario en esta, una de las más notables obras de Gabriela Mistral.

No son accidentales las referencias a otros poetas en este texto. Pasado el tiempo, es tal vez más factible ver relaciones donde antes se veían solo diferencias, principalmente por encontrarse Gabriela Mistral en zonas de influencia muy diversas, e incluso opuestas, a las de Neruda o las de Vallejo. La admiración de un poeta como Enrique Lihn, que supo ver tempranamente, más allá de cualquier «leyenda blanca», la conflictiva potencia poética de Gabriela Mistral, es indicación de cuánto pueden encontrar en ella las generaciones siguientes.

Para terminar, solo alcanzo a sugerir una vez más que, en este preciso momento de la historia, Gabriela Mistral hace sentir su presencia en los estudios latinoamericanos y en los estudios de género, si tomamos denominaciones académicas ya un poco fatigosas. Digo, es un decir, que este tipo de estudios no solo no puede prescindir de su figura, sino que encuentra en ella todavía los signos de contradicción que les conviene estudiar y seguir estudiando. Y para quienes no están en el mundo académico, para los lectores que leen por curiosidad y por placer, para quienes leen la poesía de hoy, la lectura de *Tala* trae no pocas sorpresas, abre no pocos caminos, hace latir no pocas emociones estrictamente actuales.

MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

ASÍ SE DICE EN EL ELQUI, ME EXCUSO

Releyendo Lagar I y II y leyendo por vez primera Almácigo, texto que recoge poemas inéditos de Mistral, vislumbro que la lengua en que están escritos estos libros suena de un modo diferente a la lengua empleada por los poetas vanguardistas de la época. Al escribir suena me refiero rectamente a la importancia del sonido en la poesía mistraliana. Lagar está lleno de «vagidos», «gritos», «voceos», «voces de trueno», «mugidos», «soplos», «llamadas», «cuchicheos», «chasquidos», «murmullos», «jadeos», «clamores», etc.

Algunos ejemplos paradigmáticos:

> Ya me canso, ya me hastío
> de oírmela en las tonadas,
> leérmela en los romances
> y oírmela declamada
> vendedoras, vendedoras
> voy a ir por los mercados
> y voy a entrarme por las granjas
> y a gritar con voz de trueno:
> «compro palomas azules».
>
> («La paloma blanca»)

Cuando camino se levantan
todas las cosas de la Tierra, y se paran y cuchichean
y es su historia lo que cuentan.
(«La contadora»)

Chis, chas, ¡ay caña dulce
¡ay! Machete de hiel.
(«Ronda de azúcar»)

Las cascadas me ensordecen
como unos pueblos que claman
y de dormida o despierta
voy andando entre sus hablas.
(«Montaña y mar»)

Pasan silbidos de señales
para cita que no conozco.
(«Nocturno VII»)

A su vez, *Almácigo* añade «mugidos», «risas», «cánticos».

«Coros», «balbuceos», vagidos:

Desde el fondo de las quebradas
Aprenderme los mugidos.
(«Brasil»)

Cualquiera canta
Oyendo tales risas.
(«Criollas»)

Un cántico en mí se canta
que vele, que duerma.

(«Regreso III»)

Y cada uno sin saberlo
Balbuceaba: Pachacámac
[...]
todo se ponía todo
a corear la palabra
[...]
y las piedras se volvían
atentas y escuchadoras.
(«Había un mocetón blanco»)

Hace cuarenta y cuatro años,
yo era un vagido que tenía
cabello de aire, mirada de agua
y voz que voz no parecía.
(«Historia loca»)

La percepción auditiva está ligada a la comprensión cabal de estos textos. Tanto es así, que podría decirse que a Mistral hay que oírla antes que leerla. El universo plasmado en los poemas de *Lagar I* y *II* y *Almácigo* es fundamentalmente sonoro y en este sentido se sitúa en «la comarca» de la oralidad con todas las implicaciones que ello significa. Una de ellas, es que los soplos y las voces crean esa resonancia casi mágica del habla oral capaz de transformar la realidad con el solo acto de pronunciar una palabra. Otra implicación que proviene de la primera, es la estrecha relación entre sonido y sentido que ofrecen estos textos. Tal vez en ello estriba la dificultad de traducir la poesía de Mistral a una lengua extranjera, donde los vínculos entre sonido y sentido son distintos o simplemente han desaparecido.

La concentración de *Lagar* y *Almácigo* en la esfera auditiva está ligada a las reiterativas menciones a la función de hablar y

escuchar. El yo lírico de estos textos habla mucho, pero también escucha muchísimo. Ella va andando entre «las hablas» del agua, la tierra y los silbidos del viento. La voz humana y la voz de la naturaleza juegan un papel activo en la poesía mistraliana.

Para escuchar esa voz es fundamental hacer silencio: «como cantan tan bajito / callemos para escuchar» («Ronda de la hierba»). La ausencia del ruido permite, en este caso, hacer audible un susurro. En otros casos, «escuchar» al propio silencio: «y este silencio es más fuerte que el grito» («La ansiosa»).

La presencia del sonido y sus cualidades —junto a su contraparte, el silencio— impelen a Mistral a utilizar en su escritura un procedimiento fundamental de la oralidad: la reiteración. Todo en estos poemas es *repetir* y *recordar*. Y podría afirmar que no solo en estos poemas, sino en toda la obra mistraliana. Sabemos que en la «comarca» de la oralidad solo se sabe lo que se recuerda: «Me acuerdo al amanecer / y cuando el mundo es soslayo [...]. / Cuando me volví memoria...» («El costado desnudo»), «Ni poder acordarme de una noche» («Una palabra»). «Hace tanto que no me acuerdo. / La madre si se acordaría» («Hace sesenta años»).

El universo lírico sonoro que construye la poesía de Mistral, con, sus implicancias discursivas, como la reiteración en el nivel sintáctico y morfológico. Desde otro punto de vista Cedomil Goic analiza el factor sonoro en la poesía de Mistral destacando su importancia y el papel que juega la insistencia y las rimas interiores en las combinaciones estróficas que llama «cadenillas» (Goic [1957]). Encuentra su correspondencia adecuada en el plano del léxico. Lexicalmente la lengua mistraliana se presenta renuente y aún contraria a las innovaciones vanguardistas de la poesía chilena de la época. Más concretamente al vocabulario poético rupturista, como la creación de palabras, empleado por los poetas creacionistas, o la novedad verbal de los autores «oníricos y

sacerdotales» de la mandrágora. La propia Mistral ha reconocido que en su escritura, y también en su habla, deja por complacencia «mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la que esté vivo y sea llano» («Excusa de unas notas». En *Tala,* en esta antología). Se ha creído que estos arcaísmos provienen de los libros y autores clásicos, especialmente de la Biblia, pero Mistral advierte que es una equivocación pensar así. Es el campo en donde ella se crió, el valle de Elqui, de donde viene esta lengua «veteada» de arcaísmos.

De aquí que la lengua mistraliana, contrastada con la de las vanguardias poéticas, asuma con bastante énfasis una fisonomía lexical y morfológica que pareciera responder a las formas del español del siglo XVI y a los restos que perduran en la comunidad lingüística rural.

En este punto se puede engarzar la situación en que se desarrolla el habla de Mistral con las propuestas de Ángel Rama sobre los procesos de transculturación literaria en América Latina. Opina Rama que es el lenguaje «el primer campo de batalla entre formas tradicionales y propuestas innovadoras» (Rama [2004]). Las formas tradicionales en Mistral corresponden a esa lengua «veteada de arcaísmos» que aprendió o bebió de los labios de dos o tres viejos de su aldea que le dieron el folclore de Elqui, «mi región», que junto a la historia bíblica que le enseñaba su «hermana en vez del cura, fueron toda mi literatura infantil».

Estas formas tradicionales asentadas en la oralidad de los viejos de Elqui —contadores de historias— *divergen* acentuadamente de las propuestas vanguardistas, a tal punto que aparecen como una forma de resistencia de una cultura regional, o «interior» como la designa Rama, al impacto modernizador de las formas metropolitanas externas.

Es difícil encontrar en la poesía chilena un poeta tan vinculado a los modos de habla de una cultura regional como Gabriela Mistral.

De aquí me atrevo a proponer que *Lagar I* y *II*, *Almácigo*, y ejemplarmente *Poema de Chile*, están escritos en una *lengua transculturada*.

Mistral trabaja en el borde de dos sistemas, el de la modernidad vanguardista y el de la «comarca oral» de Elqui. Su escritura opera con pérdidas, selecciones, redescubrimientos e incorporaciones de los dos sistemas. Como resultado del proceso, Mistral se agencia una lengua poética transculturada, que desde un estatuto teórico distinto al de Rama, podría llamar *anomal*, en el sentido que usa el vocablo Deleuze. La «a-nomalía» mistraliana designa un máximo de desterritorialización de su escritura. Ella no se posiciona en la oralidad rural ni en la que podría llamar la ciudad letrada del vanguardismo. Ocupa un lugar «entre» ambas. Algo así, como si los poemas citados de *Lagar* y *Almácigo* fueran textos «travestidos» en que la escritura y la oralidad se travistieran mutuamente en un proceso semejante al de la «plasticidad artística» descrito por Rama, condición básica de la transculturación. La anomalía ayuda a definir una percepción difícil de verbalizar de estos textos. Anomal también significa desigual, rugoso, áspero y hay algo de ello en el ritmo, en la sintaxis de estos versos. Naturalmente, en cuanto no entendamos en forma negativa esos significados, sino como el resultado de trabajar precisamente en los bordes de dos sistemas, bordes dentados en algunos casos que producen los «mugidos», los «chas, chas» de que hablan los poemas.

Tal vez lo anterior se debe a que la asimilación de la oralidad campesina de Elqui implica otra congruente asimilación de los modos de pensamiento que la sostienen. Se configura, así, una «mente oral» —como la ha llamado un crítico (Pacheco [1992])— una manera de pensar, sentir y percibir la realidad que en ocasiones puede resultar desconcertante para un lector urbano, letrado, moderno: «La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal

repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca» («Excusa de unas notas», *Tala*).

Para no equivocarse el lector debe abrirse a «lo otro», al mundo del mito, del rito, del carácter mágico de la palabra en la cultura oral. La otredad mistraliana exige al lector y a ese lector privilegiado que es el crítico —renunciar a la «metafísica» de la escritura, más concretamente en el caso de la cultura latinoamericana, a abandonar la racionalidad de la ciudad letrada para ir al encuentro de un modo de pensar alternativo. A un espacio otro, que entre algunos de sus rasgos, guarda una empatía, presenta una familiaridad con las plantas, los ríos, la cordillera, los animales que la ciudad escrituraria ha perdido hace tiempo.

Almácigo, en este sentido, reitera la familiaridad constante de Mistral con los elementos naturales. No debe entenderse lo familiar como una simple relación del sujeto con la naturaleza, sino un «agenciamiento» —en el sentido que utiliza el término Gilles Deleuze— o tal vez mejor, como un «hacer bloque» con los elementos naturales. Así sucede en el poema «Espiga» donde el trigo *deviene* hijo o hija de la sujeto que habla. Al escribir deviene quiero decir que la espiga sin dejar de ser vegetal adquiere partículas humanas —un gen humano— y a su vez la que habla en el poema en una zona se hace vegetal:

> Las espigas no se huellan,
> no se rompen, no se humillan
> se van cogiendo, se sacuden,
> se las limpia como a las hijas.
> [...]
> Las veremos en el aire,
> altas, locas y temidas
> espantaremos con las menos
> toda la noche las espigas
> y reiremos entre el sueño

por esta fiebre de la trilla.

Mistral y las otras mujeres que nombra el texto, Níobe, Agar y la infaltable madre, si en otros tiempos rompieron las espigas hoy las besan, hoy las sueñan, hoy forman «agenciamientos» con ellas:

Se cansan gozando,
se cansan los cinco sentidos.
Recibimos el sol fuerte,
lo moreno, lo amarillo.

Cansados los cinco sentidos humanos las mujeres terminan por amarillar como espigas deviniendo vegetal.

Para un lector urbano, letrado, es difícil entender el tema de la trilla en el poema como un ritual. Entender —y reitero la idea del agenciamiento— no significa tener una concepción razonada de la forma campesina, sin profundas experiencias personales y valores que se vinculan con ellas proporcionados a través de la tradición oral por los antepasados. Así, Mistral goza y padece (ríe y llora dice el poema) una experiencia que podría llamar «devenir espiga» en *Lagar*. Como hay en *Almácigo* «un devenir árbol» («Casa no tengo, tengo un árbol»); «y un devenir liebre» («Cuando lo llamo a mi boca / se asoma, burla-burlando / y se me suma al mismo tiempo / en liebre escondida en el pasto»). Estos agenciamientos árbol y liebre aunque son decisivos para entender el espacio otro en que se sitúa la poesía de Mistral, no llegan a ser tan expresivos, conmovedoramente expresivos, como los agenciamientos con la materia. El hermoso poema «Azúcar» así parece indicarlo. Cito la primera estrofa (por bella) y la última (por convencimiento):

A la mesa de mi destierro
llega el azúcar como niña,

viene jadeando con pies de espejos
en oleaje de las Antillas,
viene a tenderse en mi mantel
cuerpo de escamas cristalinas.

[...]

Y dormida me da la zafra
con las hoces al sol ardida
tiempos de corte, tiempos de tierra
y de negra y jadeada rítmica
y me sumo a la exprimidera
como en maelström o noche tinta.

Nada más gráfico que sumirse en la exprimidura para representar el «devenir azúcar», contraparte del «devenir mujer» de la materia (azúcar-niña).

Lo anterior significa que la lengua poética transculturada de Gabriela Mistral se engarza con un repliegue hacia las fuentes vivas de una cultura campesina, la «cultura interior» de Elqui, donde los devenires, agenciamientos y bloques con los elementos naturales y con el mito y los ritos todavía son posibles a través de las formas residuales de la oralidad que perviven en la cultura letrada. Ello le va a permitir a la poeta el reconocimiento de un universo dispersivo, de asocianismo libre, de incesante invención.

Tal vez esta experiencia poética de la autora de *Lagar* explique las apreciaciones de Paul Valéry que tanto disgustaron a nuestra poeta. En el texto escrito para que sirviera en el año 1946 de prefacio a una edición francesa de los poemas de Gabriela Mistral, afirma Valéry «que lo que he podido hacer, las condiciones que he creído de mi deber imponerme, los ensayos que he publicado, todos ellos frutos de un espíritu nutrido por la más vieja tradición literaria europea, parecen designarme lo menos del mundo para apreciar

una producción *esencialmente natural*» (el subrayado es mío). Y más adelante: «La intimidad con la materia es sensible en toda la obra de Gabriela Mistral. Ora fuertemente acusada, ora delicadamente sugerida, no hay casi poema en que no esté presente la sustancia de las cosas».

La percepción del poeta francés apunta correctamente a la fisonomía del mundo mistraliano que he pretendido definir, el problema es que su apuntamiento lo hace desde ese «espíritu nutrido por la más vieja tradición literaria europea» (que Borges tan bien describió en *Valéry como símbolo*, Buenos Aires, Emecé, 1996), espíritus doctos, ilustrados sobre cuyas equivocaciones ya Mistral advirtió.

Y a propósito de esta advertencia, la transculturación mistraliana no significa un rechazo total de las propuestas vanguardistas de su tiempo, ni menos una imitación de los nuevos códigos poéticos, como he querido demostrar, sino que bajo el estímulo de las novedades europeas se replegó hacia un legado tradicional vivo todavía en su «comarca oral», para construir un proyecto poético solo comparable en su originalidad al de César Vallejo, otro transculturado. La similaridad me ha empujado a poner el título que encabeza el trabajo, título que replica fielmente los conocidos versos vallejianos: «Una noche también para cuando haya (así se dice en el Perú, me excuso)».

CEDOMIL GOIC

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE GABRIELA MISTRAL

Desolación

Mistral [1922]: Mistral, Gabriela, *Desolación*, Nueva York, Instituto de las Españas, 1922.

Mistral [1923a]: Mistral, Gabriela, *Desolación*, Santiago de Chile, Nascimento, 1923.

Mistral [1926a]: Mistral, Gabriela, *Desolación*, Santiago de Chile, Nascimento, 1926.

Mistral [1946a]: Mistral, Gabriela, *Désolation*, París, Les Éditions Nagel, 1946.

Mistral [1951]: Mistral, Gabriela, *Desolación*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951.

Mistral [1954a]: Mistral, Gabriela, *Desolación*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1954.

Mistral [1983a]: Mistral, Gabriela, *Desolación*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1983.

Ternura

Mistral [1924a]: Mistral, Gabriela, *Ternura*, Madrid, Saturnino Calleja, 1924.
Mistral [1924b]: Mistral, Gabriela, *Ternura*, Montevideo, García, 1924.
Mistral [1925a]: Mistral, Gabriela, *Ternura. Canciones de niños*, Claudio Garcia Editor, Montevideo, 1925.
Mistral [1945]: Mistral, Gabriela, *Ternura*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.
Mistral [1947a]: Mistral, Gabriela, *Ternura*, Buenos Aires, Losada, 1947.
Mistral [1989a]: Mistral, Gabriela, *Ternura*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989.

Tala

Mistral [1938]: Mistral, Gabriela, *Tala*, Buenos Aires, Sur, 1938.
Mistral [1946b]: Mistral, Gabriela, *Tala*, Buenos Aires, Losada, 1946.
Mistral [1947b]: Mistral, Gabriela, *Tala*, Buenos Aires, Losada, 1947.
Mistral [1985a]: Mistral, Gabriela, *Tala*, Barcelona, La Montaña Mágica, 1985.
Mistral [1997]: Mistral, Gabriela, *Tala*, Santiago de Chile, Ercilla, 1997.
Mistral [1998a]: Mistral, Gabriela, *Tala*, Buenos Aires, Losada, 1998.

Lagar

Mistral [1954b]: Mistral, Gabriela, *Lagar*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1954.
Mistral [1994a]: Mistral, Gabriela, *Lagar*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1994.

Poema de Chile

Mistral [1967a]: Mistral, Gabriela, *Poema de Chile*, texto revisado por Doris Dana, Barcelona, Pomaire, 1967.

Mistral [1985b]: Mistral, Gabriela, *Poema de Chile*, Santiago de Chile, Seix-Barral, 1985.

Mistral [1996a]: Mistral, Gabriela, *Poema de Chile*, revisión, ordenación y prólogo de Jaime Quezada, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1996.

Otras obras poéticas

Mistral [1926b]: Mistral, Gabriela, *Nubes blancas*, Barcelona, Editorial B. Bauzá, 1926.

Mistral [1950a]: Mistral, Gabriela, *Poemas de las madres*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1950.

Mistral [1991]: Mistral, Gabriela, *Lagar II*, Santiago de Chile, DIBAM, 1991.

Mistral [2008]: Mistral, Gabriela, *Almácigo. Poemas inéditos de Gabriela Mistral*, edición y compilación de Luis Vargas Saavedra, Santiago de Chile, Ediciones UC, Patrimonio Cultural de Chile, 2008.

Obras en prosa

Mistral [1957a]: Mistral, Gabriela, *Recados contando a Chile*, selección, prólogo y notas de Alfonso M. Escudero, O.S.A., Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1957.

Mistral [1962]: Mistral, Gabriela, *Páginas en prosa de Gabriela Mistral*, Buenos Aires, Kapelusz, 1962.

Mistral [1965]: Mistral, Gabriela, *Motivos de san Francisco*, selección y prólogo de César Díaz-Cormatches, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1965.

Mistral [1967b]: Mistral, Gabriela, *Croquis mexicanos*, México, B. Costa-Amic, 1967.

Mistral [1978a]: Mistral, Gabriela, *Cartas de amor de Gabriela Mistral,* edición de Sergio Fernández, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1978.

Mistral [1978b]: Mistral, Gabriela, *Materias,* selección y prólogo de Alfonso Calderón, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1978.

Mistral [1978c]: Mistral, Gabriela, *Gabriela piensa en...,* Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1978.

Mistral [1978d]: Mistral, Gabriela, *Gabriela anda por el mundo,* selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1978.

Mistral [1978e]: Mistral, Gabriela, *Prosa religiosa,* compilación de Luis Vargas Saavedra, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1978.

Mistral [1979a]: Mistral, Gabriela, *Grandeza de los oficios,* selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1979.

Mistral [1979b]: Mistral, Gabriela, *Magisterio y niño,* selección y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1979.

Mistral [1980a]: Mistral, Gabriela, *Elogio de las cosas de la tierra,* selección y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1980.

Mistral [1992a]: Mistral, Gabriela, *Pasiones del vivir,* selección y prólogo de Juan Antonio Massone, Santiago de Chile, Editorial Los Andes, 1992.

Mistral [1994b]: Mistral, Gabriela, *Escritos políticos,* selección, prólogo y notas de Jaime Quezada, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Mistral [1998b]: Mistral, Gabriela, *Una escritura recadera,* prólogo y referencias de Jaime Quezada, Santiago de Chile, La Noria, 1998.

Mistral [1998c]: Mistral, Gabriela, *La tierra tiene la actitud de una mujer,* selección y prólogo de Pedro Pablo Zegers, Santiago de Chile, RIL Editores, 1998.
Mistral [1999a]: Mistral, Gabriela, *Cartas de amor y desamor,* prólogo y referencias de Jaime Quezada, selección y recopilación de Sergio Fernández Larraín, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1999.
Mistral [1999b]: Mistral, Gabriela, *Recados para hoy y mañana. Textos inéditos*, compilación de Luis Vargas Saavedra, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 1999.
Mistral [2004]: Mistral, Gabriela, «Voz de los poetas de mi raza», en *Discursos Premio Nobel,* vol. II, Bogotá, Presencia, 2004, pp. 71-72.
Mistral [2005a]: Mistral, Gabriela, *Bendita mi lengua sea*, Santiago de Chile, Planeta, 2002.
Mistral [2005b]: Mistral, Gabriela, *Motivos de san Francisco*, selección y prólogo de Jaime Quezada, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 2005.
Mistral [2005c]: Mistral, Gabriela, *Gabriela Mistral.* 50 *prosas en El Mercurio*, 1921-1956, selección, prólogo y notas de Floridor Pérez, Santiago de Chile, El Mercurio-Aguilar, 2005.
Mistral [2007]: Mistral, Gabriela, *Gabriela y México*, edición de Pedro Pablo Zegers, Santiago de Chile, RIL Editores, 2007.
Mistral [2009]: Mistral, Gabriela, *Niña errante. Cartas a Doris Dana,* Santiago de Chile, Lumen, 2009.

Antologías y compilaciones

Mistral [1923b]: Mistral, Gabriela, *Lecturas para mujeres*, México, Secretaría de Educación, 1923.
Mistral [1925b]: Mistral, Gabriela: *Nubes blancas (Poesías) y La oración de la maestra*, Barcelona, B. Bauzá, 1925.

Mistral [1950b]: Mistral, Gabriela, *Pequeña antología*, Santiago de Chile, Talleres de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, 1950.
Mistral [1957b]: Mistral, Gabriela, *Antología,* selección de la autora y prólogo de Alone, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1957.
Mistral [1958]: Mistral, Gabriela, *Poesías completas,* recopilación de Margaret Bates, estudio crítico-biográfico por Julio Saavedra Molina y recuerdo lírico de Dulce María Loynaz, Madrid, Aguilar, 1958.
Mistral [1966]: Mistral, Gabriela, *Poesías completas*. *Desolación / Ternura / Tala / Lagar, I,* edición definitiva, autorizada, preparada por Margaret Bates, introducción de Esther de Cáceres, Madrid, Aguilar, 1966.
Mistral [1971]: Mistral, Gabriela, *Selected Poems of Gabriela Mistral,* edición bilingüe, traducción y edición de Doris Dana, introducción de Margaret Bates, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1971.
Mistral [1973]: Mistral, Gabriela, *Desolación, Ternura, Tala, Lagar,* México, Porrúa, 1973.
Mistral [1978f]: Mistral, Gabriela, *Catalog of Gabriela Mistral Collection,* Nueva York, Barnard College Library, 1978.
Mistral [1979c]: Mistral, Gabriela, *El niño en la poesía de Gabriela Mistral,* selección de Roque Esteban Scarpa, Santiago de Chile, Fondo de las Naciones Unidas, 1979.
Mistral [1980b]: Mistral, Gabriela, *Antología poética,* selección, introducción y análisis de Betty Rojas de Livacic, Madrid, Santillana, 1980.
Mistral [1982]: Mistral, Gabriela, *Index to Gabriela Mistral Papers on Microfilm*. 1912-1957, Washington, Organization of American States, 1982.
Mistral [1983b]: Mistral, Gabriela, *Reino (Poesía dispersa e inédita, en verso y prosa),* recopilada por Gastón von dem

Bussche, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 1983.
Mistral [1989b]: Mistral, Gabriela, *D'Amour et de Désolation: poèmes choisis, traduits de l'espagnol et présentés par Claude Couffon,* París, La Différence, 1989.
Mistral [1992b]: Mistral, Gabriela, *Antología Mayor,* Santiago de Chile, Cochrane, 1992 (4 vols.).
Mistral [1993a]: Mistral, Gabriela, *Cuenta-Mundo,* prólogo, selección y notas de Jaime Quezada, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1993.
Mistral [1993b]: Mistral, Gabriela, *A Gabriela Mistral Reader,* traducción de Maria Giachetti, edición de Marjorie Agosin, Fredonia, White Pine Press, 1993.
Mistral [1993c]: Mistral, Gabriela, *Poesía y prosa,* selección y edición de Jaime Quezada, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993.
Mistral [1994c]: Mistral, Gabriela, *Gabriela Mistral para niños,* edición de Aurora Díaz Plaja, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994.
Mistral [1996b]: Mistral, Gabriela, *Antología poética,* edición, introducción y notas de Hugo Montes Brunet, Madrid, Castalia, 1996.
Mistral [1999c]: Mistral, Gabriela, *Antología poética,* prólogo y edición de Rosalía Aller, Madrid, Edaf, 1999.
Mistral [2001a]: Mistral, Gabriela, *Tala. Lagar,* edición de Nuria Girona, Madrid, Cátedra, 2001.
Mistral [2001b]: Mistral, Gabriela, *Poesías completas,* estudio preliminar y referencias cronológicas de Jaime Quezada, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 2001.
Mistral [2001c]: Mistral, Gabriela, *Gabriela Mistral en breve,* selección y prólogo de Grínor Rojo, Santiago de Chile, Universidad de Santiago, 2001.

Mistral [2003]: Mistral, Gabriela, *Su prosa y poesía en Colombia*, compilación y prólogo de Otto Morales Benítez, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003 (3 vols.).

REFERENCIAS

Alegría [1968]: Alegría, Ciro, *Gabriela Mistral íntima,* Lima, Editorial Universo, 1968.

Alegría [1990]: Alegría, Fernando, *Creadores en el mundo hispánico,* Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1990.

Alone [1946]: Alone, *Gabriela Mistral,* Santiago de Chile, Nascimento, 1946.

Alone [1957]: Alone, «Recuerdos de infancia y juventud de Gabriela Mistral», *Revista Nacional de Cultura*, n.os 121-122, Caracas, CONAC-La Casa de Bello, marzo-junio de 1957, p. 79.

Alone [1962]: Alone, *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo xx*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1962.

Anadón [1977]: Anadón, José, «Epistolario entre Gabriela Mistral y Eduardo Barrios», *Cuadernos Americanos,* n.º 36:2, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, pp. 228-235.

Anadón [1978]: Anadón, José, «Una carta de Gabriela Mistral sobre *Desolación»*, *Hispamérica*, n.º 19, Maryland, Universidad de Maryland, 1978, pp. 29-42.

Anastasía Sosa [1961]: Anastasía Sosa, Luis, «El sentido de la vida en algunas imágenes de Gabriela Mistral», *Revista Iberoamericana de Literatura,* n.os 2-3, Montevideo, Universidad de la República Oriental de Uruguay, 1960-1961.

Arce [1989]: Arce, Magda, *Gabriela Mistral y Joaquín García Monge*: *una correspondencia inédita,* Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1989.

Arce-Bussche [1993]: Arce, Magda y Bussche, Gastón von dem (eds.), *Proyecto preservación y difusión del legado literario de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1993.

Arrigoitia [1989]: Arrigoitia, Luis de, *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1989.

Bachelard [1982]: Bachelard, Gastón, *La poética de la ensoñación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1882.

Bates [1961]: Bates, Margaret, «Gabriela Mistral's *Poema de Chile*», *The Americas*, n.º 17:3, Washington, Academy of American Franciscan History, 1961, pp. 261-276.

Bates [1966]: Bates, Margaret, «The Definitive Edition of Gabriela Mistral's Poetry», *Revista Interamericana de Bibliografía*, n.º 16:4, Washington, General Secretariat of the Organization of American States, 1966, pp. 411-415.

Bianchi [1979]: Bianchi, Soledad, «Descubriendo la prosa de Gabriela Mistral», *Araucaria de Chile*, n.º 6, Madrid, Ediciones Michay, 1979, pp. 9-19.

Bussche [1957]: Bussche, Gastón von dem, *Visión de una poesía*, Santiago de Chile, Ediciones AUCh, 1957.

Bussche [1989]: Bussche, Gastón von dem, «Gabriela Mistral: el gran "Nocturno" de *Desolación*», *Taller de Letras*, n.º 17, Santiago de Chile, Editorial Universidad Católica, 1989, pp. 27-39.

Caimano [1969]: Caimano, Rose Aquin, *Mysticism in Gabriela Mistral*, Nueva York, Pageant, 1969.

Cárdenas [1963]: Cárdenas, Eduardo, *Veinte mil biografías breves*, Nueva York, Enciclopedia Moderna, 1963.

Carrasco [1977]: Carrasco Muñoz, Iván, «El mito de Orfeo y el *Poema de Chile*», *Revista Chilena de Literatura*, n.os 9-10, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1977, pp. 21-40.

Carrasco [1979]: Carrasco Muñoz, Iván, «Dos discursos complementarios: las dedicatorias y las notas», *Estudios Filológicos,* n.º 14, Valdivia, Universidad Austral de Chile, Instituto de Filología, 1979, pp. 129-137.

Carrasco [1983]: Carrasco Muñoz, Iván, «"Íntima", de Gabriela Mistral: la escritura correctora», *Estudios Filológicos*, n.º 18, Valdivia, Universidad Austral de Chile, Instituto de Filología, 1983, pp. 35-48.

Carrión [1956]: Carrión, Benjamín, *Santa Gabriela Mistral*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1956.

Concha [1987]: Concha, Jaime, *Gabriela Mistral,* Madrid, Júcar, 1987.

Conde [1970]: Conde, Carmen, *Gabriela Mistral,* Madrid, EPESA, 1970.

Cuneo [1998]: Cuneo, Ana María, *Para leer a Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Universidad Nacional Andrés Bello-Editorial Cuarto Propio, 1998.

Daireaux [1930]: Daireaux, Max, *Panorama de la littérature hispano-américaine,* París, Kra, 1930.

Daydí-Tolson [1982]: Daydí-Tolson, Santiago, «El yo lírico en *Poema de Chile* de Gabriela Mistral», *Revista Chilena de Literatura*, n.º 19, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1982.

Daydí-Tolson [1983]: Daydí-Tolson, Santiago, «La locura en Gabriela Mistral», *Revista Chilena de Literatura,* n.º 21, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1983, pp. 47-62.

Daydí-Tolson [2001]: Daydí-Tolson, Santiago, «Gabriela Mistral y el don tremendo de la locura», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 2, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena, 2001, pp. 121-129.

Daydí-Tolson [2006]: Daydí-Tolson, Santiago, «Representación de lo masculino en la obra de Gabriela Mistral», *Anales de*

Literatura Chilena, n.º 7, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena, 2006, pp. 43-54.

Díaz Arrieta, Hernán: V. ALONE.

Diego [1945]: Diego, Gerardo, «La nueva poesía de Gabriela Mistral», *Revista de Indias,* n.º 6:22, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1945, pp. 811-820.

Escudero [1950]: Escudero, Alfonso M., *La prosa de Gabriela Mistral: fichas de contribución a su inventario,* Santiago de Chile, Revista Universitaria, 1950.

Fariña-Olea [1990]: Fariña, Soledad y Olea, Raquel (eds.), *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral,* Santiago de Chile, Isis Internacional y Casa de la Mujer La Morada, 1990.

Figueira [1959]: Figueira, Gastón, *De la vida y la obra de Gabriela Mistral,* Montevideo, Talleres Gráficos Gaceta Comercial, 1959.

Figueroa [2001]: Figueroa, Ana, *Escritoras hispanoamericanas. Espejos / Desplazamientos / Fisuras / Dobles discursos,* Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2001.

Fiol-Matta [2003]: Fiol-Matta, Licia, *A Queer Mother for the Nation. The State and Gabriela Mistral,* Minneapolis, University of Minnessota Press, 2003.

Flores [1975]: Flores, Ángel, *Bibliografía de Escritores Hispanoamericanos*, 1604-1974, Nueva York, Gordian Press, 1975.

García Huidobro [2005]: García Huidobro Mc A., Cecilia (ed.), *Moneda dura. Gabriela Mistral por sí misma,* Santiago de Chile, Catalonia, 2005.

Gazarian-Gautier [2008]: Gazarian-Gautier, Marie-Lise, «Siempre buscó su valle de Elqui», *Patrimonio Cultural,* n.º 46, Santiago de Chile, DIBAM, verano de 2008.

Godoy [1968]: Godoy, Emma, «Gabriela Mistral», *Ábside,* n.º 32, México, 1968, pp. 125-153.

Goic [1957]: Goic, Cedomil, «“Cadenillas” en la poesía de Gabriela Mistral», *Atenea*, n.º 374, Concepción, Universidad de Concepción, 1957, pp. 44-50.
Goic [1977]: Goic, Cedomil, «El emblema de “Amor tirano” en Gabriela Mistral», *Mapocho*, n.º 24, Santiago de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, 1977, pp. 19-26.
Goic [1980]: Goic, Cedomil, «Himnos americanos y extravío. “Cordillera”, de Gabriela Mistral», en *Gabriela Mistral*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1980, pp. 140-148.
Goic [1982]: Goic, Cedomil, «“Cima”, de Gabriela Mistral», *Revista Iberoamericana*, n.os 118-119, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1982, pp. 59-72.
Goic [1989]: Goic, Cedomil, «Gabriela Mistral», en Solé, Carlos A. y Abreu, María Isabel (eds.), *Latin American Writers*, vol. II, Nueva York, Scribner’s Sons, 1989, pp. 677-691.
Goic [1999]: Goic, Cedomil, «Gabriela Mistral, *Recado terrestre*», *Taller de Letras*, n.º 27, Santiago de Chile, Editorial Universidad Católica, 1999, pp. 9-22.
Goic [2004]: Goic, Cedomil, «“Canto del justo”, de Gabriela Mistral», *Taller de Letras*, n.º 34, Santiago de Chile, Editorial Universidad Católica, 2004, pp. 157-164.
González Vera [1959]: González Vera, José S., *Algunos*, Santiago de Chile, Nascimento, 1959.
Guillén [1967]: Guillén de Nicolau, Palma, «Gabriela Mistral», en Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres*, México, Porrúa, 1967, pp. VII-XX.
Guillén [1973]: Guillén de Nicolau, Palma, «Introducción», en Gabriela Mistral, *Desolación*, *Ternura*, *Tala*, *Lagar*, México, Porrúa, 1973, p. IX.
Gumucio [1946]: Gumucio, Alejandro, *Gabriela Mistral y el Premio Nobel*, Santiago de Chile, Nascimento, 1946.

Guzmán [1984]: Guzmán, Jorge, *Diferencias latinoamericanas*, Santiago de Chile, Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1984.

Hamilton [1961]: Hamilton, Carlos D., «Raíces bíblicas en la poesía de Gabriela Mistral», *Cuadernos Americanos*, n.º 20:5, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, pp. 201-210.

Horan [1994]: Horan, Elizabeth, *Gabriela Mistral: An Artist and Her People*, Washington, Organization of American States, 1994.

Ibáñez Langlois [1975]: Ibáñez Langlois, José Miguel, *Poesía chilena e hispanoamericana*, Santiago de Chile, Nascimento, 1975.

Iglesias [1950]: Iglesias, Augusto, *Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile: ensayo de crítica subjetiva*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1950.

Jiménez [1982]: Jiménez, Onilda A., *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral*, Miami, Ediciones Universal, 1982.

Jiménez [1988]: Jiménez, José Olivio, *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea (*1914-1987*)*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Jorquera-Aedo [1993]: Jorquera, Carlos y Aedo, Óscar René, *La poética del retorno eterno. Ensayo sobre lo espiritual-literario en Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, La Noria, 1993.

Lefebvre [1958]: Lefebvre, Alfredo, *Poesía española y chilena*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1958.

Libro de los Juegos Florales [1914]: *Libro de los Juegos Florales*, Santiago de Chile, 1914.

Lillo-Renart [1997]: Lillo, Gastón y Renart, J. Guillermo (eds., con la colaboración de Naín Nómez), *Re-leer hoy a Gabriela Mistral. Mujer, historia y sociedad en América Latina*, Otawa, University of Otawa-Editorial Universidad de Santiago, 1997.

Manzano [2008]: Manzano, Rolando, «Recorrer la vida desde la vereda contraria», *Patrimonio Cultural*, n.º 46, Santiago de Chile, DIBAM, verano de 2008.

Mañach *et al.* [1936]: Mañach, Jorge *et al.*, *Gabriela Mistral. Vida y obra. Bibliografía. Antología*. Nueva York, Instituto de las Españas, 1936.

Marchant [1984]: Marchant, Patricio, *Sobre árboles y madres*, Santiago de Chile, Ediciones Gatio Murr, 1984.

Meireles [2008]: Meireles, Cecilia, *Gabriela Mistral y Cecilia Meireles*, Santiago de Chile, Academia Chilena de la Lengua, 2008.

Meyer [1996]: Meyer, Doris, «La correspondencia entre Gabriela Mistral y Victoria Ocampo: reflexiones sobre la identidad latinoamericana», *Taller de Letras*, n.º 24, Santiago de Chile, Editorial Universidad Católica, 1996, pp. 87-100.

Millares [2007]: Millares, Selena, «Gabriela Mistral: la materia alucinada», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 8, Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena, 2007, pp. 167-179.

Miomandre [1946]: Miomandre, Francis de, «Gabriela Mistral à Paris», *Les Nouvelles Littéraires*, n.º 962, París, Larousse, 10 de enero de 1946.

Mistral-Neruda [1999]: Mistral, Gabriela y Neruda, Pablo, *Geografía de Chile*, Santiago de Chile, Universidad de Chile-DIBAM, 1999.

Mistral-Ocampo [2006]: Mistral, Gabriela y Ocampo, Victoria, *Esta América nuestra. Correspondencia* 1926-1956, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2006.

Monvel [1929]: Monvel, María (comp.), *Poetisas de América*, Santiago, Nascimento, 1929.

Mujica Lainez [1986]: Mujica Lainez, Manuel, «El Premio Nobel de Gabriela Mistral», en *Placeres y fatigas de los viajes*, Buenos

Aires, Editorial Sudamericana, 1986.
Münnich [2001]: Münnich, Susana, «El tema de la vocación en dos poemas de *Lagar*», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 2, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena, 2001, pp. 145-161.
Münnich [2005]: Münnich, Susana, *Gabriela Mistral, soberbiamente transgresora*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2005.
Navarro Tomás [1967]: Navarro Tomás, Tomás, «Métrica y ritmo de Gabriela Mistral», en *Lengua-Literatura-Folklore. Estudios dedicados a Rodolfo Oroz*, Santiago de Chile, Facultad de Filosofía y Educación, 1967.
Neruda [2009]: Neruda, Pablo, *Cartas a Gabriela*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2009.
Oelker [1989]: Oelker, Dieter, «Lectura intertextual de dos poemas de *Tala*», en *Gabriela Mistral. Homenaje al Centenario de su natalicio. Estudios Filológicos*, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 1989, anejo 13, pp. 131-144.
Olea-Fariña [1997]: Olea, Raquel y Fariña, Soledad (eds.), *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Corporación de Desarrollo de la Mujer La Morada-Editorial Cuarto Propio-Isis Internacional, 1997.
Orfeo [1967]: *Orfeo* 23-24-25-26-27. *Edición Extraordinaria en Homenaje a Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, 1967.
Oroz [1995]: Oroz, Rodolfo, *Estudios mistralianos*, Alfredo Matus Olivier (ed.), Santiago de Chile, Instituto de Chile, 1995.
Ors [1947]: Ors, Eugenio d', «Gabriela Mistral», en *Nuevo Glosario. Paréntesis cerrado (*1924*)*, Madrid, Aguilar, 1947, pp. 975-976.
Ostria [1989]: Ostria González, Mauricio, «"Un ala color de fuego y otra color de ceniza": sobre el dualismo en el discurso poético

mistraliano», *Acta Literaria*, n.º 14, Concepción, Universidad de Concepción, Instituto de Lenguas, 1989, pp. 87-94.

Oyarzún [1967]: Oyarzún, Luis, *Temas de la cultura chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1967.

Pacheco [1992]: Pacheco, Carlos, *La comarca oral*, Caracas, La Casa de Bello, 1992.

Paz [1991]: Paz, Octavio, «El pan, la sal y la piedra, Gabriela Mistral», *Fundación y disidencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 173-174 (*Obras completas*, vol. III).

Pinilla [1940]: Pinilla, Norberto, *Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1940.

Pinilla [1946]: Pinilla, Norberto, *Biografía de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Tegualda, 1946.

Pizarro [2005]: Pizarro, Ana, *Gabriela Mistral. El proyecto de Lucila*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2005.

Pomès [1963]: Pomès, Mathilde, *Gabriela Mistral*, París, Pierre Seghers, 1963.

Preston [1964]: Preston, Mary Charles Ann, *A Study of Significant Variants in the Poetry of Gabriela Mistral*, Washington, The Catholic University of America Press, 1964.

Quezada [2008]: Quezada, Jaime, «Sentir y pensar Chile», *Patrimonio Cultural*, n.º 46, Santiago de Chile, DIBAM, verano de 2008.

Rama [2004]: Rama, Ángel, *La transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 2004.

Ramírez [1917]: Ramírez, Raúl, *Rabindranath Tagore. Poeta y filósofo hindú*, con tres comentarios líricos en verso y tres en prosa de Gabriela Mistral, Santiago de Chile, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1917.

Retamales [2008]: Retamales, Jaime, «Una creadora que no nos pertenece», *Patrimonio Cultural*, n.º 46, Santiago de Chile,

DIBAM, verano de 2008.

Reyes [1989]: Reyes, Alfonso, «Himno a Gabriela», en *Obras completas*, tomo XXII, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Rheinfelder [1954]: Rheinfelder, Hans, *Gabriela Mistral. Motive ihrer Lyrik*, Múnich, Bayerische Akademie der Wissenschaften, 1954.

Rodríguez Fernández [1989a]: Rodríguez Fernández, Mario, «Gabriela Mistral: la antimalinche», *Atenea*, n.os 459-460, Concepción, Universidad de Concepción, 1989, pp. 131-139.

Rodríguez Fernández [1989b]: Rodríguez Fernández, Mario, «La ley del tesoro: las palabra y el oro en *Tala*», *Signos*, n.º 27, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1989, pp. 105-110.

Rodríguez Fernández [1989c]: Rodríguez Fernández, Mario, «La mirada y la mano en *Desolación*», en *Gabriela Mistral. Homenaje al centenario de su natalicio. Estudios Filológicos*, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 1989, anejo 13, pp. 123-129.

Rodríguez Fernández [1989d]: Rodríguez Fernández, Mario, «"Alucinación" de *Tala*, otra lectura», *Acta Literaria*, n.º 14, Universidad de Concepción, Instituto de Lenguas, 1989, pp. 79-85.

Rodríguez Valdés [1990]: Rodríguez Valdés, Gladys, *Invitación a Gabriela Mistral (*1889-1957*)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Rojo [1997]: Rojo, Grínor, *Dirán que está en la gloria... (Mistral)*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Rosenbaum [1953]: Rosenbaum, Sidonia C., «Criollismo y casticismo en Gabriela Mistral», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1953, pp. 296-300.

Rubio [1995]: Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada*, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1995.

Saavedra Molina [1946]: Saavedra Molina, Julio, *Gabriela Mistral: su vida y su obra*, Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile, 1946.

Sáenz [2005]: Sáenz, Faustino, «Dossier de Gabriela Mistral», *Lengua*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, septiembre de 2005, pp. 73-75.

Sáenz de Medrano [1995]: Sáenz de Medrano, Luis, «Carta de Gabriela Mistral a Rubén Darío», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 24, Madrid, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, 1995, pp. 137-143.

Sánchez [1956]: Sánchez, Luis Alberto, «Gabriela Mistral», *Asomante*, n.º XII:2, San Juan, Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, 1956.

Santandreu [1958]: Santandreu, Cora, *Aspectos del estilo en la poesía de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Ediciones AUCh, 1958.

Santelices [1972]: Santelices E., Isauro, *Mi encuentro con Gabriela Mistral.* 1912-1957, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1972.

Scarpa [1977]: Scarpa, Roque Esteban, *La desterrada en su patria (Gabriela Mistral en Magallanes*, 1918-1920*)*, Santiago de Chile, Nascimento, 1977 (2 vols.).

Schopf [1982]: Schopf, Federico, «Reconocimiento de Gabriela Mistral», *Eco*, n.º 248, Bogotá, Librería Buchholz, junio de 1982, pp. 152-171.

Servodidio-Coddou [1980]: Servodidio, Mirella y Coddou, Marcelo, *Gabriela Mistral*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1980.

Silva [1969]: Silva, Hernán, «La unidad poética de *Desolación*», *Estudios Filológicos,* n.º 4, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 1968, pp. 152-175, y n.º 5, 1969, pp. 170-196.
Silva Castro [1935]: Silva Castro, Raúl, *Estudios sobre Gabriela Mistral,* Santiago de Chile, Zig-Zag, 1935.
Silva Castro [1957]: Silva Castro, Raúl, *Producción de Gabriela Mistral de* 1912 *a* 1918, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1957.
Silva Castro [1965]: Silva Castro, Raúl, «Notas sobre los "Sonetos de la muerte" de Gabriela Mistral», *Hispanic Review,* n.º 33:1, Filadelfia, University of Pennsylvania, 1965, pp. 57-62.
Sobrino Porto [1957]: Sobrino Porto, Leonidas, *Dios en la poesía de Gabriela Mistral,* Río de Janeiro, Escola Tipográfica Pio X, 1957.
Subercaseaux [1977]: Subercaseaux, Bernardo, «Gabriela Mistral: espiritualismo y "Canciones de cuna"», *Literatura Chilena en el Exilio,* n.º 1, Los Ángeles, Ediciones de La Frontera, 1977, pp. 5-10.
Tamura [1998]: Tamura, Satoko, *Los sonetos de la muerte de Gabriela Mistral*, Madrid, Gredos, 1998.
Taylor [1975]: Taylor, Martin C., *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral*, Madrid, Gredos, 1975.
Teitelboim [1991]: Teitelboim, Volodia, *Gabriela Mistral, pública y secreta,* Santiago de Chile, Ediciones BAT, 1991.
Torre [1938]: Torre, Guillermo, «Aproximaciones a *Tala*», *Sur,* n.º VIII: 45, Buenos Aires, 1938, pp. 70-75.
Torres Bodet [1957]: Torres Bodet, Jaime, «Homenaje a Gabriela Mistral», *Cuadernos,* n.º 23, París, marzo-abril de 1957, p. 16.
Torres Ríoseco [1962]: Torres Ríoseco, Arturo, *Gabriela Mistral*, Valencia, Castalia, 1962.
Undurraga [1953]: Undurraga, Antonio de, «¿Fueron doce los sonetos de la muerte de Gabriela Mistral?», *Atenea,* n.º 336,

Concepción, Universidad de Concepción, 1953, pp. 379-385.
Urzúa [1981]: Urzúa, María, *Gabriela Mistral, genio y figura*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1981.
Valdés [1994]: Valdés, Adriana, «Lectura de *Tala*», *Anales del Instituto de Chile*, 1994, Santiago de Chile, Instituto de Chile, pp. 309-319.
Valdés [2007]: Valdés, Enrique, *La prosa de Gabriela Mistral: época y estilo*, Concepción, Ediciones LAR, 2007.
Valéry [1947]: Valéry, Paul, «Gabriela Mistral», *Atenea*, n.os 269-270, Concepción, Universidad de Concepción, 1947, pp. 313-322.
Vandercammen [1959]: Vandercammen, Edmond, «Pasión y espiritualidad de Gabriela Mistral», *Les Langues Néolatines*, n.º LIII, París, Société des Langues Néo-Latines, 1959, pp. 1-8.
Vargas Saavedra [1970]: Vargas Saavedra, Luis, «Hispanismo y antihispanismo en Gabriela Mistral», *Mapocho*, n.º 22, Santiago de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, 1970, pp. 5-24.
Vargas Saavedra [1985]: Vargas Saavedra, Luis (ed.), *El otro suicida de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1985.
Vargas Saavedra [1988]: Vargas Saavedra, Luis (ed.), *Epistolario de Gabriela Mistral y Eduardo Barrios*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1988.
Vargas Saavedra [1991]: Vargas Saavedra, Luis (ed.), *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral y Alfonso Reyes*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile-Hachette, 1990.
Vargas Saavedra [2005]: Vargas Saavedra, Luis, «Dos versiones preliminares del poema “Cordillera”», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 6, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena, 2005, pp. 235-250.

Vargas Saavedra [2006]: Vargas Saavedra, Luis, «Estética de la perfectibilidad en Gabriela Mistral», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 7, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena, 2006, pp. 197-226.

Vargas Saavedra *et al.* [1993]: Vargas Saavedra, Luis *et al.* (eds.), *En batalla de sencillez. De Lucila a Gabriela (Cartas a Pedro Prado)*, 1915-1939, Santiago de Chile, Ediciones Dolmen, 1993.

Vergara [1983]: Vergara, Sergio, «Lectura de "La Copa" de Gabriela Mistral», *Estudios Filológicos*, n.º 20, Valdivia, Universidad Austral de Chile, Instituto de Filología, 1983, pp. 68-81.

Villegas [1977]: Villegas, Juan, *Interpretación de textos poéticos chilenos*, Santiago de Chile, Nascimento, 1977, pp. 49-94.

Vitier [1957]: Vitier, Cintio, *La voz de Gabriela Mistral*, Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 1957.

Wais [1955]: Wais, Kurt Karl Theodor, *Zwei Dichter Südamerikas. Gabriela Mistral*, *Rómulo Gallegos*, Berlín, Luchterhand, 1955.

Zegers [2008]: Zegers, Pedro Pablo, «Mil años esperaron que naciera», *Patrimonio Cultural*, n.º 46, Santiago de Chile, DIBAM, verano de 2008, p. 4.

Zemborain [2002]: Zemborain, Lila, *Gabriela Mistral. Una mujer sin rostro*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2002.

GLOSARIO

Este glosario está concebido como una herramienta de consulta que sirva al lector para tener una idea clara del significado de las voces comunes que se emplean a lo largo de la antología, fundamentalmente chilenismos, si bien algunas de las voces son compartidas por uno o más países de América. También se han incluido las acuñaciones propias de Mistral, dejando constancia de ello, y las voces del español general de difícil comprensión. Las pocas palabras procedentes de otras lenguas se han introducido marcándolas con cursiva.

El significado corresponde al sentido concreto que la palabra en cuestión tiene en cada contexto de Mistral; no se incluyen otras posibles acepciones de la voz.

En la gran mayoría de las acepciones, ofrecemos al lector definiciones glosadas, aunque también podrá encontrar palabras definidas por su correspondiente sinónimo en el español general.

Las entradas comienzan por el lema o expresión compleja en negritas, seguido después por la acepción correspondiente, detrás de la cual se indica la(s) página(s) donde se documenta en la antología.

En el caso de entradas de lema simple, si este tiene más de un significado, las acepciones se presentan en el orden de aparición en

la obra. Si la entrada contiene, además, expresiones complejas, estas se organizan en orden alfabético.

Cuando es necesario, se emplea la abreviatura V. para remitir a la entrada donde se presenta la definición de la palabra asociada, en cuyo caso la remisión se indica en versalitas. Las remisiones pueden ir separadas por punto y coma o por coma. En el primer caso, remiten a entradas distintas; en el segundo, a dos o más acepciones dentro de la misma entrada.

Se indican todas las páginas donde aparece el término, si no superan el número de tres; si rebasan este número, se usa *etc*. para señalar que hay más menciones dentro de la obra.

Las palabras derivadas (diminutivos, aumentativos, superlativos, etc.) merecen una entrada aparte bien cuando modifican el significado respecto a la base de la que provienen, bien cuando en la antología no aparece dicha base para poder deducir el derivado, o bien cuando el derivado respecto a la forma base resulta poco transparente.

abajado, da ‘bajo’; ‘bajado, reducido’
abajador, ra ‘que baja’
abajadura ‘bajada, descenso’
abajar ‘bajar’, *etc.*
ablución ‘purificación por medio del agua’
abra ‘abertura ancha y despejada entre dos montañas’, *etc.*
abrahámico, ca ‘de Abraham, personaje bíblico’
abrevar ‘beber’
abullonado, da ‘ahuecado, mullido, plegado de tela de forma esférica’
abundoso, sa ‘abundante’
acainado, da ‘propio de Caín’
acalenturado, da ‘febril, con fiebre’
acarnerado, da ‘embravecido, violento’
aceceo ‘jadeo, respiración dificultosa’
acedía ‘acedia, tristeza, angustia’
acedo, **da** ‘áspero, desabrido’; ‘agrio’
acendrado, da ‘sin mancha ni defecto’
acibarar ‘turbar el ánimo con algún pesar o desazón’
acidia ‘acedia, tristeza, angustia’
acigüeñado, da ‘propio de la cigüeña o semejante a ella’
acónito ‘planta ranunculácea con propiedades medicinales y venenosas’
acornejado, da ‘propio de la corneja, tipo de cuervo’
acre ‘áspero y picante al gusto y al olfato’, *etc.*
adamita ‘hombre, descendiente de Adán’
adiposo, sa ‘grasiento, cargado de grasa o gordura’
adoncellado, **da** ‘rejuvenecido, joven como una doncella’
adultez ‘condición de adulto, edad adulta’
afiebrar ‘calentar como lo hace la fiebre’
agave ‘pita, planta oriunda de Mé-xico’
agorero, ra ‘que anuncia algún mal o suceso futuro’
agraz ‘zumo que se saca de la uva no madura’; **en agraz** ‘antes de sazón y tiempo’
agringarse ‘tomar aspecto o costumbres de gringo, de estadounidense’
agriura ‘agrura, sabor acre o ácido’

aguada ‘sitio en que hay agua potable’
aguamarina ‘variedad de esmeralda de color verdemar’
aguijar ‘incitar, estimular’
agujilla: agujillas de cardo ‘planta de la familia de las Geraniáceas, de hojas recortadas y fruto largo y delgado en forma de aguja’
aimara ‘indígena que habita la región del lago Titicaca, entre Bolivia y Perú’
ajenjo ‘bebida amarga confeccionada con el jugo de la planta del mismo nombre que tiene uso medicinal’
alácrito, ta ‘alacre, animoso, alegre’, *etc.*
alanceado, da ‘herido por una lanza’
alancear ‘dar lanzadas’
albada ‘luz del alba, amanecer’
albatros ‘ave marina de plumaje blanco, muy buena voladora’, *etc.*
albatrós. V. ALBATROS.
albear ‘blanquear’
albo, ba ‘blanco’, *etc.*
albor ‘blancura perfecta, albura’
albricia ‘albricias, suerte, hallazgo o regalo’, *etc.*; **albricias** ‘juego infantil en el que se busca un objeto escondido’, *etc.*
albura ‘blancura perfecta’
alción ‘ave marina, martín pescador’, *etc.*
alcor ‘colina o collado’
alerce ‘árbol de considerable altura y cuyo fruto es una piña de menor tamaño que la del pino’
alfalfa ‘planta que se cultiva para pasto del ganado’
alforza ‘pliegue o doblez que se hace en ciertas prendas’
algarada ‘griterío, alboroto’
algarrobillo ‘algarrobilla, planta leguminosa utilizada para pasto’
alhucema ‘espliego, lavanda, planta aromática’
aliherido, **da** ‘que tiene las alas dañadas’
aljibe ‘depósito de agua’
almendrada ‘pasta hecha con almendras, harina, miel y azúcar’
almud ‘unidad de medida de granos, legumbres y otros frutos secos’
alpaca ‘mamífero rumiante de la familia de la llama, muy apreciado por su lana’

alzadura ‘altura, estatura’
amate ‘árbol de México de la familia de las Moráceas’
ámbar ‘resina fósil de color amarillo que se emplea en objetos de adorno’, *etc.*
ambrosía ‘manjar o bebida deliciosos’
amianto ‘mineral que se emplea en la fabricación de tejidos incombustibles’
ampo ‘blancura resplandeciente’
anaconda ‘serpiente de gran tamaño de la familia de las boas’
anegado, da ‘inundado’, *etc.*
anegar ‘inundar’, *etc.*
anémona ‘flor solitaria, grande y de color vivo’
ánfora ‘cántaro alto, estrecho y con dos asas que termina en punta’, *etc.*
antífona ‘breve pasaje de la Sagrada Escritura que se canta o reza antes y después de los salmos’
antojero, ra ‘caprichoso, antojadizo’
añil ‘arbusto perenne de flores rojizas’; ‘pasta de color azul oscuro que se extrae de los tallos y hojas de dicho arbusto’; ‘color azul oscuro’
aparcero, ra ‘socio, compañero’
aparragado, da ‘encogido, achaparrado’
apelicanado, da ‘semejante al pelícano’
apero ‘instrumento de labranza’
aplanamiento ‘acción de aplanar o aplanarse’
apuñado, da ‘cerrado, apretado’
apuñalear ‘apuñalar, dar de puñaladas’
arabesco ‘dibujo ornamental recargado’
araucaria ‘planta conífera ornamental originaria de América’
árbol: árbol-cedro ‘cedro, árbol alto, con tronco grueso y ramas horizontales’; **árbol-quina** ‘quino, árbol americano’; **árbol del bálsamo** ‘nombre genérico de distintos árboles y plantas que proporcionan sustancias de propiedades medicinales’; **árbol del fuego** ‘flamboyán, árbol con flores de color rojo anaranjado’; **árbol del pan** ‘árbol tropical que da un fruto comestible’, *etc.*
arcano, na ‘secreto, recóndito’
ardentía ‘ardor, encendimiento’
aria ‘composición musical cantada por una sola voz’

armadillo ‘mamífero de América meridional que posee un caparazón muy característico’
armiño ‘mamífero de pelaje muy suave, pardo en verano y blanquísimo en invierno’; ‘piel de este animal’
aromo ‘tipo de acacia cuya flor es la aroma’
aromoso, sa ‘aromático’
arrayán ‘mirto, arbusto oloroso de flores blancas’
arrebujar ‘cubrir bien y envolver la ropa arrimándola al cuerpo’
arribar ‘llegar’, *etc.*
arribo ‘llegada’
arriero, ra ‘persona que trajina con bestias de carga’
arrimo ‘apoyo, ayuda’
arrobado, da ‘embelesado, enajenado’
arrope ‘mosto cocido hasta que toma consistencia de jarabe’
arrorró ‘nana, canción de cuna’
arrullar ‘adormecer al niño con arrullos, cantos graves y monótonos’
arrullo ‘canto grave y monótono para adormecer a los niños’, *etc.*
artero, ra ‘mañoso, astuto’
áspid ‘serpiente venenosa’
atacameño, ña ‘de Atacama, provincia de Chile’
atajar ‘detener’
atarantado, da ‘aturdido o espantado’
atarantar ‘aturdir’, *etc.*
atizadura ‘acción de remover el fuego para que arda más’
atrabiliario, ria ‘de genio destemplado y violento’
atribulado, da ‘acongojado, apenado’, *etc.*
atrida ‘individuo de un linaje maldito, marcado por la violencia, según la mitología griega’
atrio ‘espacio de acceso a algunos edificios, frecuentemente descubierto’
aullado, da ‘que se emite como un aullido’
aureola ‘círculo que rodea a algo’; ‘brillo que da la fama o el prestigio’
aureolado, da ‘adornado con aureola o resplandor’
aurícula ‘prolongación de la parte inferior de las hojas’
ave-fría ‘avefría, ave migratoria de color verde oscuro’
aventamiento ‘acción de aventar’

aventar ‘echar al viento algo, especialmente los granos que se limpian en la era’, *etc.*
azafranado, da ‘del color del azafrán, amarillo anaranjado’
azalea ‘árbol pequeño con hermosas flores’
azogue ‘mercurio’; ‘líquido que se parece al mercurio en alguna de sus propiedades’
azorar ‘asustar, sobresaltar’
azoro ‘azoramiento, sobresalto’, *etc.*
azuleador, ra ‘que azulea, que muestra el color azul que tiene’
azulear ‘mostrar el color azul, tirar a azul’
azuloso, sa ‘azulado, de color azul o que tiende a él’
azur ‘azul, color azulado’
azurear ‘azulear, tirar a azul’
azureo ‘azul’

bajío ‘terreno bajo’
baladí ‘de poca importancia’
baldiísmo ‘cualidad de baldío, vacuidad’
baldío, a ‘vacío, sin fruto’, *etc.*
ballenero ‘barco dedicado a la captura de ballenas’
banal ‘insustancial, trivial’
bananero ‘banano, platanero’
banda ‘bandada de aves’, *etc.*
barométrico, ca ‘relativo a la presión atmosférica’
barragana ‘concubina, compañera’
barricada ‘obstáculo que sirve de parapeto’
basalto ‘roca volcánica, de color negro o verdoso’
basural ‘basurero, sitio donde se arroja la basura’
beduino, na ‘árabe nómada’
befa ‘burla que expresa desprecio’
befar ‘burlar, mofar’
beguina ‘begarda, hereje’
belfo ‘cada uno de los dos labios del caballo y de otros animales’, *etc.*
berceuse ‘canción de cuna’
bermejez ‘color bermejo, rojizo’
bermejo, ja ‘rojizo’, *etc.*

besador, ra ‘persona que besa’
blancor ‘blancura’
blanquidorado, da ‘de color blanco y dorado’
blondo, da ‘rubio’
boga ‘bogador, persona que rema’
bolsón ‘bolsa grande’
brazada ‘cantidad de leña, hierba, etc. que se puede llevar de una vez con los brazos’, *etc.*; ‘abrazo’
breña ‘tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza’
brocal ‘boca de un pozo’
bruñido, da ‘reluciente’
buhonero, ra ‘persona que vende objetos de poco valor’
bujeta ‘caja de madera’
bullanguero, ra ‘alborotador, amigo de bullicios’
bulto ‘volumen o tamaño de una cosa’, *etc.*

caballada ‘manada de caballos’
cabezal ‘almohada’; ‘cabecera’
cabezuela ‘parte superior de la flor’, *etc.*
cabo: al cabo ‘al fin, por último’
cabrilleo ‘agrupación de cabrillas, olas pequeñas, blancas y espumosas que se levantan en el mar cuando este empieza a agitarse’
cafetal ‘plantación de café’
caja: aventar con cajas destempladas ‘rechazar con aspereza o enojo’
calafate ‘calafateador, persona encargada de cerrar las junturas de las naves para que no entre agua’
calandria ‘pájaro de la familia de las alondras con gran facilidad para el canto’
calesa ‘carruaje abierto por delante’
caleta ‘barco que va tocando en las calas, fuera de los puertos mayores’
cáliz ‘copa o vaso’; ‘parte de la flor formado por hojas verdosas y recias’
callar: calla-callando ‘calladamente’
calmo, ma ‘calmado, tranquilo’
calofriar ‘causar escalofrío’
calofrío ‘escalofrío’
cananeo, a ‘de Canaán, antigua región del Próximo Oriente’

cancha ‘terreno, espacio, local o sitio llano y desembarazado’
candeal ‘relativo a una variedad de trigo que da harina blanca’; ‘blanco’
candiel ‘candial, blanco’
canícula ‘período del año en que es más fuerte el calor’
cansa-cielos ‘muy alto’
cantilena ‘cantar, copla, hecha generalmente para que se cante’
canturía ‘canto monótono’
cañamón ‘semilla del cáñamo empleado como alimento para pájaros’
cañaveral ‘sitio poblado de cañas’
caoba ‘árbol de America cuya madera es muy estimada’, *etc.*
capitalino, na ‘de la capital del Estado’
capitoso, sa ‘cálido y vigoroso’
caporal ‘capataz de una estancia de ganado’
cara: cara de Dios ‘pan amasado’
caramillo ‘flautilla de caña, madera o hueso, con sonido muy agudo’
carcajeador, ra ‘que ríe a carcajadas’
cardenillo ‘moho verdoso que se forma por la humedad en la ropa guardada’
cardenoso, sa ‘de color amoratado’
cardumen ‘conjunto, banco de peces’, *etc.*
carey ‘materia córnea que se extrae de la tortuga del mismo nombre y que se utiliza con un fin ornamental’
carioca ‘de Río de Janeiro’
carnazón ‘carnaza, abundancia de carnes’
carnudo, da ‘carnoso, que tiene muchas carnes’
carrascal ‘pedregal, sitio cubierto de piedras’
carrizal ‘planta gramínea que se cría cerca del agua’
carrizo ‘planta gramínea que se cría cerca del agua’, *etc.*
casal ‘casa solar’
cascajo ‘conjunto de guijos, fragmentos de piedra y de otras cosas que se quiebran’
casorio ‘casamiento’
catarinita ‘mariquita, insecto de color encarnado con puntos negros’
cauda ‘cola’
cáustico ‘sustancia que quema’
cedro ‘árbol alto, con tronco grueso y ramas horizontales’

cedrón ‘planta aromática con propiedades medicinales’
ceiba ‘árbol americano de tronco grueso y ramas rojizas’ *etc.*
ceibo ‘arbol americano notable por sus flores de cinco pétalos, rojas y brillantes’
celada ‘pieza de la armadura que servía para cubrir y defender la cabeza’
celar ‘encubrir, proteger’, *etc.*
ceniciento, ta ‘de color de ceniza’
cenit ‘mediodía’
cenital ‘relativo al cenit, punto culminante’
ceñidor ‘faja, o cinta con que se ciñe el cuerpo por la cintura’
ceñidura ‘acción de ceñir’
cercén: a cercén ‘enteramente’
cerner ‘mantener en el aire’
cerviz ‘cuello’
chacal ‘mamífero carroñero, similar al lobo’
chalán, na ‘tratante en compras y ventas, especialmente de caballos u otras bestias, y tiene para ello maña y persuasiva’
chantre ‘dignidad de las iglesias catedrales, a cuyo cargo estaba antiguamente el gobierno del canto en el coro’
chañar ‘árbol espinoso de corteza amarilla’
chasqui ‘correo quechua’
chilla ‘especie de zorra de menor tamaño que la europea común’
chilote ‘natural de Chiloé, archipiélago chileno’
chinchilla ‘mamífero roedor de la América Meridional, similar a la ardilla, de piel muy apreciada’
chino, na ‘persona aindiada’
chirle ‘insípido, insustancial’
chisporroteador, ra ‘que despide chispas reiteradamente’
chochez ‘senilidad, condición de la debilidad de las facultades de alguien’
cilicio ‘faja de cerdas o eslabones con púas que por mortificación se lleva ceñida al cuerpo, directamente sobre la piel’
cimarrón, na ‘salvaje, no domesticado’
cimbrear ‘cimbrar; mover una vara larga o algo flexible, asiéndola por un extremo y vibrándola’
cimera ‘la cima o parte más alta o destacada de algo’

cinamomo ‘árbol exótico y de adorno, de la familia de las Meliáceas cuya madera es dura y aromática’
cincel ‘herramienta con boca acerada que sirve para labrar a golpe de martillo piedras y metales’
cíngulo ‘cordón o cinta con que el sacerdote se ciñe el alba’
cintajo ‘despectivo de cinta’
cisco ‘cosa menuda que puede usarse como combustible’
cisterna ‘depósito de agua’
cítara ‘instrumento de cuerda antiguo parecido a la lira’
civeta ‘gato de algalía, pequeño carnívoro asiático de pelaje gris, corto, suave y con muchas manchas negras’
clavelina ‘clavellina; planta y flor más pequeñas que el clavel común’
clavo: **clavito de olor** ‘clavo, especia’
clemente ‘que tiene compasión, moderación al aplicar justicia’, *etc.*
climatérico, ca ‘climático, relativo al clima’
cofia ‘prenda femenina, generalmente blanca y de pequeño tamaño, que se pone en la cabeza’, *etc.*
cogollo ‘brote que arrojan los árboles y otras plantas’, *etc.*; ‘parte interior’
coipo ‘roedor de hábitos acuáticos, cuyo pelaje es muy valorado comercialmente’
cojín: cojín de luna ‘ el que tiene esta forma’
colindar ‘lindar entre sí, estar contiguos’
comadre ‘vecina y amiga con quien tiene otra mujer más trato y confianza que con las demás’; ‘persona que asiste a la parturienta’
combo ‘mazo, martillo grande’
compaña ‘compañía’
compunción ‘dolor por los pecados cometidos’
concha-perla ‘concha de perla, madreperla’
contra-amapola ‘planta y flor en contraste con el colorido de la amapola’
contra-madre (acuñación mistraliana) ‘la muerte’
conturbar ‘alterar, turbar’
conversaduría ‘conversación, charla’
convocación ‘convocatoria, reunión’
copaiba ‘árbol de la familia de las Papilionáceas, propio de la América meridional que se emplea en medicina contra las inflamaciones de las mucosas’

copal ‘árbol americano de la familia de las Burseráceas y también la resina que produce’
copihue ‘planta americana de flores rojas o blancas, emblema nacional de Chile’
corcovado, da ‘encorvado, que tiene corcovas’
corcoveo ‘salto que da un animal encorvando el lomo’
cordaje ‘conjunto de cuerdas de un instrumento musical’
cordillerano, na ‘de la cordillera montañosa’
corneja ‘ave rapaz parecida al cuervo’
coyota ‘hembra del coyote’
crencha ‘cabellera, trenza’
crinado, da ‘de cabello largo, como crines’
crispadura ‘crispación, acción de crisparse’
crótalo ‘serpiente venenosa’; ‘instrumento musical similar a la castañuela’
cuajarón ‘porción de líquido que se cuaja’
cuajo ‘efecto de cuajar o cuajarse alguna cosa’, *etc.*
cuarteta ‘copla o cancioncilla de cuatro versos’
cuelludo, da ‘que tiene el cuello ancho o largo’
cuido ‘cuidado’
culebreo ‘acción deshonesta’
culpeo ‘zorra más grande que la común, de color más oscuro y cola menos pelosa’
cuye ‘cuy, conejillo de Indias, roedor’

dable ‘posible’
dantesco, ca ‘espantoso, infernal’
dedada ‘porción que se puede tomar de una sustancia con el dedo’
dejo ‘acento o modo peculiar del habla’, *etc.*
demiurgo ‘dios creador, según la antigua filosofía’
dengoso, sa ‘melindroso, delicado en exceso’
dentera ‘sensación desagradable en dientes y encías’; ‘ansia o deseo vehemente’
denuedo ‘brío, fuerza’
derechura ‘dirección, rumbo directo’
desamorado, da ‘que no tiene amor, o no lo manifiesta’
desatentado, da ‘que obra fuera de razón y sin tino ni concierto’

desatento, ta ‘descortés, falto de urbanidad’
descuajar ‘arrancar de raíz’, *etc.*
desflocado, da ‘desflecado, deshilachado’
desmaño ‘desaliño, descuido’
desmigado, da ‘disperso’
desollado, da ‘sin piel’, *etc.*
desuello: en desuello ‘sin envoltura ni adorno’
desvariador, ra ‘delirante, que hace y dice despropósitos’
devanadera ‘instrumento giratorio para tejer’
devanar ‘dar vueltas a un hilo alrededor de un eje’
devaneo: a devaneo ‘sin orden’
devolvedor, ra ‘que devuelve o refleja’
diaconesa (acuñación mistraliana) ‘femenino de diácono, ministro eclesiástico inmediatamente inferior al sacerdocio’
difteria ‘enfermedad febril que forma membranas en las mucosas y heridas’
diorita ‘roca eruptiva y granosa’
disimilación ‘alteración de un sonido para diferenciarlo de otro semejante y próximo’
dolo ‘engaño, fraude’
donaire ‘gallardía, gracia, agilidad’, *etc.;* **a donaire** ‘con soltura y agilidad’
doncellear acuñación mistraliana ‘lucir como doncellas’
donoso, sa ‘que tiene donaire y gracia’
donosura ‘donaire, gracia’
dulcedumbre ‘dulzura, suavidad’

efigie ‘imagen o representación de una persona’
egotismo ‘sentimiento exagerado de la propia personalidad’
egotista ‘egocéntrico’
élan ‘impulso’
elegía ‘composición lírica de lamento, generalmente por la muerte de alguien’
elquinado, da ‘elquino, de Elqui’
elquino, na ‘de Elqui, provincia de Chile’
embebecido, da ‘embelesado, pasmado’
embeber ‘empapar, llenar de líquido’

embocadura ‘paraje por donde los buques penetran en los ríos que desembocan en el mar’
embreado, da ‘untado de brea’
empadronadora ‘persona que forma los padrones o libros de censo’
empavesado ‘cubierto de tela’; ‘adornado con telas y banderas’
empedernido, da ‘endurecido’
empellón ‘empujón recio dado con el cuerpo’
emponzoñado, da ‘infectado con ponzoña, sustancia nociva’
empurpurado, da ‘enrojecido o coloreado de púrpura’
enarbolado, da ‘levantado en alto’
encañadura ‘formación del caño o tallo de las plantas’
encañar ‘poner cañas para sostener las plantas’
encardar ‘cardar, sacar el pelo a los tejidos’
enceguecer ‘cegar, quitar la vista’
enceguecido, da ‘ciego’
encopetado, da ‘elevado en alto formando un copete o penacho’
endrino, na ‘de color negro azulado como la endrina’
engruesar ‘hacer más grueso’
enjutez ‘sequedad, delgadez’
enjuto, ta ‘seco, que tiene pocas carnes’, *etc.*
enmallotar (acuñación mistraliana) ‘enmallar, quedar sujeto entre las mallas de una red’
enmielado, da ‘untado con miel’
ensalmuerado, da (acuñación mistraliana) ‘mojado con agua salada’
ensortijadura acuñación mistraliana ‘rizo del pelo con forma de sortija’
entrabada ‘traba, ligadura’
entrabado, da ‘ennlazado, unido, ligado’
entrevero ‘desorden’
epitalámico, ca ‘relativo al epitalamio, composición lírica en celebración de una boda’
errabundo, da ‘errante, que va de una parte a otra sin tener asiento fijo’
errador, ra ‘errante, que anda de una parte a otra’
escamoteado, da ‘robado, desaparecido’
escardar ‘arrancar los cardos y otras hierbas nocivas de los sembrados’
escarmenar ‘desenmarañar, desentrañar’
escarpín ‘patuco, calzado de punto para bebés’

escita ‘del pueblo nómada que vivió en Escitia, región de la antigua Asia’
escondedero ‘escondite, lugar apropiado para esconder algo’
escriba ‘copista que escribía al dictado en la Antigüedad’
esmirriado, da ‘flaco, endeble, sin fuerza’
especiería ‘conjunto de especias’
espejeador, ra ‘que reluce como un espejo’
espejear ‘relucir o resplandecer como un espejo’, *etc.*
espiguilla ‘espiga pequeña o púa de algunas plantas’
espinal ‘espinar, sitio poblado de espinos’
espinar ‘sitio poblado de espinos’
espino ‘árbol de ramas espinosas y flores perfumadas’, *etc.*
esponjado, da ’ahuecado, mullido’, *etc.*
esponjadura ‘efecto de esponjarse, hincharse’
espumajeo ‘abundancia de espuma’
esquila ‘cencerro pequeño en forma de campana’
estandarte ‘trozo de tela con una divisa o insignia’
estera ‘tejido que se tiende en el suelo para dormir’
estero ‘terreno pantanoso’
esteva ‘pieza del arado que se aprieta para abrir la tierra’
estigma ‘marca o señal en el cuerpo’; ‘afrenta, deshonor’
estorboso, sa ‘que estorba o dificulta’
estrago ‘daño hecho por alguna catástrofe’
éter ‘poéticamente el cielo’
exangüe ‘desangrado, muerto’
exhalación ‘expulsión de vapor u olor’
expresional ‘expresivo’

faisán ‘ave de caza con penacho de plumas en la cabeza y cola muy larga’, *etc*.
faldeo ‘faldas de un monte’; ‘acción de faldear o caminar por la falda de un monte’
falerno ‘vino italiano de Falerno’, *etc*.
falsía ‘falsedad, doblez’
felibre ‘poeta provenzal’
felpa ‘tejido que tiene pelo por el haz’
filialmente ‘con amor de hijo’

filibustero ‘pirata’
filudo, da ‘de filo muy agudo’
flagelado, da ‘maltratado con azotes’
flamboyán ‘árbol que da flores de color rojo anaranjado’
flambuayano, na ‘relativo al flamboyán’
flor: flor de la maravilla ‘girasol’; **flor del fuego** ‘flamboyán, árbol que da flores de color rojo anaranjado’
fojear ‘hojear, pasar las hojas’
fontana ‘manantial que brota de la tierra’
foquero ‘persona encargada del foque, vela mayor de un barco’
forzadura ‘imposición, obligación’
fragosidad ‘aspereza y espesura de los montes’
frenesí ‘violenta exaltación del ánimo’; ‘delirio furioso’
fresno ‘árbol de gran tamaño, de tronco grueso y muy ramoso’
frijol ‘judía’
friolento ‘friolero, muy sensible al frío’
frondazón (acuñación mistraliana) derivada del francés ‘frondosidad’
frutillar ‘terreno donde se crían frutillas, especie de fresón’
fucsia ‘arbusto que tiene flores de color rojo oscuro’, *etc.*

galanear (acuñación mistraliana) ‘mostrarse con gracia como un galán’
galeoto ‘galeote, hombre que remaba forzado en las galeras’
gamo: como el gamo ‘muy velozmente’
gardenia ‘planta verde brillante y de flor blanca y olorosa’
garfio ‘instrumento de hierro, curvo y puntiagudo, para afrentar un objeto’, *etc.*
gavilla ‘conjunto de mieses mayor que el manojo y menor que el haz’, *etc.*
gayo, ya ‘alegre y vistoso’
géiser ‘fuente termal intermitente en forma de surtidor’
genciana ‘planta medicinal de flores amarillas’
gibado, da ‘jorobado, corcovado’
gnomo ‘ser fantástico benévolo con forma de enano’, *etc.*
gorjeante ‘que gorjea, o hace quiebros con la voz’
gorjeo ‘acción de gorjear, hacer quiebros con la voz’
grama ‘planta medicinal de tallo rastrero y flor en espiga’
graso, sa ‘pingüe, mantecoso, gordo’

gravidez ‘carga, peso’
grávido, da ‘embarazada’; ‘lleno, cargado’
greca ‘figura geométrica’, *etc.*
greda ‘arcilla arenosa utilizada como quitamanchas’, *etc.*
gredoso, sa ‘relativo a la greda, arcilla arenosa’
greña ‘cabellera revuelta y mal compuesta’, *etc.*
grey ‘rebaño’
grosura ‘sustancia grasa y mantecosa’
guagüetear ‘guagatear, mimar a los niños pequeños’
guayacán ‘árbol americano medicinal de madera muy dura’
guedeja ‘mechón’, *etc*.
guija ‘piedra lisa y pequeña a orillas de ríos y arroyos’

hacendado, da ‘dueño de la hacienda o finca agrícola de un campo’
halalá interjección que se usa para expresar asombro o admiración
halalí ‘sonido que anuncia al cazador que se ha cobrado una presa’
hálito ‘aliento, exhalación o vapor que algo arroja’, *etc*.
halo ‘círculo de luz difusa en torno a un cuerpo luminoso’
harpa ‘arpa, instrumento musical de cuerdas verticales que se toca con las dos manos’
harto ‘bastante, demasiado’
hender ‘rajar, abrir, agrietar’
hendido, da ‘rajado, abierto’
hendija ‘hendidura, corte’
heráldica ‘arte de explicar los escudos de armas de cada linaje, ciudad o persona’
herbazal ‘sitio poblado de hierbas’
hidromiel ‘agua mezclada con miel’, *etc*.
higuera: higuera de leche ‘tipo de higuera’
higuerada ‘conjunto de higueras’
higueral ‘sitio poblado de higueras’
hilacha ‘pedazo de hilo que se desprende de la tela’
hiperbóreo, a ‘que vive en regiones muy septentrionales’
hispanizador, ra ‘individuo que imprime carácter hispánico a algo o a alguien’
hojazones ‘abundancia de hojas’

hollar ‘pisar’
hondeado, da ‘disparado con honda, tira de cuero para arrojar piedras’
hondear ‘disparar la honda, tira de cuero u otros materiales para lanzar piedras’
hondón ‘lugar profundo y hueco’, *etc.*
hondor ‘hondura, profundidad’
hormiguero ‘conjunto de hormigas’
hornaza ‘horno pequeño que usan los plateros y fundidores de metales’
horqueta ‘herramienta con dientes para remover la tierra y recoger la paja’
hosanna ‘himno que se canta el Domingo de Ramos’
huemul ‘especie de ciervo andino que habita en estepas y bosques abiertos’, *etc*.
huero, ra ‘vacío y sin sustancia’, *etc.*
huesa ‘fosa para enterrar un cadáver’, *etc.*
huiro ‘instrumento rítmico popular de origen antillano de efecto acústico muy particular’
humus ‘capa superficial del suelo hecha por la descomposición de materiales’
hurtar ‘esquivar, apartar, desviar’, *etc.*

ijar ‘ijada del hombre y de algunos mamíferos’
impávido, da ‘impertérrito, sereno ante el peligro’
imponderable ‘que no puede pesarse’
incruento, ta ‘no sangriento’
indiada ‘muchedumbre de indios’
inefable ‘que se no puede explicar con palabras’, *etc.*
insanía ‘insania, locura’
invernada ‘estación de invierno’
ismaelita ‘árabe, como descendiente de Ismael, personaje bíblico’

jacarandá ‘árbol ornamental americano de follaje caedizo y flores de color azul violáceo’
jade ‘piedra muy dura y de aspecto jabonoso que se halla entre las rocas cristalinas’
jadeado, da ‘jadeador, que jadea’, *etc*.
jadeador, ra ‘que respira fatigosamente por algún trabajo o ejercicio’

jaguar ‘felino americano que vive en zonas pantanosas de América’
jalón ‘vara que se clava en la tierra para determinar puntos fijos cuando se levanta el plano de un terreno’
jalonar ‘alinear con jalones’
jarcia ‘conjunto de cabos y aparejos de un buque’; ‘conjunto de instrumentos y redes para pescar’
jaspeado, da ‘veteado o salpicado de pintas, como el jaspe’
jayán ‘persona de gran estatura, robusta y de muchas fuerzas’
jeme ‘pequeña medida de una cosa’
jengibre ‘planta aromática y medicinal con hojas en forma de espiga, de sabor picante’
jesucristiano, na ‘relativo a Jesucristo’
jícara ‘vasija pequeña en forma de vaso hecha con el fruto de la calabaza’
joyel ‘joya pequeña’
jubilar ‘jubiloso, alegre’
juego: juego de albricias. V. ALBRICIA.
jugarreta ‘juego, ejercicio lúdico’, *etc.*
juncal ‘sitio poblado de juncos’
juncia ‘planta medicinal y olorosa, de cañas triangulares y flores verdosas en espigas’

kadí ‘entre turcos y moros, juez que entiende en las causas civiles’
Korán ‘Corán, libro que contiene las revelaciones de Dios a Mahoma’

labrantío ‘campo o tierra de labor’
laca ‘sustancia coloreada que se emplea en la pintura’
laciedad ‘flojedad, debilidad’
ladinamente ‘astutamente, taimadamente’
ladino, na ‘astuto, taimado’
lagar ‘recipiente donde se pisa la uva para obtener el mosto’
lagartear ‘actuar como un lagarto’
lampo ‘resplandor o brillo fugaz como el relámpago’
landa ‘gran extensión de tierra donde se crían plantas silvestres’
langostino ‘crustáceo marino de carne muy apreciada’
lanzadera ‘pieza cerámica en forma de barco para tramar los hilos’; ‘medio de transporte rápido, de ida y vuelta entre dos ciudades’

lanzado, da ‘muy veloz o emprendido con mucho ánimo’
lar ‘dios de la casa u hogar’
laya ‘calidad, especie, clase’
lebrel ‘variedad de perro muy apto para la caza de las liebres’, *etc.*
légamo ‘cieno, lodo’
lenguaraz ‘deslenguado, atrevido en el hablar’
leticia ‘alegría, regocijo, deleite’
libador, ra ‘dicho especialmente de las abejas. Sorber suavemente el jugo de las flores, gustar un licor paladeándolo’
liberamiento ‘liberación, acción de poner en libertad’
liguana ‘iguana, tipo de reptil parecido al lagarto’
lígure ‘ligur, de Liguria, región de la antigua Italia’
ligurio, ria (acuñación mistraliana) ‘de Liguria, región de la antigua Italia’
limo ‘lodo, cieno’, *etc.*
limpia ‘limpieza’
linaza ‘simiente del lino que machacada o a presión tiene diversos usos y echada en agua da un mucílago de aplicación en la industria’
linfa ‘tipo de líquido sanguíneo’
llagarse ‘hacerse llagas’
llanada ‘campo llano’, *etc.*
llantén ‘planta menuda de flor en espiga’
logos ‘discurso que da razón de las cosas’
lonja ‘loncha, pedazo que se separa o corta’
lucerada (acuñación mistraliana) ‘brillo del lucero del alba’
luma ‘árbol chileno de la familia de las Mirtáceas, que crece hasta veinte metros de altura’
lunada ‘luz de la luna’

madre-augur ‘mujer que adivina o profetiza’
madreperla ‘molusco con concha de nácar que suele contener perlas’
maguey ‘planta de la pita con la que se hacen tejidos y de la que se fabrica una bebida alcohólica’
magullado, da ‘dañado, golpeado’
magulladura ‘daño provocado por contusión o golpe sin dejar herida’
maitén ‘árbol chileno de hojas dentadas muy apreciadas por el ganado vacuno’, *etc.*

majada ‘lugar donde se recoge el ganado y se albergan los pastores’, *etc.*
majado, da ‘golpeado, machacado’
majador, ra ‘machacador’
majar ‘machacar’
mal: malhayan ‘interjección que se usa para maldecir o desear mal, mal haya’
malaventuranza ‘infelicidad, desdicha, infortunio’
maldadoso, sa ‘que comete maldades’
malhadado, da ‘infeliz, desgraciado, desventurado’
malhayan. V. MAL.
malvasía ‘uva muy dulce y fragante producida por la vid que lleva su mismo nombre’
malvavisco ‘planta medicinal perenne de un metro de altura’
mamey ‘árbol americano de gran altura’
maná ‘manjar milagroso, enviado por Dios a modo de escarcha, para alimentar al pueblo de Israel en el desierto’; ‘líquido azucarado y purgante que fluye por hojas y ramas de algunos vegetales’
manadero ‘manantial’
manar: mana que mana ‘que fluye constantemente’
manchón ‘espesura de los matorrales’
mango ‘árbol de la familia de las Anacardiáceas, fruto de este árbol’
manigua ‘conjunto espeso de hierbas y arbustos tropicales’
manteo ‘manta, tunda, paliza’
manumiso, sa ‘horro, que habiendo sido esclavo ha alcanzado la libertad’
maravilla ‘ girasol, la flor de la maravilla’
marrullero, ra ‘tramposo, astuto’
marta ‘mamífero carnicero apreciado por su piel’
más: no más ‘solamente’, *etc.*
mascadura ‘rozamiento, raspadura’
masía ‘casa de labor con finca agrícola y ganadera’
maternizarse ‘hacerse maternal’
matiz ‘gradación de un color’
matrero, ra ‘fugitivo que buscaba el campo para escapar de la justicia’
matriarca ‘que ejerce el matriarcado, organización social en que el mando residía en las mujeres’

maya ‘individuo de las tribus indias que habitan Yucatán, Guatemala y otras regiones próximas’, *etc.*; ‘perteneciente o relativo a dichas tribus’; **maya-quiché** ‘pueblo indígena de Guatemala’
mayólica ‘loza común con esmalte metálico’
mayorazgo ‘primogenitura, preeminencia’
mazorcada ‘conjunto de mazorcas de maíz’
mazorcal. V. MAZORCADA.
mecedura ‘acción de mecer, vaivén’
mecida ‘acción de mecer’
medioeval ‘medieval, propio de la Edad Media’
mejorana ‘hierba olorosa con propiedades medicinales’
melga ‘faja de tierra que se marca para sembrar’
melificado, da ‘que se parece a la miel’
mentar ‘nombrar o mencionar’, *etc*.
mexitli ‘pueblo indígena que habitaba en México’
miaja ‘migaja, parte pequeña de algo’
michoacano, na ‘del estado mexicano de Michoacán’
mies ‘cereal de cuya semilla se hace el pan’, *etc.*
migajón ‘miga de pan’
miliunachesco, ca acuñación mistraliana construida sobre la base de *Las mil y una noches*
milonga ‘baile tradicional argentino’
milpa ‘maizal, terreno sembrado de maíz’
miraje ‘espejismo, ilusión óptica en el desierto’
mirra: mirra-copaiba ‘resina que se extrae de la copaiba o copayero’; **mirra-copal** ‘resina que extrae del copal’
miserere ‘canto solemne de la Semana Santa’
moabita ‘de la región del Moab, en Arabia’
mocería ‘mocerío, conjunto de mozos o de gente joven’
moledor, ra ‘que muele’
mondo, da ‘limpio, sin mezcla de otra cosa’
moulage ‘moldeado’
mucílago ‘sustancia viscosa que se extrae de algunos vegetales como la linaza’
mulada ‘conjunto de mulas’
muriente ‘que se está muriendo’

muslín ‘muslim, árabe o musulmán’

nadir ‘punto opuesto al cénit’
narigada ‘porción mínima’
natalicio ‘día del nacimiento, cumpleaños’
natura ‘naturaleza’
neblí ‘ave de rapiña de plumaje azulado muy apreciada en cetrería’
nectario ‘glándula de la flor que segrega jugo como el néctar’
nevera ‘lugar donde se acumula la nieve conservándose durante todo el año’, *etc*.; ‘nieve’
nidada ‘conjunto de los huevos o polluelos de un nido’, *etc.*
nidal ‘nido, lugar donde la gallina u otra ave doméstica va a poner los huevos’
nimbo ‘aureola’
nisperal ‘sitio donde hay muchos nísperos’
noche: noche de San Juan ‘festividad en la que se celebra la llegada del solsticio de verano y se suele encender hogueras’
nonada ‘cosa de insignificante valor’, *etc.*
nopal ‘planta de la familia de las Cactáceas, de unos tres metros de altura, tiene por fruto el higo chumbo’
noticiar ‘hacer saber algo’
nupcias ‘casamiento, boda’
nutridor, ra ‘que nutre o alimenta’
nutrimiento ‘acción y efecto de nutrirse’

ocotillo ‘nombre genérico de varias especies de pino americano’
odre ‘bota o pellejo, cuero para contener líquidos’
ojidorado ‘de color de ojos dorados, el mediodía soleado’
ojo: ojo de agua ‘manantial’
ópalo ‘mineral silíceo de colores diversos’
operoso, sa ‘que trabaja mucho y afanosamente’
opio ‘narcótico’
oreo ‘soplo del aire que da suavemente en algo’
órgano ‘nombre genérico para referirse a varias especies de cactos altos y rectos’
orquestación ‘acción y efecto de orquestar’

otero ‘cerro aislado que domina un llano’

padecedor, ra ‘que padece o sufre’
paga: de paga ‘que recibe dinero a cambio de su trabajo’
paganía ‘grupo de personas que profesa otra religión’
pajonal ‘terreno cubierto de paja’
pajuela ‘paja pequeña que arde con llama’
paletada ‘porción que la paleta o la pala puede coger de una vez’
palma ‘palmera, árbol de gran tamaño, tronco cilíndrico y copa sin ramas formada por hojas’, *etc*.; **palma real** ‘árbol de la familia de las Palmas, de flor blanca y fruto muy apetecido por los cerdos’
palmar ‘lugar donde se cría la palma’
palmoteado, da ‘golpeado con palmas’
palo: palo-rosa ‘madera de un árbol americano muy estimada en ebanistería, sobre todo para muebles pequeños’
paloma: paloma zurita ‘especie de paloma silvestre que vive en el campo’
palor ‘palidez’
palpitador ‘que palpita’
palpo ‘gusto, para tomar y examinar los objetos’
pampa ‘llanura extensa de América meridional sin vegetación arbórea’, *etc.*
pámpano ‘sarmiento verde, tierno y delgado, o árbol nuevo de la vid’
pampero, ra ‘relativo a la pampa, llanura del centro de Argentina’
panamá ‘camoruco, árbol grande de frutos comestibles’
pantagruélico, ca ‘voraz, que come mucho y con avidez’
parchado, da ‘que tiene parches’
pardi-jaspeado, da (acuñación mistraliana) ‘unión de pardo y jaspeado, veteado o salpicado de pintas pardas’
parejura ‘igualdad o semejanza’
parlería ‘verborrea, abundancia en palabras’
parva ‘mies tendida en la era antes de separar el grano’, *etc.*; ‘montón, cantidad de algo’
parvedad ‘pequeñez, poquedad, cortedad o tenuidad’
pascual ‘perteneciente o relativo a la Pascua’
pastal ‘pastizal, terreno de abundante pasto’, *etc.*
pastoreador, ra ‘persona que cuida el ganado’

patriarcalismo ‘patriarcado**,** organización social en que la autoridad es ejercida por los varones’
pavesa ‘parte ligera que salta de una materia inflamada y acaba por convertirse en ceniza’, *etc.*
pávido, da ‘tímido, medroso o lleno de pavor’
payador, ra ‘poeta o cantor popular que, acompañándose con una guitarra, improvisa sobre temas variados’
peán ‘canto coral griego en honor de Apolo, con frecuencia de carácter guerrero’
peana ‘basa, apoyo o pie para colocar encima una figura u otra cosa’, *etc.*
peca ‘mancha pequeña, de color café o rojiza, que sale en la piel por efecto de los rayos solares’
pecho: pecho a pecho ‘con confianza’
pecíolo ‘rama pequeña que sostiene la hoja’
peladero ‘terreno pelado, desprovisto de vegetación’
pelambre ‘conjunto de pelo abundante en todo el cuerpo’
pelotaris: pelotari ‘jugador de pelota en un frontón’
percal ‘tela de algodón de escaso precio’
pergenio ‘persona demasiado niña o pequeña’
pericón ‘baile popular de la Argentina y del Uruguay que se acompaña de guitarras y se interrumpe para que los bailarines digan coplas’
permeadura ‘cualidad de permeable’
pernada ‘golpe o movimiento violento que se da con la pierna’
pespunteado, da ‘que tiene pespuntes, puntadas de costura’
petrel ‘ave palmípeda, voladora, del tamaño de una alondra, común en todos los mares’, *etc.*
pichón ‘pollo de la paloma casera’
piedra: piedra-alumbre ‘sulfato doble de alúmina y potasa que se usa en tintorería y medicina’
pinino ‘pinito, cada uno de los pasos que da el niño al aprender a andar’
pino: pino-ocote ‘nombre genérico de varias especies de pino americano, aromático y resinoso’
pintador, ra ‘que pinta o broncea’
pintureado, da acuñación mistraliana ‘pintarrajeado’
pinturear ‘pintorrear, manchar de varios colores y sin arte’
pío, a ‘benigno, blando, misericordioso, compasivo’

pionerismo ‘cualidad de pionero, persona que inicia una actividad’
pira ‘hoguera’
pitahaya ‘planta trepadora de la familia de las Cactáceas y de flores encarnadas o blancas según sus variedades que dan fruto comestible’
planta: planta loca ‘hierba loca, planta chilena nativa’
platanal ‘platanar, conjunto de plátanos que crecen en un lugar’
pleamar ‘fin o término de la creciente del mar’
plebe ‘clase o género más ínfimo’
plebeyo, ya ‘propio de la plebe o perteneciente a ella’, *etc.*
plexo ‘red formada por varios filamentos nerviosos y vasculares entrelazados’
plumazón ‘conjunto de plumas de un ave’
plumilla ‘plumón, pluma muy fina, semejante a la seda, que tienen las aves debajo del plumaje exterior’
poetillo, lla ‘poeta de poca importancia’
pollada ‘conjunto de pollos pequeños’
poma ‘manzana, fruto’
pomar ‘sitio, lugar o huerta donde hay árboles frutales, especialmente manzanos’, *etc.*
pomo ‘frasco pequeño destinado a contener perfume’
pordiosear ‘mendigar, pedir limosna’
porfía ‘acción de disputar y altercar obstinadamente y con tenacidad’
portorriqueño, ña ‘de Puerto Rico’, *etc.*
posadura ‘acción de posar’
postrero, ra ‘último en una lista o serie’
postrimería ‘último período o últimos años de la vida’
potrero ‘terreno cercado con pastos para alimentar y guardar el ganado’
pradería ‘conjunto de prados’
preces ‘ruegos, súplicas’
precito, ta ‘condenado a las penas del infierno, réprobo’
predio ‘heredad, hacienda, tierra o posesión inmueble’
presto ‘al instante, con gran prontitud y brevedad’
probidad ‘honradez, integridad’
prócer ‘eminente, elevado, alto’
projimista ‘amigo del prójimo y de la convivencia’
pronto, ta ‘veloz, ligero’; ‘dispuesto, apto’

protervo ‘perverso, obstinado en la maldad’
puelche ‘viento que sopla de la cordillera de los Andes’
puma ‘felino americano, rojizo o leonado, que vive en serranías y llanuras’, *etc.*
puna ‘tierra alta y próxima a la cordillera de los Andes’, *etc.*
punzada ‘herida ocasionada por la punta de un objeto’
purpurino, na ‘de color púrpura, rojo que tira a violado’
purulento ‘que tiene pus’

quebracho ‘árbol americano de madera muy dura’
quebrada ‘paso estrecho entre montañas’; ‘hendidura de una montaña’
quebrajadura ‘resquebrajadura, hendidura’
quebranto ‘quiebra, rotura’
quechua ‘perteneciente al indio que habitaba en la región de Cuzco’, *etc.*
quedo, da ‘quieto, sosegado’
quemante ‘que quema, abrasa con fuego’
quena ‘flauta aborigen del Altiplano construida con caña, hueso o barro’
querencia ‘sitio donde una persona se ha criado o al que se suele acudir’
querencioso, sa ‘que tiene inclinación por acudir a un lugar habitual’
quetzal ‘ave propia de la América tropical, de colores llamativos y una larga cola muy característica’; ‘relativo al quetzal’
quiché ‘individuo perteneciente a este grupo étnico indígena de Guatemala’
quiebra ‘grieta, rotura’
quila ‘especie de bambú resistente’
quillay ‘árbol de gran tamaño, madera útil y corteza usada como jabón’
quisco ‘especie de cacto espinoso que crece en forma de cirio’
quito, ta ‘quiteño, de Quito’

radium ‘radio, metal de color blanco brillante y muy radiactivo’
ralear ‘hacerse ralo, perder densidad o solidez’
rapaz ‘muchacho de corta edad’
rasado, da ‘raso’
rasar ‘igualar, allanar la tierra o el suelo’; ‘rozar ligeramente’
rebalsar ‘rebosar, exceder’
recental ‘reciente, nuevo, que acaba de nacer’
recoleto, ta ‘recogido, modesto’

redoma ‘vasija de vidrio de fondo ancho que va estrechándose hacia la boca’
regalía ‘regalo, dádiva’
regato ‘arroyo pequeño’, *etc*.
regustado, da ‘saboreado, degustado, paladeado’
regustar ‘saborear, degustar, paladear’
relente ‘humedad que en noches serenas se nota en la atmósfera’
remada ‘acción de remar’
remate: al remate ‘al término, al final’
remembranza ‘recuerdo, memoria’
repechado, da ‘altivo’
repechar ‘subir por un repecho, cuesta pendiente’, *etc.*
repecho ‘cuesta pendiente’, *etc*.
requebrar ‘adular, lisonjear’
rescoldo ‘brasa protegida por la ceniza’, *etc.*
resobado, da ‘muy sobado, manoseado’
resobar ‘sobar mucho, utilizar mucho’
resolana ‘resol, reverberación o reflejo del sol’
resollamado, da ‘muy socarrado, quemado’
resuello ‘aliento o respiración’, *etc.*
retardado, da ‘que se retrasa’
reteñido, da ‘vuelto a teñir de cierto color’
reventón ‘que revienta o parece que va a reventar’
reverberar ‘reflejarse, brillar’, *etc.*
revolar ‘volar haciendo giros’
rezago ‘resto o residuo que queda de algo’
rezongar ‘gruñir, refunfuñar a lo que se manda’
riel ‘barra pequeña de metal’
riscoso, sa ‘relativo al risco, peñasco alto y escarpado difícil para andar por él’
risquera ‘lugar donde abundan los riscos’
robador, ra ‘que roba, ladrón’
rojear ‘que muestra el color rojo que tiene’
romero, ra ‘que va en romería con bordón y esclavina’
rompe-cielo ‘muy alto’
rompedor, ra ‘que rompe o destruye’

ronda ‘juego del corro’, *etc.*
ruedo ‘círculo, circunferencia’, *etc.*; ‘refuerzo o forro interior de un vestido’, *etc.*
rumia ‘reflexión, reconsideración’

sabana ‘llanura sin vegetación arbórea’
sabino ‘ahuehuete, árbol de América del Norte que se cultiva en los jardines por su elegancia’
saciador, ra ‘que sacia o satisface’
sajón, na ‘de Sajonia’
sal: sal gema ‘sal procedente de las minas’
salar ‘salitral, sitio o paraje donde se cría y halla el salitre
salmuera ‘agua cargada de sal’, *etc.*
salobre ‘que tiene sabor de sal’, *etc.*
salterio ‘libro del Antiguo Testamento que contiene las alabanzas de Dios, de su santa ley y del varón justo’
salvia ‘mata labiada de hojas usadas con fines medicinales’, *etc.*
sancochado, da ‘cocido en agua’
sándalo ‘planta olorosa originaria de Persia que se cultiva en los jardines’
sandio, dia ‘necio, simple’
santafesino, na ‘de Santa Fe’
sartal ‘sarta, serie cosas metidas por orden en un hilo o cuerda’
saudade ‘soledad, nostalgia, añoranza’
sayal ‘tela basta de lana burda’; ‘prenda de vestir hecha con esta tela’
sembradío, a ‘destinado para sembrar’
semillón ‘semilla’
sentidor, ra ‘sensible’
señero, ra ‘solo, solitario’
sequedal ‘terreno muy seco’
ser: sí-es no-es ‘sí es no es, expresión para significar cortedad, pequeñez o poquedad’
sésamo ‘palabra que produce un efecto mágico’
sesgo ‘oblicuidad o torcimiento de una cosa hacia un lado, o en el corte, o en la situación, o en el movimiento’, *etc.*
sesgueo ‘sesgo’
sibila ‘mujer sabia a quien los antiguos atribuyeron espíritu profético’

silabario ‘libro pequeño o cartel con sílabas sueltas y palabras divididas en sílabas, que sirve para enseñar a leer’
silabeador, ra ‘que silabea, que pronuncia separadamente cada sílaba’
silbo ‘silbido, sonido agudo’, *etc.*
sílex ‘pedernal, variedad de cuarzo’
silo ‘lugar subterráneo utilizado para almacenar el grano’
sino ‘destino, hado’
skí ‘esquí’
sobrehaz ‘sobrefaz, superficie o cara exterior’
sobrenaturalista ‘sobrenatural, que excede los términos de la naturaleza’
socarradura ‘quemadura’
socarrar ‘quemar o tostar’
soldada ‘sueldo, salario, estipendio’
solfatara ‘en los terrenos volcánicos, abertura por donde salen, a diversos intervalos, vapores sulfurosos’
sollamado, da ‘socarrado con la llama, tostado’
sollamadura ‘quemadura’
sollamar ‘socarrar con la llama, quemar ligeramente’
sollamo ‘sollamadura, quemadura’
solsticio ‘época en que el Sol se halla en uno de los dos trópicos’
sombreador, ra ‘que sombrea, que da o produce sombra’
sombreadura ‘acción de sombrear, de dar o producir sombra’
sorbedor, ra ‘que sorbe, que se apodera con avidez de algún deseo’
sordina ‘pieza pequeña que se ajusta en algunos instrumentos musicales para disminuir la intensidad y el timbre de su sonido’
sostenerse ‘sustentar, mantener firme’, *etc.*; ‘dejar, mantener’
stadium ‘estadio, recinto destinado a competiciones deportivas’
sulfato ‘sal mineral del ácido sulfúrico empleada en la agricultura’
supereuropeo, a ‘muy europeizado, europeísta’
supino, na ‘ascendente’

tafeta ‘tafetán, tela delgada de seda, muy tupida’
tajada ‘porción cortada de algo’
tajado, da ‘cortado, dividido en partes’
tajeado, da ‘tajado, herido’, *etc.*
tajear ‘cortar superficialmente dejando marcas’

talle: suelta de talle expresión popular, ‘desparpajada y donairosa’
talludo, da ‘crecido y alto’
tamarindo ‘árbol de los países cálidos, con fruto de sabor agradable que se usa en medicina como laxante’
tañedor, ra ‘persona que toca un instrumento musical’; **tañedor** ‘persona que tañe la música de las esferas, por antonomasia Dios’
taraumara ‘tarahumara, relativo a un pueblo amerindio que habita el estado mexicano de Chihuahua’
tardo, da ‘lento, perezoso en obrar’, *etc.*
teatino ‘planta forrajera’
tendal ‘desorden de las cosas que se dejan tendidas por el suelo’, *etc.* ‘toldo’
tercerón, na ‘de tercera, de clase baja’
tercia ‘cada una de las tres partes iguales en que se divide un todo’
tero-tero ‘teruteru, ave zancuda de color blanco y negro’
testa ‘cabeza’
tibetano, na ‘del Tíbet’
tigrillo ‘ocelote, felino americano‘
tijeretear ‘dar cortes con las tijeras sin arte ni tino’
tilo ‘árbol cuya madera se usa en carpintería y que posee flores olorosas y medicinales’
titubeador, ra ‘que titubea, que vacila’
toldería ‘conjunto de toldos’
tolteca ‘relativo a los toltecas, grupo étnico dominante del antiguo México’
topacio ‘piedra fina, amarilla y muy dura’
torcaza ‘paloma torcaz’
tordo ‘pájaro de color negro’
tornada ‘acción de tornar, vuelta’
tornasol ‘tornasolado, que cambia de color con la luz’
tornasolado, da ‘que cambia de color con la luz’
toronjal ‘lugar donde abundan las toronjas, tipo de cidra parecida a la naranja’
torridez ‘ardor, quemadura’
torridismo ‘cualidad de tórrido, muy ardiente’
torzal ‘lazo o soga hecho de varias hebras de torcidas’
traílla ‘cuerda, correa’

transido, da ‘fatigado, consumido de penalidad, angustia o necesidad’
traro ‘ave de rapiña de color blanquecino, salpicado de negro’
trascordado, da ‘olvidado, confundido’, *etc.*
trastabillear ‘trastabillar, tambalearse’
trastocado, da ‘trastornado, perturbado’
travesear ‘andar inquieto y revoltoso de una parte a otra’
trecho ‘espacio, distancia de lugar o tiempo’; **a trechos** ‘de manera intermitente’
tremolación ‘acción de enarbolar, de levantar algo moviéndolo en el aire’
tremolante ‘tembloroso, agitado’
trémulo, la ‘tembloroso’, *etc.*
trenzadura ‘acción de entretejerse’
trenzar ‘hacer trenzas, entretejer’, *etc.*
trepidar ‘temblar fuertemente’
tribulación ‘congoja, pena, tormento o aflicción moral’, *etc.*
trilla ‘acción de trillar, separar el grano de la paja’
trizar ‘hacer trizas o pedazos’
troje ‘troj, granero para guardar frutos y especialmente cereales’, *etc.*
trompa ‘instrumento musical de viento’
tropelía ‘atropello o acto violento cometido por quien abusa de su poder’
trova ‘composición métrica escrita generalmente para canto’
tumbador, ra ‘que tumba, que derriba’
tumbar ‘hacer caer o derribar’, *etc*; ‘retumbar’
tumbo ‘ondulación de una ola del mar’; ‘ondulación del terreno’; ‘estruendo’; ‘vaivén violento’; **dar tumbos** ‘tener tropiezos’
tuna ‘fruto del nopal cuya pulpa es comestible’
tundido, da ‘cortado o trasquilado con la tijera’
turbillonear ‘formar remolinos’
turbión ‘aguacero con viento fuerte, que viene repentinamente y dura poco’

ulmo ‘árbol siempre verde, de buena madera y flores blancas de las que se extrae una miel muy apreciada’
untadura ‘acción de untar’
uñeteo ‘acción de arañar’
urgido, da ‘apremiado, con prisa’
urgidor, ra ‘que apremia, que mete prisa’

uvate ‘conserva hecha de uvas, regularmente cocidas con el mosto, hasta que toma el punto de arrope’

vacancia ‘vacante, cargo sin proveer’
vaciadero ‘conducto por donde se vacía’
vagabundaje ‘vagabundeo, acción de vagabundear’
vagido ‘gemido o llanto del recién nacido’, *etc.*
valva ‘pieza dura y movible que constituye la concha de algunos moluscos e invertebrados’
veedor, ra ‘observador, inspector’
veladura ‘velo, superficie delgada que encubre algo la vista de otra’
vellón ‘conjunto de la lana de un carnero u oveja que se esquila’, *etc.*
velludo, da ‘que tiene mucho vello’
venablo ‘dardo o lanza corta y arrojadiza’
venada ‘hembra del venado’
venadería ‘venado’
vendador, ra ‘que venda, que cubre con una venda’
venteada ‘acción de ventear, soplar el viento’, *etc.*
ventrudo, da ‘que tiene abultado el vientre’
verdolaga ‘verdura, hortaliza’
verme ‘gusano’
versolari ‘improvisador popular de versos en euskera’
veste ‘vestido’
veteado, da ‘que tiene vetas’
viático ‘sacramento de la eucaristía, que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte’
viborear ‘serpentear, moverse como la serpiente’
vicuña ‘mamífero rumiante de piel muy apreciada en la confección textil’, *etc.*
vidalita ‘canción popular, por lo general amorosa y triste, que se acompaña con la guitarra’
viga-madre ‘viga maestra, la que sirve para sostener otros maderos horizontales y cuerpos superiores del edificio’
vilano ‘apéndice de pelos o filamentos que corona el fruto de muchas plantas y le sirve para ser transportado en el aire’, *etc.*
viso ‘apariencia de las cosas’

vitral ‘vidriera de colores’
vivac ‘vivaque, campamento militar provisional’
vizcacha ‘roedor de hábitos nocturnos propio de las grandes llanuras de Perú, Chile, Bolivia y Argentina’
volear ‘sembrar a voleo, arrojar la semilla a puñados y esparciéndola por el aire’, *etc.*; ‘golpear algo en el aire para impulsarlo’; ‘bolear, dar la vuelta a algo’
voleo ‘acción de sembrar arrogando la semilla con la mano’
volteadura ‘volteo, acción de mudar algo a otro estado o sitio’, *etc.*
voltear ‘dar la vuelta’, *etc.*
voltijeante ‘voltejeante, que da vueltas’
voltijear ‘voltejear, dar vueltas’
vórtice ‘torbellino, remolino’
vulpeja ‘zorra (animal)’

yantar ‘manjar o vianda’
yuca ‘planta tropical de raíz gruesa de la que se extrae harina alimenticia’
yuntada ‘yunta, par de bueyes u otros animales que sirven en las labores del campo’

zafir ‘zafiro, piedra preciosa de color azul’
zamarrear ‘agitar o sacudir violentamente de un lado a otro’
zarco, ca ‘de color azul claro’
zarpado, da ‘que tiene zarpas o garras’
zonda ‘viento fuerte y de extrema sequedad proveniente de la precordillera argentina’
zumbonería acuñación mistraliana ‘conjunto de zumbas o burlas’

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aconcagua: montaña de la cordillera de los Andes, situada en la provincia de Mendoza, Argentina. Es el pico más alto de América. De él se desprende un río chileno del mismo nombre.

Agamenón: rey de Micenas, personaje de la *Ilíada* y de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Agar: esclava de Abraham y madre de los hijos del desierto.

Aguglia, Mimí (1884-1970): famosa actriz teatral italiana que triunfó en Hollywood.

Aita, Antonio (1891-1966): educador argentino.

Alba, Pedro de (1887-1960): educador, ensayista y diplomático mexicano, fue embajador de México en Chile.

Aldebarán: estrella gigante considerada la más brillante del cielo.

Alegría, Ciro: Ciro Alegría Bazán (1909-1967), novelista y político peruano, máximo representante de la narrativa indigenista y autor de *El mundo es ancho y ajeno*. Fue gran amigo de Gabriela Mistral.

Alegría, Paula (1911-1970): maestra y embajadora mexicana.

Anáhuac: meseta del centro de México.

Anas: pluralización del nombre de la madre de la Virgen María.

Andalucías: alude al nombre de la comunidad autónoma española situada al sur de la península Ibérica.

Andrómeda: galaxia de forma espiral gigante. Es el objeto más alejado de la Tierra que se puede apreciar a simple vista.

Antígona: personaje de la tragedia de Sófocles del mismo nombre que quiere enterrar el cadáver de su hermano Polinices.

Antillas: archipiélago americano que se encuentra entre los mares Caribe y Atlántico y que constituyen las islas: las Bahamas, las Grandes Antillas y las Pequeñas Antillas. Gabriela Mistral se refiere a ellas en ocasiones en singular.

Antofagasta: ciudad del norte de Chile.

Árbol-adámico: el árbol del bien y del mal, según aparece en el *Génesis.*

Arca: el Arca de la Alianza, cofre sagrado de la religión hebrea en el que se guardaban las Tablas de la Ley con los Diez Mandamientos que Moisés hizo pedazos al ver que el pueblo de Israel había desconfiado de Dios.

Arce de Vázquez, Margot (1904-1990): escritora y crítica literaria portorriqueña.

Arévalo Martínez, Rafael (1884-1975): poeta y narrador guatemalteco, antecesor del Realismo Mágico.

Arlès: ciudad francesa a orillas del Ródano, en Provenza.

Arriaga, Lolita o **Lola:** Revolucionaria maestra rural que Mistral conoció en la localidad mexicana de Zacapoaxtla.

Atalanta: en la mitología griega, virgen relacionada con la caza y consagrada a Artemisa; fue vencida por Hipomenes con la argucia de las tres naranjas de oro.

Balanza: Libra, signo del Zodíaco.

Barco Fantasma: leyenda conocida como «el holandés errante», sobre una nave fantástica condenada a surcar eternamente las aguas. Su visión era presagio de muerte entre los marineros.

Barrios, Eduardo (1884-1963): novelista chileno que tuvo mucha relación con Gabriela Mistral, quien sintió por él gran admiración.

Beatrices: alusión a Beatriz, amada de Dante, que aparece en la *Divina comedia*.

Belén: ciudad natal de Jesús, al sur de Jerusalén, en Cisjordania.

Bernardone, **Pedro:** padre de san Francisco de Asís.

Bienvenido, el: apelativo del niño Jesús.

Blake, William (1757-1827): poeta, místico, pintor y grabador británico al que se considera como ejemplo del artista total.

Bogotá: capital de la República de Colombia.

Booz: personaje bíblico esposo de Rut.

Brook, Paulina: sobrenombre de Lucila Baillet de Hernany, poeta mexicana.

Buffon, **conde de:** Georges Louis Leclerc, (1707-1788), escritor y naturalista francés, autor de la *Historia natural.*

Caín: personaje bíblico, primogénito de Adán y Eva, que asesinó a su hermano Abel.

Calderón de la Barca, Pedro (1600-1680): uno de los más grandes dramaturgos españoles del Barroco.

Cam: personaje bíblico, hijo de Noé, de quien descienden las tribus de Canaán.

Campania: región del sur de Italia, cuya capital es Nápoles.

Cangrejo: Cáncer, signo del Zodíaco.

Caperucita Roja: personaje del cuento popular recogido por Perrault y posteriormente por los hermanos Grimm.

Carlos V: Carlos I de España y V de Alemania (1500-1558), rey de España en 1516 y emperador del sacro imperio romano germánico.

Carmen Valle: sobrenombre de Blanca Subercaseaux Errázuriz de Valdés.

Casiopea: constelación celeste que señala el Norte, muy utilizada para la orientación.

Castilla: reino de la península Ibérica, cuya unión con el de Aragón supuso el inicio de España como estado. A veces, por antonomasia, se utiliza en su lugar.

Castillo Ledón, Amalia: Amalia Caballero de Castillo Ledón (1898-1986), educadora mexicana, diplomática y ministra. Destacada feminista, fundó el Ateneo Mexicano de Mujeres y el Club Internacional de Mujeres.

Castro, Fernanda de (1900-1994): poeta portuguesa, que fundó la Sociedade de Escritores e Compositores Teatrais Portugueses, y se dedicó también a la infancia.

Castro, Óscar (1910-1947): poeta, cuentista y novelista chileno, escribió en la prensa local, en concreto en *La Tribuna*, y en revistas que él mismo creó, como *Nada* y *Actitud*.

Catalina: santa Catalina de Siena (1347-1380), dominica italiana célebre por sus éxtasis místicos y revelaciones. Conocida como «madre de miles de almas» por su amor al prójimo.

Cauca: gran río de Colombia que nace en el Macizo colombiano y desemboca en el río Magdalena.

Cenicienta: personaje de los cuentos de hadas de Perrault y de los hermanos Grimm.

Ceres: la diosa de la agricultura en la mitología romana.

Chañaral: ciudad portuaria chilena, en la provincia del mismo nombre.

Chocano: José Santos Chocano (1875-1934), poeta modernista peruano, uno de los predilectos de Gabriela, en particular por su estima hacia el Continente, lo que se aprecia en libros como *Alma América.*

Cibeles: divinidad griega que representa a la Madre Tierra.

Circe: según la mitología griega, hechicera que vivió en la isla de Eea. Aparece en la *Odisea* de Homero y convierte en animales a la tripulación de Ulises.

Cireneo, Simón: personaje bíblico que ayudó a Cristo a llevar la cruz.

Clara: santa Clara de Asís (1194-1253), seguidora italiana de Francisco de Asís. Fundó la Segunda Orden Franciscana, la de las damas pobres llamadas las «hermanas Clarisas».

Coguaz: Cochiguaz, aldea en la cordillera chilena donde termina el valle de Elqui.

Colón, Cristóbal (1451-1506): navegante español de origen probablemente genovés, a quien se debe el descubrimiento de América.

Copán: ciudad maya en Honduras de gran interés arqueológico.

Coquimbo: ciudad chilena con un importante puerto, capital de la provincia de Elqui.

Cordelia: hija más joven de la tragedia *El rey Lear,* de William Shakespeare.

Cosío Villegas, Daniel (1898-1976): prestigioso escritor y político mexicano, fundador del Fondo de Cultura Económica y de la Casa de España, que después sería El Colegio de México.

Cosío Villegas, Emma: historiadora y estudiosa mexicana.

Cruz Coke: Eduardo Cruz Coke Lassabe (1899-1974), médico y político socialcristiano chileno.

Cuyano: nombre con que popularmente se conocía al libertador José de San Martín.

Cuzco: ciudad del sureste de Perú**,** capital del antiguo imperio incaico. A veces se menciona como Cuzcos.

Daireaux, Max (1883-1954), escritor y crítico franco-argentino.

Daudet, Léon (1867-1942): periodista, político y escritor francés. Fundó junto con Ch. Maurras *L'action française*, publicación nacionalista, y luchó contra la III República.

Díez Canedo, Enrique (1879-1944): poeta, ensayista y crítico literario español, que publicó *Conversaciones literarias*. Comprometido políticamente con la República, fue embajador en Buenos Aires y tuvo que exiliarse después de la Guerra Civil. Estudió a poetas americanos como Gabriela Mistral.

Díez Canedo, Teresa: mujer de Enrique Díez Canedo, con quien llegó a México en 1939.

Duayen, César: sobrenombre de Emma de la Barra (1861-1947), novelista argentina, autora entre otras obras de *Stella*.

Elqui: valle chileno por donde corre el río del mismo nombre, en la región de Coquimbo. La ciudad principal de ese valle, Vicuña, es donde nació y pasó su infancia Gabriela Mistral.

Eneidas: alude a la *Eneida* de Virgilio, pero también por extensión a cualquier epopeya clásica.

Epifanía: fiesta de los Reyes Magos, que se celebra el día 6 de enero.

Erinna: Erinias, diosas griegas de la venganza, hijas de Hades y Persífone que corresponden a las Furias en mitología romana. Muchas veces se toman por las parcas, es decir, la muerte. V. EUMÉNIDES.

Estrecho: referencia al Estrecho de Magallanes, en el extremo sur de Sudamérica. Es el paso natural de mayor importancia entre los océanos Pacífico y Atlántico. En Punta Arenas, capital de la Región de Magallanes, Gabriela se hizo cargo de la dirección del Liceo de Niñas.

Euménides: por antífrasis, nombre eufemístico con que se alude a las Erinnias, que eran innombrables.

Eurídice: esposa de Orfeo según la mitología griega, el cual intenta rescatarla de los infiernos.

Fabre, Jean-Henri. V. FAVRE, JEAN-HENRI.

Fano, **Elsa** (1909): traductora amiga de Gabriela Mistral y también de intelectuales españoles exiliados, como Pedro Salinas o María

Zambrano.

Favre, Jean-Henri (1823-1915): científico, naturalista, entomólogo y escritor especialista en apicultura.

Flandes: región que forma parte de la actual Bélgica.

Formoso de Obregón, Adela (1907-1981): educadora mexicana.

Francisco, san: san Francisco de Asís (1182-1226), religioso italiano canonizado por la Iglesia. Reformó la doctrina católica al fundar la Orden Franciscana, que predicaba la austeridad y la pobreza como formas de acercamiento a Dios. Conocido como el «Pobre de Asís» por su renuncia a los lujos terrenales y su amor a la naturaleza.

Francisco de Sales, san (1567-1624): teólogo y eclesiástico francés que ejerció una gran influencia en la espiritualidad católica. Su ascética estaba cargada de aliento humano y supo aunar la doctrina con la psicología.

Frank, Waldo (1889-1967): narrador, dramaturgo, ensayista, periodista y activista político estadounidense, primer presidente de la Liga de Escritores Americanos.

Gabriel: uno de los tres arcángeles principales de la religión católica, cuyo nombre motiva el seudónimo de la autora y con el que se identifica frecuentemente en sus escritos.

Gama, Vasco de (*c*1469-1524): viajero y explorador portugués, el primero en llegar a la India circunnavegando África.

García-Huidobro, **Luisa F. de:** María Luisa Fernández Bascuñán, Mona Lisa (1870-1938), escritora, madre del poeta Vicente Huidobro.

Gea: en la mitología griega, diosa que representa la Tierra.

Géminis: constelación celeste y signo del Zodíaco.

Gengis Kan: príncipe mongol que consiguió unificar distintas tribus nómadas e invadir un inmenso territorio de Asia y Europa, creando así uno de los mayores imperios del mundo antiguo.

Gibraltar: territorio inglés situado al sur de España, en el estrecho del mismo nombre que comunica el mar Mediterráneo con el océano Atlántico.

Godoy, Emma (1918-1989): escritora y educadora mexicana, que también fue poeta y tuvo contacto con Gabriela Mistral. Publicó la *Antología de*

Gabriela Mistral en la conmemoración del décimo aniversario de su muerte.

Goethe, Johann Wolfgang von (1749-1832): literato y científico alemán, que posee un papel fundamental en la aparición del Romanticismo.

Góngora, Luis de (1561-1627): poeta español del Siglo de Oro, iniciador de la corriente culta (culteranismo). Sus obras fueron objeto de exégesis e interpretación ya en su misma época.

González Martínez, Enrique (1871-1952): poeta y diplomático mexicano. Representaba a su país en Chile cuando Gabriela fue invitada a colaborar en la reforma educacional en Mexico (1922).

Gorgona: ser monstruoso de la mitología grecorromana, caracterizado por convertir en piedra al que la mirara.

Gracián, Baltasar (1601-1658): escritor español del Siglo de Oro, considerado uno de los autores más representativos del conceptismo en su faceta teórica.

Graciela: Graciela Amelia de la Cruz Molina (1903-¿?): hija de su hermanastra, Emelina Molina, muerta en la infancia.

Guadalajara ciudad de México, capital del estado de Jalisco.

Guaitecas: islas de Chile, en la provincia de Chiloé.

Guayas: provincia de Ecuador cuya capital es Guayaquil. También río de Ecuador que desemboca en el golfo de Guayaquil.

Guillén de Nicolau, Palma (1898-1975): educadora y diplomática mexicana, primera embajadora de México.

Ibarbourou, Juana de: Juana Fernández Morales (1892-1979), gran poeta uruguaya, que alcanzó una gran popularidad ya con sus primeros libros de poemas. Con Alfonsina Storni y la propia Gabriela Mistral forman el grupo más importante de mujeres americanas que se dedican a la poesía.

Jacob: patriarca del Antiguo Testamento, hijo de Abraham, se le considera padre de los israelitas. De él se destaca su habilidad y astucia.

Jaliscos: plural expresivo de Jalisco, estado mexicano.

Job: personaje bíblico, símbolo de la paciencia. Fue sometido por Dios a durísimas pruebas para demostrar la autenticidad de su fe, como se narra en el libro que lleva su nombre.

Jorge, san: Jorge de Capadocia, protagonista de la leyenda medieval «San Jorge y el dragón» en la que libera al pueblo de la tiranía del dragón dándole muerte.

José: patriarca de la Biblia, fue el predilecto de los doce hijos de Jacob, motivo por el cual sus hermanos lo vendieron como esclavo a unos mercaderes que se dirigían a Egipto.

José Asunción: José Asunción Silva Gómez (1865-1896), poeta colombiano considerado el último de los románticos hispanoamericanos y el primero de los simbolistas.

Juan, san: primo y profeta de Jesús, que bautizaba en el río Jordán.

Juan de la Cruz, san (1542-1591)**:** Juan de Yépez Álvarez, poeta y religioso español que renovó la literatura mística en lengua castellana.

Juan-Jordán: denominación con la que Mistral alude a San Juan Bautista. V. JUAN, SAN.

Juan-Río: denominación con la que Mistral alude a San Juan Bautista. V. JUAN, SAN.

Judas: discípulo de Jesús que le traiciona como había anunciado el Maestro en la Última Cena.

Judas Macabeo: personaje bíblico del *Libro de los Macabeos*, que encabezó la revuelta de los hebreos contra el intento de los reyes seleúcidas de helenizar la religión judía.

Judea: territorio montañoso situado al sur de Israel, donde se encuentra la ciudad de Jerusalén.

Kaaba: lugar sagrado y de peregrinación más importante para los creyentes del Islam. En él se encuentra la «piedra negra» que, según la tradición, fue entregada por el arcángel Gabriel a Abraham.

Kent, Victoria (1898-1987): abogada y política española que luchó a favor de la II República y de los derechos de las mujeres. Primera diputada española.

Kipling, Rudyard (1865-1936): escritor y poeta inglés nacido en la India. Autor, entre otras obras, de *El libro de la selva*.

Lázaro: Lázaro de Betania, personaje bíblico, hermano de Marta y María de Betania, que hospedó a Cristo y fue revivido por este.

León: Leo, quinto signo del Zodíaco.

Leonora: el personaje corresponde a una balada de Gottfried Bürger (1747-1794) que inspiró a muchos músicos. En plural, alude a la amada en la poesía de Fernando de Herrera.

Lía: personaje bíblico, hija mayor de Labán, quien se la concede a Jacob, que a su vez pretendía a su hermana Raquel.

Ligeia: personaje literario de un relato de Edgar Allan Poe. En la mitología griega nombre de una sirena.

Liguria: región del noroeste de Italia, donde vivió Gabriela Mistral (Rapallo) entre 1951 y 1953.

Lima: capital de la República de Perú, se encuentra en la costa central del Perú enmarcada por los ríos Chillón por el norte, Rimac por el centro, y Lurín por el sur.

London, Jack: John Griffit London (1876-1916), aventurero y escritor estadounidense, autor de novelas de aventuras que alcanzaron una enorme difusión, como *Colmillo blanco*.

Longinos: soldado romano que clavó una lanza en el costado de Jesucristo cuando se encontraba en la cruz.

Lope: Félix Lope de Vega y Carpio (1562-1635), poeta y dramaturgo español del Siglo de Oro. Conocido por la amplitud y calidad de su obra y creador de la fórmula de la comedia nueva.

Lucía, santa: dama noble italiana a quien, según una leyenda medieval, arrancaron los ojos y seguía viendo, gracias a su fidelidad cristiana.

Macabea, la: en el Antiguo Testamento, madre de los siete Macabeos muertos por Antíoco; también hace referencia a la fortaleza e intransigencia de los Macabeos.

Macabeos: libro bíblico del Antiguo Testamento que pone fin a los textos históricos sagrados y que narra la resistencia de la familia de los Macabeos a la helenización del pueblo judío, acto que se convierte en factor fundamental para la unificación de los judíos.

Madonna Pica: María Pica, madre de san Francisco de Asís.

Magdalena: santa María Magdalena, personaje del evangelio, pecadora que bañó de perfume los pies de Jesús durante una cena, representada

tradicionalmente con el cabello largo.

Mama Ocllo: hija del Sol, fundadora de Cuzco junto con Manco Capac.

Manco Capac: hijo del Sol, fundador de Cuzco junto con Mama Ocllo.

María Enriqueta: María Enriqueta Camarillo Pereyra (1872-1968), poeta mexicana.

Maritain, Jacques (1882-1973): filósofo francés, principal exponente del neotomismo contemporáneo. Su conversión al catolicismo en 1906 junto con su esposa determinó su trayectoria vital y filosófica posterior.

Maritain, Raïssa (1883-1960): poeta y filósofa ruso-ucraniana, esposa de Jacques Maritain.

Marta: santa Marta, hermana de Lázaro y María de Betania que hospedó a Jesús en su viaje a Jericó.

Martín Fierro: poema narrativo gauchesco del autor argentino José Hernández, escrito en 1872.

Mayab: nombre indígena maya de Yucatán.

Mayor: Osa Mayor, constelación del hemisferio Norte, la tercera en extensión y una de las mejores guías para localizar la Estrella Polar.

Medea: personaje trágico y oscuro de la obra del mismo nombre de Eurípides.

Melquisedec: rey bíblico de Jerusalén conocido fundamentalmente a través de *Salmos* 110:4.

Memorioso, el: referencia a Goethe, en cuanto a su teoría de que «quien no comprende su pasado está condenado a repetirlo».

Méndez Pereira, Octavio (1887-1954): ensayista, novelista y crítico panameño. Fue Secretario de Instrucción Pública y Ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña y Francia, miembro fundador de la Academia Panameña de la Lengua.

Méndez Plancarte, Gabriel (1905-1949): sacerdote, intelectual y humanista mexicano, célebre por sus investigaciones sobre la cultura en México.

Menéndez, **Graciela de:** Graciela Préndez Saldías (1889- 1952), mujer de Julio Menéndez Behety, a quien la autora conoció en Patagonia.

Michel, Luisa: Louise Michel (1830-1905), feminista revolucionaria francesa. Maestra de profesión.

Miguel: Juan Miguel Godoy Mendoza (1925-1943), sobrino de Gabriela Mistral al que llamaba Yin Yin y crió como su hijo.

Miguel: san Miguel arcángel, patrono y protector de la iglesia universal.

Miño: río español que discurre por la comunidad autónoma de Galicia y forma frontera entre España y Portugal hasta desembocar en el océano Atlántico.

Miomandre, Francis de (1880-1959): novelista y traductor francés, que vertió a esa lengua los poemas de Gabriela Mistral.

Mitla: mictlan, lugar de muertos en Náhuatl, zona arqueológica de Oaxaca, en México.

Moisés: profeta israelí que llevó a cabo el éxodo del pueblo judío a la tierra prometida. En el camino Yahveh les envía una lluvia de codornices y les provee de lluvias periódicas de maná.

Molina Garmendia, Enrique (1871-1964): profesor y humanista chileno fundador y primer rector de la Universidad de Concepción, que fue corresponsal de Gabriela Mistral.

Mollendo: ciudad y balneario de la región de Arequipa, al sur del Perú.

Montegrande: aldea en el valle de Elqui, Chile, donde vivió y está enterrada Gabriela Mistral.

Moral, Pedro: corresponsal chileno de Gabriela Mistral.

Nabucodonosor: rey de Babilonia que conquistó Judá y ordenó la destrucción del templo de Jerusalén.

Nausicaa: personaje de la *Odisea* de Homero, hija de Alcinoo, que acoge a Ulises tras su naufragio en la isla de Egeria, canto VI.

Nemrod: rey de Mesopotamia, primer gobernador y fundador de Babilonia que construyó la torre de Babel, *Génesis,* 10.

Niebla: balneario ubicado en la desembocadura del río Valdivia, región de los Ríos, Chile.

Normandía: región del norte de Francia.

Oaxaca: estado de México al sureste del país.

Ocampo, **Victoria** (1890-1979): escritora e intelectual argentina, amiga de Gabriela Mistral. Fundadora de la revista y editorial Sur, que sirvieron para difundir la cultura argentina y extranjera. Autora de varios ensayos literarios.

Olinalá: municipio mexicano en el estado de Guerrero, tiene riqueza maderera y sus confecciones lacadas son famosas.

Once Mil Vírgenes: leyenda medieval en la que se relata la masacre de santa Úrsula y once mil vírgenes a manos de los hunos.

Orfeo: personaje de la mitología griega que desciende al Hades para rescatar a su esposa Eurídice.

Orión: constelación celeste, una de las más brillantes, observable desde los dos hemisferios terrestres.

Ortega, Rafaela: Rafaela Ortega y Gasset, hermana de filósofo español José Ortega y Gasset.

Ortiz, **Emma:** prestigiosa maestra y amiga de Gabriela Mistral.

Osa Mayor: constelación del hemisferio Norte.

Pablo: san Pablo apóstol, activo perseguidor de los cristianos tuvo una visión camino de Damasco y se convirtió al cristianismo.

Pachacámac: divinidad máxima de los quechuas; también fue gran templo sede de la huaca (oráculo) más consultada del mundo andino.

Paihuano: comuna del valle de Elqui, distrito de Pisco Elqui, Chile.

Pájara Pinta: figura de una rueda o ronda y canción infantil.

Pájaro Roc: castellanización de la palabra ajena Rock, ave fabulosa y gigantesca de las *Mil y una noches.*

Palenque: zona arqueológica de la cultura maya, al noroeste del estado de Chiapas, México.

Pascal, Blaise (1623-1662): filósofo francés, que supo conjugar la fe cristiana con sus inquietudes científicas.

Patagonia: región geográfica ubicada en la parte más austral del cono Sur, en Sudamérica, abarca territorios de Argentina y Chile, separados por la cordillera de los Andes.

Pátzcuaro: ciudad y región del estado de Michoacán, México.

Péndola, Gilda (1928): pintora italiana, amiga y secretaria de Gabriela Mistral entre 1950 y 1955.

Pereyra, Yandyra: maestra y amiga de Gabriela Mistral.

Persia: antiguo país del Medio Oriente, en Mesopotamia, el núcleo de lo que fue este imperio se corresponde con el actual Irán.

Petén: departamento al norte de Guatemala, considerado por su vegetación como uno de los pulmones del planeta.

Pico del Toro: montaña de México, cerca de Guadalupe.

Piedra de Parahibuna: rocas graníticas, tiznadas por la inclemencia del tiempo, que estrechan el lecho del río Parahibuna, que separa los estados de Sao Paulo y Minas Geraes, Brasil.

Pobrecillo, el: Il Poverello. V. FRANCISCO, SAN.

Prakriti: divinidad hindú de la tierra en la que se contienen los cuatro elementos, aire, fuego, agua y tierra.

Préndez Saldías, Carlos (1892-1963): periodista y poeta chileno de tono romántico, bohemio y extravagante.

Quental, Antero: Antero Tarquínio de Quental (1842-1891), poeta portugués, que también ejerció como político. Famoso por sus sonetos que reunió en *Sonetos completos*.

Quetzalcóatl: la serpiente emplumada, dios principal de las antiguas religiones de Mesoamérica.

Quiroga: Vasco de Quiroga (1470- 1560), administrador y eclesiástico español de Michoacán que fundó varios hospitales.

Quiroga Pla, José María (1902-1955): poeta y ensayista español, traductor de la obra de Marcel Proust.

Rafael: el arcángel Rafael, considerado el «Sanador Divino».

Ramayanas: *Ramayana,* poema épico escrito en sánscrito entre los años 750 y 500 a. C. aproximadamente, y atribuido al sabio Valmiki.

Ramelli, Eda (1893): profesora de Santa Barbara College, Universidad de California.

Raquel: segunda esposa y favorita del patriarca bíblico Jacob, madre de José y Benjamín.

Rebeca: personaje bíblico, mujer de Isaac, madre de Esaú y Jacob.

Reclus: Elisée Reclus (1830-1905), escritor y geógrafo francés.

Reina de Saba: reina legendaria de Arabia, que según la Biblia, fue a visitar al rey Salomón.

Reyes, Alfonso (1889-1959): poeta y ensayista mexicano, fue también diplomático. Exiliado en España entre 1914 y 1924, conectó con la escuela filológica de Menéndez Pidal. Gabriela Mistral pidió para él el Premio Nobel de Literatura en 1949.

Rhin: río de Europa centro-occidental que nace en Suiza y desemboca en el mar del Norte por los Países Bajos.

Ribeiro Couto, Rui (1898-1963): poeta, narrador y diplomático brasileño, figura destacadísima del panorama cultural brasileño del siglo xx.

Río de Janeiro: capital de Brasil.

Río de la Plata: estuario del océano Atlántico, formado por la unión de los ríos Paraná y Uruguay que separa la República Argentina de la república Oriental del Uruguay.

Rivera Chevremont, Evaristo (1896-1976): poeta portorriqueño que fundó la revista *Los seis*, en colaboración con otros poetas, y más tarde *Poliedro*.

Ródano: río de Francia y Suiza que nace en los Alpes.

Roldan: héroe del poema épico francés *La Chanson de Roland* (finales del s. XI).

Romero James, **Concha:** intelectual mexicana, educada en Estados Unidos, que llegaría a ser jefe la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana en los años cuarenta.

Rosa de Lima (1586-1617): Patrona del Perú, fue la primera santa americana.

Rotterdam, Erasmo de (¿1466?-1536): humanista y teólogo holandés, autor de importantes obras como el *Enchiridión y Elogio de la locura*. Fue reformador de la Iglesia católica.

Saba: V. REINA DE SABA.

Salas Marchán, Max: Maximiliano Salas Marchán, profesor chileno, experto en asuntos educacionales. Se formó en Estados Unidos.

Saleva, **Consuelo:** profesora portorriqueña, secretaria y amiga de Gabriela Mistral, con quien convivió durante muchos años.

Salmanazar: rey de Asiria en tiempos del imperio Medio, rey de Asiria que conquistó Samaria, capital del antiguo reino de Israel.

Salomón: personaje bíblico, tercer y último rey de Israel, célebre por su sabiduría, riqueza y poder, se le atribuye la autoría del *Eclesiastés*, los *Proverbios* y el *Cantar de los cantares.*

Salotti, Martha A. (1899-1980): maestra y escritora argentina, amiga personal y representante legal de Gabriela Mistral en Argentina.

Samatán, Marta Elena (1901-1981): educadora y escritora chilena.

San Pablo: Sao Paulo, capital del estado homónimo de Brasil.

Santa Compaña: en la mitología popular gallega, comitiva de las ánimas del Purgatorio que, después de medianoche, sale en procesión para terminar frente a la casa de algún vecino, cuya muerte anuncian. Aquí se refiere a una comitiva de héroes.

Santa Marta: extremo norte de la cordillera de los Andes, que atraviesa el continente sudamericano de norte a sur.

Santiago: capital de la República de Chile y una de las áreas metropolitanas más grandes del mundo.

Santo Domingo: capital de la República Dominicana, ubicada en el archipiélago de las Antillas.

Santos Montejo, Eduardo (1888-1974): periodista y político colombiano, que llegó a ser presidente de la República de Colombia, mantuvo correspondencia con Gabriela Mistral.

Sara: personaje bíblico, esposa de Abraham que tras años de esterilidad, ya anciana dio a luz a un varón.

Sargasso: mar de los Sargazos. Parte del Atlántico en la zona de calmas tropicales, donde abundan sargazos y algas flotantes.

Sargassos de Salmuera: cuencas del norte de Chile, ocupadas por salares.

Satanás: Satán, príncipe del mal o Príncipe de las Tinieblas en las religiones judía, cristiana y musulmana.

Schultz de Mantovani, Fryda (1912-1978): educadora y escritora argentina, corresponsal de Gabriela Mistral. Una de las más importantes autoras de literatura infantil.

Siboney: individuo perteneciente a este pueblo ya extinto que se asentó en las Antillas durante la época prehispánica. Sus miembros eran agricultores y trabajaban la cerámica.

Sicilia: principal isla de Italia y la mayor del mar Mediterráneo.

Sierras Madres: la Sierra Madre occidental y la Sierra Madre oriental, que flanquean de norte a sur la meseta mexicana.

Silveira, Tasso de (1895-1968): poeta simbolista brasileño y director de la revista *Festa*, que intentó redefinir el espiritualismo modernista.

Simbad: protagonista de *Simbad, el marino*, relato de viajes de *Las mil y una noches*.

Singerman, Berta (1903-1999): actriz argentina de origen ruso, muy conocida por ser la única recitadora profesional de América y la más ilustre de las intérpretes de la poesía castellana.

Sirio: estrella de la constelación celeste Can Mayor.

Sol: divinidad inca.

Storni, Alfonsina (1892-1938): poeta argentina de origen suizo, su obra se distingue por el tono apasionado con que canta al amor y descubre el mundo de la mujer, que fue el centro temático de toda su obra.

Subercaseaux Errázuriz de Valdés, Blanca: sobrenombre de Carmen Valle (1899-1965), escritora, pianista y pintora chilena, esposa de Horacio Valdés Ortúzar.

Tacámbaro: comuna del estado de Michoacán, situado al sureste de México.

Tagore, Rabindranath (1861-1941): poeta, novelista, ensayista y músico bengalí. Premio Nobel de Literatura en 1913.

Taitao: península de la región de Aysén, sur austral de Chile. Unida al continente por el istmo de Ofqui.

Talaza: thálassa, «mar» en griego.

Taurus: Tauro. Constelación celeste y signo del Zodíaco.

Teresa, santa: santa Teresa de Jesús (1515-1582), escritora mística española cuyo estilo literario es valorado por su sencillez y llaneza.

Tihuantisuyo: nombre en quechua del imperio de los incas.

Tlálocs: en la mitología mexicana, espíritus juguetones del agua.

Tobías: personaje bíblico que viajó a Media y Nínive con el arcángel Rafael.

Tolteca: individuo perteneciente a los grupos étnicos que dominaron en el antiguo México y que marcaron el declive de la cultura maya.

Tomic, Esteban: Esteban Tomic Errázuriz (1954), hijo de Radomiro Tomic y Olaya Errázuriz, amigos de Gabriela Mistral. Fue embajador de Chile ante la Organización de los Estados Americanos.

Tomic, Gabriel: Gabriel Tomic Errázuriz (1946), hermano del anterior y ahijado de Gabriela Mistral, de quien toma el nombre. La amistad con la familia Errázuriz y luego los Tomic contribuyen a estabilizar la situación económica de Mistral.

Toro de Seth: divinidad egipcia muy fuerte y poderosa que en ocasiones aparece representada en forma de toro.

Trewhela, Virginia (1882-1977): educadora de origen británico, fundó su propia escuela en Chile. Fue muy reconocida por difundir el idioma

inglés. Recibió el Premio Gabriela Mistral en 1974.

Ulises: héroe griego, protagonista de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Unamuno, Miguel de (1864-1936): escritor, poeta y filósofo español, principal exponente de la Generación del 98.

Uruapán: importante ciudad de Michoacán, al este de México.

Valle de Elqui: valle donde la autora vivió durante su infancia. Situado en la región chilena de Coquimbo.

Vasconcelos, José (1882-1959): político y pensador mexicano que ejerció un papel fundamental en la difusión de la cultura a todas las clases sociales de su país.

Velázquez: Diego Rodríguez de Silva y Velázquez (1599-1660), célebre pintor español del Barroco. Autor del cuadro *Las Meninas* (1656).

Verne, Julio (1828-1905): novelista francés, autor de obras de aventuras y anticipador de la ciencia ficción.

Verónica: mujer piadosa de Jerusalén que enjuagó con un lienzo blanco el sudor del rostro de Cristo en su camino al Calvario.

Vicente: san Vicente de Paúl (1581-1660), religioso francés fundador de los Lazaristas y de las Hijas de la Caridad.

Vicuña: lugar natal de Gabriela Mistral. Pequeña población situada en el valle de Elqui.

Vigil, **Constancio Cecilio** (1876-1954): escritor uruguayo de literatura infantil que vivió en Argentina y fue famoso por sus *Cuentos.*

Villa: Pancho Villa, José Doroteo Arango Arámbula (1878-1923), revolucionario y gobernador mexicano que llevó a cabo reformas sociales radicales basadas en la justicia social.

Viracocha: divinidad quechua y aimara, representa al mismo tiempo el dios del Sol y el dios creador. Encarna el mito civilizatorio y la capacidad de ordenamiento del mundo.

Virgilio Marón, Publio (70 a. C.-19 a. C.): poeta romano, autor de la *Eneida,* las *Bucólicas* y las *Geórgicas*.

Virgo: constelación celeste y signo del Zodíaco.

Walkiria: valquiria, cada una de ciertas divinidades de la mitología escandinava que designaba los héroes que habían de morir.

Xóchitl: nombre de la doncella tolteca, figura legendaria de amor y maternidad.

Zaldumbide, Gonzalo (1882-1965): escritor y diplomático ecuatoriano, amigo de Gabriela Mistral.

Zúñiga, Celmira: educadora chilena, que continuó la labor de Gabriela Mistral al frente del Liceo de Niñas, en Santiago.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE TÍTULOS

A Joselín Robles (en el aniversario de su muerte)
A la virgen de la colina
A las nubes
A Mimí Aguglia
A Noel
¿A qué?
A veces, mama, te digo...
Acción de gracias
Adiós
Adiós
Agua
Al oído del Cristo
Al pueblo hebreo (Matanzas de Polonia)
Alfonso Reyes, maestro
Almuerzo al sol
Alondras
Amanecer
Amapola de California
Amo amor
Animales
Aniversario
Apegado a mí
Arrorró elquino
Arrullo patagón
Atardecer
Ausencia
Ayudadores

Balada
Balada de la estrella

Balada de mi nombre
Beber
Bendiciones
Bío-Bío
Botoncito

Caída de Europa
Cajita de pasas
Campeón finlandés
Canción amarga
Canción de la muerte
Canción de la sangre
Canción de las muchachas muertas
Canción de pescadoras
Canción del maizal
Canción quechua
Canciones de Solveig
Canciones en el mar
Canto del justo
Canto que amabas
Caperucita Roja
Caricia
Carro del cielo
Cascada en sequedal
Ceiba seca
Ceras eternas
Cima
Colofón con cara de excusa
Comentarios a poemas de Rabindranath Tagore
Cómo escribo
Con tal que duermas
Confesión
Coplas
Coplas
Corderito
Cosas

Credo
Cuatro tiempos del huemul

Dame la mano
Deshecha
Despedida
Despedida de viajero
Desvelada
Devuelto
Día
Dios lo quiere
Doña Primavera
Doña Venenos
Dormida
Dos Ángeles
Dos canciones del Zodíaco
Dos himnos
Duerme, duerme, niño cristiano
Dulzura

Echa la simiente
El Agua
El Aire
El Aire
El amor que calla
El Ángel Guardián
El Arco Iris
El arte
El cardo
El corro luminoso
El costado desnudo (Carta a Inés María Muñoz Marín)
El Dios triste
El encuentro
El espino
El establo
El fantasma

El himno cotidiano
El Ixtlazihuatl
El lenguaje en Puerto Rico
El maíz
El Mar
El niño solo
El papagayo
El pavo real
El pensador de Rodin
El pino de piñas
El regreso
El reparto
El ruego
El suplicio
El surtidor
El vaso
Electra en la niebla
Ella quiso ser nube
Elogio de la canción (Prólogo de *Canciones* del mexicano Torres Bodet)
Emigrada judía
¿En dónde tejemos la ronda?
Encantamiento
Encargo a Blanca
Encargos
Enfermo
Envío
Espiga uruguaya
Estampa de la Camarga
Estrella de Navidad
Estrellita
Éxtasis

Fiesta de la lengua española
Fruta
Fuego
Fuentes de oro

Futuro

Gestos (la copa)
Golondrinas del yodo
Gotas de hiel
Gracias en el mar

Hablando al padre
Hace sesenta años
Hallazgo
Hallazgo
Hallazgo del palmar
Herramientas
Himno al árbol
Himno de las escuelas «Gabriela Mistral»
Hospital

In memoriam
Interrogaciones
Íntima
Invitación
Islas australes

Jesús
Jugadores

La abandonada
La ansiosa
La aventura de la lengua
La bailarina
La Cabalgata
La cajita de Olinalá
La casa
La catedral
La charca
La condena

La cruz de Bistolfi
La cuenta-mundo
La cuna
La desasida
La desvelada
La dichosa
La encina
La espera inútil
La extranjera
La fervorosa
La flor del aire
La fresa
La fuga
La fugitiva
La gracia
La granjera
La huella
La humillada
«La Ley del tesoro»
La lluvia lenta
La Luz
La luz del Valle Central
La Madre Granada (Plato de cerámica de Chapelle-aux-Pots)
La madre triste
La madre-niña
La maestra rural
La manca
La margarita
La medianoche
La memoria divina
La montaña de noche
La Muerte-niña
La mujer estéril
La mujer fuerte
La noche
La nuez vana

La obsesión
La ola del sueño
La oración de la maestra
La otra
La pajita
La palabra
La piedra de Parahibuna
La piña
La que camina
La raíz del rosal
La rata
La rosa
La sombra
La Sombra Inquieta
La Tierra
La tierra y la mujer
Lago Llanquihue
Lámpara de Catedral
Lápida filial
Lecturas espirituales
Leñador
Locas letanías
Los cabellos de los niños
Los dos
Los huesos de los muertos
Los que no danzan
Los sonetos de la muerte
Luto

Madre mía
Manitas
Manos de obreros
Mañana
Mar Caribe
Mariposas
Marta y María

Me tuviste
Meciendo
Memoria
Memoria de la Gracia
Mesa ofendida
Mi canción
Miedo
Mientras baja la nieve
Mis libros (lectura en la biblioteca mexicana Gabriela Mistral)
Montaña
Montañas
Motivos de la pasión
Motivos de san Francisco
Motivos del barro
Muerte del mar
Mujer de prisionero
Mujeres catalanas
Muro

Nacimiento de una casa
Niño chiquito
Niño mexicano
Niño rico
Noche
Noche andina
Noche de metales
Noche de San Juan
Nocturno
Nocturno de José Asunción
Nocturno de la consumación
Nocturno de la derrota
Nocturno de los tejedores viejos
Nocturno del descendimiento
Noel indio
Nubes blancas

Obrerito
Ocho perritos
Ocotillo
Otoño

País de la ausencia
Paisajes de la Patagonia
Palabras serenas
Palmas de Cuba
Palomas
Pan
Paraíso
Pasión de leer
Patrias
Patrón de telares
Piececitos
Pinar
Pinares
Pinos de Navidad
Plantando el árbol
Plegaria por el nido
Poema del hijo
Poemas de la madre más triste
Poemas de las madres
Poemas del éxtasis
Poemas del hogar
Poeta
Por qué las cañas son huecas
Por qué las rosas tienen espinas
Procesión india
Promesa a las estrellas
Puertas

¡Que no crezca!

«Razón de este libro»

Recado a Lolita Arriaga, en México
Recado a Rafaela Ortega, en Castilla
Recado a Victoria Ocampo, en la Argentina
Recado de nacimiento para Chile
Recado para la «residencia de Pedralbes», en Cataluña
Recado para las Antillas
Recado terrestre
Regreso
Riqueza
Rocío
Romance de Nochebuena
Ronda argentina
Ronda cubana
Ronda de la ceiba ecuatoriana
Ronda de la granada
Ronda de la paz
Ronda de los aromas
Ronda de los colores
Ronda de los metales
Ronda de segadores
Ronda del arco-iris
Ronda del fuego
Ruth

Sal
Salto del Laja
Salutación
Selva austral
Semilla
Serenidad
Sonetos de la poda
Suavidades
Sueño grande

«Tamborito panameño»
Teresa Prats de Sarratea

Tierra chilena
Todas íbamos a ser reinas
Todo es ronda
Tribulación
Trigo argentino

Último árbol
Una mujer
Una palabra
Una piadosa

Verano
Vergüenza
Vertiente
Vieja
Viejo león
Viernes Santo
Volcán Osorno
Volverlo a ver
Voto

Yo no tengo soledad

ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

A beber luz en la colina
A esta alameda muriente
A la azul llama del pino
A la cara de mi hijo
A la medianoche justa
A la mesa se han sentado
A la Tierra despertamos
A niño tan dormido
¿A qué? La casa y la huerta
—A veces, mama, te digo
Absurdo de la noche
Adiós la tierra de dos años
¡Ah! ¡Nunca más conocerá tu boca
Ahora son los adioses
Ahora voy a aprenderme
Ahora, Cristo, bájame los párpados
Al filo del sol de enero
Al llegar la medianoche
Al Valle que llaman de Muzo
Albahaca del cielo
Algo se asoma y gestea
Allega y no tengas miedo
Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente
Amo las cosas que nunca tuve
Anda libre en el surco, bate el ala en el viento
Antes que él eche a andar, está quedado
Apegada a la seca fisura
Aquel mismo arenal, ella camina
Aquí, en un olivar de la Provenza
Árbol de fiesta, brazos anchos

Árbol hermano, que clavado
¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío
Azul loco y verde loco

Bajaron a mancha de trigo
Bajé por espacio y aires
Bendícenos, el Padre
Bendita mi lengua sea
¡Boca temblorosa

Cajita mía
Caminando de Este a Oeste
Campeón finlandés, estás tendido
Caperucita Roja visitará a la abuela
Carpintero, carpintero
Ciento veinte años tiene, ciento veinte
Ciervo de los Andes, aire
Cincuenta años caminando
Columpiamos el santo
Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
Como la noche ya se vino
Como soy reina y fui mendiga, ahora
¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
Con el mentón caído sobre la mano ruda
Contaré una historia en mayólica
Corderito mío
Corro de las niñas
Creo en mi corazón, ramo de aromas
Cristo del campo, «Cristo de Calvario»
¡Cristo, el de las carnes en gajos abiertas
¡Cristo, hijo de mujer
Cruz que ninguno mira y que todos sentimos
Cuando va acabando el día
Cuando yo te estoy cantando

Dame la mano y danzaremos

Danzamos en tierra chilena
Dejaron un pan en la mesa
Del centro de la Tierra
Del desierto de Atacama
Del hombre fugitivo
Del nicho helado en que los hombres te pusieron
Desde que me recuerdo en esa carne
Desdeñarás tu habla que nunca te ha aplacado
Desnudos volvemos a nuestro Dueño
Detrás del muro encalado
Día, día del encontrarnos
Donde estaba su casa sigue
Donde fue Tihuantisuyo
Doña Primavera
Doña Venenos habita
Dormiremos esta noche
Duerme, duerme
Duerme, duerme, dueño mío
Duerme, hijito, como semilla
Duerme, mi sangre única
Duérmete, mi niño
¡Dulce Señor, por un hermano pido
Duras manos parecidas

Echa atrás la cara, hijo
El alto pino que no acaba
El cielo de diciembre es puro
El espino prende a una roca
El granado de Colombia
El invierno rodará blanco
El Ixtlazihuatl mi mañana vierte
El maíz del Anáhuac
El maizal canta en el viento
El mar sus millares de olas
El negro dejó a la puerta
El nombre mío que he perdido

El pan está sobre el campo
El papagayo verde y amarillo
El pasó con otra
El pinar al viento
El puente del Arco Iris
El sol de abril aún es ardiente y bueno
El surco está abierto, y su suave hondor
Ella quiso ser nube y se lo dijo al viento
En costa lejana
En cuanto engruesa la noche
En donde Chile cansado
¿En dónde tejemos la ronda?
En el fondo de la huerta
En el llano y la llanada
¡En el mundo está la luz
En el pasto blanco de sol
En el rosal, zarpado y poderoso
En el sueño yo no tenía
En el valle de mis infancias
En esa cueva nos nació
En esta hora, amarga como un sorbo de mares
En este nuevo día
En la azotea de mi siesta
En la dura noche cerrada
En la falda yo me tengo
En la llanura del Guayas
«En la luz del mundo
En la niebla marina voy perdida
En solo una noche brotó de mi pecho
En todos los lugares he encendido
En un metal de cipreses
Entre hallazgos me encontré
Entre los gestos del mundo
Es ella devuelta, es ella devuelta
Es la noche desamparo
Es verdad, no es un cuento

Está abriéndose la noche
Esta agua medrosa y triste
Esta alma de mujer viril y delicada
Esta catedral la comenzaron nuestros abuelos
Esta era una rosa
Esta que era una niña de cera
Esta solitaria greca
Este niño es un encanto
Esto que pasa y que se queda
Estoy en donde no estoy
—Estrella, estoy triste
Estrellita sobre
Excusa de unas notas

Fina, la medianoche
Flor eterna de cien hojas
Flor, flor de la raza mía, Sombra Inquieta

Ganas tengo de cantar
Gracias, Señor, por el día que asoma

Ha bajado la nieve, divina criatura
«Habla con dejo de sus mares bárbaros
Haciendo la ronda
Haremos fuegos sobre la montaña
Hay dos puntos en la Tierra
Hay países que yo recuerdo
Hay una congoja de algas
Hijo mío, tú subirás
Hincho mi corazón para que entre

Isla Caribe y Siboney
Isla de Puerto Rico

Jugamos nuestra vida

La alta lámpara, la amante lámpara
La bailarina ahora está danzando
La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
La casa blanca de cien puertas
La fresa desperdigada
La hora de la tarde, la que pone
La Isla celebra fiesta de la niña
La maestra era pura. «Los suaves hortelanos»
La marea del sueño
La mesa, hijo, está tendida
La misma ola vagabunda
La mitad de la ronda
La mujer que no mece a un hijo en el regazo
La niña que va corriendo
La noche de nuestra Patria
La nuez abolladita
La riqueza del centro de la rosa
La ronda de la Argentina
La rosa colorada
La sal cogida de la duna
La tierra es dulce cual humano labio
La tierra se hace madrastra
La vieja Empadronadora
Lago Llanquihue, agua india
Lámina tendida de oro
Largo cuento de mis años
Las bestiecitas te rodean
Las madres, contando batallas
Las montañas se deshacen
Le he encontrado en el sendero
Le he rogado al almud de trigo
¡Libros, callados libros de las estanterías
Llama de la California
Llévame, mar, sobre ti, dulcemente
Lolita Arriaga, de vejez divina
Los astros son rondas de niños

Los huesos de los muertos
Los perrillos abrieron sus ojos
Los que pasan

Madre mía, en el sueño
Madre sin aguinaldo
Madre, cuando sea grande
Madre, madre, tú me besas
Madrecita mía
Manitas de los niños
Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días
Me encontré este niño
Me hallé la mancha de palmeras
Me toca en el relente
Meciendo, mi carne
—Mentaste, Gabriela, el Mar
México, te alabo
Mi amigo me escribe: «Nos nació una niña»
Mi madre era pequeñita
Mi propia canción amante
Mientras el niño se me duerme
Mientras tiene luz el mundo
Mirando la alameda, de otoño lacerada
Muro fácil y extraordinario

Nacieron esta noche
Nacieron juntas, vivían juntas
Niñita de pescadores
¡Niñito mío, qué susto tienes
Niño indio, si estás cansado
Niño pequeño, aparecido
No cantes; siempre queda
No era tampoco la fuente
No hay fidelidad más grande
No tengo solo un Ángel
¡Noel, el de la noche de prodigio

Nos tenemos por la gracia
Nubes vaporosas

Ocotillo de Arizona
¡Oh Creador, bajo tu luz cantamos
¡Oh fuente de turquesa pálida!
Ojitos de las estrellas
Os traigo en voz cansada repecho de montaña
Otra vez sobre la Tierra
Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones

Padre Goethe, que estás sobre los cielos
Padre: has de oír
Padre Nuestro que estás en los cielos
País de la ausencia
Pájara Pinta
Panameño, panameño
Para nadie planta la lila
—Paremos que hay novedad
Pasa por nuestra Tierra
Patrón de tejedores
Pecho, el de mi Cristo
Pende en la comisura de tu boca
Piececitos de niño
¡Pobre amigo, yo nunca supe
Por los aires anda la Luz
Por que duermas, hijo mío
Por si nunca más yo vuelvo

Que el niño mío
Que mi dedito lo cogió una almeja
¿Qué niño no quiere a la ronda
Que sopló el viento y se llevó las nubes
¿Qué tendrán las piedras pardas
Quedó sobre las hierbas
Quiero ver al hombre del faro

Raza judía, carne de dolores
Recuerdo gestos de criaturas
Rosa de Lima, hija de Cristo
Ruth moabita a espigar va a las eras

Sabiduría de Rafaela Ortega
Salto del Laja, viejo tumulto
Se acabaron los días divinos
Se murió el Mar una noche
Se va de ti mi cuerpo gota a gota
Señor, tú sabes cómo, con encendido brío
«Será que llama y llama vírgenes
Si me dais una estrella
Si me ponen al costado
Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
Si yo te odiara, mi odio te daría
Siento mi corazón en la dulzura
Sol de los Incas, sol de los Mayas
Soy cual el surtidor abandonado

Te olvidaste del rostro que hiciste
Tengo ha veinte años en la carne hundido
Tengo la dicha fiel
Todas íbamos a ser reinas
Todavía, Miguel, me valen
Todo adquiere en mi boca
Tú no oprimas mis manos
Tus cabellos ya son

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
Un niño tuve al pecho
Un pobre amor humillado
Una casa va naciendo
Una en mí maté
Una niña que es inválida

Una noche como esta noche
Una rata corrió a un venado

Vamos a buscar
Vamos cruzando ahora el bosque
Velloncito de mi carne
Ven, hermano, ven esta noche
Vendrá del Dios alerta
Verano, verano rey
Victoria, la costa a que me trajiste
Volcán de Osorno, David
Voy más lejos que el viento Oeste

Y después de tener perdida
Y ella no está y por más que hay sol y primaveras
¿Y las pobres muchachas muertas
¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
Ya en la mitad de mis días espigo
Ya me voy porque me llama
Yo canto lo que tú amabas, vida mía
Yo he llevado una copa
Yo la encontré por mi destino
Yo me olvidé que se hizo
Yo no despierto a mi dormido
Yo no he sido tu Pablo absoluto
Yo no quiero que a mi niña
Yo no sé si podré venir
Yo soy una que dormía
Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla
Yo tengo en esa hoguera de ladrillos
Yo tengo una palabra en la garganta
Yo tenía un botoncito

NOTAS

[1] Esta poesía es un comentario de un libro que, con ese título, escribió el fino prosista chileno Alone. El personaje principal es una artista que pasó dolorosamente por la vida.

[2] El fondo de esta canción, su esencia, corresponde a otra, citada por los Reclus, como un texto oral de mujer quechua, en una edición de sus *Geografías* que consulté en Nueva York hace años. *(Nota para el lector peruano).*

[3] Mi compañero el poeta Tasso de Silveira me salvó una estrofa perdida de esta ronda, la única que tal vez importaba cuidar, y que había sido suprimida por editor o tipógrafo.

[4] Árbol coposo de Chile.

[5] Planta menuda y chata común de Chile.

[6] Día de las madres en el Brasil.

[7] Cajitas de Olinalá (México) coloreadas y decoradas, hechas en madera de olor.

[8] En Chile llamamos «flor de la maravilla» al girasol.

[9] El valle de Muzo, en Colombia, es el de las esmeraldas y las mariposas, y lo llaman un «fenómeno de color»...

[10] En Chile, el pueblo llama al pan «Cara de Dios».

[11] Viento cálido de la región Norte.

[12] Los «cuando» corresponden a viejos giros idiomáticos del español.

[13]Nombre que se da en México a la «mariquita» chilena.

[14] Véase «Excusa de unas notas».

[15] Véase nota «Muerte de mi madre».

[16] Salomón.
[17] Véase nota «Nocturno de la consumación».
[18] Véase nota «Nocturno de la derrota».
[19] San Francisco de Sales.
[20] La chilenidad en su aspecto fuerte y terco.
[21] El poeta suicida José Asunción Silva.
[22] El poeta suicida Anthero de Quental.
[23] Nombre popular de los cerros que tienen un crucifijo en Europa.
[24] Pájaro sudamericano.
[25] La «Santa Compaña», pero la de los héroes.
[26] Véase nota «Albricias».
[27] «La Aventura» quise llamarla; mi aventura con la Poesía...
[28] Véase nota «La sombra».
[29] Véase nota «Dos himnos».
[30] Nombre indígena de Yucatán.
[31] Castellanizo la palabra ajena Rock.
[32] La Pirámide del Sol, en México.
[33] El Cauca y el Magdalena.
[34] «Chasquis», correos quechuas.
[35] Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de los aztecas.
[36] Espíritus juguetones del agua.
[37] Alusión al fresco del maíz de Diego Rivera llamado *Fecundación.*
[38] Cactus cirial simple.
[39] Especies coloreadas del maíz en México.
[40] Dios máximo de los quechuas.
[41] Nombre de un baile indígena de Panamá.
[42] Estrofa única del canto folclórico aludido.
[43] Véase nota «Saudade».
[44] Véase nota «Beber».
[45] Véase nota «Todas íbamos a ser reinas».

[46] Véase nota «Poeta».

[47] Véase nota «Recados».

[48] Expresión popular chilena que quiere decir ‘desparpajada y donairosa a la vez’.

[49] Higos chumbos.

[50] Kipling no cuenta nada... Cita para honrar a don Palurdo, gran citador...

[51] El *flamboyant*, ‘árbol del fuego’, que vino del océano Índico con nombre medio galo.

[52] V. O. ha hecho en su jardín de Mar del Plata una fuentecita mínima de piedra donde beben los pájaros. Y la alimenta...

[53] Nombre popular chileno de José de San Martín, nuestro héroe común.

[54] *Puelche*, viento de la Patagonia.

[55] Yo vuelvo, pero en fantasma.

© Fondo Franciscano Hermana Gabriela Mistral – Orden Franciscana de Chile, 2010
© Real Academia Española, 2010
© Asociación de Academias de la Lengua Española, 2010
© De «Gabriela»: Gonzalo Rojas, 2010
© De «Trechos del itinerario mistraliano»: Carlos Germán Belli, 2010
© De «Semejanzas de Gabriela en voces de Mistral»: Adolfo Castañón, 2010
© De «La veta mística en la lírica de Gabriela Mistral»: Bruno Rosario Candelier, 2010
© De «La prosa de Gabriela Mistral»: Pedro Luis Barcia, 2010
© De «Gabriela Mistral: el significado de un Nobel»: Darío Villanueva, 2010
© De «Nota explicativa de la edición»: Cedomil Goic, 2010
© De «Glosario» e «Índice onomástico»: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, 2010
© De «Las voces de Gabriela Mistral»: Santiago Daydí-Tolson, Grínor Rojo, Ana María Cuneo, Mauricio Ostria González, Adriana Valdés y Mario Rodríguez Fernández, 2010
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría es entregado a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la voluntad de Gabriela Mistral.

ISBN ebook: 978-84-204-3898-6
© Diseño de cubierta: Manuel Estrada
© Foto de la autora: Colección Archivo del Escritor. Biblioteca Nacional de Chile
Conversión ebook: M.I. Maquetación, S.L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE

Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología
Presentación
Gabriela. *Gonzalo Rojas*
Trechos del itinerario mistraliano. *Carlos Germán Belli*
Semejanzas de Gabriela en voces de Mistral. *Adolfo Castañón*
La veta mística en la lírica de Gabriela Mistral. *Bruno Rosario Candelier*
La prosa de Gabriela Mistral. *Pedro Luis Barcia*
Gabriela Mistral: el significado de un Nobel. *Darío Villanueva*
Nota explicativa de la edición. *Cedomil Goic*

EN VERSO Y PROSA. ANTOLOGÍA
Poesía
Desolación
Ternura
Tala
Lagar
Del poema de Chile al legado de Gabriela Mistral
Prosa
Las voces de Gabriela Mistral
Santiago Daydí-Tolson. Nombre y renombre. Las máscaras y el espejo
Grínor Rojo. Mistral y la niebla
Ana María Cuneo. Gabriela Mistral: poéticamente habitó la Tierra
Mauricio Ostria González. Releyendo *Ternura*
Adriana Valdés. *Tala*: digo, es un decir
Mario Rodríguez Fernández. Así se dice en el Elqui, me excuso

Bibliografía
Glosario
Índice onomástico
Índice alfabético de títulos
Índice de primeros versos

Notas
Sobre este libro
Créditos